STEPHEN

KING

EL RESPLANDOR



Éste es uno de los relatos más celebres del gran maestro del terror Stephen King. Luego que otro gran maestro, Stanley Kubrick, llevara una adaptación de esta obra al cine, millones de copias de este libro se han vendido en todo el mundo. El Resplandor es la tercera novela publicada por King y ésta marca su carrera dentro de género que le dará la fama.
Jack es un hombre abrumado por un pasado que va más allá de lo que él puede recordar y, no estamos hablando de sólo un problema de alcohol. Luego de aceptar un trabajo que supondrá un cambio en su vida, la sombra de su pasado se cernirá sobre sus seres más queridos: Su esposa y su hijo Danny de 5 años, quien puede presentir el mal rumbo que tomaran las cosas cuando su padre decida vivir aislados del mundo en un hotel que es un universo en sí mismo... pero un universo perverso.

Stephen King

El Resplandor

The shining

ePUB v1.0

Abraxas 21.06.11

El Resplandor

PLAZA JANES EDITORES, S. A.
Título original: *The Shining*
Traducción: Marta I. Guastavino
Decimotercera edición en esta colección: julio, 1996
© 1977, Stephen King
© 1982, Plaza Janés
Editores, S. A.
Enric Granados, 86-88. 08008 Barcelona
Edición Fisica Impresa en España
ISBN: 84-01-49102-9 (col. Jet)
ISBN: 84-01-49985-2 (vol. 102/2)
Depósito legal: B. 29.932 –1996
AlexDumas(07/02/2003)

Dedico este libro a Joe Hill King que esplende

Algunos de los más hermosos hoteles de temporada del mundo se hallan situados en el Estado de Colorado, pero el que se describe en estas páginas no se basa en ninguno de ellos. El «Overlook» y la gente que con él se vincula no existen más que en la imaginación del autor.

En ese aposento... se apoyaba un gigantesco reloj de ébano. Su péndulo se balanceaba con un resonar sordo, pesado, monótono; y cuando la hora iba a sonar, de las entrañas de bronce del reloj salía un tañido claro, resonante, profundo y extraordinariamente musical, pero de un timbre tan particular y potente que de hora en hora, los músicos de la orquesta se veían obligados a interrumpir... para escuchar el sonido; y las parejas danzantes cesaban por fuerza en sus evoluciones; durante un momento, en aquella alegre sociedad reinaba el desconcierto; y mientras aún resonaban los tañidos del reloj, se notaba que los más vehementes palidecían y los de más edad y más sensatos, se pasaban la mano por la frente, como si se entregaran a un confuso ensueño o meditación. Pero apenas los ecos cesaban del todo, livianas risas se difundían por la reunión...; y se sonreían de su nerviosidad... mientras se prometían unos a otros en voz baja que el siguiente tañido del reloj no provocaría en ellos una emoción semejante.

Mas, al cabo de sesenta minutos... el reloj daba otra vez la hora, y otra vez nacían el desconcierto, el temblor y la meditación de antes.

Mas a pesar de esas cosas, la jarana era alegre y magnífica.

La máscara de la Muerte Roja

E. A. POE

El sueño de la razón produce monstruos.

GOYA

Cuando esplenda, esplenderá.

DICHO PUPOLAR

Primera Parte

PRELIMINARES

1. ENTREVISTA DE TRABAJO

Qué empleaducho engreído, pensó Jack Torrance.

Ullman no pasaría de un metro sesenta y cinco, y al moverse lo hacía con la melindrosa rapidez que parece ser especialidad exclusiva de los hombres bajos y regordetes. La raya del pelo era milimétrica, y el traje oscuro, sobrio, pero reconfortante. Un traje que parecía invitar a las confidencias cuando se trataba de un cliente cumplidor, y que transmitía, en cambio, un mensaje más lacónico al ayudante contratado: más vale que sea usted eficiente.

Llevaba un clavel rojo en la solapa, probablemente para que por la calle nadie confundiera a Stuart Ullman con el empresario de pompas fúnebres.

Mientras lo oía hablar, Jack admitió para sus adentros que, muy probablemente, en esas circunstancias no le habría gustado a nadie que estuviera al otro lado del mostrador.

Ullman le había hecho una pregunta, sin que él alcanzara a oírla. Mala suerte; Ullman era una de esas personas capaces de archivar en su computadora mental los errores de este tipo, para tenerlos en cuenta más adelante.

—¿Decía usted?

—Le preguntaba si su mujer conoce realmente la tarea que ha de hacer usted aquí. También está su hijo, claro —echó un vistazo a la solicitud que tenía ante sí—.
Daniel. A su esposa, ¿no le asusta un poco la idea?

—Wendy es una mujer extraordinaria.

—Y su hijo, ¿también es extraordinario?

Jack sonrió, con una gran sonrisa de «relaciones públicas».

—Es lógico que pensemos que sí. Para sus cinco años es un chico bastante seguro de sí mismo.

Ullman no le devolvió la sonrisa. Guardó la solicitud de Jack en una carpeta, que fue a parar a un cajón.
El mostrador había quedado completamente limpio, a no ser por un secante, un teléfono, una lámpara y una bandeja de Entradas/Salidas, también vacía.

Ullman se levantó y fue hacia el archivador colocado en un rincón.

—De la vuelta al mostrador, por favor, señor Torrance. Vamos a ver los planos del hotel.

Volvió con cinco hojas grandes, que desplegó sobre la brillante superficie de nogal del mostrador Jack se quedó de pie junto a él, y notó claramente el olor de la colonia de Ullman. *Mis hombres usan* «English Leather», *o no usan nada*. El anuncio le vino a la mente sin motivo alguno, y tuvo que morderse la lengua para dominar un ataque de risa. Desde el otro lado de la pared, débilmente, llegaban los ruidos de la cocina del «Overlook Hotel», al parecer, estaba terminando el servicio de comidas. —La última planta —anunció con viveza Ullman—, es el desván. Ahí no hay ahora mas que trastos. El «Overlook» ha cambiado de manos varías veces desde la guerra y parece que cada uno de los directores ha ido echando al desván todo lo que no quería. Quiero que se pongan ahí ratoneras y cebos envenenados esparcidos. Algunas camareras de la tercera planta dicen que han oído ruidos como de algo que corriera. Yo no lo creo, ni por un momento, pero no debe haber ni siquiera una oportunidad entre cien de que una sola rata se aloje en el «Overlook».

Jack, que sospechaba que todos los hoteles del mundo alojaban una o dos ratas, se calló la boca.

—Naturalmente, no dejará usted que su hijo suba al desván bajo ninguna circunstancia.

—No —contesto Jack, y volvió a mostrar su sonrisa de «relaciones públicas». Que situación más humillante. ¿Acaso ese empleaducho engreído, piensa que voy a dejar a mi hijo jugar en un desván con ratoneras, atestado de trastos y de sabe Dios que otras cosas?.

Ullman hizo a un lado el plano del desván y lo puso debajo de los otros.

—El «Overlook» tiene ciento diez habitaciones —anuncio con voz educada—. Treinta de ellas, todas *suites*, están aquí en la tercera planta.

Diez en el ala oeste (incluyendo la *suite* presidencial), diez en el centro y las otras diez en el ala este.Todas ellas tienen una vista estupenda.

¿No podrías, por lo menos, dejar de hacerme el artículo?

Lopensó, pero se quedó callado. Necesitaba el empleo.

Ullman puso la tercera planta debajo de las demás y los dos examinaronel plano de la segunda.

—Cuarenta habitaciones —explicó Ullman— treinta dobles y diez individuales. Y en la primera planta, veinte de cada clase. Además, tres armarios de ropa blanca en cada planta y los almacenes uno en el extremo este de la segunda planta, y otro en el extremo oeste de la primera ¿Alguna pregunta?.

Jack negó con la cabeza y Ullman hizo a un lado los planos de la primera y segunda planta.

—Bueno, ahora la planta baja. Aquí en el centro, está el mostrador de recepción. Detrás de él la administración. El vestíbulo mide veinticinco metros a cada lado del mostrador. Aquí en el ala oeste, están el comedor «Overlook» y el salón «Colorado». El salón de banquetes y el de baile ocupan el ala este. ¿Alguna pregunta?.

—Solo referente al sótano, que para el vigilante de invierno es el lugar más importante —respondió Jack—. Vamos donde se desarrolla la acción.

—Todo eso se lo enseñará a usted Watson. El plano de los sótanos está en la pared del cuarto de calderas —frunció el ceño con aire de importancia, quizá dando a entender que como director a él no le concernían aspectos del funcionamiento del «Overlook» tan terrenales como las calderas y la fontanería—. Tal vez no sea mala idea poneralgunas ratoneras ahí abajo también. Espere un minuto.

Garabateó una nota en un bloc que sacó del bolsillo interior de la chaqueta (cada hoja llevaba en bastardilla la inscripción *De la mesa de Sitian Ullman*), arrancó la hoja y la dejó en el espacio marcado «Salidas» en la bandeja donde quedó con aspectosolitario. El bloc volvióa desaparecer en su bolsillo, como si acabara así algún truco

de magia. Mira chico, ahora lo ves ahora no lo ves. Este tipo es un verdadero artista.

Estaban de nuevo en la posición del principio, Ullman detrás del mostrador y Jack frente a el entrevistador y entrevistado solicitante y patrón reacio. Ullman entrecruzó sus pulcras manecitas sobre el papel secante y miró directamente a Jack, Ullman era un hombrecillo menudo y calvo, con traje de banquero y discreta corbata gris. La flor que lucía en la solapa estaba contrapesada por una pequeña insignia del lado opuesto sobre la que se leía simplemente en menudas letras doradas PERSONAL.

—Le seré completamente franco, señor Torrance. Albert Shockley es un hombre muy poderoso que tiene grandes intereses en el «Overlook»… que por primera vez en su historia ha dado ganancias en la última temporada. El señor Shockley pertenece también al Consejo de Administración pero no es hombre de hostelería y él sería el primero en admitirlo. Ahora bien en lo que respecta a este asunto del vigilante, ha expresado claramente sus deseos: quiere que le contratemos a usted, y así lo haré. Pero de haber tenido libertad de acción en esta cuestión, yo jamás le habría admitido.

Sudorosas, luchando una con otra, las manos de Jack se trababan tensamente.

Empleaducho engreído, empleaducho engreído, empleaducho...

—No creo que a usted le importe mucho mi opinión, señor Torrance, ni a mí me importa la suya. Y sin duda sus sentimientos hacia mí no tienen nada que ver en mi convicción de que no es usted el hombre para este trabajo. Durante la temporada que va del 15 de mayo al 30 de setiembre, el «Overlook» emplea a ciento diez personas en dedicación completa; una por cada habitación del hotel, podríamos decir. No creo que haya entre ellos muchos a quienes yo les caiga simpático, y sospecho que algunos me consideran un poco odioso. Puede que tengan razón al opinar así de mi carácter; para administrar este hotel de la manera que se merece, tengo que ser un poco odioso.

Miró a Jack en espera de algún comentario, pero éste volvióa desplegar su sonrisa de «relaciones públicas», amplia e insultantemente llena de dientes.

—El «Overlook» —explicó Ullman— fue construido entre los años 1907 y 1909. La ciudad más próxima es Sidewinder, a sesenta y cinco kilómetros al este de aquí, por carreteras que desdefines de octubre o noviembre quedan cerradas hasta abril. Lo construyó un hombre que se llamaba Robert Townley Watson, el abuelo de nuestro actual encargado de mantenimiento. Aquí se han alojado los Vanderbilt, los Rockefeller, los Astor y los Du Pont. Y la *suite* presidencial la han ocupado cuatro presidentes: Wilson, Harding, Roosevelt y Nixon.

—De Harding y de Nixonyo no estaría tan orgulloso —murmuró Jack.

Ullman frunció el ceño, pero continuó indiferente.

—Para el señor Watson fue demasiado, de manera que vendió el hotel en 1915. Se volvió a vender en 1922, 1929 y 1936, y estuvo vacante hasta fines de la Segunda Guerra Mundial. Entonces fue adquirido y completamente renovado por Horace Derwent, millonario inventor, piloto, productor de cine, empresario.

—Le conozco de nombre —comentó Jack.

—Claro. Parecía que todo lo que él tocaba se convertía en oro... a excepción del «Overlook». Se gastó en él más de un millón de dólares antes de que el primer huésped de posguerra atravesara sus puertas, para convertir esa reliquia decrépita en un lugar de moda. Fue Derwent quien hizo instalar las canchas de roqueque le vi a usted admirar cuando llegó.

—¿De roque?

—Un antepasado británico de nuestro croquet, señor Torrance. El croquet es un roque bastardeado. Según cuenta la leyenda, Derwent aprendió el juego de su secretario social y quedó completamente prendado de él. Es posible que la nuestra sea la mejor cancha de roqueen Norteamérica.

—No me cabe duda —asintió seriamente Jack. Una cancha de roque, un jardín ornamentalen que los arbustos por allí

esparcidos estaban recortados en forma de animales... ¿qué más? Una figura de tamaño natural de *Uncle Wiggly* tras el cobertizo para los equipos del juego. Empezaba a cansarse del señor Stuart Ullman, pero era obvio que éste no había terminado. Iba a decir lo que se había propuesto, hasta la última palabra.

—Después de perder tres millones, Derwent se lo vendió a un grupo de inversionistas californianos, cuya experiencia con el hotel fue igualmente mala. No eran gente de hostelería, simplemente.

»En 1970, el señor Shockley y un grupo de sus asociados compraron el hotel y me confiaron su administración. También nosotros hemos seguido teniendo números rojos varios años, pero me alegro de decir que la confianza que me tienen los actuales propietarios jamás se ha debilitado. El año pasado no tuvimos pérdidas. Y este año, por primera vez, en casi siete décadas, las cuentas del «Overlook» se escribieron con tinta negra.

Jack se imaginaba que el orgullo del hombrecillo estaba justificado, pero después el desagrado del primer momento volvió a inundarle en una oleada.

—No veo relación entre la historia del «Overlook», realmente interesante, lo admito, y la sensación suya de que no valgo para el puesto, señor Ullman —señaló.

—Una de las razones de que el «Overlook» haya perdido tanto dinero consiste en la depreciación que se produce todos los inviernos, y que reduce el margen de ganancias mucho más de lo que podría usted creer, señor Torrance. Los inviernos son de una crudeza increíble. Para hacer frente al problema contraté a un vigilante permanente, para que mantuviera encendidas las calderas y fuera rotando diariamente las partes del hotel que reciben calefacción. Para que fuera reparando las averías que se produjeran, de manera que los elementos no pudieran ganarnos. Para que estuviera constantemente alerta a todas y a cada una de las contingencias posibles.

Durante nuestro primer invierno tomé a una familia, en vez de contratar a un hombre solo, y se produjo una tragedia. Una tragedia horrible.

Ullman miró a Jack con mirada fría.

—Cometí un error, y no tengo inconveniente en admitirlo. El hombre era un borracho.

Jack sintió que en su boca se dibujaba una mueca áspera y lenta, la total antítesis de la sonrisa de «relaciones públicas» llena de dientes.

—¿Conque era eso? Me sorprende que Al no se lo haya dicho. Yo he dejado la bebida.

—Sí, el señor Shockley me dijo que ya no bebía usted. Y me habló también de su último trabajo... de su último cargo de responsabilidad, digámoslo así. Usted enseñaba inglés en una escuela preparatoria de Vermont, y tuvo un arranque de mal genio... creo que no es necesario que sea más explícito. Pero es que, casualmente, yo creo que el caso de Gradytiene cierta relación, y por eso he traído a la conversación el tema de su... historia anterior. Durante el invierno del 70 al 71, después de la restauración del «Overlook», pero antes de nuestra primera temporada, contraté a ese... ese desdichado que se llamaba Delbert Grady, y que ocupó las habitaciones que ahora compartirá usted, con su mujery su hijo. Él tenía mujery dos hijas. Yo tenía mis reservas, entre las cuales las principales eran el rigor de la estación invernal y el hecho de que los Gradyse pasarían de cinco a seis meses aislados del mundo exterior.

—Pero eso, en realidad, no es así, ¿verdad?. Aquí hay teléfono y probablemente también alguna radio de aficionado. Además, el Parque Nacional de las Montañas Rocosas está dentro del alcance de vuelo de un helicóptero, y estoy seguro de que con una extensión tan grande deben tener uno o dos de esos aparatos.

—Eso no lo sé —admitió Ullman—. El hotel tiene un emisor y receptor de radio que el señor Watson le enseñará, y le dará también una lista de las frecuencias en que debe transmitir si necesita ayuda. Las líneas telefónicas con Sidewinder todavía son aéreas, y casi todos los inviernos se caen

en algún punto; entonces es probable que queden por el suelo entre tres semanas y un mes y medio. En el cobertizo hay también un vehículo para la nieve.

—Entonces, el lugar no está realmente aislado.

El señor Ullman parecía apenado.

—Imagínese que su mujer o su hijo se cayeran por las escaleras y se rompieran el cráneo, señor Torrance. ¿Pensaría usted entonces que el lugar no está aislado?

Jack comprendió a qué se refería. Un vehículo para la nieve, a toda velocidad, le permitiría a uno llegar a Sidewinder en una hora y media... con suerte. Un helicóptero del servicio de rescate de los parques podría llegar en tres horas... en condiciones óptimas. Pero si había una tormenta de nieve no podría despegar, ni se podía contar con ir a toda velocidad en un vehículo de esos, aunque se arriesgara uno a salir con una persona gravemente herida, afrontando temperaturas que podían ser de veinticinco grados bajo cero... o de cuarenta y cinco, teniendo en cuenta el viento como factor de enfriamiento.

—En el caso de Grady—continuó Ullman—, yo me hice el mismo razonamiento que aparentemente se ha hecho el señor Shockley en el caso de usted. La soledad en sí misma puede ser peligrosa. Es mejor que un hombre tenga consigo a su familia. Si hay algún problema, pensé, lo más probable es que no sea algo tan urgente como una fractura de cráneo o un accidente con alguna de las herramientas mecánicas o un ataque epiléptico.

Un caso grave de gripe, una neumonía, un brazo roto... incluso una apendicitis. Cualquiera de esas cosas habría dejado tiempo suficiente.

»Sospecho que lo que sucedió fue consecuencia de un exceso de whisky barato (del cual, sin que yo lo supiera, Grady había hecho una abundante provisión) y de una extraña reacción a la que antes solían llamar fiebre de encierro. ¿Conoce usted la expresión? —preguntó Ullman con una sonrisita de suficiencia, dispuesto a explicarla tan pronto como su interlocutor hubiera admitido su ignorancia; pero Jack, ni corto ni perezoso, le respondió con rápida precisión:

—Es la forma popular de denominar una reacción claustrofóbica que puede darse cuando varias personas se encuentran encerradas durante un tiempo prolongado. La sensación de claustrofobia se exterioriza como aversión hacia la gente con quien uno se encuentra encerrado. En los casos extremos puede dar como resultado alucinaciones y violencia, que pueden llevar al asesinato por motivos tan triviales como una comida quemada o una discusión sobre a quién le toca lavar los platos.

Ullman le miró un tanto perplejo, de lo cual Jack se sintió muy feliz.

Decidió llevar un poco más lejos su ventaja, mientras silenciosamente prometía a Wendy que conservaría la calma.

—Me imagino que se equivocó usted en eso. ¿Grady les hizo daño?

—Las mató, señor Torrance, y después se suicidó. Asesinó a las pequeñas con un hacha y a su mujer con una pistola, y con ésta se suicidó.

Tenía una pierna rota. Indudablemente, estaba tan borracho que se cayó por las escaleras.

Ullman separó ambas manos, mientras miraba virtuosamente a Jack.

—¿Qué estudios tenía, secundarios?

—En realidad, no —respondió Ullman con cierta rigidez—. Yo pensé que un hombre... menos imaginativo, digamos, sería menos susceptible a los rigores, a la soledad...

—Pues ése fue su error —declaró Jack—. Un hombre necio es más propenso a la fiebre de encierro, de la misma manera que tiene más propensión a matara alguien por una partida de naipes o a cometer un robo siguiendo el impulso del momento. Porque se aburre. Cuando nieva, no se le ocurre otra cosa que mirar la TV o hacer solitarios, y hacerse trampa cuando no puede sacar todos los ases. No tiene otra cosa que hacer que quejase a su mujer, reñir a los niños, y beber. Le cuesta dormirse sin oír más que el silencio. Entonces se emborracha para dormirse; y después se despierta con resaca. Se pone quisquilloso. Y para colmo se queda sin teléfono y el viento

le tira la antena de televisión y no puede hacer nada más que pensar y hacer trampas en el solitario y ponerse cada vez más y más quisquilloso. Y por último... bum, bum, bum.

—¿Y en cambio un hombre más culto, como usted, digamos?

—A mi mujer y a mí nos gusta leer. Yo estoy escribiendo una obra de teatro, como tal vez le haya dicho Al Shockley. Danny tiene sus rompecabezas, sus libros para colorear y su radio de galena. Yo tengo idea de enseñarle a leer y también a usar las raquetas para la nieve. A Wendy también le gustaría aprender a manejarlas. Sí, creo que podríamos mantenernos ocupados y no tirarnos los trastos a la cabeza unos a otros si se nos averiara la TV —hizo una pausa—. Y Al le dijo la verdad cuando le contó que yo había dejado de beber. Lo hice, antes, y la cosa llegó a ser grave; pero en los últimos catorce meses no he probado ni un vaso de cerveza. No tengo la intención de traer aquí ni una gota de alcohol, ni pienso que haya oportunidad de conseguirlo después de que empiece a nevar.

—En eso tiene usted toda la razón —aceptó Ullman—. Pero mientras estén aquí ustedes tres, los problemas posibles se multiplican. Yo se lo advertí al señor Shockley, y él me dijo que asumía la responsabilidad. Ahora ya se lo he advertido a usted y, al parecer, está también dispuesto a asumiría.

—Así es.

—De acuerdo. Lo aceptaré, ya que no tengo otra opción. Pero así y todo, yo preferiría tener un joven universitario sin familia que quisiera tomarse un año de descanso. En fin, es probable que usted lo haga bien.

Ahora lo llevaré a ver al señor Watson, que le enseñará el sótano y los terrenos adyacentes al hotel. A menos que tenga usted que hacerme alguna pregunta.

—No, ninguna.

Ullman se puso de pie.

—Espero que no queden entre nosotros resentimientos, señor Torrance. En las cosas que le he dicho no hay nada

personal. Lo único que quiero es lo que sea mejor para el «Overlook». Es un gran hotel, y quiero que siga siéndolo.

—Claro que no hay ningún resentimiento —le aseguró Jack, de nuevo con la sonrisa de «relaciones públicas», pero se alegró de que Ullman no le ofreciera la mano. Vaya, si había resentimientos. De todas clases.

2. BOULDER

Al mirar por la ventana de la cocina lo vio sentado en el borde de la acera, sin jugar con los camiones ni el vagón, ni siquiera con el planeador de madera de balsa que tanto le había divertido durante toda la semana anterior, desde que Jack se lo llevó. Simplemente estaba ahí sentado, esperando que apareciera el descolorido «Volkswagen», con los codos apoyados en las piernas para sostenerse el mentón con ambas manos: un chiquillo de cinco años que esperaba a su padre.

De pronto Wendy se sintió mal, casi a punto de llorar.

Colgó el paño de la barra que había junto al fregadero y bajó la escalera mientras se abotonaba los dos botones superiores de la bata. ¡Jack y su orgullo! *Eh, no, Al no necesito un adelanto. Voy tirando por ahora*. Las paredes del pasillo estaban llenas de rayaduras, de marcas de tiza y de lápices, de pintura. La escalera, empinada, llena de astillas. El edificio entero olía a rancio, y ¿qué lugar era ese para Danny, después de la pulcra casita de ladrillos de Stovington? Los que vivían encima, en el tercero, no estaban casados y, por más que a Wendy eso no le preocupara, la inquietaban en cambio las peleas, constantes, rencorosas. Le daban miedo. El hombre se llamaba Tom, y cuando los bares cerraban y ellos regresaban a casa, empezaban las peleas en serio... en comparación, el resto de la semana se les iba en preliminares. Las «peleas nocturnas de los viernes» como las llamaba Jack; pero no eran ninguna broma. La mujer, que se llamaba Elaine, terminaba siempre entre lágrimas, repitiendo una y otra vez: «No, Tom. Por favor, no. Por favor, no.» Y él le gritaba. Una vez habían llegado incluso a despertar a Danny, que dormía como una piedra. A la mañana siguiente, Jack se había encontrado con Tom al salir y había estado un rato hablando con él en la acera. Tom empezó a fanfarronear, Jack le dijo algo más, en voz demasiado baja para que Wendy lo oyera, y el otro se limitó a sacudir hoscamente la cabeza y se marchó. Había

sido la semana pasada y durante unos días las cosas fueron mejor, pero desdeel fin de semana habían vuelto otra vez a la normalidad... mejor dicho, a la anormalidad. Y eso era malo para el niño.

La sensación de congoja volvióa inundarla, pero ya había llegado a la acera y la dominó. Alisándose el vestido, se sentó junto a su hijo en el bordillo de la acera.

—¿Qué pasa, doc[1]?

El chiquillo le sonrió, pero superficialmente.

—Hola, ma.

Tenía el planeador entre los pies, calzados con playeras, y Wendy advirtió que una de las alas estaba rajada.

—¿Quieres que vea si puedo arreglártelo, cariño?

Danny había vuelto a quedarse con los ojos fijos en la calle.

—No, papá me lo arreglará.

—Es probable que papá no vuelva hasta la hora de la cena, doc. Estos recorridos de montaña son muy largos.

—¿Tú crees que se romperá el cacharro?

—No, eso no.

Pero el niño le había dado un nuevo motivo de preocupación. *Gracias, Danny. Era lo que me hacía falta.*

—Papá dijo que era posible —le informó Danny con tono realista, casi aburrido —. Dijo que la bomba de la gasolina se iba a la mierda.

—No digas eso, Danny.

—¿Bomba de la gasolina? —lo preguntó con auténtica sorpresa.

Wendy suspiró.

—No, «se iba a la mierda». No digas eso.

—¿Por qué? —

Es vulgar.

—¿Qué es vulgar, ma?

—Es como cuando te hurgas la nariz en la mesa o vas a hacer pis y no cierras la puerta del baño. O decir cosas como «se iba a la mierda». Mierda es una palabra vulgar. La gente educada no la dice.

—Papá la dice. Mientras miraba el motor del coche dijo: «Cristo, la bomba de la gasolina se va a la mierda.» ¿Papá no es gente educada?

—*¿Cómo te metes en estas cosas, Winnifred? ¿Las practicas?*

—Claro que sí, pero además es una persona mayor, y tiene mucho cuidado de no decir cosas así en presencia de personas que no las entenderían.

—¿Cómo el tío, Al, quieres decir?

—Sí, exactamente.

—Y cuando yo sea mayor, ¿puedo decirlo?

—Me imagino que sí, aunque a mí no me guste.

—¿A qué edad?

—¿Qué te parece a los veinte, doc?

—Es mucho tiempo para esperar.

—Sí, creo que sí, pero inténtalo.

—Bueno.

El niño volvió a quedarse mirando la calle. Sus músculos se contrajeron un poco, como si fuera a levantarse, pero el coche que venía era mucho más nuevo y de un rojo más brillante. Volvió a descansar. Wendy pensaba en lo difícil que debía de haber sido para él la mudanza a Colorado. Aunque el niño no hubiera dicho una palabra, a ella le preocupaba el tiempo que pasaba solo. En Vermont, tres de los colegas de Jack en la facultad tenían niños de la edad aproximada de Danny —y además, estaban las clases—, pero en este barrio el chico no tenía con quién jugar. La mayoría de los apartamentos estaban ocupados por estudiantes universitarios, y de los pocos matrimonios que vivían en Arapahoe Street, eran muy escasos los que tenían hijos. Wendy había visto tal vez una docena que estarían ya en la escuela secundaría o al término de la primaria, tres bebés y nada más.

—Mami, ¿por qué se quedó sin trabajo papá?

Arrancada bruscamente de su ensueño, Wendy buscó desesperadamente una respuesta. Ella y Jack se habían planteado distintas maneras de hacer frente a esa pregunta de Danny, que iban desde la evasión hasta la verdad pura

y simple, sin adornos. Pero el pequeño jamás había hecho la pregunta. Y se la hacía ahora, justamente cuando ella estaba deprimida y menos preparada que nunca para recibirla. El niño la miraba, leyendo tal vez la confusión en su rostro y formándose sus propias ideas sobre el asunto. Pensó que, para los niños, los motivos y las acciones de los adultos deben parecer tan enormes y amenazadores como los animales peligrosos que se vislumbran entre las sombras de un bosque, en la oscuridad. Y que deben sentirse llevados y traídos como marionetas, sin tener más que muy vagas nociones del por qué. La idea la llevó otra vez peligrosamente al borde de las lágrimas, y mientras luchaba contra ellas, se inclinó a recoger el planeador y empezó a darle vueltas entre las manos.

—Papá dirigía el grupo de controversia, Danny. ¿Te acuerdas de eso? —Claro —respondió el niño—. «Discutir es disputar, pero por gusto», ¿era eso?

—Eso mismo.

Con los ojos fijos en la marca («SPEEDOGLIDE») y en las calcomanías azules de las alas, sin dejar de dar vueltas y más vueltas al planeador, Wendy se encontró contándole a su hijo la verdad exacta.

—En el grupo había un muchacho que se llamaba George Hatfield, a quien papá tuvo que excluir, porque no era tan bueno como los demás.

George dijo que papá lo había excluido porque le tenía antipatía, no porque él no sirviera. Y después hizo algo muy feo. Creo que eso tú lo sabes.

—¿Fue él quien nos pinchó los neumáticos del coche?

—Sí, eso es. Fue después de clase, y papá lo pilló haciéndolo —Wendy volvió a vacilar, pero ya no era cuestión de evasiones; la alternativa se reducía a decir la verdad o mentir—, Papá... a veces hace cosas que lamenta después. No piensa como debería. No es que le suceda muy a menudo, pero a veces sí.

—¿Hizo daño a George Hatfield como la vez que yo le desparramé todos sus papeles?

A veces...

(Danny con un brazo escayolado.)

...hace cosas que lamenta después.

Wendy parpadeó furiosamente para hacer retroceder las lágrimas.

—Algo así, cariño. Papá golpeó a George para que dejara de pincharle los neumáticos, y éste le dio un golpe en la cabeza. Entonces las personas que dirigen la escuela decidieron que George no podía seguir siendo alumno y que papá no podía seguir siendo profesor —ya sin palabras, se detuvo, aterrorizada, en espera del diluvio de preguntas.

—Ah —murmuró Danny, y volvióa quedarse mirando la calle.

Aparentemente, el tema se había agotado. Ojalá ella pudiera darlo tan fácilmente por terminado.

Se levantó.

—Voy arribaa preparar una taza de té, cariño. ¿Quieres un par de galletas y un vaso de leche?

—Prefiero esperar a papá.

—No creo que llegue a casa mucho antes de las cinco.

—Tal vez vengatemprano.

—Tal vez —coincidió Wendy—. Tal vez sí.

Se alejaba ya por la acera cuando el niño la llamó.

—¿Mami?

—¿Qué hay, Danny?

—¿Tú quieres que nos vayamos a vivir a ese hotel todo el invierno?

Y ahora, ¿cuál de las cinco mil respuestas darle? ¿La que había sentido ayer, o anoche, o esta mañana? Todaseran diferentes, abarcaban todo el espectro, desdeel rosado más feliz a un negro mortal.

—Si eso es lo que papá quiere, yo estoy de acuerdo —hizo una pausa—. ¿Y tú?

—Supongo que sí —contestó finalmente el niño—. Aunque no hay mucha gente con quien jugar allí.

—Echas de menos a tus amigos, ¿no es eso?

—A veces echo de menos a Scott y a Andy. Y casi a ninguno más.

Wendy volviójunto a su hijo para besarlo, y le alborotó el pelo rubio que empezaba a perder la sedosidad de la infancia. Era un muchachito muy solemne, y en ocasiones Wendy se preguntaba cómo se las arreglaba para sobrevivir teniéndolos a ella y a Jack como padres. ¡Con tantas esperanzas como habían empezado, para verse reducidos a ese sórdido edificio de apartamentos en una ciudad que no conocían! La imagen de Danny escayolado volvióa alzarse ante ella. En el Servicio de colocaciones de Dios, alguien se había equivocado, y a veces Wendy temía que fuera un error que jamásse podría rectificar y que tendría que pagar el más inocente de todos.

Abrazó fuertemente al niño y le dijo:

—Cuida de no bajarte a la calle, doc.

—Sí, mami.

Wendy volvióa subir, entró en la cocina y puso a calentar el agua para el té. Dejó un par de galletas en un plato, por si Danny decidía subir mientras ella estaba recostada. Con el gran tazón de cerámica frente a ella, se sentó a la mesa y volvióa mirar al niño por la ventana; seguía sentado al bordede la acera, con sus tejanos y la camisa de color verde oscuro de la escuela, demasiado grande para él. El planeador estaba caído a su lado. Las lágrimas que le habían amenazado durante todo el día la invadieron súbitamente y Wendy, envuelta en el vapor rizado y fragante de la tetera, estalló en llanto. Llanto de dolor y pérdida por el pasado, de terrorante el futuro.

3. WATSON

Tuvo usted un arranque de mal genio, había dicho Ullman.

—Bueno, pues aquí está el horno —dijo Watson mientras encendía una luz en la oscura habitación que olía a humedad. Era un hombre musculoso, de pelo alborotado, camisa blanca y pantalones verde oscuro.

Abrió una puertecilla enrejada que había en la panza del horno y él y Jack se inclinaron para mirar dentro.

—Ésta es la luz piloto.

Un incesante chorro azul blancuzco se elevaba con un silbido; fuerza destructiva canalizada, pensó Jack, pero la palabra clave era *destructiva*, no *canalizada*: si metía uno la mano ahí dentro, en tres segundos o menos la tendría asada.

Un arranque de mal genio.

(Danny, ¿estás bien?)

El horno, indudablemente el más grande y el más viejo que Jack había visto en su vida, llenaba todo el recinto.

—El piloto tiene un seguro —le explicó Watson—. Este pequeño automático que hay aquí mide el calor. Si baja de cierto punto, el automático acciona un timbre que suena en sus habitaciones. Las calderas están al otro lado de la pared. Ahora se las enseñaré.

De un golpe cerró la puertecilla enrejada y, por detrás del férreo bulto del horno, condujo a Jack hacia otra puerta. El hierro irradiaba hacia ellos un calor abrumador y, sin saber por qué, Jack pensó en algún enorme gato que dormitara. Watson hizo tintinear las llaves, mientras silbaba.

Un arranque de...

(Cuando volvió a entrar en su despacho y vio a Danny allí, de pie, vestido sólo con unas bragas y una sonrisa, una roja y lenta nube de rabia le había eclipsado la razón. En el fondo de su alma pensó que todo había ocurrido lentamente, pero de hecho debió ocurrir en menos de un minuto.

Esa presunta lentitud debía ser la misma que induce a pensar que son lentos algunos sueños. Las pesadillas. Parecía como si, en el rato que estuvo fuera, todas las puertas y los cajones de su despacho hubieran sido saqueados. Y el armario, los estantes, la biblioteca de puertas corredizas. Todos los cajones de la mesa aparecían abiertos. Su manuscrito, la comedia en tres actos sobre la que venía trabajando lentamente, basada en una novela corta escrita siete años atrás, antes de graduarse, estaba desparramada por todo el suelo.Jack estaba bebiéndose una cerveza mientras corregía el segundo acto, cuando Wendy le dijo que lo llamaban por teléfono, y Danny le había volcado sobre las páginas la lata de cerveza. Para ver la espuma, probablemente. *Para ver la espuma, para ver la espuma*: las palabras se repetían y se repetían en su mente como un acorde que alguien tocara mal en un piano desafinado, cerrando el circuito de su rabia. Lentamente avanzó hacia su hijo de tres años que lo miraba con sonrisa complacida, encantado con lo que acababa de hacer, con pleno éxito, en el despacho de papá; Danny empezó a decir algo y en ese momento le aferró la mano y se la dobló para hacerle soltar la goma de borrar y el lápiz portaminas que tenía en ella. Danny había dado un gritito... no... no... a decir verdad, fue un chillido. ¡Qué difícil era recordarlo todo a través de la bruma de cólera, el golpe seco y desafinado de ese único acorde! Wendy preguntando desdealguna parte qué pasaba...

Con voz debilitada, amortiguada por la bruma interna. Eso era cuestión entre ellos dos. Jack había hecho girar a Danny para darle unos azotes mientras los gruesos dedos del adulto se hundían en la delicada carne del pequeño antebrazo, apretando hasta cerrar el puño. El chasquido del hueso al romperse no había sido muy fuerte, no; bueno sí, había sido *muy* fuerte, ENORME, pero fuerte no. Como ruido, apenas lo suficiente para abrirse paso como una flecha a través de la bruma roja; pero en vez de dejar entrar la luz del sol, ese ruido había dejado paso a las nubes oscuras del remordimiento y la vergüenza, del terror, de la angustiosa convulsión del espíritu. Un ruido preciso, que

dejaba de un lado el pasado y todo el futuro del otro, un sonido como el que hace un lápiz cuando se quiebra, o una astilla para el fuego, cuando uno la rompe contra la rodilla. Hubo un momento de espantoso silencio en el otro lado, tal vez por respeto hacia el futuro que comenzaba, hacia todo el resto de su vida. Ver cómo el rostro de Danny se vaciaba de color hasta ponerse como el papel, verle los ojos, grandes, agrandándose más aún, poniéndose vidriosos, y estar seguro de que se desplomaría muerto en el charco de cerveza y de papeles; y su propia voz, débil y ebria, farfullando, procurando hacer que todo retrocediera, buscando *una manera* de esquivar ese ruido no demasiado fuerte de hueso que se quiebra y de volver al pasado, como si hubiera un *statu quo* en la casa, preguntando: *Danny, ¿estás bien?* El alarido de Danny por respuesta y después Wendy, aterrada, boquiabierta al acercárseles y ver ese ángulo tan raro que formaba el antebrazo de Danny con el codo; en el mundo de las familias normales no había brazos que articularan así. El grito de ella al abalanzársele para tomarlo en brazos y el balbuceo insensato: *Oh Dios, Danny, oh Dios querido, oh santo Dios, tu pobre bracito*; y él parado, aturdido, estúpido, tratando de comprender cómo podía haber sucedido una cosa así. Siguió allí parado y sus ojos se encontraron con los de su mujer y en ellos vio que Wendy lo odiaba.

En ese momento no se le ocurrió lo que podía significar prácticamente ese odio; sólo más adelante cayó en la cuenta de que esa noche ella podría haberle abandonado, haberse ido a un motel, haber presentado una demanda de divorcio a la mañana siguiente; o haber llamado a la Policía. Lo único que vio fue que su mujer lo odiaba y eso le hizo sentirse abrumado, completamente solo. Horriblemente mal. Es lo que se sentía al acercársele a uno la muerte. Después, Wendy corrió hacia el teléfono para marcar el número del hospital, con el vociferante hijo común sostenido en el nido del brazo, sin que él se moviera; se quedó parado, en medio de su despacho en ruinas, oliendo a cerveza y pensando...)

Tuvo un arranque de mal genio.

Ásperamente, se pasó la mano sobre los labios y siguió a Watson al cuarto de calderas. Allí había humedad, pero no era solamente la humedad lo que le cubrió de un sudor enfermizo y pegajoso la frente, el vientre, las piernas. Era el recuerdo, esa cosa total capaz de hacer que aquella noche de hacía dos años pareciera un momento, hacía dos horas. No había distancia en el tiempo. Volvieron la vergüenza y la repulsión, la sensación de no valer nada, esa sensación que le empujaba a tomar un trago, lo cual era motivo de una desesperación aún más negra. ¿Habría alguna vez una hora, no digamos una semana ni un día siquiera, nada de eso, una simple hora de vigilia en que la ansiedad de beberno lo tomara así, por sorpresa?

—La caldera —anunció Watson. Se sacó del bolsillo de atrás del pantalón un pañuelo azul y rojo, se sonó las narices con un bocinazo y volvióa hacer desaparecer el pañuelo, no sin mirarlo brevemente para ver si encontraba algo interesante.

La caldera se erguía sobre cuatro bloques de cemento; era un largo depósito cilíndrico de metal, recubierto de cobre y remendado en muchas partes. Se extendía bajo una confusión de cañerías y conductos que zigzagueaban hacia arriba hasta perderse en el techo del sótano, alto y decorado de telarañas. A la derecha de Jack, dos grandes tubos de calefacción atravesaban la pared que los separaba del horno colocado en la habitación contigua.

—Aquí está el manómetro —Watson le dio un golpecito—. Mide en libras por pulgadacuadrada. Me imagino que eso ya lo sabe. Ahora lo tengo en cien, y por la noche las habitaciones están un poco más frías, pero no hay muchos clientes que se quejen, qué demonios. De todas maneras, en setiembre se enloquecen por venir. Aparte, esta nena está vieja. Tiene más remiendos que un mono conseguido en la seguridad social —de nuevo asomó el pañuelo. Bocina. Mirada. Desaparición.

—Me pesqué un maldito resfriado —le confió Watson—, como me pasa siempre en setiembre. Primero aquí abajo con esta vieja puta, después afuera cortando el césped o rastrillando esa

cancha de roque. Primero enfriamiento, después resfriado, solía decir mi anciana madre, que Dios bendiga. Murió hace seis años, de cáncer. Cuando lo agarra a uno el cáncer, más vale que vaya haciendo testamento.

»Necesitará mantener la presión en no más de cincuenta o sesenta. El señor Ullman dice de calentar un día el ala oeste, al siguiente el ala central, un día después el ala este. ¿No está chiflado? Qué odio le tengo a ese cabrón. Ladrando todo el día lo mismo que uno de esos perritos que le muerden a uno en el tobillo y después se ponen a correr por ahí meando toda la alfombra. Si los sesos fueran pólvora, no le alcanzarían para volarse la nariz. Es una lástima, las cosas que hay que ver cuando uno tiene un arma.

»Fíjese aquí. Este registro se abre y se cierra con estas anillas. Yo lo tengo todo marcado. Todas las cañerías que tienen etiquetas azules van a las habitaciones del ala este. Las de etiqueta roja van al medio, las amarillas al ala oeste. Cuando vaya a calentar el ala oeste tiene que acordarse que es la parte del hotel que sufre realmente el clima. Cuando sopla viento, esos cuartos se ponen peor que una mujer frígida con un cubo de hielo ya sabe dónde. Cuando sopla el viento del oeste ya puede llevar la presión a ochenta. Es lo que haría yo, en todo caso.

—Los termostatos de arriba... —empezó a decir Jack, pero el otro sacudió vehementemente la cabeza. El pelo, esponjoso, le ondulaba sobre el cráneo.

—No están conectados. No están ahí más que de adorno. Alguna de la gente que viene de California no está conforme si no tiene calor suficiente para cultivar palmeras en los jodidos dormitorios. Todo el calor viene de aquí abajo. Pero tiene que vigilar la presión. ¿Ve cómo va subiendo?

Dio un golpecito sobre el dial principal, que de cien libras por pulgada cuadrada había pasado a marcar ciento dos durante el soliloquio de Watson.

Jack sintió que un escalofrío le recorría rápidamente la espalda y tuvo una premonición funesta. Después Watson dio una vuelta al regulador de presión, para hacer bajar la caldera. Se produjo un silbido y la aguja cayó

bruscamente a noventa y uno. Watson cerró la válvula y el silbido se extinguió, como de mala gana.

—Ya ve que se sube —continuó Watson—. Pero dígaselo a ese gordo de Ullman, con cara de pájaro carpintero, y lo único que hará será sacar sus libros y pasarse tres horas demostrándole que hasta 1982 no se puede comprar otra. Le aseguro a usted que el día menos pensado todo esto va a volar hasta el cielo, y espero que ese gordo cabrón esté aquí para montar en el cohete. Dios, ojalá pudiera ser yo tan caritativo como era mi madre. Ella sí que era capaz de ver algo bueno en todos. Lo que es yo, soy tan bueno como una serpiente con sarna. Qué demonios, uno no puede ir en contra de su naturaleza.

»Bueno, tiene que acordarse de bajar aquí dos veces por día y otra vez, por la noche antes de meterse en la piltra. Tiene que comprobar la presión. Porque si se olvida, irá subiendo y subiendo y lo más probable es que usted y toda su familia se despierten en la maldita Luna. Con que la baje un poquito ya no tendrá problemas.

—¿Cuál es el límite?

—Bueno, está regulada para dos cincuenta, pero mucho antes de llegar a tanto habrá volado. No me haría usted bajar y estarme junto a ella si esa aguja estuviera marcando ciento ochenta.

—¿No tiene interruptor automático?

—No, qué va a tener. Cuando construyeron esto no se exigían esas cosas. Ahora el gobierno se mete en todo, ¿no? El FBI le abre las cartas, la CIA le llena la casa de malditos micrófonos... y mire lo que le pasó al Nixon.

¿No fue un espectáculo penoso?

»Pero con que baje usted regularmente a vigilarla presión, andará estupendo. Y acuérdese de alternar los conductos esos como él quiere. No quiere que ninguna de las habitaciones esté a mucho más de diez grados, a no ser que tengamos un invierno asombrosamente suave. Y el apartamento de ustedes lo puedan mantener a la temperatura que quieran.

—Y de las cañerías, ¿qué hay?

—Sí, a eso iba. Es por aquí, pasando este arco.

Entraron en una habitación rectangular que daba la impresión de tener kilómetros de largo. Watson tiró de un cordón y una sola bombilla de 60 vatios arrojó un resplandor enfermizo y vacilante sobre el lugar donde se hallaban. Hacia delante estaba el fondo del pozo del ascensor, con sus cables cubiertos de grasa que se deslizaban sobre poleas de seis metros de diámetro y su enorme motor todo engrasado y sucio. Por todas partes había periódicos, en paquetes, sueltos, en cajas. En otras cajas se leía *Registros* o *Facturas* o *Recibos*. Todo lo invadía un color amarillento y fangoso. Algunas de las cajas se caían a pedazos, derramando por el suelo hojas amarillentas que debían tener más de veinte años. Jack miraba a su alrededor, fascinado.

En esas cajas podridas podía estar enterrada toda la historia del «Overlook».

—Ese ascensor es endemoniado para mantenerlo en funcionamiento —dijo Watson, señalándolo con el pulgar—. Y *sé* que Ullman le está pagando unas cuantas cenas elegantes al inspector de ascensores para no tener que arreglar esa porquería. Y aquí tiene la instalación central de fontanería.

Frente a ellos se elevaban cinco grandes cañerías, cada una de ellas con un revestimiento aislante y sujeta por bandas de acero, que subían hasta perderse de vista entre las sombras.

Watson señaló un estante lleno de telarañas que había junto al pozo de ventilación. Sobre él había un montón de trapos grasientos y una carpeta archivadora de hojas separables.

—Ahí tiene usted todos los planos de fontanería —explicó—. No creo que tenga ningún problema de filtraciones, porque nunca las hubo, pero a veces las cañerías se congelan. La única manera de evitarlo es dejar correr un poco los grifos durante la noche, pero en este jodido palacio hay más de cuatrocientos grifos. El gordo maricón ese de arriba iría chillando todo el camino hasta Denver cuando viera el recibo del agua. ¿No tengo razón?

—Yo diría que es un análisis notablemente agudo.

Watson lo contempló con admiración.

—Oiga, usted sí que es hombre de estudios, ¿sabe? Habla como un libro. Yo admiro a la gente así, siempre que no sean de esos tipos mariposas, como son muchos. ¿Sabe usted quién tuvo la culpa de todos esos líos de las universidades, hace unos años? Los «homosexuales», ellos fueron. Como están frustrados, tienen que soltarse. Salirse del molde, eso dicen. Bendita mierda, no sé adónde irá a parar el mundo.

»Bueno, y si se le congela lo más probable es que sea aquí en este pozo, que no tiene calefacción, fíjese. Si le sucede, tiene esto —buscó dentro de un cajón de naranjas roto hasta encontrar un pequeño soplete de gas.

»Cuando se encuentre el tapón de hielo, quite el aislante y aplíquele directamente el calor. ¿Entendió?

—Sí. Pero, ¿y si se hiela una de las cañerías que no están dentro del pozo de ventilación?

—Eso no sucederá si usted trabaja bien y mantiene el lugar caliente. Y de todas maneras, a las otras cañerías no puede llegar usted. No se preocupe por eso, que no tendrá problemas. Vaya lugar de muerte éste de aquí abajo.

Lleno de telarañas. Me da escalofríos, créame.

—Me contó Ullman que el primer vigilante de invierno mató a su familia y se suicidó luego.

—Ajá, el tipo aquel Grady. Mal bicho, lo supe desde que lo vi, siempre con esa sonrisa de zorrillo. Fue cuando empezaron todo de nuevo aquí, y ese jodido gordo de Ullman habría contratado al estrangulador de Boston si le aceptaba el salario mínimo. Los encontró un guardabosque del parque nacional; el teléfono estaba cortado. Estaban todos en el ala oeste, en la tercera planta, convertidos en bloques de hielo. Una pena las niñitas; seis y ocho años, tenían. Preciosas como capullos. ¡Y qué infernal revoltijo! Y el Ullman, que durante la temporada baja administra algún hotelucho de Florida, tomó un avión a Denver y alquiló un trineo para que le trajera desde Sidewinder porque los caminos estaban cerrados... un *trineo*, ¿no es increíble? Y por poco se hernió tratando de impedir que saliera en los

periódicos. Lo consiguió bastante bien, tengo que admitirlo. Salió una nota en el *Denver Post*, y claro, el «bituario» en ese diariucho que tienen en Estes Park, pero nada más. Bastante bien, considerando la reputación que ha alcanzado este lugar. Yo esperaba que algún reportero empezara a escarbar de nuevo todo y pusiera a Grady como excusa para remover los escándalos.

—¿Qué escándalos?

Watson se encogió de hombros.

—Todos los grandes hoteles tienen escándalos —respondió—. Lo mismo que cualquier gran hotel tiene fantasmas. ¿Por qué? Demonios, la gente viene y va. A veces alguno estira la pata en su habitación, un ataque al corazón, un derrame o algo así. Los hoteles son lugares supersticiosos. No hay planta trece ni habitación trece, ni se pone un espejo del lado de adentro de la puerta por donde se entra, cosas así. Mire, en el mes de julio último perdimos una fulana. Ullman tuvo que ocuparse del asunto, y puede apostar la cabeza a que se ocupó. Por algo le pagan veintidós mil por temporada, y por más que me disguste el tipo, reconozco que se los gana.

Parece que hubiera gente que viene aquí nada más que para vomitar y que contrataran a un tipo como Ullman para limpiar los vómitos. Pues ahí viene esta mujer, que debía tener sus malditos sesenta años... ¡mi edad! y con el pelo teñido más rojo que la luz de una casa de putas, las tetas caídas hasta el ombligo, porque sostén no llevaba, unas venas varicosas en todas las piernas que parecían un par de mapas de carreteras, ¡y las joyas que tenía en el pescuezo y los brazos y le colgaban de las orejas! Y venía con ese chico que no podía tener más de diecisiete, con el pelo largo hasta el culo y el pantalón que le marcaba todo como si lo rellenara con las páginas de chistes.

Y se pasan aquí una semana o unos diez días, no sé, y todas las noches la misma historia. En el salón Colorado de cinco a siete, ella tragando ponches como si mañana fueran a declararlos fuera de la ley, y él con una botellita de «Olympia», haciéndola durar. Y ella haciendo chistes y diciendo

todas esas cosas ingeniosas, y cada vez que decía una él hacía una mueca como un jodido mono, como si le hubieran atado hilos a los extremos de la boca. Sólo que después de unos días ya se notaba que cada vez le costaba más sonreír, y sabe Dios lo que tendría que pensar para conseguir que le funcionara el arma a la hora de acostarse. Bueno, y después se iban a cenar, él caminando y ella tambaleándose, borracha como un pato, imagínese, y él pellizcando a las camareras y haciéndoles sonrisitas mientras ella no miraba. Créame que hasta hicimos apuestas a ver cuánto duraría.

Watson se encogió de hombros.

—Entonces, una noche, alrededor de las diez, él baja diciendo que su «mujer» está «indispuesta», es decir que ha vuelto a desmayarse como todas las noches que estuvo aquí, y que va a buscarle algún remedio para el estómago. Y se va en el «Porsche» en que habían llegado y ésa fue la última vez que se le vio el pelo. A la mañana siguiente ella baja y trata de mantener el tipo, pero cada vez se va poniendo más y más pálida hasta que el señor Ullman le pregunta, así, muy diplomático, si no querría notificar a la poli del Estado, por las dudas de si él hubiera tenido un accidente o cualquier cosa. Y ella se le viene encima como una gata. No, no, no, si él es un conductor estupendo, ella no está preocupada, no pasa nada, él volverá para la cena y cosas así. De modo que esa tarde, sobre las tres, ella se va al «Colorado» y no cena nada. A las diez y media se va a su cuarto y ésa fue la última vez que la vimos viva.

—¿Qué sucedió?

—El juez del Condado dijo que se había tomado como treinta píldoras para dormir encima de todo el alcohol. Al día siguiente apareció el marido, todo un gran abogado de Nueva York, y lo paseó al viejo Ullman por todos los corredores del infierno. Que lo demandaré por esto y lo procesaré por lo otro y cuando acabe con usted no va a poder encontrar ni siquiera un par de calzoncillos limpios y cosas por el estilo. Pero Ullman no es tonto, el muy

mamón. Al final logró calmarlo. Me imagino que le preguntó al figurón qué le parecería que su mujer apareciera en todos los periódicos de Nueva York: Esposa de Prominente Blablablá neoyorquino aparece muerta con la panza llena de somníferos. Después de haber estado jugando al escondite con un chico que podía haber sido su nieto.

»La Policía encontró el «Porsche» en la parte de atrás de ese bar que está abierto toda la noche en Lyonos, y Ullman tiró de algunos hilos para conseguir que se lo devolvieran al abogado. Después, entre los dos lo presionaron al viejo Archer Houghton, que es el juez del Condado, y consiguieron que cambiara el fallo por el de muerte accidental. Ataque al corazón. Y ahora el viejo Archer conduce un «Chrysler». Yo no se lo critico.

Un hombre tiene que aprovechar lo que encuentra, especialmente cuando ya van pasando los años.

Apareció el pañuelo. Bocina. Mirada. Desaparición.

—Y entonces, ¿qué pasa? Como una semana después esa estúpida de camarera, Delores Vickery me llama, da un grito infernal mientras está haciendo el cuarto donde pararon esos dos y se cae desmayada. Cuando vuelve en sí dice que ha visto a la muerta en el cuarto de baño, tendida en la bañera, desnuda. «Con la cara de color púrpura y toda hinchada —cuenta— y me sonrió.» Así que Ullman la despidió pagándole dos semanas y le dijo que se esfumara. Yo calculo que en este hotel deben haberse muerto unas cuarenta o cincuenta personas desde que mi abuelo empezó el negocio en 1910.

Clavó en Jack una mirada de astucia.

—¿Y sabe cómo murieron la mayoría? De ataques al corazón o a la cabeza, mientras se divertían con la dama que estaba con ellos. Esos son los que más vienen a estos lugares, tipos viejos que quieren echar la última cana al aire. Se vienen a las montañas para hacer como si tuvieran otra vez veinte años. Pero a veces les falla algo, y no todos los tipos que dirigieron este lugar eran tan buenos como Ullman para escabullirse de los periódicos. Así que el «Overlook» tiene su reputación, vaya si la tiene. Apostaría a que el jodido

«Biltmore» de Nueva York también la tiene, si uno sabe a quién hay que preguntarle.

—Y fantasmas, ¿no hay?

—Señor Torrance, yo he trabajado aquí toda mi vida. Cuando era un crío de la edad de su hijo en esa foto que usted me enseñó, ya jugaba aquí, y todavía no he visto un fantasma. Venga conmigo al fondo, que le enseñaré el depósito de herramientas.

—De acuerdo.

Mientras Watson se estiraba para apagar la luz, Jack comentó:

—Vaya cantidad de papeles que hay aquí abajo.

—No lo dirá usted en broma. Parece que se hubieran juntado durante mil años. Periódicos y recibos viejos y facturas y cuentas y sabe Dios qué más.

Mi padre solía hacer una buena limpieza del lugar cuando teníamos el antiguo horno de leña, pero ahora la cosa se nos ha ido de las manos. Algún año de estos tomaré algún chico que los lleve a Sidewinder para quemarlos... si Ullman quiere correr con el gasto. Me imagino que lo hará, si grito «ratas» en voz bastante alta.

—Entonces, ¿hay ratas?

—Bueno... supongo que algunas. Ya tengo las ratoneras y el veneno que el señor Ullman quiere hacerle ponera usted en el desván y aquí abajo.

Tenga cuidado con su hijo, señor Torrance, no querrá que le pase nada.

—Seguro, tiene usted razón —viniendo de Watson, el consejo no resultaba hiriente.

Al llegar a la escalera se detuvieron un momento mientras Watson volvía a sonarse las narices.

—Allí encontrará todas las herramientas que necesite, y algunas innecesarias también me imagino,

Y está el asunto de las tejas. ¿Le habló Ullman de eso?

—Sí, quiere que le cambie parte de las tejas del ala oeste.

—Ese gordo presumido querrá que le haga usted tanto trabajo gratis como pueda, y en la primavera andará llorando por ahí, porque el trabajo no está hecho como es debido. Ya se lo dije una vez en su propia cara, le dije que...

Las palabras de Watson fueron desvaneciéndose en un zumbido a medida que subían las escaleras. Jack Torrance echó una mirada por encima del hombro a la impenetrable oscuridad que olía a vejez y a moho y pensó que si algún lugar había que debiera tener fantasmas, era ese. Pensó en Grady, enclaustrado por la nieve lenta e implacable, enloqueciendo lentamente hasta terminar cometiendo aquella atrocidad. ¿Habrían gritado?, se preguntó. Pobre Grady, sentir que aquello estaba más cerca de él cada día, saber finalmente que para él la primavera no llegaría jamás. No debería haber estado allí. No debería haber tenido ese arranque de mal genio.

Mientras atravesaba la puerta, siguiendo a Watson, las palabras resonaron dentro de él como el doblar de una campana, acompañadas por un ruido seco... como el de un lápiz que se quiebra. Dios santo, qué bien le vendría un trago. O mil.

4. EL PAÍS DE LAS SOMBRAS

Danny sintió debilidad y, a las cuatro y cuarto, subió en busca de su leche y sus galletas. Las engulló mientras miraba por la ventana y después entró a besar a su madre, que se había echado. Wendy le sugirió que se quedara dentro a ver un programa de TV, porque así el tiempo se le pasaría más rápido, pero el chico negó firmemente con la cabeza y volvió a sentarse al borde de la acera.

Ahora eran las cinco, y por más que no tuviera reloj ni pudiera todavía leer muy bien la hora, Danny se daba cuenta del paso del tiempo por el alargamiento de las sombras y por ese dejo dorado que empezaba a teñir la luz de la tarde.

Mientras daba vueltas al planeador entre sus manos, empezó a tararear por lo bajo: «Salta sobre mí, Lou, no me importa... salta sobre mí, Lou, no me importa... mi maestra se marchó... Lou, Lou, salta sobre mí...» Él y sus compañeros solían entonar juntos esa canción en el jardín de infancia Jack y Jill, donde iba cuando vivían en Stovington. Aquí en este pueblo no iba al jardín porque papá ya no tenía dinero suficiente para mandarle.

Danny sabía que su madre y su padre estaban preocupados por eso, preocupados porque era algo que aumentaba su soledad (y más profundamente aún, sin haberlo hablado entre ellos, les preocupaba que Danny pudiera culparlos), pero en realidad él no quería seguir yendo al viejo Jack y Jill. Eso era para bebés. Y aunque él todavía no era un chico grande, tampoco era un bebé. Los chicos grandes iban a la escuela de los grandes, donde les servían un almuerzo caliente. El año próximo, primer grado. Este año era como un lugar intermedio entre ser bebé y ser un chico grande. Pero estaba bien. Echaba de menos a Scott y a Andy —principalmente a Scott—, pero así y todo, estaba bien. Parecía mejor estar solo para esperar cualquier cosa que pudiera suceder.

Danny entendía muchísimas cosas de sus padres, y sabía que muchas veces a ellos no les gustaba que él entendiera, y que muchas otras se negaban a creer que así fuera. Pero algún día tendrían que creerlo. Él se conformaba con esperar.

Pero era una pena que no pudieran creerlo, especialmente en momentos como éste. Mamá estaba echada en su cama, en el apartamento, a punto de llorar de tan preocupada que estaba por papá. Algunas de las cosas que la preocupaban eran demasiado de adultos para que Danny las entendiera; cosas vagas que tenían que ver con la seguridad, con la *imagen de sí mismo* de papá, con sentimientos de culpa y de enojo y con el miedo por lo que podría suceder con ellos, pero las dos cosas principales que en ese momento la preocupaban eran que papá hubiera tenido una avería en la montaña (*si no, ¿por qué no telefoneaba?*) o que se hubiera ido a hacer Algo Malo. Danny sabía

perfectamente qué era Algo Malo desde que se lo había explicado Scotty Aaronson, que tenía seis meses más que él. Y Scotty lo sabía porque también su papá había hecho Algo Malo. Scotty le había contado que una vez, su papá le había dado a su mamá un puñetazo en un ojo y la había derribado. Finalmente, el papá y la mamá de Scotty se habían DIVORCIADO por aquel Algo Malo, de modo que cuando Danny lo conoció, Scotty vivía con su madre y únicamente veía a su papá los fines de semana. El terror mayor de la vida de Danny era el DIVORCIO, palabra que siempre se le aparecía mentalmente como un cartel pintado con letras rojas cubiertas de serpientes sibilantes y venenosas. Cuándo había un DIVORCIO, los padres de uno ya no vivían juntos y se peleaban por el hijo en un tribunal, y uno tenía que irse a vivir con uno de ellos y al otro no lo veía prácticamente nunca, y ese con el que uno estaba podía casarse con alguien a quien uno no conocía siquiera, si les entraba mucha prisa. Lo que más aterrorizaba a Danny del DIVORCIO era que había notado que la palabra —o el concepto, o lo que fuere que se le presentaba en su comprensión— estaba flotando en la cabeza de sus padres, a veces en forma difusa y relativamente distante, pero otras como algo tan denso, oscuro e impresionante como las nubes de tormenta. Ocurría así desde esa vez que papá le castigó por desordenar y ensuciar los papeles que tenía arriba, en su estudio, y el médico tuvo que escayolarle el brazo. El recuerdo del episodio ya se había desvanecido, pero el recuerdo de las ideas de DIVORCIO era nítido y angustiante. Era una idea que por ese entonces había rondado principalmente a su mamá, y Danny había vivido en el terror constante de que ella se arrancara la palabra del cerebro y la echara por la boca convirtiéndola en realidad. DIVORCIO. Era una corriente subterránea constante en el pensamiento de sus padres, una de las pocas ideas que Danny podía detectar siempre, como se percibe un ritmo musical sencillo. Pero, lo mismo que un ritmo, la idea central no era más que la espina dorsal de otras ideas más complejas, de cosas que él todavía no podía siquiera empezar a

interpretar, que se le presentaban apenas como colores y estados de ánimo. Las ideas de DIVORCIO de mamá, giraban en torno de lo que papá le había hecho en el brazo y de lo que había sucedido en Strovington cuando se quedó sin trabajo. Ese chico. Ese George Hatfield que se había enfadado con papá y le había pinchado las ruedas del coche. Las ideas de DIVORCIO de papá eran más complejas, de un color violeta oscuro y surcadas por aterradoras venas de negro intenso.

Parecía que papá pensara que ellos estarían mejor si él se iba, que las cosas dejarían de hacer daño. Su papá hacía daño todo el tiempo, principalmente por su deseo de hacer Algo Malo. Eso también era algo que Danny podía detectar casi siempre: la constante ansiedad de su padre por refugiarse en un lugar oscuro a mirar un televisor en colores y comer cacahuetes que iba sacando de un tazón y hacer Algo Malo hasta que el cerebro se le aquietara y le dejara en paz.

Pero esa tarde su madre no tenía necesidad de preocuparse, y Danny habría querido poder ir a decírselo. El coche no se había averiado, ni papá estaba en ninguna parte haciendo Algo Malo. En ese momento estaba casi llegando a casa, recorriendo la carretera entre Lyons y Boulder. Por el momento, papá no pensaba siquiera en hacer Algo Malo, Pensaba en... en... Danny miró furtivamente a sus espaldas, hacia la ventana de la cocina.

A veces, al esforzarse mucho en pensar le sucedía algo. Sucedía que las cosas — las cosas reales— se iban, y entonces Danny veía otras que no estaban. Una vez, durante la cena, le había sucedido eso, no mucho después de que le hubieran escayolado el brazo. En ese momento ninguno hablaba mucho con los otros. Pero pensaban, eso sí. Las ideas de DIVORCIO se cernían sobre la mesa de la cocina como una nube negra llena de lluvia, preñada, próxima a estallar. Él se sentía tan mal que no podía comer; la idea de comer con toda esa nube negra de DIVORCIO encima le daba ganas de vomitar. Y como todo le parecía tan desesperadamente importante, Danny se había sumergido por completo en la concentración y había sucedido algo. Cuando regresó al

mundo de las cosas reales, estaba tendido en el suelo, sucio de judías y de puré de patatas, y su mamá lo tenía en brazos y lloraba mientras papá llamaba por teléfono. Él se había asustado y había tratado de explicarles que no pasaba nada, que eso era lo que le sucedía a veces cuando se concentraba para entender más de lo que normalmente podía. Intentó explicarle lo de Tony, a quien ellos llamaban su «compañero de juegos invisibles».

—Ha tenido una A Lu Ci Nación —había dicho su padre—. Y aunque ahora parece bien, de todas maneras quiero que lo vea el médico.

Cuando se fue el medico, mamá le había hecho prometer que jamás volvería a hacer eso, que *nunca* les volvería a asustar de esa manera, y Danny había accedido. Él también estaba asustado, porque al concentrarse, su mente había volado hacia su papá y durante un momento, antes de que apareciera Tony (desde lejos, como siempre, llamándolo a la distancia) y las cosas raras hubieran eclipsado la cocina y la tajada de asado sobre el plato azul, durante un momento apenas su propia conciencia había atravesado la oscuridad de su padre hasta hundirse en una palabra incomprensible, mucho más aterradora que DIVORCIO, y esa palabra era SUICIDIO. Danny jamás había vuelto a encontrarla en la mente de su papá, y ciertamente no había vuelto a buscarla. No tenía ningún interés en llegar a saber con exactitud el significado de esa palabra.

Pero concentrarse sí le gustaba, porque a veces venía Tony. No siempre. A veces las cosas simplemente se ponían inciertas y nebulosas durante un minuto y después se aclaraban... la mayoría de las veces, en realidad. Pero otras veces, en el límite mismo de la visión; se le aparecía Tony, llamándolo a la distancia, haciéndole señas...

Le había sucedido dos veces desde que se mudaron a Boulder, y Danny recordaba lo sorprendido y encantado que se había sentido al descubrir que Tony lo había seguido todo el camino desde Vermont. De manera que en definitiva no había perdido a todos sus amigos.

La primera vez él estaba afuera, en el patio del fondo, y lo sucedido no era mucho. Simplemente que Tony le había hecho señas y después hubo oscuridad y unos minutos más tarde Danny regresaba a las cosas reales con algunos vagos fragmentos de recuerdo, como de un sueño enmarañado. La segunda vez, dos semanas antes, había sido más interesante. Tony le hacía señas, le llamaba desdeuna distancia de cuatro metros: un solo *«Danny... Ven a ver...»*. Parecía como si estuviera levantándose y después se hubiera caído en un profundo agujero, como Alicia en el País de las Maravillas.

Después, Danny bajó al sótano de la casa y Tony estuvo junto a él, señalándole en las sombras el baúl donde su papá guardaba todos los papeles importantes, especialmente «LA OBRA».

—¿Ves? —le había preguntado Tony con su voz musical y distante—.

Está ahí bajo la escalera. Exactamente bajo la escalera. Los hombres de la mudanza lo pusieron exactamente... bajo... la escalera. Danny había dado un paso adelante para mirar más de cerca esa maravilla y entonces, de nuevo, se encontró cayendo, esta vez desdeel columpio del patio del fondo, donde había estado sentado durante todo ese tiempo, y de golpe, hasta se quedó sin aliento.

Tres o cuatro días más tarde, papá estuvo paseándose furiosamente mientras le decía a mamá que se había recorrido todo el maldito sótano y el baúl no estaba, y que les iba a entablar juicio a los de la maldita empresa de mudanzas, que le habían perdido entre Vermont y Colorado. ¿Cómo iba a poderterminar «LA OBRA» si seguían sucediéndole cosas como ésa?

—No, papá —le había dicho Danny—. Está debajo de la escalera. Los de la mudanza lo pusieron directamente bajo la escalera.

Papá lo miró de una manera extraña y después fue a ver. Y el baúl estaba allí, exactamente donde Tony había dicho. Papá se lo llevó aparte, lo sentó en las rodillas y le preguntó quién le había dejado bajar al sótano.

¿Había sido Tom, el del piso de arriba? El sótano era peligroso, decía papá; por eso el casero lo mantenía cerrado con llave. Si alguien lo dejaba sin llave, papá quería saberlo. Aunque se alegraba de tener allí sus papeles y su «OBRA», eso no valdría la pena, le dijo, si Danny se caía por las escaleras y se rompía e... la pierna. Danny dijo con toda seriedad a su padre que él no había bajado al sótano. Esa puerta estaba siempre cerrada con llave. Y mamá dijo lo mismo. Danny nunca bajaba al vestíbulo del fondo, dijo, porque era húmedo y oscuro y estaba lleno de arañas. Y él no decía mentiras.

—Entonces, ¿cómo lo sabías, hijo? —le preguntó papá.

—Me lo mostró Tony.

Su madre y su padre habían cambiado una mirada por encima de su cabeza. Había sucedido otras veces, ocasionalmente. Y como eso los asustaba, lo apartaban cuanto antes de la cabeza. Pero Danny sabía que estaban preocupados por Tony, especialmente mamá, y él se cuidaba mucho de no pensar de la manera que podía hacer aparecer a Tony cuando ella podía verlo. Pero ahora que su madre estaba echada y no iría por el momento a la cocina, se concentró intensamente para ver si podía entender en qué estaba pensando papá.

Se le arrugó la frente y las manos, no demasiado limpias, se cerraron en tensos puños sobre los tejanos. Danny no cerró los ojos; no era necesario, sino que los entornó bastante, mientras se imaginaba la voz de papá, la voz de Jack, la voz de John Daniel Torrance, calma y profunda, que a veces se estremecía de risa o se hacía más grave aún por el enojo, o simplemente seguía siendo calma, porque su padre estaba pensando. Pensando en. Pensando sobre. Pensando... (pensando)

Danny suspiró, silenciosamente, y su cuerpo se aflojó sobre la acera como si de pronto se hubiera quedado sin músculos. Estaba totalmente consciente; veía la calle y la chica y el muchacho que venían por la acera del lado de enfrente, cogidos de la mano porque estaban (¿enamorados?) felices

por el día y por estar juntos ese día. Veía las hojas de otoño arremolinándose en el arroyo, como ruedas amarillas de formas irregulares.

Veía la casa frente a la cual pasaban y se fijó en que el tejado estaba cubierto de *(tejas, sí creo que no habrá problema si la caída de aguas está bien así estará perfecto, ese watson que personaje, ojalá le encuentre lugar en «LA OBRA», si no tengo cuidado terminaré por meteren ella a todo el maldito género humano, sí. tejas, ¿habrá clavos ahí fuera? a la mierda, me olvidéde preguntarle, bueno son fáciles de conseguir, en la ferretería de sidewinder. avispas, es la épocaen que anidan, tal vez tendría que conseguir un pulverizador de insecticida para cuando saquelas tejas viejas, las tejas nuevas, las)* tejas. Así que estaba pensando en eso. Había conseguido el trabajo y estaba pensando en las tejas. Danny no sabía quién era Watson, pero todo lo demás le parecía bastante claro. Y por fin podría ver un avispero. Tan seguro como que se llamaba —*Danny... Danny...*

Levantó los ojos y allí estaba Tony, lejos como siempre, en la calle, de pie junto a una señal de *stop*, saludándolo con la mano. Danny, como siempre, sintió una cálida oleada de placer al ver a su viejo amigo, pero esa vez le pareció sentir también un aguijonazo de miedo, como si Tony hubiera venido con alguna sombra oculta a la espalda. Un bote lleno de avispas que, cuando quedaran en libertad, le picarían despiadadamente.

Pero no era cuestión de no ir. Se repantingó más sobre el bordillo de la acera, y las manos se le deslizaron, laxas, entre los muslos para quedar colgando por debajo del ángulo de la entrepierna. El mentón se hundió sobre el pecho. Después vino un tirón, leve e indoloro: una parte de él se levantó y echó a correr en pos de Tony, hacia un cono de oscuridad.

—*Danny...*

Ahora la oscuridad estaba surcada por una blancura remolineante. Un ruido convulsivo, como una tos, y sombras

doblegadas, torturadas, que se revelaron como abetos sacudidos en la noche por una borrasca atronadora.

Nieve que giraba y danzaba. Nieve por todas partes.

—Demasiado profunda —dijo Tony desde la oscuridad, y en su voz había una tristeza que aterró a Danny—. Demasiado profunda para salir.

Otra forma, amenazante, en el fondo. Rectangular y enorme. Un tejado en pendiente; Blancura que se perdía en la oscuridad tormentosa.

Muchas ventanas. Un edificio largo con tejas de madera. Algunas tejas eran más verdes, más nuevas. Las había puesto su papá. Con clavos de la ferretería de Sidewinder. Ahora la nieve estaba cubriendo las tejas. Estaba cubriéndolo todo.

Una luz verde, sobrenatural, se encendió en el frente del edificio, parpadeó y se convirtió en una gigantesca calavera que sonreía sobre dos tibias cruzadas.

—Veneno —advirtió Tony desde la flotante oscuridad—.

Veneno.

Otros signos parpadeaban ante sus ojos, algunos en letras verdes, algunos escritos en tablas que se inclinaban y torcían bajo el empuje de la ventisca. PROHIBIDO NADAR. ¡PELIGRO! CABLES ELECTRIZADOS. PROHIBIDO ENTRAR EN ESTA PROPIEDAD. ALTA TENSIÓN. TERCER RIEL. PELIGRO DE MUERTE. CUIDADO. NO ENTRAR. SE DISPARARÁ SOBRE LOS INFRACTORES.

Danny no entendía del todo ninguno de ellos (¡si no sabía leer!), pero todos le daban una sensación general de terror onírico que se le infiltró en todos los huecos oscuros del cuerpo, como esporas leves, oscuras, que se morirían a la luz del sol.

Los carteles se desvanecieron. Ahora estaba en un cuarto lleno de muebles extraños, un cuarto que estaba a oscuras. La nieve golpeaba contra las ventanas como si arrojaran arena. Danny sentía la garganta seca, los ojos ardientes, el corazón se le paseaba a martillazos por el pecho. Afuera había un ruido hueco, retumbante, como el de una puerta espantosa que se abre bruscamente de par en par. Ruido de pasos. Del otro lado de la habitación había un

espejo, y en lo más hondo de su burbuja de plata aparecía una palabra escrita en fuego verde y esa palabra era REDRUM[2]".

El cuarto se esfumó. Otro cuarto. Danny lo conocía (lo conocería) bien. Una silla derribada. Una ventana rota por donde entraban remolinos de nieve; nieve que se había helado ya sobre el borde de la alfombra. Las cortinas habían sido arrancadas a tirones y pendían de su barrote, quebrado en ángulo. Un armario pequeño, caído boca abajo.

Más ruidos huecos y resonantes, constantes, rítmicos, horribles. De cristal que se rompe. De destrucción que se acerca. Una voz ronca, la voz de un loco, más terrible aún por ser familiar:

—¡Sal! ¡A ver si sales, mierda, a tomar tu medicina!

Crash. Crash. Crash. Madera que se parte. Un rugido de satisfacción y de rabia.

REDRUM. Ya viene.

Recorriendo el cuarto, sin rumbo. Arrancando cuadros de las paredes.

Un tocadiscos (¿el tocadiscos de mamá?) arrojado sobre el piso. Los discos de ella, Grieg, Händel, los Beatles, Art Garfunkel, Bach, Liszt, desparramados por todas partes. Rotos, hechos pedazos. Un rayo de luz que llega desde otra habitación, desde el cuarto de baño, una luz blanca y cruda y una palabra que parpadea, encendiéndose y apagándose en el espejo del botiquín, como un ojo de color púrpura, REDRUM, REDRUM, REDRUM...

—No —susurró—. No, Tony, por favor...

Y pendiendo inerte por encima del labio blanco de la bañera, una mano. Laxa. Un lento hilo de sangre (REDRUM) que resbala por uno de los dedos, el del medio, y va a gotear sobre los azulejos desde la uña cuidadosamente manicurada...

No, oh no, no no...

(oh por favor, Tony, que me das miedo)

REDRUM REDRUM REDRUM

(no sigas Tony no sigas) Se desvanecía.

En la oscuridad los ruidos retumbantes se hacían más fuertes, seguían creciendo, en ecos, por todas partes, por todos lados. Y ahora Danny estaba en cuclillas en un pasillo oscuro, agazapado sobre una alfombra azul con un tumulto de formas negras retorcidas entretejidas en la trama, escuchando los ruidos retumbantes que se acercaban y una Forma dobló por el pasillo y empezó a acercársele, tambaleante, oliendo a sangre y destrucción. En la mano llevaba un mazo que hacía girar (REDRUM) de un lado a otro describiendo arcos implacables, asestándolo contra las paredes, destrozando el empapelado y haciendo volar nubes fantasmales de polvo de yeso:

—*¡Ven a tomar tu medicina! ¡Tómala como un hombre!*

La Forma que avanzaba sobre él, apestando con un hedor agridulce, gigantesca, cortando el aire con el mazo con un maligno susurro sibilante y después el gran retumbo hueco al estrellarlo contra la pared, haciendo volar el polvo que se le metía a uno por las narices, seco e irritante. Minúsculos ojos de fuego que relucían en la oscuridad. El monstruo ya estaba sobre él; lo había descubierto, allí, acurrucado, con la espalda contra la pared. Y la puerta trampa del techo estaba cerrada con llave.

Oscuridad. Sin rumbo.

—Tony, por favor quiero volver, por favor, por favor...

Y *volvió*. Estaba sentado en la acera de Arapahoe Street, con la camisa húmeda pegada a la espalda y el cuerpo bañado en sudor. En los oídos le resonaba todavía el tremendo contrapunto retumbante de ese ruido y olió su propia orina que no había podido controlar por el terror. Seguía viendo esa mano que colgaba flojamente sobre el borde de la bañera mientras la sangre le corría por un dedo, el del medio, y esa palabra inexplicable que era mucho más horrible que ninguna de las otras: REDRUM.

Y ahora la luz del sol. Las cosas reales. A no ser por Tony, ya muy lejos, un puntito apenas, de pie en la esquina, hablándole con su voz débil, aguda, dulce.

—Cuídate, doc...

Después, en un instante, Tony desapareció y el destartalado cochecito rojo de papá apareció doblando la esquina, traqueteando por la calle, arrojando por el escape nubecitas de humo azul. En un segundo Danny estuvo de pie, saludando con la mano, saltando de un pie a otro, gritando:

—¡Papi! ¡Eh, papi! ¡Hola, hola!

Papá acercó el «Volkswagen» a la acera, paró el motor y abrió la puerta. Danny corrió hacia él, pero se quedó helado, con los ojos muy abiertos. El corazón se le subió hasta la garganta y allí se le quedó. Junto a su papá, en el otro asiento delantero, había un mazo de mango corto, todo pegoteado de sangre y pelos.

No, no era más que el bolso de la compra.

—Danny... ¿estás bien, doc?

—Sí, muy bien —se acercó a su padre y hundió la cara en el forro de piel de oveja de su chaqueta de dril y lo abrazó fuerte fuerte fuerte. Jack también lo abrazó, un poco perplejo.

—Oye, será mejor que no te quedes así sentado al sol, hijo. Estás todo sudoroso.

—Creo que me quedé un rato dormido. Te quiero, papá. Te estaba esperando.

—Yo también te quiero, Dan. Mira, he traído algunas cosas. ¿Crees que eres bastante grande para subirlas?

—¡Claro!

—Doc Torrance, el hombre más fuerte del mundo —anunció Jack, mientras le desordenaba el pelo—. Que se entretiene quedándose dormido en las esquinas.

Después los dos fueron hacia la puerta y mamá bajó al porche, a su encuentro, y Danny se quedó en el segundo escalón, mirando cómo se besaban sus padres. Estaban contentos de verse. El amor fluía de ellos de la misma manera que había fluido del muchacho y de la chica que se paseaban por la calle cogidos de la mano. Danny estaba contento.

El bolso de la compra —que no era más que el bolso de la compra— crujía entre sus brazos. Todo estaba bien. Papá

había vuelto, mamá lo quería. No había nada de malo. Y no todo lo que Tony le mostraba sucedía siempre.

Pero el miedo se le había instalado en el corazón, profundo y terrible, en el corazón y en esa palabra indescifrable que había visto en el espejo de su espíritu.

5. LA CABINA TELEFÓNICA

Jack aparcó el «Volkswagen» frente al «Rexall», en el centro comercial y dejó que el motor se parara. Volvió a pensar si no tendría que decidirse a cambiar de una vez la bomba de la gasolina y volvióa considerar que no podían permitirse ese gasto. Si el coche aguantaba hasta noviembre, podría jubilarse con todos los honores. Para noviembre, allá en las montañas, la nieve ya estaría más alta que el techo del cacharro... y tal vez más alta que tres cacharros de esos apilados uno encima del otro. —Quiero que te quedes en el coche, doc. Te traeré una barra de caramelo.

—¿Por qué no puedo ir?

—Tengo que hacer una llamada telefónica y es un asunto privado.

—¿Por eso no la hiciste desdecasa?

—Por eso.

Wendy había insistido en que tuvieran teléfono, a pesar de lo ajustado de sus recursos. Con un niño pequeño, había dicho (y especialmente con un chico como Danny, que a veces tenía pérdidas de conocimiento), no podían permitirse carecer de teléfono. De modo que Jack había hecho frente a los treinta dólares de gastos de instalación —lo que ya era bastante grave— y a un depósito de noventa dólares de fianza, que era realmente doloroso. Y hasta ese momento, a no ser por dos llamadas equivocadas, el teléfono había estado mudo.

—¿Puedes traerme uno de fruta, papá?

—Claro. Pero quédate quieto y no juegues con la palanca de cambios, ¿eh?

—Bueno. Miraré los mapas.

—Eso.

Mientras Jack salía, Danny abrió la guantera y sacó los cinco ajados mapas de carreteras: Colorado, Nebraska, Utah, Wyoming, Nuevo México. Le encantaban los mapas de carreteras, le gustaba seguir con el dedo el recorrido de las rutas. Por lo que a él se refería, tener mapas nuevos era lo mejor de haberse mudado al Oeste.

Jack fue al mostrador del *drugstore*, compró la barrita de caramelo para Danny, un periódico y un ejemplar de *Selecciones para Escritores* del mes de octubre. Pagó a la chica con un billete de cinco dólares y le pidió que le diera el cambio en monedas de veinticinco. Con ellas en la mano se dirigió hacia la cabina telefónica colocada junto a la máquina de hacer llaves y se metió dentro. Desde allí, a través de tres cristales, podía ver a su hijo dentro del «Volkswagen». La cabeza del niño se inclinaba con seriedad sobre los mapas. Jack sintió una oleada de amor casi desesperado por su hijo. La emoción se tradujo en su rostro en una hosquedad pétrea.

Pensaba que en realidad tendría que haber hecho desde su casa la ineludible llamada de agradecimiento a Al; desde luego, no iba a decirle nada que Wendy pudiera objetar. Era su orgullo el que se lo vedaba. Por entonces, casi siempre prestaba oídos a lo que decía su orgullo, porque aparte de su mujer y su hijo, seiscientos dólares en su cuenta bancaria y un exhausto «Volkswagen» de 1968, era lo único que le quedaba. Lo único que le pertenecía. Hasta la cuenta bancaria era conjunta. Un año atrás era profesor de inglés en una de las mejores escuelas preparatorias de Nueva Inglaterra. Allí había tenido amigos —aunque no exactamente los mismos que antes de dejar la bebida—, algunas diversiones y también colegas que admiraban su soltura en el aula, y el hecho de que fuera escritor en su vida privada. Seis meses antes, las cosas iban bien. De pronto, incluso les quedó el dinero suficiente, al final de cada quincena, para hacer unos pequeños ahorros. En la época en que bebía no le quedaba jamás un centavo, por más que Al Shockley le ayudara muchas veces. Él y Wendy habían empezado, cautelosamente, a hablar de una casa y de dar una entrada,

para dentro de un año o cosa así. Una granja, en el campo, aunque hicieran falta unos seis u ocho años para renovarla por completo, qué demonios, eran jóvenes, tenían tiempo.

Y entonces había tenido un arranque de mal genio.

George Hatfield.

El aroma de la esperanza se había convertido en el olor a cuero viejo del despacho de Crommert, donde todo parecía una escena tomada de su propia obra: las viejas imágenes de los antiguos directores de Stovington en las paredes, los grabados en acero de la facultad tal como era en 1879, cuando la construyeron, y en 1895, cuando el dinero de Vanderbilt les permitió construir la casa de campo que todavía se levantaba al extremo oeste del campo de fútbol, inmensa y chata, revestida de hiedra. La hiedra de abril susurraba del otro lado de la estrecha ventana de Crommert, y del radiador brotaba la voz soñolienta del vapor de agua. Pero no es un decorado, había pensado él. Era real. Era su vida. ¿Cómo podía haberla jodido de semejante manera?

—Es una situación grave, Jack. Tremendamente grave. La Junta me ha pedido que le transmita a usted su decisión.

La Junta quería la renuncia de Jack, él la presentó. En circunstancias diferentes, para junio lo habrían confirmado en la cátedra.

Lo que había seguido a esa entrevista en el despacho de Crommert había sido la noche más oscura y terrible de su vida. El deseo, la *necesidad* de emborracharse jamás habían sido tan fuertes. Le temblaban las manos. Se le caían las cosas. Una y otra vez descargó su irritación en Wendy y en Danny.

Su humor era una especie de animal salvaje sujeto con una traílla a punto de romperse. Aterrorizado ante la posibilidad de hacerles daño, se había ido de casa. Había ido a parar frente a un bar, y si no entró fue porque sabía que, si lo hacía, Wendy lo dejaría por fin y se llevaría consigo a Danny. Y cuando ellos se fueran, todo se habría acabado para él.

Envez de entrar en el bar, donde oscuras sombras inmóviles saboreaban las aguas del olvido, se había ido a la casa de Al Shockley. El resultado de la votación de la Junta había sido 6-1. Ese uno había sido Al.

Marcó el número de la telefonista, y la voz le dijo que por un dólar ochenta y cinco podían ponerlo durante tres minutos en contacto con Al, a tres mil doscientos kilómetros de distancia. Qué relativo es el tiempo, nena, pensó mientras metía en la ranura ocho monedas de veinticinco centavos. Débilmente, alcanzaba a oír los zumbidos y chillidos electrónicos de la conexión que se establecía hacia el Este.

Al era hijo de Arthur Longley Shockley, barón del acero, de quien —como único hijo— había heredado una fortuna, además de una gran variedad de inversiones y de cargos en diversos consejos y juntas. Una de ellas era el de la Junta de Directores de la Academia preparatoria de Stovington, la institución favorita del viejo. Tanto Arthur como Albert Shockley eran graduados; y Al vivía en Barre, lo bastante cerca para interesarse personalmente por los asuntos de la Universidad. Durante variosaños, Al había sido el entrenador de tenis de Stovington.

Jack y Al se habían hecho amigos de una manera completamente natural e impremeditada: en las muchas reuniones de la Facultad a las que asistían juntos, ellos eran siempre los dos concurrentes más borrachos.

Shockley estaba separado de su mujer y, en cuanto a Jack, su matrimonio iba lentamente cuesta abajo, aunque siguiera amando a Wendy y le hubiera prometido con sinceridad (y con frecuencia) que se corregiría, por ella y por el pequeño Danny.

De muchas fiestas de la Facultad, los dos salían a recorrer los bares hasta que cerraban, para después detenerse en alguna tienda que estuviera abierta a comprarse un cajón de cerveza que se bebían en el coche, aparcados al final de algún camino solitario. Había mañanas en que, al entrar tambaleándose en la casa que alquilaban, mientras la aurora se insinuaba ya en el cielo, Jack se encontraba a Wendy

y al bebé dormidos sobre el diván, Danny siempre del lado de adentro, con un puñito cerrado bajo la mandíbula de Wendy. Cuando los miraba, el odio y el asco de sí mismo le subían en una amarga oleada a la garganta, cubriendo incluso el gusto de la cerveza y de los cigarrillos y de los martinis... los marcianos, como los llamaba Al. Eran las ocasiones en que, meditada y cuerdamente, sus pensamientos se volvían hacia el revólver, la soga o la navaja de afeitar.

Si la curda se producía por la noche, como sucedía muchas veces, Jack dormía tres horas, se levantaba, se vestía, se tomaba cuatro Excedrinas y, todavía borracho, se iba a dar su clase de las nueve, sobre poesía norteamericana. Buenos días, chicos, hoy el genio de los ojos enrojecidos os va a contar cómo perdió Longfellow a su mujer en el gran incendio.

Él nunca había creído que fuera un alcohólico, pensó Jack mientras oía sonar el teléfono de Al. ¡La de clasesa las que habría faltado, o las que había dado sin afeitarse, apestando todavía a los marcianos de la noche anterior!

No por mí, que yo puedo dejarlo en cualquier momento. ¡La de noches que él y Wendy habrían pasado en camas separadas! Pero oye, si estoy perfectamente. Los parachoques abollados. Claro que estoy en condiciones de conducir. Las lágrimas que ella vertía en el cuarto de baño. Las miradas cautelosas de los colegas cuando en una fiesta se servía aunque sólo fuera vino. El ir comprendiendo, lentamente, que todo el mundo hablaba de él. Y la conciencia de que su «Underwood» no producía más que bolas de papel arrugado en su mayor parte en blanco, que iban a parar al cesto de los papeles. En Stovington había sido una pequeña luminaria, un escritor norteamericano en gradual florecimiento, quizá, y sin duda un hombre con condiciones para enseñar esegran misterio de la creación literaria. Había publicado dos docenas de cuentos. Estaba trabajando en una obra de teatro y pensaba que en alguna trastienda mental debía estar incubándose una novela. Pero ahora no producía nada y su enseñanza era un desastre.

Finalmente, la cosa terminó una noche, poco menos que un mes después que Jack le rompiera el brazo a su hijo. Eso, era la impresión que él tenía, había puesto término a su matrimonio. Lo único que faltaba era que Wendy se decidiera... estaba seguro de que si su madre no hubiera sido la zorra que era, Wendy habría tomado el autobús de vuelta a New Hampshire en cuanto Danny hubiera estado en condiciones de viajar. Todo había acabado.

Era poco más de medianoche. Jack y Al entraban en Barre por la carretera 31, Al sentado al volante de su «Jaguar», tomando sin precaución alguna de las curvas, pasándose a veces de la doble línea amarilla. Los dos iban muy borrachos; esa noche los marcianos habían aterrizado en gran número. Tomaron la última curva antes del puente a más de 110. En el camino había una bicicleta de niño, y hubo un chillido doloroso y agudo de la goma arrancada de los neumáticos del «Jag». Jack recordaba haber visto la cara de Al suspendida sobre el volante como una luna blanca y redonda.

Después, el ruido de metal que se aplasta al chocar con la bicicleta aún a sesenta y cinco, el vuelo de ésta como un pájaro doblado y retorcido, el manillar que golpea el parabrisas y vuelve a salir por el aire, dejando ante los ojos desorbitados de Jack la telaraña astillada del cristal de seguridad. Un momento después, el golpe final, espantoso, al estrellarse en el camino a espaldas de ellos. Y algo que los sacudía desde abajo mientras los neumáticos lo aplastaban. El «Jag» patinó de costado, con Al aún aferrado al volante, y desde muy lejos Jack se oyó decir:

—Por Dios, Al, le hemos pasado por encima. Lo he sentido.

En el oído, el teléfono seguía sonando. *Vamos, Al. Contesta. Así puedo terminar con esto.*

—Un par de llamadas más, señorita, si no tiene inconveniente.

—Sí, señor —dijo obedientemente la voz.

¡Vamos, Al!

Al había atravesado el puente para ir hasta el teléfono público más cercano, desde donde llamó a un amigo

soltero para decirle que se ganaría cincuenta dólares si le buscaba en su garaje los neumáticos para la nieve del «Jaguar» y se los llevaba al puente de la carretera 31, en las afueras de Barre. Veinte minutos después apareció el amigo, en tejanos y chaqueta de pijama.

—¿Habéis matado a alguien? —preguntó después de haber recorrido la escena con la vista.

Al ya estaba levantando con el gato la parte trasera del coche, mientras Jack aflojaba los bulones.

—Providencialmente, no —respondió Al.

—De todas maneras, creo que yo me vuelvo. Me pagarás mañana.

—De acuerdo —respondió Al, sin levantar la vista.

Los dos habían cambiado las ruedas sin incidente alguno, y juntos habían regresado a la casa de Al Shockley. Al guardó el «Jag» en el garaje y paró el motor. En la silenciosa oscuridad, declaró:

—Para mí, se acabóel trago,Jacky. Se terminó. Hoy he matado mi último marciano.

Y ahora, mientras sudaba dentro de la cabina telefónica, a Jack se le ocurrió que jamás había dudado de la capacidad de Al para llevar a la práctica su decisión. Él había vuelto a su casa conduciendo el «Volkswagen», con la radio encendida, mientras algún conjunto salmodiaba repetidamente, como un ensalmo en la hora que procede al amanecer: Hazlo de todos modos... necesitas hacerlo... hazlo de todos modos... necesitas... Por más fuerte que lo pusiera, seguía oyendo el alarido de los neumáticos, el choque. Cuando parpadeaba, al cerrar los ojos veía rueda aplastada con los radios rotos que apuntaban al cielo.

Cuando entró, Wendy estaba dormida en el diván. Miró en el cuarto de Danny y lo vio de espaldas en su cunita, profundamente dormido, con el bracito todavía escayolado. Bajo el pálido resplandor que le llegaba de la luz de la calle alcanzaba a ver sobre la blancura de la escayola las líneas oscuras donde todos los médicos y las enfermeras del departamento de pediatría habían firmado.

Fue un accidente. Se cayó por las escaleras, (mentiroso inmundo) Fue un accidente. Tuve un arranque de mal genio.

(borracho de mierda basura cuando Dios se sonó las narices lo que salió fuiste tú) *Escuche eh venga por favor, no fue más que un accidente...*

Pero la última súplica fue anegada por la imagen de esa linterna que oscilaba mientras ellos buscaban entre las malezas secas de fines de noviembre el cuerpo despatarrado que con toda razón debería haber estado allí, esperando a la Policía. No importaba que condujera Al. Otras noches era él.

Acomodó mejor las mantas para cubrir a Danny, fue al dormitorio y sacó del estante más alto del armario la «Llama» del 38 que guardaba en una caja de zapatos. Durante casi una hora estuvo sentado en la cama, mirándola, fascinado por su resplandor mortal.

Amanecía cuando volvió a ponerla en la caja y guardó ésta en el armario.

Luego llamó a Bruckner, el jefe del departamento para decirle que le suspendiera las clases porque estaba con gripe. Bruckner había accedido, pero no con tan buena disposición como de costumbre. El último año, Jack Torrance había estado demasiado propenso a las gripes.

Wendy le preparó café y huevos revueltos, y desayunaron en silencio.

El único ruido venía del patio de atrás, donde Danny hacía correr jubilosamente sus camiones por el cuadrado de arena, con su mano sana.

Mientras lavaba los platos, de espaldas a él, Wendy le dijo:

—Jack, he estado pensando.

—¿Sí? —con manos temblorosas, encendió un cigarrillo. Cosa rara, esa mañana no tenía resaca. Solamente los temblores. Parpadeó; en la oscuridad instantánea la bicicleta voló contra el parabrisas, astillando el cristal. Los neumáticos chillaron. La linterna oscilaba.

—Quiero hablar contigo de... de lo que sea mejor para mí y para Danny. Para ti también, quizá. No lo sé. Tal vez deberíamos haber hablado antes de eso.

—¿Quieres hacerme un favor? —preguntó él, con los ojos fijos en la trémula brasa del cigarrillo—. ¿Quieres hacerme un favor?

—¿Qué? —La voz de Wendy era inexpresiva, neutra. Él habló mirándole la espalda.

—Que lo hablemos dentro de una semana, si quieres todavía.

Ella se dio la vuelta para mirarlo, con las manos bordadas de espuma, pálido y desilusionado el bonito rostro.

—Jack, contigo las promesas no resultan. Simplemente, sigues con...

Al mirarlo en los ojos se detuvo, fascinada, súbitamente insegura.

—Dentro de una semana —volvió a pedir él. Su voz había perdido totalmente la fuerza y se convirtió en un susurro—. Por favor. No te prometo nada. Si entonces todavía quieres hablar, hablaremos. De lo que quieras.

A través de la cocina soleada, los dos se miraron durante largo rato, y cuando Wendy volvió a los platos sin decir nada más, Jack empezó a temblar.

Dios santo, qué falta le hacía un trago. Nada más que una gotita para ver las cosas en la perspectiva debida...

—Danny ha soñado que tenías un accidente con el coche —dijo bruscamente Wendy—. Tiene sueños raros, a veces. Me lo ha dicho esta mañana, mientras lo vestía. ¿Ha sido así, Jack? ¿Has tenido un accidente?

—No.

Hacia el mediodía, la ansiedad de beberse le había convertido en una fiebre. Se fue a casa de Al.

—¿Estás en seco? —le preguntó su amigo antes de hacerlo pasar.

Tenía un aspecto espantoso.

—Como un hueso. Pareces Lon Channey en *El fantasma de la Ópera*.

—Entra.

Se pasaron la tarde jugando a los naipes, sin beber.

Pasó una semana. Él y Wendy no hablaron mucho, pero Jack sabía que ella lo observaba, incrédula, mientras él bebía café negro e infinitas botellas de «CocaCola». Una noche se bebió un cajón entero de seis «cocas» y después corrió al cuarto de baño a vomitarlas. El nivel de las botellas de alcohol del mueble-bar no bajaba. Después de las clases, Jack se iba a casa de Al Shockley —a quien Wendy odiaba más de lo que había odiado a nadie en su vida— y, cuando regresaba, su mujer juraba que su aliento olía a whisky o a gin, pero él conversaba con lucidez con ella antes de cenar, bebía café, jugaba con Danny después de la cena mientras compartía con él una «coca», le leía algo antes de acostarlo y después se sentaba a corregir composiciones bebiendo interminables tazas de café negro; Wendy tendría que admitir que se había equivocado.

Pasaron semanas, y las palabras sin pronunciar fueron retrocediendo cada vez más de los labios de Wendy. Jack percibía el retroceso, pero sabía que nunca sería una desaparición completa. Las cosas empezaron a mejorar un poco. Después vino lo de George Hatfield. Había vuelto a tener un arranque de mal genio, y esta vez completamente sobrio.

—Señor, el abonado sigue sin...

—¿Sí? —preguntó la voz de Al, sin aliento.

—Hablen —dijo de mala gana la telefonista.

—Al, soy Jack Torrance.

—¡Jackie! —dijo con auténtico placer—. ¿Cómo estás?

—Bien. Te llamaba para darte las gracias. Me dieron él trabajo. Está perfecto. Si no termino esa maldita obra encerrado allá por la nieve todo el invierno, jamás podré.

—La terminarás.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó Jack, vacilante.

—En seco. ¿Y tú?

—Como un hueso.

—¿Lo echas mucho de menos?

—Día a día.

Al soltó la risa.

—Qué bien conozco esa escena. Pero lo que no sé es cómo hiciste para seguir en seco después del asunto de Hatfield, Jack. Eso ya fue el colmo.

—Es que realmente, yo ya había fastidiado bastante las cosas. —Jack lo dijo con voz tranquila.

—Ah, demonios. Para la primavera habrá reunión de la Junta,y Effinger ya anda diciendo que tal vez la decisión fue demasiado apresurada.

Y si tu obra llega a concretarse...

—Sí. Escucha, Al, mi chico está esperándome en el coche, y me parece que está empezando a inquietarse...

—Seguro, te entiendo. Que paséis un buen invierno allá, Jack. Me alegro de haberte sido útil.

—Gracias de nuevo, Al. —Al cortar la comunicación, cerró los ojos en la cabina sofocante y de nuevo vio la bicicleta aplastada, la linterna oscilante. Al día siguiente había aparecido una nota en el periódico, en realidad un texto no mayor que para relleno, pero sin mencionar al dueño de la bicicleta. El porqué de su presencia a la intemperie, en plena noche, sería siempre un misterio para ellos, y tal vez así tuviera que ser.

Volvió al coche, llevando a Danny su caramelo, pegajoso por el calor.

—¿Papá?

—¿Qué?

Danny titubeó, mientras miraba el rostro abstraído de su padre.

—Cuando estaba esperando que regresaras de ese hotel, tuve un mal sueño. ¿Recuerdas, cuando me quedé dormido?

—Sí.

Pero no servía. Mentalmente, papá estaba en alguna otra parte,no con él. Pensando de nuevo en Algo Malo. (soñé que me hacías daño, papá) —¿Qué era el sueño, hijo?

—Nada —respondió Danny, mientras salían del aparcamiento, y volvióa guardar los mapas en la guantera.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Jack miró rápidamente a su hijo, con fugaz inquietud, y después siguió pensando en la obra.

6. PENSAMIENTOS NOCTURNOS

Habían terminado de hacer el amor y su hombre se había dormido junto a ella.

Suhombre.

Sonrió en la oscuridad al sentir que la simiente de él seguía escurriéndosele con tibia lentitud por entre los muslos levemente separados, y la sonrisa era a la vez pesarosa y satisfecha, porque la frase *su hombre* evocaba un centenar de sentimientos. Si los consideraba por separado, cada uno era un motivo de perplejidad.Todos juntos, en esa oscuridad que derivaba flotando hacia el sueño, eran como la distante melodía de un *blue*, escuchado en un *nightclub* casi desierto, melancólico pero placentero.

Amarte, niño, es como llevar rodando un
tronco, pero si no puedo ser
tu mujer, seguro que no llegaré
a ser tu perro

¿Quién lo cantaba, Billie Holiday? ¿O alguien un poco más prosaico, como Peggy Lee? No tenía importancia. Baja e insistente, la melodía se repetía blandamente en el silencio de su cabeza, como si saliera de uno de esos anticuados tocadiscos tragaperras, un «Wurlitzer» tal vez, media hora antes de que cerraran.

Ahora, dejando de lado su conciencia, Wendy se quedó pensando en cuántas camas se había acostado con el hombre que estaba junto a ella. Se habían conocido en la Universidad, y la primera vez que hicieron el amor fue en el apartamento de él... menos de tres meses después de que su madre la echara de la casa, diciéndole que no volviera nunca, que si quería ir a alguna parte se fuera con su padre, ya que ella había sido la responsable

del divorcio. Eso había sido en 1970. ¿Tanto tiempo? Al semestre siguiente se fueron a vivir juntos, encontraron trabajo para el verano y conservaron el apartamento cuando pasaron al curso superior. Wendy recordaba con absoluta claridad aquella cama, la doble que se hundía en el medio. Cuando hacían el amor, el enmohecido colchón de muelles les marcaba el ritmo. En el otoño, finalmente, Wendy consiguió romper con su madre; Jack la ayudó.

Lo que quiere es seguir dominándote, le había dicho. Cuanto más la llames por teléfono, más veces volverás a arrastrarte pidiéndole que te perdone, y más veces podrá atormentarte con tu padre. A ella le viene bien, Wendy, porque puede seguir haciéndote creer que la culpa fue tuya. Pero a ti no te hace bien. Era un tema del que habían hablado una y mil veces en aquella cama.

(Jack estaba sentado, con las mantas enrolladas en la cintura y un cigarrillo encendido entre los dedos, mirándola a los ojos de esa manera entre seria y humorística que tenía de mirarla, diciéndole: *¿Acaso no te dijo que no volvieras nunca? ¿Que nunca quería volver a ver tu sombra en su puerta? Entonces, ¿por qué no cuelga el teléfono cuando sabe que eres tú la que llama? ¿Por qué lo único que te dice es que no puedes ir si yo estoy contigo? Porque sabe que yo puedo desbaratarle un poco el juego. Lo que quiere es seguir apretándote las clavijas, nena. Y si tú la dejas, eres una tonta. Si te dijo que no volvieras nunca, ¿por qué no le tomas la palabra?*

Dale un descanso. Y finalmente, Wendy consiguió verlo como él le decía.) Fue idea de Jack la de separarse durante un tiempo, para tener una perspectiva de sus relaciones, decía él. Wendy temió que le interesara alguien más, pero descubrió que no era eso. En la primavera volvieron a estar juntos, y él le preguntó si había ido a visitar a su padre. Wendy había dado un salto, como si Jack acabara de asestarle un latigazo.

¿Cómo lo sabías?

La Sombra sabe.

¿Es que estuviste espiándome?

Y la risa impaciente de él, que siempre la hacía sentirse tan torpe... como si ella tuviera ocho años y Jack pudiera ver sus motivaciones con mayor claridad que ella. *Necesitaste tiempo, Wendy.*

¿Para qué?

Me imagino que... para ver con cuál de nosotros querías casarte.

Jack,.. ¿qué estás diciendo?

Creo que estoy pidiéndote que te cases conmigo.

La boda. Estuvo su padre, pero no su madre. Wendy descubrió que podía soportarlo si estaba con Jack. Y después llegó Danny, su hermoso hijo.

Ése había sido el mejor año, y la mejor cama. Cuando nació Danny, Jack le había conseguido un trabajo: hacer copias a máquina para media docena de profesores del Departamento de inglés. Cuestionarios, exámenes, resúmenes de clase, fichas de libros, listas de lecturas. Wendy acabó copiando para uno de ellos una novela que jamás llegó a publicarse... para el más irreverente y reservado júbilo de Jack. El trabajo le daba cuarenta dólares semanales, que subieron vertiginosamente a sesenta durante los dos meses que Wendy se pasó mecanografiando la desdichada novela. Entonces habían comprado el primer coche, un «Buick» de cinco años con asiento para bebé en el medio. Matrimonio joven, brillante, en ascenso por la pirámide.

Danny impuso una reconciliación entre Wendy y su madre, una reconciliación que siguió siendo tensa, nunca feliz, pero, a fin de cuentas, una reconciliación. Cuando Wendy le llevó a su hijo, fueron sin Jack. Y luego no le dijo a su marido que su madre era quien cambiaba los pañales a Danny, quien ponía peros a la dosificación de los biberones y quien detectaba los primeros signos que acusaban erupciones en las nalgas del bebé o en los genitales. Su madre jamás decía nada abiertamente, pero el mensaje llegaba de todas maneras: el precio que Wendy había empezado a pagar (y que tal vez seguiría pagando siempre) para la

reconciliación era la sensación de no ser buena madre. Así le seguía apretando las clavijas.

Durante el día, Wendy se quedaba en casa. Hacía los trabajos caseros, daba los biberones a Danny en la soleada cocina del apartamento de cuatro habitaciones que tenían en un segundo piso, y escuchaba música en el destartalado tocadiscos portátil que conservaba desde la escuela secundaria.

Jack llegaba a casa a las tres (o a las dos, si podía saltarse la última clase) y, mientras Danny dormía, se la llevaba al dormitorio y disipaba sus temores de incapacidad.

Por la noche, mientras Wendy escribía a máquina, él se ocupaba de la obra y de su trabajo para los cursos. En esa época, a veces Wendy salía del dormitorio donde trabajaba y los encontraba a los dos dormidos sobre el diván del despacho, Jack en calzoncillos y Danny cómodamente tendido sobre el pecho de su padre, con el pulgar en la boca. Ella acostaba al niño y después se ponía a leer lo que Jack había escrito esa noche, antes de despertarlo lo suficiente para que fuera a acostarse. El mejor año, la mejor cama.

Algún día el sol pondrá
su brillo en mi patio
de atrás...

Por entonces, Jack no tenía todavía problemas con la bebida. Los sábados por la noche aparecía en casa un puñado de condiscípulos suyos; de algún sitio salía un cajón de cerveza y se hablaba de temas en los que Wendy rara vez intervenía, porque ella había estudiado sociología y aquéllos se referían a literatura inglesa: si los diarios de Pepys eran literatura o historia; los problemas de la poesía de Charles Olson; a veces, leían obras que alguien estaba escribiendo. Esos temas, y otros cien. No, otros mil. Ella no sentía verdadera necesidad de participar; le bastaba con

permanecer en su mecedora al lado de Jack, que se sentaba en el suelo con las piernas cruzadas, un vaso de cerveza en una mano y la otra suavemente cerrada sobre la pantorrilla o el tobillo de ella.

La competencia universitaria había sido reñida y Jack llevaba la carga adicional del escritor, actividad a la que dedicaba una hora todas las noches, por lo menos, como cosa de rutina. Las sesiones de los sábados eran una terapia necesaria, que permitía que en él se soltara algo que, si seguía acumulándose, podía hincharse e hincharse hasta hacerlo estallar.

Cuando finalmente se graduó, consiguió el trabajo en Stovington, sobre todo gracias a la fuerza de sus relatos, de los cuales por entonces llevaba ya publicados cuatro, uno de ellos en *Esquire*. Ése era un día que Wendy recordaba con mucha claridad; le harían falta más de tres años para olvidarlo. Ella estuvo a puntode tirar el sobre, pensando que era un ofrecimiento de suscripción, pero al abrirlo se encontró con que *Esquire* quería publicarl a comienzos del año siguiente el cuento de Jack «Los agujeros negros». Le pagarían novecientos dólares, no en el momento de la publicación sino cuando aceptara. Era lo que se podía ganar en casi seis meses de hacer copias a máquina, y Wendy voló al teléfono, dejando a Danny cómicamente sorprendido en su sillita alta, con la cara llena de puré de guisantes y picadillo de carne.

Cuarenta y cinco minutos más tarde,Jack llegaba de la Universidad, en el «Buick» hundido bajo el peso de siete amigos y un pequeño barril de cerveza. Después de un brindis ceremonial (en el que Wendy también aceptó un vaso, aunque habitualmente no le gustara la cerveza), Jack firmó el formulario de aceptación y, tras ponerlo en el sobre, salió a echarlo en el buzón de la esquina. Al volver los saludó gravemente desdela puerta, diciendo:

—*Veni, vidi, vinci.*

Hubo hurras y aplausos, y a las once de la noche, cuando el barril quedó vacío, Jack y otros dos que

todavía estaban en condiciones de andar se fueron a hacer un. recorrido por los bares.

Wendy lo llamó aparte en el vestíbulo de abajo. Los otros dos ya estaban en el coche, cantando con voces de borrachos el himno de New Hampshire. Jack, con una rodilla en el suelo, intentaba torpemente anudarse los zapatos.

—Jack —le dijo Wendy—, no deberías ir. Si no puedes siquiera atarte los zapatos, muchos menos conducir.

Con calma, él se levantó y le apoyó las manos en los hombros.

—Esta noche podría ir hasta la Luna, si quisiera.

—No —se opuso Wendy—. No hay cuento del *Esquire* que lo valga.

—Volveré temprano.

Pero no volvió hasta las cuatro de la mañana, tambaleándose y farfullando mientras subía la escalera, y despertó a Danny al entrar. Después al tratar de calmar al bebé, lo dejó caer al suelo. Wendy, conjeturando lo que habría dicho su madre si lo viera, antes de pensar en ninguna otra cosa

—que Dios me ayude, que Dios nos ayude a ambos—, se precipitó a levantar a Danny y se sentó con él en la mecedora, para calmarlo. Durante la mayor parte de las cinco horas en que Jack estuvo ausente, ella las pasó pensando en su madre y en su profecía de que Jack jamás llegaría a nada. *Grandes ideas,* había dicho su madre. *Seguro que tiene grandes ideas. Las instituciones de asistencia están llenas de idiotas cultos que tienen grandes ideas*. Y el cuento publicado en el *Esquire*, ¿le daba la razón a su madre o no?. *Winnifred, no es ésa la manera de tener un bebé en brazos. Dámelo*. Tal vez ella tampoco supiera cómo tener a su marido. Si no, ¿por qué buscaba él alegrías fuera de la casa? Un terror que tenía algo de desvalimiento había ganado a Wendy, sin que jamás se le ocurriera pensar que él podía haberse ido por razones que nada tenían que ver con ella.

—Te felicito —dijo, mientras mecía a Danny, que de nuevo estaba casi dormido —. Tal vez le hayas producido una conmoción.

—No es más que un chichón —la voz de Jack era hosca, aunque quería mostrarse arrepentida: la de un niñito. Durante un instante, Wendy lo odió.

—Tal vez, y tal vez no —dijo fríamente, y al decirlo oyó en su propia voz tanto de la voz de su madre cuando hablaba con su padre, que se sintió hastiada y asustada.

—De tal madre, tal hija —masculló Jack.

—¡Vete a acostar! —le gritó ella, y en su voz, el miedo sonaba a cólera—. ¡Ve a acostarte, que estás borracho!

—No me digas lo que tengo que hacer.

—Jack, por favor, no deberíamos... no... —no había palabras.

—No me digas lo que tengo que hacer —repitió él hoscamente, y después entró en el dormitorio. Wendy se quedó sola en la mecedora, con Danny que había vuelto a dormirse. Cinco minutos después, los ronquidos de Jack llegaban al cuarto de estar. Fue la primera noche que Wendy durmió en el diván.

Se dio la vuelta en la cama, inquieta, ya medio dormida. Sus pensamientos, libres de todo orden lineal ante la proximidad del sueño la llevaron más allá del primer año pasado en Stovington, más allá de las épocas, cada vez peores, que tuvieron su momento más difícil cuando su marido le rompió el brazo a Danny hasta dejarla en aquella mañana, en el rincón del desayuno.

Danny, afuera, jugaba con sus camiones en el montón de arena, con el brazo todavía escayolado. Jack estaba sentado a la mesa, pálido y agrisado, con un cigarrillo temblándole entre los dedos. Wendy había decidido pedirle el divorcio. Había encarado el problema desde cien ángulos diferentes; en realidad, ya antes del episodio del brazo roto llevaba seis meses pensando en eso. Aunque se decía que si no fuera por Danny ya haría tiempo que habría tomado la decisión, tampoco eso era necesariamente verdad. Tenía sueños en las largas noches que Jack pasaba fuera de casa, y sus sueños le mostraban siempre la cara de su madre y el día de su propia boda: *(¿Quién entrega a esta mujer?* Su padre, con su mejor traje —tampoco

demasiado bueno, ya que era corredor de una fábrica de productos envasados que por entonces estaba próxima a la quiebra—, con su rostro cansado, qué viejo parecía, qué pálido: *Yo.)* Ni siquiera después del accidente, si es que se lo podía llamar accidente, había sido capaz Wendy de plantearse con claridad las cosas, de admitir que su matrimonio era una derrota desproporcionada. Había dejado pasar el tiempo, en la oscura esperanza de que ocurriera un milagro y de que Jack viera lo que estaba sucediéndole, no sólo a él sino a ella. Pero las cosas no habían mejorado. Una copa antes de irse a clase. Dos o tres cervezas en el almuerzo, en «Stovington House». Tres o cuatro martinis antes de cenar. Cinco o seis más corrigiendo las pruebas de los alumnos. Los fines de semana, aún peores. Y peores todavía las noches en que salía con Al Shockley. Wendy jamás se había imaginado que en una vida en que nada andaba físicamente mal pudiera haber tanto dolor. Sufría continuamente. Y ¿cuándo era culpa de ella? Esa pregunta la obsesionaba. Se sentía como su madre. Como su padre. A veces, cuando se sentía ella misma, se preguntaba cómo viviría Danny las cosas, y le aterraba pensar en el día en que tuviera edad suficiente para culparlos. También se preguntaba dónde podrían ir. Era indudable que su madre la acogería, y era indudable también que después de seis meses de verla cambiándole otra vez los pañales a Danny, o preparándole de nuevo las comidas, de llegar a casa y encontrarse con que su madre lo había cambiado de ropa o le había cortado el pelo, o con que los libros que a ella no le parecían bien habían ido a parar al limbo del desván... después de seis meses así, Wendy tendría un colapso nervioso.

Entonces su madre le daría una palmadita en la mano y le diría con tono reconfortante; *"Aunque no sea tu culpa, todo es culpa tuya. Nunca estuviste en condiciones. Ya mostraste tu verdadero carácter cuando te interpusiste entre tu padre y yo"*. Mi padre, el padre de Danny. El mío, el de él. (*¿Quién entrega a esta mujer? Yo*. Muerto de un ataque al corazón, seis meses después.)

La noche anterior se la había pasado en vela casi hasta que él regresó, pensando, tomando su decisión.

El divorcio, se decía, era necesario. Su padre y su madre no tenían nada que ver en la decisión, ni tampoco sus sentimientos de culpa por su propio matrimonio, ni la incapacidad que sentía ante su propio fracaso. Era necesario por el bien de su hijo, y por el de ella misma, para poderrescatar algo de su vida de adulta. Las palabras escritas en la pared eran brutales, pero claras. Su marido era un borracho. Tenía mal genio, y ya no pudo controlarlo del todo ahora que bebía tanto y que le costaba tanto escribir.

Accidentalmente o no, le había roto un brazo a su hijo. Además, se iba a quedar sin trabajo, fuera este año o el próximo. Wendy había notado ya las miradas compasivas de las esposas de otros profesores. Se dijo que había afrontado hasta donde le había sido posible la tremenda tarea de su matrimonio; ahora iba a dejarla. Jack tendría todos sus derechos de visita, y ella sólo le pediría que la sostuviera hasta que encontrara algo que le permitiera valerse sola... lo cual tendría que ser muy pronto, porque no sabía cuánto tiempo podría soportar Jack la ayuda económica. Haría las cosas con la menor amargura posible, pero era preciso ponerles fin.

Así pensando, había caído en un sueño superficial e inquieto, asediada por los rostros de su padre y de su madre. *No eres más que una destructora de hogares*, decía su madre *¿Quién entrega a esta mujer?* , preguntaba el sacerdote. *Yo*, decía su padre.

Pero al llegar la mañana, luminosa y soleada, Wendy sentía lo mismo.

De espaldas a él, con las manos sumergidas hasta las muñecas en el agua tibia y jabonosa, había empezado por lo desagradable.

—Quiero hablarte de algo que puede ser lo mejor para Danny y para mí. Y para ti también, tal vez. Creo que tendríamos que haber hablado antes de eso.

Y entonces él le había dicho algo raro. Wendy esperaba desatar su cólera, provocar amargura y recriminaciones. Esperaba

verlo correr como un loco al mueblebar. Lo que no esperaba era esa respuesta suave, inexpresiva casi, que le pareció tan impropia de él. Era casi como si el Jack con quien ella había vivido durante seis años no hubiera regresado esa noche... como si hubiera sido reemplazado por algún espíritu extraterrestre que ella jamás llegaría a conocer, de quien nunca podría estar segura.

—¿Quieres hacer algo por mí? ¿Hacerme un favor?

—¿Qué? —a Wendy le había costado controlar la voz para que no le temblara.

—Que lo hablemos dentro de una semana, si quieres todavía.

Y ella había accedido. El asunto quedó sin hablar entre ellos. Durante esa semana, Jack vio más que nunca a Al Shockley, pero volvía a casa temprano, sin que su aliento oliera a alcohol. Wendy se imaginaba que olía, pero sabía que no. Otra semana. Y otra más.

El proyecto de divorcio se devolvió a la comisión, sin haber sido votado.

¿Qué había sucedido? Wendy seguía preguntándoselo, pero sin tener todavía la menor idea. El tema era tabú entre ellos. Jack era como un hombre que al dar la vuelta a la esquina se hubiera encontrado con un inesperado monstruo al acecho, agazapado entre los huesos secos de sus víctimas anteriores. Las bebidas seguían en el armario, pero él no las tocaba.

Una docena de veces, Wendy pensó en tirarlas, pero en definitiva siempre retrocedía ante la idea, como si con esa acción pudiera romper algún ensalmo desconocido.

Y había que pensar también en la parte de Danny.

Si Wendy tenía la sensación de desconocer a su marido, lo que le inspiraba su hijo era pavor; pavor en el sentido estricto de la palabra: una especie de terror supersticioso, indefinido.

Mientras dormitaba, se le apareció la imagen del momento en que había nacido el niño. De nuevo se encontró sobre la mesa de partos, bañada en sudor, con el pelo enredado, los pies apoyados en las perneras (y un poco ida por el gas que seguían dándole a respirar; en algún

momento había murmurado que se sentía como un anuncio de violación en grupo, y a la enfermera, una vieja pájara que había ayudado en tantos partos como para poblar una escuela secundaria, le había parecido divertidísimo) y el médico entre las piernas, con la enfermera a un lado, disponiendo los instrumentos y tarareando. Los dolores, agudos y vidriosos, se producían a intervalos cada vez más cortos y había gritado varias veces, pese a su vergüenza.

Después el médico le había dicho con mucha seriedad que debía *EMPUJAR* y Wendy lo hizo. Al instante sintió que sacaban algo de ella. Fue una sensación clara y concreta, que jamás olvidaría, la de la *cosa* que le sacaban. El médico levantó entonces a su hijo por las piernas, y al ver el sexo minúsculo ella supo inmediatamente que era un varón. Pero mientras el médico le quitaba la mascarilla había visto algo más, algo tan horrible que le permitió reunir fuerzas para gritar después de haber creído que se había quedado ya sin gritos:

¡No tiene cara!

Pero claro que tenía cara, la dulce carita de Danny, y la membrana que la había recubierto al nacer estaba ahora en un frasco donde ella la había guardado, casi avergonzada. Aunque no aceptara la antigua superstición, de todas maneras Wendy había guardado la membrana. Ella no estaba de acuerdo con esas historias de viejas, pero su hijo había sido excepcional, desde el primer día. Tampoco creía en la clarividencia, pero...

¿Papá ha tenido un accidente? He soñado que tenía un accidente.

Algo había cambiado a Jack. Wendy no creía que fuera solamente el hecho de que ella hubiera decidido pedirle el divorcio. Algo había sucedido antes de esa mañana. Algo ocurrido mientras ella dormitaba, inquieta. Al Shockley dijo que no había pasado nada, en absoluto, pero había apartado los ojos al decirlo y, si uno daba crédito a las habladurías de la facultad, Al también había abandonado la bebida.

¿Papá ha tenido un accidente?

Tal vez un choque casual con el destino, no podía ser nada mucho más concreto. Ese día, y al siguiente,

Wendy leyó el periódico con más atención que de costumbre, pero no vio nada que pudiera relacionarse con Jack. Dios no lo permitiera, lo que buscaba era un accidente en que los conductores hubieran huido, o una pendencian en algún bar que terminara con algún herido grave, o... ¿cómo saberlo? ¿Y quién quería saberlo? Pero no fue ningún policía, ni a hacer preguntas ni con una ordende registro que le permitiera tomar una muestra de pintura de los parachoques del «Volkswagen. Nada. Nada más que ese giro de ciento ochenta grados en su marido, y la pregunta soñolienta de su hijo al despertarse:

¿Papá ha tenido un accidente? He soñado que...

Wendy siguió junto a Jack por el bien de Danny en mayor medida de lo que ella misma admitía estando despierta, pero ahora, en esa somnolencia, podía admitir que su hijo había pertenecido a Jack por derecho propio, casi desdeel comienzo, de la misma manera que ella, casi desdeel comienzo, había sido de su padre. No recordaba que Danny hubiera vuelto jamás un biberón sobre la camisa de Jack. El padre podía conseguir que el niño comiera cuando ya Wendy había abandonado el intento, incluso cuando Danny estaba echando los dientes y masticar se le hacía visiblemente doloroso. Cuando al pequeño le dolía el estómago, Wendy lo acunaba durante una hora antes de que empezara a calmarse; Jack no tenía más que levantarlo y dar con él un par de vueltas por la habitación, para que se le quedara dormido sobre el hombro, con el pulgar tranquilamente metido en la boca.

Sin protesta alguna le cambiaba los pañales, aunque fueran los que él llamaba de «entregas especiales». Se pasaba horas enteras sentado con Danny, haciéndolo saltar sobre sus rodillas, haciéndole juegos con los dedos, poniéndole caras feas mientras el pequeño le tirabade la nariz y terminaba ahogándose de risa. Le preparaba los biberones y se los daba cómo un profesional, sin olvidarse de sostenerlo hasta el último eructo. Lo llevaba consigo en el coche cuando iba a buscar el periódico o una botella de leche, o a comprar

clavos a la ferretería, y eso cuando su hijo era todavía un bebé.

Cuando Danny no tenía más de seis meses se lo había llevado incluso a un partido de fútbol entre Stovington y Keene, y el niño se había quedado inmóvil en las rodillas de su padre durante los dos tiempos, envuelto en una manta, aferrando un banderín de Stovington en su puñito regordete.

Danny quería a su madre, pero era de su padre.

¿Acaso Wendy no había percibido una y otra vez la informulada oposición de su hijo ante la sola idea del divorcio? A veces, pensaba en eso en la cocina, dando mentalmente vueltas a la idea al igual que daba vueltas a las patatas mientras las pelaba para la cena. Y al volverse, lo veía sentado con las piernas cruzadas en una de las sillas de la cocina, mirándola con ojos que le parecían tan asustados como acusadores. Mientras andaba con él por el parque, el niño le aferraba súbitamente las manos y le preguntaba, casi la interpelaba: «¿Me quieres? ¿Quieres a papá?» Y ella, confundida, hacía un gesto afirmativo o le decía: «Claro que sí, tesoro.» Entonces, Danny corría hacia el estanque de los patos, que ante la mínima ferocidad de su ataque salían volando, graznando asustados hacia el otro lado, con grandes aleteos de pánico, dejándola a ella sola, mirando pensativamente a su hijo.

Había veces en que incluso le parecía que su propia decisión de hablar por lo menos del asunto con Jack se evaporaba, y no por su propia debilidad, sino bajo la determinación de la voluntad de su hijo.

Yo no creo en esas cosas.

Pero en el sueño las creía, y en el sueño, mientras la simiente de su marido seguía secándosele entre los muslos, Wendy sintió que los tres, ellos tres, estaban como soldados en forma permanente... Si esa unidad trina hubiera de ser destruida, no sería ninguno de ellos quien la destruyera, sino algo de afuera.

Esa convicción se centraba principalmente en su amor por Jack. Wendy jamás había dejado de quererle, a excepción tal

vez del período de sombras que siguió inmediatamente al «accidente» de Danny. Y quería también a su hijo. Pero, sobre todo, los quería a los dos, le encantaba verlos andar o salir en el coche o simplemente estar sentados, la cabeza de Jack y la cabecita de Danny atentas a las peripecias de un dibujo animado en la TV, o compartiendo una botella de «Coca», o mirando las historietas en el periódico. Le gustaba tenerlos con ella, y esperaba que el buen Dios hiciera que ese trabajo de vigilante del hotel que Al había conseguido a su marido fuera el comienzo, nuevamente, de los buenos tiempos.

Y el viento se
levantó, niño y
aventó lejos mis
«blues».

Suave, dulce, tibia, la canción volvía y se demoraba, hundiéndose con ella en un sueño cada vez más profundo, donde el pensamiento se interrumpía y los rostros que aparecían en los sueños desaparecían en el olvido.

7. EN OTRO DORMITORIO

Danny se despertó. Los golpes seguían retumbándole en los oídos, y la voz, ebria y salvajemente acariciante, gritaba con aspereza: *¡Ven aquí a tomar tu medicina! ¡Ya te encontraré! ¡Ya te encontraré!*

Pero ahora los golpes no eran más que los de su corazón palpitante, y la única voz en la noche era el alarido lejano de la sirena de un coche de la Policía.

Inmóvil, se quedó en la cama, mirando las sombras de las hojas movidas por el viento que se proyectaban en el techo del dormitorio, entretejiéndose sinuosamente, dibujando formas que parecían las de las lianas y enredaderas en una selva, como los diseños entretejidos en la trama de una espesa alfombra. Tenía puesto su pijama, pero entre el pijama y su cuerpo se había interpuesto ajustadamente una camiseta de transpiración.

—¿Tony? —susurró—. ¿Estás ahí?

No hubo respuesta.

Se bajó de la cama y silenciosamente se deslizo hacia la ventana. Miró hacia afuera, hacia Arapahoe Street: la calle estaba desierta y silenciosa. Eran las dos de la mañana. Ahí fuera no había nada, a no ser las aceras vacías, por donde se paseaban las hojas caídas; coches aparcados y el largo cuello de la farola de la esquina, frente a la gasolinera de Cliff Brice. Con la caperuza en que terminaba y esa inmovilidad alerta, la farola parecía un monstruo de alguna serie espacial.

Miró hacia ambos lados de la calle, esforzándose por ver la esbelta forma de Tony haciéndole señas, pero allí no había nadie.

El viento suspiraba entre los árboles, y las hojas caídas crujían por las aceras desiertas y sobre las capotas de los coches aparcados, con un débil ruido lamentable; el niño pensó que tal vez, en Boulder, él fuera el único lo bastante despierto como para oírlo. El único ser humano, en todo caso. No

había manera de saber qué más podía andar suelto en la noche, deslizándose ávidamente entre las sombras, vigilando, bebiéndose el viento.

¡Te encontraré! ¡Te encontraré!

—¿Tony? —volvió a susurrar, aunque sin mucha esperanza.

Sólo el viento volvió a decir algo, en rachas más fuertes ésta vez, desparramando hojas por todo el tejadillo, bajo su ventana. Algunas cayeron en el canalón de desagüe y allí se quedaron lánguidamente, como bailarinas cansadas.

Danny... Danny ...

Lo sobresaltó el sonido de la voz familiar y asomó el cuello por la ventana, apoyando las manecitas en el alféizar. Parecía como si, con el sonido de la voz de Tony, la noche entera hubiera cobrado una vida silenciosa y secreta, que susurraba incluso cuando el viento volvía a acallarse y las hojas se quedaban inmóviles y las sombras habían dejado de oscilar. Le pareció que veía una sombra más oscura, de pie en la parada del autobús, en la manzana siguiente, pero era difícil determinar si era una cosa real o una ilusión óptica.

No vayas, Danny...

Después vino una nueva racha de viento que le hizo entornar los ojos, y la sombra que había en la parada del autobús desapareció, si es que en realidad había estado allí. Se quedó junto a la ventana durante (¿un minuto? ¿una hora?) un rato más, pero sin ver nada. Finalmente volvió a meterse en ea cama y se cubrió bien con las mantas y se quedó mirando cómo las sombras que arrojaba sobre el cielo raso esa luz lejana se convertían en uña jungla sinuosa llena de plantas carnívoras que no querían otra cosa que enredarse en torno a él, estrujarlo hasta quitarle la vida y arrastrarlo hacia abajo, hacia una negrura donde destellaba, en rojo, una sola palabra, siniestra: REDRUM.

Segunda Parte

EL DÍA DEL CIERRE

8. VISTA PANORÁMICA DEL «OVERLOOK»

Mamá estaba preocupada.

Tenía miedo de que el «Volkswagen» no pudiera subir, y bajar todas esas montañas y de que se quedaran parados a un costado de la carretera, donde alguien pudiera chocar con ellos. Danny estaba más optimista; y si papá pensaba que el coche haría ese último viaje, entonces probablemente lo haría.

—Ya estamos llegando —dijoJack.

—Gracias a Dios —suspiró Wendy, apartándose el pelo de las sienes.

Iba sentada en el asiento de la derecha, con un libro de Victoria Holt en edición de bolsillo abierto sobre la falda, pero boca abajo. Se había puesto el vestido azul, el que a Danny le parecía el más bonito de todos.

Tenía cuellode marinero y hacía que su madre pareciera muy joven, casi como una jovencita aún en la escuela secundaria. Papá le ponía continuamente una mano sobrela pierna, y continuamente ella sé reía y se la retiraba, diciendo Vete, mosca.

Danny estaba impresionado con las montañas. Un día, papá los había llevado a las que había cerca de Boulder, esas que llamaban los Flatirons, pero éstas eran mucho más grandes, y sobre las más altas se podía ver como un espolvoreo de nieve, y papá decía que por lo general allí había nieve durante todo el año.

Y estaban de veras en la montañas, no cerca de ellas. Alrededor de ellos se alzaban enormes murallas de roca, tan altas que apenas si se podía ver dónde terminaban, aunque asomara uno la cabeza por la ventanilla.

Cuando salieron de Boulder, la temperatura era de unos veinticinco grados.

Ahora, apenas pasado el mediodía, el aire era frío y seco como en Vermont allá por noviembre, y Papito había puesto en marcha la calefacción... aunque en realidad no funcionaba muy bien. Habían pasado junto a variasseñales que

prevenían sobre DESMORONAMIENTOS DE ROCAS (mamá se las había ido leyendo al pasar), y aunque Danny había esperado ansiosamente ver caer alguna roca, no había pasado nada. Todavía no, por lo menos.

Hacía media hora que, al pasar ante otra señal, papá había dicho que ésa era muy importante. Decía ENTRADA AL PASO DE SIDEWINDER y papá explicó que hasta allí llegaban, durante el invierno, las máquinas quitanieves. Después, el camino ya era demasiado empinado. En invierno el camino quedaba cerrado desdeel pueblecito de Sidewinder, el que acababan de atravesar antes de encontrar esa señal, hasta Buckland, en Utah.

En ese momento pasaban junto a otra señal.

—¿Y ésa qué es, mamá?

—Ésa dice VEHÍCULOS MÁS LENTOS POR EL CARRIL DE LA DERECHA. Como nosotros.

—El coche resistirá —afirmó Danny.

—Dios quiera —mamá cruzó los dedos al decirlo. Danny le miró las sandalias abiertas, y vio que había cruzado también los dedos de los pies. Le sonrió, y ella le devolvió la sonrisa, pero Danny sabía que seguía preocupada.

El camino subía y subía en una serie de lentas curvas en S, y Jack puso la palanca de directa a tercera, y después a segunda. Él coche gemía y protestaba, y los ojos de Wendy se detuvieron sobre la aguja del cuentakilómetros, que fue bajando de 65 a 50, y después a 35, donde se quedó de mala gana.

—La bomba de la gasolina... —empezó a decir tímidamente.

—La bomba de la gasolina aguantará cinco kilómetros más —la interrumpió Jack, cortante.

La muralla rocosa caía a pico a la derecha, dejando ver un valle abrupto que parecía seguir descendiendo eternamente, con su verde revestimiento de oscuros pinos de las Montañas Rocosas. Los árboles descendían por grises despeñaderos de roca que formaban precipicios de cientos de metros antes de adoptar pendientes más suaves. Wendy divisó una cascada que se vertía sobre uno de ellos; el sol de las

primeras horas de la tarde destellaba en el agua como un áureo pez atrapado en una red azul.

Esas montañas eran hermosas, pero despiadadas. Wendy no creía que perdonaran errores, y un inquietante presentimiento le cerró la garganta.

Más al Oeste en Sierra Nevada, se quedó aislado por la nieve el grupo Donner, y tuvieron que recurrir al canibalismo para sobrevivir. No, las montañas no perdonaban muchos errores.

Dándole un tirón a la palanca, con una sacudida, Jack pasó a primera y laboriosamente siguieron trepando, mientras el motor rezongaba.

—Fíjate que no creo que haya visto cinco coches desde que pasamos por Sidewinder —observó Wendy—. Y uno de ellos era el del hotel.

Jack asintió con la cabeza.

—Va directamente al aeropuerto de Stapleton, en Denver. Dice Watson que más arriba del hotel ya hay parles heladas, y para mañana se esperan más nevadas en las cumbres. Cualquiera que tenga que atravesar las montañas ahora quiere estar en una de las rutas principales, por si acaso. Es de desear que ese maldito Ullman esté allá arriba; es lo que espero.

—¿Estás seguro de que la despensa está bien provista? —preguntó Wendy, que seguía pensando en el grupo Donner.

—Eso me dijo Ullman; quería que tú le pasaras revista, junto con Hallorann. Hallorann es el cocinero.

—Ah —murmuró Wendy, mirando al cuentakilómetros, que ahora apenas marcaba dieciséis kilómetros por hora.

—Ahí está la cumbre —anunció Jack señalando unos trescientos metros hacia delante—. Hay una indicación de lugar pintoresco, y desde allí se puede ver el «Overlook». Voy a aprovechar para salir del camino, para que el motor descanse un poco —por encima del hombro miró a Danny, que iba sentado sobre un montón de mantas—. ¿Qué te parece, doc? Tal vez veamos algún ciervo, o un caribú.

—Seguro que sí, papá.

Esforzadamente, el «Volkswagen» seguía subiendo. El cuentakilómetros cayó a una cifra de ocho kilómetros por hora, y empezaba a dar saltos cuando Jack salió del camino

(¿Qué es esa señal, mamá? LUGAR PINTORESCO, leyó obedientemente Wendy.) pisó el freno y dejó que el

«Volkswagen» pasará a puntomuerto.

—Vamos —dijoJack, mientras se bajaba del coche.

Juntos avanzaron hacia la barandilla de protección.

—Ahí está —señaló Jack. En ese momento eran las once.

Para Wendy, fue el descubrimiento de que una frase hecha podía ser verdad: quedarse sin aliento. Durante un momento, realmente no pudo respirar; lo que veía le había cortado la respiración. Estaban de pie casi en la cima de un pico. Frente a ellos, imposible saber a qué distancia, se elevaba hacia el cielo una montaña más alta aún, cuyo pico escarpado se veía apenas como una silueta aureolada por el sol, que iniciaba ya su descenso. Por debajo de ellos se extendía todo el fondodel valle, y las pendientes que acababan de trepar en el sufrido «Volkswagen» eran a tal punto vertiginosas que Wendy sintió que si miraba demasiado tiempo hacia abajo le daría náuseas y terminaría por vomitar. En el aire transparente parecía que la imaginación se llenara de vida, escapara de las riendas de la razón, y mirar era no poderdejar de verse cayendo y cayendo y cayendo, mientras cielo y montañas cambiaban lentamente de lugar en un girar lento, mientras el grito le salía a uno de la boca como un globo ocioso, mientras el pelo y las faldas flotaban al viento...

Con un estremecimiento, apartó la mirada del precipicio para seguir la dirección del dedo de Jack. Pudo ver el camino que trepaba por el costado de esa aguja gótica, girando sobre sí mismo sin perder la dirección hacia el Noroeste, trepando siempre pero en un ángulo menos escarpado. Más arriba, engastados aparentemente en la pendiente misma, vio cómo los pinos hoscamente aferrados a la roca se abrían para dejar lugar a un amplio rectángulo de césped verde en medio del cual, dominando todo el panorama,

se levantaba el hotel. El «Overlook». Al verlo, Wendy volvió a encontrar el aliento y la voz.

—¡Oh, Jack, qué maravilla!

—Sí, realmente —asintió él—. Ullman dice que es el que tiene el sitio más bonito de Norteamérica. No es que yo le dé mucho crédito, pero pienso que tal vez sea... ¡Danny! ¡Danny, ¿te sientes bien?

Wendy se dio la vuelta para mirarlo, y el súbito miedo por él borró todo lo demás, por estupendo que fuera. Se lanzó hacia su hijo, que se aferraba a la barandilla sin dejar de mirar hacia el hotel, con la cara de color gris pálido y en los ojos la mirada vacía de alguien que está a puntode desmayarse.

Wendy se arrodilló junto a él y, tranquilizadora, le apoyó ambas manos en los hombros.

—Danny, ¿qué...?

Jack ya estaba junto a ella.

—¿Estásbien, doc? —le dio una pequeña sacudida y los ojos del niño se despejaron.

—Sí, papá. Perfectamente.

—¿Qué pasó, Danny? —quiso saber Wendy—. ¿Te mareaste, tesoro?

—No, estaba... pensando. Lo siento, no quise asustaros —miró a sus padres, arrodillados frente a él, con una sonrisita desconcertada—. Tal vez fuera el sol. Me dio el sol en los ojos.

—Te llevaremos al hotel y te daré un vaso de agua —ofreció papá.

—De acuerdo.

Enel pequeño automóvil, que trepaba con más seguridad ahora que la pendiente se había hecho más suave, el chico siguió mirando hacia fuera por entre sus padres, mientras el camino iba desovillándose, permitiéndose de vez en cuando echar algún vistazo hacia el «Overlook Hotel», con su imponente serie de ventanas que miraban hacia el Oeste y que reflejaban en ese momento la luz del sol. Era el lugar que él había visto en medio de la ventisca, el lugar oscuro y retumbante donde alguna imagen aborreciblemente familiar lo buscaba a

lo largo de oscuros corredores que tenían una jungla por alfombras. El lugar contra el cual lo había prevenido Tony. Era allí. Estaba allí. Fuera lo que fuese Redrum, estaba allí.

9. LIQUIDACIÓN DE CUENTAS

Ullman los esperaba al otro lado de las amplias y anticuadas puertas de entrada. Le estrechó la mano a Jack y saludó a Wendy con un glacial movimiento de cabeza, observando quizá la forma en que se dieron la vuelta las cabezas cuando ella atravesó el vestíbulo con el pelo rubio suelto sobre los hombros del sencillo vestido azul marino. El dobladillo de la falda se detenía púdicamente tres centímetros por encima de la rodilla, pero no era necesario ver más para saber que Wendy tenía buenas piernas.

Ullman solamente se mostró cálido con Danny, pero eso era algo a lo que Wendy ya estaba acostumbrada. Danny parecía ser un niño para la gente que comparte en general los sentimientos de W. C. Fields hacia los niños. Ullman se inclinó un poco, desde la cintura, para ofrecer la mano a Danny. El chico se la estrechó, formalmente, sin sonreír.

—Mi hijo Danny —lo presentó Jack—. Y mi esposa, Winnifred.

—Encantado de conocerlos a ambos —saludó Ullman—. ¿Qué edad tiene, Danny?

—Cinco,señor.

—*Señor,* vaya— observó Ullman con una sonrisa, y miró a Jack— Qué bien educado.

—Claro que sí—se enorgulleció el padre.

—Señora Torrance —Ullman le hizo la misma leve reverencia y por un momento Wendy pensó, divertida, que le besaría la mano, se la ofreció a medias y efectivamente él se la tomó,pero se limitó a retenerla un instante entre las suyas. Tenía manos pequeñas, secas y tersas, y Wendy sospechó que se las empolvaba.

El vestíbulo bullía de actividad. Casi no quedaba una de las anticuadas sillas de respaldo alto que no estuviera ocupada. Los botones entraban y salían cargados de maletas y frente al

mostrador había una cola dominada por una enorme caja registradora de bronce, sobre la cual las calcomanías de Bankamericard y Master Charge parecían estrepitosos anacronismos.

A la derecha de ellos, en dirección de una alta puerta doble que continuamente se abría y se cerraba, había una antigua chimenea en la que en ese momento ardían unos leños de abedul. En un sofá, colocado demasiado cerca del propio fuego, estaban sentadas tres monjas, que conversaban entre sí, sonrientes, con sus bolsos de viaje puestos a un lado, en espera de que la cola para pagar disminuyera un poco. Mientras Wendy las miraba, estallaron en un acorde de risas infantiles y cristalinas. Wendy sintió que una sonrisa se le dibujaba en los labios: ninguna de ellas podía tener menos de sesenta años.

Como fondo se oía el murmullo constante de las conversaciones, el *¡ding!* amortiguado de la campanilla plateada junto a la caja registradora cuando uno de los dos empleados de servicio la hacía sonar, las llamadas levemente impacientes: «¡El primero, por favor!» A Wendy le trajo recuerdos, intensos y cálidos, de su luna de miel en Nueva York con Jack, en el «Beekman Tower». Por primera vez, se dejó creer que estaban a punto de empezar lo que los tres necesitaban: unas vacaciones juntos, lejos del mundo, una especie de luna de miel familiar. Sonrió afectuosamente a Danny, que sin disimulo alguno miraba a todas partes con los ojos desorbitados. Otro coche, gris como el traje de un banquero, se había detenido frente al hotel.

—El último día de la temporada —decía Ullman—. Hoy cerramos. Siempre es una locura. Yo lo esperaba más bien hacia las tres, señor Torrance.

—Es que quise darle tiempo al coche para recuperarse de un colapso nervioso si lo tenía —explicó Jack—, pero no pasó nada.

—Qué suerte —asintió Ullman—. Me gustaría llevarlos a los tres a recorrer el lugar, un poco más tarde, y

naturalmente, Dick Hallorann quiere enseñar a la señora Torrance la cocina, pero me temo...

Uno de los empleados se acercó presuroso y casi tirándose de los pelos.

—Disculpe, señor Ullman...

—Sí, ¿qué pasa?

—Es la señora Brant —explicó el hombre, incómodo—. Se niega a pagar su cuenta si no es con la tarjeta del «American Express». Le dije que al final de la temporada del año pasado dejamos de aceptar «American Express», pero no quiere... —sus ojos fueron hacia la familia Torrance, después volvieron a Ullman. Se encogió de hombros.

—Yo me ocuparé de eso.

—Gracias, señor Ullman —el empleado volvió hacia el mostrador, donde una denodada mujer, envuelta en un largo abrigo de pieles y que lucía algo así como un boa negro de plumas, protestaba en voz alta.

—Yo vengo al «Overlook» desde 1955 —contaba al empleado, que se encogía de hombros con una sonrisa—. Y seguí viniendo después de que mi segundo marido murió de un ataque en esa fatigosa cancha de roque... bien le había dicho yo que había demasiado sol ese día... y *nunca*, *pero nunca*, le digo, pagué con otra cosa que no fuera con mi tarjeta de crédito del «American Express». ¡Llame a la Policía si quiere! ¡Hágame llevar por ellos! Lo mismo seguiré negándome a pagar con nada que no sea mi tarjeta dé crédito del «American Express». Y le repito...

—Discúlpenme ustedes —pidió el señor Ullman.

Lo siguieron con la vista mientras atravesaba el vestíbulo, tocaba con un gesto deferente el codo de la señora Brant y abría ambas manos, con una inclinación de cabeza, en el momento en que ella apuntó sus baterías sobre él. La escuchó con atención, volvió a hacer un gesto afirmativo y le dijo algo a su vez. Con una sonrisa de triunfo, la señora Brant sé volvió al infeliz empleado del mostrador y le dijo:

—¡Gracias a Dios que en este hotel hay un empleado que no se ha convertido en un ser completamente rutinario!

Después aceptó que Ullman, que apenas si llegaba al macizo hombro de su abrigo de pieles, la tomara del brazo para conducirla, presumiblemente a su despacho privado.

—¡Uuuuh! —exclamó Wendy, sonriendo—. Este figurín se gana el sueldo.

—Pero esa señora no le gustaba —precisó inmediatamente Danny—.

El señor hizo como que le gustaba, pero nada más.

—De eso estoy seguro, doc —Jack, lo miró con una sonrisa—. Pero la adulación es lo que engrasa las ruedas del mundo.

—¿Qué es adulación?

—Adulación —le explico Wendy— es cuando tu papá dice que le gustan los pantalones amarillos que acabode comprarme, aunque no sea cierto, o cuando dice que no me hace falta rebajar dos o tres kilos.

—Ah. ¿Es mentir por gusto?

—Algo parecido.

El niño había estado mirándola con atención.

—Qué guapa eres, mamá—dijo después, y frunció el ceño, confundido, cuando sus padres cambiaron una mirada y después estallaron en risas.

—Ullman no se molestó en halagarme mucho a mí —comentó Jack—.

Venid, vamos a la ventana, que no me siento cómodo aquí, en medio de la gente, con esta chaqueta de dril. Sinceramente, no creí que hubiera mucha gente aquí, el día que cierran la temporada, pero parece que me equivoqué.

—Estás muy guapo —le dijo Wendy, y los dos volvieron a reírse; Wendy se cubrió la boca con una mano. Danny seguía sin entender, pero sentía que estaba bien. Sus padres se amaban. Danny pensó que ese lugar traía a su madre el recuerdo de otro (el Beakman) donde ella había sido feliz; Deseaba poderestar tan contento como ella, y no dejaba de decirse y volverse a decir que las cosas que Tony le mostraba no siempre se realizaban. Andaría con cuidado, atento a algo que se llamaba Redrum. Pero no diría nada, a no ser que fuera absolutamente necesario. Porque sus

padres se sentían felices, se habían estado riendo, y no había en ellos malospensamientos.

—Mira qué vista—señaló Jack.

—Oh, es estupenda. ¡Fíjate, Danny!

Pero a Danny no le parecía especialmente estupenda. A él no le gustaban las alturas: se mareaba. Más allá de la terraza cubierta que corríatodo a lo largo del hotel, un césped cuidadosamente manicurado(con un *putting green* a la derecha) descendía suavemente hacia la piscina rectangular y alargada. En un pequeño trípode al extremo de la piscina, un cartel anunciaba CERRADO; *cerrado* era un letrero que Danny podía leer solo, lo mismo que *Stop, Salida, Pizza* y algunos otros.

Más allá de la piscina, una sendade grava serpenteaba entre un bosquecillo de pinos, abetos y álamos de corta edad, y allí había una señal que Danny no conocía: ROQUE. Debajo de las letras se veía una flecha.

—¿Qué es R-O-Q-U-É, papá?

—Un juego —contestó Jack—. Se parece un poco al croquet, sólo que se juega en una cancha de grava en vez de césped, y tiene los lados como una gran mesa de billar. Es un juego muy viejo, Danny, y a veces aquí se hacen torneos.

—¿Se juega con un mazo de croquet?

—Algo así —asintió Jack—. Pero con el mango un poco más corto,y la cabeza tiene un lado de goma dura y otro de madera.

(¡A ver si sales mocoso de mierda!)

—Se pronuncia *roké*. Si quieres —seguía diciendo su papá—, algún día te enseñaréa jugar.

—No sé —respondió Danny con una vocecita descolorida que hizo que sus padres intercambiaran por encima de él una mirada de desconcierto—. No creo que me guste.

—Bueno, doc, pues si no te gusta, con no jugar ya está. ¿De acuerdo?

—Seguro.

—¿Te gustan los animales? —le preguntó Wendy—. Ven a ver el jardín ornamental.

Al otro lado de la senda que conducía a la cancha de roque había setos verdes recortados para darles forma de diversos animales. Danny, con su vista de lince, alcanzaba a distinguir un conejo, un perro, un caballo, una vaca y otros tres, más grandes, que parecían leones retozando.

—Fueron esos animales los qué hicieron pensar al tío Al que yo podía servir para el trabajo —les contó Jack—. Él se acordaba de que mientras estaba en la Universidad yo trabajaba a veces para unos arquitectos paisajistas, que tenían una sección dedicada al cuidado de céspedes, arbustos y cercas ornamentales. Yo solía podar y mantener el jardín ornamental de una señora.

Wendy se puso la mano sobre la boca para disimular una risita.

—Sí, por lo menos una vez por semana solía podarle el jardín —reiteró Jack, mirándola.

—Vete, mosca —dijo Wendy, y volvió a reírse.

—¿Eran lindos los arbustos que tenía, papito? —preguntó Danny, y sus padres sofocaron al mismo tiempo grandes estallidos de risa. Wendy se rió tanto que las lágrimas empezaron a correrle por las mejillas, y tuvo que abrir el bolso para sacar un pañuelo de papel.

—No eran animales, Danny —explicó Jack cuando pudo contenerse—.

Eran figuras de naipes. Picas, corazones, tréboles y diamantes. Pero fíjate que los cercos crecen...

(Van subiendo, había dicho Watson... pero no, no los cercos, la caldera. Tiene que vigilarla todo el tiempo, porque si no, usted y su familia irán a parar a la Luna.)

Su mujer y su hijo lo miraban, intrigados. A Jack se le había borrado la sonrisa de la cara.

—¿Papá? —le pregunto Danny.

Él parpadeó, como si regresara desde muy lejos.

—Crecen, Danny, y pierden la forma. Por eso tendré que echarle una recortada una o dos veces por

semana, hasta que haga tanto frío que dejen de crecer hasta la primavera.

—Y también una zona infantil —señaló Wendy—. Vaya suerte.

La zona infantil estaba más allá del jardín ornamental: dos toboganes, una gran serie de columpios con media docena de asientos colocados a diferentes alturas, unas barras para trepar, un túnel hecho de tubos de cemento, un cuadrado de arena y una casa de juguete, que era una réplica exacta del «Overlook».

—¿Te gusta, Danny? —le preguntó su madre.

—Claro que sí —contestó el chico, con la esperanza de parecer más entusiasmado de lo que estaba—; Es bonito.

Pasando la zona infantil había una disimulada cerca de seguridad hecha de enrejado, más allá el amplio camino pavimentado que llevaba hasta el hotel, y después de todo eso el valle mismo, que se perdía, pendiente abajo, en la brillante bruma azul de la tarde. Danny no conocía la palabra *aislamiento*, pero si alguien se la hubiera explicado la habría entendido inmediatamente. Allá abajo, tendido al sol como una larga serpiente negra que hubiera decidido echarse una siestecita, estaba el camino que regresaba, atravesando por el paso de Sidewinder hasta llegar a Boulder. Estaría cerrado durante todo el invierno. Danny sintió que le faltaba él aire al pensarlo, y casi dio un salto cuando papá le apoyó una mano en el hombro.

—Tan pronto como pueda te conseguiré algo de beber, doc. En este momento están muy ocupados allí dentro.

—Sí, papá.

La señora Brant salió del despacho privado con aire de desagraviada; Momentos después dos de los botones, que entre ambos apenas si podían con ocho maletas, la siguieron, lo mejor que les fue posible, en su retirada triunfal. Desde la ventana, Danny miraba cómo un hombre de uniforme gris, tocado con una gorra que parecía la de un capitán del ejército, acercaba a la puerta el largo coche plateado de la señora Brant, se bajaba, la saludaba tocándose la gorra y se precipitaba a abrir el maletero.

Y en uno de esos destellos que le sucedían a veces, el chico captó un pensamiento completo de ella, que flotó por encima de la confusa mezcla balbuceante de emociones y colores que le llegaban por lo común donde había mucha gente.

(me gustaría meterme en sus pantalones)

Mientras seguía mirando cómo los botones acomodaban las maletas, Danny frunció el entrecejo. La mujer miraba de manera penetrante al hombre de gris, que supervisaba la operación. ¿Por qué querría ella meterse en sus pantalones? ¿Tendría frío, aunque llevara puesto ese abrigo largo de pieles?. Y si tenía tanto frío, ¿por qué no se había puesto ella pantalones? Su mamá usaba pantalones casi todo el invierno.

El hombre de uniforme gris cerró el maletero y se acercó a ella para ayudarla a subir al coche. Danny se fijó muy bien a ver si ella le decía algo sobre los pantalones, pero se limitó a sonreírle y darle un billete de un dólar; la propina. Un momento después, la señora Brant arrancaba con su gran automóvil plateado.

El chico pensó en preguntarle a su madre por qué la señora Brant podía querer los pantalones del hombre que le había acercado el coche, pero decidió que no. A veces, las preguntas podían meterle a uno en un montón de líos. Ya le había sucedido antes.

De modo que, en vez de preguntar, se metió entre su padre y su madre, en el pequeño sofá que los tres compartían, y se quedó mirando la gente que hacía cola ante el mostrador. Se alegraba de ver que su papá y su mamá fueran felices y se amaran, pero él no podía dejar de sentirse un poco preocupado. No lo podía evitar.

10. HALLORANN

El cocinero no respondía para nada a la imagen que tenía Wendy del personaje típico de la cocina de un gran hotel. Para empezar, a un personaje de esos se le llamaba *chef* y no era nada tan vulgar como un cocinero; cocinar era lo que hacía Wendy en su casa cuando metía todas las sobras en una fuente de horno y les agregaba tallarines. Además, el genio culinario de un lugar como el «Overlook», que se anunciaba en la sección de hoteles de temporada del *New York Sunday Times*, debía ser menudo y regordete y tener cara de galletita, amén de usar un delgado bigote cómo dibujado a lápiz, en el estilo de los astros de comedias musicales de la década del 40, tener ojos oscuros, acento francés y una personalidad aborrecible.

Hallorann tenía los ojos oscuros, pero eso era todo. Era un negro alto, con un discreto peinado afro que empezaba a matizarse de blanco. Hablaba con suave acento sureño, riéndose mucho y mostrando unos dientes demasiado blancos y parejos para que parecieran naturales. También el padre de Wendy tenía dentadura postiza, y a veces le hacía reír mostrándosela en una gran sonrisa mientras cenaban... siempre que su madre estuviera en ese momento en la cocina o hablando por teléfono, recordó Wendy.

Danny había levantado los ojos hacia ese gigante vestido de sarga azul, sonriendo ante la facilidad con que Hallorann lo levantó y se lo sentó en el brazo, diciéndole:

—Tú no irás a quedarte aquí todo el invierno.

—Sí, señor —afirmó Danny con una sonrisita tímida.

—No, señor. Vas a bajar conmigo a St. Pete y te enseñaré a cocinar, y todas las tardes nos iremos a la playa a buscar cangrejos. ¿De acuerdo?

Danny se rió, encantado, y sacudió la cabeza diciendo que no.

Hallorann lo dejó en el suelo.

—Si piensas cambiar de opinión —le dijo inclinándose hacia él, con seriedad—, vale más que lo hagas pronto. Dentro

de media hora estaré en mi coche. Dos horas y media después estaré delante de la puerta 32, vestíbulo B del aeropuerto internacional de Stapleton, en Denver, Colorado. Tres horas después de *eso* estaré alquilando un coche en el aeropuerto de Miami, para irme a St. Pete, donde hay sol, ponerme el bañador y reírme a reventar de todos los que estén atrapados en la nieve. ¿Comprendes, hijito?

—Sí, señor —respondió el chico, sonriendo.

—Pues parece que tienen ustedes un muchacho estupendo —comentó Hallorann, volviéndose a Jack y Wendy.

—Creemos que lo es —afirmó Jack, tendiéndole la mano, que Hallorann estrechó —. Soy Jack Torrance. Mi esposa, Winnifred. A Danny ya lo conoce usted.

—Y bien que me alegro. Señora, ¿cómo la llaman, Winnie o Fredie?

—Me llaman Wendy —contestó ella sonriendo.

—Muy bien, es más bonito que los otros, creo yo. Venga usted por aquí. El señor Ullman quiere que le enseñe a usted el lugar, y vaya si se lo enseñaré —sacudió la cabeza antes de agregar por lo bajo—: Y vaya si me alegraré de dejar de verlo a *él.*

Hallorann los condujo por la cocina más inmensa que Wendy había visto en su vida. Reluciente de limpieza, cada superficie estaba encerada y pulida como un espejo. Y era más que grande; era sobrecogedora. Siguió a Hallorann mientras Jack, completamente fuera de su elemento, se demoraba un poco con Danny. Junto a un fregadero de cuatro pilas corría una larga percha de la que pendían utensilios cortantes que iban desde cuchillos de trinchar hasta cuchillas de carnicero con dos mangos. La tabla de picar era tan grande como la mesa que ellos tenían en la cocina de su apartamento de Boulder. Una variedad increíble de ollas y cacerolas de acero inoxidable cubrían una pared entera, del suelo al techo.

—Creo que cada vez que entre aquí tendré que ir dejando un reguero de miguitas de pan —suspiró Wendy.

—No se deje impresionar —le aconsejó Hallorann—. Por grande que sea, no deja de ser una cocina. La mayoría de estas cosas no tendrá que tocarlas siquiera. Lo único que

le pido es que me la mantenga limpia. Ésta es la cocina que yo usaría si fuera usted. Aunque hay tres en total, ésta es la más pequeña.

La más pequeña, pensó Wendy, desanimada, mientras la miraba.

Tenía doce quemadores, dos hornos comunes y uno de asador rotatorio, una plancha sobre la cual se podían mantener salsas a fuego lento o tostar almendras y avellanas, una parrilla y un calientaplatos, además de un millón de termostatos y botones.

—Todas de gas —explicó Hallorann—. ¿Ha cocinado con gas antes, Wendy?

—Sí...

—A mí me encanta el gas —dijo el cocinero y encendió uno de los quemadores. La llama azul cobró vida y él la bajó con delicadeza hasta dejarla reducida a un tenue resplandor—. Me gusta ver con qué llama estoy cocinando. ¿Ve usted dónde están las llaves de todos los quemadores?

—Sí.

—Y las que corresponden al horno están todas enarcadas. Yo, personalmente, prefiero el horno del medio porque me parece que es el que calienta más parejo, pero usted puede usar el que le guste más...o los tres, para el caso.

—Prepararé una cena de televisión en cada uno —dijo Wendy, con una débil risita. Hallorann pareció muy divertido.

—Sigamos, si usted quiere. Junto al fregadero le he dejado una lista de todos los comestibles que hay. ¿La ve?

—¡Aquí está, mamá! —anunció Danny, que se acercaba con un par de hojas de papel escritas por ambos lados con letra menuda.

—Buen chico —aprobó Hallorann, recibiéndole los pápeles mientras le desordenaba el pelo—. ¿Estás seguro de que no quieres venirte conmigo a Florida, chiquillo? ¿Y aprender a cocinar los mejores camarones a la *criolla* de este mundo?

Danny se cubrió la boca con las manos para ocultar una risita y se refugió junto a su padre.

—Pues supongo que ustedes tres tendrán aquí comida para un año — calculó Hallorann—. Tenemos despensa refrigerada, cámara frigorífica, verduras enlatadas de todas clases, y dos neveras. Venga usted, que se lo muestro.

Durante los diez minutos siguientes Hallorann abrió cajones y puertas que les dejaban ver comida en cantidades tales como Wendy jamás había visto. Las provisiones de comida la dejaron atónita, pero sin tranquilizarla tanto como la propia Wendy había pensado: seguía acordándose del grupo Donner, no por el canibalismo (ya que con tanta comida pasaría sin duda mucho tiempo antes de que se vieran reducidos a raciones tan magras como ellos mismos), sino con la idea, cada vez más clara, de que la situación podía ser realmente grave: una vez que la nieve los cercara, salir de allí no sería cuestión de un paseode una hora hasta Sidewinder, sino toda una operación militar. Estarían ahí solos en ese enorme hotel desierto, comiendo la comida que les habían dejado, como niños en un cuento de hadas, mientras escuchaban el viento, silbando en los aleros cubiertos de nieve. En Vermont, cuando Danny se rompió el brazo (cuando *Jack* le rompió el brazo) Wendy llamó a la asistencia médica de urgencia, al número que tenía anotado en una tarjetita atada al teléfono, y en no más de diez minutos llegaron. Y en esa tarjetita había otros números. En cinco minutos se podía tener en casa un agente de la Policía, y los bomberos en menos tiempo todavía, pues el parque de bomberos estaba a menos de 500 metros de donde ellos vivían. Había a quién llamar si se cortaba la luz, a quién llamar si se estropeaba la ducha, a quién llamar si se averiaba la TV. Pero, ¿qué les pasaría allí si Danny tenía uno de esos desmayos y se ahogaba con la lengua?

(¡oh Dios qué idea!)

¿Ysi el hotel se incendiaba? ¿Si Jack se caía por el pozo del ascensor y se fracturaba el cráneo? ¿Si...?

(¡si lo pasamos estupendamente aquí, termina de una vez, Winnifred!) Hallorann les mostró la cámara frigorífica, donde

el aliento les salía en nubecitas, como los globos de las historietas. Allí ya parecía haber llegado el invierno.

Hamburguesas en grandes bolsas de plástico, cinco kilos por bolsa, una docena de bolsas. Cuarenta pollos enteros colgados de una hilera de ganchos en las paredes revestidas de madera. Una docena de jamones enteros, en lata, apilados uno encima de otro como fichas. Debajo de los pollos, diez costillares de vaca, diez de cerdo y una enorme pierna de cordero.

—¿Te gusta el cordero, doc? —le preguntó Hallorann con una sonrisa de complicidad.

—Me encanta —contestó inmediatamente Danny, que jamás lo había comido.

—Estaba seguro. No hay nada como un buen par de tajadas de cordero cuando hace frío, acompañadas con un poco de jalea de menta también. El cordero es bueno para el estómago; es una carne sin pleitos.

—¿Cómo sabía usted que lo llamábamos doc? —preguntó desde atrás Jack, con curiosidad.

—¿Decía usted? —Hallorann se dio la vuelta para mirarlo.

—Que a Danny a veces lo llamamos «doc», como en las películas de dibujos de Bugs Bunny.

—Es que tiene cierto aire de doctor, ¿no le parece? —miró a Danny arrugando la nariz y frunció los labios—. Eeeh, ¿qué pasa, doc? —le preguntó.

Danny soltó una risita y en ese momento Hallorann le dijo algo *(¿Seguro que no quieres venirte a Florida, doc?)* con mucha claridad. El chico lo oyó palabra por palabra. Miró a Hallorann, sorprendido y un poco asustado. El negro le guiñó solemnemente un ojo y siguió prestando atención a las provisiones.

Wendy apartó los ojos de la ancha espalda del cocinero para mirar a su hijo. Tenía una sensación extrañísima, como si entre los dos hubiera pasado algo que ella no había terminado de entender.

—Tiene usted aquí doce cajas de salchichas y doce de tocino —le explicó Hallorann—. Y también hay cerdo salado. En este

cajón, diez kilos de mantequilla. —¿Mantequilla *de verdad*? —preguntó Jack.

—De primera.

—No creo haber comido mantequilla auténtica desde que era niño, cuando vivía en Nueva Hampshire.

—Bueno, pues aquí la comerá hasta que la margarina le parezca una delicia —le aseguró Hallorann, riendo—. Y en este cajón está el pan, treinta hogazas de pan blanco, veinte de integral. En el «Overlook» tratamos de mantener el equilibrio racial, imagínese. Claro que con cincuenta hogazas no se arreglarán, pero tienen para varias horneadas y en cualquier momento, fresco es mejor que congelado. —Y aquí tienen el pescado —continuó—. Alimento para el cerebro, ¿no es así, doc?

—¿Es así, mamá?

—Si el señor Hallorann lo dice, tesoro... —sonrió su madre.

—El pescado no me gusta —declaró Danny, frunciendo la nariz.

—Pues te equivocas de medio a medio. Lo que pasa es que *tú* no le has gustado jamás a ningún pescado. Pero a los que hay aquí les gustarás.

Hay dos kilos y medio de trucha, cinco de rodaballo, quince latas de atún...

—Ah, sí, el atún me gusta.

—...y dos kilos y medio del lenguado más sabroso que jamás haya nadado por los mares. Muchacho, cuando llegue la primavera verás cómo piensas que el viejo... — hizo chasquear los dedos como si se hubiera olvidado de algo—. ¿Cómo me llamo yo? Acaba de olvidárseme.

—Señor Hallorann —le sonrió Danny—. Y para los amigos, Dick.

—¡Exactamente! Y como tú eres un amigo, para ti soy Dick.

Mientras el cocinero los guiaba hacia un rincón, Jack y Wendy se miraron, intrigados, procurando recordar si Hallorann les había dicho su nombre de pila.

—Y aquí he puesto esto en especial —anunció Hallorann—. Espero que lo disfruten ustedes.

—Oh, pero realmente, no debería... —balbuceo Wendy, conmovida.

Era un pavo de unos diez kilos, atado con una ancha cinta roja con un gran lazo.

—No podía ser que no tuvieran un pavo para el día de Acción de Gracias —dijo con seriedad Hallorann—. Y creo que por ahí debe de haber un capón para Navidad. Ya lo encontrará usted. Y salgamos de aquí antes de que nos pesquemos todos una pulmonía. ¿De acuerdo, doc?

—¡De acuerdo!

En la despensa refrigerada los esperaban más maravillas. Cien paquetes de leche en polvo (aunque Hallorann le aconsejo a Wendy que mientras fuera posible comprara leche fresca para el niño en Sidewinder), cinco bolsas de azúcar de seis kilos cada una, un gran frasco de melaza negra, cereales, frascos llenos de arroz y fideos de diversas clases; filas y más filas de latas de frutas en almíbar y ensalada de frutas; un cajón de manzanas que impregnaban todo el local con su aroma otoñal, uvas pasas, ciruelas y albaricoques («Si quieres ser feliz, tienes que ser ordenado», dictaminó Hallorann y lanzó una carcajada hacia el cielo raso de la despensa, donde un anticuado artefacto de luz colgaba de una cadena de hierro); un profundo arcón lleno de patatas y cajones mas pequeños con tomates, cebollas, nabos, calabazas y coles.

—Palabra que —empezó a decir Wendy mientras salían, pero, atónita al ver tanta comida fresca después de manejarse con un presupuesto de treinta dólares semanales para alimentación, no supo como continuar.

—Como estoy un poquito atrasado —se disculpó Hallorann, mirando su reloj—, dejaré que vean ustedes lo que hay en los armarios y las neveras cuando se instalen. Tienen quesos, leche condensada, natural y dulce, levadura, polvos de hornear, pasteles para el desayuno, varios racimos de bananas a los que todavía les falta madurar...

—Basta —lo detuvo Wendy, soltando la risa—. Ni siquiera podré acordarme de todo. Es estupendo. Y le prometo dejar todo limpio.

—Es lo único que le pido —Hallorann se volvió a Jack—. ¿Le encargó el señor Ullman que se ocupara de cazar las ratas de su campanario?

—Me dijo que podía haber algunas en el desván, y el señor Watson cree que también puede haberlas en el sótano. Allí abajo debe de haber un par de toneladas de papel, pero yo no vi que estuviera desmenuzado como cuando lo usan para hacer sus nidos.

—Ese Watson —se condolió burlonamente Hallorann—, ¿no es el hombre más malhablado que haya usted visto en su vida?

—Es todo un personaje —convino Jack. El hombre más malhablado que él hubiera visto en su vida era su padre.

—En cierto modo, es una lástima —comentó Hallorann mientras volvía a conducirlos a través de las amplias puertas de vaivén que separaban la despensa del comedor del «Overlook»—. En esa familia hubo dinero, hace mucho tiempo. Fue el abuelo o el bisabuelo de Watson, no lo recuerdo bien, el que construyó este lugar.

—Eso me dijeron —asintió Jack.

—¿Y qué sucedió? —quiso saber Wendy.

—Pues que no pudieron hacerlo marchar —respondió Hallorann—. Watson les contará toda la historia... dos veces por día, si lo dejan hablar. El viejo se dejó sorber los sesos por el lugar, se dejó atrapar por él, me imagino. Tenía dos hijos varones y uno de ellos se mató en un accidente de equitación, aquí, mientras todavía el hotel estaba en construcción; eso debió de ser en 1908 o 1909. Después la mujer del viejo murió de gripe y no quedaron más que él y el hijo menor... que terminaron siendo vigilantes en el mismo hotel que el viejo había construido.

—Sí que es una pena —se compadeció Wendy.

—¿Y qué fue de él? ¿Del viejo? —preguntó Jack.

—Por equivocación metió el dedo en un enchufe y ahí se quedó —explicó Hallorann—. Y a partir de comienzos de la década de los 30, antes de la Depresión, el lugar quedó cerrado durante diez años.

—Sea como fuere, Jack —continuó—, le agradecería que usted y su esposa vigilen también si hay ratas en la cocina. Pero si las ven, pongan ratoneras, no veneno.

Jack abrió mucho los ojos.

—Claro. ¿A quién va a ocurrírsele poner veneno para ratas en la cocina?

Hallorann soltó una risa desdeñosa.

—¿A quién? Al señor Ullman. Fue su brillante idea del otoño pasado.

Y yo se lo advertí, le dije: «¿Qué le parece si para mayo del año próximo nos reunimos todos aquí, señor Ullman, y yo sirvo la tradicional cena de inauguración de temporada (que casualmente es salmón con una salsa deliciosa), y todo el mundo se pone malo y cuando viene el médico le pregunta a usted por qué puso veneno para ratas en la comida de ochenta de los fulanos más ricos de Norteamérica?» Jack se rió a carcajadas, echando atrás la cabeza.

—¿Y qué le dijo Ullman?

Hallorann se metió la lengua en la mejilla, como si algo le molestara entre los dientes.

—Me dijo: «Consiga unas ratoneras, Hallorann.»

Esta vez se rieron todos, incluso Danny que no estaba del todo seguro dónde estaba la gracia del chiste, salvo que tenía algo que ver con el señor Ullman que, en definitiva, no lo sabía todo.

Juntos, los cuatro atravesaron el comedor, ahora vacío y silencioso, con su fabulosa vista de los picos cubiertos de nieve hacia el lado oeste. Los manteles blancos de hilo habían sido cubiertos con otros de plástico transparente. La alfombra, enrollada, estaba vertical en un rincón como un centinela que montara guardia.

Del otro lado del amplio salón se abría un par de amplias puertas de vaivén sobre las cuales se leía, escrito en anticuadas letras doradas: SALÓN COLORADO.

Hallorann siguió la mirada de Jack y le advirtió:

—Si le gusta a usted la bebida, espero que se haya traído sus provisiones. Aquí no hay ni gota. Como anoche fue la fiesta del personal, doncellas y botones andaban por ahí con un buen dolor de cabeza; yo entre ellos.

—Yo no bebo —declaró lacónicamente Jack, y todos volvieron al vestíbulo.

Durante la media hora que habían pasado en la cocina, el lugar se había despejado mucho. El largo salón principal empezaba a asumir el aspecto silencioso y abandonado que sin duda, suponía Jack, no tardaría en hacérseles familiar. Las sillas de respaldo alto estaban vacías. Las monjas antes sentadas junto al hogar ya no estaban, y hasta el fuego se había reducido a un lecho de carbones tibiamente resplandecientes.

Wendy echó un vistazo al aparcamiento y vio que casi todos los coches, salvo una docena escasa, habían desaparecido.

Wendy se encontró deseando que pudieran volver a subirse en el «Volkswagen» para regresar a Boulder... o a donde fuera.

Jack andaba buscando a Ullman, pero no estaba en el vestíbulo.

Se les acercó una chica joven, con el pelo de color rubio ceniza recogido en la nuca.

—Tu equipaje está fuera en la terraza, Dick.

—Gracias, Sally —Hallorann le dio un beso superficial en la frente—.

Que pases bien el invierno. He oído que te casas.

Mientras la muchacha se alejaba, contoneándose y moviendo graciosamente el trasero, Hallorann se volvió a los Torrance.

—Tendré que darme prisa para alcanzar ese avión. Les deseo que les vaya muy bien, y estoy seguro de que así será.

—Gracias, ha sido usted muy amable —reconoció Jack.

—Yo le cuidaré mucho la cocina —volvió a prometerle Wendy—. Que se divierta en Florida.

—Como siempre —le aseguró Hallorann, que apoyó las manos en las rodillas y se inclinó para hablar con

Danny—. Tu última oportunidad, muchachito. ¿Quieres venir a Florida?

—Creo que no —contestó Danny, sonriendo.

—De acuerdo. ¿Quieres echarme una mano para llevar mis maletas hasta el coche?

—Si mamá dice que puedo...

—Sí, puedes —accedió Wendy—, pero tendrás que abotonarte la americana —se inclinó para hacerlo, pero ya Hallorann se le había adelantado, y los largos dedos morenos se movían con rápida destreza.

—En seguida lo mandaré de vuelta —prometió.

—Perfecto —asintió Wendy, y los acompañó hasta la puerta. Jack seguía buscando a Ullman. Los últimos huéspedes del «Overlook» liquidaban sus cuentas en el mostrador.

11. EL ESPLENDOR

Al lado de la puerta, del lado de afuera, había cuatro maletas. Tres de ellas eran enormes, viejas y vapuleadas, hechas de un material que imitaba piel de cocodrilo. La última era un gran bolso con cremallera, de descolorida tela escocesa.

—Creo que tú podrías coger ése, ¿no podrás? —le preguntó Hallorann, que con una mano levantó dos de las maletas grandes y se puso la tercera bajo el otro brazo.

—Seguro —asintió Danny. Lo levantó con ambas manos y bajó tras el cocinero los escalones de la terraza, procurando virilmente no quejarse ni dejar que se le notara cuánto le pesaba.

Desde su llegada se había levantado un viento otoñal, frío y cortante, que silbaba a través del aparcamiento, obligando a Danny a entornar los ojos mientras avanzaba sosteniendo ante sí el bolso con cremallera, que iba golpeándole las rodillas. Algunas errabundas hojas de álamo crujían y giraban sobre el asfalto, ahora casi desierto, y durante un momento le trajeron a Danny el recuerdo de aquella noche de la semana pasada, cuando se había despertado de su pesadilla y había oído —o por lo menos le había parecido que oía— a Tony, que le decía que no fuera.

Hallorann dejó las maletas en el suelo, junto al maletero de un «Plymouth Fury» de color ocre.

—No es un gran coche —le confió a Danny—; lo tengo alquilado. Si vieras mi «Bessie», ése sí que vale la pena. Un «Cadillac 1950», y si vieras cómo corre. Una maravilla. Pero lo dejo en Florida, porque es demasiado viejo para andar trepando por todas estas montañas. ¿Necesitas ayuda con eso?

—No, señor —afirmó Danny, y tras haber conseguido dar los últimos diez o doce pasos con su carga, sin quejarse, la dejó en el suelo con un gran suspiro de alivio.

—Bien muchacho —comentó Hallorann, y sacó del bolsillo de su americana de sarga azul un gran llavero para abrir la tapa del maletero.

Mientras acomodaba dentro las maletas, siguió hablando—: Tú sí que esplendes, hijito. Más que nadie que haya conocido yo en mi vida. Y para enero cumpliré sesenta años.

—¿Cómo?

—Que tú tienes un don —explicó Hallorann, volviéndose hacia él—. Lo que yo siempre he llamado el esplendor, que es como lo llamaba también mi abuela. Ella lo tenia. Cuando yo era un niño no mayor que tú, solíamos sentarnos en la cocina y tener largas charlas sin abrir para nada la boca.

—¿De veras?

Hallorann sonrió al ver la expresión boquiabierta, ávida casi del chico, y le dijo:

—Ven a sentarte conmigo en el coche unos minutos. Quiero hablar contigo —de un golpe, cerró la tapa del maletero.

Desde el vestíbulo del «Overlook», Wendy Torrance vio cómo su hijo subía al lugar del acompañante del coche de Hallorann, mientras el corpulento cocinero negro se deslizaba tras el volante. Atravesada por un cruel aguijonazo de miedo, abrió la boca para decirle a Jack que lo de llevarse a su hijo a Florida no había sido una broma de Hallorann, que el cocinero estaba a punto de secuestrarlo. Pero no, estaban ahí sentados, nada más. Wendy apenas si alcanzaba a distinguir la cabecita de su hijo, vuelta atentamente hacia la voluminosa cabeza de Hallorann. Incluso desde esa distancia, la cabecita estaba en una actitud que Wendy reconoció: la que su hijo tenía cuando por la TV daban algo que lo fascinaba especialmente, o cuando él y su padre jugaban algún juego de ingenio. Jack, que seguía aún buscando a Ullman, no se había dado cuenta. Wendy se quedó en silencio, sin dejar de observar con nerviosidad al coche de Hallorann, preguntándose de qué podían estar hablando para que Danny tuviera inclinada de ese modo la cabeza.

En el coche, Hallorann le preguntaba:

—¿Conque te sentías un poco solo, pensando que tú eras el único?

Danny, que además de solo también se había sentido asustado, afirmó con la cabeza.

—¿Soy yo el único que usted conoce? —le preguntó. Riendo, Hallorann sacudió la cabeza.

—No, pequeño, no. Pero tú eres el que mas esplende.

—¿Hay muchos, entonces?

—No —respondió Hallorann—, pero algunos hay. Hay mucha gente que tiene un poquito de esplendor, aunque ni siquiera lo sepa. Son los que siempre se aparecen con flores cuando su mujer está triste, los que responden bien a las preguntas en la escuela sin haber estudiado, los que se dan cuenta de cómo se siente la gente con sólo entrar en una habitación. De esos, yo me he encontrado con unos cincuenta o sesenta. Pero no había más de una docena que *supieran* que esplendían, mi abuela entre ellos.

—Uuuh —se admiró Danny, pensativo—. ¿Conoce usted a la señora Brant? — preguntó después.

—¿Ésa? —preguntó a su vez Hallorann, desdeñoso—. Ésa no esplende.

No hace más que devolver platos a la cocina, dos o tres veces por noche.

—Ya sé que no esplende —asintió con seriedad Danny—. Pero, ¿conoce usted al hombre de uniforme gris que acerca los coches?

—¿A Mike? Claro que conozco a Mike. ¿Qué pasa con él?

—Señor Hallorann, ¿por qué querría la señora Brant los pantalones de Mike?

—¿De qué estás hablando, muchacho?

—Bueno, mientras ella lo miraba, estaba pensando que le gustaría meterse en sus pantalones, y yo me pregunté por qué...

No pudo seguir. Hallorann había echado hacia atrás la cabeza y de su pecho manaba una risa densa y profunda que llenó el coche como un retumbo de cañones, con tal fuerza que el asiento se sacudía. Danny sonreía, intrigado, hasta que finalmente la tormenta fue cediendo. Como si fuera una bandera blanca de rendición, Hallorann sacó del bolsillo un gran pañuelo de seda blanca y se enjugó los ojos llorosos.

—Muchacho —le dijo, respirando todavía con dificultad—, tú sí que vas a saber todo lo que se puede saber de la condición humana antes de llegar a los diez años. No sé si envidiarte o no.

—Pero la señora Brant...

—No te preocupes por ella. Ni le preguntes a tu mamá tampoco, porque no harías más que ponerla en un aprieto, ¿me entiendes?

—Sí, señor —asintió Danny. Lo entendía perfectamente. Otras veces había puesto ya a su madre en aprietos de esa clase.

—Lo único que tú necesitas saber es que la tal señora Brant no es más que una vieja sucia llena de picazones —miró a Danny con aire intrigado—.

¿Puedes golpear muy fuerte, doc?

—¿Cómo?

—Échame un soplo; piensa en mí. Quiero saber si tienes tanto como a mí me parece.

—¿Qué quieres que piense?

—Cualquier cosa, pero piénsalo con *fuerza.*

—De acuerdo —asintió Danny. Lo pensó durante un momento y después se concentró en enviarlo fuera, hacia Hallorann. Jamás había hecho hasta entonces una cosa semejante, y en el último momento algo instintivo se movilizó en él para suavizar en parte la fuerza bruta de lo que enviaba, porque no quería hacer daño al señor Hallorann. Así y todo el pensamiento salió de él como una flecha, con una fuerza que el chico jamás se habría imaginado, como una pelota con efecto. (Huy, espero no haberle hecho daño) Y lo que pensó fue:

(¡!HOLA, DICK¡!)

Hallorann se encogió y se echó atrás en el asiento. Sus dientes entrechocaron con un ruido áspero, y una gota de sangre le apareció en el labio inferior. Involuntariamente, las manos que tenía laxas sobre las piernas subieron a apretarse contra el pecho y volvieron a bajar. Durante un momento, sin poder controlarse conscientemente, parpadeó azorado; Danny se asustó.

—¿Señor Hallorann? ¿Dick? ¿Estás bien?

—No sé —respondió Hallorann, con una risa incierta—. Realmente, no sé. Dios mío, muchacho, si eres una pistola.

—Lo siento —se disculpó Danny, más alarmado aún—. ¿Voy a buscar a papá?

—No, ya se me pasa. Estoy bien, Danny. Quédate aquí. Me siento un poco alterado, nada más.

—Pero no lo hice tan fuerte como podía —confesó Danny—. En el último momento, me asusté.

—Pues parece que tuve suerte... si no, se me estarían saliendo los sesos por las orejas —sonrió al ver la alarma pintada en el rostro del chico—. Pero no me hiciste daño. Ahora, dime qué sentiste tú.

—Como si hubiera tirado una pelota de béisbol con efecto —fue la respuesta.

—¿Así que te gusta el béisbol? —preguntó Hallorann, enjugándose las sienes con cuidado.

—A papá y a mí nos gusta mucho —respondió Danny—. Cuando jugaron el mundial, vi por TV a los Red Sox contra Cincinatti. Entonces, yo era mucho más pequeño, y papá era... —el rostro de Danny se nubló.

—¿Era qué, Dan?

—Me olvidé —declaró el chico y empezó a llevarse la mano a la boca para chuparse el pulgar, pero era un recurso de bebé. La mano volvióa su regazo.

—¿Tú puedes saber en qué están pensando tu mamá y tu papá, Danny? — Hallorann lo observaba atentamente.

—La mayoría de las veces, si quiero. Pero generalmente no lo intento.

—¿Por qué no?

—Bueno... —el niño hizo una pausa turbado—. Sería como espiar dentro del dormitorio para mirarlos mientras están haciendo eso que sirve para hacer bebes.
¿Sabe usted a qué me refiero?

—Alguna vez lo he sabido —respondió con seriedad Hallorann.

—Y a ellos no les gustaría. Tampoco les gustaría que les espiara lo que piensan. Sería algo sucio.

—Entiendo.

—Pero sí sé cómo se sienten —continuó Danny—. Eso no puedo evitarlo. También sé cómo se siente usted. Le hice daño, y lo siento.

—No es más que un dolor de cabeza. Algunas resacas son peores.

¿Puedes leer a otras personas, Danny?

—Todavía no sé leer nada —explicó Danny—, salvo unas pocas palabras. Pero este invierno, papá me enseñará. Mi papá enseñaba a leer y a escribir en una escuela grande. A escribir sobre todo, pero también puede enseñar a leer.

—A lo que yo me refiero es a si puedes decir lo que alguien está pensando.

Danny caviló un momento.

—Puedo si es *fuerte* —respondió finalmente—. Como pasó con la señora Brant y los pantalones. O como la vez que mamá y yo habíamos ido a unos grandes almacenes para comprarme zapatos, y había un muchacho grande mirando las radios y estaba pensando en llevarse una, pero sin comprarla. ¿Y si me atrapan?, pensaba después, y volvía a pensar que realmente, la deseaba tanto. Y vuelta a pensar si lo atrapaban. Ya se sentía mal de tanto pensarlo, y me estaba haciendo sentir mal *a mí*. Como mamá estaba hablando con el hombre que vendía los zapatos, yo me acerqué a él y le dije: «Oye, no te lleves esa radio. Vete.» Se asustó muchísimo, y se fue a toda prisa.

Halloran lo miraba con una anchasonrisa.

—Apuesto a que sí. ¿Qué más puedes hacer, Danny? ¿Son solamente ideas y sentimientos, o hay algo más?

Cautelosamente:

—Para ti, ¿hay más?

—A veces —admitió Hallorann—. No siempre. A veces... a veces hay sueños. ¿Tú también sueñas, Danny?

—A veces sueño cuando estoy despierto —contestó Danny—. Cuando viene Tony... — El dedo pulgar pugnaba por metérsele en la boca. Jamás había hablado de Tonny con nadie, salvo con sus padres.

—¿Quién es Tonny?

Súbitamente Danny se vio agotado por uno de esos relámpagos de entendimiento que tanto lo asustaban. Era como un atisbo de conocimiento en el interior de un mecanismo incomprensible, que tanto podía ser seguro como mortalmente peligroso. Danny era demasiado pequeño para distinguir entre ambos, demasiado pequeño para entender.

—¿Qué pasa? —exclamó—. Me preguntas todo esto porque estás preocupado, ¿no es cierto? ¿Por qué te preocupas por mí? ¿Por qué te preocupas por *nosotros*?

Hallorann puso sus grandes manos sobre los hombros del niño y dijo_

—No importa. Quizá no sea nada, pero si me equivoco... Verás, lo que tienes en la cabeza es algo muy grande, Danny. Supongo que tendrás que crecer mucho antes de poder manejarlo. Eso te exigirá valor.

—¡Pero hay cosas que no *entiendo*! —exclamó Danny—. ¡Que *entiendo...* pero *no*! La gente... siente cosas, y yo también las siento, ¡pero no sé qué es lo que siento! —Con aire desdichado, se miró las manos—. Ojalá supiera leer. A veces Tony me muestra señales y no sé leer casi ninguna.

—¿Quién es Tony? —insistió Hallorann.

—Mamá y papá lo llaman «mi compañero de juegos invisible» — respondió Danny, recitando cuidadosamente las palabras—. Pero es real, de veras. Por lo menos, es lo que yo creo. A veces, cuando me esfuerzo por entender las cosas, él viene y me dice: «Danny, quiero enseñarte algo.» Y es como si me desmayara. Sólo que... hay sueños, como tú dijiste. —Mientras miraba a Hallorann, tragó saliva. Antes eran bonitos, pero ahora... no recuerdo cómo se llaman esos sueños que lo asustan a uno y lo hacen llorar.

—¿Pesadillas?

—Sí, esos es. Pesadillas.

—¿En tus pesadillas aparece este lugar? ¿Aparece el Overlook? Danny volvióa mirarse el dedo pulgar.

—Sí —susurró, y después añadió, mirando de frente a Hallorann—:

¡Pero a mi papá no puedo decírselo, ni a usted tampoco! Él necesita este trabajo porque es el único que pudo conseguirle el tío Al, y además tiene que terminar su obra porque se no empezará de nuevo a hacer «algo malo», y yo Ya sé que es... es *emborracharse*. ¡Antes solía estar *borracho*, y eso sí que era algo malo! —Se interrumpió, al bordedel llanto.

—Vamos, vamos —lo tranquilizó Hallorann mientras atraía su cara contra la sarga ápera de su americana, que olía débilmente a naftalina—.

Está bien, hijo. Y si este dedo quiere estar en la boca, déjalo que se dé el gusto.

Loanimó, pero su expresión era de inquietud.

—Verás, Danny, lo que tú tienes yo lo llamo esplendor, es lo que la Biblia llamar tener visiones y algunos hombres de ciencia precognición. He leído sobre este tema, hijo. Lo he estudiado. Todasesas palabras significan ver el futuro. ¿Entiendes lo que significa?

Sin apartar la cara de la chaqueta de Hallorann, Danny hizo un gesto de asentimiento.

—Recuerdo el esplendor más intenso que he tenido... No será fácil que lo olvide. Fue en 1955 y yo todavía estaba en el ejército, con destino en Alemania Occidental. Faltaba una hora para la cena y yo estaba de pie ante el fregadero, riñiendo a uno de lospinches porque pelaba mal las patatas.

«Dame, que te mostraré cómo se hace», le dije. Él me dio la patata y el pelador y de pronto la cocina entera desapareció. Así, como lo oyes... ¿Dices que es chico se te aparece antes... de que tengas sueños?

Danny asintió con la cabeza. Hallorann le pasó un brazo por los hombros y agregó:

—Para mí, es como oler a naranja. Esa tarde había estado sintiéndolo sin darle importancia, porque estaban en el menú de esa noche, y teníamos treinta cajones de naranjas de Valencia. En aquella maldita cocina todo el mundo olía a naranjas.

»Por un momento, fue como si me hubiera desmayado. Después oí una explosión y vi llamas. Había gente que gritaba, y sirenas. Y oí ese ruido, ese silbido que sólo puede hacer el vapor. Después me pareció que me acercaba un poco más a... lo que fuera, y vi un vagón de ferrocarril que había saltado de las vías y estaba tendido de costado, y sobre él leí FERROCARRIL DE GEORGIA Y CAROLINA DEL SUR, y supe que mi hermano Carl iba en ese tren y que había muerto. Después todo desapareció y me vi frente a ese pinche, estúpido y asustado, que seguía con la patata y el pelador en la mano. "¿Se siente bien, sargento?", me preguntó, y yo le dije: "no, mi hermano acaba de morir en Georgia". Y cuando por fin mi madre me llamó desde larga distancia, me contó cómo había sido.

»Pero mira, muchacho, yo ya sabía cómo había sido.

Lentamente movió la cabeza como para apartar el recuerdo y miró al chico que lo contemplaba con los ojos muy abiertos.

—Pero lo que tú tienes que recordar, hijo mío, es esto: *Que esas cosas no siempre resultan verdad*. Recuerdo que hace cuatro años tuve un trabajo de cocinero en un campamento de muchachos en Maine, sobre el lago Long.

Pues cuando estaba ante la puerta de embarque del aeropuerto Logan, en Boston, esperando mi vuelo, empecé a sentir olor a naranjas. Por primera vez, en unos cinco años, creo. Entonces me pregunté qué demonios pasaba y me fui al cuarto de baño y me encerré en uno de los lavabos para estar tranquilo. No me desmayé, pero empecé a tener la sensación cada vez más fuerte de que mi avión iba a estrellarse. Después desapareció la sensación y se fue el olor a naranjas, y supe que la cosa había terminado. Me volví al mostrador de la «Delta Airlines» y cambié mi vuelo por otro, para tres horas después. ¿Y sabes lo que sucedió?

—¿Qué? —susurró Danny.

—*¡Nada!* —respondió Hallorann y soltó la risa, aliviado al ver que el niño también se reía un poco—. ¡Absolutamente nada! El otro avión aterrizó a su hora y sin el

menor inconveniente. Así que ya ves... a veces esos sentimientos no llegana nada.

—Ah —se enteró Danny.

—O si no, está lo de las carreras. Yo voy mucho a las carreras, y por lo general me va muy bien. Cuando van hacia la salida, me pongo junto a la barandilla y a veces siento un pequeño esplendor por algún caballo. Generalmente esas sensaciones me son muy útiles, y siempre me digo que algún día voy a acertar las tres carreras de la apuesta triple, y que con eso ganaré lo bastante para jubilarme antes. Pero todavía no me ha pasado, y en cambio, muchas veces he vuelto a casa a pie desdeel hipódromo en vez de hacerlo en taxi y con la billetera llena. Nadie esplende todo el tiempo, como no sea tal vez Dios allá en el cielo.

—Sí, señor —asintió Danny pensando en la vez, casi un año atrás, que Tony le había mostrado un bebé dormido en su cuna, en la casa que tenían en Strovington. Danny se había emocionado mucho y había esperado, porque sabía que esas cosas llevantiempo, pero el bebé no había llegado.

—Ahora, escúchame —continuó Hallorann, mientras tomaba en las suyas las manos de Danny—. Yo he tenido aquí varios sueños malos, y algunas malas sensaciones. Llevo dos temporadas trabajando aquí y tal vez una docena de veces tuve... bueno, pesadillas. Y tal vez una docena de veces me pareció que veía cosas. No, no te diré qué, porque no son para un muchachito como tú. Cosas malas, simplemente. Una vez fue algo que tenía que ver con esos malditos setos recortados de manera que parezcan animales. Otra vez hubo una doncella, que se llamaba Delores Vickery, y que tenía cierto esplendor, aunque no creo que ella lo supiera. El señor Ullman la despidió... ¿sabes lo que quiere decir eso, doc?

—Sí, señor —asintió candorosamente Danny—, porque a mi papá lo despidieron de su trabajo como profesor, y creo que por eso estamos en Colorado.

—Bueno, pues Ullman la despidió porque ella dijo que había visto algo en una de las habitaciones, donde... bueno, donde había sucedido algo malo. Fue en la habitación 217, y

quiero que me prometas que no entrarás allí, Danny, en todo el invierno. Ni te acerques siquiera.

—Está bien —accedió Danny—. ¿Y esa señora... la doncella..., te pidió a ti que fueras a ver?

—Sí, me lo pidió, y allí había algo malo. Pero... no creo que fuera una cosa mala que pudiera *dañar* a nadie, Danny, eso es lo que intento decir. A veces la gente que esplende puede ver cosas que *van* a suceder, y creo que a veces pueden ver cosas que ya han sucedido. Pero son simplemente como las figuras de un libro. ¿Viste alguna vez en un libro una figura que te asustara, Danny?

—Sí —respondió el chico, pensando en el cuento de *Barbaazul* y en la figura en que la nueva esposa de *Barbaazul* abre la puerta y ve todas las cabezas.

—Pero sabías que no podía hacerte daño, ¿no es eso?

—Ssiií... —Danny no lo decía muy convencido.

—Bueno, pues así son las cosas en este hotel. No sé por qué, pero parece que de todas las cosas malas que sucedieron alguna vez aquí, de todas ellas quedan como pedacitos que andan todavía dando vueltas por ahí como recortes de uñas o desperdicios que alguien poco limpio hubiera barrido debajo de una silla. No sé por qué tiene que suceder precisamente aquí, me imagino que en casi todos los hoteles del mundo pasan cosas malas, y yo he trabajado en muchos sin tener problemas. Sólo aquí. Pero Danny, no creo que esas cosas puedan hacerle daño a nadie —subrayó cada palabra de las que iba diciendo con una leve sacudida de los hombros del chico —. De manera que si vieras algo, en un pasillo o en una habitación o afuera, junto a los setos... limítate a mirar hacia otro lado, y cuando vuelvas a fijarte, la cosa habrá desaparecido. ¿Entiendes?

—Sí —Danny se sentía mucho mejor, más calmado. Se puso de rodillas para besar la mejilla de Hallorann, y lo estrechó en un gran abrazo, que el cocinero le devolvió.

—¿Tus padres no esplenden, verdad? —le preguntó después.

—No, creo que no.

—Yo hice una prueba con ellos, como la hice contigo —dijo Hallorann—, y tu mamá se sobresaltó un poquitín.

Sabes, yo creo que todas las madres esplenden un poco, por lo menos hasta que los chicos son capaces de cuidarse solos. Tu papá...

Durante un momento, Hallorann se interrumpió. También había tanteado al padre del niño y, simplemente, no sabía. No era como verse frente a alguien que tuviera esplendor o que decididamente no lo tuviera.

Hurgar en el padre de Danny había sido... raro, como si Jack Torrance tuviera algo — *algo*— que ocultaba. O algo que mantenía tan profundamente sumergido dentro de sí mismo que era imposible de alcanzar.

—No creo que él esplenda para nada —concluyó Hallorann—. Así que por ellos no te preocupes. Cuídate tú, y nada más. *No creo que haya aquí nada que pueda dañarte*, conque mantén la calma, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—*¡Danny! ¡Eh, doc!*

Danny levantó la vista.

—Es mamá, que me llama. Tengo que irme.

—Ya lo sé —asintió Hallorann—. Que lo pases bien aquí, Danny. Lo mejor posible.

—Claro. Gracias, señor Hallorann. Me siento mucho mejor.

Sonriente, un pensamiento afloró en su mente:

(Dick, para mis amigos)

(Sí, Dick, claro)

Sus ojos se encontraron, y Hallorann le hizo un guiño.

Danny se deslizó por el asiento del coche hasta abrir la portezuela del acompañante. Mientras se bajaba, Hallorann volvió a hablar.

—¿Danny?

—¿Qué?

—Si *hay* algún problema... llámame. Con un grito bien fuerte, como el de hace unos minutos. Aunque yo esté en Florida, es posible que te oiga. Y si te oigo, vendré corriendo.

—De acuerdo —repitió Danny, y sonrió.

—Cuídate, muchachote.

—Me cuidaré.

De un golpe, el chico cerró la puerta y atravesó a la carrera el aparcamiento. En la terraza, Wendy lo esperaba con los codos apretados contra el cuerpo para protegerse del viento helado. Mientras Hallorann los observaba, su sonrisa se desvaneció.

No creo que aquí haya nada que pueda hacerte daño.

No *creo.*

Pero, ¿y si se equivocaba? Desde que vio aquello en la bañera de la habitación 217, Hallorann había sabido que ésa sería su última temporada en el «Overlook». Eso había sido peor que cualquier figura en cualquier libro, y desde aquí el niño que corría hacia su madre parecía tan *pequeño...* No *creo...* Sus ojos se desviaron hacia los animales del jardín ornamental.

Bruscamente, puso el coche en marcha, hizo los cambios y se alejó, tratando de no mirar atrás. No pudo, naturalmente, y naturalmente, la terraza estaba vacía. Madre e hijo habían vuelto a entrar. Era como si el «Overlook» se los hubiera tragado.

12. RECORRIDO SOLEMNE

—¿Dequé hablabais, tesoro? —le preguntó Wendy mientras volvían a entrar.

—Oh... de nada.

—Pues para ser de nada, habéis hablado bastante.

El niño se encogió de hombros y en el gesto Wendy vio al padre; el propio Jack no podría haberlo hecho mejor. Ya no conseguiría sacarle nada más a Danny. Sintió una fuerte exasperación mezclada con un amor más intenso aún: el amor era desamparado, la exasperación venía de la sensación de que deliberadamente la excluían. Con ellos dos, a veces Wendy se sentía como una extraña, un actor de tercer orden que por accidente se encuentra en el escenario mientras se desarrolla la acción principal. Bueno, pues este invierno sí que no podrían excluirla, sus dos varones exasperantes; estarían demasiado juntos para poderhacerlo. De pronto, se dio cuenta de que sentía celos de la intimidad entre su marido y su hijo, y se sintió avergonzada. Eso se parecía demasiado a lo que debía de habersentido su propia madre... demasiado para que estuviera cómoda.

El vestíbulo estaba ya vacío, salvo la presencia de Ullman y del empleado principal del mostrador, que hacían el recuento del efectivo en la caja registradora, y de un par de doncellas que se habían puesto ya pantalones y suéteres abrigados y que, de pie ante la puerta del frente, miraban hacia afuera, con el equipaje amontonado en torno de ellas.

También Watson, el de mantenimiento, andaba por ahí, y al ver que Wendy lo miraba le hizo un guiño... decididamente lascivo. Presurosamente, Wendy apartó los ojos. Con aspecto de ensoñación y arrobamiento, Jack estaba junto a la ventana que había al salir del restaurante, mirando el paisaje.

Aparentemente, ya habían terminado con la caja registradora, porque Ullman la cerró con un gesto autoritario, puso sus iniciales en la cinta y la guardó en un pequeño

estuche con cremallera. Wendy aplaudió silenciosamente al empleado del escritorio, que parecía muy aliviado. Y Ullman parecía la clase de tipo que podía sacar cualquier falta de dinero del pellejo del empleado principal... sin siquiera verter una gota de sangre. A Wendy no le preocupaba mucho Ullman ni sus modales solícitos y ostentosos. Era como todos los jefes que ella había tenido en su vida, hombres o mujeres. Con los huéspedes se mostraría dulce como la sacarina, y un tirano despreciable cuando estaba entre bambalinas, con el personal.

Pero ahora la escuela había terminado y en el rostro del empleado se leía, con letras mayúsculas, el placer. Vacaciones para todos... salvo para ella y Jack, y Danny.

—Señor Torrance —llamó perentoriamente Ullman—, ¿quiere venir aquí, por favor?

Jack se le acercó, mientras con un gesto de la cabeza indicaba a Wendy y a Danny que se acercaran también.

El empleado, que había desaparecido un momento, volvióa salir con un abrigo puesto.

—Que lo pase usted bien, señor Ullman.

—Lo dudo —replicó Ullman con aire distante—. El 12 de mayo, Braddock. Ni un día antes, ni uno después.

—Sí, señor.

Braddock dio la vuelta al mostrador con la expresión sobria y digna que correspondía a su puesto, pero cuando daba la espalda a Ullman, se le vio sonreír como un niño. Habló brevemente con las dos muchachas que todavía esperaban el coche en la puerta y después salió, seguido por un breve estallido de risas ahogadas.

Wendy empezó a notar el silencio del lugar, que se había abatido sobre el hotel como una densa manta que amortiguara todo, salvo el débil latido del viento crepuscular, afuera. Desde donde estaba, Wendy podía ver a través del despacho interior, que ahora estaba pulcro hasta parecer esterilizado, con sus dos escritorios desnudos y los dos archivadores de cajones grises.

Más allá se distinguía la impecable cocina de Hallorann, las enormes puertas dobles, sostenidas por cuñas de goma, se mantenían abiertas.

—Pensé dedicar unos minutos extra a mostrarle a usted todo el Hotel

—anunció Ullman, y Wendy pensó que en su voz era siempre tan perceptible la H mayúscula. Imposible no oírla—. Estoy seguro de que su marido llegará a conocer perfectamente todos los vericuetos del «Overlook», señora Torrance, o indudablemente usted y su hijo se mantendrán de preferencia en el nivel del vestíbulo y de la primera planta, donde están sus habitaciones.

—Sí, sin duda —murmuró formalmente Wendy, y Jack le echó una mirada de advertencia.

—Es un lugar hermoso —comentó alegremente Ullman—, y a mí me encanta mostrarlo.

Vaya si te encanta, pensó Wendy.

—Subamos a la tercera planta y desdeallí iremos bajando. —Ullman hablaba con verdadero entusiasmo.

—Si le hacemos perder tiempo... —empezó a decir Jack.

—Nada de eso —le aseguró Ullman—. La tienda está cerrada. *Tout fini*, por esta temporada por lo menos. Y pienso pasar la noche en el

«Boulder...» en el «Boulderado», por cierto. Es el único hotel decente que hay a estelado de Denver... a no ser el propio «Overlook», claro. Por aquí.

Juntos entraron en el ascensor, que estaba lujosamente decorado en cobre y bronce, pero se hundió visiblemente antes de que Ullman cerrara la puerta. Danny demostró cierta inquietud, y Ullman le miró sonriendo. Sin mucho éxito, el chico intentó sonreírle a su vez.

—No te preocupes, jovencito, que es seguro como una casa —lo tranquilizó Ullman.

—También lo era el *Titanic* —señaló Jack, mirando el globo de cristaltallado que pendía del techo del ascensor. Wendy se mordió la mejilla por dentro para contener una sonrisa.

A Ullman no le divirtió la observación. De un golpe, cerró la puerta interior.

—El *Titanic* no hizo más que un viaje, señor Torrance, y este ascensor ha hecho miles desde que lo instalaron, en 1926.

—Eso me tranquiliza —declaró Jack, y revolvió el pelo de Danny—. El avión no se nos va a estrellar, doc.

Ullman movió la palanca y durante un momento no hubo nada más que un estremecimiento bajo los pies de todos, acompañado por el torturado gemido del motor. Wendy tuvo una visión de los cuatro, atrapados entre dos pisos como moscas en una botella, para que los encontraran en la primavera... un poco incompletos...

como a los del grupo Donner...

(¡Basta ya!)

El ascensor empezó a subir, al principio con vibraciones, golpes y estremecimientos desde abajo. Después el movimiento se suavizó. En el tercer piso, Ullman lo detuvo bruscamente, corrió la puerta corrediza y abrió la exterior. La caja del ascensor seguía estando unos quince centímetros por debajo del nivel del suelo. Danny se quedó mirando la diferencia de altura entre el vestíbulo de la tercera planta y el piso del ascensor como si acabara de darse cuenta de que el Universo no era tan cuerdo como le habían contado. Ullman carraspeó y elevó un poco el ascensor, volvió a detenerlo con una sacudida (todavía con cinco centímetros de desnivel) y todos salieron. Liberado del peso, el aparato subió de un salto casi al nivel del suelo, lo que a Wendy no le resultó nada tranquilizador. Fuera o no fuera seguro como una casa, decidió que ella subiría o bajaría por las escaleras. Y por nada del mundo dejaría que subieran los tres juntos en un artefacto tan inseguro.

—¿Qué estás mirando, doc?—preguntó humorísticamente Jack—. ¿Es que has visto alguna mancha?

—Claro que no —respondió Ullman, cortante—. Si hace dos días que se lavaron todas las alfombras.

Wendy, a su vez, estaba mirando la alfombra que recubría el pasillo.

Bonita, pero decididamente no la que ella eligiría para su casa, si algún día llegara a tenerla. De fibra azul oscuro, el dibujo era un entretejido que representaba una selva surrealista, llena de lianas, enredaderas y árboles decorados por pájaros exóticos. Era difícil decir de qué aves se trataba, porque el dibujo estaba hecho en negro, para delinear sólo las siluetas.

—¿Te gusta la alfombra? —preguntó a su hijo.

—Sí, mamá —contestó el chico con voz descolorida.

Recorrieron el pasillo, bastante espacioso. Las paredes estaban empapeladas con un material sedoso de color azul pálido, para que armonizara con la alfombra. Cada tres metros y a una altura de algo más de dos había lámparas eléctricas que imitaban las farolas de gas de Londres, con las bombillas enmascaradas tras un nebuloso cristal de color crema atravesado por un enrejado de hierro.

—Esto me gusta mucho —declaró Wendy. Ullman le sonrió, encantado.

—El señor Derwent las hizo instalar en todo el hotel después de la guerra... de la segunda, quiero decir. En realidad, la mayor parte de la decoración de la tercera planta, aunque no toda, fue idea suya. Ésta es la habitación 300, la *suite* presidencial.

Hizo girar la llave en la cerradura de las dobles puertas de caoba y las abrió de par en par. La vista del cuarto de estar hacia el Oeste los dejó a todos boquiabiertos, como era probablemente la intención de Ullman.

—¿Estupenda la vista, no? —les sonrió.

—Vaya si lo es —asintió Jack.

La ventana abarcaba casi el largo de la sala de estar. Al otro lado, el sol parecía detenido directamente entre dos picos de sierra y arrojaba una luz dorada sobre las laderas de roca y el espolvoreo de nieve que cubría las altas cumbres. Las nubes que decoraban ese paisaje de tarjeta postal estaban también teñidas de oro, y un rayo de sol destellaba oscuramente entre los abetos que llegaban a la línea del límite de navegación.

Jack y Wendy estaban tan absortos en lo que veían que no miraron a Danny; el chico no estaba fascinado por la ventana, sino por el papel pintado a rayas rojas y blancas que había hacia la izquierda, donde se abría una puerta que daba a un dormitorio interior. Y su suspiro de asombro, que se había mezclado con el de sus padres, no tenía nada que ver con la belleza. El papel estaba manchado con grandes salpicaduras de sangre seca, mezclada con trocitos minúsculos de tejido de un blanco grisáceo. Danny sintió malestar. Era como un cuadro enloquecido pintado con sangre, un aguafuerte surrealista del rostro de un hombre, contraído por el terror y el sufrimiento, abierta la boca y la mitad de la cabeza pulverizada. *(Así que si llegaras a ver algo... limítate a mirar hacia otro lado y cuando vuelvas a fijarte, la cosa habrá desaparecido. ¿Me entiendes?)* Deliberadamente, miró por la ventana, con cuidado de no mostrar expresión alguna, y cuando la mano de mamá se cerró sobre la suya respondió a la presión, poniendo cuidado en no estrecharla con fuerza ni transmitir ningún tipo de señal.

El director le estaba diciendo a su papá algo de que no se olvidara de cerrar los postigos de esa ventana tan grande, para que un viento fuerte no pudiera abrirla. Jack asentía con la cabeza. Cautelosamente, Danny volvió a mirar la pared. Las manchas de sangre seca no estaban. Los copos de color blanco grisáceo que la salpicaban también habían desaparecido.

Ullman les indicaba que salieran. Mamá le preguntó si las montañas le parecían bonitas, y Danny dijo que sí, aunque en realidad no le importaban nada las montañas. Mientras Ullman cerraba la puerta al salir, Danny volvió a mirar por encima del hombro. La mancha de sangre había vuelto, sólo que ahora estaba fresca, y corría. Ullman seguía con sus comentarios sobre los hombres famosos que se habían alojado en esa habitación. Danny descubrió que se había mordido el labio con tanta fuerza que se había hecho sangre, sin sentirlo siquiera. Mientras seguían andando por el corredor, se quedó un poco atrás para enjugarse la sangre

con el dorso de la mano, mientras pensaba en (sangre) (El señor Hallorann, ¿habría visto sangre o algo peor?) *(No creo que esas cosas puedan hacerte daño.)* Por detrás de sus labios crecía un grito, pero Danny no lo dejó salir. Su papá y su mamá no podían ver esas cosas; nunca habían podido. Se quedaría callado. Su papá y su mamá se querían, y eso era algo real. Las otras cosas eran sólo como figuras en un libro. Algunas figuras daban miedo, pero no podrían hacerte daño. *No podrían... hacerte... daño.*

El señor Ullman les mostró algunas otras habitaciones de la tercera planta, conduciéndolos por corredores que se retorcían y revolvían como un laberinto. Aquí estaban todos acaramelados, dijo el señor Ullman, pero Danny no veía caramelos por ninguna parte. Ullman les mostró las habitaciones donde había vivido una vez una señora que se llamaba Marilyn Monroe, mientras estaba casada con un hombre llamado Arthur Miller (Danny comprendió vagamente que Marilyn y Arthur se habían *Divorciado* no mucho después de haber estado en el «Hotel Overlook»).

—¿Mamá?

—¿Qué, tesoro?

—Si estaban casados, ¿por qué usaban apellidos diferentes? Papá y tú tenéis el mismo apellido.

—Sí, pero nosotros no somos famosos, Danny —explicó Jack—. Las mujeres famosas conservan su apellido después casarse, porque es lo que les da de comer.

—Les da de comer —repitió Danny, de lo más confundido.

—Lo que quiere decir papá es que a la gente solía gustarle ir al cine a ver a Marilyn Monroe, pero tal vez no le habría gustado ir a ver a Marilyn Miller —explicó Wendy.

—Pero, ¿por qué no? Si seguiría siendo la misma señora. ¿Acaso la gente no lo sabía?

—Sí, pero... —Wendy miró a Jack en busca de auxilio.

—En esta habitación se alojó una vez Truman Capote —interrumpió Ullman, impaciente mientras abría la puerta—. Eso fue

en mi época. Un hombre tremendamente simpático. De modales europeos.

Enninguna de esas habitaciones había nada notable (salvo que no se veían por ninguna parte los acaramelados de que hablaba el señor Ullman), nada que a Danny le diera miedo. En realidad, en la tercera planta sólo hubo otra cosa que le preocupó, sin que el chico pudiera explicarse por qué. Era el extintor de incendios que colgaba de la pared, antes de doblar la esquina para volver al ascensor, que seguía abierto como una boca con la dentadura de oro, esperándolos.

Era un extintor anticuado, de manguera plana que se plegaba una docena de veces sobre sí misma, con un extremo asegurado a una gran válvula roja y el otro terminado en una boquilla de bronce. Los dobleces de la manguera estaban asegurados con una pieza articulada de acero, pintado de rojo. Si se producía un incendio, uno levantaba la pieza de acero, apartándola con un empujón brusco, y podía usar la manguera. Danny, que era rápido para comprender cómo funcionaban las cosas, se dio cuenta en seguida. Ya a los dos años y medio lo habían encontrado abriendo el portón de seguridad que había instalado su padre en lo alto de las escaleras de la casa de Stovington. Se había fijado cómo funcionaba la cerradura. Su papá dijo que eso era un DON. Y ese DON, algunos lo tenían y otros no.

Ese extintor era algo más viejo que otros que había visto —el del jardín de infancia, por ejemplo—, pero tampoco demasiado raro. Sin embargo, le produjo una débil inquietud el hecho de verlo ahí enroscado sobre el papel de color azul claro, como una serpiente dormida. Y se alegró de dejar de verlo cuando doblaron la esquina.

—Claro que hay que cerrar los postigos de todas las ventanas —dijoel señor Ullman en el momento en que volvían a entrar en el ascensor, que de nuevo se hundió inquietantemente bajo sus pies—, pero la que me preocupa especialmente es la de la *suite* presidencial. Cuando se instaló, hace treinta años, esa ventana costó

cuatrocientos veinte dólares, y reponerla hoy costaría ocho veces esa suma.

—La cerraré —le aseguró Jack.

Bajaron a la segunda planta, donde había más habitaciones y un corredor con más vueltas y revueltas si cabía. La luz que entraba por las ventanas había empezado ya a amortiguarse apreciablemente a medida que el sol bajaba detrás de las montañas. El señor Ullman les mostró un par de habitaciones y nada más. Pasó sin detenerse frente a la 217, la que Dick Hallorann había mencionado, con prevención, a Danny. Con fascinación enfermiza, el chico miró el número en la chapade la puerta.

Después bajaron a la primera planta. Ahí, el señor Ullman no les mostró ninguna habitación mientras no hubieron llegado casi hasta la escalera, cubierta por una espesa alfombra, que volvía a descender hacia el vestíbulo.

—He aquí las habitaciones de ustedes —les dijo—. Espero que les parezcan adecuadas.

Cuando entraron, Danny estaba preparado para cualquier cosa que pudiera haber allí. No había nada.

Wendy Torrance se sentía inundada por el alivio. Con su fría elegancia, la *suite* presidencial la había hecho sentirse fuera de lugar y torpe.

Estaba muy bien visitar algún edificio histórico, restaurado, con una placa en el dormitorio donde se anunciaba que allí había dormido Abraham Lincoln o Franklin D. Roosevelt; pero era muy distinto imaginarse, junto con su marido, tendidos bajo hectáreas de sábanas de hilo, y tal vez haciéndose el amor en el mismo lugar donde habían estado los hombres más grandes del mundo (en todo caso, los más poderosos, rectificó Wendy). En cambio, ese apartamento era más sencillo, más hogareño, casi seductor. Wendy pensó que pasar una temporada en ese lugar no le resultaría muy difícil.

—Es muy agradable —al decírselo a Ullman, ella misma sintió el agradecimiento en su voz.

Ullman hizo un gesto de asentimiento.

—Sencillo, pero cómodo. Durante la temporada, aquí se alojan el cocinero y su mujer, o bien el cocinero y el aprendiz de cocina.

—¿Aquí vivía el señor Hallorann? —interrumpió Danny.

—Exactamente —con un gesto de condescendencia, el señor Ullman inclinó la cabeza hacia él—. Él y el señor Nevers —se volvió de nuevo a Jack y Wendy—: Éste es el saloncito de estar.

Había sillas y sillones que parecían cómodos, sin ser caros, una mesita para el café que en sus tiempos había sido cara, pero a la que le faltaba ahora un gran trozo de madera de un lado, dos estanterías atestadas de condensaciones de libros del *Reader's Digest* y de novelas detectivescas de la década del 40, según advirtió Wendy, divertida, y un anónimo televisor de hotel que parecía mucho menos elegante que los que habían visto en las habitaciones.

—No hay cocina, claro —explicó Ullman—, pero sí un montacargas.

Este aparato está directamente encima de la cocina —corrió hacia un lado un panel del revestimiento y dejó a la vista una gran bandeja rectangular. Le dio un empujoncito y la bandeja desapareció, seguida por un tramo de cuerda.

—¡Es un pasadizo secreto! —dijo excitado Danny a su madre, olvidándose momentáneamente de todos sus miedos ante esa embriagadora novedad que le ofrecían—. ¡Lo mismo que en aquella película del gordo y el flaco con los fantasmas!

El señor Ullman frunció el ceño, pero Wendy sonrió con indulgencia mientras el chico corría hacia el montaplatos para mirar hacia abajo por el hueco.

—Por aquí, por favor.

Abrió la puerta que había al extremo opuesto del saloncito de estar y que daba a un dormitorio, espacioso y ventilado, dispuesto con camas gemelas. Wendy miró a su marido, sonrió, se encogió de hombros.

—No es problema —le aseguró Jack—. Las juntaremos.

El señor Ullman lo miró por encima del hombro, auténticamente intrigado.

—¿Decía usted?

—Es por las camas —explicó alegremente Jack—. Pero podemos juntarlas.

—Ah, claro —balbuceó Ullman, momentáneamente confundido. Después su expresión se aclaró, pero el rubor empezó a invadirle la cara—.

Como ustedes quieran.

Volvió a llevarles al cuarto de estar, desde el cual una segunda puerta conducía al segundo dormitorio, equipado éste con literas. En un rincón rezongaba el radiador, y la alfombra era un abominable diseño de salvias y cactos, pero Wendy vio que Danny se había enamorado ya de ella. Las paredes de la habitación, más pequeña, estaban revestidas de pino verdadero.

—¿Te parece que puedes arreglártelas aquí, doc? —preguntó Jack.

—Seguro que puedo. Y pienso dormir en la litera de arriba. ¿De acuerdo?

—Si tú quieres...

—Y la alfombra también me gusta. Señor Ullman, ¿por qué no tienen ustedes todas las alfombras como ésta?

Durante un momento, la cara de Ullman dio la impresión de que hubiera mordido un limón. Después sonrió y palmeó la cabeza de Danny.

—Éste será tu dominio —le dijo—, aunque el cuarto de baño se comunica con el dormitorio principal. El apartamento no es grande, pero naturalmente, podrán ustedes moverse por todo el resto del hotel. Según me dice el señor Watson, la chimenea hogar del vestíbulo funciona bien; además, si alguna vez desean hacerlo, están ustedes en libertad de comer en el salón comedor. —Al decirlo, su voz tomó el tono de alguien que hace un gran favor.

—Perfecto —asintió Jack.

—¿Bajamos ahora? —preguntó el señor Ullman.

—Cómo no —accedió Wendy.

Bajaron en el ascensor y esa vez se encontraron con el vestíbulo completamente desierto, a no ser por Watson,

recostado contra la puerta principal, con una chaqueta de cuero crudo y un palillo entre los labios.

—Pues yo pensaba que ya estaría usted a kilómetros de aquí —le dijo el señor Ullman, con voz más bien glacial.

—Me quedé un momento para recordarle al señor Torrance lo de la caldera — respondió Watson, enderezándose—. Si se acuerda de no quitarle el ojo de encima, amigo, andará estupenda. Bájele la presión un par de veces por día, porque se sube.

Se sube, pensó Danny, y las palabras despertaron ecos en un largo y silencioso corredor mental, uno de esos corredores revestidos de espejos, que la gente rara vez mira.

—Lo recordaré —dijosu papá.

—Todo irá perfecto —le aseguró Watson, mientras le tendía la mano.

Jack se la estrechó, y Watson se volvióhacia Wendy y la saludó con una inclinación de cabeza—. Señora...

—Encantada —respondió Wendy, y se extrañó de que no le sonara absurdo. Ella venia de Nueva Inglaterra, donde se había pasado la vida, y tenia la impresión de que unas breves frasesintercambiadas con ese Watson, con su mata de pelo revuelto, hubieran sido una síntesis de todo lo que se supone que es el Oeste. Ya no le importaba el guiño obsceno de un rato antes.

—Mi joven señor Torrance —saludó con gravedad Watson, ofreciendo la mano. Danny, que hacía ya casi un año que estaba bien al tanto de lo que significaba dar la mano, tendió con gesto vivaz la suya y tuvo la impresión de que se la tragaran—. Tú cuídalos bien a los dos, Dan.

—Sí, señor.

Watson soltó la mano del chico y se enderezó para mirar a Ullman.

—Supongo que será hasta el año próximo —dijomientras le tendía la mano.

Ullman se la rozó con un gesto exangüe. El anillo del meñique reflejó las luces eléctricas del vestíbulo en una especie de guiño amenazador.

—El 12 de mayo, Watson —le recordó—. Ni un día antes, ni uno después.

—Sí, señor —asintió Watson, y Jack pudo casi leer lo que estaba escrito en su mente: ... *tú, jodido marica.*

—Que pase bien el invierno, señor Ullman.

—Oh, lo dudo —respondió, distante, el aludido.

Watson abrió una de las dos puertas principales; el viento gimió con más fuerza y empezó a sacudirle el cuellode la chaqueta.

—Y ustedes, amigos, a cuidarse —fue lo ultimo que dijo.

—Sí, señor, nos cuidaremos —contestó Danny.

Watson, cuyo no tan remoto antepasado había sido propietario del lugar, se fue humildemente, cerrando la puerta a sus espaldas, amortiguando el viento. Lo siguieron con la vista mientras bajaba ruidosamente los amplios escalones de la terraza con sus botas negras usadísimas, de vaquero. Atravesó el camino para coches rumbo al aparcamiento destinado al personal. Quebradizas, las hojas amarillas de los álamos se arremolinaron en torno a sus tacones mientras se dirigía hacia su furgoneta «International Harvester». Cuando la puso en marcha, del enmohecido tubo de escape brotó un chorro de humo azul. El ensalmo del silencio se instaló sobre ellos mientras Watson daba marcha atrás al vehículo y salía después del aparcamiento. La camioneta desapareció por la cima de la colinay volvióa verse,ya más pequeña, por el camino principal, rodando hacia el Oeste.

Durante un momento, Danny se sintió más solo de lo que jamásse había sentido en su vida.

13. LA ENTRADA PRINCIPAL

La familia Torrance se quedó inmóvil en la larga terraza del frente del «Overlook Hotel» como si estuviera posando para un retrato de familia: Danny en el medio, enfundado en su chaquetón con cremallera del año pasado, que ya le quedaba pequeño y empezaba a rompérsele en los codos, Wendy tras él apoyándole una mano en el hombro y Jack a la izquierda de su hijo, con la mano posada en la cabeza del niño.

El señor Ullman estaba un paso detrás de ellos, envuelto ya en un elegante abrigo de piel marrón. El sol ya estaba totalmente tras las montañas bordeándolas con un resplandor de áureo fuego que alargaba y teñía de color púrpura las sombras de todas las cosas. Los tres únicos vehículos que quedaban en el aparcamiento eran la furgoneta del hotel, el «Lincoln Continental» de Ullman y el vapuleado «Volkswagen» de los Torrance.

—Entonces, tiene usted las llaves —dijo Ullman a Jack—, y está bien al tanto del funcionamiento del horno y de la caldera.

Jack hizo un gesto afirmativo; incluso sentía cierta compasión por Ullman. Todo había terminado por esa temporada, el paquete estaba pulcramente embalado hasta el 12 de mayo próximo, ni un día antes ni uno después, y Ullman (que era el responsable de todo eso y que al hablar del hotel lo hacía con un tono de enamoramiento inconfundible) no podía menos que asegurarse de que no quedaran cabos sueltos.

—Sí, creo que estoy bien al tanto de todo —le aseguró.

—Bueno. Yo me mantendré en contacto —durante un momento se demoró todavía, como si esperara que el viento le diera una mano y lo llevara hasta su coche —. Está bien —suspiró—. Que pasen bien el invierno, señor Torrance... señora. Y tú también, Danny.

—Gracias, señor —le respondió Danny—. Espero que usted también.

—Lo dudo —repitió Ullman, y su tono era de tristeza—. Ese lugar en Florida es un basurero, a decir verdad. Muy engorroso. Mi verdadero trabajo es el del «Overlook». Cuídemelo usted bien, señor Torrance.

—Espero que cuando vuelva usted para la primavera seguirá aquí — bromeó Jack, y una idea pasó como un relámpago por la mente de Danny (¿y nosotros estaremos?) y desapareció.

—Pues claro. Claro que sí.

Ullman dejó vagar la mirada hacia la zona infantil, tras la cual el seto de animales se sacudía con el viento. Después recuperó su aire comercial, para el último saludo.

—Adiós, pues.

Rápidamente y con presunción se encaminó hacia su coche, ridículamente grande para un hombre tan pequeño, y se metió dentro. El motor del «Lincoln» ronroneó y las luces de cola destellaron mientras el coche salía del aparcamiento. Cuando empezó a alejarse, Jack alcanzó a leer la señal puesta frente al lugar: RESERVADO PARA EL SEÑOR ULLMAN, DIRECTOR.

—Bueno —suspiró Jack.

Siguieron con los ojos al coche hasta que se perdió de vista por la ladera del este. Cuando desapareció, los tres se miraron durante un momento en silencio, asustados casi. Estaban solos. Las hojas de los álamos giraban locamente y formaban montoncitos al azar sobre el verdor del césped pulcramente recortado y cuidado para los ojos de huéspedes inexistentes. No había nadie más que ellos tres para ver las hojas otoñales que danzaban sobre él. Jack tuvo la extraña sensación de que se encogía, como si su fuerza vital hubiera quedado reducida a una débil chispa, mientras el hotel y el parque que lo rodeaba hubieran crecido de pronto al doble de tamaño, convirtiéndose al mismo tiempo en algo siniestro que los dejaba a ellos reducidos a enanos con su hosco poderinanimado.

—¡Cómo estás, doc! —dijoWendy—. Tienes las narices, que parecen una manguera. Entremos.

Y entraron, y cerraron firmemente la puerta tras ellos para no dejar entrar el incesante gemido del viento.

Tercera Parte

EL AVISPERO

14. EN LO ALTO DEL TEJADO

— *¡Ay, maldita hija de puta!*

El grito fue a la vez de sorpresa y de dolor, mientras Jack Torrance se sacudía la mano derecha contra la tela azul de la camisa de trabajo, aplastando la gran avispa que acababa de picarle. Después se apresuraba gateando cuanto podía por el tejado, mirando por encima del hombro para ver si las hermanas y hermanos de la avispa no se le venían encima para atacarlo, desdeel panal que acababa de descubrir. En ese caso, la cosa podía ponerse fea; el avispero estaba entre Jack y la escalera de mano, y la trampilla que le habría permitido bajar al desván estaba cerrada por dentro. Y desde el tejado hasta la franja de cemento que se extendía entre el hotel y el césped había más de veinte metros. Por encima del avispero, el aire seguía sereno y calmo.

Disgustado, Jack silbó entre dientes, se sentó a horcajadas en el caballete del tejado y se observó el índicede la mano derecha, que ya se le estaba hinchando; pensó que tendría que bajar hasta la escalera esquivando el avispero, para ir a ponerse un poco de hielo.

Estaban a 20 de octubre. Wendy y Danny habían ido hasta Sidewinder en la camioneta del hotel (una vieja «Dodge» que parecía una matraca, pero que, así y todo, era más segura que el «Volkswagen», que ya parecía estar en las últimas) a buscar leche y a hacer algunas compras para Navidad. En realidad era pronto para esas compras, pero nadie podía saber cuándo quedarían aislados por la nieve. Ya había habido algunas pequeñas nevadas, y en algunos lugares el camino que bajaba desde el «Overlook» estaba helado y resbaladizo.

Hasta entonces, el otoño había sido de una belleza casi sobrenatural.

Enlas tres semanas que llevaban allí, los días hermosos se sucedían uno a otro. Desde los ceros grados de la mañana transparente y seca, a la tarde,la temperatura subía a

quince, lo ideal para andar haciendo reparaciones en la suave pendiente occidental del tejado del «Overlook». Jack no había hecho misterio, al hablar con Wendy, de que ya hacía cuatro días que podría tener terminado el trabajo, pero no se sentía realmente urgido a hacerlo. Desde allí arriba la vista era espectacular; le ganaba incluso al panorama desde la *suite* presidencial. Y lo que era más importante, el trabajo como tal le hacía bien. Cuando estaba en el tejado, Jack sentía que iban cicatrizando en él las heridas de los tres últimos años. En el tejado se sentía en paz. Esos tres años empezaron a aparecérsele como una pesadilla turbulenta.

Las tejas de madera estaban muy podridas, algunas arrancadas completamente por las tormentas del invierno anterior. Jack las había retirado todas, gritando «¡Bomba va!» antes de dejarlas deslizar hacia abajo, no fuera a ser que Danny anduviera por allí y lo golpearan. Cuando la avispa le picó, Jack estaba arrancando las tejas estropeadas.

Lo irónico del asunto era que él mismo se lo había advertido cada vez que se subía al tejado: cuidado con los avisperos. Y por las dudas había comprado esa bomba insecticida. Pero esa mañana, el silencio y la paz habían sido tan completos que su vigilancia había aflojado. Había vuelto a meterse en el mundo de la obra que estaba creando, lentamente, a luchar mentalmente con la escena en que pensaba trabajar esa noche. La obra iba muy bien y, aunque Wendy no hubiera hecho muchos comentarios, él sabía que estaba satisfecha. Jack se había quedado atascado en la escena decisiva entre Denker, el director de escuela sádico, y Gary Benson —su joven héroe—, y así se había pasado los seis tristes últimos meses en Stovington, esos meses en que su avidez de bebida era tal que apenas si podía concentrarse en sus clases, y menos aún en sus ambiciones literarias personales.

Pero en las últimas doce noches, sentado frente a la «Underwood» que había tomado en préstamo de la oficina de abajo, el bloqueo había desaparecido bajo sus dedos en forma tan mágica como el algodón de azúcar se deshace en los labios. Casi sin esfuerzo alguno había

logrado una penetración intuitiva del personaje de Denker que siempre le había faltado, y en función de ella volvióa escribir la mayor parte del segundo acto, centrándolo en torno de la nueva escena. Y el movimiento del tercer acto, que era lo que estaba rumiando mentalmente cuando la avispa puso término a sus cavilaciones, se le hacía cada vez más claro. Pensó que en un par de semanas podría tenerlo bosquejado, y entonces para Año Nuevo tendría ya pasada en limpio toda la condenada obra.

Jack tenía su agente en Nueva York, una testaruda pelirroja de nombre Phyllis Sandler, que fumaba «Tareytons», bebía «Jim Beam» en vasos de papel y pensaba que el sol de la literatura se levantaba y volvía a ponerse con Sean O'Casey. Era ella quien había colocado tres cuentos de Jack, entre ellos el del *Esquire*. En una carta, Jack le había hablado de la obra, que se llamaba *La escuela* y en la que se planteaba el conflicto básico entre Denker, un bien dotado estudiante que al fracasar se convertía en el director —no menos embrutecedor que bruto— de una escuela preparatoria de principios de siglo en Nueva Inglaterra, y Gary Benson, el estudiante a quien Denker ve como una nueva versión, más joven, de sí mismo. Phyllis le había escrito expresándole su interés y aconsejándole enfáticamente que antes de sentarse a escribir leyera a O'Casey. Ese mismo año, meses atrás, había vuelto a escribirle preguntándole qué demonios pasaba con la obra. Jack le había contestado sardónicamente que *La escuela* había quedado indefinidamente —infinitamente, tal vez— suspendida entre la pluma y el papel, «en ese interesante Gobi espiritual que denominamos bloqueo del escritor». Ahora, parecía que por fin Phyllis podría contar con la obra. Que fuera buena o no, o que alguna vez se representara, ya era otra cosa. Y eso tampoco le interesaba demasiado a Jack. En cierto modo, sentía que la obra misma, lo más importante, era el bloqueo, un símbolo colosal de los años malos pasados en la escuela preparatoria de Stovington, del matrimonio que había estado a punto de hacer naufragar, del monstruoso ataque a su hijo, del incidente en el aparcamiento con George

Hatfield... un incidente que ya no podía seguir considerando como una nueva llamarada de mal genio, súbita y destructiva. Ahora, Jack pensaba que parte de su problema con la bebida era fruto de un deseo inconsciente de verse libre de Stovington, y de la seguridad de que estaba ahogando todo lo que pudiera haber en él de creativo. Había dejado de beber, pero la necesidad de liberación seguía siendo la misma. Por eso le ocurrió lo de George Hatfield. Ahora, lo único que quedaba de esos días era la obra a medio escribir, sobre la mesa que había en el dormitorio compartido por Wendy, y cuando la hubiera terminado y se la hubiera enviado a Phyllis, a ese cubículo que era su agencia literaria en Nueva York, él podría ocuparse de otras cosas. No de una novela; no se sentía en condiciones de meterse en un nuevo pantano del que le costara otros tres años salir. Pero más cuentos sí; tal vez un libro de cuentos.

Moviéndose con cautela volvióa bajar a gatas la pendiente del tejado, hasta más allá de la línea donde terminaban las tejas nuevas, verdes, y empezaba la parte del tejado que acababa de preparar para arreglarla. Se acercó al borde yendo por la izquierda del avispero que había descubierto y se le acercó con desconfianza, pronto a retroceder y bajar rápidamente por la escalera si las cosas se ponían feas.

Se inclinó sobre la parte donde había quitado el revestimiento alquitranado y miró hacia dentro.

Ahí estaba el avispero, en el espacio que quedaba entre el revestimiento alquitranado viejo y la segunda cubierta de planchas de madera. Y era enorme. Parecía una gran bolsa de papel grisáceo, que en el medio podía medirunos sesenta centímetros. La forma no era perfecta, porque el espacio entre el revestimiento y las tablas era demasiado estrecho, pero así y todo los bichos habían hecho un trabajo bastante respetable, pensó Jack. La superficie del avispero estaba cubierta de insectos que zumbaban en un lento y continuo movimiento. Y eran de las avispas grandes y malas, no las más pequeñas, con pintas amarillas, que son también más tranquilas. La baja temperatura las tenía atontadas y estúpidas, pero Jack, conocedor de las avispas desde su niñez,

se dio por afortunado de que no lo hubieran picado más que una vez. Pensó que si Ullman hubiera hecho hacer ese trabajo en pleno verano, el obrero a quien le hubiera tocado levantar esa parte del tejado se habría llevado una sorpresa de mil demonios. Ya lo creo que sí. Cuando una docena de avispas de esa clase se le vienen a uno encima todas juntas y empiezan a picarlo en la cara, los brazos y las manos, y hasta en las piernas a través de los pantalones, entonces es muy fácil olvidar que se está a veinte metros de altura y se salte del tejado mientras intenta librarse de ellas. Y todo por esas cositas que apenas si tendrán el largo de la punta de un lápiz.

En alguna parte, en algún suplemento dominical o en un artículo de revista, Jack había leído que el siete por ciento de los accidentes automovilísticos queda sin explicar. No hay fallos mecánicos ni exceso de velocidad, ni alcohol ni mal tiempo. Simplemente un coche que se estrella en alguna parte desierta del camino, y el único ocupante, el conductor, muere, incapaz de explicar qué le sucedió. El artículo incluía una entrevista a un agente de Policía que pensaba que muchos de esos choques inexplicables se debían a la presencia de insectos en el coche. Avispas, una abeja, tal vez una araña o una polilla. El conductor se asusta y trata de aplastar el insecto o de bajar una ventanilla para dejarlo salir.

Tal vez el insecto lo pica; o simplemente, el conductor pierde el control. De cualquiera de las dos maneras... ¡bang!, y se acabó. Y el insecto, por lo general ileso, se va zumbando alegremente de entre el montón de restos humeantes, en busca de más tiernos pastos. El agente pensaba que al hacer la autopsia de esas víctimas, los forenses debían investigar la presencia de veneno de insectos, recordaba Jack.

Ahora, al mirar hacia el avispero, le pareció que podía ser un símbolo tanto de la época que había atravesado (y que había obligado a atravesar a los seres queridos) como de un futuro mejor. ¿De qué otra manera se podían explicar

las cosas que le habían sucedido? Porque Jack aún sentía que a todas sus desdichadas experiencias en Stovington había que verlas como algo en lo que Jack Torrance había desempeñado un papel pasivo. Él no había hecho nada; a él le habían hecho cosas. En la Facultad de Stovington había conocido mucha gente —entre ellos dos del departamento de inglés—, que bebían en exceso. Estaba Zack Tunney, que tenía la costumbre de llevarse un barrilito de cerveza a su casa los sábados por la tarde, dejarlo toda la noche en el patio, bajo un montón de nieve y después tragárselo casi todo mientras el domingo contemplaba partidos de fútbol y películas viejas en la TV. Sin embargo, durante la semana, Zack era tan sobrio como un juez, y un cóctel liviano con el almuerzo era cosa rara.

Él y Al Shockley habían sido alcohólicos, que se buscaban uno a otro como dos parias que todavía conservaran el instinto social suficiente para preferir ahogarse juntos, y no cada uno por su lado. Y en un mar todo de arena sin nada de sal. Eso es lo que ocurrió. Mientras miraba las avispas, parsimoniosamente ocupadas en su trabajo instintivo antes de que el invierno llegara para matarlas a todas salvo a la reina, protegida por la hibernación, Jack se sintió capaz de ir más lejos. Él *seguía siendo* un alcohólico, y lo sería siempre; tal vez lo hubiera sido ya desde la clase nocturna de Sophomore en la escuela secundaria, en que bebió la primera copa. Era algo que no tenía nada que ver con la fuerza de voluntad, ni con que beber fuera moral o inmoral, ni con la debilidad o fuerza de su carácter.

Dentro de él había un interruptor roto, o un cortacircuitos que no funcionaba, y Jack se había visto empujado contra su voluntad pendiente abajo, primero lentamente y después a una velocidad cada vez mayor a medida que la presión de Stovington sobre él iba acentuándose. Un gran tobogán aceitado, debajo del cual lo esperaban una bicicleta sin dueño, hecha pedazos, y un hijo con el brazo roto. Jack Torrance había sido un juguete pasivo. Y lo mismo sucedía con su mal genio. Se había pasado la vida tratando de controlarlo, sin éxito. Recordaba que a los siete años una

vecina le había dado unos azotes porque lo encontró jugando con cerillas, y él había salido corriendo a tirar una piedra contra un coche que pasaba. Su padre lo había visto y bajó hecho una furia sobre el pequeño Jack, hasta dejarle el trasero enrojecido... y un ojo negro. Cuando su padre volvió a entrar en casa, refunfuñando, para ver la televisión, Jack se ensañó a patadas con un perro que encontró en la calle. En la escuela primaria había tenido una veintena de peleas, y más aún en la secundaria; el resultado fueron dos suspensiones e incontables castigos, a pesar de sus buenas notas.

En parte, el rugby le había servido como válvula de escape, aunque Jack recordaba perfectamente que casi no había habido partido, ni momento de un partido, que él no hubiera jugado como si cada maniobra de sus oponentes fuera una ofensa personal. Había sido un jugador excelente durante toda su vida universitaria, y sabía perfectamente bien que tenía que agradecérselo... o echarle la culpa a su mal genio. Jack no había disfrutado con el rugby; cada partido era una lucha de enconos.

Y sin embargo, mientras todo eso pasaba, Jack no se había *sentido* hijo de perra; no se había sentido vil. Se había considerado siempre como Jack Torrance un verdadero buen tipo, que simplemente tendría que aprender a dominar su mal genio antes de que algún día lo pusiera en dificultades. De la misma manera, tendría que aprender a manejar su condición de bebedor. Pero su alcoholismo había sido indudablemente tan emocional como físico, aunque los dos aspectos estuvieran con toda seguridad vinculados muy dentro de él, en profundidades en las que uno prefiere no meterse. Pero no le importaba mucho que las causas, las raíces, estuvieran interrelacionadas o no, ni que fueran sociales o psicológicas o fisiológicas. A lo que él tenía que hacer frente era a los resultados: a los azotes, las palizas de su viejo, las suspensiones, el intento de explicar cómo era que volvía a casa con la ropa rota después de alguna pendencia en la escuela, y más adelante las resacas, la lenta disolución de su matrimonio, esa rueda de bicicleta solitaria, con los

radios que apuntaban al cielo, el brazo roto de Danny. Y el asunto de George Hatfield, por supuesto.

Tuvo la sensación de que, sin darse cuenta, había metido la mano en el Gran Avispero de la Vida. Como imagen, era hedionda. Como retrato en miniatura de la realidad, le pareció bastante útil. En pleno verano, había metido la mano a través del revestimiento podrido de papel alquitranado, y la mano —y el brazo entero— se le habían consumido en un fuego sagrado, justiciero, que destruía el pensamiento consciente y dejaba fuera de lugar la idea de comportamiento civilizado. ¿Acaso se podía esperar que no se condujera como un ser humano pensante cuando le atravesaban la mano con agujas calentadas al rojo? ¿Se le podía pedir que viviera en el amor de sus seres queridos cuando la nube se elevaba, oscura y furibunda, del agujero abierto en la trama de las cosas (esa trama que a uno le parecía tan inocente) para arrojarse sobre uno como una flecha? ¿Se podía hacer responsable de sus acciones a alguien que corría como un loco por la pendiente de un tejado, a veinte metros de altura, sin saber por dónde iba, sin recordar que sus pies vacilantes y con pánico, podían precipitarlo en un abrir y cerrar de ojos hacia la muerte, por encima de los desagües para la lluvia, llevándolo a estrellarse contra el suelo de cemento que esperaba veinte metros más abajo? Jack pensaba que no. Cuando sin saberlo uno metía la mano en el avispero, no era porque hubiera hecho un pacto con el diablo para deshacerse de su ser civilizado y de todas sus trampas... el amor, el respeto, el honor. Era simplemente algo que le sucedía. Pasivamente, sin haber tenido ni voz ni voto, uno dejaba de ser un ente mental para convertirse en un ente de terminaciones nerviosas; en cinco segundos, el hombre de formación universitaria se transformaba en un mono vociferante.

Después pensó en George Hatfield.

Alto y desgreñadamente rubio, George había sido un muchacho de una belleza casi insolente. Con sus ajustados tejanos descoloridos y la camiseta de Stovington arremangada descuidadamente por encima de los codos, dejando ver los antebrazos bronceados, había traído a la mente de Jack el

recuerdo de un Robert Redford joven, y estaba seguro de que a George no le costaba mucho marcar tantos, como diez años atrás no le había costado al joven jugador de rugby que se llamaba Jack Torrance. Podía afirmar con toda sinceridad que no se había sentido celoso de George, ni envidioso de su porte; es más, casi inconscientemente había empezado a verlo como la personificación del héroe de su obra, Gary Benson; el contraste perfecto para ese oscuro, gris y envejecido Denker, que tanto había llegado a odiar a Gary. Pero él, Jack Torrance, jamás se había sentido así hacia George. Y de haberle sucedido, se habría dado cuenta; de eso estaba completamente seguro.

George había pasado como a la deriva por sus clases de Stovington. En su condición de astro del rugby y el béisbol, no le exigían demasiado en sus programas académicos, y el muchacho se había conformado con notas de segundo o tercer orden en Historia o en Botánica. En el campo de juego era un esforzado luchador, pero en el aula, como estudiante, se mostraba indiferente y desdeñoso. Era un tipo de estudiante que Jack conocía, más de su propia época de estudiante secundario y universitario que por su experiencia docente, de segunda mano. George Hatfield era un personaje cambiante. En el aula podía ser una figura tranquila que pasaba inadvertida, pero cuando se le aplicaba la serie adecuada de estímulos competitivos (como los electrodos en las sienes del monstruo de Frankenstein, pensaba malignamente Jack) podía convertirse en una ciega fuerza arrolladora.

En enero, George y una docena más se habían presentado a las pruebas para integrar el grupo de controversia. Había sido completamente franco con Jack. Su padre era abogado de una corporación y quería que el hijo siguiera sus huellas. George, que no se sentía ardientemente llamado a hacer nada en especial, estaba dispuesto. Sus notas no eran las mejores, pero después de todo apenas si estaba en la escuela preparatoria, y tiempo había de sobra. Si llegaba el caso, su padre sabía de qué hilos tirar, y la capacidad atlética del propio George le abriría otras puertas. Pero Brian Hatfield pensaba que su hijo debía integrar

el grupo de controversia. Le serviría de práctica, y eso era algo que en los exámenes de ingreso a las facultades de derecho siempre se tenía en cuenta. De modo que George entró en el grupo de controversia, pero a fines de marzo Jack lo separó del equipo.

Los debates entre diversos grupos de fines del invierno habían despertado el espíritu de competencia de George, que se preparaba a fondo para las controversias ordenando sus argumentos en pro o en contra de lo que fuera. Poco importaba que el tema fuera la legalización de la marihuana, la restauración de la pena de muerte o la actitud de los países productores de petróleo. George entraba en la discusión con excesivo apasionamiento para que, con toda sinceridad, le importara el punto de vista que defendía, rasgo éste poco frecuente y valioso, incluso en controversistas de experiencia, como bien sabía Jack. El alma de un auténtico aventurero no difería mucho de la de un auténtico discutidor; a los dos les interesaba apasionadamente el juego como tal. Hasta ahí, todo iba bien.

Pero George Hatfield tartamudeaba.

No era una deficiencia que se hubiera puesto siquiera de manifiesto en el aula, donde George se mantenía siempre tranquilo y dueño de sí, hubiera estudiado o no, y menos todavía en los campos deportivos de Stovington, donde la conversación no era una virtud y a veces llegaban incluso a echar a un jugador de la cancha por exceso de discusión.

Pero cuando George se metía apasionadamente en una controversia, le aparecía el tartamudeo. Cuanto más ansioso se ponía, peor iba la cosa. Y cuando tenía la sensación de estar a punto de demoler a su oponente, parecía que se interpusiera una especie de fiebre intelectual entre los centros del habla y la boca, que lo dejaba helado hasta el toque de campana. Resultaba penoso observarlo.

—E-e-entonces pienso que ha-ha-hay que decir que en el ca-ca-ca-caso que cita el señor Dor-dor-dorsky pierden vi-vi-vi-gencia ante las com-com-com-comprobaciones efectuadas en-en-en...

Sonaba la chicharra y George giraba sobre sí mismo para mirar furiosamente a Jack, sentado junto a ella. En esos momentos la cara se le ponía roja y con una mano arrugaba espasmódicamente las notas que había preparado.

Jack había insistido en conservar a George en el grupo mucho después de haber dado de baja a otros alumnos incapaces, en la esperanza de que George reaccionara. Recordaba una tarde,a última hora, más o menos una semana antes de que se decidiera, de mala gana, a darle el golpe de gracia.

George se había quedado después que los otros se fueron, para enfrentarse coléricamente con Jack.

—U-u-usted adelantó el cronómetro.

Jack levantó la cabeza de los papeles que estaba guardando en su cartera.

—George, ¿de qué estás hablando?

—Yo no lle-lle-llegué a tener los cinco mi-mi-minutos. Usted lo adelantó. Yo estaba mirando el re-re-reloj.

—Es posible que la hora del reloj y la del cronómetro sean un poco diferentes, George, pero yo no lo toquépara nada. Palabra de *boy scout.*

—¡Sí que lo hi-hi- *hizo*!

La actitud beligerante, propia de quien defiende sus derechos, de George, había encendido la chispa del enojo del propio Jack. Hacía dos meses —dos demasiado largos meses— que estaba en seco, y se sentía hecho pedazos. Hizo un último esfuerzo por dominarse.

—Te aseguro que no, George. Es tu tartamudeo. ¿No tienes idea de qué es lo que lo provoca? En clase no te sucede.

—*¡Yo no-no-no tartamu-mum-mudeo!*

—Baja la voz.

—*¡U-u-usted quiere e-e-e-echarme! No quie-quiere que yo es-es-esté en su maldito g-g-grupo!*

—Baja la voz, te dije. Hablemos sensatamente de esto.

—*¡A-a-a a la* mierda con e-e-eso!

—George, si puedes dominar tu tartamudeo, yo estaré encantado de que sigas con nosotros. Vienes bien

preparado para todas las prácticas y eres rápido para las réplicas, lo que quiere decir que no es fácil que te tomen por sorpresa. Pero todo eso no significa mucho si no puedes dominar ese...

—¡Yo nu-nu-nunca tartamudeo! —la voz era un grito—. ¡Es u-u-usted! Si fuera o-o-o-otro el que dirige el grupo de-de-de discusión, yo podría...

El enojo de Jack subió una línea más.

—George, si no puedes dominar eso jamás serás un buen abogado, en la especialidad que sea. El derecho no es como el rugby. Con dos horas de práctica por noche no lo arreglarás. ¿Es que piensas encabezar una reunión de directorio diciendo: «Pues bi-bi-bien ca-ca-caballeros, ahora va-vamos...»?

De pronto se ruborizó, no de cólera: de vergüenza ante su propia crueldad. No era un hombre el que estaba frente a él; era un chico de diecisiete años que enfrentaba el primer fracaso importante de su vida y tal vez, de la única manera que podía, estaba pidiéndole que lo ayudara a encontrar una manera de superarlo.

Con una última mirada de furia, George volvió a enfrentarlo; los labios le temblaban y se le fruncían en el esfuerzo por pronunciar las palabras:

—¡U-u-u-usted lo adelantó! U-u-usted me o-o-odia porque sa-sa-be... s-sabe...

Con un grito inarticulado, George huyó del aula, cerrando la puerta con un golpe tal que el vidrio armado se estremeció en el marco. Jack se quedó inmóvil, sintiendo, más que oyendo, los ecos de los elegantes mocasines de Gucci por los pasillos vacíos. Presa todavía de su cólera y de la vergüenza de haberse burlado del tartamudeo de George, lo primero que sintió fue una especie de euforia enfermiza: por primera vez en su vida, George Hatfield había querido algo que no podía conseguir. Por primera vez, andaba mal algo que no se podía arreglar con todo el dinero de su padre. A los centros del habla no se les puede sobornar. No se le pueden ofrecer a la lengua cincuenta dólares más por semana y una gratificación para Navidad si accede a dejar de atascarse como una aguja en un disco

rayado. Después, la euforia fue simplemente ahogada por la vergüenza y se sintió como se *había* sentido después de romperle el brazo a Danny.

Dios santo, yo no soy un hijo de puta. Por favor.

Esa alegría enfermiza ante la derrota de George era más típica de Denker, el personaje de la obra, que de Jack Torrance, el autor.

Usted me odia porque sabe...

¿Qué era lo que sabía?

¿Qué podía ser lo que él supiera de George Hatfield y que le llevara a odiarlo? ¿Que tenía todo su futuro por delante? ¿Que se parecía un poquito a Robert Redford, y que todas las conversaciones entre las chicas se detenían cuando él hacía un doble salto mortal hacia atrás desdeel trampolín de la piscina? ¿Que jugaba al rugby y al béisbol con una gracianatural e innata?

Eso es ridículo. Totalmente absurdo. Jack no envidiaba nada de George Hatfield. A decir verdad, ese lamentable tartamudeolo hacía sentirse peor a él que al propio George, porque realmente el chico habría sido un controversista excelente. Y si Jack hubiera adelantado el cronómetro—lo que, desdeluego, no había hecho—, habría sido porque tanto él como los demás miembros del grupo se sentían incómodos y angustiados ante el esfuerzo de George, como le sucede a uno cuando un actor se olvida parte de su parlamento. Si hubiera adelantado el cronómetro, habría sido simplemente para... para abreviar el sufrimiento de George.

Pero no lo había adelantado;de eso estaba seguro.

Una semana más tarde lo separó del grupo, y esa vez con absoluto dominio de sí. Losgritos, las amenazas, corrieron por cuenta de George. Una semana después de eso, Jack fue al aparcamiento, durante la hora de práctica, en busca de una pila de libros que se había dejado en el maletero del «Volkswagen», y se encontró con George, con una rodilla apoyada en el suelo,el largo pelo rubio cubriéndole la cara, un cuchillo de caza en una mano, haciendo tiras el neumático delantero del «Volkswagen». Los dos neumáticos de

atrás ya estaban cortados, y el cochecito se apoyaba tristemente sobre ellos como un perrito cansado.

Jack vio todo rojo, y era muy poco lo que recordaba de lo que siguió.

Recordaba un ronco gruñido que, aparentemente, había salido de su propia garganta: «Está bien, George. Si lo que quieres es eso, entonces ven aquí a tomar tu medicina.»

Recordaba que George había levantado los ojos, sorprendido y asustado. «Señor Torrance...», había dicho, como si quisiera explicar que todo no era más que un error, que cuando él llegó los neumáticos ya estaban desinflados y que lo único que él hacía era limpiar el polvo de las tiras con la punta de su cuchillo de caza, que llevaba encima casualmente y que...

Jack se le había ido encima con los puños levantados, y sonriendo, le parecía. Pero de eso no estaba seguro.

Lo último que recordaba era a George, levantando el cuchillo mientras le decía: «Será mejor que no se acerque más...»

Y después, recordaba a la señorita Strong, la maestra de francés, que le sujetó los brazos, gritando:

—¡Basta, Jack! ¡Basta, que va usted a matarlo!

Jack miró en torno de sí, parpadeando estúpidamente. Ahí estaba el cuchillo de caza, brillando inofensivo sobre el asfalto del aparcamiento, a cuatro metros de distancia. Estaba su «Volkswagen», pobre trasto vapuleado, veterano de tantos ebrios paseos nocturnos, descansando sobre tres neumáticos desinflados. Vio que tenía una abolladura nueva en el guardabarros delantero, a la derecha, y que en medio de la abolladura había algo que parecía pintura roja, o sangre. Durante un momento se quedó perplejo, pensando (cristo, Al, lo atropellamos después de todo) en aquella otra noche. Después sus ojos se enfocaron en George, tendido sobre el asfalto, parpadeando aturdido. El grupo de controversia había salido a ver qué pasaba y estaban todos amontonados en la puerta, mirando fijamente a George, que tenía sangre en la cara, de un magullón que no parecía grave. Pero también le salía sangre de un oído, y eso podía significar una conmoción. Cuando George intentó levantarse, Jack se soltó de

las manos de la señorita Strong para ir hacia él. George se encogió.

Jack le apoyó ambas manos en el pecho y lo obligó a tenderse.

—Quédate quieto —le dijo—. No trates de moverte.

Se volvió a la señorita Strong, que los miraba horrorizada a ambos.

—Por favor, vaya a buscar al médico de la escuela —le pidió. La muchacha se dio la vuelta y salió corriendo. Entonces Jack miró a los integrantes del grupo, los miró en los ojos, de nuevo dueño de sí, recuperado el dominio de sí. Y cuando Jack era dueño de sí, no había mejor tipo que él en todo el Estado de Vermont. Y ellos lo sabían, seguro.

—Ahora podéis iros a casa —les dijo con calma—. Volveremos a reunimos mañana.

Pero para el fin de semana siguiente, seis del grupo se habían marchado aunque, claro, ya no importaba mucho porque para el fin de semana a él le habían informado que lo echaban de la escuela.

Sin embargo, se las había arreglado de algún modo para mantenerse lejos de la botella, y eso alguna importancia tenía, se imaginaba.

Y él no odiaba a George Hatfield, de eso estaba seguro. No era que él hubiese actuado; habían actuado sobre él.

Usted me odia porque sabe...

Pero él no sabía nada. *Nada*. Podía jurarlo ante el Trono de Dios Padre Todopoderoso, lo mismo que podía jurar que no había adelantado el cronómetro más de un minuto. Y no por odio, por lástima.

Dos avispas se paseaban, atontadas, por el tejado, junto al agujero del papel alquitranado.

Se quedó observándolas hasta que extendieron las alas, tan sorprendentemente eficientes pese a ser un absurdo aerodinámico, y se perdieron en el sol de octubre, tal vez en busca de alguien más a quien picar.

Dios había decidido que era bueno darles aguijones y sobre alguien tenían que usarlos, pensó Jack.

¿Cuánto tiempo había estado ahí sentado, mirando ese agujero que ocultaba una desagradable sorpresa, atizando antiguas brasas? Miró su reloj. Casi media hora.

Se deslizó hasta el borde del tejado, bajó una pierna y tanteó con el pie hasta encontrar el peldaño más alto de la escalera, debajo del alero. Iría al cobertizo de las herramientas a buscar la bomba insecticida que había dejado en un estante alto, fuera del alcance de Danny. Y cuando volviera con la bomba, entonces serían las avispas las sorprendidas. Ellas podían picarlo, pero también él las podía picar. Estaba sinceramente convencido. En dos horas más, el avispero no sería más que una bola de papel que Danny podía guardar en su habitación, si quería, lo mismo que de niño Jack había tenido uno que conservó siempre un remoto olor a gasolina y a humo de leña. Podría ponerlo junto a la cabecera de su cama: no habría ningún peligro.

—Estoy mejorando.

Aunque no había tenido intención de decirlo en voz alta, el sonido de su propia voz, confiada en el silencio de la tarde, lo tranquilizó. Claro que estaba mejorando. Era posible pasar de una situación pasiva a una activa, hacerse dueño de aquello que había estado a punto de llevarlo a la locura y tomarlo como un premio, como algo que no pasaba de tener un interés académico. Y si había un lugar donde podría lograrlo, era seguramente el lugar donde ahora estaba.

Descendió la escalera para ir en busca de la bomba insecticida. Ya se las pagarían. Se las pagarían por haberlo picado.

15. EN LA TERRAZA

Dos semanas atrás, Jack había encontrado una enorme butaca de mimbre pintada de blanco en el fondo del cobertizo de las herramientas y, a pesar de las objeciones de Wendy, que decía que era la cosa más fea que hubiera visto en su vida, se la llevó a la terraza. En ella estaba sentado, leyendo, cuando su mujer y su hijo aparecieron ruidosamente por la entrada para coches, en la camioneta del hotel.

Wendy la aparcó en la rotonda, aceleró un momento el motor y después lo paró. La única luz trasera de la camioneta se extinguió. El motor rezongó un momento antes de detenerse del todo, Jack se levantó de su butaca para ir al encuentro de los recién llegados.

—¡Hola, papá! —lo saludó Danny, mientras subía corriendo la pendiente, con una caja en la mano—. ¡Mira lo que me ha comprado mamá!

Jack levantó a su hijo, lo hizo dar un par de vueltas en el aire y lo besó afectuosamente en la boca.

—¡Jack Torrance, el Eugene O'Neill de su generación, el Shakespeare norteamericano! —reclamó Wendy, sonriente—. Qué extraño verlo a usted aquí en las montañas.

—La ordinaria muchedumbre fue demasiado para mí, señora —Jack la rodeó con los brazos y los dos se besaron—. ¿Qué tal el viaje?

—Muy bien. Danny se queja de que lo sacudo todo el tiempo, pero la camioneta no se me quedó ni una sola vez y... ¡oh, Jack, lo terminaste!

Wendy miraba al tejado y Danny siguió su mirada. El chico frunció débilmente el ceño al mirar el gran parche de tejas nuevas en lo alto del ala oeste del «Overlook», de un verde más claro que el resto del tejado. Después volvió a mirar la caja que tenía en la mano y su rostro se despejó. Por la noche, las imágenes que le había mostrado Tony volvían a perseguirlo con toda su claridad originaria, pero en un día soleado era más fácil no prestarles atención.

—¡Mira, papá, mira!

Jack tomó la caja que le tendía su hijo. Era un modelo de coche para armar, una de esas miniaturas por las que en algún momento Danny había expresado admiración. La que el chico traía era el «Volkswagen Violeta Violento», y la figura que decoraba la caja mostraba un enorme «VW» de color púrpura, con la cola de un cupé «Cadillac» del 59, perdiéndose por un camino de tierra. El coche tenía el techo corredizo y por él se asomaba, con las manos crispadas como garras sobre el volante, un gigantesco monstruo lleno de verrugas con los ojos salientes e inyectados en sangre, una mueca enloquecida y un enorme gorro encasquetado con la visera al revés.

Wendy le sonreía y Jack le guiñó un ojo.

—Eso es lo que me gusta de ti, doc —le dijo Jack, devolviéndole la caja—. Que tengas gustos tan decididamente sobrios, calmos, introspectivos.

Vaya, si no se puede negar que eres mi hijo.

—Mamá dijo que tú me ayudarías a armarlo tan pronto como pudiera leer el primer libro de lectura completo.

—Pues entonces será el fin de semana —calculó Jack—. ¿Que más trae usted en ese misterioso maletero, señora?

—Uuuuh —le hizo Wendy y lo tomó del brazo para hacerlo retroceder—. No espíes, que aquí también hay cosas para ti. Danny y yo las llevaremos adentro. Tú puedes llevar la leche,que está en el piso del coche.

—Es lo único que represento para ti —se quejó Jack, llevándose una mano a la frente—. Un caballo de carga, una bestia cualquiera para las faenas domésticas. Lleva esto, lleva lo otro, lleva aquello.

—Limítese a llevar esa leche a la cocina, señor.

—¡Es el colmo! —gritó Jack y se arrojó al suelo, mientras Danny, de pie junto a él, se reía.

—Levántate, buey —le dijo Wendy, empujándolo con la punta de la zapatilla playera.

—¿Viste? —Jack se dirigió a su hijo—. Me llamó buey. Tú eres testigo.

—¡Testigo, testigo! —repitió gozosamente Danny, mientras saltaba por encima del cuerpo de su padre.

Jack volvióa sentarse.

—Ahora me acuerdo, amiguito. Yo también tengo algo para ti. Está en la terraza, junto al cenicero.

—¿Qué es?

—Me olvidé. Ve tú mismo a verlo.

Jack se levantó y los dos, él y Wendy, se quedaron mirando a Danny que atravesaba corriendo el césped para después subir de dos en dos los escalones de la terraza. Jack rodeócon un brazo la cintura de Wendy.

—¿Estás contenta, nena?

Ella lo miró con solemnidad.

—Nunca había sido tan feliz desdeque nos casamos.

—¿Es eso verdad?

—Por Dios que sí.

El brazo la estrechó levemente.

—Te amo.

Wendy lo abrazó a su vez, conmovida. Jack Torrance no prodigaba esas palabras, y a ella le sobraban dedos para contar las veces que las había pronunciado, antes y después del matrimonio.

—Yo también te amo.

—¡Mamá! ¡Mamá! —llamó Danny desdeel porche, con voz aguda y excitada—. ¡Ven a ver, es estupendo!

—¿Qué es? —preguntó Wendy mientras ella y Jack iban hacia el porche cogidos de la mano.

—Lo olvidé.

—Oh, ya te tocará a ti lo tuyo —su mujerle dio un codazo—. Ya verás si no.

—Esperaba que me tocara esta noche —respondió Jack, y ella se rió—.

¿Te parece que Danny está contento? —preguntó después Jack.

—Tú deberías saberlo, si es contigo con quien tiene las largascharlas por la noche, antes de acostarse.

—Entonces, por lo general hablamos de lo que quiere ser cuando sea mayor, o de si Santa Claus existerealmente.

Parece que eso le preocupa mucho. Me imagino que su antiguo amigo Scott le sembró algunas dudas.

Pero sobre el «Overlook», no es mucho lo que me ha dicho.

—A mí tampoco —admitió Wendy, mientras subían los escalones de la terraza—. Pero se pasa casi todo el tiempo muy callado. Y además, Jack, me parece que ha perdido peso, de verdad.

—Es que está creciendo.

Danny estaba de espaldas a ellos, examinando algo que había sobre la mesa, junto a la butaca de Jack, pero Wendy no alcanzaba a ver qué era.

—Tampoco come demasiado bien, no era así. ¿Te acuerdas del año pasado?

—Es que tienen etapas —respondió vagamente—. Creo que lo leí en el libro del doctor Spock. A los siete años ya estará otra vez comiendo como antes.

Se habían detenido los dos en el último escalón.

—Además, se está esforzando muchísimo con los libros de lectura — agregó Wendy—. Y me doy cuenta de que quiere aprender para agradarnos... para agradarte —agregó de mala gana.

—Sobre todo, para agradarse a sí mismo —corrigió Jack—. Yo de ninguna manera le exijo que se esfuerce. En realidad, quisiera que no se esforzara tanto.

—¿Crees que sería una tontería pedir hora para hacerle un reconocimiento? En Sidewinder hay un médico, un hombre joven según me comentaron en el mercado...

—Te inquieta un poco la proximidad de las nevadas, ¿no es eso?

Wendy se encogió de hombros.

—Me imagino que sí. Si te parece una tontería...

—De ninguna manera. Te diría que pidieras hora para los tres. Más vale que estemos seguros de nuestro estado de salud, así podremos dormir tranquilos.

—Pues esta tarde pediré hora.

—¡Mamá! ¡Mira, mamá!

Danny llegaba corriendo hacia ellos con algo grande, de color gris, en las manos. Durante un momento entre cómico y horrible, a Wendy le pareció un cerebro. Cuando vio lo que era en realidad, retrocedió instintivamente.

Jack la rodeó con el brazo.

—No hay peligro. A los inquilinos que no se fueron volando los liquidé yo con la bomba insecticida.

Wendy miraba el gran avispero que sostenía su hijo, pero no quiso tocarlo.

—¿Seguro que no hay peligro?

—Segurísimo. Cuando yo era chico, tenía uno en mi habitación. Me lo dio papá. ¿Quieres tenerlo en tu habitación, Danny?

—¡Sí! ¡Ahora mismo!

Se dio la vuelta y a la carrera entró por las dobles puertas. Se oyó el ruido de sus pies sobre la escalera principal.

—Allá arriba *había* avispas —dijo Wendy—. ¿Te picaron?

—¿Dónde está mi corazón de púrpura? —tarareó Jack, y le mostró el dedo, que había empezado a deshincharse. De todas maneras, Wendy se compadeció adecuadamente de él y le dio un besito terapéutico.

—¿Te sacaste el aguijón?

—Las avispas no lo pierden. Ésas son las abejas, que tienen el aguijón como una sierra. El de las avispas es liso. Por eso son tan peligrosas, por que pueden picar y seguir picando.

—Jack, ¿estás seguro de que no hay peligro en que lo tenga?

—Seguí las instrucciones del insecticida. Te garantizan que es una sustancia que en dos horas mata a todos los bichos, y se disipa sin dejar residuos tóxicos.

—Qué odio les tengo —murmuró Wendy.

—¿A qué? ¿A las avispas?

—A todo lo que pique —al hablar, Wendy se tomó ambos codos con las manos, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Yo también —asintió Jack, mientras la abrazaba.

16. DANNY

Del otro lado del vestíbulo, en el dormitorio, Wendy podía oír cómo la máquina de escribir que Jack había llevado desde la mesa cobraba vida durante treinta segundos, enmudecía durante uno o dos minutos y después volvía a tabletear brevemente. Era como escuchar las ráfagas de ametralladora disparadas desde un fortín. Un ruido que era música para sus oídos, ya que Jack no había escrito con tanta constancia desde el segundo año de su matrimonio, cuando escribió el cuento que le compró el *Esquire*.

Además, decía que para fin de año la obra estaría terminada, bien o mal, y podría dedicarse a algo nuevo. Decía que no le importaba el eco que despertara *La escuela* cuando Phyllis la promoviera, que no le importaría si se hundía sin dejar rastros, y Wendy se lo creía. El hecho de que él estuviera escribiendo la llenaba de esperanzas, no porque esperara mucho de la obra, sino porque tenía la impresión de que su marido estuviera cerrando lentamente una puerta enorme que daba a una habitación llena de monstruos. Ya hacía mucho tiempo que Jack apoyaba el hombro contra esa puerta, pero por fin parecía que estaba cerrándola.

Cada tecla que oprimía la cerraba un poco más.

—Mira, Dick, mira.

Danny estaba inclinado sobre el primero de los cinco libros de lectura usados que Jack había encontrado hurgando despiadadamente en las múltiples librerías de libros viejos de Boulder. Con ellos Danny podría alcanzar el nivel de lectura de segundo grado, aunque Wendy le había dicho a Jack que el programa le parecía demasiado ambicioso. Claro que su hijo era inteligente, y ellos bien lo sabían, pero sería un error exigirle demasiado.

Jack estaba de acuerdo. No era cuestión de exigirle, pero si el chico avanzaba con rapidez, estarían preparados. Y ahora Wendy se preguntaba si Jack no había tenido razón en eso también.

Danny, preparado durante cuatro años en jardín de infancia, avanzaba con una rapidez que casi daba miedo, y eso a Wendy le preocupaba. El chico se inmovilizaba sobre sus viejos libros, olvidando sobre el estante el planeador y la radio de galena, como si su vida dependiera de aprender a leer. Bajo el resplandor hogareño de la lámpara de pie flexible que le habían puesto en su habitación, la carita del niño se veía más tensa y más pálida de lo que Wendy hubiera querido verla. Lo estaba tomando todo muy en serio: el libro de lectura y los deberes que le preparaba su padre para las tardes. Dibujo de una manzana y de un melocotón. La palabra *manzana* escrito debajo, con las grandes y pulcras letras de imprenta de Jack. Trazar un círculo en torno del dibujo correcto, el que concordaba con la palabra. Y su hijo que miraba fijamente la palabra y las imágenes, moviendo los labios, articulando, esforzándose, *sudando*. Y con su enorme lápiz rojo aferrado en el puñito derecho, ya sabía escribir casi tres docenas de palabras.

Con un dedo, seguía lentamente las palabras de su libro de lectura.

Sobre ellas había una figura que Wendy recordaba de sus tiempos de escuela primaria, diecinueve años atrás. Un niño riente, de rizado pelo castaño. Una nena de vestido corto, con tirabuzones rubios, que tenía en la mano una comba. Un perro que corría haciendo cabriolas tras una gran pelota de goma roja. La trinidad del primer grado: Dick, Jane y Jip.

—Mira a Jim correr —leyó lentamente Danny—. Corre Jip, corre, corre, corre — hizo una pausa y el dedito se detuvo en una línea—. Mira la... —se inclinó más, hasta casi tocar la página con la nariz—. Mira la...

—Tan cerca no, doc, que te harás daño a la vista —le advirtió Wendy en voz baja —. Es...

—¡No me lo digas! —el chico se enderezó bruscamente. Hablaba con voz alarmada—. ¡No me lo digas, mami que yo lo sacaré!

—Está bien, tesoro. Pero no es tan importante; de veras que no.

Sin prestarle atención, Danny volvió a inclinarse sobre el libro, con una expresión en la cara que se parecía demasiado a la que se encuentra en un alumno universitario a punto de rendir su último examen. A Wendy la cosa le gustaba cada vez menos.

—Mira la... La pe... ele, o, ¿Mira la...? La pelo... *¡Pelota!* —súbitamente triunfante. Orgulloso. Con un orgullo en la voz que asustó a su madre—. *¡Mira la pelota!*

—Muy bien —dijo Wendy—. Pero me parece que por esta noche es bastante, tesoro.

—Un par de páginas más, mamá, por favor.

—No, doc —con firmeza, Wendy cerró el libro encuadernado en rojo—. Es hora de acostarse.

—¿Por favor?

—No me fastidies con eso, Danny. Mami está cansada.

—Está bien —asintió el chico, sin dejar de mirar nostálgicamente el libro.

—Ve a darle un beso a tu padre, y después a lavarte. Y no te olvides de cepillarte los dientes.

—No.

Salió desganadamente, un muchachito que usaba aún pantalón de pijama con pies, y una holgada camiseta de franela que tenía delante un gran balón de fútbol y escrito en la espalda PATRIOTAS DE NUEVA INGLATERRA.

La máquina de escribir se detuvo, y Wendy oyó el afectuoso beso de Danny.

—Noches, papá.

—Buenas noches, doc. ¿Qué tal vas?

—Muy bien, creo. Pero mami me hizo dejarlo.

—Mami tenía razón. Son más de las ocho y media. ¿Te vas a lavar?

—Sí.

—Bien. Ya te están creciendo patatas en las orejas. Y cebollas, y zanahorias, y nabos y...

La risita de Danny, debilitándose, después interrumpida por el clic de la puerta del cuarto de baño. Danny era

delicado con su higiene personal, en tanto que ella y Jack eran bastante descuidados de la intimidad en ese aspecto. Otro signo (y se multiplicaban continuamente) de que había otro ser humano en la casa, no una simple copia de uno de ellos, ni una combinación de los dos. Eso la entristecía un poco. Algún día su hijo sería un extraño para ella, y Wendy sería una extraña para él... aunque no tanto como había llegado a serlo para ella su propia madre. Oh, Dios, que nunca nos pase eso. Que aunque crezca siga queriendo a su madre.

La máquina de escribir empezó otra vez sus ráfagas irregulares.

Todavía sentada en la silla, junto a la mesa escritorio de Danny, Wendy dejó que sus ojos vagaran por la habitación de su hijo. El ala del planeador estaba hábilmente arreglada. El escritorio atestado de libros de estampas, libros para colorear, viejas revistas de historietas con las tapas medio arrancadas, lápices al pastel y mil cosas. El «Volkswagen» para armar estaba cuidadosamente instalado encima de todas esas cosas de importancia secundaria, todavía con la envoltura intacta. No para el fin de semana, para mañana a la noche, o pasado mañana a más tardar, él y su padre estarían armándolo, si Danny seguía avanzando a ese ritmo. En las paredes, aseguradas con chinchetas, estaban las imágenes de los personajes de sus cuentos preferidos, que no tardarían en ser remplazadas por retratos de estrellas de cine y fotografías de músicos de rock que fumaban marihuana, pensó Wendy. De la inocencia a la experiencia. La naturaleza humana, nena.

Entiéndelo. Pero aunque lo entendiera, le daba pena. El año próximo su hijo iría a la escuela y la mitad de él, más tal vez, dejaría de pertenecerle; sería de sus amigos. Durante un tiempo, cuando parecía que las cosas iban bien en Stovington, ella y Jack habían intentado tener otro, pero ahora Wendy había vuelto a la píldora. Todo era demasiado incierto, y sabe Dios dónde estarían dentro de nueve meses.

Sus ojos cayeron sobre el avispero.

Tenía el lugar de honor en el dormitorio de Danny; sobre un gran plato de plástico puesto sobre la mesa que había junto

a la cama. A Wendy no le gustaba, aunque estuviera vacío. Se preguntó con incertidumbre si no podría tener microbios y pensó en preguntárselo a Jack, pero se imaginó que él se reiría de ella. De todas maneras, mañana se lo preguntaría al médico, si podía hablar con él mientras Jack estuviera fuera. No le gustaba la idea de que ese objeto, construido con mascaduras y saliva de esos bichos desagradables, estuviera a pocos centímetros de la cabecera de su hijo.

En el baño seguía corriendo el agua y Wendy se levantó y fue hacia el dormitorio principal para asegurarse de que todo estaba en orden. Jack ni levantó la vista; se hallaba perdido en el mundo que estaba creando, con los ojos fijos en la máquina de escribir, un cigarrillo con filtro sujeto entre los dientes.

Wendy dio un golpecito en la puerta del cuarto de baño.

—¿Estás bien, doc? ¿No te has dormido?

No hubo respuesta.

—¿Danny?

Silencio.

Wendy probó la puerta: estaba cerrada con pestillo.

—¿Danny? —ahora estaba preocupada. El hecho de que no se oyera ningún ruido más que el del agua al correr la inquietaba—. ¿Danny? Abre la puerta, tesoro. Silencio.

—¡Danny!

—Por Dios, Wendy, no puedo pensar si te vas a pasar toda la noche golpeando esa puerta.

—¡Es que Danny se ha encerrado en el baño y no me contesta!

Jack salió de detrás de la mesa, con aire fastidiado, y golpeó la puerta, con fuerza, una sola vez.

—Abre, Danny, y déjate de juegos.

Silencio.

Jack golpeó con más fuerza.

—Déjate de hacer el tonto, doc, que es hora de acostarse. Si no abres, cobrarás.

Está perdiendo la paciencia, pensó Wendy, y se asustó más. Desde aquella noche, hacía dos años, Jack no había tocado a Danny con enojo, pero en ese momento parecía bastante alterado como para hacerlo.

—Danny, tesoro... —empezó ella.

Silencio.Sólo el ruido del agua que corría.

—Danny, si me obligas a romper el pestillo, te aseguro que esta noche dormirás boca abajo —advirtió Jack.

Nada.

—Rómpelo —pidió Wendy, y de repente se le hizo difícil hablar—.

Rápido.

Él levantó un pie y golpeó con fuerza la puerta, a la derecha del picaporte. El pestillo no era gran cosa; cedió inmediatamente y la puerta se abrió,golpeó contra la pared de azulejos y rebotó.

—*¡Danny!* —gritó Wendy.

El agua corría con toda su fuerza en el lavabo. En la repisa, al lado, un tubo de dentífrico destapado. Danny estaba sentado en el bordede la bañera, del otro lado del cuarto de baño, con el cepillo de dientes colgando de la mano izquierda y la boca llena de espuma de la pasta dentífrica. Comosi estuviera en trance, tenía los ojos clavados en el espejo del botiquín que pendía sobre el lavabo. La expresión de su rostro era de horror de drogado, y lo primero que Wendy pensó fue que tenía alguna especie de ataque epiléptico, que tal vez se hubiera tragado la lengua.

—*¡Danny!*

El niño no le contestó. No emitía más que ruidos guturales.

Wendy sintió que la apartaban con tal fuerza que fue a estrellarse contra el toallero, y vio que Jack se arrodillaba frente al niño.

—Danny —le dijo—. ¡Danny, Danny! —repitió, haciendo chasquear los dedos ante los ojos inexpresivos del chico.

—Sí, claro —balbuceó Danny—. Es un torneo. Mazazo. Nurrr...

—Danny...

—¡Roque! —exclamó Danny, con voz súbitamente profunda, viril casi—. Roque. Mazazo. El mazo de roque... tiene dos lados. *Gaaaa...*

—Oh Jack por Dios *¿qué es lo que le pasa?*

Jack aferró al niño por los codos y lo sacudió con fuerza. La cabeza de Danny cayó flojamente hacia atrás y después hacia delante, como un globo sujeto a una varilla.

—Roque. Mazazo. Redrum.

Jack volvió a sacudirlo y repentinamente los ojos del chico se despejaron. El cepillo de dientes se le cayó de la mano al suelo embaldosado con un débil ruido.

—¿Qué? —preguntó Danny, mirando a su alrededor. Vio a su padre de rodillas ante él, a Wendy apoyada contra la pared—. ¿Qué? —volvió a preguntar, cada vez más alarmado—. ¿Q-q-qué es lo que pa-pa...?

— *¡Déjate de tartamudear!* —vociferó súbitamente Jack, en su cara. El chico dio un grito de sorpresa y su cuerpo se puso tenso, como intentando alejarse de su padre; después estalló en lágrimas. Dolido, Jack lo atrajo hacia sí.

—Oh, cariño, lo siento. Lo siento, doc, por favor. No llores. Lo siento.

No pasa nada.

El agua corría incesantemente en el lavabo, y Wendy tuvo la sensación de encontrarse de pronto metida en una tremenda pesadilla en la que el tiempo se ovillaba hacia atrás, hacia atrás, hasta llegar al momento en que su marido borracho le había roto el brazo a su hijo y después había lloriqueado casi esas mismas palabras.

(Oh, cariño. Lo siento. Lo siento, doc. Por favor, lo siento mucho.) Corrió hacia ellos, de alguna manera arrancó a Danny de los brazos de Jack (vio en la cara de él la mirada de colérico reproche, pero la archivó para pensar en eso más tarde) y lo levantó. Con el niño en brazos volvió al dormitorio pequeño, los brazos de

Danny en torno de su cuello, Jack siguiéndolos a ambos.

Wendy se sentó en la cama de Danny y empezó a mecerlo, mientras intentaba calmarlo repitiéndole una y otra vez palabras sin sentido. Cuando miró a Jack, no pudo leer en sus ojos más que preocupación. Él la miró con aire interrogante, levantando las cejas, y Wendy sacudió débilmente la cabeza.

—Danny —siguió canturreando—. Danny, Danny, Danny. No pasa nada, doc. Nada.

Finalmente el niño se calmó; apenas si temblaba ya en sus brazos. Y sin embargo, con el que habló primero fue con Jack, que estaba ahora sentado junto a ellos en la cama, y Wendy sintió la antigua, débil punzada (A él primero como siempre a él primero) de los celos. Jack le había gritado y ella lo había consolado. Pero era a su padre a quien Danny le decía:

—Discúlpame si fui malo.

—No tienes de qué disculparte, doc —Jack le revolvió el pelo—. Pero, ¿qué demonios pasó allí dentro?

Lentamente, aturdido, Danny sacudió la cabeza.

—No... no lo sé. ¿Por qué me dijiste que me dejara de tartamudear, papá? Si yo no tartamudeo.

—Claro que no —le dijo afectuosamente Jack, pero Wendy sintió que un dedo de hielo le tocaba el corazón. De pronto, Jack parecía asustado, como si hubiera visto algo que podría haber sido un fantasma.

—Algo con el cronómetro... —masculló Danny.

—*¿Qué?* —Jack se había inclinado hacia delante, y Danny se encogió en brazos de su madre.

—¡Jack, lo estás asustando! —le reprochó Wendy en voz alta, con tono acusador. De pronto, se le ocurrió que los tres estaban asustados... pero, ¿de qué?

—No sé, no sé —decía en ese momento Danny a su padre—. ¿Qué... qué fue lo que dije, papá?

—Nada —farfulló Jack. Sacó el pañuelo del bolsillo de atrás y se lo pasó por la boca. Durante un momento, Wendy volvió a tener esa vertiginosa sensación de que el tiempo andaba

hacia atrás. Era un gesto que ella recordaba bien de su época de alcohólico.

—¿Por qué cerraste la puerta con pestillo, Danny? —le preguntó con suavidad—.

¿Por qué hiciste eso?

—Tony... Tony me dijo que lo hiciera.

Por encima de la cabeza del chico, sus padres se miraron.

—¿Tony no te dijo por qué, hijo? —preguntó Jack, en voz baja.

—Estaba lavándome los dientes y pensando en el libro de lectura... pensando mucho —explicó Danny—. Y... y entonces vi a Tony en el espejo. Me dijo que tenía que volver a mostrarme.

—¿Quieres decir que estaba detrás de ti? —le preguntó Wendy.

—No, estaba *en* el espejo —destacó Danny categóricamente—. Muy adentro. Y después entré yo en el espejo. Lo único que recuerdo después es que papito me sacudía y que yo pensé que había vuelto a portarme mal.

Jack se estremeció como si hubiera recibido un golpe.

—No, doc —susurró.

—¿Tony te dijo que echaras el pestillo a la puerta? —preguntó Wendy, acariciándole el pelo.

—Sí.

—¿Y qué quería mostrarte?

Danny se puso tenso en sus brazos, como si todos los músculos del cuerpo se le hubieran convertido en algo así como las cuerdas de un piano.

—No recuerdo —dijo, confuso—. No recuerdo. No me lo preguntéis.

No... *¡no recuerdo nada!*

—Shh —lo silenció Wendy, alarmada, y empezó nuevamente a mecerlo—. No importa que no recuerdes, hijo. No importa nada.

Finalmente, Danny empezó de nuevo a relajarse.

—¿Quieres que me quede un ratito contigo? ¿Que te lea un cuento?

—No. Que me dejes la luz de noche, nada más —miró con timidez a su padre—. ¿Quieres tú quedarte, papá? ¿Un minuto?

—Seguro, doc.

Wendy suspiró.

—Te espero en el cuarto de estar, Jack.

—De acuerdo.

Wendy se levantó y se quedó mirando cómo Danny se metía bajo las mantas. Le pareció muy pequeño.

—¿Seguro que estás bien, Danny?

—Seguro. Pero enciéndeme el Snoopy, ma.

—Claro.

Wendy encendió la lamparilla de noche, que mostraba a Snoopy profundamente dormido sobre el techo de su caseta. Danny nunca había querido tener una luz nocturna hasta que se mudaron al «Overlook», pero entonces la había pedido específicamente. Wendy apagó la luz del techo y se volvió a mirarlos a ambos, el pequeño círculo pálido que era la carita de Danny, y el rostro de Jack inclinado sobre él. Titubeó un momento *(y después entré yo en el espejo)* antes de salir silenciosamente.

—¿Tienes sueño? —preguntó Jack, mientras le apartaba a Danny el pelo de la frente.

—Sí.

—¿Quieres un poco de agua?

—No...

Durante cinco minutos reinó el silencio. Danny seguía inmóvil bajo la mano de su padre. Pensando que el niño se había dormido, Jack estaba a puntode levantarse para salir silenciosamente cuando su hijo murmuró desdeel bordedel sueño:

—Roque.

Jack se dio la vuelta, helado hasta los huesos.

—¿Danny...?

—Tú nunca le harías daño a mamá, ¿verdad?

—No.

—¿Ni a mí?

—No.

Silencio de nuevo, desovillándose.

—Papá.

—¿Qué?

—Vino Tony y me estuvo hablando del roque.

—¿De veras,doc? ¿Y qué te dijo?

—No me acuerdo mucho, salvo que me dijo que era por turnos, como el béisbol. ¿No es gracioso?

—Sí —a Jack, el corazón le golpeaba sordamente en el pecho. ¿Cómo era posible que el chico supiera una cosa así? El roquese jugaba por turnos, no como el béisbol, sino como el cricket.

—¿Papá? —Danny ya hablaba casi dormido.

—¿Qué?

—¿Qué es *redrum*?

—*¿Red drum?* ¿Un tambor rojo[3]? Podría ser algo que un indio lleva a la guerra. Silencio.

—¿Oye, doc?

Danny ya estaba dormido, lenta y regular la respiración. Durante un momento Jack se quedó mirándolo, y una oleada de cariño lo invadió como una marea. ¿Por qué le había gritado de semejante manera? Si era perfectamente normal que el niño tartamudeara un poco. Acababa de salir de un aturdimiento o una extraña especie de trance, y el tartamudeoera totalmente normal en esas circunstancias. Perfectamente. Y además, no había dicho *cronómetro*, qué va. Habría sido alguna otra cosa, sin sentido, incomprensible.

¿Cómo había sabido que el roquese juega por turnos? ¿Se lo habría dicho alguien... Ullman, Hallorann?

Se miró las manos, que la tensión contraía apretadamente en puños *(dios qué bien me vendría un trago)* al puntode que las uñas se le hincaban en las palmas como pequeños hierros candentes. Lentamente, se obligó a abrirlas.

—Te quiero, Danny, bien lo sabe Dios —susurró.

Salió de la habitación, pensando que de nuevo había tenido un arranque de mal genio. Poca cosa, pero lo suficiente

para sentirse mal, y asustado. Con una copa se le borraría esa sensación, claro que sí. Se le borraría eso *(Algo referente al cronómetro)* y todo lo demás. No había error en esas palabras. Ninguno. Cada una había sonado tan clara como una campana. Se detuvo en el pasillo, mirando hacia atrás, y automáticamente se pasó el pañuelo por los labios.

Sus formas sólo eran siluetas oscuras destacadas por el resplandor de la lámpara de noche. Sin llevar encima más que las bragas, Wendy se acercó a la cama para volver a arroparlo; el chico se había destapado. Jack, de pie en la puerta, la observó mientras ella le tocaba la frente con la muñeca.

—¿Tiene fiebre?

—No —Wendy besó la mejilla de su hijo.

—Gracias a Dios que pediste hora —murmuró Jack cuando ella volvióa la puerta —. ¿Tú crees que ese tipo será bueno?

—Fue lo que me dijeron en el mercado. Es todo lo que sé.

—Si algo anda mal, Wendy, os enviaré a los dos a casa de tu madre.

—No.

—Ya sé cómo te sientes —reconoció Jack, rodeándola con el brazo.

—Cuando se trata de ella, tú no tienes la menor idea de cómo me siento.

—Wendy, es que no hay otro lugar donde pueda mandaros, y tú lo sabes.

—Si tú vinieras...

—Sin este trabajo estamos listos —enunció simplemente Jack—. Ya lo sabes.

La otra silueta asintió con un gesto lento. Sí, lo sabía.

—Cuando tuve la entrevista con Ullman, me pareció que simplemente estaba exagerando, pero ya no estoy tan seguro. Tal vez, realmente no debería haber intentado esto con vosotros dos. A sesenta y cinco kilómetros del lugar más próximo.

—Yo te quiero, y Danny te quiere más aún, si cabe —dijoella—. Le habrías destrozado el corazón, Jack. Y se lo destrozarás, si nos apartas de ti.

—No lo plantees de esa manera.

—Si el médico dice que algo anda mal, buscaré trabajo en Sidewinder

—dijo Wendy—. Y si no encuentro nada allí, Danny y yo nos iremos a Boulder. Pero no puedo ir a casa de mi madre, Jack. De ninguna manera. No me lo pidas, porque no puedo.

—Sí, creo que te entiendo. Ánimo, que tal vez no sea nada.

—Tal vez.

—¿La hora es para los dos?

—Sí.

—Dejemos abierta la puerta del dormitorio, Wendy.

—Sí, claro. Pero creo que ahora dormirá.

Sin embargo, no fue así.

Buuum... buum... buumbuumBUUMBUUM...

Él escapaba de los ruidos retumbantes, resonantes, a través de retorcidos, laberínticos corredores, mientras sus pies desnudos susurraban sobre la suavidad de una selva azul y negra. Cada vez que oía el estruendo del mazo de roqueal estrellarse contra la pared, en algún sitio tras él, quería gritar. Pero no. No debía. Un grito le delataría y entonces (entonces *REDRUM) (Ven aquí a tomar tu medicina, llorón de mierda)* Y podía oír acercarse al dueño de esa voz, acercarse en busca de él, avanzando por el vestíbulo como un tigre en una extraña selva azul y negra.

Devorador de hombres.

(¡A ver si sales, tú, hijito de perra!)

Si pudiera llegar a las escaleras para bajar, si pudiera salir del tercer piso, estaría a salvo. Incluso en el ascensor. Si pudiera recordar lo que había olvidado. Pero estaba oscuro y en su terror había perdido el sentido de la orientación. Había escapado por un corredor y después por otro, con el corazón en la boca como un bloque de hielo

ardiente, temiendo en cada vuelta que daba encontrarse frente a frente con el tigre humano que erraba por los pasillos.

Ahora los golpes se oían a espaldas de él, los gritos. El silbido que hacía la cabeza del mazo al cortar el aire *(roque... mazazo... roque... mazazo... REDRUM)* antes de estrellarse contra la pared. El susurro suave de los pies sobre la alfombra selvática. El sabor del pánico en la boca, como un jugo amargo. *(Tú recordarás lo que fue olvidado...)* ¿lo recordaría? Y ¿qué era?

Al doblar otra esquina, a la carrera, vio con un horror insidioso y sin resquicios que estaba en un callejón sin salida. Desde todos lados, las puertas cerradas lo miraban hoscamente. El ala oeste. Estaba en el ala oeste y afuera oía los gemidos y lamentos de la tormenta, como si se le ahogaran en la oscura garganta llena de nieve.

Retrocedió contra la pared, llorando de terror, el corazón palpitante como el de un conejito caído en una trampa. Al apoyar la espalda contra el sedoso papel de color azul claro en su dibujo de líneas onduladas, las piernas se le aflojaron y su cuerpo se desplomó sobre la alfombra, abiertas las manos sobre la jungla de enredaderas y lianas entretejidas, el aliento silbándole trabajosamente al entrar y salir de la garganta. Cada vez más fuerte. Más fuerte.

Enlos pasillos había un tigre, que ahora estaba a puntode doblar hacia donde él estaba, sin dejar de vociferar en su cólera enloquecida, lunática, impaciente, esgrimiendo el mazo de roque, porque era un tigre, andaba en dos piernas y era...

Se despertó haciendo una inspiración súbita, profunda, enderezándose rígidamente en la cama, con los ojos muy abiertos clavados en la oscuridad, ambas manos cruzadas sobre la cara.

Tenía algo sobre la mano. Algo que se movía.

Avispas. Tres avispas.

Enese momento le picaron, todas al mismo tiempo, y entonces todas las imágenes se desintegraron y cayeron sobre

él como una oscura inundación, y empezó a dar alaridos en la oscuridad, siempre con las avispas en la mano izquierda, picándolo y volviéndolo a picar.

Las luces se encendieron y ahí estaba papá en calzoncillos, con los ojos brillantes.

Y tras él mami, asustada y con cara de sueño.

—*¡Quítamelas de encima!* —vociferó Danny.

—Oh Dios mío —susurró Jack, que vio los insectos.

—Jack, ¿qué le pasa? *¿Qué le pasa?*

Él no le contestó. Corrió hacia la cama, se apoderó de la almohada y con ella empezó a golpear la mano izquierda de Danny. Una vez, y otra, y otra. Wendy vio cómo los insectos se elevaban torpemente en el aire, zumbando.

—¡Coge una revista y mátalas! —vociferó Jack por encima del hombro.

—¿Avispas? —balbuceó Wendy, y durante un momento el hecho la dejó fría. Después, se hicieron las conexiones mentales y al conocimiento se sumó la emoción —. ¡Avispas! ¡Oh, Jack, pero tú dijiste...!

—*¡Cállate y mátalas de una vez, carajo!* —rugió él—. *¡Haz lo que te digo!*

Uno de los insectos se había posado sobre la mesa de Danny. Wendy tomó de encima de la mesa un libro para colorear y le asestó un golpe.

Quedó una mancha de color marrón, viscosa.

—Hay otra en la cortina —señaló Jack, mientras salía corriendo del cuarto con Danny en brazos.

Lollevó al dormitorio de ellos y lo depositó en la cama, del lado de Wendy. —Quédate aquí, Danny. No vuelvas mientras yo no te llame.

¿Entendido?

Con el rostro hinchado y surcado de lágrimas, doc asintió.

—Chico valiente.

Jack atravesó corriendo él vestíbulo, hacia las escaleras. A sus espaldas oyó dos golpes más asestados con el libro y

después un grito de dolor de su mujer. Sin detenerse, siguió bajando los escalones de dos en dos hasta llegar al vestíbulo de abajo, a oscuras. Atravesó el despacho de Ullman, entró en la cocina, sin sentir casi el golpe que se dio en la pierna contra la mesa de roble del gerente. Encendió la luz principal de la cocina y corrió hacia el fregadero.

Allí estaban los platos de la cena, amontonados en el escurridor, donde Wendy los había dejado para que se secaran, después de fregados. Jack cogió la gran ensaladera de vidrio que coronaba la pila. Un plato cayó al suelo y se hizo pedazos. Sin prestarle atención, giró sobre sus talones y volvió a atravesar a la carrera el despacho y a subir las escaleras.

Wendy estaba de pie a la puerta del cuarto de Danny, respirando con dificultad, pálida como un mantel de hilo. Los ojos le brillaban, vidriosos e inexpresivos, y tenía el pelo húmedo, pegado al cuello.

—Las maté a todas —articuló—, pero una me picó. Oh, Jack, tú dijiste que estaban todas muertas.

Wendy empezó a llorar.

Sin contestarle, Jack pasó junto a ella con la ensaladera y se acercó al avispero colocado junto a la cama de Danny. Todo en calma. Nada se movía allí, del lado de afuera, por lo menos. Cubrió el avispero con la ensaladera.

—Ven, vamos.

Los dos volvieron a su dormitorio.

—¿Dónde te ha picado?

—Me... En la muñeca.

—A ver.

Wendy se la mostró. Sobre el brazalete de líneas que separan la muñeca y la palma se veía un agujerito en circular, en torno al cual la carne empezaba a hincharse.

—¿Tú eres alérgica a las picaduras? —preguntó Jack—. Trata de recordarlo, porque en ese caso también podría serlo Danny. Las muy malditas lo han picado cinco o seis veces.

—No —respondió Wendy, con más calma—. Yo... las odio, nada más.

Las *odio.*

Danny estaba sentado a los pies de la cama, sosteniéndose la mano izquierda, y mirándolos. Sus ojos asustados miraron con aire de reproche a Jack.

—Papito, tú dijiste que las habías matado a todas. La mano... me duele mucho.

—Déjame ver, doc... no, no te la voy a tocar. Te haría doler más. Sólo levántala.

El chico levantó la mano y Wendy gritó:

—Oh, Danny... ¡tu pobremano!

Al día siguiente, el médico llegaría a contar once picaduras. En ese momento, lo que se veía era un espolvoreo de agujeritos, como si la palma y los dedos hubieran sido cubiertos de pimienta roja. Y una gran hinchazón.

La mano había empezado a tener el aspecto de uno de esos dibujos animados en losque el conejo *Bugs* o el pato *Donald* se dan un martillazo en los dedos.

—Wendy, ve a buscar ese *spray* que tenemos en el baño —pidió Jack.

Entretanto, él se sentó en la cama,junto a Danny, y le rodeólos hombros con un brazo.

—Después de ponerte eso en la mano, te voy a sacar algunas fotos con la «Polaroid», doc. Y después, esta noche dormirás con nosotros, ¿te parece?

—Sí —aceptó Danny—. Pero, ¿por qué me vas a tomar las fotos?

—De la mano, porque con ellas es muy posible que podamos demandar a esa gente.

Wendy regresó con un aparato que parecía un extintor de incendios en miniatura.

—Esto no te dolerá, tesoro —le explicó mientras lo destapaba rápidamente.

El chico tendió la mano y la madre se la cubrió con el líquido hasta dejarla brillante. Danny dejó escapar un largo suspiro, tembloroso.

—¿Te arde?

—No, me sienta bien.

—Ahora éstas. Mastícalas —Wendy le dio cinco aspirinas para niños, con sabor a naranja. Danny se las fue metiendo una a una en la boca.

—¿No es demasiada aspirina? —preguntó Jack.

—Son demasiadas picaduras —le recordó Wendy encolerizada—. Vete y deshazte de ese avispero, Jack Torrance, ahora mismo.

—Un momento.

Fue hacia la cómoda en busca de la cámara «Polaroid» que había guardado en el cajón de arriba. Buscando más, encontró los cuboflashes.

—Jack, ¿qué estás haciendo? —la voz de Wendy sonó un poco histérica.

—Va a tomarme fotos de la mano —explicó con seriedad Danny—, para que podamos demandar a cierta gente. ¿No es así, papi?

—Exacto —respondió Jack en tono sombrío, mientras colocaba el flash en la cámara—. Tiende la mano, hijo. Calculo unos cinco mil dólares por picadura.

—¿De qué estáis hablando? —casigritó Wendy.

—Te lo diré. Seguí las instrucciones de la maldita bomba insecticida, y vamos a demandarlos. El aparato estaba estropeado, no puede ser de otra manera. Si no, ¿cómo se explica esto?

—Ah —suspiró Wendy.

Jack tomó cuatro fotografías y le fue entregando los negativos a Wendy para que controlara el tiempo de revelado con el pequeño reloj que llevaba colgado al cuello. Danny, fascinado por la idea de que las picaduras que tenía en la mano pudieran valer miles y miles de dólares, empezó a perder el miedo y a mostrarse más interesado. La mano le latía sordamente y le dolía un poco la cabeza.

Cuando Jack dejó a un lado la cámara y extendió las copias sobre la cómoda para que se secaran, Wendy le preguntó:

—¿No tendríamos que llevarlo esta noche al médico?

—Si no le duele mucho, no —respondió su marido—. Si una persona tiene una fuerte alergia al veneno de las avispas, la reacción se produce dentro de los treinta segundos.

—¿La reacción? ¿A qué te...?

—A un coma. O convulsiones.

—Oh. Ay, Dios mío —Wendy se cogió los codos con ambas manos, abrazándose, pálida y temblorosa.

—¿Cómo te sientes, hijo? ¿Crees que podrás dormir?

Danny los miró, parpadeando. La pesadilla se había convertido para él en un trasfondo sordo, informe, pero seguía estando asustado.

—Si puedo dormir con vosotros...

—Claro —le aseguró Wendy—. Ay, tesoro, lo siento tanto...

—No importa, mamá.

De nuevo Wendy empezó a llorar, y Jack le apoyó las manos en los hombros.

—Wendy, te juro que seguí las instrucciones.

—Pero, ¿lo destruirás por la mañana? ¿Por favor?

—Claro que sí.

Los tres se metieron juntos en la cama, y Jack estaba a punto de apagar las luces cuando se detuvo y, en cambio, volvió a apartar las mantas.

—Tomaré una foto del avispero también.

—Ven en seguida.

—Lo haré.

Volvió a la cómoda para recoger la cámara y el último cuboflash y, mirando a Danny, levantó la mano con el pulgar y el índice unidos, formando un círculo. El chico le sonrió y repitió el gesto con la mano sana.

Todo un hombrecito, pensó Jack mientras iba hacia el cuarto de su hijo. *Todo eso y algo más.*

La luz del techo aún estaba encendida. Jack fue hacia las literas superpuestas y al mirar la mesita que había junto a ellas se le puso carne de gallina.

Sintió que los pelos de la nuca le picaban y se le erizaban.

A través de la transparencia del vidrio de la ensaladera apenas si alcanzaba a distinguir el avispero. El interior de la campana de vidrio hervía de avispas. Era difícil decir cuántas. Cincuenta por lo menos... tal vez cien.

Mientras el corazón le latía lentamente en el pecho, tomó las fotografías y después dejó la cámara, en espera de que se revelaran. Se secó los labios con la palma de la mano. Una idea le daba vueltas incesantemente en la cabeza, con ecos de *(Tuviste un arranque de mal genio. Tuvistes un arranque de mal genio. Tuviste un arranque de mal genio.)* un miedo casi supersticioso. Habían vuelto. Él las había matado, pero ellas habían vuelto.

Mentalmente, se oía vociferar en la cara de su hijo asustado y lloroso:

¡Déjate de tartamudear!

Volvió a secarse los labios.

Fue hasta la mesa de trabajo de Danny, revisó los cajones y en uno de ellos halló un gran rompecabezas que se armaba sobre un tablero de madera. Llevó el tablero a la mesita y, cuidadosamente, deslizó sobre él el avispero cubierto por la ensaladera. Dentro de su prisión, las avispas zumbaban coléricas. Jack apoyó firme la mano sobre la ensaladera para que no se resbalara y salió al vestíbulo.

—¿Vienes a acostarte, Jack? —lo llamó Wendy.

—¿Vienes, papá?

—Tengo que bajar un minuto —respondió Jack, procurando que su voz sonara despreocupada.

¿Cómo había sucedido? ¿Cómo, en el nombre de Dios?

Indudablemente, la bomba no había fallado. Él había visto el denso humo blanco que empezaba a brotar de ella al tirar de la anilla. Y cuando volvió a subir, dos horas más tarde, del agujero en lo alto del nido había caído una lluvia de insectos muertos.

Entonces, ¿cómo? ¿Por regeneración espontánea?

Qué locura. Tonterías del siglo XVII. Los insectos no se regeneran. Y aun si de los huevos de avispas pudieran

resultar insectos adultos en un lapso de doce horas, no estaban en la estación de desove de la reina; eso era por abril o mayo. En el otoño era cuando se morían.

Como una contradicción viviente, las avispas zumbaban furiosamente bajo la ensaladera.

Jack bajó con ellas las escaleras y atravesó la cocina. En el fondo había una puerta que daba afuera. El frío viento nocturno castigó su cuerpo casi desnudo y los pies se le entumecieron casi instantáneamente contra el frío cemento de la plataforma sobre la cual estaba parado, la plataforma que durante la temporada de funcionamiento del hotel servía para descargar las entregas de leche. Dejó cuidadosamente en el suelo el tablero y la ensaladera, y al enderezarse miró el termómetro clavado al lado de la puerta. El mercurio señalaba cuatro grados bajo cero. Para la mañana, el frío las habría matado. Jack entró y cerró firmemente la puerta. Después de pensarlo un momento, le echó llave además.

Volvió a cruzar la cocina y apagó las luces. Durante un momento se quedó inmóvil en la oscuridad, pensando, necesitando un trago. De pronto, el hotel le parecía lleno de un millar de ruidos furtivos: crujidos, gruñidos, y el insidioso olfatear del viento bajo los aleros, donde tal vez se escondían más avisperos, a modo de frutos mortíferos.

Habían regresado.

De pronto, Jack se encontró con que el «Overlook» ya no le gustaba tanto, como si no fueran las avispas las que habían picado a su hijo —avispas que habían sobrevivido milagrosamente al ataque de la bomba insecticida—, sino el hotel mismo.

Lo último que se le ocurrió antes de volver a subir a reunirse con su mujer y su hijo *(en lo sucesivo controlarás tu genio. Pase lo que pase.)* fue una idea firme, sólida, segura.

Mientras iba hacia ellos por el vestíbulo, volvió a secarse los labios con el dorso de la mano.

17. EN EL CONSULTORIO

En calzoncillos y tendido sobre la cama del consultorio, Danny Torrance resultaba muy pequeño. Estaba mirando al doctor («puedes llamarme Bill») Edmonds, que en ese momento acercaba a la cama un gran aparato negro con ruedas. Danny giró bien los ojos para verlo mejor.

—No te dejes impresionar, muchacho —le advirtió Bill Edmonds—. Es un electroencefalógrafo, y no hace daño.

—Electro...

—Lo llamamos EEG, para abreviar. Te voy a conectar unos alambrecitos a la cabeza... no, no te los meteré dentro, irán pegados con esparadrapo... y estos lápices que tiene aquí la máquina registrarán tus ondas cerebrales.

—¿Como en *El hombre que valía seis millones de dólares?*

—Muy parecido. ¿Te gustaría ser como Steve Austin cuando seas mayor?

—No —declinó Danny mientras la enfermera empezaba a asegurarle los electrodos en varios puntos del cráneo que previamente le habían afeitado—. Mi papá dice que algún día se le hará un cortocircuito y que entonces tendrá que pasarlas sumamente mal.

—Bien que lo sé —comentó amablemente el doctor Edmonds—. Yo también las he pasado mal a veces. Un EEG puede decirnos muchísimas cosas, Danny.

—¿Cómo qué?

—Como, por ejemplo, si tienes epilepsia. Es un problema en el que...

—Sí, ya sé lo que es la epilepsia.

—¿De veras?

—Claro. Había un chico en el jardín de infancia donde yo iba en Vermont... fui al jardín de infancia cuando era pequeñito..., que tenía eso. Y no podía usar un tablero de destellos.

—¿Qué era eso, Dan? —el médico hablaba atendiendo al aparato. En la cinta empezaron a dibujarse finas líneas.

—Era algo todo lleno de luces de diferentes colores. Cuando uno lo encendía, había algunos colores que destellaban, pero no todos. Y uno tenía que contar los colores, y si se apretaba el botónnecesario se apagaba. Bren no podía usarlo.

—Eso es porque a veces unas luces brillantes que destellan pueden causar un ataque epiléptico.

—¿Quiere usted decir que al usar el tablero de destellos a Brent podría haberle dado un patatús?

Edmonds y la enfermera cambiaron una mirada divertida.

—La forma de decirlo no es muy elegante, pero es exacta, Danny.

—¿Qué?

—Dije que tienes razón, pero que lo correcto es decir «ataque» en vez de «patatús». No es elegante. Y ahora, quédate quietecito como un ratón.

—Bueno.

—Danny, cuando te pasanesas... esas cosas, ¿recuerdas si alguna vez has visto antes destellos de luces brillantes?

—No.

—¿Ni has oído ruidos raros? ¿Un timbre o una melodía como la de un carillón?

—Hum.

—Y algún olor extraño, digamos a naranjas o a serrín? ¿O un olor como de algo podrido?

—No, señor.

—¿Alguna vez sientes ganas de llorar antes de desmayarte? ¿Aunque no estés triste?

—No.

—Estupendo, pues.

—¿Tengo epilepsia, doctor Bill?

—No lo creo, Danny. Quédate quieto. Ya casi terminamos.

El aparato murmuró y rascó durante otros cinco minutos antes de que el doctor Edmonds lo apagara.

—Hemos terminado, muchacho —le dijo alegremente Edmonds—.

Deja que Sally te quite esos electrodos, y después ven a la otra habitación; quiero hablar un ratito contigo, ¿eh?

—Bueno.

—Sally, ocúpate de hacerle la prueba de tuberculina antes de que venga.

—Perfectamente.

Edmonds arrancó la larga y ondulada tira de papel que el aparato había expulsado y se fue al cuarto de al lado examinándola.

—Te voy a dar un pinchacito en el brazo —le advirtió la enfermera después que Danny se hubo puesto los pantalones—, para que podamos estar seguros de que no tienes tuberculosis.

—Oh, eso me lo hicieron el año pasado en la escuela —le comunicó Danny sin mucha esperanza.

—Pero de eso hace mucho tiempo, y además ahora tú eres un chico grande, ¿no?

—Supongo que sí —suspiró Danny, y ofreció el brazo para el sacrificio.

Cuando tuvo puestos la zapatos y la camisa, pasó por la puerta corrediza que daba al despacho del doctor Edmonds. El médico estaba sentado en el bordede su escritorio, balanceando pensativamente las piernas.

—Hola, Danny.

—Hola.

—¿Qué tal va esa mano? —señaló la mano izquierda de Danny, ahora vendada.

—Bastante bien.

—Me alegro. Estuve mirando tu EEG y me parece bien. Pero se lo voy a mandar a un amigo mío de Denver, que se gana la vida leyendo esas cosas.

Para asegurarme, sabes.

—Sí, señor.

—Háblame de Tony, Dan.

Danny cambió de posición.

—No es más que un amigo invisible que yo me inventé. Para que me hiciera compañía.

Edmonds se rió y le apoyó ambas manos en los hombros.

—Oye, eso es lo que dicen tu mamá y tu papá. Pero lo que me digas quedará entre nosotros, muchacho. Yo soy tu médico. Dime la verdad, y te prometo que no les diré nada a ellos, salvo que tú me digas que puedo.

Danny lo pensó. Miró a Edmonds y, con un pequeño esfuerzo de concentración, intentó captar sus pensamientos o, por lo menos, el estado de ánimo. De pronto, en su cabeza se formó una imagen extrañamente tranquilizadora: un archivador, cuyas puertas corredizas se cerraban una tras otra, trabándose con un pequeño clic. Escrito en las etiquetas en el centro de cada puerta se leía: A-C, SECRETO; D-G, SECRETO, y así sucesivamente. El chico se sintió un poco más tranquilo.

—No sé quién es Tony —admitió cautelosamente.

—¿Tiene tu edad?

—No, tiene once años, por lo menos. Creo que hasta es posible que sea mayor.

Nunca lo he visto bien de cerca. Tal vez ya tenga edad para conducir un coche. —Entonces, ¿no lo ves más que de cierta distancia?

—Sí, señor.

—¿Y siempre viene antes de que tú pierdas el conocimiento?

—Bueno, no es que pierda el conocimiento. Más bien es como si me fuera con él, y él me muestra cosas.

—¿Qué clase de cosas?

—Bueno... —durante un momento, Danny dudó; después le contó a Edmonds lo del baúl con todos los escritos de papá, y cómo, después de todo, los mozos no lo habían perdido en el viaje de Vermont a Colorado.

Durante todo el tiempo había estado allí, bajo la escalera.

—¿Y tu papá lo encontró donde Tony dijo que estaría?

—Oh, sí señor. Sólo que Tony no me lo *dijo*, me lo mostró.

—Comprendo. Danny, ¿qué te mostró Tony anoche, cuando te encerraste en el baño?

—No recuerdo —respondió demasiado rápidamente Danny.

—¿Estás seguro?

—Sí, señor.

—Hace un momento dije que tú cerraste la puerta del baño, pero no era así, ¿verdad? *Tony* cerró la puerta.

—No, señor. Tony no podía cerrar la puerta, porque él no es real. Pero quería que yo lo hiciera, y lo hice. La cerré con pestillo.

—¿Tony te muestra siempre dónde están las cosas perdidas?

—No, señor. A veces me muestra cosas que van a suceder.

—¿De veras?

—Seguro. Como la vez que me mostró el parque de diversiones y de animales salvajes de Great Barrington. Tony me dijo que papá me llevaría allí para mi cumpleaños, y lo hizo.

—¿Qué más te muestra? El chico frunció el ceño.

—Letreros. Siempre me está mostrando *letreros* viejos y tontos. Y yo casi nunca puedo leerlos.

—¿Por qué crees que Tony hace eso, Danny?

—No lo sé —la cara de Danny se iluminó—. Pero papá y mamá me están enseñando a leer, y yo me esfuerzo mucho.

—Para poder leer los letreros de Tony.

—Bueno, en realidad quiero aprender. Pero también es por eso, claro.

—¿A ti te gusta Tony?

Sin decir nada, Danny se quedó mirando el suelo embaldosado.

—¿Danny?

—Es difícil decirlo —respondió por fin—. Solía gustarme. Yo solía esperar que viniera todos los días, porque siempre me mostraba cosas buenas, especialmente desde que mamá y papá ya no piensan más en el DIVORCIO —la mirada del doctor Edmonds se hizo más atenta, sin que Danny lo advirtiera. Miraba con obstinación el suelo, concentrado en

expresarse—. Pero ahora, cada vez que viene me muestra cosas malas. Cosas *horribles*, como anoche en el cuarto de baño. Las cosas que me muestra me pican, como me picaron esas avispas. Sólo que lo que me muestra Tony me pica aquí —se apoyó gravemente un dedo en la sien; un chiquillo que inconscientemente parodiaba un suicidio.

—¿Qué cosas, Danny?

—¡No me acuerdo! —gritó el chico, torturado—. ¡Si pudiera se lo diría! Es como si no pudiera recordarlas porque son tan malas que no *quiero* recordarlas. Lo único que puedo recordar cuando me despierto es REDRUM.

—Redrum... Red *drum*... Red *rum*... ¿*Tambor* rojo o *ron* rojo?

—Ron.

—¿Y eso qué es, Danny?

—No lo sé.

—¿Danny?

—¿Sí, señor?

—¿Puedes hacer que Tony venga ahora?

—No sé. No siempre viene. Ni siquiera sé si yo quiero que siga viniendo.

—Inténtalo, Danny que yo estaré contigo.

Danny lo miró con incertidumbre, y Edmonds le hizo un gesto afirmativo, alentándolo.

El chico dejó escapar un largo suspiro y asintió.

—Pero no sé si resultará. Nunca lo he hecho con nadie que me esté mirando. Y de todas maneras, Tony no siempre viene.

—Si no viene, no viene —lo tranquilizó Edmonds—. Sólo quiero que lo intentes.

—Bueno.

Danny bajó la vista hacia los mocasines de Edmonds, que se balanceaban lentamente, y se orientó mentalmente hacia fuera, hacia mamá y papá, que estaban ahí, por alguna parte... del otro lado de esa pared donde había un cuadro. En la sala de espera donde habían estado los tres.

Sentados uno junto a otro, pero sin hablar. Hojeando revistas. Preocupados.

Por él.

Se concentró más, frunciendo el ceño, procurando captar el sentimiento de lo que pensaba su mamá. Siempre le resultaba más difícil cuando no estaban en la misma habitación que él. Después empezó a verlo.

Mami estaba pensando en una hermana... una hermana de ella que había muerto.

Y mami pensaba que era eso principalmente lo que la había convertido a ella en una *(¿perra?)* mujer triste y envejecida. Porque su hermana había muerto. De pequeña, la había *(atropellado un coche por dios no podrá soportar de nuevo una cosa así como la de aileen pero y si realmente está enfermo cáncer meningitis leucemia un tumor cerebral como el hijo de john gunter o una distrofia muscular oh dios todos los días hay chicos de su edad que tienen leucemia tratamientos con radio quimioterapia son cosas que no podríamos pagar pero claro que no lo pueden dejar a uno que se muera así en la calle y no de todos modo él está bien está bien en realidad no tendrías que estar pensando)*

(Danny...)

(en aileen y)

(Danny...)

(ese coche)

(Danny...)

Pero Tony no estaba. Sólo su voz. Y mientras la voz se desvanecía, Danny la siguió hacia la oscuridad, a tropezones, cayéndose por un mágico agujero abierto entre los mocasines oscilantes del doctor Bill, pasó junto a un fuerte ruido de golpes, después una bañera en la que flotaba algo horrible pasó lentamente por la oscuridad, pasó un sonido que parecía el carillón de una iglesia, pasó un reloj bajo una campana de cristal.

Después de una única luz, festoneada de telarañas, perforó débilmente las tinieblas. El tenue resplandor dejaba ver un suelo de piedra, de aspecto húmedo, desagradable. Por alguna

parte, no muy lejos, se oía un ruido continuo, una especie de rugido mecánico, pero amortiguado, algo que no daba miedo. Soporífero. Era eso lo que quedaría olvidado, pensó Danny con onírica sorpresa.

A medida que los ojos se le acostumbraban al resplandor alcanzó a ver a Tony delante de él, apenas una silueta. Tony estaba mirando algo y Danny se esforzó por ver lo que era.

(Tu papá. ¿Ves a tu papá?)

Claro que lo veía. ¿Cómo podía haber dejado de verle, aunque fuera con la débil luz del sótano? Papá estaba de rodillas en el suelo, iluminando con una linterna una serie de cajas de cartón y viejos cajones de madera. Las cajas de cartón también estaban viejas y mohosas; algunas se habían despanzurrado y los papeles que tenían dentro se desparramaban por el suelo. Periódicos, libros, papeles impresos que parecían facturas. Su papá los estaba examinando con gran interés. Y después papá levantó los ojos y enfocó la linterna en otra dirección. El rayo de luz señaló otro libro, uno grande, blanco, atado con un cordón dorado. La tapa parecía de cuero blanco. Era un libro de recortes. De pronto, Danny tuvo necesidad de llamar a su padre, de decirle que dejara en paz ese libro, que hay libros que no se deben abrir. Pero papá ya se encaminaba hacia él.

El rugido mecánico, que ahora Danny reconoció como el de la caldera del «Overlook», que su papá comprobaba tres o cuatro veces por día, había cobrado un amenazador ritmo de marcha. Empezó a sonar como... como un latido. Y el olor de humedad y de moho, de papel podrido también se estaba convirtiendo en otra cosa... en el penetrante aroma de enebro de la Cosa Mala. Algo que rodeaba a su padre como si fuera un pavor mientras Jack tendía la mano hacia el libro... y lo cogía.

Tony estaba por ahí, en la oscuridad

(este lugar inhumano hace monstruos humanos. Este lugar inhumano)

repitiendo una y otra vez las mismas palabras incomprensibles *(hace monstruos humanos.)*

De nuevo caer por la oscuridad, acompañado ahora por el sordo trueno palpitante que ya no era la caldera sino el ruido sibilante de un mazo de roque golpeando paredes revestidas de papel sedoso, arrancándoles bocanadas de polvo de yeso. Acurrucado, impotente, en la sinuosa selva azul y negra de la alfombra.

(Sal de una vez)

(Este lugar inhumano)

(¡y ven a tomar tu medicina!)

(hace monstruos humanos.)

Con un jadeo que le resonó en toda la cabeza, Danny se arrancó de la oscuridad. Primero trató de escapar de las manos que lo sujetaban, creyendo que ese algo oscuro que había en el «Overlook» del mundo de Tony se las había arreglado de alguna manera para seguirlo al mundo de las cosas reales... pero era el doctor Edmonds que le decía:

—Está bien, Danny, está bien. Todo está perfectamente.

Danny reconoció al médico; después comprendió que estaba en su despacho. Empezó a temblar, incontrolablemente. Edmonds lo abrazó:

—Dijiste algo de monstruos, Danny —le preguntó cuando la reacción empezó a disminuir—. ¿Qué era?

—Este lugar inhumano —respondió el chico con voz gutural—. Tony me dijo... este lugar inhumano... hace... hace... —movió la cabeza—. No puedo acordarme. —¡Inténtalo!

—No puedo.

—¿Vino Tony?

—Sí.

—¿Qué fue lo que te mostró?

—Algo oscuro. Palpitante. No recuerdo.

—¿Dónde estabais?

—*¡Déjeme en paz! ¡No recuerdo! ¡Déjeme en paz!* —el chico empezó a sollozar desesperadamente, de frustración y de miedo. Todo había desaparecido, disuelto en una masa pegajosa como un manojo de papeles húmedos, un recuerdo ilegible.

Edmonds fue hacia el refrigerador de agua y le alcanzó un vaso de papel. Danny se lo bebió y el médico le ofreció otro.

—¿Estás mejor?

—Sí.

—Danny, no quiero importunarte... fastidiarte con esto, quiero decir, pero ¿no recuerdas nada de *antes* que viniera Tony?

—Mi mamá —articuló lentamente el chico—. Está preocupada por mí.

—Como todas las madres, muchacho.

—No... es que ella tenía una hermana que murió cuando era pequeña.

Aileen. Y mamá pensaba que a Aileen la atropelló un coche y que eso la dejó a ella preocupada por mí. No recuerdo nada más.

Edmonds lo miraba atentamente.

—¿Ahora mismo estaba ella pensando eso? ¿Ahí fuera, en la sala de espera? —Sí, señor.

—Danny, ¿cómo puedes saber eso?

—No lo sé —su voz era un hilo—. Tal vez sea el esplendor.

—¿El qué?

Danny sacudió con mucha lentitud la cabeza.

—Estoy horriblemente cansado. ¿No puedo ir a ver a mamá y a papá?

No quiero contestar más preguntas. Estoy cansado y me duele el estómago.

—¿Tienes ganas de vomitar?

—No, señor. Sólo quiero ver a mamá y papá.

—Está bien, Dan. Ve un momento a verlos y después diles que vengan

—el doctor Edmonds se levantó—. Quiero hablar un momento con ellos. ¿De acuerdo?

—Sí, señor.

—Ahí fuera tienes libros para mirar. A ti te gustan los libros, ¿no?

—Sí, señor —respondió obedientemente Danny.

—Eres un buen chico, Danny.

Danny se despidió con una leve sonrisa.

—No encuentro que haya ningún problema con él, físicamente —explicó el doctor Edmonds al matrimonio Torrance.

Mentalmente, es inteligente y un poco demasiado imaginativo. A veces sucede que los chicos tienen que crecer dentro de su imaginación como dentro de un par de zapatos demasiado grandes. La imaginación de Danny es. todavía, en cierto modo, demasiado grande paca él. ¿Nunca le hicieron el test de CI?

—Yo no creo en esas cosas —declaró Jack—. No son más que una camisa de fuerza para las esperanzas de los padres y de los maestros.

—Es posible —asintió el doctor Edmonds—. Pero si le hicieran el test, creo que se encontrarían con que se aparta mucho de las cifras normales para su grupo de edad. Para un niño que no tiene todavía seis años, su capacidad verbal es sorprendente.

—Nosotros jamás le hablamos como a un bebé —dijo Jack con cierto orgullo.

—Dudo de que alguna vez lo hayan necesitado para hacerse entender

—Edmonds hizo una pausa, jugueteando con un lápiz—. Mientras yo estaba con él, se puso en trance. A petición mía. Exactamente como ustedes lo describieron anoche en el baño. Todos los músculos se le relajaron, con el cuerpo caído hacia delante y los ojos en blanco. La autohipnosis clásica de los libros de texto. Me quedé atónito, y sigo estándolo.

Los Torrance se alertaron inmediatamente.

—¿Qué sucedió? —preguntó tensamente Wendy y Edmonds les relatóen detalle el trance de Danny, la frase que había mascullado y de la cual Edmonds no había entendido más que las palabras «monstruos»,

«oscuridad» «latido». Las lágrimas posteriores, la acritud casi histérica, el dolor de estómago.

—Tony otra vez —comentó Jack.

—¿Qué significa eso? ¿Tiene usted alguna idea? —quiso saber Wendy.

—Algunas, pero tal vez no les gusten a ustedes.

—Adelante, de todas maneras —decidió Jack.

—Por lo que Danny me dijo, su «amigo invisible» era verdaderamente un amigo hasta que se mudaron aquí desde Nueva Inglaterra. A partir de la mudanza, Tony se ha convertido en una figura amenazadora. Los contactos placenteros se han convertido en pesadillas, que para él son mucho más aterradoras porque no puede recordar exactamente a qué se refieren. Eso es bastante común. Todos recordamos con más claridad los sueños agradables que los que nos asustan. Parece que en algún rincón entre lo consciente y lo subconsciente hubiera un amortiguador y que allí viviera un puritano de mil demonios, un censor que sólo deja pasar muy poco. Y frecuentemente, lo que deja pasar no es más que simbólico. Todo esto es Freud supersimplificado, pero describe bastante bien lo que sabemos de la interacción de la mente consigo misma.

—¿Cree usted que la mudanza haya trastornado tanto a Danny? — preguntó Wendy.

—Es posible, si se produjo en circunstancias traumáticas —precisó Edmonds—. ¿Sucedió así?

Wendy y Jack intercambiaron una mirada.

—Yo era profesor en una escuela preparatoria —explicó lentamente Jack— y me quedé sin trabajo.

—Ya veo —asintió Edmonds. Volvió a dejar sobre e! escritorio el lápiz con que había estado jugando—. Hay otras cosas, me temo, que pueden ser dolorosas para ustedes. Aparentemente, el niño cree que en algún momento ustedes dos pensaron seriamente en divorciarse. Lo dijo de modo casual, pero sólo porque cree que ustedes no consideran ya esa posibilidad.

A Jack se le abrió la boca, y Wendy dio un respingo como si la hubieran abofeteado. Su rostro quedó sin una gota de sangre.

—¡Pero si jamás hablamos de eso! —exclamó—. No sólo frente a él, ¡ni siquiera entre nosotros!

—Creo que es mejor que usted lo sepa todo, doctor —dijo Jack—.

Poco después del nacimiento de Danny, yo caí en el alcoholismo. Durante toda mi época de universitario había tenido un problema con la bebida; se suavizó un poco después, de haber conocido a Wendy y empeoró más que nunca después del nacimiento de Danny, en la época en que escribir, la actividad que yo considero mi verdadero trabajo, se me hacía realmente muy difícil. Cuando Danny tenía tres años y medio, me derramó una lata de cerveza sobre los papeles con que yo estaba trabajando... o con que estaba perdiendo el tiempo, en todo caso, y... bueno... a la mierda —se le quebró la voz, pero los ojos, secos, no rehuyeron la mirada del médico —. Qué tremenda bestialidad parece al decirlo. Cuando lo levanté para darle unos azotes, le rompí un brazo. Tres meses después dejé de beber, y no he vuelto a hacerlo desde entonces.

—Ya veo —asintió Edmonds, con tono neutral—. Naturalmente, yo vi que había habido una fractura. Soldó muy bien —se apartó de la mesa y cruzó las piernas—. Si me permiten la franqueza, es evidente que desde entonces no ha sufrido ningún maltrato. Aparte las picaduras, no se le encuentran más que los cardenales y rasguños que tiene cualquier chico.

—Claro que no —asintió acaloradamente Wendy—. Jack no tuvo intención...

—No, Wendy —la interrumpió él—. Sí que tuve intención. Creo que muy dentro de mí yo tenía la intención de hacerle eso. O algo peor —volvió a mirar a Edmonds —. ¿Sabe una cosa, doctor? Ésta es la primera vez que entre nosotros se pronuncia la palabra divorcio. Y alcoholismo. Y malos tratos a un niño. Las tres en cinco minutos.

—Es posible que eso esté en la raíz del problema —dijo Edmonds—.

Yo no soy psiquiatra, pero si ustedes quieren que Danny vea a un psiquiatra infantil, puedo recomendarles uno muy

bueno que trabaja en el Centro Médico de Boulder. Sin embargo, estoy bastante seguro de mi diagnóstico.

Danny es un chico inteligente, imaginativo y sensible. No creo que los problemas matrimoniales de ustedes lo hayan perturbado tanto como creen.

Los niños pequeños son grandes conformistas. No entienden lo que es la vergüenza, ni la necesidad de ocultar las cosas.

Jack se miraba las manos. Wendy le tomó una y se la apretó.

—Pero el niño sentía que había cosas que andaban mal. Entre ellas, desde su punto de vista, lo principal no era el brazo roto, sino el vínculo roto, o en peligro de romperse, entre ustedes dos. Él mencionó el divorcio, pero no el brazo roto. Cuando mi enfermera se lo mencionó, se limitó a encogerse de hombros. Para él no era una cosa importante. «Eso pasó hace mucho tiempo», creo que fue lo que dijo.

—Qué criatura —masculló Jack, con las mandíbulas fuertemente contraídas, los músculos de las mejillas destacados por la tensión—. No nos lo merecemos.

—De todas maneras lo tienen —resumió secamente Edmonds—. Y sea como fuere, él de cuando en cuando se retrae en su mundo de fantasía. En eso no hay nada excepcional; es lo que hacen muchos chicos. Yo recuerdo que a la edad de Danny, también tenía un amigo invisible, un gallo parlante que se llamaba Chug-Chug. Claro que yo era el único que lo veía. Como yo tenía dos hermanos mayores que muchas veces no me hacían caso, Chug-Chug me venía muy bien en esas situaciones. Y seguramente ustedes dos entienden por qué el amigo invisible de Danny se llama Tony, y no Mike o Hal o Dutch.

—Sí —contestó Wendy.

—¿Se lo han señalado alguna vez?

—No —respondió Jack—. ¿Deberíamos hacerlo?

—¿Por qué preocuparse? Déjenlo que él se dé cuenta en su momento, usando su propia lógica. Fíjense ustedes que las fantasías de Danny son considerablemente más profundas que las que acompañan de ordinario al síndrome del

amigo invisible, pero la necesidad que él sentía de Tony también era más intensa. Tony venía y le mostraba cosas agradables. A veces, sorprendentes, pero siempre cosas buenas. Una vez Tony le mostró dónde estaba el baúl que se le había perdido a papá... bajo las escaleras. Otra vez le mostró que para su cumpleaños, mamá y papá iban a llevarlo a un parque de diversiones...

—¡Al Great Barrington! —exclamó Wendy—. Pero, ¿cómo podía *saber* esas cosas? Son espeluznantes las cosas con que sale a veces. Casi como si...

—Tuviera clarividencia —completó Edmonds, sonriente.

—Nació envuelto en las membranas —evocó débilmente Wendy.

La sonrisa de Edmonds se convirtió en una franca carcajada. Jack y Wendy se miraron y sonrieron también, atónitos al ver lo fácil que era. Esos

«aciertos misteriosos» que solía tener Danny eran otra de las cosas de las cuales no habían hablado mucho.

—Ahora falta que me digan que es capaz de levitar —agregó Edmonds, todavía sonriendo—. No, no, me temo que no. No es nada extrasensorial, sino nuestra vieja conocida la sensibilidad humana, que en el caso de Danny es excepcionalmente aguda. Señor Torrance, él supo que su baúl estaba debajo de la escalera porque era el único lugar donde usted no había mirado. Un proceso de eliminación tan simple que le daría risa a Ellery Queen. Tarde o temprano, a usted mismo se le habría ocurrido.

»Y en cuanto al parque de diversiones de Great Barrington, ¿de quién partió la idea? ¿De ustedes o de él?

—De él, por supuesto —respondió Wendy—. Durante toda la mañana lo habían anunciado en los programas para niños, y él estaba loco por ir.

Pero la cosa es, doctor, que nosotros no teníamos dinero para llevarlo, y se lo habíamos dicho.

—Entonces, una revista para hombres que me había comprado un cuento en 1971 me envió un cheque por cincuenta dólares —explicó Jack—.

Querían reproducir el cuento en un anuario, o algo así. Entonces, decidimos gastarlo en Danny.

Edmonds se encogió de hombros.

—Un deseoque se cumple por una feliz coincidencia.

—Demonios, parece que está usted en lo cierto —admitió Jack.

—Y el propio Danny me dijo que muchas veces Tony le mostraba cosas que después no ocurrían. Visiones basadas en un fallo perceptivo, simplemente. Danny hace subconscientemente lo que los supuestos «místicos» y «videntes» hacen bien a conciencia y con todo cinismo. Me parece admirable. Si la vida no lo obliga a retraer las antenas, creo que será un hombre estupendo.

Wendy hizo un gesto afirmativo, porque naturalmente ella pensaba que Danny sería un hombre estupendo; pero la explicación del médico le sonaba a blablablá. Sabía más a margarina que a mantequilla. Edmonds no había vivido con ellos. No había estado presente cuando Danny encontraba botones perdidos, le decía a Wendy que tal vez la guía de TV estuviera debajo de la cama,que le parecía mejor llevar los chanclos a la escuela aunque hubiera sol... y ese día volvían a casa caminando bajo una lluvia impresionante, protegidos por el paraguas de Wendy. Edmonds no podía saber de qué manera tan extraña se anticipaba Danny a los deseos de ambos. Si excepcionalmente, una tarde,Wendy decidía prepararse una taza de té, en la cocina se encontraba una taza preparada con un saquito de té dentro. Cuando pensaba que tenía que devolver los libros a la biblioteca, se los encontraba todos pulcramente apilados sobre la mesa del vestíbulo, coronada la pila por su tarjeta de lectora. O a Jack se le ocurría lavar el «Volkswagen» y se encontraba a Danny ya afuera, escuchandosu radio de galena mientras esperaba, sentado al bordede la acera, para verlo trabajar.

En voz alta, se limitó a preguntar:

—Entonces, ¿por qué ahora tiene pesadillas? ¿Por qué Tony le dijo que echara el pestillo a la puerta del baño?

—Creo que es porque Tony ha sobrevivido a su utilidad —explicó Edmonds—. Nació en un momento (Tony, no Danny) en que usted y su marido se esforzaban por

mantener unida la pareja. Su marido bebía demasiado. Estuvo el incidente del brazo roto. Y el silencio amenazador entre ustedes dos.

Silencio amenazador, sí, esas palabras eran las que decían la verdad.

Las comidas tensas y ceremoniosas en que no se decían otra cosa que por favor pásame la mantequilla o Danny, cómete todas las zanahorias o si me disculpas, por favor. Las noches en que Jack desaparecía y ella se tendía con los ojos secos en el diván mientras Danny miraba la TV. Las mañanas en que ella y Jack daban vueltas uno en derredor del otro como dos gatos enojados con un ratón tembloroso y asustado en el medio. Todo eso sonaba a verdad; (Dios mío, ¿es que alguna vez dejan de doler las viejas cicatrices?) horrible, horriblemente verdad.

—Pero las cosas han cambiado —resumió Edmonds—. Ustedes saben que entre los niños, las conductas esquizoides son algo bastante común. Y se las acepta, porque en todos nosotros los adultos rige el acuerdo tácito de que los niños son lunáticos. Tienen amigos invisibles. Cuando están deprimidos pueden ir a esconderse en el armario, para aislarse del mundo.

Asignan el valor de talismán a una manta, a un osito o a un tigre de trapo.

Se chupan el pulgar. Cuando un adulto ve cosas inexistentes, lo consideramos listo para que lo metan en un cuarto de paredes acolchadas.

Cuando un niño dice que vio un duende en el dormitorio o un vampiro del otro lado de la ventana, nos limitamos a sonreír con indulgencia. Tenemos una frase que nos sirve de explicación para todos los fenómenos de ese tipo en los niños.

—Ya se le pasará —apuntó Jack.

—Exactamente —parpadeó Edmonds—. Sí. Pues bien, yo sospecho que Danny estaba en excelente situación para desarrollar una psicosis con todas las de la ley. Una vida familiar desdichada, mucha imaginación, el amigo invisible que para él era tan real que casi se hizo real para ustedes. En vez

de «pasársele esa esquizofrenia infantil», Danny podría haberse pasado a ella.

—¿Y terminar siendo autista? —preguntó Wendy. Algo había leído sobre el autismo, y la palabra misma la asustaba; le sonaba a un terrible silencio blanco.

—Posible, pero no necesariamente. Podría haberse limitado a entrar algún día en el mundo de Tony y no haber regresado nunca a lo que él llama «las cosas reales».

—Dios —suspiró Jack.

—Pero ahora, la situación básica ha cambiado drásticamente. El señor Torrance ya no bebe. Están ustedes en un lugar nuevo, donde las condiciones obligan a los tres a estrechar más que nunca la unidad familiar; bastante más estrecha que la mía, ya que mi mujery mis hijos no me ven más de dos o tres horas por día. En mi opinión, está en una perfecta situación curativa. Y pienso que el hecho mismo de que sea capaz de establecer una diferenciación tan nítida entre el mundo de Tony y las «cosas reales» habla muy en favor de la salud mental de Danny. Él dice que ustedes dos ya no piensan en divorciarse. ¿Tiene razón, como creo?

—Sí —respondió Wendy, y Jack le apretó con fuerza la mano.

Ella le devolvió el apretón.

Edmonds hizo un gesto de asentimiento.

—Entonces ya no necesita a Tony. Danny lo está expulsando de su sistema. Tony ya no le trae visiones placenteras, sino pesadillas hostiles que lo asustan demasiado para que pueda recordarlas, salvo fragmentariamente.

Danny interiorizó a Tony durante una situación vital difícil, por no decir desesperada, y ahora Tony se resiste a irse. Pero se *está* yendo. Su hijo es un poco como un drogadicto que está dejando el hábito.

Se levantó, y los Torrance también se pusieron de pie.

—Como ya les dije, yo no soy psiquiatra. Si las pesadillas continúan todavía para la primavera, cuando termine usted su trabajo en el

«Overlook», señor Torrance, yo les insistiría en que lo llevaran a ver al especialista de Boulder.

—Así lo haré.

—Muy bien, vamos a decirle que se puede ir a casa —propuso Edmonds.

—Quiero darle las gracias —dijo penosamente Jack—. Me siento mejor respecto de todo este asunto de lo que me había sentido en mucho tiempo.

—Yo también —agregó Wendy.

Ya en la puerta, Edmonds se detuvo a mirarla.

—Señora Torrance, ¿tuvo o tiene usted una hermana, de nombre Aileen?

Wendy lo miró sorprendida.

—Sí, la tuve. La mataron cerca de casa, en Somersworth, de New Hampshire, cuando ella tenía seis años y yo diez. Bajó corriendo a la calle, tras una pelota, y la atropelló un camión.

—¿Danny lo sabe?

—No sé. Creo que no.

—Él dice que usted estuvo pensando en ella mientras estaba en la sala de espera.

—Es así —dijo Wendy, lentamente—. Por primera vez en... Oh, no sé en cuánto tiempo.

—La palabra «redrum», ¿significa algo para alguno de ustedes?

Wendy sacudió la cabeza, pero Jack, contestó:

—Anoche, antes de dormirse, mencionó esa palabra. Tambor rojo.

—No, *ron* —rectificó Edmonds—. En eso fue muy categórico. *Rum*, como en la bebida. La bebida alcohólica.

—Ah. Pues encaja, ¿no? —balbuceó Jack, y sacó el pañuelo del bolsillo de atrás para pasárselo por los labios.

—«El esplendor», ¿es una frase que signifique algo para alguno de ustedes?

Esa vez, los dos negaron con la cabeza.

—Supongo que no importa —Edmonds abrió la puerta que daba a la sala de espera—. ¿Hay alguien aquí que se llame Danny Torrance y que quiera irse a su casa?

—¡Hola, papá! ¡Hola, mamá! —el chico se levantó de junto a la mesa baja donde había estado hojeando un libro mientras leía trabajosamente en voz alta las palabras que conocía.

Corrió hacia Jack, que lo levantó en el aire mientras Wendy le desordenaba el pelo.

Edmonds lo miró con aire de complicidad.

—Si tu mamá y tu papá no te gustan, puedes quedarte con el viejo doctor Bill.

—¡No, señor! —dijo Danny con resolución. Con un aspecto radiante de felicidad, pasó un brazo alrededor del cuello de Jack, el otro en torno del de Wendy.

—Perfecto —aceptó Edmonds, sonriendo, y miró a Wendy—. Llámeme si tienen algún problema.

—Sí.

—Pero no creo que lo haya —concluyó Edmonds, sonriendo.

18. EL ÁLBUM DE RECORTES

Jack encontró el álbum de recortes el uno de noviembre, mientras su mujery su hijo daban un paseoa pie por el viejo camino lleno de baches que desdela parte de atrás de la cancha de roqueconducía a una serrería abandonada, a unos tres kilómetros de allí. El tiempo seguía siendo espléndido, y los tres habían adquirido un inverosímil bronceado otoñal.

Jack había bajado al sótano a aminorar la presión de la caldera y, siguiendo un impulso, había cogido la linterna del estante donde estaban los planos de la fontanería, decidido a echar un vistazo a los periódicos viejos.

Buscaba además lugares adecuados para instalar las ratoneras, aunque eso no pensaba hacerlo hasta un mes más adelante... cuando estuviera seguro de que todas las ratas habían vuelto de sus vacaciones, le explicó a Wendy.

Guiándose con la luz de la linterna, pasó junto al hueco del ascensor (que por insistencia de Wendy no había usado desdeque llegaron) y bajo el pequeño arco de piedra. El olor del papel podrido le hizo arrugar la nariz.

Trasél, la caldera emitió un resoplido grave, como un trueno, que lo sobresaltó.

Recorrióel lugar con la luz, mientras silbaba entre dientes. Había una maqueta de la cordillera de los Andes: docenas de cajas y cajones atestados de papeles, la mayor parte de ellos en blanco, deformados por el tiempo y la humedad. Otras cajas se habían abierto y desparramaban por el suelo de piedra amarillentos montones de papel. Había fardos de periódicos atados con cuerdas. Algunas cajas contenían algo que parecían libros de contabilidad, y otros formularios sujetos con bandas de goma.

Jack sacó uno y lo iluminó con la linterna.

ROCKY MOUNTAIN EXPRESS, INC.

A: «OVERLOOK HOTEL»
De: SIDEY'S WAREHOUSE, 1210 16th Street, Denver CO.
Vía: CANADIAN PACIFIC RR Contenido: 400 CAJAS PAPEL HIGIÉNICO «DELSEY».

Firmado: D. E. F. Fecha: 24 agosto 1954.

Con una sonrisa, Jack volvió a dejar caer el papel dentro de la caja. Dirigió la luz hacia arriba e iluminó una bombilla colgada del techo, sepultada casi por las telarañas. No tenía cadena para encenderla. Se puso de puntillas para enroscar mejor la bombilla. Se encendió débilmente. Recogió la factura y la empleó para quitar algunas telarañas: la luz no aumentó mucho. Empleando aún la linterna se paseó entre las cajas y fardos de papel, en busca de rastros de ratas. Las había habido, pero hacía mucho tiempo... años tal vez. Encontró algunas cagarrutas pulverizadas por el tiempo y varios nidos hechos con trozos de papel, viejos y sin usar. Sacó un periódico de uno de los paquetes y echó un vistazo a los titulares.

JOHNSON PROMETE UNA TRANSICIÓN ORDENADA

Dice que las obras empezadas por JFK se continuarán el año próximo

El periódico era el *Rocky Mountain News*, y la fecha el 19 de diciembre de 1963. Jack volvió a dejarlo en el montón.

Se sentía fascinado por esa elemental sensación del transcurrir histórico que cualquiera tiene al echar un vistazo a las noticias de diez o veinte años atrás. En el montón de periódicos y anotaciones había lagunas: nada de 1937 al 45, del 57 al 60, del 62 al 63. Se imaginó que eran las épocas en que el hotel había estado cerrado.

Las explicaciones que le había dado Ullman sobre la azarosa historia del «Overlook» no le parecían del todo convincentes. Parecía que sólo la situación espectacular del hotel garantizaría un éxito permanente. Los millonarios norteamericanos habían existido siempre, desde antes que se inventaran los *jets*, y a Jack le parecía que el «Overlook» debía de haber sido una de las bases que tocaran en sus migraciones. Era lo que sonaba más verosímil. El «Waldorf» en mayo, el «Bar Harbor House» en junio y julio, el «Overlook» en agosto y a comienzos de setiembre, antes de irse a las Bermudas, a La Habana, a Río... donde fuera. Encontró una pila de viejos registros de huéspedes, pero lo aburrieron. Nelson Rockefeller en 1950, Henry Ford y su familia en 1927, Jean Harlow en 1930. Clarck Cable y Carole Lombard. En 1956, «Darryl F. Zanuck y compañía» habían ocupado durante una semana todo el piso alto. El dinero debía de haber rebosado por los corredores y por las cajas registradoras como una inundación alucinante. Y la administración tuvo que ser espectacularmente mala.

Vaya si había historia allí, y no precisamente en los titulares de los periódicos. Estaba ahí enterrada en los asientos de los libros mayores y en los vales de servicios a las habitaciones donde no era fácil descubrirla. En 1922, Warren G. Harding había encargado, a las diez de la noche, un salmón entero y un cajón de cerveza «Coors». Pero, ¿con quién había estado comiendo y bebiendo? ¿Había sido una partida de póquer, una reunión estratégica... o qué?

Jack miró el reloj y se sorprendió al ver que ya habían pasado cuarenta y cinco minutos desde que había bajado al sótano. Tenía las manos y los brazos mugrientos, y tal vez hasta oliera mal. Decidió subir a darse una ducha antes de que volvieran Wendy y Danny.

Andando lentamente, pasó por entre las montañas de papeles; se sentía mentalmente alerta y por su cabeza desfilaban posibilidades con euforizante rapidez. Hacía años que no se sentía así. De pronto tuvo la sensación de que el nuevo libro que, medio en broma, se había prometido escribir, podía ser algo muy real. Hasta era posible que estuviera allí

mismo, sepultado entre esos desordenados montones de papel. Podría ser una obra de ficción o de historia, o las dos: un libro largo, que desde allí estallara en un centenar de direcciones.

De pie bajo la bombilla sucia de telarañas, sin darse cuenta sacó el pañuelo del bolsillo de atrás y se lo pasó por los labios. Y entonces fue cuando vio el álbum de recortes.

A su izquierda, como una torre de Pisa, se elevaba una pila de cinco cajas. La de más arriba estaba llena de libros comerciales y facturas, y sobre todo eso, en equilibrio desdesabría Dios cuántos años, había un grueso álbum de recortes con tapas de piel blanca, sujetas las páginas por dos trozos de cordón dorado que alguien había atado con ostentosos lazos. Por curiosidad lo alcanzó. La tapa de encima tenía una gruesa capa de polvo.

Jack la sostuvo al nivel de los labios, sopló el polvo que se disipóen una nube, y lo abrió. Al hacerlo, se escapó una tarjeta que Jack atrapó en el aire, antes de que pudiera llegar al suelo de piedra. Era suntuosa, color crema, dominada por un grabado en relieve del «Overlook» con todas las ventanas iluminadas. El parque y el campo de juegos estaban adornados con linternas japonesas encendidas. Daba casi la impresión de que se pudiera entrar en él, en un «Overlook Hotel» que había existido hacía treinta años.

Horace M. Derwent
solicita el placer
de su asistencia a
un baile de máscaras para
celebrar la inauguración
del
«OVERLOOK HOTEL»
La cena se servirá a
las 8 de la tarde.
Desenmascaramiento y
baile a medianoche.
29 agosto, 1945 Se ruega respuesta

¡La cena a las ocho! ¡El desenmascaramiento a medianoche!

Jack casi podía verlos en el comedor: los hombres más ricos de Norteamérica y sus esposas. Ellos de esmoquin e impecable camisa almidonada; ellas con vestidos de noche; la música de la orquesta; el repiqueteo de los tacones altos. Tintinear de cristales, estampidos de corchos de champaña. La guerra había terminado, o casi. El futuro se abría ante ellos, limpio y resplandeciente. Norteamérica era el coloso del mundo, y por fin ella misma lo sabía y lo aceptaba.

Y luego, a medianoche, el propio Derwent gritando:

—¡A quitarse las máscaras! ¡A quitarse las máscaras!

Y las máscaras que se apartan, y...

(Y sobre todos ellos la Muerte Roja.)

Frunció el ceño. ¿De qué siniestro rincón le salía eso? Eso era de Poe, el insigne Escritorzuelo Norteamericano. E indudablemente el «Overlook» —ese «Overlook» iluminado y resplandeciente de la invitación que tenía en sus manos— era lo menos parecido a E. A. Poe que se pudiera imaginar.

Volvió a dejar la invitación dentro del libro y pasó a la página siguiente. Un recorte de uno de los periódicos de Denver, y debajo garabateada la fecha: 15 mayo, 1947.

REAPERTURA DE ELEGANTE HOTEL DE TEMPORADA EN LA MONTAÑA CON
ESTRELLAS DE PRIMERA MAGNITUD COMO HUÉSPEDES
Derwent dice que el «Overlook» será
El «Espectáculo del mundo»
Por David Felton, redactor jefe.

En sus 38 años de historia, el «Overlook Hotel» ha sido inaugurado y vuelto a inaugurar, pero pocas veces con el estilo y brío que nos promete Horace Derwent, el misterioso millonario californiano que es el último propietario del establecimiento.

Derwent, que no hace ningún secreto del hecho de haberse gastado más de un millón de dólares en su

última aventura —aunque hay quien dice que la cifra se acerca más a los tres millones—, declara que «El nuevo "Overlook" será uno de los espectáculos del mundo, uno de esos hoteles en los que, treinta años más tarde, se recordará haber pasado una noche».

Cuando a Derwent, de quien se rumorea que tiene cuantiosos intereses en Las Vegas, le preguntaron si el hecho de haber comprado y reformado el «Overlook» representaba el primer disparo en la batalla por la legalización del juego en casinos en el Estado de Colorado, el magnate de la aviación, el cine, las fábricas de armamentos y los astilleros lo negó... con una sonrisa. «Introducir el juego sería abaratar el "Overlook"», dijo «y tampoco pienso derrotar a Las Vegas. ¡Tengo demasiadas fichas allá para eso! No tengo interés en entrar en manejos para legalizar el juego en Colorado; sería como escupir contra el viento».

Cuando el «Overlook» abra oficialmente (en sus instalaciones hubo una gigantesca fiesta, de enorme éxito, hace un tiempo, cuando se terminaron los trabajos), sus habitaciones, pintadas, empapeladas y decoradas de nuevo, darán alojamiento a una lista estelar de huéspedes, que van desde el diseñador de modas Corbat Stani a...

Con una sonrisa divertida, Jack pasó la página y se quedó mirando un anuncio a doble página de la sección de viajes del *New York Sunday Times*.

En la página siguiente había una nota sobre el propio Derwent, un hombre calvo con ojos capaces de traspasarlo a uno incluso desde la foto de un periódico amarillento. Llevaba anteojos sin montura y un bigote como dibujado a lápiz, en el estilo de los años cuarenta, que en nada le hacía parecerse a Errol Flynn. Tenía cara de contable; eran los ojos los que le daban aire de ser algo —o alguien— más que eso.

Jack recorrió rápidamente el artículo. La mayor parte de la información le era conocida por una nota del *Newsweek* sobre Derwent aparecida el año anterior. Nacido pobre

en St. Paul, no terminó el secundario y en cambio entró en la Armada. Tras un rápido ascenso se retiró en medio de un áspero pleito por la patente de un nuevo modelo de hélice que había diseñado. En el tira y afloja entre la Armada y un joven desconocido llamado Horace Derwent, el resultado era previsible: ganó el Tío Sam. Pero el Tío Sam jamás había vuelto a conseguir otra patente, y eso que había habido muchas.

A fines de la década del veinte y comienzos de la siguiente, Derwent se orientó hacia la aviación. Compró una compañía arruinada que no hacía más que juntar polvo, la convirtió en un servicio postal aéreo y la sacó adelante. Vinieron después más patentes: un nuevo diseño de alas para un monoplano; un dispositivo para bombas que se usó en las fortalezas volantes que habían vomitado fuego sobre Hamburgo, Dresde y Berlín; una ametralladora refrigerada por alcohol; un prototipo del asiento eyectable que más adelante se usó en los *jets* de los Estados Unidos.

Y durante todo el proceso, el contable que vivía bajo el mismo pellejo que el inventor seguía amontonando las inversiones. Una insignificante cadena de fábricas de munición en los Estados de Nueva York y de Nueva Jersey. Cinco hilanderías en Nueva Inglaterra. Fábricas de productos químicos en el Sur acosado por la miseria. Al término de la Depresión su riqueza no había consistido en otra cosa que en un puñado de intereses predominantes, comprados a precios abismalmente bajos y vendibles únicamente a precios más bajos aún. Hubo un momento en que Derwent se jactaba de que si vendía todo lo que tenía podía comprarse un «Chevrolet» de hacía tres años.

Jack recordaba que se habían difundido rumores de que algunos de los medios empleados por Derwent para mantenerse a flote no fueron muy delicados. Enredos con la fabricación clandestina de bebidas; prostitución en el Medio Oeste; contrabando en las zonas costeras del Sur, donde tenía sus fábricas de fertilizantes. Finalmente, vinculaciones con los intereses de las primeras casas de juego del Oeste.

Probablemente, la inversión más famosa de Derwent fuera la compra, en pleno naufragio, de los estudios Top Mark, que no habían tenido un solo acierto desde que su actriz infantil, Little Margery Morrys, se les había muerto de una dosis excesiva de heroína en 1934, a los catorce años. La versión oficial fue que la estrella —que se había especializado en deliciosas chiquillas de siete años que salvaban matrimonios y rescataban la vida de perros injustamente acusados de matargallinas—, había contraído una «enfermedad consuntiva» mientras actuaba en un orfanato de Nueva York.

Top Mark le rindió el homenaje del funeral más suntuoso que se hubiera visto en la historia de Hollywood, aunque algunos cínicos insinuaron que los del estudio se habían gastado todo ese dinero porque sabían que a quien estaban enterrando era a Top Mark.

Derwent contrató a Henry Finkel, astuto hombre de negocios y desaforado maníaco sexual, para dirigir Top Mark, y en los dos años que precedieron a Peal Harbor el estudio vomitó sesenta películas, de las cuales cincuenta y cinco no pasaron por la Oficina Hayes más que para sacar la lengua en las propias narices del censor. Las otras cinco eran películas de propaganda del gobierno. Los filmes comerciales fueron éxito clamorosos.

Durante la filmación de uno de ellos un anónimo diseñador de modas había ideado un sostén sin hombreras para que lo luciera la heroína durante la escena del Gran Baile, en la que mostraba todo lo que tenía, a no ser —posiblemente— una marca de nacimiento un poco por debajo de donde se separan las nalgas. También el crédito por ese invento fue para Derwent, y para aumento de su reputación y notoriedad.

La guerra lo había enriquecido, y seguía siendo rico. Establecido en Chicago, rara vez se lo veía a no ser en las juntas directivas de «Derwent Enterprises» (que presidía con mano de hierro) y se rumoreaba que era dueño de «United Air Lines», Las Vegas (donde se sabía que tenía intereses predominantes en cuatro hoteles-casino, y la mano

metida en otros seis, por lo menos), Los Angeles e incluso de los Estados Unidos. Conocido por sus amistades entre los nombres de la realeza, de los presidentes del hampa, muchos pensaban que era el hombre más rico del mundo.

Pero no había podido sacar adelante el «Overlook», pensó Jack.

Durante un momento, dejó el álbum de recortes para sacar la pequeña libreta de notas y el lápiz estilográfico que llevaba siempre en el bolsillo del pecho. «Buscar H. Derwent en bibl. Sidwndr.», anotóy volvióa guardar la libreta y a coger el álbum de recortes. Tenía la expresión preocupada, los ojos distantes y continuamente se frotaba la boca con la mano mientras seguía pasando páginas.

Recorrió rápidamente el material que seguía, mientras tomaba mentalmente nota para leerlo con más atención en otro momento. En muchas de las páginas había recortes de gacetillas de Prensa. Fulano era esperado en el «Overlook» la semana siguiente, zutano organizaba una recepción en el salón (el que en la época de Derwent se llamaba Red-Eye Lounge). Muchos de los que invitaban eran apellidos de Las Vegas, y muchos invitados eran ejecutivos y estrellas de Top Mark. Después apareció un recorte fechado el 1.º de febrero de 1952:

MILLONARIO VENDE INVERSIONES
EN COLORADO

Trato hecho con inversionistas californianos sobre el «Overlook» y otras inversiones.

Revelaciones de Derwent.

Por Rodney Concklin, redactor financiero.

En un sucinto comunicado proporcionado ayer por las oficinas en Chicago de la monolítica «Derwent Enterprises» se reveló que el millonario (billonario, tal vez.) Horace Derwent ha vendido la totalidad de sus inversiones en Colorado, en una vertiginosa operación financiera que quedará completada el 1.º de octubre de 1954. Las inversiones de Derwent incluyen gas natural, carbón, energía hidroeléctrica

y una compañía de bienes raíces, la Colorado Sushine, Inc., que es propietaria de una superficie de más de 200.000 Ha. de tierra en Colorado o tiene opciones sobre ella.

La inversión de capital más famosa de Derwent en Colorado, el «Overlook Hotel», ya ha sido vendido, según lo reveló Derwent en una excepcional entrevista concedida ayer. El comprador fue un grupo de inversionistas californianos encabezado por Charles Grondin, ex director de la «Corporación de Tierras de California». Aunque Derwent declinó hacer referencia al precio, según fuentes bien informadas...

Había vendido todo, absolutamente todo. No era solamente el «Overlook». Pero de alguna manera... de alguna manera... Jack volvió a enjugarse los labios con la mano y deseó poder beber algo. Eso iría mejor si tuviera algo para beber. Siguió pasando más páginas.

El grupo de California había abierto el hotel durante dos temporadas y después se lo vendió al «Mountainview Recorts», otro grupo de Colorado, que en 1957 se declaró en quiebra, entre acusaciones de corrupción, escamoteo de fondos y estafas a los accionistas. Dos días después de haber sido emplazado para comparecer ante un gran jurado, el presidente de la compañía se mató de un tiro.

Durante el resto del decenio el hotel había estado cerrado. Sobre esa época no había más que un artículo, en un periódico dominical, con el titular ANTIGUO GRAN HOTEL SUMIDO EN EL ABANDONO. Las fotos que lo ilustraban hicieron que a Jack se le encogiera el corazón: la pintura de la terraza delantera desconchada, el césped lleno de hierbas y de parches pelados, las ventanas destrozadas por tormentas y piedras. Eso también sería parte del libro, si es que llegaba a escribirlo: el fénix que se reduce a cenizas para después renacer. Jack se prometió que él cuidaría del hotel; lo cuidaría bien. Le parecía que antes de ese día no había entendido en realidad la magnitud de su responsabilidad con el «Overlook». Era casi como tener una responsabilidad ante la historia.

En1961 cuatro escritores, dos de ellos ganadores del Premio Pulitzer, habían alquilado el hotel para reabrirlo como escuela para escritores. Eso había durado un año. Uno de los estudiantes se había emborrachado en su habitación del tercer piso, se había arrojado por la ventana y había ido a estrellarse en la terraza de cemento de abajo. El periódico insinuaba que podía habersido un suicidio.

Todos los grandes hoteles tienen escándalos, había dicho Watson, *lo mismo que cualquier gran hotel tiene un fantasma. ¿Por qué? Demonios, la gente viene y va...*

De pronto le pareció que casi podía sentir el peso del «Overlook» como algo que lo oprimía desdearriba, con sus ciento diez habitaciones, los depósitos de provisiones, la cocina, la despensa, el congelador, el vestíbulo, el salón de baile, el comedor... *(En el salón las mujeres vienen* y *van) (...y sobre todos ellos la Muerte Roja.)*

Se frotó los labiosy pasó a la página siguiente del álbum de recortes.

Había llegado ya al último tercio de él y por primera vez se preguntó conscientemente de quién sería ese volumen abandonado encima del montón de papeles más alto del sótano.

Un nuevo titular, de fecha 10 de abril de 1963.

GRUPO DE LAS VEGAS COMPRA FAMOSO HOTEL EN COLORADO

El pintoresco «Overlook» convertido en club reservado.

"Como portavoz de un grupode inversionistas reunidos bajo el nombre de «High Country Investments», Robert T. Leffing anunció hoy en Las Vegas que la «Hight Country» ha negociado la compra del famoso «Overlook Hotel», establecimiento de temporada situado en lo alto de las Montañas Rocosas. Leffing rehusó mencionar específicamente los nombres de los inversionistas, pero dijo que el hotel sería convertido en un club muy reservado. Dijo que el grupoque él representa espera contar entre sus miembros a los más altos ejecutivos de las compañías norteamericanas y extranjeras.

La «High Country» es también propietaria de hoteles en Montana, Wyoming y Utah.

El «Overlook» llegó a ser mundialmente conocido en los años 1946-1952, cuando fue propiedad del esquivo megamillonario Horace Derwent, quien"...

En la página siguiente había un breve suelto con fecha de cuatro meses más tarde. El «Overlook» había sido reabierto bajo nueva dirección.

Aparentemente el periódico no había podido descubrir quiénes eran los principales accionistas —o no le había interesado—, porque no se mencionaban apellidos sino que se hablaba solamente de «High Country Investments», la firma de apariencia más anónima de que Jack hubiera tenido noticias, a no ser una cadena de tiendas de bicicletas y electrodomésticos de Nueva Inglaterra bajo el nombre de «Negocios, Ltd.».

Jack pasó la página y se quedó mirando el recorte que tenía pegado:

¿VUELVE EL MILLONARIO DERWENT
A COLORADO POR LA PUERTA TRASERA?
Revélase que Ch. Grondin es un ejecutivo de la «High Country». Por Rodney Concklin, director financiero.

"El hotel «Overlook», espectacular palacio situado en las tierras altas de Colorado, que fue en su momento el juguete particular del millonario Horace Derwent, constituye el centro de una maraña financiera que en este momento comienza a salir a la luz.

El 10 de abril del año pasado el hotel fue adquirido por «High Country Investments», empresa de Las Vegas, como club exclusivo para ejecutivos adinerados del país y del extranjero. Fuentes bien informadas afirman que «High Country» está presidida por Charles Grondin, 53, que fue director de «California Land Development Corp.» hasta 1959, fecha en la que renunció para

asumir el cargo de vicepresidente ejecutivo en la oficina de «Derwent Enterprises» en Chicago.

Esto lleva a conjeturar que quizá «High Country Investments» esté controlada por Derwent, quien podría así haber adquirido por segunda vez el «Overlook», en circunstancias muy especiales.

No nos ha sido posible establecer contacto con Grondin, que en 1960 fue acusado y absuelto de una supuesta evasión de impuestos, y Horace Derwent, que guarda celosamente su aislamiento, no hizo ningún comentario cuando hablamos por teléfono con él. El representante en el Congreso Dick Bows,de Golden, ha pedido una investigación a fondode"...

Ese recorte tenía fecha 27 de julio de 1964. El siguiente era una columna tomada de un suplemento dominical de setiembre del mismo año.

El artículo estaba firmado por Josh Brannigar, periodista muy en la línea de Jack Anderson. Jack recordaba vagamente que había muerto en 1968 o 1969.

¿ZONA FRANCA DE LA MAFIA EN COLORADO?

Por Josh Brannigar.

"Parece posible que el ultimísimo refugio de los superseñores de la Organización en los EE.UU. se encuentre en un apartado hotel enclavado en el centro de las Montañas Rocosas. El «Overlook Hotel», un elefante blanco que fue dirigido sin suerte por casi una docena de grupos e individuos sucesivos desdeque abrió sus puertas por primera vez en 1910, funciona ahora como un vigiladísimo «club exclusivo» para hombres de negocios en proceso ascendente. La pregunta que nos hacemos nosotros es ésta: ¿cuáles son *realmente* los negocios de los principales accionistas del «Overlook»?

Los miembros presentes durante la semana del 16 al 23 de agosto pueden darnos una idea. La lista que sigue fue obtenida por un antiguo empleado de «High Country Investments», compañía de la que primero se creyó que actuaba como testaferro de «Derwent Enterprises» Con los nuevos datos

disponibles parece mas probable que los intereses de Derwent en «High Country» (si los tiene) sean superados en mucho por los de varias grandes figuras del juego en Las Vegas. Estos mismos tahúres de alto vuelo estuvieron vinculados con personajes a la vez sospechosos y convictos pertenecientes al mundo del hampa.

Durante aquella soleada semana de agosto estuvieron presentes en el «Overlook»:

Charles Grondin, presidente de «High Country Investments» Cuando en julio de este año se supo que Grondin pilotaba la nave de «High Country», se anunció —con retraso considerable— que había renunciado antes a su cargo en «Derwent Enterprises». El dignamente canoso Grondin, que se negó a formular declaraciones para esta columna, fue ya procesado y absuelto de cargos de evasión de impuestos, en el año 1960.

Charles «Baby Charlie» Battaglia, un sexagenario empresario de Las Vegas (con importantes intereses en «The Greenback» y «The Lucky Bones», en la calle principal de casas de juego en Las Vegas). Battaglia es íntimo amigo de Grondin. Su historial de arrestos se remonta a 1932, fecha en la que fué procesado y absuelto por el asesinato, al estilo gángster de Jack «Dutchy» Morgan. Las autoridades federales lo consideran comprometido en asuntos de tráfico de drogas, prostitución y asesinatos a sueldo, pero «Baby Charlie» no ha estado más que una vez entre rejas, por evasión de impuestos, en 1955-56.

Richard Scarne, principal accionista de «Fun Time Automatic Machines». La «Fun Time» fabrica máquinas tragaperras para el Estado de Nevada, billarines y tocadiscos tragaperras para el resto del país. Ha cumplido condenas por ataque con arma letal (1940), tenencia de armas (1948) y conspiración para cometer defraudación de impuestos (1961).

Peter Zeiss, importador domiciliado en Miami, próximo a los setenta.

Enlos últimos cinco años ha corrido el riesgo de ser deportado como persona indeseable. Ha sido condenado por aceptación

y ocultación de bienes procedentes de robo (1958) y conspiración para cometer defraudación de impuestos (1954). Encantador, distinguido y mundano, Peter Zeiss, a quien sus íntimos llaman «Papá», ha sido procesado por asesinato y complicidad en asesinato. Importante accionista de la «Fun Time» de Scarne, se sabe que tiene también intereses en cuatro de los casinos de Las Vegas.

Vittorio Gienelli, conocido como «Vito el Descuartizador», procesado en dos ocasiones por homicidio en cuadrilla, uno de ellos el de Frank Scoffy, figura del hampa bostoniana, asesinado a hachazos. Gienelli ha sido acusado veintitrés veces, procesado catorce veces y condenado solamente una vez, en 1940, por raterías. Créese que en los últimos años se ha convertido en una de las figuras importantes de las operaciones de la Organización en el Oeste, que tienen por base Las Vegas.

Carl «Jimmy-Ricks» Prashkin, inversionista de San Francisco a quien se considera heredero forzoso del poder que ostenta ahora Gienelli. Prashkin posee un importante paquete de acciones de «Derwent Enterprises», «High Country Investments», «Fun Time Automatic Machines» y tres casinos de Las Vegas. No tiene historial en Norteamérica, pero en México fue acusado de fraude, aunque la acusación fue rápidamente retirada tres semanas después de presentada la querella. Se ha insinuado que quizá sea la persona encargada de «limpiar» el dinero obtenido del funcionamiento de los casinos de Las Vegas y de volver a canalizar la mayor parte de estas sumas hacia las operaciones legítimas de la Organización en el Oeste. Y es posible que en la actualidad tales operaciones incluyan al «Overlook Hotel» de Colorado.

Otros visitantes durante la actual temporada fueron"...

Había mas, pero Jack se limitó a recorrerlo rápidamente, sin dejar de enjugarse los labios con la mano. Un banquero con conexiones en Las Vegas.

Hombres de Nueva York cuya actividad en el mundo de la moda no se limitaba, aparentemente, a fabricar ropa.

Hombres a quienes se sospechaba complicados en cuestiones de drogas, vicios, robos, asesinatos.

¡Dios mío, qué historia! Y todos habían estado ahí, encima de donde estaba él, en esas habitaciones vacías. Regodeándose con prostitutas de lujo en la tercera planta tal vez. Bebiendo botellones de champaña. Cerrando tratos que se traducirían en millones de dólares, tal vez. en la misma *suite* donde se habían alojado presidentes. Vaya si había allí una historia. Una historia de mil demonios. Un poco alterado, volvió a sacar su libreta de notas; apuntó algunos otros datos para comprobar todo lo de esa gente en la biblioteca de Denver cuando terminara su trabajo de vigilante. Si todos los hoteles tenían un fantasma, el «Overlook» tenía todo un aquelarre de ellos.

Primero suicidio, después la mafia, después ¿qué?

El recorte siguiente era una furiosa denegación de las acusaciones de Brannigar, firmado por Charles Grondin. Jack sonrió escépticamente.

Enla página siguiente, el recorte era tan grande que habían tenido que doblarlo. Al desplegarlo. Jack se quedó sin aliento. La fotografía del artículo parecía venírsele encima: desdejunio de 1966 habían cambiado el empapelado, pero él conocía bien esa ventana y su visión panorámica. Eran las del lado oeste de la *suite* presidencial. Lo que venía después: asesinato. La pared del cuarto de estar, junto a la puerta que daba al dormitorio, estaba salpicada de sangre y de algo que no podían ser sino fragmentos de masa encefálica. Un policía de rostro inexpresivo estaba de guardia junto a un cadáver cubierto por una manta. Jack miró la foto, fascinado, y después sus ojos se dirigieron al texto.

ASESINATO MÚLTIPLE EN UN HOTEL DE COLORADO

Conocido personaje del hampa asesinado en un club de montaña. Otros dos, muertos.

"Sidewinder. Colo (UPI). A sesenta y cinco kilómetros de este apacible pueblecito de Colorado, en el corazón de las

Montañas Rocosas, se ha llevado a cabo en el estilo de la mafia, una ejecución múltiple. El «Overlook Hotel», adquirido hace tres años como club exclusivo por una empresa de Las Vegas, ha sido teatro de un triple asesinato con armas de fuego. Dos de los hombres eran compañeros o guardaespaldas de Vittorio Gienelli, conocido también como *el Descuartizador* por su supuesta intervención en un crimen cometido hace veinte años en Boston. La Policía fue requerida por Robert Norman, gerente del «Overlook».

quien declaró haberoído disparos, y que algunos huéspedes decían habervisto a dos hombres con la cara cubierta con medias y armados, que habían escapado por la escalera de incendio y se habían alejado en un convertible ultimo modelo, de color tostado.

El agente Benjaman Moorer descubrió dos cadáveres, identificados después como los de VíctorT. Boorman y Roger Macassi, ambos de Las Vegas, en el lado de afuera de la puerta de la *suite* donde se han alojado dos presidentes norteamericanos. En el interior, Moorer halló el cuerpo de Gienelli caído en el suelo.Aparentemente, Gienelli huía de sus atacantes cuando fue abatido.

Moorer dijo que le habían disparado a quemarropa con armas de gran calibre.

Charles Grondin, representante de la compañía que es en la actualidad propietaria del «Overlook» se mostró inaccesible"...

Debajo del recorte, con un bolígrafo, alguien había escrito con trazos gruesos: *Le cortaron las pelotas*. Jack se lo quedó mirando largo rato; sentía frío. ¿De quién era ese libro?

Finalmente, dio la vuelta a la página y tragó saliva con un chasquido en la garganta. Otra columna de Josh Brannigar, ésta con fecha de comienzos de 1967. Sólo leyó el encabezamiento: TRAS EL ASESINATO DE UNA FIGURA DEL HAMPA, VÉNDESE CONOCIDO HOTEL.

Las hojas que seguían estaban en blanco.

(Le cortaron las pelotas)

Volvió a hojearlo de atrás hacia delante, buscando un nombre, una dirección, hasta un número de habitación, porque estaba seguro de que quien fuera el que hubiese llevado ese pequeño libro de Memorias, había parado en el hotel. Pero no encontró nada. Se preparaba para leer de nuevo todos los recortes, con más atención esta vez, cuando una voz lo llamó desdelo alto de la escalera:

—¿Jack, cariño?

Wendy.

Se sobresalto, sintiéndose casi culpable, como si hubiera estado bebiendo a escondidas y ella pudiera olfatear los vapores. Era ridículo. Se frotó los labios con la mano.

—Sí, nena —contestó—. Estoy buscando ratas.

Wendy bajaba. Oyó sus pasos en la escalera, después al atravesar el cuarto de la caldera. Rápidamente, sin pensar por qué lo hacía, metió el álbum de recortes bajo un montón de cuentas y facturas, y se enderezó en el momento en que ella pasaba bajo el arco.

—Pero, ¿qué es lo que has estado haciendo aquí? ¡Son casi las tres!

—¿Tan tarde es? —sonrió Jack—. Me quedé mirando todo esto...

tratando de encontrar dónde están enterrados los cadáveres, me imagino.

Las palabras resonaron en su mente con un eco maligno.

Wendy se le acercó más, mirándolo, y él dio inconscientemente un paso atrás, sin poder evitarlo. Ya sabía lo que hacía Wendy: trataba de olfatear si él había bebido. Tal vez ella no se diera cuenta, pero él sí, y eso le hizo sentirse culpable y enojado a la vez.

—Te sangran los labios —señaló Wendy, con un tono curiosamente inexpresivo.

—¿Sí? —Jack se llevó la mano a la boca y dio un pequeño respingo, dolorido. Al retirar el dedo, vio sangre. Se sintió más culpable.

—Has estado otra vez frotándote la boca —señaló Wendy.

Él bajó la vista, encogiéndose de hombros.

—Sí, parece que sí.

—¿Ha sido muy difícil para ti, no es eso?

—No, no tanto.

—¿No se te ha hecho más fácil?

Jack la miró y obligó a sus pies a que empezaran a moverse. Cuando ya estaban en movimiento era más fácil. Se acercó a su mujery le pasó el brazo por la cintura.

Apartándole un mechón de pelo rubio,la besó en el cuello.

—Sí —asintió—.¿Dónde está Danny?

—Oh, por ahí. Afuera ha empezado a nublarse. ¿No tienes hambre?

Con fingida lascivia, él le pasó la mano por las nalgas tensamenteenfundadas en lostejanos.

—Como un oso en celo, señora.

—Cuidado, gandul. No empieces lo que no vas a poderterminar.

—¿Jueguecitos, señora? —Jack mantuvo la caricia—. ¿Fotos porno? ¿Posiciones exóticas?

Mientras pasaban bajo el arco, se dio la vuelta para echar un vistazo a la caja donde el álbum *(¿de quién?)* estaba escondido. Una vez apagada la luz, no era más que una sombra. Se sintió aliviado por haberconseguido apartar a Wendy. Su deseo sensual empezó a hacerse más natural, menos fingido, a medida que se acercaban a la escalera.

—Tal vez —respondió Wendy—. Después de que te comas un sandwich... ¡Zas!

—se apartó de él, riendo—. ¡Muy divertido!

—No tan divertido como lo que a Jack Torrance le gustaría divertirla, señora.

—Déjalo, Jack. ¿Qué te parece jamón y queso... para el primer plato?

Juntos subieron la escalera, sin que Jack se volviera a mirar por encima del hombro. Pero recordaba las palabras de Watson: *Cualquier gran hotel tiene un fantasma. ¿Por qué? Demonios, la gente viene y va...*

Después Wendy cerró tras ellos la puerta del sótano, dejando atrás la oscuridad.

19. ANTE LA PUERTA 217

Danny recordaba las palabras de alguien mas que durante la temporada había trabajado en el «Overlook»:

Ella dijo que había visto algo en una de las habitaciones donde... sucedió algo malo. Fue en la habitación 217 y quiero que me prometas que no entrarás allí, Danny... que no te acercarás siquiera...

Era una puerta de lo más corriente, que no se diferenciaba en nada de ninguna de las otras puertas de las dos primeras plantas del hotel. Pintada de color gris oscuro, estaba en la mitad de un corredor perpendicular al pasillo principal de la segunda planta. Los números que había en la puerta no parecían diferentes de los que señalaban los apartamentos en el edificio de Boulder donde ellos habían vivido. Un 2, un 1 y un 7. ¡Vaya cosa! Debajo de los números había un agujerito de cristal, una mirilla. Danny había hecho la prueba con varios de ellos. Desde adentro se tenía una amplia visión del corredor, en ojo de pez. Desde fuera, uno podía forzarse los ojos hasta que se le cayeran sin llegar jamás a ver nada. Que jugarreta sucia.

(¿Por qué estás aquí?)

Después de la caminata por la parte de atrás del «Overlook», cuando él y mamá regresaron, ella le había preparado su almuerzo favorito, un sandwich de queso y salchichón, y una sopa Campbell de judías. Habían comido en la cocina de Dick, mientras conversaban. La radio estaba puesta y transmitía, débilmente y entre descargas, la música de una estación de Estes Park. La cocina era el lugar favorito de Danny en el hotel, y se daba cuenta de que mama y papá debían tener la misma sensación, porque después de haber intentado durante tres días o algo así comer en el comedor, decidieron por tácito acuerdo hacerlo en la cocina; allí disponían las sillas en torno al tablón de cortar carne de Dick Hallorann, que, de todos modos, casi era

tan grande como la mesa que ellos tenían en el comedor de Stovington.

El comedor del hotel les había resultado demasiado deprimente, aunque tuviera todas las luces encendidas y sonara la música del magnetófono instalado en la oficina. Así y todo, uno no era más que una de las tres únicas personas sentadas a una mesa rodeada de docenas de mesas todas vacías, todas cubiertas con esos guardapolvos de plástico transparente. Mamá decía que era como cenar en medio de una novela de Horace Walpole, y papá se había reído afirmativamente. Danny no tenía idea de quién sería Horace Walpole, pero en cambio sabía que la comida que mamá preparaba le parecía más sabrosa desdeque comían en la cocina. Allí seguía descubriendo pequeños rastros de la personalidad de Dick Hallorann que lo tranquilizaban como un cálido abrazo.

Mamá se había comido medio sandwich, sin tomar sopa. Dijo que papá debía de haber salidoa pasear por su cuenta, porque el «Volkswagen» y la furgoneta del hotel estaban en el aparcamiento. Y que ella estaba cansada y, si Danny creía que podía entretenerse solo sin problemas, se recostaría una hora más o menos. Sí, creía que sí, contestó Danny a través de un bocado de salchichón y queso.

—¿Por qué no te vas a la zona infantil? —le sugirió Wendy—. Creí que te gustaría ese lugar, que tiene un cuadrado de arena para que juegues con tus camiones y todo.

Danny estaba tragando, y en la garganta la comida se le convirtió en un terrón seco que no quería pasar.

—Podría ser —respondió mientras empezaba a juguetear con la radio.

—Y esos animales tan bonitos del cerco —continuó Wendy, retirándole el plato vacío—. Tu padre tendrá que ocuparse de recortarlos muy pronto.

—Claro —asintió el chico.

(No son más que cosas malas... una vez tuvieron algo que ver con esos malditos setos recortados para que parezcan animales...)

—Si ves a papá antes que yo, dile que me he ido a echar.

—Sí, mamá.

Wendy dejó los platos sucios en el fregadero y volviójunto a su hijo —¿Estás contento aquí, Danny?

Con un bigote de leche sobre el labio, el niño la miró cándidamente.

—Sí... sí.

—¿No has tenido más pesadillas?

—No —Tony había venido una vez, una noche cuando ya estaba acostado, llamándolo débilmente por su nombre, desdemuy lejos. Danny había apretado fuertemente los párpados hasta que Tony se marchó.

—¿Estás seguro?

—Si, mama.

Wendy pareció conformarse.

—¿Cómo va tu mano?

—Mejor—respondió el chico, abriéndola y cerrándola.

Wendy le sonrió. Después del incidente, Jack había llevado el avispero lleno de avispas congeladas al incinerador que había al fondodel cobertizo de las herramientas y lo había quemado. Desde entonces no habían visto más avispas. Jack había escrito a un abogado de Boulder, incluyendo las fotos de la mano de Danny, y éste lo había llamado hacia dos días dejando a Jack de un humor de perros durante toda la tarde. El abogado dudaba de que se pudiera esperar éxito si se entablaba un proceso contra la compañía fabricante de la bomba insecticida, porque el único testigo de que había seguido las instrucciones impresas en el envase era el propio Jack. Éste le había preguntado si no se podían comprar otras bombas para comprobar si tenían el mismo defecto de fabricación, y el abogado le contestó que sí, pero que, aunque todas las bombas funcionaran mal, los resultados serían muy dudosos. Le contó incluso el caso de una compañía que fabricaba escaleras extensibles y de un hombre que se había roto la columna. Wendy se había condolido junto con Jack, pero en su fuero interno se alegraba de que Danny hubiera salido tan bien librado. Lo mejor era dejar los

pleitos para la gente que los entendía, y los Torrance no eran de esa clase. Además, no habían visto más avispas.

—Vete a jugar, doc, y que te diviertas.

Pero no se había divertido. Había vagabundeado sin rumbo por el hotel, mirando dentro de los armarios del servicio y en las habitaciones del portero en busca de algo interesante, sin encontrarlo. Era curiosa su figura, la de un muchachito solo andando sobre una alfombra azul oscuro con un dibujo de líneas negras, retorcidas. De vez en cuando había intentado abrir alguna puerta, pero estaban todas cerradas con llave, naturalmente. La llave maestra estaba colgada en la oficina y él sabía dónde, pero papá le había dicho que no debía tocarla. Ni él quería. ¿O sí?

Endefinitiva, su vagabundeo no había sido sin rumbo. Una especie de curiosidad morbosa lo había atraído a la habitación 217. Recordó un cuento que le había leído una vez papá, cuando estaba borracho. Eso había pasado mucho tiempo atrás, pero el cuento seguía siendo para él tan vívido como entonces. Y mamá lo había reñido a papá, preguntándole cómo se le ocurría leerle algo tan horrible a un niño de tres años. El cuento se llamaba *Barbaazul*. Eso también lo recordaba con claridad, porque al principio le había parecido oír que papá decía *Papaazul*, y en el cuento no había papásazules, ni de ningún color en realidad. El cuento era sobre la mujer de *Barbaazul*, una señora muy guapa con los cabellos de color de trigo, como mamá. Cuando *Barbaazul* se casó con ella, vivieron en un castillo grande y siniestro, no muy distinto del «Overlook». Y todos los días *Barbaazul* se iba a trabajar y todos los días le decía a su guapa esposa que no mirara dentro de cierta habitación, aunque la llave de esa habitación estaba ahí colgada de un gancho, lo mismo que la llave maestra estaba abajo, colgada en la pared del despacho. La habitación cerrada había despertado cada vez más la curiosidad de la mujer de *Barbaazul*, que intentó espiar por el ojo de la cerradura, lo mismo que Danny había intentado mirar por la mirilla de la habitación 217, con los mismos resultados insatisfactorios. Había incluso una figura en que se la veía

arrodillándose y tratando de mirar por *debajo* de la puerta, pero la rendija no era suficiente. Cuando la puerta se abrió...

El antiguo cuento de hadas describía con amoroso y espeluznante detalle el descubrimiento. La imagen estaba grabada a fuego en la mente de Danny. En la habitación estaban las cabezas cortadas de las siete mujeres anteriores de *Barbaazul*, cada una sobre su propio pedestal, con los ojos en blanco, la boca torcida, jadeando en un grito silencioso. Del cuello magullado por el golpe de la espada al decapitarlas seguía rezumando sangre que se escurría lentamente por los pedestales.

Aterrorizada, la muchacha se daba la vuelta para huir de la habitación y del castillo, pero en la puerta se encontraba con *Barbaazul*, inmóvil, echando fuego por los ojos. «Te dije que no entraras en esta habitación —decía *Barbaazul* mientras desenvainaba la espada—. Pero, ¡ay!, tu curiosidad no es menor que la de las otras siete, y aunque te amé más que a todas ellas, tu final será el mismo. ¡Prepárate a morir, desdichada!»

A Danny le parecía vagamente que el cuento tenía un final feliz, pero ese detalle había palidecido hasta hacerse insignificante ante las dos imágenes que lo dominaban todo: la puerta cerrada, acosadora, obsesionante con el secreto que guardaba, y el propio secreto, terrible, repetido más de media docena de veces. La puerta cerrada y tras ella las cabezas, las cabezas cortadas.

Casi furtivamente, su mano se adelantó hasta acariciar el picaporte de la puerta. No tenia idea del tiempo que hacía que estaba allí, hipnotizado ante la puerta gris, cerrada, seductora.

(Y tal vez unas tres veces me pareció que había visto cosas, cosas malas...)

Pero el señor Hallorann —Dick— también había dicho que no creía que esas cosas pudieran hacerle daño. Eran como figuras de un libro que asustaran, nada más. Y tal vez tampoco viera nada. Por otra parte...

Súbitamente, metió la mano izquierda en el bolsillo y la sacó con la llave maestra. Había estado allí todo el tiempo, claro.

La sostuvo por la chapa metálica rectangular donde se leía DESPACHO, impreso a troquel, haciéndola girar con la cadena mientras la veía dar vueltas y más vueltas. Después de unos minutos interrumpió el movimiento y deslizó la llave maestra en la cerradura.

La llave entró sin dificultad alguna, sin tropiezo, como si hubiera estado deseando que la pusieran allí.

(Me pareció que había visto cosas… cosas malas... prométeme que no entrarás allí.)

(Lo prometo.)

Y una promesa, por supuesto, era algo muy importante. Pero aún así la curiosidad le picaba tan furiosamente como una urticaria en un sitio donde uno no debería rascarse. Pero era una curiosidad terrible, esa que lo obliga a uno a espiar por entre los dedos durante las partes más espantosas de una película de terror. Y lo que hubiera detrás de esa puerta no sería una película.

(No creo que esas cosas puedan hacerte daño, son como las imágenes que le dan miedo en un libro...)

Súbitamente retiró la mano izquierda, sin que él mismo supiera lo que iba a hacer hasta que hubo sacado la llave maestra de la cerradura para volver a hundirla en el bolsillo. Durante un momento más se quedó mirando la puerta, muy abiertos los ojos de un gris azulado, y después giró rápidamente y echó a andar por el corredor en dirección del pasillo principal, que atravesaba en ángulo recto el otro en el que estaba.

Algo lo llevó a detenerse, sin que durante un momento supiera bien que. Después recordó que directamente después de doblar la esquina, en el camino de vuelta a las escaleras, había uno de esos anticuados extintores de incendio enrollado en la pared. Enroscado como una serpiente adormecida.

No eran extintores químicos, decía papá, aunque en la cocina sí había varios de esos. Los otros eran los precursores de los modernos sistemas de aspersión. Las largas mangueras de lona

se conectaban directamente con el sistema de cañerías del «Overlook», y con sólo dar la vuelta a una válvula, uno podía convertirse en un cuerpo de bomberos unipersonal. Pero papá decía que los extintores químicos, que echaban espuma o CO_2 eran mucho mejores. Las sustancias químicas sofocaban el fuego porque le quitaban el oxígeno que necesitaba para arder, mientras que un chorro de agua a presión podía no hacer otra cosa que extender más las llamas. Papito decía que el señor Ullman debería hacer cambiar esas mangueras anticuadas junto con la anticuada caldera, pero que probablemente no haría ninguna de las dos cosas, porque el señor Ullman era un tacaño. Danny sabía que ése era uno de los peores epítetos a los que solía recurrir su padre. Se lo aplicaba a algunos médicos, dentistas y reparadores de aparatos domésticos y también al director del departamento de inglés de Stovington, que no había aceptado algunos pedidos de compra de libros que le presentaba papá porque decía que con eso se saldrían del presupuesto. «Al diablo con elpresupuesto», le había comentado furiosamente a Wendy, mientras Danny, a quien se suponía durmiendo, los escuchaba desdesu dormitorio. «Lo que quiere es ahorrarse los últimos quinientos dólares para él, ese TACAÑO.» Danny miró antes de dar la vuelta hacia el pasillo.

Allí estaba el extintor, una manguera plana que se plegaba una docena de veces sobre sí misma, con un tanque rojo colgado de la pared. Encima de él había un hacha en una caja de vidrio, como si fuera una pieza de museo, con palabras pintadas en blanco sobre un fondorojo: EN CASO DE URGENCIA RÓMPASE EL CRISTAL. Danny sabía leer la palabra URGENCIA, que era también el nombre de uno de sus programas de televisión favoritos, pero de las demás no estaba seguro. De todas maneras, no le gustaba la forma en que estaba usadala palabra, en relación con esa larga manguera plana. URGENCIA quería decir fuego, explosiones, choques de automóviles, hospitales, muertes a veces. Y a él no le gustaba la forma en que esa manguera pendía de la pared, tan flojamente. Cuando estaba solo, siempre pasaba lo más rápido posible junto

a esos extintores. Por ninguna razón en particular, simplemente porque se sentía mejor si pasaba rápido. Se sentía más seguro.

Ahora, latiéndole el corazón con fuerza en el pecho, dio la vuelta a la esquina y miró hacia el pasillo que después del extintor llegaba hasta la escalera. Allá abajo estaba mami, durmiendo. Y si papá había vuelto de su paseo, estaría tal vez en la cocina comiéndose un sandwich y leyendo un libro. No tenía más que pasar junto al viejo extintor y bajar por la escalera.

Empezó a andar hacia allí, acercándose cada vez más a la pared opuesta hasta que rozó con el brazo derecho el elegante empapelado sedoso. Faltaban veinte pasos. Quince. Una docena.

Cuando le faltaban diez pasos, súbitamente, la boquilla de bronce se resbaló del rollo sobre el cual había estado apoyada (¿durmiendo?) y cayó con un ruido sordo sobre la alfombra del pasillo. Allí se quedó, con el oscuro agujero apuntado hacia Danny. El chico se detuvo inmediatamente, encogiendo los hombros bajo el súbito aguijonazo del miedo. La sangre le golpeaba, densa, en los oídos y en las sienes. Sentía la boca áspera y amarga, y los puños se le habían cerrado solos. Sin embargo, la boquilla de la manguerra sólo seguía ahí tendida, su boquilla de bronce, resplandeciendo suavemente, una curva de manguera plana que llegaba por el otro extremo al aparato pintado de rojo, asegurado en la pared.

Se había caído, nada más, ¿y qué? No era más que un extintor de incendios, nada más. Era una estupidez pensar que se parecía a una serpiente venenosa de las que había en *El mundo animal*, y que al oírlo se hubiera despertado. Aunque la textura de la lona diera un poco la impresión de ser algo escamoso. Con pasar por encima de ella y seguir por el pasillo hasta la escalera, con prisa, para tener la seguridad de que no lo siguiera y se le enroscara en los pies...

En inconsciente imitación de su padre, se frotó los labios con la mano izquierda y dio un paso hacia delante. La manguera no se movió. Otro paso.

Nada. ¿Viste qué estúpido eres? Te asústate tú mismo pensando en esa habitación cerrada y en el cuento de *Barbaazul*, y probablemente hace cinco años que esa manguera estaba a punto de caerse. Eso es todo.

Danny miró fijamente la manguera en el suelo, y pensó en las avispas.

A ocho pasos de distancia, la boquilla de la manguera relucía pacíficamente sobre la alfombra, como si le dijera: No *te preocupes. No soy más que una manguera, nada. Y aunque fuera otra cosa, lo que puedo hacerte no es mucho peor que una picadura de abeja. O de avispa. ¿Qué puedo querer hacerle a un simpático muchachito como tú... salvo morderlo, morderlo... morderlo?*

Danny dio otro paso, y otro más. Sentía el aliento seco y áspero en la garganta, y estaba ya al borde del pánico. Empezó a desear que la manguera *se moviera*, porque entonces por fin sabría, estaría seguro. Dio un paso más; a esa distancia, ya podía atacarlo. Pero no te va a *atacar*, pensó histéricamente. ¿Cómo puede *atacarle* ni *morderte*, si no es mas que una manguera?

Tal vez esté llena de avispas.

Su temperatura interna descendió súbitamente a cifras glaciales. Casi hipnotizado, se quedo mirando el agujero negro en medio de la boquilla.

Tal vez *estuviera* lleno de avispas, de avispas misteriosas, con los oscuros cuerpecillos rebosantes de veneno, tan llenos de veneno otoñal que se les escurría de los aguijones en liquidas gotas transparentes.

Repentinamente comprendió que estaba casi helado de terror; si no obligaba a sus pies a que se movieran ahora, se le quedarían atrapados en la alfombra y allí se quedaría, con los ojos fijos en el agujero negro en el centro de la boquilla de bronce como un pájaro que mira fijamente a una serpiente, se quedaría allí hasta que su papá lo encontrara, y entonces... ¿qué sucedería?

Con un gemido fuerte, se obligó a correr. Cuando llegó junto a la manguera, algún juego de la luz le dio la impresión de que la boquilla se moviera, se levantara como para atacarlo, y saltó lo mas que pudo para pasar por encima; en su pánico, le pareció que las piernas lo elevaban casi hasta el techo, creyó sentir que los pelos rebeldes del remolino de la coronilla rozaban el yeso, aunque mas tarde se daría cuenta de que no pudo ser así.

Cayo del otro lado de la manguera y siguió corriendo, pero entonces la oyó a sus espaldas, acercándose; el susurro rápido y seco de la cabeza de bronce deslizándose rápidamente sobre la alfombra en pos de él era como el de una serpiente de cascabel que, en el campo, avanza entre la hierba. Venia persiguiéndolo, y de pronto le pareció que la escalera estaba muy lejos, que se alejaba un paso por cada paso que él, a la carrera, daba hacia ella.

¡Papa! , intento gritar, pero la garganta cerrada no dejaba pasar ni una palabra. Se encontraba solo. Tras él, el ruido se hacia más fuerte, el murmullo seco de la serpiente al deslizarse rápidamente sobre las fibras de la alfombra. Ya la tenia sobre los talones, enderezando tal vez la cabeza, mientras el veneno se escurría, transparente, por el hocico de bronce.

Danny llegó a la escalera y tuvo que aferrarse con ambos brazos del pasamanos para detener su carrera. Durante un momento pareció que perdería el equilibrio y bajaría los escalones rodando hasta el final.

Volvió a mirar por encima del hombro.

La manguera no se había movido. Seguía tendida lo mismo que antes, todavía una parte colgaba en la pared, la boquilla de bronce en el suelo del pasillo, con la boquilla apuntando desinteresadamente lejos de él. ¿Viste, tonto?, volvióa regañarse. Tú te lo inventaste todo, gato asustado. No fue más que tu imaginación, gato asustado, gato asustado.

Temblorosas las piernas por la reacción, se aferró al pasamanos de la escalera.

(Sino le perseguía)

le dijo su mente y se aferró a la idea y la repitió.

(no te perseguía, no te perseguía, no, no, no) No había por qué tenerle miedo. En realidad, podría volver a colgar bien la manguera donde estaba, si quería. Podía, claro, pero no creía que lo hiciera. Porque ¿si lo hubiera perseguido y se hubiera vuelto atrás cuando se dio cuenta de que no iba a... poder... alcanzarlo?

La manguera seguía sobre la alfombra, casi como si le preguntara si no le gustaría volver a hacer la prueba.

Jadeante, Danny bajó corriendo la escalera.

20. CONVERSACIÓN CON EL SEÑOR ULLMAN

La biblioteca pública de Sidewinder era un pequeño edificio recoleto, a una manzana de la zona comercial de la ciudad, sencillo y cubierto de enredaderas. El ancho camino de cemento que conducía hasta la puerta estaba flanqueado por los cadáveres de las flores del verano. Sobre el césped se erguía una gran estatua de bronce de algún general de la Guerra Civil de quien Jack jamás había oído hablar, por más que durante sus años de adolescente hubiera sido un experto en la materia.

Los archivos de periódicos estaban en la planta baja, e incluían La *Gazette* de Sidewinder, que había dejado de salir en 1963, el diario de Estes Park y el *Camera*, de Boulder. De Denver no había ningún periódico.

Con un suspiro, Jack se conformó con el *Camera*.

A partir de 1965, los periódicos eran remplazados por carretes de microfilme («Por una subvención federal —le explicó alegremente la bibliotecaria—. Cuando nos llegue el próximo cheque esperamos hacer lo mismo con los de 1958-1964, pero es que son tan lentos, imagínese. Tendrá usted cuidado, ¿verdad? Sí que lo tendrá y llámeme si me necesita.») El único aparato de lectura tenia una lente que de alguna manera se había deformado, y para cuando Wendy le apoyó la mano en el hombro, unos cuarenta y cinco minutos después de haber empezado con los microfilmes, Jack tenía un agobiante dolor de cabeza.

—Danny está en el parque —dijo Wendy—, pero no quiero que esté demasiado tiempo afuera. ¿Cuánto tiempo más piensas estar?

—Diez minutos —respondió Jack, que ya había completado la última parte de la fascinante historia del «Overlook», los años transcurridos desde el triple asesinato hasta que «Stuart Ullman & Co.» se hicieron cargo del hotel. De todas maneras, seguía sin decidirse a contárselo a Wendy.

—¿En qué te has metido, dime? —pregunto su mujer mientras le desordenaba el pelo, pero su voz sonaba un tanto preocupada.

—Estoy viendo algo de la historia antigua del «Overlook».

—¿Por algún motivo especial?

—No, *(¿y por qué demonios te interesa a ti tanto al fin y al cabo?)* sólo curiosidad.

—¿Encontraste algo interesante?

—No mucho —contestó, y esa vez tuvo que esforzarse para hablar con calma. Wendy estaba espiándolo, como siempre lo había espiado y vigilado cuando estaban en Stovington y Danny era todavía un bebé. *¿A dónde vas, Jack? ¿Cuándo volverás? ¿Cuánto dinero llevas? ¿Te vas a llevar el coche? ¿Va Al a salir contigo? ¿Alguno de vosotros te mantendrá sobrio?* Y dale y dale. Era ella, perdón por la expresión, quien lo había empujado a la bebida.

Tal vez no hubiera sido ésa la única razón, pero por Dios admitamos la verdad y digamos que fue una de ellas. Lo acosaba y lo acosaba y lo acosaba hasta que uno sentía ganas de abofetearla nada más que para hacerla callar y terminar con ese *(¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Estás? ¿Vendrás?)* interminable diluvio de preguntas. Realmente, podía darle a uno *(¿dolor de cabeza? ¿resaca?)* dolor de cabeza. El aparato de lectura. El maldito aparato con las líneas distorsionadas. Por eso tenia ese maldito dolor de cabeza.

—Jack, ¿te sientes bien? Pareces pálido...

Con un gesto brusco, apartó la cabeza de la mano de ella.

—*¡Estoy perfectamente!*

Wendy retrocedió ante su mirada violenta e intentó una sonrisa, que no le salió muy bien.

—Bueno... si estás... Me quedaré esperándote en el parque con Danny... — empezó a apartarse, mientras la sonrisa se le diluía en una expresión de dolida perplejidad.

—Wendy —la llamó él.

—¿Qué, Jack? —Desde el pie de la escalera, ella se dio la vuelta a mirarlo. Jack se levantó y se le acercó.

—Lo siento, nena. Es que realmente no me siento bien. Ese aparato... tiene la lente deformada. Me duele mucho la cabeza. ¿Tienes una aspirina?

—Claro —rebuscó en el bolso y sacó un envase de «Anacin»—.

Quédatelas.

Jack cogió la caja.

—¿«Excedrina» no tienes? —cuando vio la expresión de sobresalto de ella, entendió. Eso había sido una especie de amarga broma entre ellos, al principio, antes de que la bebida fuera demasiado grave para hacer bromas.

Jack sostenía que, entre las que se podían comprar sin receta, la «Excedrina» era la única droga jamás inventada capaz de cortar de raíz una resaca.

Absolutamente la única. Empezó a pensar en los martilleos de la mañana siguiente a los que llamaba «jaquecas Vat 69».

—«Excedrina» no —contestó Wendy»—. Lo siento.

—No importa, me arreglaré con éstas.

Pero claro que no se arreglaría, y además Wendy debería haberlo sabido. A veces podía ser la más estúpida...

—¿Quieres que te alcance agua? —preguntó animosa.

(¡No, lo único que quiero es que TE VAYAS DE UNA VEZ, JODER!)

—Cuando me levante yo me serviré agua de la fuente. Muchas gracias.

—De acuerdo. —Wendy empezó a subir la escalera, gráciles las piernas bajo la corta falda de lana tostada—. Estaremos en el parque.

—Bueno. —Con aire ausente, Jack se metió las aspirinas en el bolsillo, volvió al aparato de lectura y lo apagó. Cuando estuvo seguro de que Wendy se había ido, subió a su vez la escalera. Dios, qué dolor de cabeza maldito.

Si uno tenía que aguantarse semejante torniquete, tendría que darse por lo menos el placer de unas copas, como compensación.

Más malhumorado que nunca, trató de hacer a un lado la idea.

Cuando se acercó a la mesa principal, iba jugueteando con una caja de fósforos sobre la que tenía anotado un número telefónico.

—Señorita, ¿tienen ustedes teléfono público?

—No, señor, pero si la llamada es local puede usted utilizar el mío.

—Lo siento; es larga distancia.

—Entonces, creo que lo mejorserá que vaya usted al *drugstore*. Allí tienen una cabina.

—Gracias.

Salió de la biblioteca y echó a andar por la acera, pasando junto al anónimo general de la Guerra Civil. Con las manos en los bolsillos, la cabeza latiéndole como una plúmbea campana, se dirigió hacia la zona comercial. El cielo también parecía de plomo; era el 7 de noviembre y desdeprincipios de mes el tiempo se mostraba amenazante. Había habido variasneviscas. En octubre también habían tenido nevadas, pero la nieve no había cuajado. Las últimas neviscas sí habían cuajado y formaban sobre todas las cosas una tenuecapa escarchada que centelleaba bajo la luz del sol como el fino cristal. Pero hoy no había habido sol, y mientras llegaba al *drugstore*empezó a nevar, levemente, otra vez.

La cabina telefónica estaba detrás del edificio y Jack iba por un pasillo donde se exhibían específicos, haciendo sonar el cambio en el bolsillo, cuando sus ojos tropezaron con las cajas blancas impresas en verde. Sacó una, se la llevó a la cajera, pagó y volvióa la cabina telefónica. Cerró la puerta, dejó sobre el estante la caja de fósforos y el cambio y marcó el número.

—¿Dónde llama usted, por favor?

—A Fort Lauderdale, Florida, telefonista.

Le dio el número y el número de la cabina. Cuando ella le dijo que pusiera un dólar noventa por los primeros tres minutos, introdujo en la ranura ocho monedas

de veinticinco centavos, haciendo un gesto de fastidio cada vez que el timbre le resonaba en el oído.

Después, suspendido en el limbo sin otro estímulo que los lejanos tintineos y parloteos de las conexiones, sacó de la caja el frasco verde de

«Excedrina», levantó la tapa blanca y dejó caer al suelo de la cabina el tapón de algodón. Sosteniendo el receptor del teléfono entre el oído y el hombro, sacó tres tabletas blancas y las alineó sobre el estante, junto al cambio que le quedaba. Volvió a tapar el frasco y se lo metió en el bolsillo.

En el otro extremo, tras el primer timbrazo levantaron el teléfono.

—Surf-Sand Resort, ¿en qué podemos servirlo? —preguntó una alegre voz de mujer.

—Quisiera hablar con el gerente, por favor.

—¿Se refiere usted al señor Trent o...?

—Me refiero al señor Ullman.

—Creo que el señor Ullman está ocupado, pero si quiere usted que le...

—Sí, por favor. Dígale que llama Jack Torrance, desde Colorado.

—Un momento, por favor —se oyó que dejaban el receptor.

A Jack volvió a inundarlo el disgusto que sentía por ese presumido barato y tacaño Ullman. Tomó del estante una de las tabletas de

«Excedrina», la miró un momento y después se la puso en la boca y empezó a masticarla lentamente, con placer. El sabor lo invadía como el recuerdo, aumentándole la salivación en una mezcla de placer y desdicha. Un gusto seco y amargo, pero inevitable. Tragó, con una mueca. En la época en que bebía, masticar aspirina se le había vuelto un hábito; desde entonces no lo había vuelto a hacer. Pero cuando uno tenía semejante dolor de cabeza, fuera por una resaca o por lo que fuera, entonces parecía que al masticar las pastillas el efecto fuera más rápido. En alguna parte había leído que masticar aspirina podía convertirse en vicio. ¿Dónde lo habría leído?

Frunciendo el ceño, trató de recordarlo, pero en ese momento se oyó la voz de Ullman en la línea.

—¿Torrance? ¿Algún problema?

—Ningún problema —respondió Jack—. La caldera está al pelo y todavía no llegué siquiera a asesinar a mi mujer. Eso lo guardo para después de las fiestas, cuando empiece a aburrirme.

—Muy gracioso. ¿Por qué me llama? Soy un hombre ...

—Ocupado, si, ya lo entiendo. Lo llamo por algunas cosas que usted no me contó al hablarme del grande y honorable pasado del «Overlook».

Como la forma en que Horace Derwent se lo vendió a un hato de estafadores de Las Vegas que lo hicieron pasar por tantos testaferros que al final ni el Servicio de Rentas Interiores sabía a quién pertenecía en realidad. O cómo esperaron el momento adecuado para convertirlo en patio de juego de los figurones de la mafia, y cómo tuvieron que cerrarlo en 1966 cuando a uno de ellos lo dejaron un poco hambre. Junto con sus guardaespaldas, que montaban guardia ante la puerta de la *suite* presidencial. Gran lugar, la *suite* presidencial del «Overlook».

Wilson, Harding, Roosevelt, Nixon y Vito *el Descuartizador*, ¿no es eso?

En el otro extremo de la línea se produjo un silencio de sorpresa.

—No veo qué importancia tiene eso para su trabajo, señor Torrance —dijo después Ullman, en voy baja—. Si...

—Aunque lo mejorvino después que tirotearon a Gienelli, ¿no le parece? Otras dos barajaduras rápidas, ahora las ves, ahora no la ves, y de pronto el «Overlook» pasa a ser propiedad de una ciudadana particular, una mujer que se llama Sylvia Hunter... y que casualmente, entre 1942 y 1948 fue Sylvia Hunter Derwent.

—Pasaron los tres minutos —anunció la telefonista—. Avise cuando termine.

—Mi estimado señor Torrance, todo eso es del dominio público, además de ser historia antigua.

—Pues no eran parte de mis conocimientos —le dijo Jack—, y dudo de que sea mucha la gente que lo sabe. Todo, por lo menos. Se recuerda la muerte de Gienelli, tal vez, pero dudo que alguien haya atado cabos con todos los cambios extraños y maravillosos que ha sufrido el «Overlook» desde 1945. Y parece que el premio gordo se lo lleva siempre Derwent o alguien relacionado con el. ¿Qué era lo que regentaba allí Sylvia Hunter durante el 67 y el 68, señor Ullman? Era una casa de putas, ¿no es cierto?

—*¡Torrance!* —El grito escandalizado atravesó 3.200 kilómetros de cable sin perder nada de su espanto.

Sonriente, Jack se metió otra «Excedrina» en la boca y la masticó despacio.

—Lo vendió después que un senador de los Estados Unidos, bastante conocido, murió allí de un ataque cardíaco. Hubo rumores de que lo habían encontrado desnudo, salvo un par de medias negras de nylon, un portaligas y un par de zapatos de tacones altos. Zapatos de charol, en realidad.

—¡Ésa es una mentira repudiable y mal intencionada! —gritó Ullman.

—¿Ah, si? —Jack empezaba a sentirse mejor. El dolor de cabeza se le estaba pasando. Se tomó la tercera «Excedrina» y la masticó, gozando con el sabor amargo y polvoriento de la tableta al deshacérsele en la boca.

—Fue un episodio muy desdichado —aceptó Ullman—. Pero, ¿a qué viene esto, Torrance? Si lo que proyecta es escribir algún sucio articulo si esto es una estúpida idea de chantaje, despistada...

—No es nada de eso —lo tranquilizó Jack—. Lo llamé porque me pareció que usted no había jugado limpio conmigo. Y porque...

—¿Que no jugué *limpio*? —gimió Ullman—. Por Dios, pero ¿creíausted que iba a ponerme a lavar la ropa más sucia del hotel con el vigilante?

Pero, en nombre del cielo, ¿quién se cree usted que es? Y de todas maneras,

¿como pueden afectarlo a usted esas historias? ¿O cree usted que hay fantasmas que se pasean por los pasillos del ala oeste, envueltos en sábanas y gritando «¡Uuuu!»?

—No, no creo que haya fantasmas. Pero usted escarbó bastante en mi historia personal antes de darme el trabajo. Me puso en tela de juicio, cuestionando mi capacidad para ocuparme de su hotel, y me trató como se trata a un niñito a quien el maestro riñe por orinarse en el cuarto ropero.

Me puso usted en una situación incómoda.

—Realmente, no puedo dar crédito a su audacia y a su maldita impertinencia. — Ullman daba la impresión de que estuviera ahogándose—.

Me gustaría echarlo, y tal vez lo haga.

—Creo que Al Shockley tendría algo que objetar. Enérgicamente.

—Y yo creo que, en definitiva, usted ha sobreestimado la obligación que siente hacia usted el señor Shockley, señor Torrance.

Durante un momento el dolor de cabeza le volvió en su más palpitante gloria, y Jack cerró un momento los ojos. Como si él mismo estuviera lejos, se oyó preguntar:

—¿Quién es ahora el propietario del «Overlook»? ¿Sigue siendo «Derwent Enterprises»? ¿O usted es un pez demasiado pequeño para saberlo?

—Creo que con esto es bastante, señor Torrance. Usted es un empleado del hotel, lo mismo que un botones o un ayudante de cocina. Y no tengo intención de...

—Está bien, le escribiré a Al —declaró Jack—. Él lo sabrá, después de todo, es del consejo de dirección. Y es posible que le añada una pequeña posdata diciéndole que…

—Derwent no es el propietario.

—¿Qué? No le entendí bien.

—Dije que Derwent no es el propietario. Los accionistas son todos de la costa Este. Su amigo el señor Shockley tiene el mayor paquete de acciones, más del treinta y cinco por ciento. Usted sabrá mejor que yo si está de alguna manera vinculado con Derwent.

—¿Quién más?

—No tengo intención de darle a usted los nombres de los demás accionistas, señor Torrance. Me propongo llamar sobre todo este asunto la atención de...

—Una pregunta más.

—Yo no tengo ninguna obligación con usted.

—La mayor parte de la historia del «Overlook» —la bien condimentada y la otra —, la encontré en un álbum de recortes que estaba en el sótano. Grande, con las tapas de piel blanca, atado con cordones dorados. ¿Tiene usted alguna idea de quién puede ser el dueño?

—Ni la más remota.

—¿Es posible que haya pertenecido a Grady, el vigilante que se mató?

—Señor Torrance. —El tono de Ullman estaba muy por debajo del limite de congelación—, ni siquiera estoy seguro de que el señor Grady supiera leer, y mucho menos de que fuera capaz de descubrir las manzanas podridas con que me está usted haciendo perder el tiempo.

—Es que estoy pensando en escribir un libro sobre el «Overlook» y pensé que si llego a hacerlo, el dueño de ese álbum de recortes se merece un agradecimiento en la página correspondiente.

—Creo que escribir un libro sobre el «Overlook» sería de una necedad suma — declaró Ullman—. Especialmente, un libro escrito desde el punto de vista suyo.

—Su opinión no me sorprende.

A Jack se le había pasado completamente el dolor de cabeza. Había tenido el ataque y nada más. Se sentía mentalmente agudo y sabía que estaba actuando con una precisión milimétrica. Así era como se sentía habitualmente cuando su labor literaria iba muy, muy bien, o cuando se había entonado bebiéndose tres copas. Ésa era otra cosa que había olvidado de la «Excedrina»; no sabia si para otros funcionaba de la misma manera, pero a él masticar tres tabletas era algo que lo «colocaba» instantáneamente.

—Lo que a usted le gustaría —continuó— es una especie de libro guía hecho de encargo, que les pudiera

entregar gratuitamente a los huéspedes a medida que van llegando. Algo con un montón de fotos abrillantadas de las montañas a la puesta del sol y a la salida del sol, todo acompañado de un texto tan empalagoso como el merengue. Y también con una parte dedicada a los personajes pintorescos que han parado allí, excluyendo naturalmente a los que son de veras pintorescos, como Gienelli y sus amigos.

—Si supiera que puedo despedirlo a usted y tener un ciento por ciento de seguridad de que yo conservo mi trabajo, en vez de un noventa y cinco por ciento —dijo Ullman en tono entrecortado, estrangulado—, lo despediría ahora mismo, por teléfono. Pero como me queda ese cinco por ciento de incertidumbre, me propongo llamar al señor Shockley en el momento mismo en que usted cuelgue, y espero fervientemente que no tarde.

—Pero en el libro no habrá nada que no sea verdad, fíjese —lo azuzó Jack—. No necesita adornos. *(¿Por qué intentas hacerle picar? ¿Quieres que te despidan?)*

—No me interesa si en el capítulo quinto se cuentan las orgías del Papa de Roma con el fantasma de la Virgen María —le aseguró Ullman, levantando la voz—. ¡Lo que quiero es que se vaya usted de mi hotel!

—*¡El hotel no es suyo!* —vociferó Jack y colgó de un golpe.

Despuésse sentó en el asiento de la cabina, respirando con dificultad un poco asustado (¿un poco? muy asustado, demonios) preguntándose por qué, en nombre de Dios, había empezado por llamar a Ullman. *(Has vuelto a tener un arranque de mal genio, Jack)* Si. Si, eso era. No tenía ningún sentido negarlo. Y lo peor de todo era que no tenía la menor idea de la influencia que pudiera tener ese pijotero barato sobre Al... como tampoco la tenía de cuántas serian las idioteces que Al estaría dispuesto a aguantarle en nombre de los viejos tiempos. Si Ullman era tan eficiente como él pretendía, y si le planteaba a Al que uno de los dos tenia que irse, ¿no se vería Al obligado a aceptar el ultimátum? Cerró los ojos y se imaginó diciéndoselo a Wendy. ¿Sabes qué, nena? Me he vuelto a quedar sin

trabajo. Y esta vez he tenido que valerme de 3.200 kilómetros de cable telefónico para encontrar a quién agredir, pero lo conseguí.

Abrió los ojos y se frotó la boca con el pañuelo. Quería beber algo. Lo *necesitaba*, diablos. Había un café calle abajo, y sin duda todavía tenía tiempo de beberse una cerveza mientras iba hacia el parque, nada más que una para calmarse...

Se retorció nerviosamente las manos, desesperanzado.

La pregunta volvió a plantearse: ¿por qué había llamado a Ullman? El número del Surf-Sand, en Lauderdale, estaba anotado en una libretita que había en el «Overlook», junto al teléfono y al aparato de radio, junto a los números de fontaneros, carpinteros, vidrieros, electricistas... mil cosas. Poco después de levantarse, Jack lo había anotado en la caja de fósforos, ya entonces alegremente decidido a llamar a Ullman. ¿Con qué fin? Una vez, durante la época en que bebía, Wendy le había echado en cara que, aunque deseaba su propia destrucción, no tenía la fibra moral suficiente para respaldar su deseo de muerte. Por eso urdía modos para que otros lo destruyeran, haciéndose lentamente pedazos, él y su familia. ¿Sería verdad?

¿Tal vez en algún rincón de sí mismo temía que el «Overlook» fuera precisamente lo que necesitaba para dar término a la obra empezada y, en términos más generales, para recoger sus pedazos y volver a unirlos? ¿No estaría jugando en contra de si mismo? Dios mío, no por favor, que no sea así. Por favor.

Cerró los ojos e inmediatamente se dibujó una imagen sobre la oscura pantalla de los párpados: meter la mano en el agujero de las tejas para sacar el alquitranado inservible, el súbito pinchazo como una aguja, su propio grito de dolor y sorpresa en el aire claro e indiferente: *Ay, maldita hija de puta…*

Después la remplazó la imagen de sí mismo dos años atrás, llegando a casa a las tres de la mañana, borracho, tropezando con una mesa para caer despatarrado al suelo, entre maldiciones, y despertar a Wendy que dormía en el

diván. Wendy que encendía la luz, le veía la ropa desgarrada y sucia tras alguna nebulosa pelea en el aparcamiento, algo que él recordaba vagamente como sucedido lloras antes en un bar miserable cerca del límite de Nueva Hampshire, con costras de sangre seca en la nariz, mientras miraba a su mujer, parpadeando estúpidamente bajo la luz como un topo puesto al sol, mientras Wendy decía sombríamente: *Hijo de puta, has despertado a Danny. Si tú mismo no te importas, ¿no podemos importarte nosotros un poco?¡Ay, por qué me molestaría alguna vez en hablarte!*

El timbre del teléfono le hizo dar un salto. Levanto rápidamente el receptor, con la ilógica seguridad de que debía ser Ullman, o Al Shockley.

—Diga —ladró.

—Su tiempo extra, señor. Son tres dólares con cincuenta.

—Tendré que ir a buscar cambio. Un momento.

Dejó el teléfono sobre el estante, depositó las últimas seis monedas de veinticinco y después fue a pedirle cambio a la cajera. Hizo la transacción mecánicamente; sus pensamientos giraban en círculo, como una ardilla por el interior de una rueda.

¿Por qué había llamado a Ullman?

¿Por qué éste lo había avergonzado? Antes también lo habían avergonzado, y auténticos maestros... entre los cuales el Gran Maestro era él, naturalmente. ¿Nada más que para fanfarronear ante Ullman y desenmascararlo en su hipocresía? No creía ser tan mezquino. Mentalmente trató de aferrarse al álbum de recortes como una razón válida, pero esa explicación también hacía agua. Las posibilidades de que Ullman supiera quién era el dueño no serían mayores del dos por mil. En la entrevista, Ullman se había referido al sótano como si fuera otro mundo... un mundo sucio y subdesarrollado, para el caso. Si realmente hubiera querido saberlo, tendría que haber llamado a Watson, cuyo número durante el invierno también estaba anotado en la libretita del despacho. Tampoco Watson habría sido una fuente muy fehaciente, pero sí más segura.

Y hablarle de la idea del libro... eso había sido otra estupidez. Una estupidez increíble. Además de que así ponía en peligro su trabajo, también podía estar cerrándose canales de información, una vez que Ullman empezara a llamar a la gente para advertirles que se cuidaran si alguien iba a hacerles preguntas referentes al «Overlook». Bien podía haber hecho sus investigaciones con reserva, enviando por correo las cartas necesarias, cortésmente, incluso tal vez concertando algunas entrevistas para la primavera y después haberse tapado la cara para reírse de la cólera de Ullman cuando el libro se publicara y él ya estuviera a salvo y tranquilo... El Enmascarado vuelve a atacar. En cambio, había hecho esa maldita llamada disparatada, había tenido otro arranque de mal genio, se había enemistado con Ullman y había movilizado todas las inclinaciones de pequeño dictador del director del hotel. ¿Por qué? Si todo eso no era un esfuerzo por conseguir que lo echaran del excelente trabajo que le había conseguido Al, entonces, ¿qué era?

Depositó en la ranura el resto de las monedas y colgó el teléfono.

Realmente, era un disparate del tipo de los que podría haber hecho si hubiera estado borracho. Pero estaba sobrío; total y absolutamente sobrío.

Mientras salía del *drugstore* se metió otra «Excedrina» en la boca con una mueca y, sin embargo, gozándose con el sabor amargo.

En la acera se encontró con Wendy y Danny.

—Eh, precisamente íbamos a buscarte —lo saludó ella—. Está nevando, ¿has visto?

Jack parpadeó, mirando hacia arriba.

—Pues es verdad.

La nevada era intensa. La calle principal de Sidewinder ya estaba cubierta de un denso polvo blanco con el centro de la calzada oscurecido.

Danny tenía la cabeza levantada hacia el cielo, y con la boca abierta, sacaba la lengua para recibir en ella los copos que iban cayendo blandamente.

—¿Tú crees que con ésta ya empieza? —preguntó Wendy.

Jack se encogió de hombros.

—No lo sé. Yo esperaba que tuviéramos una o dos semanas más de gracia, y tal vez sea así.

Gracia, eso era. *(Lo siento, Al. Gracia, misericordia. Misericordia te pido. Una oportunidad más. Lo siento de todo corazón...)*

¿Cuántas veces, a lo largo de cuántos años, había pedido él, ya hombre adulto, la misericordia de una oportunidad más? De pronto se sintió tan asqueado de sí mismo, con tantas náuseas, que sintió ganas de gritar.

—¿Qué tal tu dolor de cabeza? —preguntó Wendy, observándole.

Él la rodeó con el brazo, la estrechó.

—Mejor. Venid los dos, vamos a casa, mientras todavía podamos llegar.

Volvieron hacia donde, ladeada junto a la curva, estaba aparcada la furgoneta del hotel. Jack iba en medio, con el brazo izquierdo sobre los hombros de Wendy, y tomando con la mano derecha a Danny. Por primera vez había dicho «a casa» hablando del «Overlook», para bien o para mal.

Mientras se instalaba tras el volante de la furgoneta se le ocurrió que, por más que el «Overlook» lo fascinara, no le gustaba. No estaba seguro de que les hiciera bien, ni a su mujer, ni a su hijo, ni a él mismo. Tal vez fuera por eso por lo que había llamado a Ullman.

Para que lo despidieran cuando todavía estaban a tiempo.

Dio marcha atrás a la furgoneta para sacarla del aparcamiento y tomó el camino que salía del pueblo, hacia las montañas.

21. PENSAMIENTOS NOCTURNOS

Eran las diez de la noche. En el dormitorio, ambos fingían dormir.

Tendido de costado, mirando a la pared, los ojos bien abiertos, Jack escuchaba la respiración lenta y regular de Wendy. Todavía sentía en la lengua el sabor de las

tabletas, su textura áspera, un poco anestesiante. Al Shockley lo había llamado a las seis menos cuarto, ocho menos cuarto hora del Este. Wendy estaba en la planta baja con Danny, sentados los dos ante la chimenea del vestíbulo, leyendo.

—Personal para el señor Jack Torrance —dijo la telefonista.

—Al habla. —Jack se había pasado el teléfono a la mano derecha y con la izquierda había buscado el pañuelo en el bolsillo de atrás. Se lo pasó por los labios magullados y encendió un cigarrillo.

Después oyó la voz de Al, retumbante en sus oídos.

—Jacky, ¿en el nombre de Dios, qué estás tramando?

—Hola, Al. —Jack aplastó el cigarrillo y buscó a tientas el frasco de «Excedrina».

—¿Qué es lo que pasa, Jack? Esta tarde tuve una llamada *rarísima* de Stuart Ullman. Y si Stu Ullman hace una llamada de larga distancia y la paga de su bolsillo, es porque está con el agua al cuello.

—Ullman no tiene ningún motivo de preocupación, Al, ni tú tampoco.

—¿De qué exactamente no tenemos que preocuparnos? Por lo que me dijo Stu, no sé si pensar en un chantaje o en un artículo de fondo sobre el «Overlook» en el *National Enquirer*. Explícamelo tú.

—Es que quise pincharle un poco —empezó Jack— Cuando vine aquí para la entrevista, Ullman tuvo que sacarme todos los trapos sucios. El problema de la bebida. Que perdí mi último trabajo por torturar a un estudiante. Que dudaba que yo fuera el hombre adecuado para el trabajo, etcétera. Lo que me dejó con la espina fue que trajera a colación todo eso por estar tan enamorado del condenado hotel. El hermoso «Overlook». El tradicional «Overlook». El sagrado y sangriento «Overlook». Bueno, pues en el sótano encontré un álbum de recortes, en el que alguien había recopilado todos los aspectos menos halagüeños de la catedral de Ullman, y a mí me dio la impresión de una pequeña misa negra celebrada después de hora.

—Espero que eso sea metafórico, Jack. —La voz de Al sonaba espantosamente fría.

—Lo es. Pero realmente, encontré...

—Yo ya conozco la historia del hotel.

Jack se pasó la mano por el pelo.

—Entonces lo llamé y lo acorralé un poco con eso. Admito que no estuve muy brillante, y naturalmente no lo volvería a hacer. Puntofinal.

—Stu dice que planeas sacar por tu cuenta unos cuantos trapos sucios.

—¡Stu es un idiota! —vociferó Jack en el teléfono—. Le dije que tenia la idea de escribir sobre el «Overlook», sí. Y es cierto. Pienso que este lugar es una síntesis de lo que fue el carácter norteamericano después de la Segunda Guerra Mundial. Dicho tan abiertamente, suena muy pretencioso, ya lo sé ¡pero es que está todo ahí, Al! Dios mío, podría ser un *gran* libro.

Pero es para muy adelante, eso puedo prometértelo, en este momento tengo servida una ración más grande de la que puedo tomar, y...

—A mí eso no me basta, Jack.

Jack se encontró mirando boquiabierto el negro receptor del teléfono, incapaz de creer lo que sin duda alguna había oído.

—¿Qué? Al, ¿has sido tú el que ha dicho...?

—He dicho lo que he dicho. ¿Cuánto tiempo es «para muy adelante», Jack? Para ti tal vez sean dos años, o cinco. Para mí son treinta o cuarenta, porque yo espero seguir durante mucho tiempo asociado con el «Overlook».

Y la idea de que tú te pongas a escarbar mierda en mi hotel para hacerla pasar como una gran creación de la literatura norteamericana es algo que me enferma.

Jack se quedó sin habla.

—Yo quise ayudarte, Jacky. Estuvimos juntos en la guerra, y penséque te debía cierta ayuda. ¿Te acuerdas de la guerra?

—Sí, me acuerdo —mascullό Jack, pero las brasas del resentimiento habían empezado ya a calentarle el corazón. Primero Ullman, después Wendy, ahora Al. ¿Qué era todo eso? ¿La Semana Nacional de destrucción de Jack Torrance? Se mordió con más fuerza los labios, buscó el paquete de cigarrillos y se le cayeron al suelo. Le había gustado alguna vez ese ex borracho que le hablaba desdesu guarida con revestimiento de caoba, en Vermont. ¿Le había gustado, de veras?

—Antes de que le pegaras al chico, ese Hatfield —decía Al—, yo había convencido a la Junta para que te confirmaran, y hasta había conseguido que pensaran en la posibilidad de darte la cátedra vitalicia. Y eso tu mismo lo estropeaste. Después te conseguí lo del hotel, un lugar grato y tranquilo para que te rehagas, termines tu obra de teatro y esperes hasta que entre Harry Effinger y yo podamos convencer al resto de los tipos esos de que cometieron un gran error. Y ahora parece que quieres ponerte pesado con un gran asesinato. ¿Es ésa la forma que tienes de agradecer a los amigos, Jack?

—No —susurro, sin atreverse a decir más.

Enla cabeza le latían las palabras ardientes, como grabadas, que pugnaban por salir. Intentó desesperadamente pensar en Wendy y en Danny, que confiaban en él, en Danny y Wendy sentados pacíficamente en la planta baja, junto al fuego, estudiando el primer libro de lectura de la segunda serie, seguros de que todo iba perfectamente. Si él perdía ese trabajo, entonces, ¿qué? ¿Irse a California en el viejo y destartalado «Volkswagen»con su bomba de gasolina medio rota, como una familia de emigrantes que huye de la aridez del campo? Aunque se dijo que antes de dejar que tal cosa sucediera se pondría de rodillas ante Al, las palabras seguían aún pugnando por salir, y la mano con que sujetaba las riendas de su furia la sentía como encargada.

—¿Qué dices? —preguntó Al, cortante.

—No, no es así como trato a mis amigos —respondió Jack—. Y tu lo sabes.

—¿Como lo sé? En el peor de los casos, lo que te propones es enfangar mi hotel desenterrando cadáveres que hace años que están dignamente sepultados. En el mejor, te pones a llamar al director, un tipo raro pero sumamente competente, y me lo dejas frenético, sin mas motivo que un... un estúpido juego de niños.

—Era algo más que un juego, Al. Para ti es mas fácil. Tu no tienes que aceptar la caridad de un amigo rico. No necesitas tener un amigo en el tribunal, porque tú *eres* el tribunal. Del hecho de que tú también estuvieras a un paso de ser un borrachín ni se habla, ¿no es eso?

—Supongo que sí. —La voz de Al había bajado de tono, y parecía que toda la conversación lo cansara—. Pero Jack, eso yo no puedo evitarlo. No lo puedo cambiar.

—Ya lo sé —admitió Jack—. ¿Estoy despedido? Si me lo vas a decir, dímelo ahora.

—No, si me prometes dos cosas.

—De acuerdo.

—¿No sería mejor que supieras las condiciones antes de aceptarlas?

—No. Dime cuál es el trato, que yo lo aceptaré. Tengo que pensar en Wendy y en Danny. Si me pides las pelotas, te las mandaré por correo aéreo.

—¿Estás seguro de que puedes darte el lujo de compadecerte de ti mismo, Jack?

En ese momento, Jack había vuelto a cerrar los ojos, mientras se metía una «Excedrina» entre los labios resecos.

—A estas alturas, tengo la sensación de que es el único lujo que puedo darme. Despáchate... o despáchame.

Durante un momento Al se quedó en silencio. Después dijo:

—Primero, nada de volver a llamar a Ullman. Aunque se incendie el hotel. En ese caso, llama al encargado de mantenimiento, el tipo ese tan mal hablado, tú sabes a quién me refiero...

—A Watson.

—Sí.

—De acuerdo. Convenido.

—Segundo, que me prometas bajo palabra de honor, Jack. Nada de libros sobre un famoso hotel de montaña en Colorado, que tiene su historia.

Durante un momento, la furia fue tan grande que, literalmente, Jack no pudo hablar. La sangre le latía con fuerza en los oídos. Era como recibir una llamada de cierto Mecenas del siglo XX... nada de pintar retratos de familia donde se vieran las verrugas, ¿eh?, o volverás con el populacho. Yo no subvenciono retratos, sino retratos bonitos. Cuando pintes a la hija de mi gran amigo y socio en los negocios, por favor olvídate de las marcas de nacimiento, o volverás con el populacho. Claro que somos amigos... los dos somos hombres civilizados ¿no? Hemos compartido la cama, la mesa y la botella. Siempre seremos amigos, y si ahora te pongo un collar de perro siempre fingiremos no verlo por tácito acuerdo, y yo cuidaré de ti con generosidad y benevolencia. Lo único que te pido a cambio es el alma. Una bagatela. Hasta podemos ignorar el hecho de que me la has entregado, lo mismo que ignoramos el collar de perro. Recuerda, mi talentoso amigo, que los Miguel Ángel mendigan por todas partes en las calles de Roma...

—Jack, ¿estás ahí?

Emitió un ruido estrangulado que pretendía ser la palabra sí.

La voz de Al era firme, muy segura de si misma.

—En realidad, no creo estar pidiéndote tanto, Jack. Puedes escribir otro libros. Pero, simplemente, no puedes esperar que yo te subvencione mientras tú...

—Está bien, de acuerdo.

—No quiero que pienses que intento controlar tu vida artística, Jack. Sabes que no sería capaz de eso. Es sólo que...

—¿Al?

—¿Qué?

—¿Sabes tú si Derwent tiene todavía algo que ver con el «Overlook»?

—No veo en qué puede interesarte a ti saber eso, Jack.

—No, claro que no. Escucha Al, me parece oír que Wendy me está llamando. Ya volveremos a hablar.

—Seguro, Jacky. Será una buena charla. ¿Cómo van las cosas? ¿En seco?

(AHORA QUE YA TIENES TU KILO DE CARNE CON SANGRE Y TODO, ¿NO PUEDES DEJARME EN PAZ DE UNA VEZ?) —

Como un hueso.

—Como yo. En realidad, está empezando a gustarme andar sobrio.

Si...

—Ya te llamaré, Al. Wendy...

—Sí. De acuerdo.

Y se había cortado la comunicación. Entonces fue cuando le dieron los calambres, castigándolo con la rapidez del rayo, haciéndolo doblarse en dos ante el teléfono, como un penitente, con las manos apretándose el vientre, la cabeza palpitante como una ampolla monstruosa.

La avispa, cuando pica, sigue picando...

Se le había pasado un poco cuando Wendy subió a preguntarle quién había llamado por teléfono.

—Al. Quería saber qué tal iban las cosas. Le dije que muy bien.

—Jack, qué mal aspecto tienes. ¿Estás enfermo?

—Me vuelve a doler la cabeza. Me acostaré temprano. No tiene sentido que intente escribir.

—¿Quieres que te suba un poco de leche caliente?

—Me encantaría —sonrió Jack, débilmente.

Ahora estaba tendido junto a ella, sintiendo contra el suyo el muslo tibio, relajado. Pensando en la conversación con Al, en cómo se había rebajado, todavía se sentía alternativamente invadido por el hielo y por el fuego. Algún día lo reconocerían. Algún día habría un libro, no ese texto tranquilo y meditado en que había pensado al principio, sino un arduo fruto de investigación, con una parte de fotos y todo, donde revelaría toda la historia del «Overlook», los convenios de propiedad sucios, incestuosos, todo. Lo expondría todo ante el lector como si fuera la disección de un cangrejo. Y

si Al Shockley tenía algo que ver con el imperio de Derwent... pues que Dios lo ayudara.

Tenso como las cuerdas de un piano, se quedó mirando la oscuridad, sabiendo que todavía podían pasar horas antes de que se durmiera.

Tendida de espaldas con los ojos cerrados, Wendy Torrance escuchaba el ritmo del ronquido de su marido, la aspiración larga, la breve pausa, la espiración ligeramente gutural. Dónde se irá cuando se duerme, pensó. A algún parque de diversiones, a un Great Barrington de los sueños donde todos los juegos son gratuitos y donde no hay ninguna esposa-madre que le diga a uno que ya comió bastantes perritos calientes o que sería mejorir volviendo para llegar a casa antes de que oscurezca. ¿O sería a algún bar profundamente sumergido, donde la bebida jamás se acababa y las puertas batientes siempre estaban abiertas y todos los amigos de antaño se reunían alrededor del juego de *hockey* electrónico, con los vasos en la mano, Al Shockley el más visible entre ellos, con la corbata floja y el botóndel cuellode la camisa desabrochado? Un lugar de donde ella y Danny estaban excluidos y donde el alcohol corría interminablemente.

Wendy estaba preocupadapor Jack, con la antigua preocupación, el viejo desvalimiento que había creído dejar atrás para siempre en Vermont...

como si por algún motivo las preocupaciones no pudieran atravesar las fronteras

estatales. No le gustaba lo que estaba haciéndolesel «Overlook» a Jack y a Danny.

Loque más asustada la tenía, el hecho impreciso y nunca mencionado

—tal vez ni siquiera mencionable—, era que todos los síntomas de la época de bebedor de Jack hubieran vuelto, uno por uno... todos, salvo la propia bebida. Ese constante frotarse los labios con la mano o el pañuelo, como si los tuviera excesivamente húmedos. Las largas

pausas ante la máquina de escribir, la mayor cantidad de papeles arrojados al cesto. Después de la llamada de Al, esa misma noche, Wendy había encontrado un frasco de

«Excedrina» junto al teléfono, pero sin vaso de agua. Jack estaba otra vez tomando pastillas. Y se irritaba por pequeñeces. Inconscientemente, empezaba a hacer chasquear con nerviosidad los dedos si las cosas estaban muy tranquilas. Estaba cada vez más mal hablado. Y Wendy había empezado a preocuparse también por su mal genio. Casi sería un alivio que perdiera los estribos, que dejara salir un poco de presión, de manera muy semejante a la forma en que iba al sótano, lo primero que hacía por la mañana y lo último por la noche, a bajar la presión de la caldera. Sería casi agradable verlo maldecir y asestarle un puntapié a una silla o dar un buen portazo. Pero esas cosas, que parecían ser parte de su temperamento, habían casi desaparecido por completo. Sin embargo, Wendy tenía la sensación de que los enojos de Jack con ella o con Danny eran cada vez más frecuentes, pero también de que él se negaba a darle cauce. La caldera tenía un manómetro, viejo, estropeado, con pegotes de grasa, pero que todavía funcionaba. Jack no tenía ninguno. Ella jamás había llegado a interpretarlo muy bien. Danny era capaz de hacerlo, pero Danny no hablaba.

Y la llamada de Al. Más o menos a la misma hora que se había producido, Danny había perdido todo interés en el cuento que estaban leyendo. La dejó a ella sentada junto al fuego y se fue hasta el escritorio principal, donde Jack le había construido una carretera para los coches y camiones en miniatura. Ahí estaba el «Volkswagen» Violeta Violento, y Danny se había puesto a moverlo rápidamente hacia delante y hacia atrás.

Mientras fingía leer a su vez un libro, pero en realidad mirando por encima de él a su hijo, Wendy había visto una extraña amalgama de las maneras que tenían ella y Jack de expresar la angustia. Enjugarse los labios. Pasarse nerviosamente las manos por el pelo, como solía hacer ella cuando esperaba que Jack regresara de su recorrido por los bares.

No podía creer que Al hubiera llamado simplemente para «preguntar cómo iban las cosas». Si uno quería charlar un rato, llamaba a AI. Pero si Al lo llamaba a uno, era para algo serio.

Más tarde, cuando volvió a bajar, Wendy había encontrado a Danny de nuevo hecho un ovillo junto al fuego, leyendo en su libro de lectura de segundo grado las aventuras de Joe y Rachel, cuando su papá los llevó al circo, completamente abstraído. La desazón, la inquietud, se habían evaporado por completo. Al mirarlo, Wendy había vuelto a experimentar la certeza, súbita e inquietante, de que Danny sabía más y entendía más de lo que tenía cabida en la filosofía del doctor («Llámenme Bill») Edmonds.

—Es hora de acostarte, doc —le dijo.

—Sí, esta bien —el chico puso una marca en el libro y se levantó.

—Ve a lavarte y a cepillarte los dientes.

—Bueno.

—Y no te olvides de la seda dental.

—No, mamá.

Durante un momento se quedaron uno junto al otro, mirando cómo oscilaba el resplandor de las brasas en el fuego. La mayor parte del vestíbulo estaba helado y lleno de corrientes de aire, pero el círculo alrededor de la chimenea era de una tibieza mágica, que se hacía difícil abandonar.

—El tío Al llamó por teléfono —dijo Wendy, como quien no quiere la cosa.

—¿Ah, sí? —ni la menor sorpresa.

—Estaba pensando si estaría enojado con papá —siguió Wendy en el mismo tono.

—Sí, seguro que sí —asintió Danny, sin dejar de mirar el fuego—. No quería que papá escribiera el libro.

—¿Qué libro, Danny? —Ése sobre el hotel.

La pregunta que se le formó en los labios era la misma que ella y Jack le habían formulado mil veces: *¿Cómo lo sabes?* Pero no se lo había preguntado. No quería inquietarlo a la hora de acostarse, ni hacer que el chico

se diera cuenta de que estaban hablando en tono casual de su conocimiento de cosas que él no tenía manera alguna de saber. Pero las *sabía,* de eso Wendy estaba convencida. La charla del doctor Edmonds sobre el razonamiento inductivo y la lógica subconsciente no era más que eso: charla. Su hermana... ¿cómo había sabido Danny que ese día, en la sala de espera, Wendy estaba pensando en Aileen? Y *(Soñé que papá tuvo un accidente.)* Sacudió la cabeza, como para despejársela. —Ve a lavarte, doc.

—Sí, mamá —corrió escaleras arriba, hacia el dormitorio, mientras Wendy, con el ceño fruncido, se iba a la cocina a calentar la leche para Jack.

Y ahora, insomne en su cama mientras escuchaba la respiración de su marido y el viento afuera (milagrosamente, esa tarde habían vuelto a tener otra nevisca, todavía, ninguna gran nevada), Wendy dejó que sus pensamientos se volvieran sin reserva hacia ese hijo adorable e inquietante, que había nacido con la cabeza envuelta en las membranas, esa tela que los médicos veían quizá en un nacimiento entre setecientos, esa tela que según las historias de viejas era señal de doble vista.

Decidió que era hora de hablar con Danny sobre el «Overlook»... y mucho más, de conseguir que Danny hablara con ella. Mañana, seguramente. Los dos tenían pensado ir a la biblioteca pública de Sidewinder para ver si podían conseguir que les prestaran algunos libros de un nivel de segundo grado, durante todo el invierno, y entonces hablaría con él. Y francamente. Con esa idea se sintió más tranquila y por fin empezó a abandonarse al sueño.

Ensu dormitorio, Danny estaba despierto, con los ojos abiertos, sosteniendo con elbrazo izquierdo su viejo y traqueteado osito de felpa (que había perdido uno de los botones que hacían de ojos y perdía relleno por una docena de costuras reventadas), escuchando cómo dormían sus padres en su dormitorio. Tenía la sensación de haberse convertido, sin quererlo, en el guardián de ellos. Las noches eran lo peor de todo. Aborrecía las noches, y el gemido constante del viento sobre el ala oeste del hotel.

Suspendido de un hilo, sobre él flotaba el planeador. Encima de su escritorio el «Volkswagen», que el chico había traído desde la planta baja, resplandecía con un tono púrpura fluorescente. En la estantería estaban sus libros de lectura, y los de pintar sobre el escritorio. *Un sitio para cada cosa y cada cosa en su sitio*, decía mamá. *Entonces cuando quieres algo sabes dónde lo tienes*. Pero ahora las cosas estaban cambiadas de lugar. Faltaban cosas. Y, lo que era peor, se habían *agregado* cosas, cosas que uno no podía ver bien, como en esas figuras que decían ¿PUEDES VER LOS INDIOS? Y si uno se esforzaba y miraba con los ojos entornados, entonces veía algunos; eso que al primer vistazo le había parecido un cactus era en realidad un guerrero con un cuchillo entre los dientes, y había otros ocultos en las rocas, y hasta se podía ver uno de los rostros hoscos y despiadados mirando por entre los radios de la rueda de un carro con toldo. Pero nunca se los podía ver a todos, y era eso lo que lo inquietaba a uno. Porque eran los que no se podían ver los que se arrastrarían furtivamente por atrás, con el *tomahawk* en una mano y en la otra el cuchillo para arrancarte el cuero cabelludo…

Danny se acomodó de nuevo en la cama, con zozobra, buscando con los ojos el resplandor reconfortante de la lamparilla de noche. Aquí las cosas eran peor, de eso estaba seguro. Al principio no había sido tan malo, pero poco a poco., su papá pensaba mucho más en beber. A veces estaba enojado con mami no sabía por qué. Se paseaba enjugándose los labios con el pañuelo, con una expresión nebulosa y distante en los ojos. Mami estaba preocupada por él, y Danny también. No necesitaba del esplendor para saber que le había hecho preguntas el día que a él le pareció que la manguera del extintor se convertía en una serpiente. El señor Hallorann había dicho que todas las madres podían esplender un poquito, y ese día ella supo que había pasado algo, pero no qué.

Danny había estado a punto de decírselo, pero hubo un par de cosas que lo detuvieron. Sabía que el médico de Sidewinder

había restado importancia a Tony y a las cosas que Tony le mostraba, como algo perfectamente

(bueno casi)

normal. Entonces, era posible que su madre no le creyera si le contaba lo de la manguera. Y peor sería que lo creyera, pero equivocadamente, que pensara que a Danny se le estaban AFLOJANDO LOS TORNILLOS. Él algo sabía de lo que era AFLOJARSE LOS TORNILLOS; no tanto como sabia sobre ENCARGAR UN BEBÉ, porque eso mami se lo había explicado bastante bien el año pasado, pero algo sabía.

Una vez, en el jardín de infancia, su amigo Scott había señalado a un chico que se llamaba Robin Stenger, que andaba lloriqueando junto a los columpios con una cara tan larga que casi se la podía pisar. El padre de Robin enseñaba aritmética en la misma escuela que papá, y el de Scott era profesor de historia. La mayoría de los pequeños del jardín de infancia tenían alguna vinculación con la escuela preparatoria de Stovington, o bien con la pequeña planta de «IBM» que había en las afueras del pueblo, y ambos formaban dos grupos por separado. Naturalmente, había amistades entre niños de los dos grupos, pero era bastante natural que el contacto fuera mayor entre los pequeños cuyos padres se conocían. Cuando en uno de los grupos pasaba algo entre los adultos, casi siempre se filtraba hasta los niños, de alguna manera más omenos distorsionada, pero era raro que trascendiera al otro grupo.

Esa vez, él y Scotty estaban sentados en la nave espacial de juguete cuando Scotty señaló a Robin con un gesto del pulgar.

—¿Conoces a ese chico? —le preguntó.

—Sí —contestó Danny.

Scott se inclinó hacia él.

—Anoche, a su papá se le AFLOJARONLOS TORNILLOS, y se lo llevaron.

—¿Ah, sí? ¿Porque se le aflojaron algunos tornillos, nada más?

Scott lo miró con desdén.

—Se enloqueció, vamos —Scott se puso bizco, dejó caer la lengua y empezó a describir amplias elipses con el índicesobre las sienes—. Se lo llevaron al LOQUERO.

—Uau —se asombró Danny—. ¿Y cuándo lo dejarán volver?

—Nunca-nunca-nunca —respondió sombríamente Scotty.

Enel transcurso de ese día y del siguiente, Danny llego a saber que *a)* El señor Stenger había intentado matara toda su familia, incluso a Robin, con la pistola que guardaba como recuerdo de la Segunda Guerra Mundial;

b) El señor Stenger había hecho pedazos la casa mientras estaba MAJARETA;

c) Al señor Stenger lo habían encontrado comiéndose un tazón de bichos muertosy hierba seca como si fueran coposde cereales con leche,y mientras lo hacía estaba llorando;

d) El señor Stenger había tratado de estrangular a su mujercon una media porque

su equipo favorito había perdido un partido.

Finalmente, demasiado angustiado para seguir guardando el secreto, Danny le había hablado a su papá del señor Stenger. Papá se lo había sentado en las rodillas y le había explicado que el señor Stenger había estado soportando demasiadas tensiones, en parte por su familia y en parte por el trabajo y en parte por cosas que nadie más que los médicos podían entender. Había tenido ataques de llanto, y tres noches atrás se había puesto a llorar sin poderrefrenarse y había roto un montón de cosas en las casa de los Stenger. Eso no era porque se le hubieran AFLOJADO LOS TORNILLOS, decía papá, sino porque había tenido un COLAPSO NERVIOSO, y el señor Stenger no estaba en un LOQUERO sino en un SANATORIO. Pero a pesar de las cautelosas explicaciones de papá, Danny estaba asustado. No le parecía que hubiera ninguna diferencia entre que se le AFLOJARAN LOS TORNILLOS a alguien y que tuviera un COLAPSO NERVIOSO, y aunque se dijera SANATORIO en vez de LOQUERO, el lugar seguía teniendo rejas en las ventanas y a uno no lo dejaban salir

aunque quisiera. Y, de manera totalmente inocente, su padre había confirmado sin modificarla otra de las frases de Scotty, que despertaba en Danny un terror impreciso y vago. En el lugar donde vivía ahora el señor Stenger había HOMBRES DE BATA BLANCA, que venían a buscarlo a uno en una furgoneta sin ventanillas y pintada de un funesto color gris. La aparcaban junto a la acera, junto a la casa de uno, y entonces los HOMBRES DE BATA BLANCA iban a buscarlo a uno y lo separaban de su familia y lo llevaban a vivir en una habitación con paredes acolchadas. Y si uno quería escribir a su casa, tenía que hacerlo con crayola.

—¿Y cuándo lo dejarán volver? —preguntó Danny a su padre.

—Tan pronto como mejore, doc.

—Pero eso, ¿cuándo será? —había insistido Danny.

—Dan. ESO NADIE LO SABE —le respondió Jack.

Y eso era lo peor de todo. Era otra manera de decir nunca-nunca-nunca. Un mes más tarde, la madre de Robin lo había sacado del jardín de infancia y los dos se fueron de Stovington, sin el señor Stenger.

Eso había pasado hacia más de un año, después de que papá dejara de tomar Algo Malo, pero antes de que perdiera el trabajo. Danny aun solía pensar en eso. A veces, cuando se caía o se daba un golpe o le dolía la barriga, empezaba a llorar y de pronto se acordaba, y le daba miedo de no poder dejar de llorar, de seguir y seguir, llorando y gritando, hasta que papito fuera al teléfono, marcara un número y dijera: «¿Hola? Habla Jack Torrance, de 149 Mapleline Way. Estoy con mi hijo, que no puede dejar de llorar. Por favor, envíen a los HOMBRES DE BATA BLANCA para que lo lleven al SANATORIO. Si, eso es, se le AFLOJARON LOS TORNILLOS. Gracias.» Y entonces la furgoneta gris sin ventanillas llegaría a la puerta de *su* casa, lo meterían a él dentro, siempre llorando histéricamente, y se lo llevarían. ¿Y cuándo volvería a ver a su papá y a su mamá? ESO NADIE LO SABE.

Era ese temor lo que le había impuesto silencio. Ahora que ya tenía un año más, estaba seguro de que mamá y papá no dejarían que se lo llevaran por haber pensado que la manguera del extintor era una serpiente, su mente *racional* estaba segura de eso, pero así y todo, cuando pensaba en contarles la historia, el viejo recuerdo se alzaba dentro de él como una piedra que le llenara la boca y no le dejara articular las palabras. No era como lo de Tony; Tony siempre le había parecido perfectamente natural (hasta que empezaron las pesadillas, claro) y también había parecido que sus padres aceptaban a Tony como algo más o menos natural. Las cosas como Tony venían porque uno era INTELIGENTE, y los dos daban por sentado que él lo era (como también daban por sentado que lo eran ellos), pero una manguera de incendios que se convertía en serpiente, o eso de ver sangre y sesos en la pared de la *suite* presidencial, cuando nadie más podía verlo, esas cosas no serían naturales. Sus padres ya lo habían llevado a ver al médico.

¿No era razonable suponer que después de eso vendrían los HOMBRES DE BATA BLANCA?

Así y todo, podría haberlo contado, pero estaba seguro de que en ese caso, tarde o temprano, querrían sacarlo del hotel. Y Danny deseaba desesperadamente irse del «Overlook». Pero al mismo tiempo sabia que esa era la última oportunidad de su padre, que estaba ahí en el «Overlook» para algo más que cuidar del lugar. Estaba ahí para trabajar con sus papeles. Para superar lo que sentía por haber perdido el trabajo. Para amar a mami/Wendy. Y hasta hacía muy poco tiempo, parecía que todas esas cosas estuvieran sucediendo. Sólo últimamente papito había empezado a tener problemas. Desde que encontró esos papeles.

(Este lugar inhumano hace monstruos de los humanos.)

¿Qué quería decir eso? Danny había rogado a Dios, pero Dios no se lo había dicho. ¿Y qué haría papito si dejaba de trabajar aquí? Había tratado de saberlo mirando en la mente de su padre, y estaba cada vez, más convencido de que su padre no lo sabía. La prueba más cierta

le había llegado esa misma tarde, cuando el tío Al había llamado por teléfono a papá y le había dicho cosas feas, mezquinas, y papito no se había animado a contestarle porque tío Al podía despedirlo del trabajo como el señor Crommett, director de la escuela de Stovington, y la junta lo habían despedido de su puesto de profesor. Y papito le tenía un miedo espantoso a eso, por él y por mami y también por él mismo.

Por eso no se había animado a decir nada. No le quedaba más que estar alerta, indefenso, esperando que en realidad en la figura no hubiera indios, o que si los había se conformaran con esperar a la caza mayor y dejaran en paz a las presas pequeñas como ellos. Pero eso Danny no podía creerlo, por más que se esforzara.

Ahora, las cosas estaban peor en el «Overlook».

La nieve estaba próxima, y cuando llegara, las escasas opciones que tenían quedarían suprimidas. Y después de la nieve, ¿qué? ¿Qué entonces, cuando estuvieran encerrados allí, a merced de cualquier cosa que hasta ahora estuviera apenas jugando con ellos?

(¡Sal de una vez a tomar tu medicina!) Entonces, ¿qué?

REDRUM.

Se estremeció en la cama y volvió a darse la vuelta. Ahora ya sabía leer mejor. Tal vez mañana intentara llamar a Tony, intentara conseguir que Tony le mostrara exactamente qué era REDRUM y le dijera si había alguna forma de evitarlo. Correría el riesgo de las pesadillas. Tenía que *saber.*

Danny todavía estaba despierto cuando ya el falso dormir de sus padres se había convertido en sueño real. Dio vueltas en la cama, enredándose en las sábanas, luchando con un problema demasiado grande para él, para su edad, despierto en la noche como un solitario centinela. Y después de medianoche, cuando él también se durmió, no quedó despierto más que el viento, lanzándose contra el hotel y silbando en los aleros bajo la mirada fría y penetrante de las estrellas.

22. EN LA FURGONETA

Veo salir mala luna
Veo dificultades en el camino
Veo terremotos y rayos
Veo mal tiempo para hoy
No salgas esta noche
puede costarte la vida
Hay mala luna al salir

Alguien había agregado al tablero de la furgoneta del hotel una vieja radio para automóvil, y el altavoz dejaba salir, metálico y lleno de descargas, el inconfundible sonido de la banda «Creedence Clearwater Revival» de John Fogerty. Wendy y Danny iban a Sidewinder. El día era claro y luminoso.

Danny jugaba interminablemente con la tarjeta anaranjada de lector de *Jack* y parecía bastante animado, pero a Wendy le parecía verlo fatigado y tenso, como si no viniera durmiendo lo suficiente y sólo la energía nerviosa lo mantuviera en pie.

La canción terminó y se oyó la voz del locutor.

—Acaban de escuchar a «Credence». Y hablando de mala luna, parece que no tardaremos en tenerla, por difícil que parezca con el hermoso tiempo primaveral que hemos disfrutado en los dos o tres últimos días. El pronóstico del tiempo anuncia que alrededor de la una de la tarde la presión alta cederá el paso a una zona de baja presión que llegará hasta donde nos encontramos, haciendo descender rápidamente las temperaturas y provocando precipitaciones hacia el anochecer. Las elevaciones inferiores a los dos mil metros, entre ellas la zona de Denver, tendrán precipitaciones de aguanieve y nieve. Es posible que se hielen algunos caminos. Más arriba sólo habrá nieve. Se espera un espesor de tres a ocho centímetros por debajo de los dos mil metros, y posibles acumulaciones de quince a veinticinco

centímetros en la zona central de Colorado y en la montaña. Se recuerda a quienes deban viajar por las montañas esta tarde o esta noche que será obligado el uso de cadenas. Además, es preferible no salir a menos que sea imprescindible. Recuerden lo que pasó con el grupo «Donner» —agregó el locutor en tono de broma—. No estaban tan cerca del próximorefugio como habían pensado.

—¿No te importa si la apago? —preguntó Wendy a su hijo cuando empezaron los anuncios.

—No, está bien —Danny miró al cielo, de un color azul brillante—.

Parece que papá eligió bien el día para recortar esos animales del cerco, ¿no?

—Parece que si —coincidió Wendy.

—Pero no parece mucho que vaya a nevar —comentó Danny, esperanzado.

—¿No se te están enfriando los pies? —preguntó Wendy, que seguía pensando en el chiste del locutor sobre el grupo «Donner».

—No, no creo.

Bueno, se dijo Wendy, es el momento. Si vas a traer el tema, hazlo ahora o jamás estarás tranquila.

—Danny —empezó, en el tono más casual que pudo—, ¿no te gustaría más que nos fuéramos del «Overlook»? ¿Que no pasáramos aquí el invierno?

Danny se miró las manos.

—Creo que sí —asintió—. Sí, pero es el trabajo de papá.

—A veces —prosiguió ella, cautelosamente—, tengo la idea de que papito también estaría mejor si nos fuéramos.

Pasaron junto a una señal que anunciaba SIDEWINDER 30 KM y Wendy entró con precaución en una curva muy cerrada, puso el coche en segunda.

No quería correr riesgos; esos lugares le daban miedo.

—¿Estás segura de eso? —le preguntó Danny, mirándola atentamente; después sacudió la cabeza—. No, a mí no me parece.

—¿Por qué no?

—Porque está preocupado por nosotros —respondió el chico, eligiendo cuidadosamente las palabras. Era difícil de explicar, porque no era mucho lo que el mismo entendía. Encontró que le volvía a la memoria un incidente que había comentado con el señor Hallorann, el del muchacho que en unos almacenes estaba viendo las radios, con intención de robar una. La situación había sido penosa, pero por lo menos entonces lo que sucedía estaba claro, incluso para el propio Danny, que no era mucho más que un bebé. Pero con los adultos todo era siempre más complicado, ya que cualquier acción posible se teñía con la idea de las consecuencias, la empañaban las dudas, la *imagen de si mismo*, los sentimientos de amor y de responsabilidad. Parecía que todas las elecciones posibles tuvieran alguna desventaja, y a veces Danny no entendía por qué esas desventajas *eran* desventajas. Era muy difícil.

—Piensa... —volvió a empezar Danny, y miró rápidamente a su madre.

Wendy no lo miraba, tenía los ojos puestos en el camino, y el chico sintió que podía seguir.

—Piensa que tal vez nos sentiremos solos. Y además piensa que este lugar le gusta y que para nosotros es bueno. Papá nos quiere y no quiere que nos sintamos solos... ni tristes, pero piensa que aún si lo estamos, es posible que sea para bien ALALARGA. ¿Tú sabes lo que es ALALARGA?

—Sí, tesoro, lo sé.

—Y le preocupa que si nos vamos tal vez no consiga otro trabajo. Que tengamos que pedir o algo así.

—¿Eso es todo?

—No, pero lo demás está todo mezclado, porque él ahora es diferente.

—Sí —asintió Wendy, casi en un suspiro. La pendiente se hizo menos abrupta y ella volvió cautelosamente a la tercera.

—Te juro por Dios que todo esto no lo estoy inventando, mami.

—Ya lo sé —le sonrió Wendy—. ¿Te lo dijo Tony?

—No, pero lo sé. ¿Ese doctor no creyó en Tony, no es cierto?

—No te preocupes por el doctor. Yo sí creo en Tony. No sé qué es ni quién es, si es una parte especial de ti o si viene de... fuera, pero creo en él, Danny. Y si tú... si Tony piensa que debemos irnos, nos iremos. Nos iremos tú y yo y nos reuniremos de nuevo con papito en la primavera.

El chico la miró, con súbita esperanza.

—¿A dónde? ¿A un motel?

—Tesoro, un motel es muy caro para nosotros. Nos iríamos a casa de mi madre.

En el rostro de Danny, la esperanza se extinguió.

—Yo sé... —empezó, y se detuvo.

—¿Qué?

—Nada —farfulló el chico.

Como la pendiente había vuelto a acentuarse. Wendy pasó a segunda.

—No digas eso, doc, por favor. Creo que hace semanas que deberíamos haber hablado de esto. Por favor, dime qué es lo que sabes, que yo no me enojaré. No puedo enojarme, porque esto es demasiado importante. Háblame con toda sinceridad.

—Sé como te sientes tú con ella —respondió Danny, y suspiró.

—¿Cómo me siento?

—Mal —declaró Danny y siguió enumerando en un sobrecogedor sonsonete—:

Mal. Triste. Furiosa. Te sientes como si ella no fuera tu mamá.

Como si quisiera comerte —la miró asustado—. Y a mí no me gusta estar allí.

Ella siempre está pensando cómo puede ser conmigo mejor que tú, y cómo puede apartarme de ti. Mami, no quiero ir allá. Prefiero estar en el «Overlook» y no allá.

Wendy estaba atónita. ¿Tan malas eran las cosas entre ella y su madre? Dios, qué infierno para el chico si era así y él podía realmente leer el pensamiento. De pronto se sintió

más desnuda que si estuviera desnuda, como si la hubieran sorprendido haciendo alguna obscenidad.

—Está bien —lo tranquilizó—. Está muy bien, Danny.

—Estás enfadada conmigo —dijoél con una vocecita próxima a las lágrimas.

—No, de veras que no, sólo estoy sorprendida —iban pasando frente a un cartel que anunciaba SIDEWINDER 25 KM, y Wendy se relajó un poco. A partir de allí el camino era mejor.

—Quiero preguntarte algo más, Danny, y quiero que me lo contestes con toda la sinceridad que puedas. ¿Lo harás?

—Sí, mami —la respuesta del chico era un susurro.

—¿Papito no ha vuelto a beber?

—No —respondió Danny, y ahogó las dos palabras que se le habían formado en los labios después de la negación escueta: *Todavía no.*

Wendy se tranquilizó un poco más. Apoyó la mano sobre el tejano que enfundaba la pierna de su hijo y se la apretó.

—Papito se ha esforzado muchísimo, porque nos quiere —expresó en voz baja—. Y nosotros también lo queremos, ¿verdad?

Él chico asintió en silencio, gravemente. Wendy siguió hablando, casi como para sí misma.

—Sin ser perfecto, se ha esforzado... Danny, ¡se ha esforzado tanto!

Cuando... dejó... pasó por una especie de infierno. Y todavía lo está pasando.

Creo que si no hubiera sido por nosotros, habría dejado de luchar. Quiero hacer lo que está bien, pero no sé. ¿Tendríamos que irnos? ¿O quedarnos? Es como elegir entre la sartén y las brasas.

—Sí, lo sé.

—¿Tú harías algo por mí, doc?

—¿Qué?

—Intenta hacer que venga Tony. Ahora. Pregúntale si estamos seguros en el «Overlook».

—Ya lo intenté, esta mañana —respondió lentamente Danny.

—¿Qué sucedió? ¿Qué te dijo? —le preguntó Wendy.

—No vino —suspiró el chico—. Tony no vino —súbitamente, estalló en lágrimas.

—Danny, tesoro, no hagas eso —dijo ella alarmada—. Por favor...

La furgoneta se pasó de la doble línea amarilla y Wendy la enderezó, asustada.

—No me lleves a casa de la abuela —pidió Danny entre sus lágrimas—.

Por favor, mami, no quiero ir allí, quiero quedarme con papito...

—Está bien —aceptó suavemente ella—. Está bien, eso haremos.

Sacó un pañuelo de papel del bolsillo de la camisa vaquera y se lo ofreció.

—Nos quedaremos, y todo irá bien. Estupendo.

23. EN LA ZONA INFANTIL

Jack salió a la terraza, subiéndose hasta el mentón la cremallera de su mono de trabajo, y parpadeó bajo el aire frió y claro. En la mano izquierda llevaba unas tijeras de podar cercos accionadas por pilas. Con la mano derecha se sacó del bolsillo de atrás un pañuelo limpio, se lo pasó por los labios y volvió a guardarlo. Por radio habían anunciado nieve. Se hacía difícil creerlo, aunque se viera cómo las nubes iban acumulándose en el horizonte.

Echó a andar por la senda que llevaba al jardín ornamental, pasándose las tijeras de podar a la otra mano. El trabajo no le llevaría mucho tiempo, pensó; con un retoque bastaría. El frío de las noches seguramente habría detenido el crecimiento de las plantas. El conejo tenía las orejas un poquito peludas, y a dos de las patas

del perro se habían deformado, un poco, pero los leones y el búfalo estaban perfectos.

Con un rápido corte de pelo sería bastante, y entonces... que viniera la nieve.

La senda de cemento terminaba tan bruscamente como un trampolín.

Jack se salió de ella y, pasando junto a la piscina vacía, tomó por la senda de grava que serpenteaba entre los animales del jardín ornamental y llegaba hasta la propia zona infantil. Se dirigió hacia el conejo y oprimió el botón que ponía en funcionamiento las tijeras. La herramienta empezó a zumbar por lo bajo.

—Hola, hermano conejo —saludó Jack—. ¿Cómo te va? ¿Una recortadita en la coronilla y pulirle un poco las orejas? Perfecto. Oye, ¿te contaron alguna vez el chiste del viajante de comercio y la anciana que tenía un perro de aguas?

Su propia voz le sonó tan forzada y estúpida que se interrumpió. Se le ocurrió que no le interesaban mucho esos animales; siempre le había parecido una especie de perversión eso de recortar y torturar a un pobre seto para darle la forma de algo que no era. Al costado de una de las carreteras de Vermont recordaba haber visto un seto convertido en una cartelera que, desde una elevación que dominaba el camino, anunciaba cierta marca de helados de crema. Hacer de la Naturaleza, un corredor de helados de crema no estaba mal, simplemente: era grotesco. *(Nadie lo contrató a usted para filosofar, Torrance.)* Pues era cierto. Y tan cierto. Le recortó las orejas al conejo, y en el césped fue formándose un montoncito de hojas y ramitas. Las tijeras de podar ronroneaban en ese tono bajo y con una inquietante resonancia metálica que tienen, al parecer, todos los aparatos accionados con pilas. El sol brillaba pero no daba calor: ahora ya no se hacía tan difícil creer que vendría la nieve.

Jack trabajó con rapidez, pues sabía que en un trabajo como ese, por lo general, detenerse a pensar significaba equivocarse. Le retocó la «cara» al conejo (que desde esa distancia no parecía para nada una cara, pero desde unos veinte pasos más o menos los efectos de luz y sombra

se unían a la imaginación del espectador para hacer creer que la había), y después empezó a pasarle las tijeras por la barriga.

Cuando terminó, detuvo el funcionamiento de la herramienta, fue hasta la zona infantil y allí se dio la vuelta bruscamente para ver el efecto total del conejo. Sí, parecía bien. Bueno, ahora le tocaría al perro.

—Pero si éste fuera mi hotel —les dijo—, os corlaría a todos vosotros a ras del suelo. Y vaya si lo haría. Los cortaría a todos, repondría el césped en los lugares donde habían estado y pondría por allí media docena de mesitas de metal con sombrillas de colores alegres. La gente podría sentarse allí a tomar el cóctel, en verano. Gin Fitz, cóctelde tequila, pink lady... todas esas cosas dulzonas que beben los turistas. Quizá ron y agua tónica.

Lentamente, Jack se sacó el pañuelo del bolsillo de atrás y se lo pasó por los labios.

—Vamos, vamos —se regañó por lo bajo. No era cuestión de estar pensando en eso.

Cuando iba a empezar de nuevo a trabajar, un impulso lo hizo cambiar de idea y se fue, en cambio, hacia la zona infantil. Es raro lo imprevisible que pueden ser los chicos, pensó. Él y Wendy habían esperado que Danny estuviera encantado con la zona infantil; allí había todo lo que pudiera pedir un niño. Pero Jack no creía que su hijo hubiera estado allí media docena de veces... si es que eran tantas. Tal vez de haber tenido otro chico con quien jugar las cosas habrían sido diferentes.

El portón chirrió ligeramente cuando lo empujó para entrar, y después la grava empezó a crujir bajo sus pies. Primero fue hacia la casa de juguete, un perfecto modelo a escala del propio «Overlook». El pequeño edificio tenía más o menos la altura de Danny cuando estaba de pie. Jack se agachó para mirar por las ventanas del tercer piso.

—Aquí viene el gigante a comeros a todos en vuestra cama —anunció con voz hueca—. Ya podéis despediros de la vida.

Pero tampoco eso era gracioso. La casa se podía abrir simplemente, como una puerta, haciéndola girar sobre una bisagra oculta. El interior era una decepción; las paredes estaban pintadas, pero casi todo estaba vacío.

Como no podía menos de ser, pensó Jack; si no, ¿cómo podían entrar los chicos? Y si en el verano había algunos muebles, ahora debían de estar guardados en el cobertizo de las herramientas. Jack cerró otra vez la casa, y el cerrojo volvió a encajarse con un pequeño clic.

Después fue hasta el tobogán, dejó en el suelo las tijeras de podar y, tras haber echado un vistazo a la senda para asegurarse de que Danny y Wendy no habían regresado, subió hasta arriba y se sentó. Aunque era el tobogán para los niños mayores, seguía siendo incómodamente ajustado para las nalgas de un adulto. ¿Cuánto tiempo hacía que él no se subía a un tobogán? ¿Veinte años? No le parecía posible que fuera tanto, no tenía la *sensación* de que fuera tanto, pero claro que tenía que ser eso, o más.

Recordaba que su padre solía llevarlo al parque, en Berlín de Nueva Hampshire, cuando él tenía la edad de Danny, y que él no se perdía un solo juego, ni el tobogán, ni los columpios, ni el balancín, ni nada. Después, él y el viejo se comían un perrito caliente y le compraban cacahuetes al hombre del carrito. Se sentaban en un banco a comerlos, y en torno de ellos se formaba una nube de palomas.

—Malditos bichos rapaces —rezongaba su padre—, no les des nada, Jacky.

Pero después terminaban los dos dándoles de comer, y riéndose de la forma en que corrían tras las semillas, esa forma tan voraz de correr tras las semillas. Jack no recordaba que el viejo hubiera llevado nunca a sus hermanos al parque. Jack era su favorito, y aun así había recibido lo suyo cuando el viejo estaba borracho; es decir la mayor parte del tiempo. Pero Jack lo había querido durante todo el tiempo que pudo, mucho después que el resto de la familia no sintiera por él más que odio y miedo.

Empujándose con las manos, descendió, pero el descenso no le dio placer alguno. Como nadie lo usaba, el tobogán estaba áspero y no se podía tomar la velocidad suficiente; además, él tenía el trasero demasiado grande.

Sus pies de adulto chocaron en la leve depresión que había formado el choque de miles de pies de niños antes que los suyos. Se levantó, se sacudió los fondillos del pantalón y miró las tijeras de podarpero, en vez de recogerlas, se dirigió hacia los columpios, que también fueron una desilusión. Desde el cierre de la temporada, las cadenas se habían enmohecido, y al moverlas chillaron como si algo les doliera. Jack se prometió que al llegar la primavera las engrasaría.

Déjalo, se regañó. Ya no eres un niño, y no necesitabas venir a este lugar para demostrarlo.

Pero siguió hasta los aros de cemento —eran demasiado pequeños para él y pasó por encima— y después hasta la cerca de seguridad que delimitaba los terrenos del hotel. Pasó los dedos entre el enrejado y miró a través de la cerca:el sol le dibujaba sobre la cara las líneas de sombra, como si fuera un hombre entre rejas. El propio Jack advirtió la similitud, y sacudió el enrejado, poniendo expresión angustiada y susurrando:

—¡Déjenme salir de aquí! ¡Déjenme salir de aquí!

Pero, por tercera vez, la cosa no le hizo gracia. Era hora de ponerse de nuevo a trabajar.

Fue en ese momento cuando oyó el ruido,detrás de él.

Sela dio vuelta rápidamente, con el ceño fruncido, avergonzado, preguntándose si alguien lo habría visto tonteando por ahí, en el territorio de los niños. Sus ojos recorrieron los toboganes, el zigzagque formaban los balancines, los columpios en losque sólo se mecíael viento. Más allá de todo eso, entre el portón y la cerca baja que separaba la zona infantil del césped y del jardín ornamental, los leones se agrupaban en torno de la senda, como para protegerla, el conejo se inclinaba fingiendo comer hierba, el búfalo parecía pronto a atacar, el perro seguía echado. Tras

ellos se veía el campo de golf y el edificio del hotel. Desde donde estaba, alcanzaba incluso a ver el borde elevado de la cancha de roque, del lado oeste del «Overlook».

Todo estaba lo mismo que hacía un momento. Entonces, ¿por qué había empezado a ponérsele carne de gallina en la cara y las manos, y por qué en la nuca el pelo empezaba a erizársele, como si la piel se le hubiera puesto repentinamente seca?

Con los ojos entornados, volvióa mirar hacia el hotel,sin encontrar respuesta. Seguía simplemente allí con las ventanas a oscuras, mientras un tenue hilo de humo se escurría por la chimenea correspondiente al fuego encendido en el vestíbulo.

(Muchacho, más vale que te pongas en marcha, porque si no cuando regresen se quedarán pensando que no hiciste nada en todo el tiempo.) Ponerse en marcha, claro. Porque estaba por nevar y había que recortar esos malditos cercos. Era parte del acuerdo. Además, no se atreverían...

(¿Quién no se atrevería? ¿Qué no se atrevería? ¿A qué no se atreverían?)

Empezó a andar de nuevo hacia donde había dejado las tijeras de podar, al pie del tobogángrande, y le pareció que el ruido de sus pies al hollar la grava era anormalmente fuerte. Ahora habían empezado a contraérsele también los testículos, y sentía las nalgas duras y pesadas, como de piedra.

(Por Dios, qué es esto?)

Se detuvo junto a las podaderas, pero no hizo ningún movimiento para recogerlas. Sí, claro que había algo diferente. En el jardín ornamental.

Y era tan simple, tan fácil de ver, que ni siquiera lo había notado. Vamos, se reprochó, si acabas de recortar el maldito conejo, entonces qué (eso mismo es) La respiración se le ahogó en la garganta.

El conejo estaba en cuatro patas, mordisqueando la hierba. Tenía la barriga contra el suelo. Pero no hacía diez minutos que estaba sentado sobre las patas traseras, claro que sí, si él le había recortado las orejas... y la barriga.

Sus ojos se movieron velozmente hacia el perro. Cuando él había venido por la senda, el perro estaba sentado, en la actitud de pedir una golosina. Ahora estaba agazapado, con la cabeza inclinada, la muesca de la boca contraída en un gruñido silencioso. Y los leones...

(oh no, nene, no, oh, no es posible)

Los leones estaban más próximos a la senda. Los dos que habían a su derecha habían cambiado imperceptiblemente de posición, se habían acercado más. Y la cola del de la izquierda, ahora, estaba casi sobre la senda.

Estaba seguro de que, cuando pasó junto a ellos para atravesar el portón, ese león estaba a la derecha y tenía la cola arrollada junto al cuerpo.

Ahora, los leones ya no defendían la senda: la bloqueaban.

De pronto, Jack se cubrió los ojos con la mano, y después volvióa bajarla. Lo que veía no cambió. Un suspiro, suave, demasiado bajo para ser un gruñido, se le escapó. En la época en que bebía siempre había tenido miedo de que le sucediera algo así; pero cuando uno bebía de esa manera, a eso se le llamaba *delirium tremens*, lo mismo que le pasaba al viejo Ray Milland en *Días sin huella*, cuando veía bicharracos que salían de las paredes.

Y cuando uno estaba sobrio, ¿cómo se le llamaba?

La intención de la pregunta era retórica, pero su mente la respondió (se le llama locura) de todas maneras.

Al volver a mirar los animales del seto, se dio cuenta de que algo *había* cambiado mientras él tenía la mano sobre los ojos. El perro estaba más cerca. Ya no seguía agazapado, sino que parecía estar preparándose para correr, con los cuartos traseros flexionados, una de las patas delanteras extendida, la otra hacia atrás. Con la boca más abierta, con gesto que parecía más amenazante. Ahora, hasta le pareció ver forma de ojos entre el follaje. De ojos que lo miraban.

¿Por qué hay que recortarlos, si están perfectos?, pensó histéricamente.

Otro ruido, leve. Involuntariamente, retrocedió un paso cuando miró a los leones. Parecía que uno de los dos de la derecha se hubiera adelantado apenas al otro. Tenía la cabeza baja. Una de sus garras estaba ya casi junto al cerco bajo. Santo Dios, ¿y ahora, qué más?

(ahora te salta encima y te devora como en uno de esos cuentos infantiles de terror)

Era como el juego de las estatuas, que jugaban cuando eran pequeños. Uno de los chicos contaba, dando la espalda a los otros, hasta diez, mientras los demás se adelantaban sigilosamente. Cuando llegaba a diez, el que contaba se daba la vuelta con rapidez y, si alcanzaba a ver moverse a alguien, lo sacaba del juego. Los demás se quedaban inmóviles como si fueran estatuas, hasta que el otro se daba otra vez vuelta para volver a contar. Así iban acercándose cada vez más hasta que finalmente, cuando la cuenta andaba entre cinco y diez, uno sentía que una mano se le apoyaba en el hombro...

En la senda, crujió la grava.

Con un movimiento espasmódico, Jack giró la cabeza para mirar al perro y lo vio en mitad de la senda, apenas por detrás de los leones, con la boca abierta. Antes no era más que una mata de ligustrina recortada para que diera la impresión de un perro, algo que si uno lo miraba de cerca perdía todo el parecido. Pero ahora Jack distinguía perfectamente que estaba recortada para que pareciera un pastor alemán, y los perros pastores eran bravos. Podía enseñárseles a matar. Un murmullo bajo, susurrante.

El león de la izquierda había avanzado ya hasta la empalizada, y con el hocico estaba tocando las tablas. Parecía que lo mirara con una mueca.

Jack retrocedió dos pasos más. La cabeza le latía desesperadamente, y sentía cómo el aliento le raspaba la garganta. Ahora, también el búfalo se había movido, describiendo un círculo hacia la derecha, por detrás del conejo.

Tenía la cabeza baja y los verdes cuernos de follaje apuntaban hacia él. La cosa era que, al mismo tiempo, no se los podía vigilar a todos. Imposible.

Sin darse cuenta, en su concentración desesperada, de que estuviera articulando ningún sonido, a Jack empezó a escapársele un gemido de la garganta. Sus ojos saltaban de una a otra de esas criaturas inverosímiles, procurando *ver* sus movimientos. Las rachas de viento resonaban, amenazantes, entre las ramas entretejidas. ¿Qué ruido harían cuando lo alcanzaran? Pero si ya lo sabía, claro. Un ruido de cosa que se quiebra, se aplasta, se desgarra. Un... *(no no NO NO ESTO NO PUEDO CREERLO ¡DE NINGÚN MODO!)* De golpe volvió a cubrirse los ojos, apretándose con ambas manos la cabeza, la frente, las sienes retumbantes. Así se quedó durante largo rato, juntando miedo hasta que no pudo más; entonces volvió a apartar las manos, dando un grito.

Junto al campo de golf, el perro estaba sentado como si pidiera comida. El búfalo miraba con indiferencia hacia la cancha de roque, lo mismo que cuando Jack llegó con las tijeras de podar. El conejo, erguido sobre las patas traseras, mostraba las orejas atentas al menor ruido, la barriga recién recortada. Inmóviles en su lugar, los leones custodiaban la senda.

Durante largo rato, Jack se quedó paralizado, hasta que finalmente la respiración se le regularizó. Buscó los cigarrillos, y cuatro se le cayeron sobre la grava. Se inclinó a recogerlos, sin mirar, sin dejar de vigilar el jardín ornamental, por miedo a que los animales empezaran a moverse otra vez.

Los recogió a tientas, guardó cuidadosamente tres en el paquete y encendió el cuarto. Después de dos profundas chupadas, lo dejó caer y lo aplastó. Fue en busca de las podaderas y las recogió.

—Estoy muy cansado —articuló, y ahora parecía perfectamente hablar en alta voz, no una chifladura—. He estado demasiado tenso. Con las avispas... la obra... esa llamada de Al. Pero todo irá bien.

Empezó a andar lentamente hacia el hotel. Una parte de su mente lo tironeaba, frenética, tratando de obligarlo a dar

un rodeoen torno a los animales, pero Jack pasó directamente entre ellos, por la sendade grava.

Una débil brisa los hizo cuchichear, pero eso fue todo. La cosa no había sido más que imaginación. Se había llevado un buen susto,pero no había pasado nada.

Enla cocina del «Overlook» se tomó dos «Excedrinas» y después se fue al sótano y se puso a mirar papeles hasta que oyó el ruido de la furgoneta del hotel que se acercaba por la entrada para coches. Entonces fue a su encuentro. Se sentía perfectamente, y no creyó necesario hablar de su alucinación.Se había llevado un buen susto,pero no había pasado nada.

24. LA NIEVE

Oscurecía.

Los tres estaban en la terraza bajo la luz cada vez más tenue, Jack en el medio, con el brazo derecho sobre los hombros de Danny y rodeando con el izquierdo la cintura de Wendy; miraban cómo la posibilidad de decisión se les escapaba de las manos.

Hacia las dos y media, el cielo se había nublado completamente, y una hora más tarde había empezado a nevar. Y esa vez no hacía falta un hombre del tiempo para decir que era una nevada en serio, no unos cuantos copos que fueran a derretirse o a volarse cuando empezara a azotarlos el viento nocturno. Al principio, la nieve había caído en una vertical perfecta, formando una manta que lo cubría todo por igual, pero una hora después del comienzo de la nevada había empezado también a soplar el viento desdeel noroeste, y la nieve ya se estaba acumulando contra la terraza y los lados de la entrada para coches del «Overlook». Más allá del parque, la carretera ya había desaparecido bajo una gruesa manta blanca. Los animales del jardín ornamental tampoco se veían,pero cuando Wendy y Danny regresaron, ella había elogiado a Jack por lo bien que había arreglado el cerco. ¿Te parece?, le había preguntado él, sin hacer más comentario. Ahora, el seto estaba cubierto por una amorfa capa blanca.

Curiosamente, los tres estaban pensando cosas diferentes, pero sintiendo la misma emoción: alivio.Por fin habían cruzado el puente.

—¿Llegará alguna vez la primavera? —murmuró Wendy. Jack la abrazó con más fuerza.

—Antes de que te des cuenta. ¿Qué te parece si entramos y cenamos algo? Hace frío aquí fuera.

Wendy sonrió. Durante toda la tarde,Jack le había parecido distante y... bueno, raro. Ahora parecía más normal.

—Por mí, espléndido. ¿Quieres tú, Danny?

—Claro.

Los tres entraron juntos, dejando que afuera el viento empezara a convertirse en el grave ulular que se prolongaría durante toda la noche, y al que no tardarían en acostumbrarse. Los copos de nieve danzaban, arremolinándose en la terraza. El «Overlook» les hacía frente de la misma manera que lo había hecho durante tres cuartos de siglo, con las oscuras ventanas flanqueadas ya por la nieve, indiferente a la realidad de verse aislado del mundo. Aunque tal vez la perspectiva lo regocijara. Dentro de su caparazón, sus tres habitantes iniciaron la rutina nocturna, como microbios atrapados en el intestino de un monstruo.

25. EN EL INTERIOR DE LA 217

Una semana y media después, los parques que rodeaban al «Overlook» estaban cubiertos por una capa de sesenta centímetros de nieve, blanca, crujiente y uniforme. El zoológico de ligustrina estaba sepultado hasta los cuartos traseros; el conejo, rígido sobre las patas traseras, daba la impresión de salir de una piscina blanca. Algunas acumulaciones de nieve tenían más de un metro y medio de profundidad, y el viento las cambiaba continuamente, imprimiéndoles formas sinuosas, caprichosas, como si fueran dunas. En dos ocasiones, Jack se había puesto las raquetas para nieve y había ido trabajosamente hasta el cobertizo de las herramientas a buscar una pala para despejar la terraza, pero la tercera vez se había encogido de hombros, limitándose a abrir una senda en el imponente montón de nieve acumulada contra la puerta, y dejando que Danny se divirtiera al deslizarse por las pendientes que quedaban a derecha e izquierda de la senda. Los ventisqueros realmente imponentes eran los que se formaban contra el lado oeste del «Overlook»; algunos de ellos se alzaban hasta una altura de seis metros, y más allá de ellos, el constante azote del viento desnudaba la tierra hasta dejar la hierba al descubierto. Las ventanas de la primera planta estaban cubiertas, y la vista que se tenía desde el comedor, y que tanto había admirado a Jack el día del

cierre, no era ahora más emocionante que el espectáculo de una pantalla cinematográfica en blanco. Hacía ocho días que estaban sin teléfono, y que la radio que había en el despacho de Ullman era su único medio de comunicación con el mundo exterior.

Ahora nevaba todos los días, a veces en breves rachas que apenas espolvoreaban la costra reluciente de nieve ya helada, otras veces en serio, y entonces el grave susurro del viento se elevaba hasta convertirse en un alarido de mujer que hacía que el viejo hotel se estremeciera y crujiera de manera alarmante aun en medio de un profundo lecho de nieve. Las temperaturas nocturnas no pasaban de los 10 a 12 grados bajo cero, y aunque el termómetro colgado junto a la entrada de servicio de la cocina solía subir a cuatro grados bajo cero en las primeras horas de la tarde,el afilado cuchillo del viento hacía que resultara incómodo salir sin un pasamontañas. Pero los tres salían los días que brillaba el sol, enfundados por lo general en dos mudas de ropa completas y protegiéndose las manos con mitones encima de los guantes. La necesidad de salir era casi compulsiva; el hotel estaba encerrado en el círculo de la huella del trineo plegable de Danny, con el que los tres lograban variaciones casi infinitas: Danny iba en el trineo tirado por sus padres; Jack se desternillaba de risa en el trineo mientras Wendy y Danny se esforzaban por tirarlo (cosa que les resultaba relativamente fácil cuando lo intentaban sobre la costra helada, pero materialmente imposible cuando ésta se hallaba cubierta de nieve en polvo); Danny y mami iban en el trineo, o iba Wendy sola, mientras sus dos hombres resoplaban, echando nubes de vapor blanco como caballos de tiro, fingiendo que ella pesaba mucho más de lo que era su peso real. Se reían mucho en esas excursiones alrededor de la casa, pero el ulular del viento, con su voz impersonal, enorme y vacíamente sincera, hacía que las risas parecieran forzadas y sonaran a falso.

Habían visto huellas de caribúes en la nieve, y una vez vieron los caribúes, en un grupo de cinco, inmóviles todos en el cercado de seguridad.

Los tres se habían turnado con los prismáticos «Zeiss-Ikon» de Jack para verlos mejor, y al mirarlos Wendy había tenido una sobrecogedora sensación de irrealidad: los animales estaban con las patas hundidas en la nieve que cubría la carretera, y a Wendy se le ocurrió que desdeese momento hasta el deshielo de la primavera, el camino pertenecía más a los caribúes que a ellos.

Ahora, las cosas que el hombre había construido allí arriba quedaban neutralizadas, y Wendy pensó que el caribú lo comprendía. Con esa sensación dejó los prismáticos y dijo algo que se iba a preparar el almuerzo, y en la cocina había llorado un poquito, tratando de dar cauce a esa horrible sensación reprimida que a veces le daba la impresión de que una mano enorme le oprimiera el corazón. Pensaba en los caribúes. Pensaba en las avispas que Jack había dejado sobre la plataforma de la entrada de servicio bajo la ensaladera de vidrio, para que se congelaran.

De los clavos del cobertizo de las herramientas colgaban muchísimas raquetas para la nieve, y Jack encontró un par adecuado para cada uno, aunque la de Danny le quedaban un poquitín grande. Jack se las arreglaba bastante bien. Aunque no había andado con raquetas desdeque vivía en Berlín, Nueva Hampshire, siendo un muchacho, volvióa aprender rápidamente. A Wendy la cosa no le interesaba mucho, ya que con apenas quince minutos de andar dando vueltas con ese incómodo calzado le dolían terriblemente las piernas y los tobillos, pero Danny estaba fascinado, y empeñadísimo en dar con el truco. Todavía se caía muchas veces, pero Jack estaba encantado con los progresos de su hijo. Decía que para febrero Danny estaría brincando en círculos alrededor de ellos dos.

Ese día el cielo amaneció cubierto, y para mediodía ya había empezado a escupir nieve. La radio anunciaba una precipitación de veinte o treinta centímetros más, y entonaba hosannas a ese gran dios de los esquiadores en Colorado. Wendy, sentada en el dormitorio mientras tejía una bufanda, pensaba para

sus adentros que ella sabía exactamente qué era lo que podían hacer los esquiadores con toda esa nieve. Sabía exactamente dónde se la podían meter.

Jack estaba en el sótano. Había ido a controlar el horno y la caldera —algo que para él se había convertido en un ritual desde que la nieve los dejó aislados—, y después de asegurarse de que todo iba bien, había pasado ociosamente bajo el arco, para enroscar la bombilla y sentarse en una vieja silla de campamento, cubierta de telarañas, que había encontrado. Estaba recorriendo las antiguas anotaciones y papeles, sin dejar de enjugarse la boca con el pañuelo mientras lo hacía. La reclusión había hecho que se le desvaneciera de la piel el bronceado otoñal, y allí encorvado sobre las resecas hojas amarillentas, con el pelo rubio rojizo despeinado y caído sobre la frente, tenía un aspecto un tanto lunático. Había encontrado algunas cosas raras metidas entre las facturas, cuentas y recibos. Cosas inquietantes.

Un trozo de sábana manchado de sangre. Un osito de felpa que daba la impresión de que lo hubieran acuchillado. Una arrugada hoja de papel de cartas para mujer, de color violeta, con un rastro de perfume que perduraba todavía bajo el musgoso olor del tiempo, una nota empezada y jamás terminada, escrita con desvaída tinta azul: *«Queridísimo Tommy: Aquí arriba no puedo pensar tan bien como esperaba, pensar en nosotros quiero decir, claro, ¿en quién, si no? Ja, ja. Las cosas siguen interponiéndose en el camino.*

He tenido sueños extraños con cosas que se aniquilan en la noche, puedes creerlo, y». Eso era todo. La nota estaba fechada el 27 de junio de 1931.

Encontró un títere que parecía una bruja o tal vez un hechicero... algo con dientes largos y sombrero en punta, en todo caso. Lo encontró inverosímilmente embutido entre un paquete de recibos de gas natural y un paquete de recibos de agua de Vichy. También había algo que parecía un poema, escrito con lápiz oscuro al dorso de un menú: *«Medoc/¿estás ahí?/Otra vez he andado en sueños, amor mío./Las plantas se mueven bajo la alfombra.»* El menú no tenía fecha, y el poema, si es que era un poema, no tenía firma. Todo escurridizo,

pero fascinante. Jack tenía la impresión de que esas cosas eran como las piezas de un rompecabezas, cosas que terminarían por encajar unas con otras si él encontraba las piezas intermedias que faltaban, de modo que seguía buscando, sobresaltándose y enjugándose los labios cada vez que el horno se ponía a rugir a sus espaldas.

Danny estaba otra vez frente a la puerta de la habitación 217.

Enel bolsillo tenía la llave maestra, y miraba fijamente la puerta con una especie de avidez drogada, con la sensación de que la piel le picaba y se le estremecía bajo la camisa de franela. Su garganta emitía un murmullo bajo y monótono.

No había tenido la intención de venir aquí, después de lo que pasó con la manguera del extintor. Le daba miedo venir aquí. Le daba miedo haber vuelto a coger la llave maestra, desobedeciendo a su padre.

Sí, *había* querido venir. La curiosidad (mató al gato; la satisfacción lo trajo de vuelta) era como un anzuelo constante en su cerebro, una especie de obsesionante canto de sirena que no se dejaba apaciguar. ¿Y acaso el señor Hallorann no había dicho que no creía que hubiera allí nada que pudiera hacerle daño?

(Tú prometiste.)

(Las promesas se hacían para romperlas.)

La idea le hizo dar un salto. Era como si ese pensamiento le hubiera venido de fuera, como un insecto, zumbando, seduciéndolo insidiosamente.

(Las promesas se hacían para romperlas mi querido redrum, para romperlas, astillarlas, reventarlas, martillarlas. ¡OJO!) El murmullo nervioso se convirtió en el tarareo gutural: «Lou, Lou, salta sobre mí Lou, salta sobre mí...»

¿Acaso el señor Hallorann no había tenido razón? ¿No había sido ésa, finalmente, la causa de que él guardara silencio y dejara que la nieve los encerrara a todos?

Cierra los ojos, simplemente, y desaparecerá.

Lo que él había visto en la *suite* presidencial había desaparecido. Y la serpiente no había sido más que una manguera de incendios caída sobre la alfombra. Sí, hasta esa sangre en la *suite* presidencial era algo viejo, algo inofensivo, algo que había pasado mucho antes de que él naciera y de que lo concibieran incluso, algo que ya no existía. Como una película que sólo él pudiera ver. No había nada, realmente nada en ese hotel que pudiera hacerle daño, y si tenía que demostrárselo entrando en esa habitación, ¿no era mejor hacerlo?

«Lou, Lou, salta sobre mí...»

(La curiosidad mató al gato mi querido redrum, redrum querido la satisfacción lo trajo de vuelta sano y salvo, de pies a cabeza; desde la cabeza a los pies estaba sano y salvo. Él sabía que esas cosas) (son como imágenes que dan miedo, que no pueden hacerte daño, pero oh dios mío) (qué dientes más grandes tienesabuelita y eso es un lobo vestido de BARBAAZUL o un BARBAAZUL vestido de lobo y yo me encuentro) (feliz de que me lo preguntes porque la curiosidad mató al gato y fue la ESPERANZA de la satisfacción la que lo trajo) al pasillo, pisando cautelosamente la alfombra con la retorcida jungla azul. Se detuvo junto al extintor de incendios, volvióa colgar en su sitio la boquilla de bronce, después la golpeó repetidas veces con el dedo y mientras galopaba el corazón, susurró:

—Ven a atacarme. Ven a atacarme, estúpida presumida. ¿No puedes, ver? ¿Eh? No eres más que una vieja manguera de incendios. No puedes hacer más que estarte ahí inmóvil. ¡Vamos, atácame!

Se había sentido ebrio de jactancia, sin que nada sucediera. Después de todo, no era más que una manguera, puro bronce y lona, algo que uno podría hacer pedazos sin que se quejara siquiera, sin que se retorciera en espasmos ni vertiera sobre la alfombra azul una fangosa sangre verde, porque no era más que una manguera, no una nariz ni una rosa, ni botones de cristal ni lazos de satén, no era una serpiente adormecida... y Danny se había apresurado, se había apresurado porque era («tarde, se me hace tarde», dijo el conejo blanco).

El conejo blanco. Sí. Ahora había un conejo blanco allá afuera, junto a la zona infantil, y aunque antes había sido verde ahora estaba blanco, como si algo lo hubiera asustado muchas veces en las ventosas noches de nevada y lo hubiera envejecido... Danny se sacó del bolsillo la llave maestra y la deslizó en la cerradura.

«Lou, Lou...»

(el conejo blanco se dirigía a un partido de croquet con la Reina Roja un partido donde los mazos eran cigüeñas y las bolas erizos).

Tocó la llave, dejó que los dedos la recorrieran vagamente. Sentía que la cabeza, ardiente, le daba vueltas. Hizo girar la llave y el pasador se corrió.

(CORTADLE LA CABEZA! ¡CORTADLE LA CABEZA! ¡CORTADLE LACABEZA!)

(este juego no es el croquet aunque los mazos son demasiado cortos este juego es)

(¡ZAC-BUM! Directamente a través del aro.) (¡CORTADLE LA CABEEEZ...) Danny empujó la puerta, que se abrió suavemente, sin el menor ruido.

Se encontró ante una amplia combinación de dormitorio y sala de estar, y aunque la nieve no había llegado hasta esa altura, ya que los ventisqueros más altos todavía estaban unos treinta centímetros por debajo de las ventanas de la segunda planta, la habitación estaba a oscuras porque dos semanas atrás, papito había cerrado todos los postigos que daban al oeste.

Se detuvo en la puerta, tanteó hacia su derecha y encontró las llaves de la luz. En una araña de cristaltallado que pendía del techo, dos bombillas se encendieron. Danny avanzó más hacia dentro, mirando a su alrededor. La alfombra, de un grato color rosado, era mullida y suave, calmante. Una cama doble con el cubrecama blanco. Un escritorio

(a ver si me dices en qué se parece un cuervo a un escritorio) junto a la gran ventana cerrada. Durante la temporada el Escritor Constante

(pasándolo estupendamente, ojalá tuvieras miedo) tendría una bonita vista de las montañas para escribir a los que se habían quedado.

Siguió avanzando. Allí no había nada, nada en absoluto. Únicamente una habitación vacía, donde hacía frío porque hoy era el día en que papá caldeaba el ala este. Un escritorio. Un armario, con la puerta abierta, que dejaba ver un puñado de perchas de hotel, de esas que no se pueden robar.

Una Biblia sobre una mesita. A la izquierda estaba la puerta del cuarto de baño, sobre la cual un espejo de cuerpo entero reflejaba su imagen, con el rostro pálido. La puerta estaba entreabierta y...

Danny vio que su doble hacía un gesto afirmativo, lentamente.

Sí, ahí estaba; lo que fuere, estaba ahí. Ahí dentro. En el cuarto de baño. Su doble avanzó como para escaparse del espejo. Tendió la mano, oprimió la de Danny. Después se apartó, oblicuamente, a medida que la puerta del baño se abría del todo. Danny miró hacia dentro.

Un cuarto alargado, anticuado, que parecía un coche «Pullman». En el suelo, diminutas baldosas hexagonales, blancas. En el extremo opuesto, el inodoro con la tapa levantada. A la derecha, un lavabo y sobre él otro espejo, uno de esos que ocultan detrás un botiquín. A la izquierda, una enorme bañera blanca con patas como garras, con la cortina de la ducha corrida. Danny entró en el cuarto de baño y, como en un sueño, fue hacia la bañera, como si lo moviera algo externo a él, como si todo lo que sucedía fuera uno de los sueños que le traía Tony, como si fuera tal vez a ver algo lindo cuando apartara la cortina de la ducha, algo que papito se hubiera olvidado o que mami hubiera perdido, algo que los hiciera felices a los dos...

Por eso apartó la cortina.

Hacía mucho tiempo que la mujer que había en la bañera estaba muerta. Abotagada y de color púrpura, el vientre hinchado por los gases se elevaba como una isla de carne en el agua fría, escarchada. Vidriosos y enormes, como

canicas, los ojos estaban fijos en los de Danny. La cara sonreía; una mueca separaba los labios purpúreos. Los pechos le colgaban, el vello púbico flotaba en el agua, las manos estaban crispadas sobre los ornamentados bordes de la bañera como las pinzas de un cangrejo.

Danny dio un alarido, que jamás salió de sus labios; volviéndose cada vez más hacia dentro, se hundió en la oscuridad de su ser como una piedra en un pozo. Tambaleante, dio un solo paso atrás, oyendo el ruido de sus propios tacones sobre las baldosas hexagonales, y en ese mismo momento sintió cómo se le escapaba la orina.

La mujer se estaba enderezando.

Todavía sonriendo, con las enormes canicas de los ojos fijas en él, fue enderezándose. Las palmas muertas hacían ruidos escalofriantes sobre las paredes de la bañera. Los pechos se sacudían como arrugadas bolsas vacías.

Se oía, casi imperceptible, el ruido de los cristales de hielo al romperse. No respiraba. Era un cadáver, muerta desde hacía muchos años.

Danny se dio la vuelta y huyó. Como un rayo atravesó la puerta con los ojos saltándosele de las órbitas y los pelos de punta, como las espinas de un erizo a punto de convertirse en la bola (¿de croquet? ¿o de roque?) del sacrificio, abierta la boca sin poder emitir sonido alguno. Chocó contra la puerta de entrada del cuarto 217, que ahora estaba cerrada, y empezó a golpearla con los puños, sin darse cuenta de que no tenía echada la llave y de que con sólo girar el picaporte podría salir. De sus labios salían alaridos ensordecedores, más agudos de lo que es capaz de percibir el oído humano. No podía hacer más que vapulear la puerta, mientras oía cómo se le acercaba la muerta, con el vientre hinchado, el pelo seco, las manos extendidas... eso que había pasado tal vez años muerto en esa bañera, conservado ahí por la magia.

La puerta no se abría, no, no, no se abría.

Y entonces le llegó la voz de Dick Hallorann, tan de pronto e inesperadamente,

tan calmada, que sus atenazadas cuerdas vocales se distendieron y el chico empezó a llorar débilmente, no de miedo sino de bendito alivio.

(No creo que puedan hacerte daño... son como las figuras de un libro... cierra los ojos y desaparecerán.) Los párpados se le cerraron. Las manos se le contrajeron en puños. El esfuerzo de la concentración le encorvó los hombros: *(Nada ahí nada ahí ahí nada en absoluto NADAAHÍ ¡NO HAY NADA!)* El tiempo pasó. Y cuando empezaba a relajarse, a entender que la puerta no debía tener llave y que podía irse, entonces las manos sumergidas durante años, hinchadas, hediondas, se le cerraron suavemente en torno del cuelloy lo obligaron implacablemente a darse la vuelta para mirar el rostro muerto de color de púrpura.

Cuarta Parte AISLADOS

POR LA NIEVE

26. EL PAÍS DE LOS SUEÑOS

Hacer punto le daba sueño. Ese día, hasta Bartok le habría dado sueño, y no era Bartok lo que oía en el pequeño fonógrafo, sino Bach. Las manos se movían cada vez con mayor lentitud, y en el momento en que su hijo entraba en relaciones con la antigua moradora de la habitación 217, Wendy se había quedado dormida con el tejido sobre la falda. La lana y las agujas oscilaban con el ritmo lento de su respiración. Wendy estaba hundida en un profundo sueño sin sueños.

Jack Torrance también se había quedado dormido, pero su dormir era liviano e inquieto, poblado de sueños que parecían demasiado vívidos para no ser más que sueños; indudablemente, más vívidos que ningún otro sueño que hubiera tenido en su vida.

Había empezado a sentir que los ojos se le cerraban mientras hojeaba los paquetes de cuentas de lechería, cien cuentas por paquete, lo que debía dar decenas de miles en total. Sin embargo, le echaba a cada uno un rápido vistazo, temeroso de que, si no los recorría con cuidado, pudiera pasar por alto exactamente la pieza del rompecabezas que necesitaba para establecer la conexión mística y que —estaba seguro— debía estar ahí, en alguna parte.

Se sentía como alguien que, con un cable en una mano, busca a tientas un enchufe en una habitación desconocida y a oscuras. Si podía encontrarlo, su recompensa sería una visión maravillosa.

Había tomado una decisión respecto de la llamada telefónica de Al Shockley y de su exigencia; para tomarla, había sido una ayuda su extraña experiencia en la zona infantil. Eso había estado alarmantemente cercano a una especie de colapso nervioso, y Jack estaba convencido de que era la rebelión de su mente contra la maldita y arbitraria condición impuesta por Al al exigirle que renunciara a su proyectado libro. Tal vez hubiera sido un indicio de que a

su respeto de sí mismo sólo se le podía exigir hasta un cierto punto, so pena de que se desintegrara completamente. Pues escribiría el libro, y si eso significaba poner término a su relación con Al Shockley, así tendría que ser. Escribiría la biografía del hotel, la escribiría con toda franqueza, y como introducción serviría la alucinación que lo había llevado a ver que los animales del jardín ornamental se movían. El título no alcanzaría gran vuelo, pero seria pasable: *Extraño lugar de temporada. La historia del «Overlook Hotel»*. Con toda franqueza, sí, pero no lo escribiría con ánimo vengativo, no sería un esfuerzo por arreglar cuentas con Al ni con Stuart Ullman, ni con George Hatfield ni con su padre (maldito borracho fanfarrón que había sido)... ni con nadie, para el caso. Lo escribiría porque el «Overlook» lo había fascinado, ¿y acaso había otra explicación más simple o más verídica? Lo escribiría por la misma razón que en su sentir, llevaba a que se escribiera todo lo que es gran literatura, sea o no de ficción: la verdad se sabe, al final siempre se sabe. Lo escribiría porque sentía que tenía que escribirlo.

Quinientos litros de leche completa. Cien litros de leche descremada.

Pgda. Cargar en c/. Trescientos litros de zumo de naranja. Pagado.

Se hundió más en el asiento, todavía con un paquete de recibos en la mano, pero sus ojos ya no miraban las letras impresas; los tenía desenfocados. Los párpados le ardían y le pesaban. Mentalmente, del

«Overlook» había pasado hacia su padre, que había sido enfermero en el hospital comunitario de Berlín. Un hombrón. Un gordo de un metro ochenta y cinco, más alto que Jack que nunca había pasado del metro ochenta, aunque para cuando él alcanzó esa estatura, su viejo ya no estaba. «Enano de porquería», solía decirle, y después le daba a Jack un afectuoso cachete y se reía. Había habido otros dos hermanos, los dos más altos que su padre, además de Becky, que a los quince años media sólo cinco centímetros menos que Jack, después de haber sido más alta que él durante la mayor parte de su niñez.

La relación con su padre había sido como el desplegarse de una flor que prometía ser bella, pero que, al abrirse del todo, hubiera resultado estar interiormente roída por el tizón. Hasta los siete años, Jack había querido mucho y sin crítica alguna a ese hombre alto y barrigón, pese a las palizas, a los moretones, al ocasional ojo negro.

Podía recordar aterciopeladas noches de verano, con la casa en silencio, en que Brett —el hermano mayor— había salido con su chica, Mike, el del medio, estaba estudiando algo, su madre y Becky, en el cuarto de estar, miraban algún programa en el viejo televisor; entretanto él, sentado en el vestíbulo sin más vestimenta que su pijama, hacía como que jugaba con sus camiones, cuando en realidad estaba esperando el momento en que el estrépito de la puerta al abrirse de golpe rompiera el silencio y resonara el bramido con que su padre lo saludaba al ver que Jacky lo estaba esperando, y después era su propio grito de felicidad cuando el hombrón entraba con el cráneo rosado trasluciéndose bajo el pelo casi rapado, al resplandor de la luz de la entrada. Esa luz que siempre lo hacía parecer una especie de enorme fantasma con la ropa blanca del hospital, la camisa siempre fuera de los pantalones (a veces manchada de sangre), las vueltas del pantalón caídas sobre los zapatos negros.

Su padre lo cogía en brazos y Jack se sentía levantado de una manera delirante, con rapidez tal que le parecía sentir la presión del aire contra la cabeza como si fuera un casco de plomo, cada vez más alto, mientras los dos gritaban a coro: «¡Ascensor! ¡Ascensor!»; y había habido noches en que, en su borrachera, su padre no había controlado el impulso ascendente de sus robustos músculos con la suficiente prontitud, y Jack había pasado por encima de la cabeza afeitada del hombrón para estrellarse, como un proyectil humano, en el suelo del vestíbulo, detrás de papá. Pero otras noches el padre se limitaba a elevarlo a un éxtasis de risitas, atravesando una parte del aire donde la cerveza parecía formar en torno al rostro del hombre una niebla de gotitas, y lo hacía girar y dar vueltas y lo sacudía como a un harapo riente, hasta que finalmente

volvía a dejarlo en el suelo, sacudido por la reacción del hipo.

Los recibos se le escaparon de la mano y, planeando por el aire, fueron a aterrizar ociosamente en el suelo; los párpados, que se le habían cerrado con la imagen de su padre grabada interiormente como en una linterna mágica, se abrieron apenas y después volvieron a cerrarse. Jack se estremeció apenas. La consciencia, como los recibos, como las hojas caídas de los árboles en otoño, descendía y descendía, perezosamente.

Ésa había sido la primera etapa de la relación con su padre, y a medida que la etapa se acercaba a su término, Jack había cobrado conciencia de que tanto Becky como sus hermanos, todos mayores que él, odiaban al padre, y de que su madre, una borrosa mujer que más susurraba que hablaba, se limitaba a aguantarlo porque era el deber que le imponía su educación católica. En esos días a Jack no le había parecido raro que el padre ganara todas las discusiones con sus hijos valiéndose de los puños, como no le había parecido raro que el cariño que sentía por él fuera de la mano con el miedo: miedo del juego del ascensor, que la noche menos pensada podía terminar haciéndole pedazos; miedo de que el oso bonachón que solía ser su padre cuando estaba en casa se transformara súbitamente en un fiero jabalí bramando, y en el rápido revés de esa «buena mano derecha»; a veces, recordaba, había sentido incluso miedo de que la sombra de su padre cayera sobre él mientras estaba jugando. Fue hacia el final de esa etapa cuando empezó a observar que Brett jamás traía a casa los chicos con quienes salía, ni Mike o Becky a sus amiguitos.

El cariño empezó a agriarse cuando él tenía nueve años, cuando su padre mandó a la madre al hospital a fuerza de bastonazos. Había empezado a usar bastón un año atrás, después que un accidente de coche lo dejó cojo. Tras eso lo usaba siempre: largo, grueso, negro, con el puño de oro. Ahora, semidormido, el cuerpo de Jack se estremecía en el evocado encogimiento ante el ruido del bastón en el aire, un silbido asesino seguido por el pesado estrellarse

contra la pared... o contra la carne. Había golpeado a la madre sin ningún motivo válido, de pronto y sin previo aviso. Estaban sentados a la mesa, cenando, y él tenía el bastón junto a la silla. Era un domingo por la noche, tras un fin de semana de tres días que él se había pasado en una bruma alcohólica, en su inimitable estilo habitual. Pollo asado. Guisantes. Puré de patatas. Papá a la cabecera de la mesa, una abundante ración en el plato, dormitaba o poco menos. Su madre pasaba los platos. Y de pronto papá se había despertado, bien abiertos los ojos hundidos en las órbitas rodeadas de gruesas bolsas, brillantes con una especie de mal humor estúpido y maligno. Rápidamente fueron recorriendo uno a uno a todos los miembros de la familia, mientras la vena en el centro de la frente le sobresalía en forma notable; siempre mala señal. Una de las grandes manos pecosas se había puesto a acariciar el puño de oro del bastón. Después había dicho algo sobre el café... hasta el día de hoy, Jack estaba seguro de que su padre había hablado de «café». Y cuando mamá había abierto la boca para responderle, ya el bastón zumbaba en el aire, para ir a estrellársele en la cara. Un chorro de sangre le brotó de la nariz. Un chillido de Becky. Las gafas de mamá caídas en el plato. El bastón se había retirado, había vuelto a bajar, esta vez sobre el cráneo, desgarrando el cuero cabelludo. Mamá se había desplomado en el suelo. Él se había levantado de la silla para ir hacia donde estaba ella, aturdida sobre la alfombra, blandiendo el bastón, moviéndose con esa grotesca rapidez y agilidad de los gordos, con los ojillos brillantes, temblorosas las mejillas fofas mientras le hablaba a ella de la misma manera que hablaba siempre a los hijos durante esos estallidos.

—Ahora. Ahora sí, por Cristo. Ahora te vas a tomar tu medicina.

Cachorro maldito. Sigue gañendo. Ven a tomar la medicina.

Siete veces más, el bastón había subido y había vuelto a caer sobre ella antes de que Brett y Mike pudieran sujetarlo, apartarlo, arrancarle el bastón de la mano. Jack (elpequeño Jacky ahora era el pequeño Jacky medio adormecidoy farfullando solo sentado en una silla de campo cubierta de telarañas mientras el horno rugiente cobraba vida a espaldas de él) sabía exactamente cuántos golpes habían sido porque cada blando *hump* contra el cuerpo de su madre se le había quedado grabado en la memoria como el golpe irracional del cincel en la piedra. Siete *humps*, ni más ni menos. Él y Becky llorando, incrédulos, mientras miraban las gafas de su madre caídas en el puré de patatas, con un lente astillado y sucio de salsa.

Brett, gritándole a papá desdeel pasillo del fondoque no se moviera porque lo mataría. Y papá repitiendo una y otra vez:

—Cachorro maldito. Maldito llorón. Dameel bastón, cachorro de mierda. Dámelo —mientras Brett lo blandía histéricamente, diciendo sí, sí, ya te lo daré, muévete un poco y te daré lo que quieres y un poco más también. Tedaré *doble* ración. Mamá que se ponía lentamente de pie, aturdida, ya con la cara hinchada e hinchándose como un neumático con demasiado aire, sangrando por cuatro o cinco sitios diferentes, y que había dicho una cosa terrible, tal vez era la única vez que mamá había dicho algo que Jack podía recordar palabra por palabra:

—¿Quién tiene el periódico? Paquito quiere las historietas. ¿Todavía sigue lloviendo?

Y después volvióa caer de rodillas, el rostro hinchado y sangrante cubierto por el pelo. Mike llamó al doctor, balbuceante, por teléfono. ¿Podía venir en seguida? Era por su madre. No, por teléfono no podía decirle de qué se trataba, y menos por una línea compartida. Que *viniera*, nada más. El médico vino y se llevó a mamá al hospital donde papá había trabajado durante toda su vida de adulto. Papá, un tanto superada la borrachera (o tal vez, apenas con la astucia estúpida de cualquier animal acosado), le dijo al médico que se había caído por las escaleras. Si había sangre

en el mantel era porque él lo había usado para enjugarle la cara. Y las gafas, ¿habían atravesado volando todo el cuarto de estar y el comedor para ir a caer en el plato de puré de patatas?, había preguntado el médico con una mueca horriblemente sarcástica. ¿Fue eso lo que sucedió, Mark? Yo he oído hablar de gente que tiene un transmisor de radio en la dentadura postiza, y he visto un hombre que llegó vivo al hospital con un balazo entre los ojos, pero ésta es nueva para mí. Papá se había limitado a sacudir la cabeza, diciendo que él no sabía; debían de habérsele caído de la cara cuando él la trajo al comedor. Los cuatro hijos se habían quedado mudos de estupor ante la soberbia calma de la mentira. Cuatro días después, Brett dejó su trabajo en la hilandería para incorporarse al ejército. Jack había tenido siempre la sensación de que no fue solamente por la súbita e irracional paliza que el padre le había dado a la madre mientras cenaban, sino por el hecho de que, en el hospital, tomada de la mano del sacerdote, ella hubiera corroborado el cuento de su marido. Asqueado, Brett los había dejado, que en lo sucesivo se las arreglaran como pudieran.

Lo habían matado en la provincia de Dung Ho en 1965, el mismo año en que Jack Torrance, a punto de terminar sus estudios, se había unido al movimiento activista universitario al terminar la guerra. Jack había hecho flamear la camisa ensangrentada de su hermano en mítines cada vez más concurridos, pero mientras lo hacía no era el rostro de Brett el que contemplaban sus ojos; era el rostro aturdido, atónito de su madre, preguntando: «¿Quién tiene el periódico?»

Tres años después, cuando Jack tenía doce, fue Mike quien se fue de casa, con una generosa beca para la Universidad de Nueva Hampshire. Y un año después el padre murió de un ataque repentino mientras estaba preparando a un paciente para una operación. Se había desplomado con su holgada y desaliñada ropa blanca de! hospital, muerto quizás antes de llegar a caer sobre las baldosas rojas y negras del hospital. Tres días después el hombre que había dominado la vida de Jacky, el irracional dios-fantasma blanco, estaba bajo tierra.

En la lápida donde se leía *Mark Anthony Torrance, padre amante,* Jack había agregado una línea: *Sabía jugar al ascensor.*

Habían recibido mucho dinero de seguros. Hay gente que colecciona pólizas de seguros de manera tan apremiante como otros colecciona monedas y sellos, y Mark Torrance había sido uno de ellos. El dinero de los seguros entró al mismo tiempo que se interrumpía el pago de las cuotas y las cuentas de bebidas.

Durante cinco años habían sido ricos. Casi ricos...

En su sueño superficial e intranquilo, su rostro se elevó ante él como en un espejo. Era su cara pero no era, los grandes ojos y la boca inocente de un niño sentado en el vestíbulo con sus camiones, esperando a su papá, esperando al diosfantasma blanco, esperando que el ascensor se elevara con una velocidad euforizante, embriagadora, a través de la bruma de sal y serrín de tabernas y bares, esperando tal vez que lo estrellara contra el suelo, haciéndole saltar resortes y ruedecillas de reloj por las orejas mientras su papá rugía de risa y (se transformaba en la cara de Danny, tan parecida a la que había sido la suya, él había tenido los ojos de un azul claro y en cambio los de Danny eran de un gris nebuloso, pero los labios dibujaban el mismo arco y el cutis era claro y fino; Danny en su estudio, con pañales, y todos sus papeles mojados y el tenue olor de la cerveza que subía de ellos... una horrible pasta toda fermentada, levantándose en alas de la levadura, el aliento de las tabernas .. crujido de hueso... su propia voz, maullando ebriamente *Danny, ¿estás bien, doc...? oh Dios oh Dios tu pobre bracito... y* esa cara se transformaba en) (la cara azorada de mamá al levantarse de abajo de la mesa, magullada y sangrante, y mamá estaba diciendo) *(—... de tu padre, repito, un anuncio enormemente importante de tu padre. Por favor mantén la sintonía inmediatamente la frecuencia del Feliz Jack. Repito, sintoniza inmediatamente la frecuencia de la Hora Feliz. Repito...)*

Disolvencia lenta. Voces incorpóreas que le llegaban en ecos como desde un nebuloso corredor interminable.

(Las cosas siguen obstruyéndome el paso, querido Tommy...) (Medoc, ¿estás ahí? Otra vez he andado en sueños, amor mío. Lo que temo son los monstruos inhumanos. ..)

(—Discúlpeme, señor Ullman, pero ¿no es este el...)

... despacho, con sus archivos, el gran escritorio de Ullman, un libro de reservas en blanco, para el año próximo, puesto ya en su lugar —se las sabe todas, este Ullman—, todas las llaves pulcramente colgadas de sus ganchos (salvo una, cuál, qué llave, la llave maestra... la llave maestra, la llave maestra, ¿quién tiene la llave maestra? si fuéramos arriba tal vez lo veríamos) y el gran radio-receptor-transmisor, sobre su estante.

Jack lo encendió. Descargas, palabras entrecortadas. Cambió de banda y recorrió con el dial fragmentos de música, noticias, un sacerdote que sermonea a una congregación quejosa, un parte meteorológico. Pasó otra voz y Jack volvió atrás para sintonizarla. Era la voz de su padre.

—... mátalo. Tienes que matarlo, Jack, y a ella también. Porque un verdadero artista debe sufrir. Porque todos los hombres matan lo que aman.

Porque estarán siempre conspirando contra ti, intentando retenerte y hundirte. En ese momento mismo ese hijo tuyo está donde no debería.

Desobedeciéndote. Eso es lo que hace. El maldito cachorro. Dale de bastonazos por eso, Jacky, dale de bastonazos hasta que apenas le quede vida. Bébete un trago, Jacky hijo mío, y entonces jugaremos al ascensor. Y después yo te acompañaré mientras tú le das su medicina. Sé que eres capaz de hacerlo, vaya si lo eres. Debes matarlo. Tienes que matarlo, Jacky, y a ella también. Porque un verdadero artista debe sufrir. Porque todos los hombres...

La voz de su padre, cada vez más alta, más sonora, convirtiéndose en algo enloquecedor, que no tenía nada de humano, algo vociferante, apremiante, enloquecedora, la voz del Fantasma-Dios, del Dios-Cerdo, que muerta llegaba hasta él desde la radio y…

—*¡No!* —vociferó Jack—. ¡Tú estás *muerto*, estás en tu *tumba*, no estás en mí para nada!

Porque él había amputado de sí mismo todo lo que era el padre y no estaba bien que volviera, que se infiltrara insidiosamente en ese hotel, a tres mil doscientos kilómetros del pueblo de Nueva Inglaterra donde su padre había vivido y había muerto.

Con ambas manos levantó la radio y la arrojó al suelo, donde se estrelló, desparramando resortes y tubos como el resultado de un enloquecido juego del ascensor que se hubiera escapado de las manos, haciendo desaparecer la voz de su padre, dejando solamente su voz, la voz de Jack, la voz de Jacky, salmodiando en la fría realidad del despacho:

—... *muerto, estás muerto, estás muerto!*

Y el ruido súbito de los pies de Wendy, golpeando el suelo por encima de su cabeza, y la voz sobrecogida, asustada de Wendy:

—¿Jack? *¡Jack!*

Se quedó inmóvil, mirando estúpidamente la radio hecha pedazos.

Ahora no tenían otro vínculo con el resto del mundo que el vehículo para nieve que estaba en el cobertizo de las herramientas.

Se llevó las manos a la cabeza, oprimiéndose las sienes. Estaba doliéndole la cabeza.

27. EL CATATÓNICO

Sin más calzado que las medias, Wendy corrió por el pasillo y bajó de a dos los peldaños de la escalera principal hasta llegar al vestíbulo. No le se le ocurrió levantar los ojos al tramo alfombrado que llevaba a la segunda planta pero, de haberlo hecho, habría visto a Danny en lo alto de los escalones, silencioso e inmóvil, con los ojos desenfocados clavados en el espacio indiferente, el pulgar en la boca, húmedos el cuello y los hombros

de la camisa. En el cuelloy bajo el mentón tenía amoratados magullones.

Jack había dejado de gritar, pero no por eso se amenguó el terrorde ella. Arrancada del sueño por la voz de él, elevándose en esa vieja resonancia amenazante que tan bien conocía, aún tenía la sensación de estar soñando, aunque otra parte de ella sabía que estaba despierta, y eso la aterrorizaba más. Esperaba, temerosamente, irrumpir en el despacho para encontrárselo de pie borracho y confundido, sobre el cuerpo inertede Danny.

Empujó la puerta y entró y ahí estaba Jack, frotándose las sienes con los dedos, con la cara de una palidez fantasmal. El aparato de radio estaba a sus pies, en un pequeño mar de vidrios rotos.

—¿Wendy? —balbuceó con inseguridad—. ¿Wendy...?

Superplejidad parecía ir en aumento y durante un momento Wendy vio el rostro auténtico, el que su marido ocultaba en general tan hábilmente, un rostro desesperadamente desdichado, la cara de un animal caído en una trampa que excede su capacidad de comprensión y de la que no puede evadirse. Después los músculos empezaron a contraerse, a retorcerse bajo la piel, la boca se puso a temblar de una manera enfermiza, mientras la nuez se le sacudía convulsivamente.

La propia alteración y sorpresa de Wendy quedaron dominadas por la impresión: él iba a echarse a llorar.Ya lo había visto llorar otras veces, pero nunca desdeque dejó la bebida... y jamásen aquellos días a no ser que estuviera muy borracho y patéticamente arrepentido. Él era hombre tenso, tenso como un parche de tambor, pero que perdiera el dominio de sí mismo volvía a asustarla.

Dio unos pasos hacia ella, mientras las lágrimas empezaban a desbordársele de lospárpados inferiores y la cabeza se le sacudía involuntariamente como en un esfuerzo estéril por controlar la tormenta emocional. El pecho se le sacudía en una respiración convulsiva, jadeante, convertida en enormes sollozos desgarradores. Calzados con mocasines, sus pies tropezaron con los despojos de la radio y Jack poco menos que cayó

en brazos de su mujer, haciéndola tambalearse hacia atrás, con su peso. Al recibir en la cara el aliento de él, Wendy no sintió ni asomo de alcohol. Claro que no; si no había bebidas allí arriba.

—¿Qué te pasa? —le preguntó sosteniéndolo lo mejor que podía—.

Jack, ¿qué es lo que tienes?

Pero al principio él no podía hacer otra cosa que sollozar, aferrándose a ella hasta casi dejarla sin respiración, moviendo la cabeza sobre el hombro de Wendy en un gesto desvalido, como si tratara de apartar algo. Los sollozos eran devastadores, y todo el cuerpo se le estremecía; bajo la camisa escocesa y los tejanos, continuos espasmos le recorrían los músculos.

—¿Jack? ¡Por favor! ¡Dime qué es lo que pasa!

Finalmente, los sollozos empezaron a convertirse en palabras, la mayor parte de ellas incoherentes al comienzo, después más claras a medida que Jack empezaba a quedarse sin lágrimas.

—... sueño, me imagino que fue un sueño, pero era tan real, yo... era mi madre que decía que papá iba a hablar por radio y yo... él me decía que... no sé, pero me gritaba... y entonces rompí la radio... para hacerlo callar. Para hacerlo callar. Está muerto. No quiero ni siquiera soñar con él. Está muerto. Dios mío, Wendy, Dios mío. Jamás había tenido una pesadilla semejante. Ni quiero volver a tenerla. ¡Cristo, qué espantoso!

—¿Te quedaste dormido aquí, en el despacho?

—No... aquí no. Abajo.

Ahora empezaba a enderezarse un poco, liberando a Wendy de parte de su peso, y el movimiento de la cabeza de atrás hacia delante empezó a hacerse más lento, hasta que se detuvo.

—Estaba mirando esos papeles viejos. Sentado en una silla que encontré allí. Recibos de leche, cosas así, aburridas. Y me parece que me adormilé un poco. Debió ser entonces cuando empecé a soñar, y debe haber venido aquí sonámbulo —ahogó una risita temblorosa contra el cuello de Wendy—. Otra cosa que es la primera vez.

—¿Donde está Danny, Jack?

—No sé. ¿No está contigo?

—¿No estaba... contigo en el sótano?

Jack miró por encima del hombro. Ante lo que vio en la expresión de ella, el rostro se le puso tenso.

—Jamásdejarás que me olvide de eso, ¿no es cierto, Wendy?

—Jack...

—¿Jack qué? —preguntó vehemente y se puso en pie de un salto—. ¿O vas a negar que es eso lo que estás pensando? ¿Que yo lo lastimé? ¿Que si lo lastimé antes, bien puedo volverlo a lastimar?

—¡Quiero saber dónde está, y nada más!

—¡Pues sigue vociferando hasta que te quedes ronca, que así vas a arreglar mucho las cosas!

Wendy se dio la vuelta y salió.

Jack la miró alejarse, inmovilizado durante un momento, sosteniendo en la mano un secante cubierto de fragmentos de vidrio. Después lo dejó caer en el cesto de los papeles, salió tras de Wendy y la alcanzo junto al mostrador del vestíbulo. Apoyándole las manos en los hombros, la obligó a darse vuelta. La expresión de ella era cautelosa.

—Wendy, lo siento. Fue ese sueño, que me dejó mal. ¿Me perdonas?

—Claro —respondió ella, sin cambiar de expresión. Rígidos, sus hombros se le escurrieron debajo las manos. Desde la mitad del vestíbulo, empezó a llamar:

—*¡Doc! ¡Eh, doc! ¿Dónde estás?*

El silencio volvióa cerrarse. Wendy fue hacia la doble puerta del vestíbulo, la abrió y salió a la sendaque Jack había abierto en la nieve.

Parecía una trinchera; la nieve a través de la cual pasaba la sendale llegaba casi a los hombros. Cuando volvió a llamar, su aliento era un vapor blanco.

Al volver, ya empezaba a parecer asustada.

—¿Estás*segura* de que no está durmiendo en su cuarto? —preguntó razonablemente Jack, dominando su irritación con ella.

—Ya te dije que andaba jugando por ahí mientras yo hacía punto. Yo alcanzaba a oír que estaba abajo.

—¿Y te quedaste dormida?

—Y eso, ¿qué tiene que ver? Si. *¿Danny?*

—Pero ahora, cuando bajaste, ¿miraste en su habitación?

—En... —balbuceó Wendy. Jack hizo un gesto afirmativo—. En realidad, no lo pensé.

Sin esperarla, él empezó a subir la escalera. Wendy lo siguió, a medias corriendo, pero él subía de a dos los escalones. Wendy estuvo a puntode chocar con él cuando Jack se detuvo bruscamente en el descansillo de la primera planta y se quedó inmóvil, mirando hacia arriba, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué...? —empezó a preguntar Wendy, y siguióla mirada de él.

Danny aún estaba allí, inmóvil, con los ojos ausentes, chupándose el pulgar. La luz de la araña eléctrica del pasillo destacaba cruelmente las marcas del cuello.

—*¡Danny!* —la voz de Wendy fue un alarido.

El grito rompió la parálisis de Jack y los dos juntos se precipitaron escaleras arriba, hacia donde estaba el chico. Wendy se arrojó de rodillas junto a él y lo tomó en brazos. Danny la dejó hacer, pero sin devolverle el abrazo. Era como estrechar un palo acolchado y Wendy sintió en la boca el gusto dulzón del horror. Danny no hacía más que chuparse el pulgar y clavarlos ojos, inexpresivos e indiferentes, en el hueco de la escalera, más allá de donde estaban sus padres.

—Danny, ¿qué pasó?—interrogó Jack, mientras tendía la mano para tocar el hinchado cuellodel niño—. ¿Quién te hizo seme...?

—*¡Tú no lo toques!* —exclamó Wendy, sibilante. Cogió a Danny en sus brazos, lo levantó y ya había retrocedido la mitad de los escalones antes de que Jack alcanzara a levantarse, confundido.

—¿Qué? Wendy, ¿qué demonios estás...?

—¡Tú no lo toques! ¡Si vuelves a ponerle las manos encima, te mataré!

—¡Wendy!

—¡Eres repugnante!

Giró sobre sí misma y bajó corriendo los escalones que la separaban de la primera planta, la cabeza del chico balanceándose con sus movimientos. El pulgar seguía firmemente alojado en la boca. Los ojos eran dos ventanas enjabonadas. Al pie de la escalera, Wendy torció hacia la derecha y Jack sintió cómo sus pies se alejaban. Después, el golpe de la puerta del dormitorio. El cerrojo al correrse. La llave en la cerradura. Breve silencio.

Después, sofocado, el murmullo suave de una voz, que consuela.

Se quedó ahí durante un tiempo incalculable, literalmente paralizado por todo lo que había sucedido en tan breve tiempo. El sueño seguía estando con él, imprimiéndole a todo un matiz levemente irreal. Era como si se hubiera tomado una dosis muy leve de mescalina. ¿Tal vez, él habría lastimado a Danny, como pensaba Wendy? ¿Habría intentado estrangular a su hijo por indicación de su padre? No. Él jamás le haría daño a Danny. *(Se cayó por las escaleras, doctor.)* Ahora, jamás le haría daño a Danny. *(¿Como podía yo saber que la bomba no funcionaba?)* Jamás en su vida había sido deliberadamente agresivo cuando estaba sobrio.

(Salvo cuando estuviste a punto de matar a George Hatfield.)

—¡No! —gimió en la oscuridad, y con ambos puños empezó a golpearse las piernas, una vez, y otra, y otra más.

Wendy estaba sentada junto a la ventana, en el sillón tapizado, con Danny en el regazo, meciéndolo, cantándole las viejas palabras sin sentido que uno jamas recuerda después, no importa cómo se resuelva la cosa. El chico se le había aflojado sobre el regazo sin protesta y sin alegría, como si fuera un dibujo recortado de sí mismo, sin que sus ojos se movieran siquiera hacia la puerta cuando afuera, en el vestíbulo, se oyó a Jack que gritaba «¡No!».

En la cabeza de Wendy, la confusión se había atenuado un poco, pero ahora descubrió que tras ella se ocultaba algo peor: el pánico. Jack era el que había hecho eso, ella no lo dudaba. Para Wendy, la negación de él nada significaba. Le parecía perfectamente posible que Jack hubiera tratado de estrangular a Danny en sueños de la misma manera que en sueños había hecho pedazos la radio. Sufría algún colapso, o algo así. Pero ella, ¿qué podía hacer? Imposible quedarse allí encerrados. Tendrían que comer. En realidad, la cuestión era solamente una, mentalmente formulada con la frialdad y el pragmatismo mas absolutos, con la voz de su maternidad, una voz fría y desapasionada que se apartaba del círculo cerrado entre madre e hijo para apuntar hacia afuera, hacia Jack. Era una voz que le hablaba de su propia salvación sólo después de hablarle de la salvación de su hijo, y lo que preguntaba era: *(¿Hasta qué punto, exactamente, es peligroso?)* Jack había negado que él lo hubiera hecho. Se había quedado horrorizado ante los magullones, ante la blanda, implacable desconexión de Danny. Si él lo había hecho, la responsabilidad era de una parte distinta de él. El hecho de que hubiera podido hacerlo mientras estaba dormido era alentador, de una manera terrible y retorcida. ¿No seria posible confiar en él para que los sacara de allí? Para que los sacara y los llevara, y después…

Pero Wendy no podía ver más allá de ella misma y Danny llegando, sanos y salvos, al consultorio del doctor Edmonds en Sidewinder. Ni siquiera necesitaba ver más allá. Con la crisis actual tenia más que suficiente para preocuparse.

Siguió arrullando a Danny, meciéndolo sobre su pecho. Al apoyar los dedos en el hombro del chico, había advertido que tenía la camisa húmeda, pero la información no le había llegado al cerebro más que de una manera totalmente mecánica. Si la hubiera registrado, habría recordado tal vez que las manos de Jack, cuando la abrazó en el despacho, sollozando contra su cuello, estaban secas. Y eso podría haberla calmado. Pero seguía teniendo la cabeza en otras cosas. Tenía que tomar una decisión: ¿acercarse a Jack o no?

Enrealidad, la decisión no era tal. Nada había que ella pudiera hacer sola, ni siquiera bajar con Danny hasta el despacho para pedir auxilio por radio. Él chico había sufrido un *shock* grave, y había que sacarlo de allí a toda prisa, antes de que el daño pudiera hacerse permanente. Wendy se negaba a creer que ya pudiera serlo.

Pero así y todo se angustiaba, y buscaba otra alternativa. No quería volver a poner a Danny al alcance de Jack. Se daba cuenta ahora de la mala decisión que había tomado al ir allí contrariando sus sentimientos (y los de Danny) y dejar que la nieve los aislara .. todo por el bien de Jack. Otra mala decisión había sido archivar la idea del divorcio. Ahora se sentía casi paralizada por la sensación de que podía estar cometiendo otro error, y de que lo lamentaría cada minuto de cada día que le quedara de vida.

Enel hotel no había armas de fuego. En la cocina había cuchillos colgados de los soportes imantados, pero entre ella y la cocina se interponía Jack.

Ensu esfuerzo por tomar la decisión adecuada, por encontrar la alternativa, no percibió la amarga ironía de sus pensamientos: una hora antes se había quedado dormida, firmemente convencida de que las cosas iban bien y seguirían mejorando. Ahora, estaba sopesando la posibilidad de defenderse de su marido con un cuchillo de carnicero, si él trataba de interponerse entre ella y su hijo.

Finalmente se levantó, con el niño en los brazos, las piernas temblorosas. No había otra salida. Tendría que suponer que Jack despierto era Jack cuerdo, y que él la ayudaría a llevar a Danny a Sidewinder y a la consulta del doctor Edmonds. Y si Jack intentaba cualquier cosa que *no* fuera ayudarla, que Dios tuviera piedad *de él.*

Fue hasta la puerta y le quitó el cerrojo. Apoyó a Danny en el hombro, abrió la puerta y salió al pasillo.

—¿Jack? —llamó con nerviosidad, sin obtener respuesta.

Cada vez más insegura, fue hacia la escalera, pero Jack no estaba allí.

Y mientras estaba inmóvil en el descansillo, pensando qué hacer, desdeabajo le llegó la canción, pícara, colérica, amargamente satírico:

Hazme rodar
Enla hie-er-ba,
Hazme rodar y tiéndeme y vuélvelo a hacer.

La voz la asustó todavía más de lo que la había asustado el silencio, pero no había otra alternativa. Wendy empezó a descender la escalera.

28. «¡FUE ELLA!»

Jack se había quedado en la escalera, escuchando el ahogado arrullo consolador que llegaba a través de la puerta cerrada, y lentamente su confusión había cedido el paso a la cólera. En realidad, para Wendy las cosas no habían cambiado. Él podría pasarse veinte años en seco y todavía, al llegar a casa por las noches y abrazarla en la puerta, podría ver/sentir esa imperceptible dilatación de las narices que trataban de detectar vapores de whisky o de gin en su aliento. Wendy siempre supondría lo peor; si él y Danny tenían un accidente y chocaban con un ciego borracho que acabara de sufrir un ataque antes de la colisión, Wendy le echaría silenciosamente la culpa de las heridas de Danny y se apartaría de él.

Ante sus ojos surgió el rostro de ella en el momento en que le arrebató a Danny para llevárselo y, de pronto, Jack deseó borrar a puñetazos la expresión que le había visto.

¡Qué derecho tenía, carajo!

Sí, tal vez al principio. Él había sido un curda y había hecho cosas terribles. Romperle el brazo a Danny había sido una cosa terrible. Pero si un hombre se reforma, ¿no merece que tarde o temprano le sean reconocidos sus méritos? Y si no lo consigue, ¿no merece que el juego haga honor al nombre que le aplican? Si un padre acusa constantemente a su hija virgen de acostarse con todos los muchachos de la escuela, ¿por fin no se hartará ella lo suficiente como para merecerse que la riñan? Y si secretamente —o no tan secretamente— una mujer sigue creyendo que su marido abstemio es un borracho...

Jack se levantó, bajó lentamente hasta el descansillo de la primera planta y se quedó allí un momento. Sacó el pañuelo del bolsillo de atrás, se lo pasó por los labios y pensó que podría ir a golpear la puerta del dormitorio, exigiendo que lo dejaran entrar para ver a su hijo. Wendy no tenía derecho a ser tan autoritaria, demonios.

Bueno, pero tarde o temprano tendría que salir, a no ser que planeara someterse, junto con Danny, a una dieta bien exigua. Al pensarlo, una mueca desagradable le crispó los labios. Que viniera ella, en su momento.

Bajó a la planta baja y durante un momento se quedó con aire incierto junto al mostrador del vestíbulo. Después tomó hacia la derecha, entró en el comedor y se quedó en la puerta. Las mesas vacías, con los manteles de hilo blanco implacablemente cubiertos por el plástico transparente, brillaban como si estuvieran llamándolo. Ahora todo estaba desierto, pero *(La cena se servirá a las 8. Desenmascaramiento y baile a medianoche.)*

Momentáneamente olvidado de su mujery de su hijo, olvidado del sueño, de la radio destrozada, de los magullones, Jack se paseóentre las mesas. Pasó los dedos sobre las pegajosas cubiertas de plástico, tratando de imaginarse lo que debía de haber sido esa calurosa noche de agosto de 1945, recién ganada la guerra, abierto hacia delante el futuro, nuevo y abigarrado como un país de sueños. Las alegres linternas japonesas de papel multicolor pendían todo a lo largo de la pasarela circular, una luz dorada entraba por las ventanas que, entonces, no estaban tapiadas por los ventisqueros de nieve. Hombres y mujeres vestidos de noche, aquí una princesa resplandeciente, más allá un caballero de botas altas, por todas partes conversaciones no menos chispeantes que las joyas, el baile, la pródiga abundancia de bebidas, primero vino y después cócteles y después, quizá, mezclas más fuertes, el nivel de la conversación más y más y más alto hasta que de la plataforma de la orquesta partía, regocijante, el grito esperado de «¡Quitarse las máscaras! ¡Quitarse las máscaras!».

(Y la Muerte Roja dominaba...)

Seencontró de pronto al otro lado del comedor, a puntode atravesar la estilizada doble puerta del Salón Colorado donde, aquella noche de 1945, las bebidas debían de habersido gratuitas.

(Acérquense al bar, señores, que la casa invita.) Pasó por la doble puerta y se adentró en la honda penumbra del

bar, y entonces sucedió algo extraño. Jack había estado allí una vez para cotejar el inventario que le había dejado Ullman, y sabía que en el lugar no había una sola gota de alcohol. Los estantes estaban completamente vacíos. Pero ahora, turbiamente iluminados por la luz que llegaba desdeel comedor (tampoco muy bien iluminado, ya que la nieve bloqueaba las ventanas) le pareció ver hileras y mas hileras de botellas que titilaban silenciosamente detrás del bar, y sifones, y hasta la cerveza que goteaba de las espitas de los tres barriles relucientes. Si, hasta *olía* la cerveza, ese húmedo y fermentado olor de levadura, el mismo que flotaba como una tenue niebla alrededor de la cara de su padre, todas las noches, cuando regresaba a casa.

Con los ojos muy abiertos, buscó a tientas la llave de la luz y las tenues luces del bar se encendieron: círculos de bombillas de veinte vatios dispuestas sobre las tres ruedas de carro que, suspendidas del techo, hacían las veces de arañas.

Los estantes estaban todos vacíos, aunque todavía no era muy espesa la capa de polvo que los cubría. Las espitas de cerveza estaban secas, lo mismo que los escurridores cromados que tenían debajo. A la derecha e izquierda de él, los reservados tapizados en terciopelo se erguían como hombres altos, anchos de espaldas, diseñados como estaban para ofrecer el máximo de intimidad posible a la pareja que los ocupara. Directamente ante él, más allá de la alfombra roja que recubría el suelo, cuarenta taburetes formaban su ronda en torno del mostrador en forma de herradura. Todos tapizados en cuero, estaban decorados con marcas de ganado: H en un círculo; barra D barra (muy a propósito); W sobre un semicírculo; B acostada...

Se acercó más, mientras sacudía con cierta perplejidad la cabeza. Era como aquel día en la zona infantil, cuando .. pero no tenía sentido pensar ahora en eso. Así y todo, podría haber jurado que había visto las botellas, vagamente, es cierto, así como se ven las formas oscuras de los muebles en una habitación donde las cortinas están corridas. El débil resplandor del

vidrio. Lo único que quedaba era el olor a cerveza, y Jack sabía que se trataba de un olor que, pasado cierto tiempo, impregnaba la madera de cualquier bar del mundo, sin que se hubiera inventado ningún detergente capaz de quitarlo. Pero allí el olor era intenso casi parecía fresco.

Se sentó en uno de los taburetes y apoyó ambos codos sobre el borde del bar tapizado en piel. A su izquierda había un tazón para cacahuetes, que en ese momento estaba vacío, naturalmente. Era la primera vez que entraba en un bar en diecinueve meses, y todo estaba completamente en seco vaya suerte la suya. De todas maneras, lo embargó una oleada de nostalgia arrasadora y amarga, y la avidez, física de beber fue subiendo desde el vientre a la garganta, a la boca, a la nariz, haciéndole contraer los tejidos a medida que ascendía, haciendo que sus entrañas clamaran por algo líquido, largo, frío.

Con una esperanza irracional, desaforada, volvió a mirar los estantes, pero estaban tan vacíos como un momento antes. Hizo una mueca de dolor y frustración. Contrayéndose lentamente, sus dedos empezaron a arañar el borde acolchado del bar.

—Hola, Lloyd —saludó—. Noche más bien tranquila la de hoy, ¿no?

Lloyd dijo que si, y le preguntó qué deseaba.

—Pues me alegro de que me lo preguntes, hombre —respondió Jack—, me alegro de veras. Porque casualmente tengo en la cartera dos billetes de veinte dólares y dos de diez, y ya me temía que seguirían allí hasta el mes de abril. No hay ni un bar por aquí, ¿podrás creerlo? Y me imaginé que tenían bares en la podrida *luna.*

Lloyd se mostró comprensivo.

—Pues te diré qué haremos —continuó Jack—. Tú me preparas veinte martinis, ni más ni menos. Así, uno tras otro, muchacho. Uno por cada mes que me he pasado en seco y uno de añadidura. ¿Lo puedes preparar, ¿verdad? ¿No estás demasiado ocupado? Lloyd dijo que no estaba nada ocupado.

—Buen muchacho. Pues me pones los marcianos en fila a lo largo de la barra y yo me los iré soplando uno a uno. Es la carga del hombre blanco, Lloyd, amigo mío.

Lloyd puso manos a la obra. Jack buscó la billetera en el bolsillo y encontró en cambio un frasco de «Excedrina». La cartera estaba en el dormitorio y, claro, las piernas flacas de su mujer lo tenían excluido del dormitorio. Estuviste bien, Wendy, maldito perro.

—Me parece que por el momento estoy en cero —dijo Jack—. ¿Qué tal ando de crédito en este bar, ya que estamos?

Lloyd le aseguró que andaba muy bien de crédito.

—Estupendo. Siempre me gustaste, Lloyd. Siempre fuiste el mejor de todos. El mejor de todos los barman que hay entre Barre y Portland, Maine Portland, *Oregón*, quise decir. Lloyd le agradeció la amabilidad de decírselo.

Jack destapó su frasco de «Excedrina», sacó dos tabletas y se las metió en la boca. El sabor ácido, familiar, lo invadió.

Súbitamente tuvo la sensación de que había gente mirándolo, con curiosidad y con cierto desprecio. Los reservados que había detrás estaban ocupados; hombres que encanecían, hombres distinguidos, acompañados de hermosas muchachas, todos vestidos de noche, observaban con fría complacencia ese triste ejercicio de histrionismo.

Jack giró en redondo sobre el taburete.

Los reservados estaban todos vacíos, extendiéndose a derecha e izquierda desde la puerta del salón; los que tenia a su izquierda describían una curva para adaptarse a la forma de herradura del mostrador, a lo largo de la pared más corta de la habitación. Asientos y respaldos acolchados, tapizados en piel. Mesas de fórmica oscura, reluciente, un cenicero en cada una, una caja de cerillas en cada cenicero, con las palabras SALÓN

COLORADO estampadas en cada una de ellas, en oro, por encima del logotipo de la doble puerta del salón.

De nuevo se dio la vuelta, al tiempo que con una mueca se tragaba el resto de la «Excedrina».

—Lloyd, eres una maravilla —declaró—. Todo listo ya. Tu rapidez no reconoce más rival que la espiritual belleza de tus ojos napolitanos. *Salud.*

Jack contempló los veinte cócteles imaginarios, los vasos de martini cubiertos de gotitas de condensación, cada uno con su rechoncha aceituna verde atravesada por un palillo. Casi sentía en el aire el olor del gin.

—Lloyd —preguntó— ¿has conocido alguna vez a un caballero que haya subido al furgón del agua?[4]

Lloyd admitió que alguna que otra vez había conocido gente así.

—¿Y alguna vez has vuelto a tener contacto con un hombre así después que se bajara del furgón?

Con toda sinceridad, Lloyd no podía recordar semejante cosa.

—Pues entonces, nunca te pasó —declaró Jack. Cerró la mano en torno de la primera copa, se llevo el puño a la boca, que ya estaba abierta, y dio vuelta el puño. Después de tragar, arrojó por encima del hombro el vaso imaginario. La gente había vuelto de nuevo, la del baile de disfraces, y estaban observándolo, riéndose furtivamente de él. La sensación era nítida.

Si en el fondo del bar hubieran puesto un espejo en vez de esos estúpidos estantes vacíos, habría podido verlos. Pues que miraran. A la mierda con ellos. Que cualquiera que quisiera mirarlo, lo mirara.

«Entonces nunca te pasó —volvió a decir Jack—. Son muy pocos los hombres que vuelven de ese furgón fabuloso, pero los que regresan vienen contando una historia tremenda. Cuando uno se sube a él, le parece el furgón más limpio, más reluciente que haya visto en su vida, con ruedas de tres metros de altura para que el suelo quede bien lejos del arroyo, donde están tirados todos los borrachos con sus bolsas marrones y las botellas de whisky y de cerveza a medio vaciar. Está lejos de toda la gente que lo miraba mal y le decía que se dejara de hacer payasadas o se fuera a hacerlas a otra parte. Si lo miras desde el arroyo, amigo Lloyd, es el furgón más estupendo

que hayas visto jamás, todo lleno de colgaduras y con una banda en el frente y tres "majorettes" a cada lado, haciendo girar los bastones y enseñándote las bragas. Hombre, uno no puede menos que subirse a ese furgón y apartarse de las curdas que viven ordeñando la botella y olfateando su propio vómito para volver a ponerse en forma, y que buscan en el arroyo alguna colilla hasta medio centímetro por debajo del filtro.

Apuró otros dos tragos imaginarios, y siguió arrojando los vasos por encima del hombro. Casi alcanzaba a oír cómo se hacían añicos contra el suelo. Y maldito sea si no empezaba a sentirse colocado. Era la «Excedrina».

—Conque te subes —siguió explicándole a Lloyd—, y vaya si te alegras de haber subido. Dios mío, vaya si te alegras. El Furgón es el más grande y el mejor de todo el desfile y todo el mundo está en la calle aplaudiendo y gritando y agitando pañuelos, todo porque tú te subiste. Salvo los borrachines que se han desmayado en el arroyo, los tipos que eran tus amigos, pero tú ya dejaste atrás todo eso.

Volvió a llevarse a la boca el puño vacío para engullir otro trago... ya iban cuatro, le faltaban dieciséis. La cosa iba estupendamente. Se tambaleo un poco sobre el taburete. Que lo miraran, si eso les divertía. Sacadme una foto, chicos, así os dura más.

—Entonces es cuando empiezas a ver cosas, Lloyd amigo mío. Las cosas que no veías desde el arroyo. Por ejemplo, que el piso del Furgón está hecho de tablas de pino sin cepillar, y sin secar, de manera que aún sueltan resina, y si te quitas los zapatos en seguida te clavas una astilla. O que los únicos muebles que hay en el Furgón son esos bancos largos de respaldo alto y sin cojines donde sentarse, que en realidad no son más que bancos de iglesia con libros de himnos cada metro o metro y medio. O que todos los que están sentados en los bancos del Furgón son esas pájaras de pecho chato y faldas largas con cuellitos de encaje y el pelo recogido en un rodete, tan tirante que casi se lo oye gritar. Y todas las

caras son chatas y pálidas y brillantes, y todos cantan «Canteeemos, canteeeemos, canteeemos al Seeeeñor», y delante de todos hay una fulana nauseabunda de pelo rubio que toca el órgano y les dice que canten más fuerte, más fuerte. Y alguien te mete en las manos un libro de himnos y te dice «Canta, hermano. Si quieres seguir en nuestro Furgón tienes que cantar, mañana, tarde y noche. Especialmente de noche». Y entonces tú te das cuenta de lo que es realmente el Furgón, Lloyd. Es una iglesia con barrotes en las ventanas, una iglesia para las mujeres, y para ti una prisión.

Jack se calló. Lloyd se había ido. Peor aún: no había estado nunca.

Tampoco habían estado las bebidas. No estaba más que la gente de los reservados, los del baile de disfraces, y se oían casi las risas sofocadas, disimuladas por las manos puestas sobre la boca, mientras lo señalaban y le clavaban mil ojos brillantes como crueles alfileres de luz.

De nuevo, se dio la vuelta.

—Dejadme. (¿solo?)

Todos los reservados estaban vacíos. El rumor de las risas se había extinguido como el susurro de las hojas de otoño. Durante cierto tiempo, Jack se quedó mirando el salón desierto, con los ojos sombríamente abiertos.

Una vena le latía perceptiblemente, en mitad de la frente. En lo más profundo de sí mismo iba formándose una fría certidumbre, y esa certidumbre le decía que estaba perdiendo la cabeza. Sintió el impulso de levantar el taburete que tenía a su lado y, blandiéndolo como un torbellino de viento vengador, recorrer con él todo el salón. En cambio, se volvió otra vez hacia la barra y empezó a vociferar:

Hazme rodar
Enla hie-erba,
Hazme rodar y tiéndeme y vuélvelo a hacer.

Ante él surgió la cara de Danny, no su cara normal, vivaz y despierta, de ojos abiertos y chispeantes, sino el

rostro catatónico, de resucitado, de ese extraño de ojos turbios y opacos, cuyos labios se fruncían como los de un bebé alrededor del pulgar. ¿Qué estaba haciendo él ahí, sentado a solas y hablando consigo mismo como un adolescente enfurruñado, cuando su hijo estaba arriba, conduciéndose como alguien que estuviera a punto para la habitación de paréeles acolchadas, conduciéndose como decía Wally Hollis que se había comportado Vic Stenger antes de que los hombres de bata blanca vinieran a llevárselo?

(¡Pero yo nunca le puse la mano encima! ¡Jamás, carajo!) —¿Jack? —la voz era tímida, vacilante.

Y lo sobresaltó de tal manera que estuvo a punto de caerse del taburete al darse vuelta. Wendy estaba parada apenas pasado el vano de la doble puerta, con Danny sostenido en los brazos como un horrendo maniquí de cera. Los tres componían un cuadro que impresionó profundamente a Jack: el momento antes de que bajara el telón del segundo acto de algún antiguo melodrama, tan mal puesto en escena que los tramoyistas se habían olvidado de las botellas en los estantes de la Guarida de la Iniquidad.

—Yo jamás lo toqué —articuló pastosamente Jack—. Jamás lo toqué desde la noche en que le rompí el brazo. Ni siquiera le he dado un azote.

—Jack, ahora eso no importa. Lo que importa es...

—*¡Sí que importa!* —bramó él, y asestó sobre el mostrador un puñetazo que levantó en el aire el tazón de cacahuetes vacío—. *¡Importa, carajo, sí que importa!*

—Jack, tenemos que sacarlo de la montaña. Está...

En sus brazos, Danny empezó a moverse. La expresión vacía y atónita del rostro había empezado a resquebrajarse como la capa de hielo que recubre una superficie. Sus labios se estremecieron como si percibieran un sabor horrible. Los ojos se abrieron, las manos se elevaron como si quisieran cubrirlos y después, volvieron a caer.

Bruscamente, el chico se puso rígido en brazos de Wendy. La espalda se le arqueó hasta hacer tambalear a la madre. Y repentinamente, Danny empezó a chillar, a

emitir gritos resonantes y enloquecidos que se le escapaban de la garganta tensa en una serie increíble de alaridos. El eco hacía que los ámbitos vacíos les devolvieran los gritos como alaridos fantasmales. La impresión era que hubiera cien criaturas como Danny, gritando todas al mismo tiempo.

—*¡Jack!* —clamó Wendy, aterrorizada—. *Jack, por Dios, ¿qué le pasa?*

Entumecido de la cintura para abajo, más asustado de lo que jamás lo hubiera estado en su vida, Jack se bajó del taburete. ¿A qué agujero se había asomado su hijo, a qué oscura madriguera? ¿Y qué había habido allí que lo lastimara?

—¡Danny! —rugió—. *¡Danny!*

Danny lo vio y, con una fuerza súbita y salvaje que no dejó a su madre posibilidad de sostenerlo, se arrancó de sus brazos. Tambaleante, Wendy retrocedió contra uno de los reservados y estuvo a punto de caerse dentro de él.

—*¡Papito!* —aulló el chico, mientras se precipitaba hacia Jack con los ojos enormes, desorbitados—. *¡Oh papito fue ella! ¡Ella! ¡Ella! ¡Ay papiii...!*

Con el ímpetu de una flecha se arrojó en brazos de Jack, obligándolo a tambalearse sobre sus pies. Danny se aferró furiosamente a él, al principio sacudiéndolo como un luchador, hasta que finalmente empezó a sollozar contra su pecho. Jack sentía contra su cuerpo el pequeño rostro, ardiente y contraído.

Papito, fue ella.

Jack levantó lentamente la mirada hasta el rostro de Wendy; sus ojos parecían pequeñas monedas de plata.

—¿Wendy? —La voz era suave, casi un ronroneo—. Wendy, ¿qué le hiciste?

Con el rostro pálido, con atónita incredulidad, ella lo miró a su vez, y sacudió la cabeza.

—Oh, Jack, pero tú sabes...

Afuera, había empezado a nevar otra vez.

29. CONVERSACIÓN EN LA COCINA

Jack llevó a Danny a la cocina. El chico seguía sollozando desesperadamente, negándose a apartar la cara del pecho de Jack. En la cocina, Jack volvióa entregárselo a Wendy, que seguía pareciendo azorada e incrédula.

—Jack, no se de qué está hablando. Créeme, por favor.

—Te creo —asintió él, aunque para sus adentros tenía que admitir que le daba cierto placer ver la forma tan inesperada, tan desconcertante, en que se habían dado la vuelta las cosas. Sin embargo, su furia con Wendy no había sido más que un arranque del momento; en su fuero interno, Jack sabía que Wendy se vertería encima una lata de gasolina y se prendería fuego antes de dañar a Danny.

Sobre el quemador de atrás de la cocina, con fuego bajo, se mantenía la tetera. Jack puso un saquito de té en su gran tazón de cerámica y lo llenó de agua caliente hasta la mitad.

—¿Tienes jerez para cocinar, verdad? —presunto a Wendy.

—¿Cómo? Ah, si... hay dos o tres botellas.

—¿En qué armario?

Ella se lo señaló, y Jack bajó una de las botella, Echó un buen chorro en el tazón, volvió a guardar el jerez y llenó de leche el resto del tazón. Le agregó tres cucharadas de azúcar y lo revolvió. Después se lo alcanzó a Danny, cuyos sollozos habían disminuido hasta convertirse en un lloriqueo entrecortado. Pero seguía temblando de pies a cabeza y los ojos, muy abiertos, no habían perdido su fijeza.

—Haz el favor de beberte eso, doc —le pidió Jack—. Te va a parecer horrible, pero te hará sentir mejor. ¿Quieres bebértelo, por papá?

Con un gesto afirmativo, el chico cogió el tazón. Bebió un sorbo, hizo una mueca y miró interrogativamente a su padre. Jack asintió con la cabeza y Danny siguió bebiendo. Dentro de ella, Wendy sintió el familiar aguijonazo

de los celos; sabia que su hijo no lo habría bebido por ella.

Inmediatamente se le ocurrió una idea inquietante, alarmante incluso: ¿habría *deseado* ella pensar que el culpable era Jack? ¿Estaría tan celosa?

Era la forma en que habría pensado su madre, y eso era lo más horrible de todo. Wendy recordaba un domingo en que su papá la había llevado al parque y que ella se había caído del armazón de gimnasia y se había lastimado las rodillas. Cuando su padre la llevó a casa, la madre le había gritado: *«¿Y tú qué hacías? ¿Por qué no estabas vigilándola? ¿Qué clase de padre eres?»*

(La madre lo había llevado a la tumba; cuando por fin él se divorció ya era demasiado tarde.)

Wendy sentía que jamás había concedido a Jack el beneficio de la duda. Ni por asomo. Wendy sentía que le ardía la cara, y sin embargo sabía irremediablemente, que si todo hubiera de suceder otra vez, ella haría lo mismo y pensaría de la misma manera. Para bien o para mal, llevaba por siempre consigo una parte de su madre.

—Jack... —comenzó, no muy segura de si quería disculparse o justificarse, y sabiendo que ninguna de las dos cosas serviría de nada.

—Ahora no —la interrumpió él.

Danny tardó quince minutos en beberse la mitad del contenido del tazón, pero pasado ese rato se había calmado visiblemente Los estremecimientos casi habían desaparecido.

Jack apoyó solemnemente las manos en los hombros de su hijo.

—Danny, ¿crees que puedes contarnos exactamente lo que te sucedió?

Es muy importante.

Danny miró de Jack a Wendy y después volvió de nuevo los ojos a su padre En la pausa de silencio, se pusieron de relieve el marco en que se hallaban y su situación: afuera el alarido del viento, que seguía amontonando nieve desde el noroeste; adentro los crujidos y gemidos del viejo hotel que se preparaba para otra tormenta. La

realidad de su aislamiento se abatió con inesperada fuerza sobre Wendy, como solía sucederle, como un impacto en el corazón.

—Quiero contaros todo —susurró Danny—. Ojalá lo hubiera hecho antes — volvió a levantar la taza y la sostuvo con ambas manos, como si la tibieza le diera seguridad.

—¿Por que no lo hiciste, hijo? —suavemente, Jack le aparto de la frente el pelo desordenado y sudoroso.

—Porque el tío Al te había conseguido el trabajo, y yo no podía entender que este lugar fuera bueno y malo para ti, al mismo tiempo. Era...

—los miró pidiendo ayuda, al no poderencontrar la palabra necesaria.

—¿Un dilema? —le preguntó suavemente Wendy—. ¿Cuando nada de lo que puedes elegir parece bueno?

—Eso, si —asintió el chico, aliviado.

—El día que tú estuviste podando el cerco, Danny y yo tuvimos una conversación en la furgoneta —terció Wendy—. El día de la primera nevada en serio, ¿te acuerdas?

Jack hizo un gesto afirmativo. El día que arregló los setos estaba muy bien grabado en su memoria.

—Pues me parece que no hablamos lo suficiente —suspiró Wendy—.

¿No te parece, doc?

Danny, la imagen del infortunio, movió la cabeza.

—¿De qué hablasteis, exactamente? —preguntó Jack—. No estoy seguro de que me guste que mi mujery mi hijo...

—...hablen de lo mucho que te quieren.

—De lo que fuere, no lo entiendo. Me siento como si hubiera entrado a ver una película después del descanso.

—Hablamos de ti —reconoció Wendy en voz baja—. Y tal vez no lo dijéramos todo en palabras, pero los dos lo sabíamos. Yo porque soy tu mujer, y Danny porque él entiende cosas.

Jack siguió en silencio.

—Danny lo dijo con toda exactitud. El lugar parecía bueno para ti.

Estabas lejos de todas las presiones que tan desdichado te hacían en Stovington. Eras tu propio jefe, y estar trabajando con las manos te permitiría reservar tu cerebro, sin restricciones, para escribir por las noches.

Después... no sé exactamente en que momento, empezó a parecer que este lugar no era bueno para ti. Te pasabas todo el tiempo en el sótano, revisando esos papeles viejos, toda esa historia antigua. Hablas en sueños.

—¿En sueños? —preguntó Jack, mientras en su rostro aparecía una expresión entre sorprendida y cautelosa—. ¿Que yo hablo en sueños?

—La mayor parte no se entiende. Una vez que me levanté para ir al baño, tú estabas diciendo: «Demonios, traed las ranuras por lo menos, que nadie lo sabrá jamás.» Otra vez me despertaste, vociferando prácticamente:

«Quitaos las máscaras, quitaos las máscaras.»

—Cristo —susurró Jack y se pasó una mano por la cara. Parecía descompuesto.

—Y todos los hábitos de cuando bebías, también. Masticar

«Excedrina». Frotarte continuamente la boca. Caprichoso por las mañanas. Y tampoco has podido terminar la obra todavía, ¿no es eso?

—No, todavía no, pero no es mas que cuestión de tiempo. Estuve pensando en otra cosa. Tengo un proyecto nuevo.

—Este hotel. Es el proyecto por el cual te llamó Al Shockley. El que no quería que pusieras en práctica.

—¿Y tú como lo sabes? —ladró Jack—. Estabas escuchando? ¿Estabas...?

—No —respondió Wendy—. Aunque hubiera querido escuchar, no habría podido hacerlo, y tú te darías cuenta si usaras la cabeza. Esa noche, Danny y yo estábamos abajo. El conmutador está desconectado. Nuestro teléfono de arriba era el único que funcionaba en el hotel,

porque está conectado directamente con la línea exterior. Tú mismo me lo dijiste.

—Entonces, ¿cómo pudiste saber lo que me dijo Al?

—Porque Danny me lo dijo. Danny sabía, de la misma manera que a veces sabe dónde están las cosas que se han perdido, o sabe que alguien está pensando en divorciarse.

—El médico dijo...

Wendy movió la cabeza con impaciencia.

—Ese médico era una mierda y los dos lo sabemos. Lo hemos sabido todo el tiempo. ¿Te acuerdas de cuando Danny dijo que quería ver los camiones de bomberos? Eso no fue una corazonada. *Apenas si era un bebé*. Danny *sabe* cosas. Y ahora tengo miedo —miró los magullones en el cuellodel chico.

—¿Sabías de verdad que el tío Al me había llamado, Danny?

Danny afirmó con la cabeza.

—Y estaba de veras enfadado, papá. Porque tú habías llamado al señor Ullman, y el señor Ullman lo llamó a él. El tío Al no quería que tú escribieras nada sobre el hotel.

—Jesús —suspiró Jack—. Y los magullones, Danny... ¿quién intentó estrangularte?

El rostro de Danny se ensombreció.

—*Ella* —respondió—. La mujerque hay en esa habitación. La 217. La señora muerta.

Nuevamente, los labiosempezaron a temblarle, y volvióa tomar el tazón para beber.

Por encima de su cabeza inclinada, Jack y Wendy cambiaron una mirada de inquietud.

—¿Sabes tú algo de esto? —preguntó Jack. Wendy negó con la cabeza.

—No, de esto no sé nada.

—¿Danny? —Jack levantó la carita asustada de su hijo—. Inténtalo hijo, que estás con nosotros.

—Yo sabía que este lugar era malo —dijoDanny en voz baja—. Ya desdeque estábamos en Boulder, porque Tony me hacía soñar con eso.

—¿Que clase de sueños?

—No los recuerdo todos. Me mostraba el «Overlook» de noche, con una calavera y tibias cruzadas en el frente. Y se oían golpes. Y había algo...

no recuerdo qué... que me perseguía. Un monstruo. Y Tony me mostró lo de redrum.

—¿Y eso qué es, doc? —interrogo Wendy. El chico negó con la cabeza.

—No lo sé.

—¿Será ron, como lo de «ay, ay., ay la botella de ron»? —le preguntó Jack, pero Danny volvióa hacer un gesto negativo.

—No lo sé. Después llegamos aquí, y el señor Hallorann hablo conmigo en su coche. Porque él también tiene el esplendor.

—¿El esplendor?

—Es... —Danny abrió las manos en un gesto que lo abarcaba todo—. Es poder entender las cosas. Saber cosas. A veces uno ve cosas... como cuando yo supe que había llamado el tío Al. O el señor Hallorann, que sabia que vosotros me llamabais doc. Y el señor Hallorann, una vez que estaba pelando patatas en el Ejército, supo que su hermano se había matado en un choque de trenes . Y cuando llamó a su casa, era verdad.

—Santo Dios —susurró Jack—. ¿No estarás inventando todo esto, verdad, Danny?

El chico negó violentamente con la cabeza.

—No, lo juro por Dios. El señor Hallorann —añadió después con un toquede orgullo— dijo que yo tenia el mejor esplendor que él hubiera visto en su vida. Los dos podíamos hablarnos sin tener siquiera que abrir la boca.

Sus padres volvieron a mirarse entre si, francamente aturdidos.

—El señor Hallorann quiso hablar conmigo porque estaba preocupado

—continuó Danny—. Me dijo que este es un mal lugar para la gente que esplende. Dijo que el había visto cosas. Yo

también vi algo, después de haber hablado con él, mientras el señor Ullman nos llevaba a los tres por el hotel.

—¿Qué viste? —pregunto Jack.

—En la *suite* presidencial. Sobre la pared que hay junto a la puerta, yendo hacia el dormitorio. Había un montón de sangre y algo más. Algo desagradable. Creo... que eso desagradable deben de haber sido sesos.

—Ay, Dios mío —suspiró Jack.

Wendy estaba muy pálida, con los labios casi de color gris.

—De ese lugar —explicó Jack—, hace algún tiempo. fueron propietarios unos tipos bastante siniestros. Gente de una organización de Las Vegas.

—¿Mafiosos? —preguntó Danny.

—Exactamente mafiosos —confirmó Jacky y miró a Wendy—. En 1966, allí mataron a un gángster llamado Vito Gienelli, y a sus dos guardaespaldas.

Enel periódico se publicó una foto; es exactamente la imagen que acaba de describir Danny.

—Y el señor Hallorann dijo que él vio algunas otras cosas —siguió contando Danny—. Una vez, en la zona infantil. Y otra vez vio algo malo en ese cuarto, el 217. Una de las camareras lo vio y la echaron de su trabajo por contarlo. Entonces, el señor Hallorann subió, y él también lo vio, pero no se lo dijo a nadie porque no quería quedarse sin trabajo. Salvo que a mí me dijo que nunca entrara allí... pero yo entré, porque él también me dijo que las cosas que viera aquí no podían hacerme daño, y yo le creí —las últimas palabras fueron casi un susurro, emitido en voz baja y ronca, y Danny se tocó el hinchado círculo de magullones que le rodeaba el cuello.

—¿Y qué pasó con la zona infantil? —preguntó Jack con voz extrañamente diferente.

—Eso no sé. Él habló de la zona infantil, y de los animales del seto.

Jack se sobresaltó, y Wendy lo miró con curiosidad.

—¿Es que tú has visto algo allí, Jack?

—No, nada —negó él.

Danny lo miraba.

—Nada —repitió Jack, con más calma. Y era la verdad. Había sido víctima de una alucinación, y *nada más.*

—Danny, tienes que contarnos lo de esa mujer —lo animó suavemente Wendy.

El chico empezó a contar, pero las palabras le salían en cíclicos estallidos, que a ratos se convertían en un farfullar incomprensible, movidos por la prisa de sacarlo todo fuera y terminar de una vez. Mientras hablaba, iba oprimiéndose cada vez más contra el pecho de su madre.

—Entré —contó—. Robé la llave maestra y entré. Era como si no pudiera contenerme. Tenía que saber. Y ella... la señora... estaba en la bañera. Estaba muerta, toda hinchada. Estaba des... desnu... no tenía puesta nada de ropa —con aire lamentable, miró a su madre—. Y empezó a levantarse y quería atacarme. Yo lo sé, porque lo sentía. No es que ella pensara, así como pensáis papá y tú. Era algo negro... ruin... un pensar hiriente... como... ¡como las avispas, aquella noche en mi cuarto! Sólo quería herir. Como las avispas.

Tragó saliva y, durante un momento, mientras la imagen de las avispas se adueñaba de todos, reinó el silencio.

—Entonces corrí —prosiguió Danny—. Quise escapar, pero la puerta estaba cerrada. Yo la dejé abierta, pero estaba cerrada. No se me ocurrió que podía volver a abrirla y salir corriendo. Estaba asustado. Entonces... me apoyé contra la puerta y cerré los ojos y me puse a pensar que el señor Hallorann había dicho que las cosas de aquí eran como las figuras de un libro, y que si... me repetía a mí mismo... *tú no existes, vete, tú no existes...* ella se iría. Pero no resultó.

Su voz empezó a elevarse en tonos histéricos.

—Me cogió... me hizo dar la vuelta... y le vi los ojos... vi cómo eran los ojos... y empezó a asfixiarme... le sentí el olor...*le sentí el olor a muerta...*

—Basta, shii... —interrumpió Wendy, alarmada—. Basta, Danny, ya está bien...

De nuevo se preparaba para empezar a arrullarlo. El Arrullo para Ocasiones Múltiples, de Wendy Torrance, patente en trámite.

—Déjalo terminar —intervino secamente Jack.

—No sé más —articuló el chico—. Me desmayé, no sé si porque ella me estaba ahogando o porque tenía miedo. Cuando reaccioné estaba soñando que tú y mami os peleabais por mí, y que tú querías hacer de nuevo Algo Malo, papito. Entonces me di cuenta de que no era un sueño y... me desperté del todo... y... me mojé los pantalones. Me mojé los pantalones como un bebé —volvió a dejar caer la cabeza sobre el pecho de Wendy y empezó a llorar con un desvalimiento horrible, las manos yertas e inmóviles sobre las piernas.

—Ocúpate de él —Jack se puso de pie.

—¿Qué vas a hacer? —la expresión de Wendy era de terror.

—Voy a subir a esa habitación, ¿qué pensabas que iba a hacer?

¿Prepararme café?

—¡No! ¡Jack, por favor, no!

—Wendy, si hay alguien más en el hotel, tenemos que saberlo.

—*¡No te atrevas a dejarnos solos!* —le gritó ella con tal fuerza que una lluvia de gotitas de saliva brotó de sus labios.

Jack se detuvo.

—Wendy, estás haciendo una excelente imitación de tu madre.

Wendy estalló en llanto, sin poder ocultar la cara porque tenía a Danny sentado en el regazo.

—Lo lamento —se disculpó Jack—, pero tú sabes que tengo que hacerlo. Por algo soy el maldito vigilante, me pagan para eso.

Wendy siguió llorando, y llorando la dejó Jack al salir de la cocina, frotándose la boca con el pañuelo mientras la puerta se cerraba a sus espaldas.

—No te preocupes, mami —la tranquilizó Danny—. No le pasará nada.

Papá no esplende, y allí no hay nada que pueda hacerle daño.

—No, creo que no —suspiró ella, entre sus lágrimas.

30. NUEVA VISITA A LA 217

Para subir tomó el ascensor, cosa rara, porque desdeque llegaron ninguno de ellos había utilizado el ascensor. Manipuló la palanca de bronce y el aparato subió, entre quejosas vibraciones,por el hueco, mientras las puertas de reja se sacudían desaforadamente. Jack sabía que a Wendy el ascensor le inspiraba un horror realmente claustrofóbico. Se imaginaba a ellos tres atrapados entre dos plantas, mientras afuera rugían las tormentas invernales, y podía verlos cada vez más flacos y más débiles, hasta morirse de hambre. O se imaginaba que se devorarían entre ellos, como había pasado con aquellos jugadores de rugby. Recordó una de esas etiquetas que se pegan en los parabrisas, que había visto en Boulder: JUGADORES DE RUGBY DEVORAN A SUS MUERTOS. También recordaba otras: USTED ES LO QUE COME. O frasesde menús. Bienvenido al comedor del «Overlook», el orgullo de las Montañas Rocosas. Coma espléndidamente en el techo del mundo. Cuadril humano asadoa las cerillas, *la spécialité de la Maison*. La sonrisa despectiva volvióa juguetear en sus labios. Cuando en la pared del hueco apareció el número 2, volvióla palanca de bronce a su posición inicial y el ascensor se detuvo. Jack se echó tres pastillas de «Excedrina» en la mano y abrió la puerta del ascensor. En el «Overlook» no había nada que lo asustara. Él y el hotel *simpatizaban.*

Recorrióel pasillo mientras se iba echando las tabletas en la boca y masticándolas una por una. Doblóla esquina del corto pasillo que se apartaba del corredor principal. La puerta de la habitación 217 estaba entreabierta y la llave maestra colgaba de la cerradura.

Jack frunció el ceño, sintiéndose recorrido por una oleada de irritación y hasta de cólera. Cualquiera que hubiera sido el resultado no importaba; el chico había desobedecido. Se le había dicho, y de manera inequívoca, que había ciertas partes del hotel que no eran para él; el cobertizo de las herramientas, el sótano y todas las habitaciones para huéspedes. Tan pronto como se le hubiera pasado el susto, hablaría

con Danny de ese asunto. Le hablaría de manera razonable, pero con severidad. Eran muchos los padres que no se habrían limitado a hablar; le habrían dado una buena zurra, y tal vez fuera eso lo que Danny necesitaba. Y si ya se había llevado un susto, ¿no era eso exactamente lo que se merecía?

Fue hacia la puerta, quitó la llave maestra, se la echó al bolsillo y entró. La luz del techo estaba encendida. Echó un vistazo a la cama, vio que no estaba deshecha y después fue directamente hacia la puerta del baño. En su interior se había afirmado una curiosa certidumbre. Aunque Watson no hubiera mencionado apellidos ni número de habitación, Jack tenía la seguridad de que esas eran las habitaciones que habían compartido la mujer del abogado y su amante, que ése era el cuarto de baño donde la habían encontrado muerta, llena de barbitúricos y de alcohol del Salón Colorado.

Empujó la puerta de espejo del cuarto de baño, la abrió y entró. Allí, la luz estaba apagada. La encendió y se quedó mirando el largo cuarto parecido a un coche «Pullman», decorado en el estilo característico de comienzos de siglo y remodelado en la década del 20, que parecía común a todos los cuartos de baño del «Overlook», excepción hecha de los de la tercera planta, que eran directamente bizantinos... como convenía a los miembros de la realeza, los políticos, estrellas de cine y capos de la mafia que habían desfilado por allí a lo largo de los años.

La cortina de la ducha, de color rosado pastel, estaba corrida defensivamente en torno de la gran bañera con patas en forma de garras (sin embargo se movía). Y por primera vez Jack sintió que la flamante sensación de seguridad (de lactancia casi) que se había apoderado de él cuando Danny corrió a sus brazos gritando *¡Fue ella! ¡Fue ella!* , lo abandonaba. Un dedo gélido le oprimió suavemente la base de la columna, provocándole un escalofrío. Se le unieron otros dedos que de pronto empezaron a subirle por las vértebras a lo largo de la espalda,

recorriéndole la espina dorsal como si fuera un instrumento musical.

Su furia con Danny se evaporó, y al avanzar un paso para apartar la cortina, con la boca seca, no sentía más que compasión por su hijo y terror por sí mismo.

La bañera estaba seca y vacía.

La irritación y el alivio se exhalaron en un súbito suspiro que se lo escapó de los labios tensos, como una pequeña explosión. Al terminar la temporada, la bañera había sido escrupulosamente fregada y, a no ser por la mancha de herrumbre que se había formado bajo los grifos, brillaba de limpia. El olor del detergente era débil, pero inconfundible, uno de esos que, semanas después de haber sido usados, pueden seguir irritándole a uno las narices durante semanas y meses con el olor de su virtuosa pulcritud.

Se inclinó para pasar los dedos por el fondo de la bañera. Seca como un hueso. Ni el más leve rastro de humedad. O el chico había tenido una alucinación o había mentido, directamente. Volvió a sentirse irritado, y en ese momento le llamó la atención la alfombrilla de baño sobre el suelo. La miró con el ceño fruncido. ¿Qué hacía allí una alfombrilla de baño? Debería haber estado en el armario de la ropa blanca, al final del ala oeste, junto con las sábanas, toallas y fundas. Se suponía que ahí estaba toda la ropa blanca.

Ni siquiera las camas estaban hechas en las habitaciones de huéspedes; los colchones, tras haberlos protegido con fundas de plástico con cremalleras, estaban directamente cubiertos por las colchas. Se imaginó que tal vez Danny hubiera ido a buscarla, ya que con la llave maestra se podía abrir el armario de la ropa blanca, pero... ¿por qué? La recorrió con las yemas de los dedos. La alfombrilla estaba seca.

Volvió hacia la puerta del cuarto de baño y se quedó ahí parado. Todo estaba en orden. El chico había soñado; no había nada fuera de lugar. Lo de la alfombrilla de baño lo tenía un poco intrigado, es cierto, pero la explicación

lógica sería que alguna de las camareras, apresurándose como locas el día de cierre de la temporada, se hubieran olvidado de recogerla.

Aparte de eso, todo estaba...

Las narices se le dilataron un poco. Desinfectante, ese virtuoso olor a limpieza. Y... ¿Jabón?

No, seguramente. Pero, una vez identificado el olor, era demasiado nítido para no darle importancia. Jabón. Pero no uno de esos jabones corrientes que le dan a uno en hoteles, y moteles. Era algo leve y aromático, un jabón de mujer. Como si fuera un olor rosado. «Camay» o «Lowila», alguna de las marcas que usaba siempre Wendy en Stovington.

(No es nada. Es tu imaginación.)

(sí como los setos que sin embargo se movían) (¡No se movían!)

Con paso irregular se dirigió a la puerta que daba al pasillo, sintiendo cómo en las sienes empezaba a martillarle un dolor de cabeza. Ese día había sido demasiado, habían sucedido demasiadas cosas. Claro que no castigaría al niño ni le daría una zurra, solamente hablaría con él, pero por Dios que ya tenía bastantes problemas para agregarles la habitación 217. Y sin más base que una alfombrilla de baño seca y un débil perfume a jabón de tocador...

Tras él se produjo un súbito ruido metálico. Lo oyó en el momento mismo en que su mano se cerraba sobre el picaporte, y un observador podría haber pensado que la manija de acero pulido le había transmitido una descarga eléctrica. Se estremeció convulsivamente, con los ojos muy abiertos, contraídos todos los demás rasgos en una mueca.

Después consiguió dominarse, un poco por lo menos, soltó el picaporte y se dio vuelta cuidadosamente. Las articulaciones le crujían.

Empezó a volverse hacia la puerta del baño, paso a paso, como con pies de plomo.

La cortina de la ducha, que él había apartado para mirar dentro de la bañera, estaba otra vez corrida. El ruido metálico, que a él le había sonado como el crujir de huesos en una cripta, lo había producido los anillos de la cortina al deslizarse por la barra. Jack se quedó mirando

la cortina. Sentía la cara como si se la hubieran encerado, cubierta por fuera de piel muerta, por dentro llena de vivos, ardientes arroyuelos de espanto. Lo mismo que había sentido en la zona infantil.

Había algo detrás de la cortina de plástico rosado.

Había algo en la bañera.

Alcanzaba a verlo, mal definido y oscuro a través del plástico, una figura casi amorfa. Podría haber sido cualquier cosa. Un juego de luz. La sombra del dispositivo de la ducha. Una mujer muerta desde hacía mucho tiempo, yacente en la bañera, con una pastilla de jabón «Lowila» en la mano rígida mientras esperaba pacientemente la eventual llegada de un amante.

Jack se dijo que debía avanzar sin vacilación para correr de un tirón la cortina. Para dejar al descubierto lo que hubiera allí. En cambio, se dio la vuelta con espasmódicos pasos de marioneta, con el corazón retumbándole espantosamente en el pecho, y volvió al dormitorio.

La puerta que daba al pasillo estaba cerrada.

Durante un largo segundo permaneció inmóvil, mirándola. Podía sentir el gusto del terror, en el fondo de la garganta, como un sabor de cerezas pasadas.

Con el mismo andar convulsivo fue hacia la puerta y obligó a sus dedos a cerrarse sobre el picaporte. *(No se abrirá)* Pero se abrió.

Con gesto torpe apagó la luz, salió al pasillo y, sin mirar hacia atrás, cerró la puerta. Desde adentro, le pareció oír un ruido extraño, de golpes húmedos, lejano, incierto, como si algo hubiera conseguido salir demasiado tarde, trabajosamente, de la bañera, como para saludar a su visitante, como si se hubiera dado cuenta de que el visitante se iba antes de haber satisfecho las convenciones sociales y se precipitara ahora hacia la puerta, algo purpúreo y horriblemente sonriente, para invitarlo a que entrara de nuevo.

Tal vez para siempre.

¿Pasos que se aproximaban a la puerta, o solo los latidos del corazón en sus oídos?

Tanteó en busca de la llave maestra. La sintió fangosa, remisa a girar en la cerradura. La golpeo, y de pronto los pestillos se corrieron y él retrocedió contra la pared opuesta del pasillo, dejando escapar un gruñido de alivio. Cerró los ojos y por su mente empezaron a desfilar todas las antiguas frases, parecía que las hubiera por centenares (estás chillado no estás en tus cabales te chalaste, perdiste la chaveta chico, se te fue la onda, estás mal del coco, estás para la camisa de fuerza, estás ido del todo, perdiste un tornillo, estás sonado) y todas querían decir la misma cosa: *perder el juicio.*

—No —gimoteó, casi sin darse cuenta de que estaba reducido a eso, a gimotear con los ojos cerrados, como un niño—. Oh no, Dios. Dios por favor, no.

Pero bajo el tumulto de sus pensamientos caóticos, bajo el martilleo de los latidos de su corazón, podía oír el ruido suave, fútil del picaporte movido de un lado a otro porque eso encerrado dentro trataba inútilmente de salir, eso que querrá conocerlo, que quería que él le presentara a su familia mientras la tormenta vociferaba en torno de ellos y la luz blanca del día se convertía en lóbrega noche. Si abría los ojos y veía moverse el picaporte, se volvería loco, así que los dejó cerrados y después de un tiempo inconmensurable, hubo tranquilidad.

Jack se obligó a abrir los ojos, convencido a medias de que, cuando los abriera, ella estaría en pie ante él. Pero el pasillo estaba vacío.

De todas maneras, se sentía observado.

Sus ojos se posaron en la mirilla que había en el centro de la puerta y se preguntó que sucedería si se acercaba para mirar a través de ella. ¿Con qué clase de ojo se vería enfrentado su ojo?

Sus pies empezaron a moverse *(pies no me falléis ahora)* antes de que él se diera cuenta. Se apartaron de la puerta y lo llevaron hacia el corredor principal, susurrando sobre la jungla negra y azul de la alfombra. A mitad del camino hacia la escalera se detuvo para mirar el extintor de incendios. Le pareció que los pliegues de lona

de la manguera estaban dispuestos de manera diferente. Y estaba seguro de que cuando él vino por el pasillo, la boquilla de bronce apuntaba hacia el ascensor. Ahora estaba mirando para el otro lado.

—Yo no vi nada de eso —dijo muy claramente Jack Torrance. Tenía la cara blanca y ojerosa, y sus labios insistían en dibujar una sonrisa.

Pero para bajar no tomó el ascensor. Se parecía demasiado a una boca abierta. Demasiado. Bajó por la escalera.

31. EL VEREDICTO

Jack entró en la cocina y los miró, mientras hacía saltar la llave maestra en la mano izquierda para recogerla al caer, tintineante la cadena de la blanca chapade metal. Danny estaba pálido y agotado. Wendy había estado llorando, era evidente; tenía los ojos enrojecidos y se la veía ojerosa.

Advertido lo alegró súbitamente. Por lo menos no era él el único que sufría.

Ellos lo miraban, sin hablar.

—Allí no hay nada —declaró Jack, atónito ante la despreocupación de su propia voz—. Absolutamente nada.

Siguió haciendo saltar en el aire la llave maestra, tranquilizándolos con su sonrisa, sintiendo cómo el alivio se les pintaba en la cara, y pensó que jamás en su vida había necesitado tan desesperadamente un trago como en ese momento.

32. EL DORMITORIO

Más hacia el atardecer, Jack cogió un catre en el cuarto destinado a almacén en la primera planta, y lo puso en un rincón del dormitorio de ellos.

Wendy se había imaginado que Danny no se dormiría hasta bien avanzada la noche, pero el niño estaba cabeceando antes de que estuviera mediada la serie de TV, y quince minutos después de que lo hubieran arropado, estaba ya sumergido en el sueño, inmóvil, con una mano debajo de la mejilla.

Wendy, sentada vigilante junto a él, marcaba con un dedo el puntodonde había llegado en la novela que leía. Ante su escritorio, Jack recorría con la vista su obra de teatro.

—Qué mierda —farfulló Jack.

—¿Cómo? —interrogó Wendy, arrancada a su contemplación de Danny.

—Nada.

Jack siguió mirando la obra con creciente furia. ¿Cómo podía haberle parecido que era buena? Era pueril. Algo que se había hecho un millar de veces. Y lo peor era que no tenía idea de cómo terminarla. En algún momento le había parecido bastante simple. En un acceso de rabia, Denker se apodera del atizador que hay junto a la chimenea y golpea santamentea Gary, hasta matarlo. Después de pie junto al cuerpo, con el atizador ensangrentado en la mano, vocifera dirigiéndose al público: «¡Está aquí, en alguna parte, y yo lo *encontraré*!» Entonces, a medida que las luces pierden intensidad y el telón baja lentamente, el público ve el cuerpo de Gary boca abajo sobre el proscenio, mientras Denker se encamina a zancadas hacia la biblioteca y empieza a arrojar febrilmente los libros de los estantes, tirándolos a un lado después de mirarlos. Había pensado que era algo lo bastante viejo para parecer nuevo, una obra cuya originalidad era tal que podría convertirla en un éxito en Broadway: una tragedia en cinco actos.

Pero, además de que su interés se había orientado súbitamente hacia la historia del «Overlook», había sucedido algo

más: sus sentimientos hacia los personajes habían cambiado, y eso era algo totalmente nuevo. Por lo general, a Jack le gustaban sus personajes, los buenos y los malos. Y se alegraba de que fuera así. Eso le facilitaba el intento de verlos desde todos los ángulos y entender con mayor claridad sus motivaciones. Su cuento favorito, el que había vendido a una revista pequeña del sur de Maine, era un relato titulado: *Aquí está el mono, Paul DeLong*. El personaje era un violador de niños, a punto de suicidarse en su cuarto amueblado. El hombre se llamaba Paul DeLong, y sus amigos lo llamaban *Mono*. A Jack le había gustado mucho *Mono:* comprendía sus extravagantes necesidades y sabía que no era él el único culpable de las tres violaciones seguidas de asesinato que tenía en su historial. Sus padres habían sido malos, el padre violento y agresivo como había sido el de Jack, la madre un estropajo blando y silencioso como su propia madre. Una experiencia homosexual en la escuela primaria. La humillación pública. Experiencias aún peores en la secundaria y en la universidad. Después de hacer víctimas de un acto de exhibicionismo a dos niñitas que se bajaban de un autobús escolar, lo habían arrestado y enviado a un correccional. Y lo peor de todo era que allí lo habían dado de alta, lo habían vuelto a dejar en la calle, porque el director del establecimiento había decidido que estaba bien. Ese hombre se llamaba Grimmer, y sabía que *Mono* DeLong presentaba síntomas de desviación, pero había presentado un buen informe, favorable, y lo había dejado en libertad. A Jack también le gustaba y simpatizaba con Grimmer. Grimmer tenía que dirigir una institución con escasez de fondos y de personal, intentando que las cosas no se le vinieran abajo a fuerza de saliva, alambre de embalar y míseras subvenciones de una legislatura estatal que estaba pendiente de la opinión de los votantes. Grimmer sabía que *Mono* podía establecer contacto con la gente, que no se ensuciaba en los pantalones ni trataba de asesinar a los otros reclusos con las tijeras. No se creía Napoleón, tampoco. El psiquiatra a quien se confió el caso pensaba que eran excelentes las

probabilidades de que Monopudiera valerse por sí mismo en libertad, y los dos sabían que cuanto más tiempo pasa un hombre en una institución, tanto más llega a necesitar de ese medio cerrado, como un drogadicto de la droga. Y entretanto, la gente se les agolpaba a la puerta. Paranoicos, esquizoides, ciclotímicos, semicatatónicos, hombres que sostenían haber subido al cielo en platillos volantes, mujeres que les habían quemado los genitales a sus hijos con un encendedor, alcohólicos, pirómanos, cleptómanos, maníaco-depresivos, suicidas frustrados. El mundo de siempre, vaya. Si no estás bien atado, te sacudes, te desintegras, te desarmas antes de haber llegado a los treinta. Jack podía entender el problema de Grimmer, como podía entender a los padres de las víctimas asesinadas. Y a las propias víctimas también, por cierto. Y al *Mono* DeLong. Que el lector se ocupara de buscar culpables. En aquel tiempo, Jack no quería juzgar. La capa del moralista le caía mal sobre sus hombros.

Con el mismo ánimo optimista había empezado *La escuelita*, pero últimamente había empezado a tomar partido y, lo que era peor, había empezado a odiar a su héroe Gary Benson. Imaginado originariamente como un muchacho brillante para quien el dinero era más bien una carga que una bendición, un muchacho que nada ambicionaba más que hacer valer sus méritos para poder entrar en una buena universidad porque se lo había ganado y no porque su padre le hubiera abierto las puertas, a los ojos de Jack se había convertido en una especie de fatuo engreído, un postulante frente al altar del saber (en vez de ser un acólito sincero), una imitación superficial de las virtudes del *boy scout*, cínico por dentro, caracterizado no por una auténtica inteligencia —tal como lo había concebido al principio—, sino por una insidiosa astucia animal. A lo largo de toda la obra se dirigía infaliblemente a Denker llamándolo «señor», tal como Jack había enseñado a su hijo a llamar «señor» a las personas mayores e investidas de autoridad.

Jack pensaba que Danny empleaba con toda sinceridad la palabra, al igual que el Gary Benson originario, pero al comenzar el quinto acto, tenía cada vez más la sensación de

que Gary decía «señor» en vena satírica, como una careta que se pusiera exteriormente, en tanto que el Gary Benson que había detrás de ella se mofaba de Denker. De Denker, que jamás había tenido nada de lo que tenía Gary. De Denker, que había tenido que trabajar durante toda su vida, nada más que para llegar a director de una mísera escuelita. Que ahora se veía enfrentado con la ruina por obra de ese muchacho rico, apuesto y de apariencia inocente que había hecho trampa con su composición y después había disimulado astutamente las pistas.

Cuando empezó *La escuelita*, Jack veía a Denker como alguien no muy diferente de los pequeños cesares sudamericanos ensorbecidos por sus imperios bananeros que fusilan a los oponentes contra el frontón de la cancha de pelota más próxima, un fanático exagerado para la magnitud de su causa, un hombre que de cada uno de sus caprichos hace una Cruzada. Al comienzo, había querido hacer de su obra un microcosmos que fuera una metáfora del abuso del poder. Ahora, se sentía cada vez más impulsado a ver a Denker como una especie de Mister Chips, y la tragedia no residía en la vejación intelectual infligida a Gary Benson, sino más bien en la destrucción de un viejo maestro bondadoso que no alcanzaba a ver las cínicas supercherías de ese monstruo disfrazado de estudiante.

En definitiva, Jack no había podido terminar la obra.

Ahora estaba inmóvil, con los ojos fijos en los papeles, hosco, preguntándose si habría alguna manera de rescatar la situación. En realidad, no creía que la hubiera. Había empezado con una obra que a mitad de camino se le había convertido en otra, abracadabra. Bueno, con mil diablos.

De cualquiera de las dos maneras, era algo que ya se había hecho antes. De cualquier manera era un montón de mierda. Y en definitiva, ¿por qué se estaba preocupando por eso esa noche? Después del día que acababa de tener, no era de maravillarse que no pudiera hilar bien los pensamientos.

—¿... llevarlo abajo?

Levantó los ojos, parpadeando en el intento de sacarse las telarañas.

—¿Que?

—Decía que cómo haríamos para llevarlo abajo. Tenernos que sacarlo de aquí, Jack.

Durante un momento se sintió tan disperso que ni siquiera estaba seguro de qué era lo que quería decir Wendy. Cuando lo entendió emitió una breve risa, casi un ladrido.

—Lo dices como si fuera tan fácil.

—No quise decir...

—No es ningún problema, Wendy. Me cambiaré de ropa en esa cabina telefónica que hay en el vestíbulo y lo llevaré volando a Denver, sobre los hombros. Cuando era muchacho, solían llamarme *Supermán* Jack Torrance.

El rostro de Wendy se mostró dolido.

—Entiendo el problema, Jack. La radio está rota. Y está la nieve, pero tú tienes que entender el problema de Danny. ¿No te das cuenta, por Dios?

¡Si estaba casi catatónico, Jack! ¿Y si no hubiera salido de ese estado?

—Pero salió —señaló Jack, con cierta sequedad. Los ojos inexpresivos de Danny, las facciones muertas, también lo habían asustado a él, indudablemente. Al principio. Pero, cuanto más lo pensaba, más se preguntaba si no habría sido una escena montada para escapar del castigo.

Después de todo, Danny había estado desobedeciendo.

—Es lo mismo —continuó Wendy, se acercó y se sentó en el extremo de la cama junto al escritorio de su marido, Con expresión a la vez sorprendida y preocupada—. Jack, ¡esos magullones en el cuello! ¡Algo lo atacó, y yo quiero alejarlo de eso!

—No grites —pidió Jack—. Me duele la cabeza, Wendy. Y estoy tan preocupado como tú, así que por favor... no grites.

—Está bien, no gritaré —Wendy bajó la voz—. Pero es que no te entiendo, Jack. Hay alguien aquí con nosotros. Y alguien que no es muy buena persona, por cierto. Tenemos

que volver a Sidewinder, no solamente Danny: todos. Y pronto. Y tú... ¡tu estás ahí sentado, leyendo *la obra*!

—«Tenemos que bajar, tenemos que bajar.» Ya puedes seguir diciéndolo. Realmente, tú debespensar que yo soy *Supermán*.

—Pienso que eres mi marido —articuló Wendy, suavemente y se quedó mirándose las manos.

El mal humor de Jack estalló. De un golpe dejó el manuscrito sobre el escritorio, volviendo a desordenar la pila y arrugando las hojas de abajo.

—Es hora de que te des cuenta de algunas cosas, Wendy, que aparentemente no has interiorizado, como dicen los sociólogos, y que te andan dando vueltas por la cabeza como bolas de billar. Y más vale que las metas de una vez en las troneras. Tienes que entender que estamos *cercados por la nieve.*

Ensu cama, repentinamente, Danny se mostraba inquieto. Aunque seguía dormido, había empezado a retorcerse y a dar vueltas. Como hacía siempre que ellos peleaban, pensó Wendy con desánimo. Y nos estamos peleando de nuevo.

—No lo despiertes, Jack, por favor —pidió.

Jack miró rápidamente a Danny y pareció que la cara se le viera menos arrebatada.

—Está bien. Disculpa. Lamento haberme enojado, Wendy. En realidad no es contigo. Pero es que yo rompíla radio; la culpa es sólo mía. Era nuestro principal vínculo con el exterior. Por favor, venga a buscarnos, señor guardabosques. No podemos seguir aquí hasta tan tarde.

—No —pidió Wendy, apoyándole una mano en el hombro. Jack reclinó la cabeza sobre ella, y Wendy le pasó la otra mano por el pelo—.

Supongo que tienes razón, después de mis acusaciones. A veces son como mi madre. Puedo ser malintencionada. Pero tienes que entender que algunas cosas, son difíciles de superar. Tienes que entenderlo.

—¿Te refieres al brazo? —Jack se quedó tenso.

—Si —reconoció Wendy, y se apresuró a continuar—: Pero no es sólo por ti. Me preocupo por él cuando

sale a jugar. Me preocupa que quiera una bicicleta para el año próximo, aunque sea con ruedas suplementarias. Me preocupo por sus dientes y por sus ojos y por eso que él llama el esplendor.

Me preocupo... Porque es pequeño y parece muy frágil y porque... porque en este hotel hay algo que parece que quiere apoderarse de él. Y que si es necesario pasará por encima de nosotros para conseguirlo. Por eso tenemos que sacarlo de aquí, Jack. ¡Lo sé, lo siento! *¡Debemos sacarlo de aquí!*

Ensu agitación, Wendy había cerrado dolorosamente la mano sobre el hombro de su marido, pero Jack no se apartó. Con una mano buscóel firme peso del pecho izquierdo y empezó a acariciárselo por encima de la camisa.

—Wendy —empezó y se detuvo. Ella espero a que diera forma a lo que iba a decir. Sobre su pecho, la mano de Jack era un contacto bueno, sedante—. Tal vez podría bajarlo yo, con las raquetas para la nieve. Él podría hacer andando una parte del camino, pero la mayor parte tendría que llevarlo en brazos. Eso significaría acampar una o dos noches, tres quizás. Y tendríamos que armar un pequeño trineo para llevar provisiones y mantas.

Tenemos la radio AM/FM, de modo que podríamos elegir un día en que el pronóstico fuera de tres días de buen tiempo. Pero si el pronóstico no fuera exacto — concluyó Jack, con voz calmay medida— podría significar la muerte.

Wendy había palidecido. Su cara brillaba con algo casi espectral. Jack siguió acariciándole el pecho, pasándole suavemente la yema del pulgar por el pezón.

Wendy dejó escapar un gemido, Jack no sabía si provocado por sus palabras o como reacción a la caricia de él sobre su pecho. Levantó un poco la mano y le desabrochó el primer botónde la camisa. Wendy movió un poco las piernas. De pronto los tejanos le parecían demasiado ajustados, un poco incómodos aunque de una manera no desagradable.

—Significaría dejarte a ti sola, porque tú no sabes andar bastante bien con las raquetas para la nieve. Podrían pasar tres días sin que supieras nada.

¿Es eso lo que quieres? —la mano bajó hasta el segundo botóny lo desabrochó, dejando al descubierto el surco entre los pechos.

—No —respondió Wendy, con voz que se había vuelto pastosa. Se dio la vuelta a mirar a Danny, que había dejado de moverse y tenía otra vez el pulgar en la boca. Entonces, todo iba bien. Pero había algo que Jack estaba dejando fuera del cuadro. Era todo demasiado yermo. Había algo más...pero ¿qué?

—Si nos quedamos aquí —continuó Jack, mientras desabrochaba los dos botones siguientes con la misma deliberada lentitud—, en algún momento vendrá un guardabosques del parque, nada más que por ver qué tal andamos. Entonces, simplemente, le decimos que queremos bajar, y él ya se ocupará del asunto —por la amplia V de la camisa abierta hizo salir los pechos desnudos, se inclinó y apoyó los labios alrededor de un pezón. Estaba duro y erecto. Jack lo recorrió suavemente con la lengua, varias veces, en la forma en que sabía que a ella le gustaba. Wendy volvió a gemir, arqueando la espalda.

(¿No hay algo que he olvidado?)

—¿Mi amor? —le preguntó. Inconscientemente sus manos se deslizaron hacia la nuca de él, de manera que la respuesta quedó ahogada contra su carne.

—¿Cómo nos sacaría de aquí el guardabosques?

Jack levantó un poco la cabeza para contestar y después rodeócon la boca el otro pezón.

—Si el helicóptero estuviera reservado, me imagino que tendría que ser con un vehículo para la nieve. *(¡¡¡!!!)*

—Pero, ¡nosotros tenemos un vehículo para la nieve! ¡Fue lo que dijo Ullman!

Durante un momento pareció que la boca de él se hubiera congelado.

Después, Jack se enderezó. Wendy tenía el rostro arrebatado, los ojos brillantes; en cambio, la expresión de Jack

era tan calma como si en vez de estar en preliminares eróticos con su mujer estuviera leyendo un libro bastante aburrido.

—Si tenemos un vehículo para la nieve no hay problema —exclamó Wendy, acaloradamente—. Podremos bajar los tres juntos.

—Wendy, yo jamás en mi vida he conducido un vehículo de esos.

—No puede ser tan difícil. Si allá en Vermont se ve a chiquillos de diez años paseándose con ellos por las pistas... aunque en realidad, no sé en qué pueden estar pensando los padres. Y cuando nos conocimos, tú tenías una motocicleta. Así era. Tenía una «Honda» de 350 c.c., que había cambiado por un «Saab» poco después que él y Wendy se fueran a vivir juntos.

—Me imagino que podría —respondió lentamente—. Pero no sé en qué condiciones estará. Ullman y Watson... están a cargo de este lugar desde mayo a octubre, y lo dirigen con la mentalidad del verano. Seguramente no tendrá gasolina, y tal vez le falten las bujías o la batería, también. No quiero que te hagas demasiadas ilusiones, Wendy.

Ya totalmente excitada, Wendy se inclinó hacia él, escapándosele los pechos de la camisa, Jack tuvo el súbito impulso de retorcerle uno hasta que gritara. Tal vez así aprendería a callarse la boca.

—La gasolina no es problema —le recordó Wendy—. Tanto el

«Volkswagen» como la «Furgoneta» del hotel están llenos. Y hay más para el generador de emergencia que está en la planta baja. Y hasta debe de haber una lata en el cobertizo, así que podrías llevar una reserva.

—Sí, la hay —reconoció Jack. En realidad había tres, dos de veinte litros y una de diez.

—Y lo más seguro es que las bujías y la batería también anden por ahí.

A nadie se le va a ocurrir guardar el vehículo para la nieve en un lugar y los repuestos en alguna otra parte, ¿no te parece?

—Muy probable no parece, no —convino Jack. Se levantó y fue hacia donde Danny seguía durmiendo. Un mechón de

pelo le había caído sobre la frente y Jack se lo apartó con suavidad. Danny no se movió.

—Y si puedes ponerlo en marcha, ¿nos llevarás? —preguntó Wendy a sus espaldas—. ¿El primer día que la radio anuncie buen tiempo?

Durante un momento, Jack no respondió. Estaba mirando a su hijo, y la confusión de sus sentimientos se disolvió en una oleada de amor. Danny era como había dicho Wendy: vulnerable, frágil. Las marcas del cuello se le notaban muchísimo.

—Sí —respondió—. Lo pondré en condiciones y saldremos de aquí tan pronto como podamos.

—¡Gracias a Dios!

Jack se dio la vuelta. Wendy se había quitado la camisa y lo esperaba en la cama, con su vientre plano, los pechos apuntados al cielo raso, mientras sus dedos jugaban ociosamente con los pezones.

—Dense prisa, caballeros, que ya es hora —susurró.

Después, sin más luz en la habitación que la lamparilla nocturna que Danny había traído de su cuarto, se quedó acurrucada en el hueco del brazo de él, con una deliciosa sensación de paz. Se le hacía difícil creer que pudieran estar conviviendo en el «Overlook» con un polizón asesino.

—¿Jack?

—¿Hum?

—¿Qué fue lo que lo atacó?

Él no le respondió directamente.

—Él tiene algo. Como un talento que a los demás nos falta. A la mayoría, vamos. Y tal vez el «Overlook» también tenga algo.

—¿Fantasmas?

—No sé. No en el sentido de Algernon Blackwood, seguramente. Más bien algo así como residuos de los sentimientos de las personas que han estado aquí. Cosas buenas y malas. En ese sentido, supongo que cualquier gran hotel tiene sus fantasmas. Especialmente si es viejo.

—Pero una mujer muerta en la bañera... Jack, ¿no estará perdiendo el juicio, verdad?

Jack la abrazó fugazmente.

—Ya sabemos que cae en... bueno, llamémosle trances, a falta de una palabra mejor... de vez en cuando. Sabemos que cuando está en ese estado, a veces... ¿ve?... cosas que no entiende. Si los trances de precognición son posibles, probablemente sean funciones del subconsciente. Freud dijo que el subconsciente nunca nos habla en lenguaje literal. Se vale de símbolos. Si uno sueña que está en una panadería donde nadie habla su idioma, tal vez esté preocupado por su capacidad para mantener a su familia. O tal vez sea que siente que nadie lo entiende. He leído que soñar que uno se cae es una de las canalizaciones más comunes de los sentimientos de inseguridad. Son juegos, nada más que juegos. La parte consciente de un lado de la red, el subconsciente del otro, pasándose uno a otro una imagen absurda. Lo mismo que con la enfermedad mental, las corazonadas y todo eso. ¿Por qué habría de ser diferente la precognición? Tal vez Danny realmente hubiera visto sangre en las paredes de la *suite* presidencial. Para un chico de esa edad, la imagen de la sangre y el concepto de la muerte son poco menos que intercambiables. De todas maneras, para los niños la imagen es siempre más accesible que el concepto. William Carlos Williams lo sabía, como pediatra que era. A medida que crecemos, los conceptos nos resultan poco a poco más fáciles y dejamos las imágenes para los poetas... pero estoy divagando.

—Me gusta oírte divagar.

—Lo dijo, muchachos, lo dijo. Todos lo habéis oído.

—Pero las marcas en el cuello, Jack... eso es real.

—Sí.

Durante largo rato no hubo más palabras. Wendy empezaba a pensar que Jack debía de haberse quedado dormido, y ella misma empezaba a adormecerse, cuando lo oyó decir:

—Para eso, se me ocurren dos explicaciones, y ninguna de ellas implica que haya alguien más en el hotel.

—¿Qué? —Wendy se enderezó sobre un codo.

—Estigmas, tal vez.

—¿Estigmas? ¿Eso no es cuando la gente sangra el Viernes Santo, o algo así?

—Sí. A veces, la gente que cree profundamente en la divinidad de Cristo exhibe marcas sangrantes en las manos y en los pies durante la Semana Santa. En la Edad Media era más común que ahora. En esa época, a personas así se las consideraba bendecidas por Dios. No creo que la Iglesia católica lo proclamara directamente como milagroso... y era muy inteligente al no hacerlo. Los estigmas no se diferencian mucho de algunas cosas que pueden hacer los yoguis. Ahora se comprende mejor, eso es todo. La gente que entiende la interacción entre mente y cuerpo... que la estudia, quiero decir, porque como entenderla, nadie la entiende... cree que tenemos mucho más control de nuestras funciones involuntarias de lo que solía creerse. Si uno se concentra lo suficiente, puede disminuir el ritmo de los latidos cardíacos, o acelerar su metabolismo. O aumentar la cantidad de transpiración, o provocarse hemorragias.

—¿Quieres decir que Danny se *concentró* hasta que le aparecieronesos magullones en el cuello? Jack, eso no puedo creerlo.

—Yo creo que es posible, aunque a mí también me parece improbable. Lo que es más probable es que se lo haya hecho solo.

—*¿Sólo?*

—Ya otras veces ha caído en esos «trances», y se ha lastimado él solo.

¿Recuerdas aquella vez mientras cenábamos? Hace un par de años, creo. Tú y yo estábamos muy mal entre nosotros, y nadie hablaba mucho. Entonces, repentinamente, se le pusieron los ojos en blanco y se cayó de cara sobre el plato. Y después, al suelo.¿Te acuerdas?

—Sí, claro que sí —asintió Wendy—. Yo penséque era una convulsión.

—Otra vez estábamos en el parque —continuó Jack—, Danny y yo solos. Un sábado por la tarde.Él estaba en un columpio, balanceándose, y de pronto se cayó al suelo. Fue como si le hubieran disparado. Yo corrí a levantarlo, y

de pronto volvió en sí. Parpadeó un poco y me dijo: «Me hice mal en la barriga. Dile a mami que esta noche cierre las ventanas del dormitorio si llueve.» Y esa noche llovió a cántaros.

—Sí, pero...

—Y siempre aparece con arañazos y raspones en los codos. Tiene las piernas que parecen un campo de batalla. Y cuando le preguntas cómo se hizo tal o cual magullón, te dice que estaba jugando, y no da más explicaciones.

—Jack, todos los chicos se hacen chichones y se lastiman. Con los muchachitos es lo de siempre, desde el momento en que aprenden a andar hasta que tienen doce o trece años.

—Y estoy seguro de que Danny no se queda atrás —continuó Jack—.

Es un chico activo. Pero yo me acuerdo de ese día en el parque, y de esa noche durante la cena, y me pregunto si todos los chichones y los cardenales de nuestro hijo vienen simplemente de que se cayó de rodillas. ¡Demonios, si ese doctor Edmonds dijo que Danny se puso en trance allí mismo, en su despacho!

—Está bien. Pero esos magullones son de *dedos*, puedo jurarlo. Eso no se lo hizo porque se cayó.

—El chico cae en trance —insistió Jack—, y tal vez ve algo que sucedió en esa habitación. Una discusión, un suicidio tal vez. Emociones violentas. No es como estar viendo una película; está en un estado de gran sugestionabilidad, en mitad misma del episodio. Tal vez subconscientemente esté contemplando de manera simbólica algo que sucedió... por ejemplo, una muerta que vuelve a la vida, un resucitado, un vampiro, un espectro o la palabra que más te guste.

—Me haces poner la carne de gallina —se estremeció Wendy.

—No creas que a mí no se me pone. Yo no soy psiquiatra, pero me parece que la explicación es coherente. La muerta que camina como símbolo de emociones muertas, de vidas muertas que se resisten a desaparecer, a irse... pero

como es una imagen subconsciente, ella también es *él*. En el estado de trance, el Danny consciente queda sumergido, y la que mueve los hilos es la imagen subconsciente. De modo que Danny se pone las manos al cuello y...

—Basta —lo detuvo Wendy—. Ya lo veo, y creo que es más aterrador que tener a un extraño merodeando por los pasillos, Jack. De un extraño te puedes apartar, pero de ti mismo no. De lo que estás hablando es de esquizofrenia.

—De un tipo muy limitado—aclaró Jack, un poco inseguro—. Y de naturaleza muy especial. Porque efectivamente, parece que pudiera leer el pensamiento, y de veras parece que ocasionalmente tuviera premoniciones.

Y a esas cosas, por más que me esfuerce, no puedo considerarlas como enfermedad mental. De todas maneras, todos tenemos componentes esquizofrénicos. Pienso que a medida que Danny crezca, los controlará mejor.

—Si estás en lo cierto, entonces es imperativo que lo saquemos de aquí. Tenga lo que tuviere, este hotel está empeorándolo.

—Yo no diría eso —objetó Jack—. Para empezar, si hubiera hecho lo que le habían dicho, jamás habría ido a esa habitación. Y jamás habría ocurrido eso.

—¡Por Dios, Jack! ¿Quieres decir que el hecho de que estuviera a punto de morir estrangulado fue... el castigo que se merecía por haber desobedecido?

—No... no. Claro que no. Pero...

—No hay peros —Wendy sacudió violentamente la cabeza—. La verdad es que sólo hacemos conjeturas. No tenemos la menor idea de cuál será el momento en que, al doblar por un pasillo, Danny caiga en uno de esos... pozos de aire, una de esas películas de terror o lo que sea. Tenemos que *sacarlo* de aquí —dejó escapar una risita en la oscuridad—porque si no, seremos nosotros quienes empezaremos a ver cosas.

—No digas disparates —la regañó Jack, que en la oscuridad de la habitación veía los leones del cerco amontonándose junto

a la senda, ya no flanqueándola sino vigilándola, los hambrientos leones de noviembre.

Gotitas de sudor frío le cubrieron la frente.

—¿Realmente, tú no viste nada? —le preguntaba Wendy—. Cuando subiste a esa habitación, quiero decir, ¿realmente no viste nada?

Los leones habían desaparecido, y ahora Jack veía una cortina para ducha de color rosado pastel, tras la cual se perfilaba una forma oscura. La puerta cerrada. Esos golpes ahogados, presurosos, y después el ruido que podía haber sido de pasos que corrían.

El latido lento y horrible de su propio corazón, mientras él luchaba con la llave maestra.

—Nada —respondió, y era la verdad. Se había sentido tenso e inseguro de lo que pasaba. No había tenido ocasión de pasar revista a sus pensamientos en busca de una explicación razonable para los magullones que tenía su hijo en el cuello, él mismo había estado demasiado sugestionable. A veces, las alucinaciones podían ser contagiosas.

—¿Y no has cambiado de opinión? Sobre el vehículo para la nieve, quiero decir.

Súbitamente, las manos de Jack se convirtieron en puños *(¡Déjate de fastidiarme!)* a sus costados.

—Ya te dije que lo haría, ¿no? Pues lo haré. Ahora, ponte a dormir, que el día ha sido largo, y duro.

—Ya lo creo —suspiró Wendy. Las sábanas susurraron cuando se volvió hacia su marido para besarlo en el hombro—. Te amo, Jack.

—Yo también —le aseguró él, pero sólo era de labios afuera. Seguía aun con los puños contraídos, y los sentía como si fueran piedras al extremo de los brazos. En la frente, una vena le latía obstinadamente: Wendy no había dicho una palabra de lo que les sucedería *después* de que bajaran a Sidewinder, cuando la fiesta hubiera terminado. Ni una sola. Lo único había sido Danny esto y Danny lo otro y Jack estoy tan asustada. Sí, claro, estaba asustada de los espantajos que había en los armarios y las sombras al acecho, vaya si lo estaba. Pero tampoco faltaban las preocupaciones

reales. Cuando llegaran a Sidewinder no tendrían más que sesenta dólares y la ropa que llevaban puesta. Ni coche siquiera. Y aunque en Sidewinder hubiera un prestamista —que no lo había—, no tenía qué empeñar, como no fuera el brillante del anillo de casada de Wendy, que valdría unos noventa dólares, si era un usurero *bondadoso*. Tampoco habría trabajo, ni siquiera por horas o para la temporada de invierno, a no ser despejar de nieve las entradas para coches, a tres dólares por casa. La imagen de Jack Torrance, a los treinta años, tras haber publicado en *Esquire* y haber acariciado el sueño (no del todo irrazonable, en su sentir) de convertirse en un importante escritor norteamericano en el curso del siguiente decenio, llamando a las puertas con una pala al hombro... esa imagen acudió de súbito a su mente con mucha mayor nitidez que la de los leones del cerco, y Jack contrajo los puños con más fuerza todavía, sintiendo cómo las uñas se le clavaban en las palmas, arrancándole sangre en la forma de místicas medias lunas. John Torrance, haciendo cola para cambiar sus sesenta dólares por cupones de racionamiento, volviendo a hacer cola en la iglesia metodista de Sidewinder para conseguir que le dieran alojamiento, mirado con rencor por los necesitados del lugar. John Torrance, explicándole a Al que simplemente habían tenido que irse, que él había tenido que apagar la caldera e irse y dejar el «Overlook» y todo lo que contenía a merced de los vándalos o los ladrones o las barredoras de nieve, porque fíjate Al, *attendez-vous*, Al, allá arriba hay fantasmas y la habían tomado con mi hijo. Adiós, Al. Título del capítulo cuatro, «Llega la primavera para John Torrance». Y entonces, ¿qué?

¿Qué demonios, entonces? Se imaginaba que en el «Volkswagen» podrían llegar a la costa Oeste. Con cambiarle la bomba de aceite, asunto arreglado.

A noventa kilómetros hacia el oeste, ya todo el camino era descendente, así que casi se podía poner el coche en punto muerto y seguir costeando hasta Utah. Hacia la soleada California, tierra de naranjas y de oportunidades. Un hombre con sus legítimos antecedentes de alcohólico, de colérico con

los estudiantes y de cazador de fantasmas, conseguiría indudablemente cualquier cosa. Lo que pidiera. Como ingeniero de caminos... para desempantanar autobuses «Greyhound». En el negocio de automotores... lavando coches, enfundado en un mono de goma. En las artes culinarias, tal vez, como lavaplatos en algún restaurante. O tal vez un cargo de más responsabilidad, como podía ser cargar gasolina. Un trabajo así le ofrecería incluso el estímulo intelectual de contar el cambio y recibir los talones de crédito. *Puedo darle veinticinco horas semanales, pagándole el salario mínimo*. Melodía celestial, oír eso en un año en que el pan envasado se vendía a sesenta centavos la hogaza. La sangre había empezado a escurrírsele de las palmas. Como si tuviera estigmas, vaya. Contrajo con más fuerza los puños, complaciéndose en el dolor.Su mujerestaba dormida a su lado, ¿por qué no? Si no había problemas. Jack había accedido a ponerlos, a ella y a Danny, fuera del alcance del gran espantajo malo, y ya no había problemas. *Conque ya ves, Al, me pareció que lo mejor que podía hacer era... (matarla.)*

La idea se elevó desdela misma nada, despojada y sin ornamentos. La necesidad de arrojarla de la cama,desnuda, atónita, apenas empezando a despertarse; de abalanzarse sobre ella, aferrarle el cuellocomo se coge el débil tallo de un álamo joven y estrangularla, con los pulgares contra la tráquea, los demás dedos oprimiendo las vértebras del cuello, sacudiéndole la cabeza y golpeándosela contra las tablasdel piso, una y otra vez, golpear, sacudir, romper, destrozar. Eso sí que es bailar, chiquita. Sacúdete con ritmo de *rock and roll*. Ya se ocuparía él de que tomara su medicina. Hasta la última gota. Hasta las heces.

Percibió oscuramente que de algún lado llegaba un ruido ahogado, desdefuera de su mundo interior afiebrado y tumultuoso. Miró hacia el otro lado de la habitación y vio que Danny se agitaba de nuevo en la cuna, retorciéndose y envolviéndose en las mantas. De su garganta brotaba un profundo gemido, un grito débil, como enjaulado. ¿Una pesadilla? ¿Una mujerde color púrpura, muerta desdehacía tiempo, que lo perseguía por los retorcidos corredores del hotel? De alguna

manera, Jack no pensó que fuera eso. Era otra cosa la que perseguía a Danny en sus sueños. Algo peor.

El amargo nudo de sus emociones se deshizo. Jack se bajó de la cama y fue hacia donde estaba el niño, sintiéndose asqueado y avergonzado de sí mismo. Era en Danny en quien tenía que pensar, no en Wendy ni en sí mismo. Solamente en Danny. Y no importaba la forma que se esforzara por imponer a los hechos: en su fuero interno, él sabía que debía sacar a Danny de allí. Le acomodó las mantas y les agregó el edredón dispuesto a los pies de la cama. Danny había vuelto a calmarse. Jack le tocó la frente (¿qué monstruos jugueteaban tras esa pantalla de hueso?) y la encontró tibia, pero no caliente. Y el chico había vuelto a dormirse profundamente. Qué extraño.

Volvió a acostarse, y él también intentó dormir. Inútilmente.

Era tan injusto que las cosas tuvieran que resultar así... parecía que la mala suerte lo acechara. Después de todo, al venir aquí no habían conseguido quitársela de encima. Para cuando llegaran a Sidewinder, mañana por la tarde, la dorada oportunidad se habría evaporado, se habría ido por el camino del zapato de gamuza azul, como solía decir uno de sus antiguos compañeros de habitación. En cambio, ¡qué diferencia si no bajaban, si de alguna manera conseguían aguantar! La obra quedaría terminada; de una manera o de otra, ya le encontraría un final. Su propia incertidumbre respecto de sus personajes podía agregar al desenlace original un toque de conmovedora ambigüedad. Y tal vez le permitiera ganar algún dinero, no era imposible. Y aunque así no fuera, era muy posible que Al convenciera al consejo directivo de Stovington de que volvieran a contratarlo. Claro que si lo tomaban sería a prueba, y una prueba que podía ser de hasta tres años, pero si se mantenía sobrio y seguía escribiendo, tal vez no tuviera que quedarse tres años en Stovington. Por cierto que Stovington nunca le había interesado mucho; ahí se sentía ahogado, enterrado vivo, pero de todos modos su reacción había sido inmadura.

Aunque tampoco se podía esperar que un hombre disfrutara de la enseñanza cuando cada dos o tres días daba las tres primeras horas de clase con una resaca que hacía que se le partiera la cabeza. Pero eso no le volvería a suceder. Ahora sería capaz de afrontar mucho mejor sus responsabilidades, de eso estaba seguro.

Enmitad de esos pensamientos, las cosas empezaron a desmembrare y Jack flotó a la deriva hasta hundirse en el sueño. Ese último pensamiento lo siguió en su descenso como el resonar de una campana: *Le parecía que allí podría encontrar la paz. Por fin. Sólo faltaba que lo dejaran.*

Cuando se despertó, estaba otra vez de pie en el cuarto de baño del 217.

(otra vez andando en sueños... ¿por qué...? si aquí no hay radios para romper)

La luz del cuarto de baño estaba encendida y, a sus espaldas, el dormitorio estaba a oscuras. La cortina de la ducha estaba corrida, ocultando la larga bañera con patas como garras. Junto a ella, la alfombrilla estaba arrugada y húmeda.

Jack empezó a tener miedo, pero un miedo cuya propia cualidad onírica le decía que la situación no era real. Sin embargo, no por eso desaparecía el miedo. En el «Overlook» eran tantas las cosas que parecían sueños...

Atravesó el baño en dirección a la bañera; no quería hacerlo, pero le era imposible retroceder.

De golpe, abrió la cortina.

Enla bañera, desnudo, flotando casi ingrávidamente en el agua, estaba George Hatfield, con un cuchillo clavado en el pecho. El agua estaba teñida de un color rosado brillante. Los ojos de George estaban cerrados. El pene flotaba blandamente, como algas.

—George —se oía decir Jack.

Cuando él pronunciaba la palabra, los ojos de George se abrían bruscamente. Ojos de plata, que no tenían nada

de humanos. Las manos de George, blancas como peces, se apoyaban en los lados de la bañera, y George se levantaba hasta quedar sentado. El cuchillo le asomaba limpiamente del pecho, por una herida sin labios, equidistante de las dos tetillas.

—Usted adelantó el cronómetro —le decía ese George de ojos de plata.

—No, George, de ningún modo. Yo...

—Yo no tartamudeo.

Ahora George estaba de pie, sin dejar de mirarlo con esa inhumana fijeza de plata, pero la boca se le había contraído en una sonrisa burlesca, letal. Pasaba una pierna por encima del borde esmaltado de la bañera, y apoyaba sobre la alfombrilla de baño un pie blanco y arrugado.

—Primero usted trató de atropellarme cuando yo iba en bicicleta y después adelantó el cronómetro y después intentó apuñalarme pero *así y todo yo no tartamudeo*. —George se le acercaba con las manos extendidas, ligeramente curvados los dedos. De él emanaba un olor húmedo y mohoso, como el de las hojas caídas cuando les ha llovido encima.

—Fue por tú bien —decía Jack, y empezaba a retroceder—. Lo adelanté por tú bien. Además, casualmente sé que tú plagiaste tu composición.

—Yo no plagié... y además no tartamudeo.

Las manos de George le tocaban el cuello.

Jack se daba la vuelta y corría, corría con esa lentitud flotante e ingrávida que es tan común en los sueños.

—¡Sí! ¡Sí que plagiaste! —vociferaba Jack, furioso, mientras atravesaba a la carrera el dormitorio a oscuras—. ¡Yo lo demostraré!

Las manos de George le alcanzaban otra vez el cuello. El miedo hinchaba el corazón de Jack hasta que parecía que fuera a estallar. Entonces, finalmente, su mano se cerraba en torno del picaporte, y éste giraba bajo la mano y Jack abría la puerta y se precipitaba, no en el pasillo de la segunda planta, sino en la habitación que había en el sótano, pasando el arco. La luz de las telarañas

estaba encendida. Su silla de campamento, austera y geométrica, lo esperaba debajo. Todo rodeado por una cordillera en miniatura, hecha de cajas y cajones y paquetes de recibos y facturas y Dios sabría qué. Una oleada de alivio lo inundaba.

—¡Lo encontraré!—se oía vociferar, y se apoderaba de una caja de cartón, húmeda y a puntode deshacerse, que se le desarmaba en las manos, dejando caer una cascada de delgados papeles amarillentos.

—¡Está por aquí! ¡Lo encontraré!—Jack metía ambas manos en lo más hondo de la pila de papeles y las sacaba con un avispero seco en una mano y un cronómetro en la otra. El cronómetro estaba en marcha; se oía el tictac.

Del dorso le salía un cable, que por el otro extremo estaba conectado a un cartucho de dinamita.

—*¡Aquí!* —vociferaba—. *¡Ven a cogerlo!*

Su alivio se convertía en una absoluta sensación de triunfo. Había hecho algo más que escapar de George; lo había vencido. Con semejantes talismanes en sus manos, George jamás volvería a tocarlo. George escaparía aterrorizado.

Jack empezaba a darse la vuelta para poder hacer frente a George, y ése era el momento en que las manos de George se le cerraban en torno del cuello, apretándolo, cortándole el aliento, bloqueándole completamente la respiración después de una última boqueada.

—*Yo no tartamudeo*—susurraba George a sus espaldas.

Jack dejaba caer el avispero y las avispas salían bullendo de él en una furiosa oleada amarilla y negra. Él sentía fuego en los pulmones. Sus ojos vacilantes caían sobre el cronómetro y la sensación de triunfo reaparecía, junto a una ola creciente de justa cólera. En vez de conectar el cronómetro con la dinamita, el cable iba hasta el puño de oro de un recio bastón negro, como el que acostumbraba a llevar su padre después del accidente con el camión lechero.

Al cogerlo Jack, el cable se partía. El bastón, en sus manos, era pesado y justiciero. Jack lo levantaba con fuerza por encima del hombro. Al subir, el bastón rozaba el cable del cual pendía la bombilla de luz, y la luz empezaba

a mecerse hacia atrás y hacia delante, haciendo que las sombras embozadas en las paredes y en el techo se columpiaran monstruosamente. Al volver a descender, el bastón golpeaba algo mucho más duro. George dejaba escapar un alarido, y la presión sobre el cuello de Jack se aflojaba.

Arrancándose de las manos de George, giraba sobre sí mismo. George estaba de rodillas, con la cabeza caída, ambas manos entrelazadas sobre la coronilla. Por entre los dedos le brotaba la sangre.

—Por favor —susurraba George, humildemente—. Déme una oportunidad, señor Torrance.

—Ahora te tomarás tu medicina —gruñía Jack—. Vaya si lo harás, por Dios. Cachorro, mocoso inútil. Ahora mismo, por Dios, ahora mismo. ¡Hasta la última gota, carajo!

Mientras la luz oscilaba por encima de él y las sombras danzaban y se arremolinaban, él empezaba a blandir el bastón, haciéndolo bajar una y otra vez, levantando y subiendo el brazo como si fuera una máquina. La ensangrentada protección de los dedos de George se le desprendía de la cabeza y Jack volvía a asestarle una y otra vez el bastón encima, en el cuello, en los hombros, en la espalda, en los brazos. Pero el bastón ya no seguía siendo un bastón; se había convertido en un mazo con una especie de mango a rayas brillantes. Un mazo con un lado duro y un lado blando. Y el lado con el que golpeaba tenía pegotes de pelo y sangre. Y el ruido seco y sordo del mazo al golpear contra la carne había sido reemplazado por un ruido hueco, retumbante, que se ampliaba en ecos y reverberaba. Su propia voz había asumido una cualidad así, la de un bramido desencarnado.

Y sin embargo, paradójicamente, sonaba más débil, confusa, impaciente... la voz de un borracho.

La figura que estaba de rodillas levantaba lentamente la cabeza, en un gesto de súplica. Lo que había allí no era un rostro, precisamente, sino apenas una máscara sangrienta a través de la cual atisbaban los ojos. Jack volvía a alzar el mazo para asestar el último, sibilante golpe de gracia y ya

lo había lanzado, con todas sus fuerzas cuando se daba cuenta de que el rostro suplicante que se alzaba hacia él no era el de George, sino el de Danny. Era la cara de su hijo.

—*Papito...*

Y entonces el mazo daba en el blanco, golpeando a Danny entre los ojos, cerrándoselos para siempre. Y parecía que algo, en alguna parte,estuviera riéndose...

(¡No!)

Se despertó de pie, desnudo, junto a la cama de Danny, con las manos vacías, el cuerpo cubierto de sudor. Su último alarido no había pasado de su mente. Volvió a articularlo, esta vez en forma de susurro.

—No. No, Danny. Jamás.

Volvió a su cama con piernas que se le habían vuelto de goma. Wendy estaba profundamente dormida. Sobre la mesa de noche, el reloj decía que eran las cinco menos cuarto. Jack siguió insomne hasta las siete, cuando sintió que Danny empezaba a despertarse. Entonces bajó las piernas de la cama y empezó a vestirse.

Era hora de ir abajo, a verificar la presión de la caldera.

33. EL VEHÍCULO PARA LA NIEVE

En algún momento después de medianoche, mientras estaban todos sumidos en un sueño inquieto, la nieve había dejado de caer, tras haber agregado unos veinte centímetros más a la antigua capa. Las nubes se abrieron, un viento fresco las disipó, y ahora Jack estaba parado en mitad de un polvoriento lingote de sol que entraba oblicuamente a través de la sucia ventana situada en la pared oriental del cobertizo para herramientas.

Por sus dimensiones, el lugar se parecía mucho a un vagón de carga.

Olía a grasa, a petróleo y a gasolina y también —débil y nostálgicamente— a césped cortado. Cuatro cortadoras de motor se alineaban como soldados en revista

a lo largo de la pared del sur; dos de ellas eran del tipo para ir sentado, como en un pequeño tractor. A la izquierda de ellas se veían azadas, palas de punta destinadas a reponer el césped en el campo de golf, una sierra de cadena, las tijeras eléctricas para podar el cerco y un poste de acero, largo y delgado, con una banderita roja en la punta. Caddy, si me traes la pelota en menos de diez minutos, te ganarás veinticinco centavos. Sí, *señor*.

Contra la pared del este, por donde el sol de la mañana entraba con más fuerza, había tres mesas de ping-pong apoyadas unas contra otras como un desmoronado castillo de naipes. Se les habían retirado las redes, que colgaban de un estante. En el rincón había una pila de discos para jugar al tejo y un equipo de roque; los aros estaban atados juntos con varias vueltas de alambre y las bolas, pintadas de brillantes colores, dispuestas en una caja parecida a las que se utilizan como hueveras (qué gallinas raras tienen ustedes aquí, Watson... sí, y si viera usted los animales que hay en la parte de césped del frente, ja-ja). Ordenadamente dispuestos en sus soportes, había dos juegos de mazos.

Jack fue hacia ellos pasando por encima de una vieja batería de ocho elementos (que indudablemente había pertenecido a la furgoneta del hotel), de un cargador de batería y un par de rollos de cable. Retiró del soporte del frente uno de los mazos de mango corto y lo levantó, sosteniéndolo frente a la cara como un caballero que antes de entrar en combate saludara a su rey.

Volvieron a elevarse en él fragmentos del sueño (ahora ya apenas una maraña que iba esfumándose), algo de George Hatfield y el bastón de su padre, lo suficiente para que se sintiera un poco inquieto y —qué cosa absurda— un poco culpable por estar sosteniendo en la mano un simple mazo de roque, ese antiguo juego de jardín. Claro que en la actualidad el roqueya no era tan popular como juego de jardín; lo había sustituido el croquet, su primomás moderno... que, para el caso, era una versión infantil del juego. El roque, en cambio... eso sí que debía de haber sido juego de hombres. Jack había encontrado un enmohecido

folleto con las reglas en el sótano; debía de haber quedado allí desde principios de la década del 20, cuando en el «Overlook» se había jugado un torneo norteamericano de roque. Juego de hombres.

(esquizofrénico)

Frunció un momento el ceño y después sonrió. Sí, claro que era un juego un poco esquizofrénico. El mazo lo expresaba a la perfección, con la parte blanda y la parte dura. Un juego de precisión y destreza, y también de fuerza bruta.

Hizo silbar el mazo en el aire... *huuup*, sonriendo apenas ante el ruido poderoso y silbante que hacía. Después volvió a dejarlo en el soporte y se dio la vuelta hacia la izquierda. Lo que vio allí le hizo fruncir nuevamente el ceño.

El vehículo para la nieve estaba casi en el medio del cobertizo; era bastante nuevo, y a Jack no le gustó nada su aspecto. Sobre el costado de la tapa del motor que miraba hacia él se leía BOMBARDIER SKIDOO, escrito en grandes letras negras que se inclinaban hacia atrás, probablemente para dar la sensación de velocidad. Los esquís, que sobresalían hacia delante, también eran negros. A la derecha y a la izquierda de la tapa del motor había unos tubos negros como los que tienen los coches de carreras. Pero el color básico de la pintura era un amarillo brillante, agresivo, que era lo que no le gustaba a Jack. Ahí sentado bajo el rayo de sol matinal, con el cuerpo amarillo y los tubos negros, los esquís negros y negra también la cabina abierta, tapizada, el vehículo parecía una monstruosa avispa mecanizada. Y en marcha debía de hacer un ruido también como si lo fuera. Algo como un zumbido, un silbido... y dispuesto a picar. Pero claro, ¿qué otro aspecto podía tener? Por lo menos, no se disfrazaba. Y una vez. que esa avispa hubiera hecho su trabajo, bien doloridos que estarían. Todos. Para la primavera, la familia Torrance estaría tan dolorida que lo que las otras avispas le habían hecho en la mano a Danny parecería el beso de una madre.

Se sacó el pañuelo del bolsillo de atrás, se lo pasó por los labios y fue hacia el «Skidoo». Se quedó mirándolo, con el ceño ahora muy fruncido, mientras volvía a meterse el pañuelo en el bolsillo. Desde afuera, una súbita ráfaga de viento se lanzó contra el cobertizo, haciéndolo rugir y estremecerse. Al mirar por la ventana, vio que el viento arrastraba un manto de chispeantes cristales de nieve hacia el fondo, ya cubierto por los ventisqueros, del hotel, y los elevaba en glandes remolinos hacia el implacable cielo azul.

El viento se calmó y Jack volvióa mirar la máquina. Que cosa repugnante, de veras. Uno casi esperaba ver que de la parte de atrás le asomara un largo aguijón flexible. A él siempre le habían disgustado esos malditos vehículos para la nieve, que astillaban el religioso silencio del invierno en un millón de estrepitosos fragmentos. Que sobresaltaban a la fauna del bosque. Que dejaban tras de sí enormes nubes de contaminación, de ondulantes humos azules de la combustión... tos, tos... ejem, ejem, dejando respirar. Tal vez fueran el último juguete grotesco de una edad del combustible de la que pronto no quedarían sino fósiles, y que ahora se regalaba para Navidad a los niños de diez años.

Jack recordó un artículo periodístico que había leído en Stovington, un relato procedente de algún lugar de Maine. Un chico andaba tonteando en un vehículo para la nieve, por un camino que no conocía, a más de cincuenta kilómetros por hora. De noche, y sin encender las luces delanteras.

Entre dos postes habían tendido una gruesa cadena de la cual pendía una señal de PROHIBIDO EL PASO. En el diario decía que lo más probable era que el chico no la hubiera visto. Tal vez la luna se hubiera escondido entre las nubes; la cadena lo decapitó. Al leer la nota, Jack casi se había alegrado y ahora, al mirar esa máquina, volvió a tener la misma sensación.

(Sino fuera por Danny, qué placer me daría coger uno de esos mazos, levantar la tapa del motor y empezar a golpearlo hasta que...) Dejó que la respiración contenida se le escapara en un suspiro, largo y lento. Wendy tenía razón.

Que fueran a parar al infierno, que les llegara el agua al cuelloo los esperara la cola de bienestar social, Wendy tenía razón.

Destruir a mazazos ese aparato, por placentero que pudiera parecerle, sería el colmo de la locura. Sería casi el equivalente de matara mazazos a su propio hijo.

En voz alta, mascullló una maldición.

Fue hacia la parte de atrás del vehículo y destornilló la tapa del depósito de gasolina. En uno de los estantes que, más o menos a la altura del pecho, rodeaban totalmente las paredes, había encontrado una varilla medidora y la sumergió en el depósito. Apenas si habría medio centímetro de gasolina. No era mucho, pero alcanzaba para ver si el maldito armatoste funcionaba. Después tendría que hacer sifón para cargar más gasolina, sacándola del «Volkswagen» y de la furgoneta del hotel.

Volvió a atornillar la tapa del depósito y levantó la del motor. No había bujías ni batería. Volvió hacia el estante y empezó a recorrerlo, apartando destornilladores y llaves inglesas, un viejo carburador que alguien había sacado de una de las cortadoras de césped, cajas de plástico donde había tornillos, tuercas y clavos de diferentes tamaños. El estante estaba cubierto de una espesa capa de grasa oscura y rancia, sobre la cual se había acumulado el polvo de años hasta darle un aspecto de piel. A Jack le daba asco tocarlo. Encontró una caja pequeña, manchada de aceite, sobre la cual se leía, lacónicamente anotada con lápiz, la abreviatura *Skid*. La sacudió y algo hizo ruido dentro. Bujías. Levantó una para mirarla a la luz, tratando de ver cómo estaba la separación de electrodos sin andar por ahí buscando el medidor. A la mierda, pensó con resentimiento, mientras volvía a dejar caer la bujía dentro de la caja. Si los electrodos estaban mal, sería una reverenda mala suerte. Se joderá, esa perra maldita.

Tras la puerta había una banqueta. Jack la acercó, se sentó e instaló las cuatro bujías; después le ajustó a cada una el pequeño sombrerete de goma. Una vez hecho eso, dejó que sus dedos juguetearan un momento

sobre la magneto. Y cómo se reían cuando yo me sentaba al piano.

Volvió a los estantes. Esta vez no pudo encontrar lo que buscaba: una pequeña batería, de tres o cuatro elementos. Había llaves de tuerca, un cajoncito lleno de brocas y trozos de brocas, sacos de fertilizante para el césped y para los arrietes de flores, pero la batería del vehículo para la nieve no estaba... cosa que no lo preocupó en lo más mínimo. Hasta lo alegró, en realidad. Se sintió aliviado. Hice todo lo que pude, capitán, pero no pude pasar. Estupendo, muchacho. Te propondré para la Estrella de Plata y el «Skidoo de Púrpura». Eres el orgullo de tu regimiento. Gracias, señor. Yo lo intenté, de veras.

Empezó a silbar *Red River Valley* con un ritmo un poco acelerado, mientras seguía recorriendo el último par de metros del estante. Las notas salían en nubecitas de vapor blanco. Había hecho un recorrido completo del cobertizo, y la batería no estaba. Tal vez se la hubiera llevado alguien. Quizá fuera Watson. Jack soltó la risa. El viejo contrabando de siempre, en las oficinas... unos cuantos clips, un par de resmas de papel, este mantel que nadie echará de menos o este servicio de mesa... ¿y qué tal esta hermosa batería del vehículo para la nieve? Ya lo creo que puede venir bien. Pues a meterla en el bolso. Delincuencia de guante blanco, nena. A todo el mundo se le queda algo pegado en los dedos. Un descuento «bajo la chaqueta», como decíamos cuando éramos chicos.

Volvió lentamente hacia el vehículo, no sin asestarle una buena patada en el costado al pasar. Bueno, pues ése era el fin del proyecto.

Simplemente, tendría que decirle a Wendy lo siento, nena, pero...

Enel rincón, junto a la puerta, había una caja que había quedado antes oculta por la banqueta. Sobre la tapa, escrita con lápiz, estaba la abreviatura: *Skid*.

Jack la miró, mientras la sonrisa se le marchitaba en los labios. Mire, señor, llegó la caballería. Parece que, después de todo, las señales de humo que usted hizo funcionaron.

Pero eso no era justo.

No era justo, carajo.

Algo —se llamara suerte, destino, providencia— había intentado salvarlo. Alguna otra suerte, una suerte blanca. Y en el último momento la eterna mala suerte de Jack Torrance había vuelto a aparecer. La piojosa racha de cartas mal servidas todavía no se había cortado.

Enuna oleada hosca y gris, el resentimiento le cerró la garganta. De nuevo, las manos se le habían convertido en puños.

(¡No es justo, carajo, no es justo!)

¿Acaso no podía haber mirado hacia cualquier otra parte?

¡Cualquiera! ¿Por qué no le había dado un dolor en el cuelloo una picazón en la nariz, o no había parpadeado en ese preciso instante? Una pequeñez así, nada más, y jamás la habría visto.

Bueno, pues no la había visto. Asunto arreglado. Era una alucinación, como lo que le había pasado ayer fuera de esa habitación de la segunda planta, o la vez pasada con el maldito zoológico del seto. Un momento de tensión, eso era todo. Qué raro, me pareció ver una batería de vehículo para la nieve en ese rincón. Y ahora no está. Supongo que es fatiga del combate, señor. Lo siento. No te desanimes hijo, aunque a todos nos sucede, tarde o temprano.

Abrió de par en par la puerta, con tanta fuerza que estuvo a puntode arrancar las bisagras, y entró las raquetas para la nieve, tan cubiertas de coposque cuando las golpeó contra el suelo para limpiarlas la nieve voló en una pequeña nube. Cuando estaba poniendo el pie izquierdo sobre la raqueta correspondiente, se quedó inmóvil.

Allí afuera, junto a la plataforma de la leche, estaba Danny. Por lo que parecía, estaba intentando hacer un muñeco de nieve, aunque no le salía muy bien; la nieve estaba demasiado helada para mantener la forma. Pero así y todo, el chico estaba empeñadoen hacerlo, en la mañana resplandeciente, una motita de niño envuelto en ropa sobre el brillo de la nieve, bajo el brillo del cielo. Con la gorra puesta hacia atrás como Carlton Fiske.

(Pero en nombre de Dios, ¿en qué estabas pensando?) La respuesta le llegó sin la menor demora.

(En mí. Estaba pensando en mí.)

Súbitamente recordó que la noche anterior había estado tendido en la cama, tendido y nada más, y que de pronto se le había ocurrido la idea de asesinar a su mujer.

Enese instante, de rodillas en el cobertizo, todo se le aclaró. No era solamente sobre Danny sobre quien estaba actuando el «Overlook»; estaba actuando sobre él también. No era Danny el eslabón más débil, era él. Él era el vulnerable, era a él a quien podían doblar y retorcer hasta que algo se quebrara.

(hasta que afloje y me duerma... y entonces si es que pasa...) Levantó la vista hacia las hileras de ventanas y el sol le devolvió un reflejo brillante casi cegador desde las múltiples superficies espejeantesde los cristales, pero Jack siguió mirando. Por primera vez advirtió qué parecidas a ojos eran las ventanas: reflejaban la luz del sol mientras guardaba dentro su propia oscuridad. Y no era a Danny a quien estaban mirando: era a él.

Enesos pocossegundos lo entendió todo. Recordaba que de niño, cuando iba al catecismo, les habían mostrado una figura, en blanco y negro.

La monja la había puesto sobre un caballete para que ellos la vieran, diciéndoles que era un milagro de Dios. Los chicos la habían mirado atónitos, sin ver nada más que una maraña de negro y blanco, informe y sin sentido.

Después, uno de los chicos de la tercera fila se había quedado boquiabierto, balbuceando: «¡Es Jesús!» Y después se había ido a su casa con un ejemplar flamante del Nuevo Testamento, además de un calendario, por habersido el primero. Los otros, y entre ellos Jack Torrance, se esforzaron más por ver.

Uno por uno, todos los demás chicos habían ido conteniendo el aliento de la misma manera; hasta hubo una niñita, transportada al bordedel éxtasis, que gritaba con voz aguda: «¡Lo veo! ¡Lo veo!» También a ella la habían

recompensado con el Nuevo Testamento. Al final, todos habían visto la cara de Jesús en la maraña de blancos y negros, salvo Jacky, que se esforzaba cada vez más, finalmente asustado. Una parte de él pensaba cínicamente que todos los otros chicos no hacían más que actuar para agradar a la hermana Beatrice, pero otra estaba secretamente convencida de que, si no lo veía, era porque Dios había decidido que él era el más sucio pecador de toda la clase. «¿No le ves, Jacky?», le había preguntado con su voz dulce y triste la hermana Beatrice, y él con perversa desesperación, había pensado «Te veo las tetas». Empezó a negar con la cabeza y de pronto exclamó, con fingida excitación: «¡Oh, sí, lo veo! ¡Es Jesús!» Y todos los chicos de la clase habían reído y habían aplaudido, dándole una sensación de triunfo, de vergüenza y de miedo. Más tarde, cuando todos los otros salieron tumultuosamente del sótano de la iglesia para desparramarse por la calle, Jack se quedó atrás, mirando la absurda maraña blanca y negra que la hermana Beatrice había dejado sobre el caballete. Cómo la odiaba. Todos eran unos farsantes, lo mismo que él, hasta la hermana. Todo era una gran farsa. «A la mierda, al infierno, a la mierda», farfulló en voz baja y, en el momento en que se daba la vuelta para irse, por el rabillo del ojo, vio el rostro de Jesús, afectuoso y triste. Con el corazón en la garganta, giró sobre sus talones. Con una especie de *clic*, súbitamente, todas las piezas habían caído en su lugar, y Jacky se había quedado mirando la imagen con temeroso asombro, incapaz de entender cómo no la había visto antes. Los ojos, el zigzag de sombra que atravesaba la frente preocupada, la nariz delicada, el gesto de compasión de los labios. Y miraba a Jack Torrance. Lo que no había sido más que un garabato sin sentido se convertía de pronto en un inequívoco boceto en blanco y negro de la faz de Cristo Nuestro Señor. El temeroso asombro se convirtió en terror: había blasfemado frente a una imagen de Jesús. Se condenaría por siempre; iría al infierno, junto con los pecadores. El rostro de Cristo había estado allí todo el tiempo. Todo el tiempo.

Ahora, arrodillado al sol mientras miraba a su hijo jugar a la sombra del hotel, Jack supo que todo era verdad. El hotel quería a Danny, a todos ellos tal vez, pero a Danny seguramente. Los animales del cerco se habían movido de veras. Y en la habitación 217 había una mujer muerta, una mujer que probablemente no era más que un espíritu Inofensivo en la mayoría de las circunstancias, pero que ahora significaba un peligro activo. Como un malévolo juguete mecánico al cual hubiera dado cuerda y puesto en movimiento la extraña mentalidad de Danny... y la del propio Jack. ¿Había sido Watson el que le habló de un hombre que un día, en la cancha de roque, se había desplomado muerto de un ataque? ¿O fue Ullman? En realidad no importaba. En la tercera planta había habido un asesinato.

¿Cuántas antiguas rencillas, cuántos suicidios, ataques? ¿Cuántos asesinatos?

¿No estaría Grady al acecho por algún rincón del ala oeste, con su hacha, esperando que la fuerza de Danny lo pusiera en movimiento para volver a salirse de las paredes?

El círculo de hinchados magullones en torno al cuello de Danny.

Las botellas titilantes, entrevistas apenas en el salón desierto.

La radio.

Los sueños.

El álbum de recortes que había encontrado en el sótano.

(Medoc, ¿estás aquí? Otra vez he andado caminando en sueños, amor mío...)

Súbitamente se levantó, volvió a arrojar fuera las raquetas para la nieve, temblando todo entero, cerró de un golpe la puerta y levantó la caja donde estaba la batería. La caja se le escapó de los dedos temblorosos *(oh cristo si se me rompe)* y cayó ruidosamente sobre un lado. Jack abrió las solapas de cartón para sacar de un tirón la batería, sin prestar atención al ácido que podía estar escapándose si se había rajado la cubierta de la

batería. Sin embargo, no: estaba entera. Un suspiro se escapó de sus labios.

Sosteniéndola en brazos como si fuera un niño, la llevó hasta el «Skidoo» y la dejó sobre su plataforma, justo a la parte delantera del motor.

En uno de los estantes encontró una pequeña llave inglesa y con ella conectó rápidamente los cables de la batería, sin dificultad alguna. La batería estaba cargada; no sería necesario volverla a cargar. Cuando Jack conectó el cable positivo con su terminal se había producido una chispa y un leve olor a ozono. Cuando terminó de colocarla dio un paso atrás, mientras se frotaba nerviosamente las manos sobre la descolorida chaqueta tejana. Listo. Tenía que funcionar. No había motivo para que fuera de otro modo. Ninguno, en absoluto, a no ser que era parte del «Overlook» y el «Overlook» en realidad no quería que ellos se fueran de allí. De ninguna manera. El «Overlook» se estaba divirtiendo en grande. Tenía un niñito a quien aterrorizar, un hombre y su mujer para convertirlos en recíprocos enemigos, y si jugaba bien sus cartas, serían ellos quienes terminarían paseándose por los pasillos del «Overlook» como sombras insustanciales en una novela de Shirley Jackson, lo que andaba en Hill House andaba solo, pero claro que en el «Overlook» no andarían solos, nada de eso, ahí estarían muy bien acompañados. Pero en realidad, no había razón para que el vehículo para la nieve no arrancara.

Excepto, naturalmente

(Excepto que en realidad él no quería irse.) sí, excepto eso.

Se quedó inmóvil mirando el «Skidoo», respirando frías nubecillas blancas. Él quería que las cosas siguieran siendo como eran. Al venir, no había tenido la menor duda. Ya desde entonces había sabido que bajar sería una decisión equivocada. Wendy apenas si estaba asustada del espantajo convocado por un muchachito histérico. Ahora, de pronto, Jack podía ver el punto de vista de ella. Era como su obra, su condenada obra, en la que ya no podía saber de qué lado estaba o cómo debían resolverse las cosas. Una vez que uno veía el

rostro de un dios en esa confusión de blancos y negros, ya la suerte estaba echada: nunca más podía dejar de verlo. Otros podrían reírse y decir que no era nada, apenas un montón de manchas sin sentido, a mí que me den una de esas pinturas rutinarias hechas por un buen artesano en un día cualquiera, y siempre verás allí el rostro de Cristo Nuestro Señor que te está mirando. Lo había visto una vez, en un salto guestáltico en el que lo consciente y lo inconsciente se mezclaban en un sobrecogedor momento de comprensión. Desde entonces, uno lo vería siempre. Estaría condenado a verlo.

(Otra vez, he andado caminando en sueños, amor mío...) Todo había estado bien hasta que Jack vio a Danny jugando en la nieve. La culpa era de Danny. Todo había sido culpa de Danny. Era él quien tenía el esplendor o lo que fuere. Porque no era un esplendor; era una maldición. Si él y Wendy hubieran estado allí solos, podrían haber pasado tranquilamente el invierno. Sin ningún sufrimiento, sin tensiones cerebrales.

(No quiero irme. ¿No puedo?)

El «Overlook» no quería que ellos se fueran, y Jack tampoco quería que se fueran. Ni Danny tampoco. Tal vez el chico ya fuera parte del hotel.

Quizás el «Overlook» como un enorme y vagabundo Samuel Johnson que era, lo hubiera elegido a él para ser su Boswell. ¿Conque dice usted que el nuevo vigilante escribe? Estupendo, contrátelo. Era hora de que diéramos nuestro puntode vista. Sin embargo, nos libraremos primero de la mujery del mocoso de su hijo. No queremos que nadie lo distraiga. No queremos...

Jack estaba de pie junto a la cabina del vehículo para la nieve; de nuevo empezaba a dolerle la cabeza. ¿A qué se reducía todo? A irse o a quedarse. Muy sencillo. Pues no lo compliquemos. ¿Nos vamos o nos quedamos?

Si nos vamos, ¿cuánto tiempo tardarás en encontrar el exacto lugar de Sidewinder? le preguntó una *voz* interior. Ese lugar sombrío con un piojoso televisor en colores frente al

cual un grupo de hombres sin afeitar y sin trabajo se pasan el día contemplando los partidos. Donde en el lavabo de hombres hay un olor a pis que parece que tuviera dos mil años y una eterna colilla de «Camel» mojada y despachurrada en el inodoro. Donde te sirven cerveza a treinta centavos el vaso y uno la corta con sal y el fonógrafo tragaperras tiene setenta viejísimas canciones folklóricas.

¿Cuánto tiempo?, ¡Cristo! tenía tanto miedo de que no fuera un tiempo largo.

—No puedo ganar —dijo muy suavemente. Era eso. Era como tratar de hacer un solitario con un mazo donde falta uno de los ases.

Bruscamente se inclinó sobre el compartimiento del motor del «Skidoo» y arrancó la magneto. Salió con una facilidad aterradora. Se quedó un momento mirándola y después fue hacia la puerta del fondo del cobertizo y la abrió.

Desde allí nada obstruía el panorama de las montañas, una imagen de una belleza de tarjeta postal bajo la rutilante luz de la mañana. Una extensión de nieve inmaculada se elevaba hasta los primeros pinos, a un kilómetro y medio de distancia. Jack arrojó la magneto en la nieve, tan lejos como pudo. Cayó mucho más lejos de lo que habría debido, levantando un montoncito de nieve. La brisa se llevó los gránulos de nieve para depositarlos nuevamente en otro sitio.

Dispérsate, te ordeno. No hay nada que ver. Todo ha terminado.

Dispérsate.

Se sintió en paz.

Durante largo rato se quedó en la puerta, respirando la pureza del aire de montaña, y después la cerró firmemente y volvió a salir por la otra puerta, a decirle a Wendy que se quedarían. En el camino, se detuvo a entablar con Danny una batalla con bolas de nieve.

34. LOS SETOS

Era el 29 de noviembre, tres días después del Día de Acción de Gracias.

La última semana había sido espléndida, y la cena de Acción de Gracias la mejor que había conocido la familia. Wendy había cocinado bien el pavo que les había dejado Dick Hallorann, y habían comido todos a reventar sin conseguir siquiera que la enorme ave perdiera la forma. Jack se había quejado, gruñendo, de que se pasarían el resto del invierno comiendo pavo: pavo a la crema, sandwiches de pavo, pavo con tallarines, pavo *surprise.*

No, le había dicho Wendy con una sonrisita. Sólo hasta Navidad.

Después tendremos el capón.

Jack y Danny gimieron al unísono.

Los magullones en el cuellode Danny habían desaparecido, y con ellos parecían haberse disipado los miedos de todos. Durante la tarde del día de Acción de Gracias, Wendy había estado paseando a Danny en el trineo, mientras Jack trabajaba en su obra, que ya estaba casi terminada.

—¿Todavía tienes miedo, doc? —le había preguntado, sin saber cómo plantear la cuestión de manera menos directa.

—Sí —le había contestado sencillamente el chico—. Pero ahora me quedo en los lugares seguros.

—Papito dice que tarde o temprano a los guardabosques les extrañará que no nos comuniquemos por radio y vendrán a ver si nos pasa algo.

Entonces podremos bajar con ellos, tú y yo, y dejar que papito termine aquí el invierno. Tiene sus razones para hacerlo. En cierto modo, doc... y sé que para ti es difícil entenderlo... estamos entre la espada y la pared.

—Sí —había respondido el chico, sin comprometerse.

Durante esa tarde rutilante, sus padres estaban arriba, y Danny sabía que habían estado haciéndose el amor. Y que ahora dormitaban. Él sabía que eran felices. Su madre seguía

teniendo un poco de miedo, pero lo extraño era la actitud de su padre. Era la sensación de que hubiera hecho algo que era muy difícil, y lo hubiera hecho bien. Pero Danny no conseguía ver exactamente qué era ese algo. Su padre lo ocultaba cuidadosamente, incluso de sí mismo. ¿Sería posible, se preguntaba Danny, que uno se alegrara de haber hecho algo que, sin embargo, lo avergonzara tanto que tratara de no pensar en eso? La cuestión era inquietante. A él no le parecía que una cosa así fuera posible... para una mente normal. Sus más empeñosos intentos de sondear a su padre no le habían dado más resultado que la incierta imagen de algo que parecía un pulpo, que giraba sobre un helado cielo azul. Y en las dos ocasiones en que se había concentrado hasta conseguir esa imagen, se había encontrado de pronto con que papá lo miraba de una manera intensa, inquietante, como si supiera lo que él estaba haciendo.

Ahora, el chico estaba en el vestíbulo, preparándose para salir. Le gustaba salir, con el trineo o con las raquetas para la nieve. Le gustaba salir del hotel; cuando estaba fuera, al sol, tenía la impresión de que le hubieran quitado un peso de los hombros.

Buscó una silla, se subió en ella y sacó del guardarropas del salón de baile su anorak y los pantalones para la nieve; después se sentó en la silla a ponérselos. Sus botas estaban en el botinero y Danny se las calzó cuidadosamente, sacando la punta de la lengua mientras se concentraba en pasar las correas por los ganchos y atar bien los nudos. Después se puso los mitones y el pasamontañas, estaba dispuesto.

A grandes pasos cruzó la cocina para salir por la puerta de atrás, pero se detuvo. Estaba cansado de jugar en la parte de atrás, y además a esa hora haría sombra sobre la parte donde él jugaba. Y no le gustaba estar a la sombra del «Overlook». Decidió que en cambio se pondría las raquetas para la nieve e iría hasta la zona infantil. Dick Hallorann le había dicho que no se acercara al jardín ornamental, pero la idea de los animales del seto no lo inquietaba demasiado. Ahora estaban sepultados por los ventisqueros,

y apenas si se veía algo como una vaga joroba que era la cabeza del conejo, o la cola de un león. Al asomarse de la nieve en la forma en que se asomaban, las colas daban más sensación de absurdo que de miedo.

Danny abrió la puerta del fondo y buscó sus raquetas para la nieve en la plataforma para la leche. Cinco minutos después estaba en la terraza del frente, asegurándoselas en los pies. Su papá le había dicho a él que él (Danny) tenía condiciones para usar las raquetas para la nieve: el paso lento y arrastrado, la forma de mover el tobillo que hacía que la nieve se desprendiera de los cordones antes de volver a bajar el pie. Lo único que le faltaba era desarrollar mejor los músculos en los muslos, pantorrillas y tobillos. A Danny le parecía que lo que se le cansaba más pronto eran los tobillos. Andar con raquetas para la nieve era casi tan cansado para los tobillos como patinar, porque había que ir sacando la nieve de los cordones.

Cada cinco minutos más o menos, el chico tenía que detenerse con las piernas abiertas y las raquetas bien planas sobre la nieve, para descansar.

Pero mientras bajaba hacia la zona infantil no necesitó descansar, porque era todo cuesta abajo. Menos de diez minutos después de haberse esforzado en trepar y volver a descender la monstruosa duna de nieve que se había formado en la terraza del frente del «Overlook», Danny apoyaba la mano enmitonada en el tobogán de la zona infantil. Y ni siquiera respiraba con agitación.

Bajo la nieve, esa zona parecía mucho más agradable que en el otoño, una especie de escultura de cuento de hadas. Las cadenas de los columpios se habían helado en posiciones extrañas, y los asientos de los columpios de los chicos mayores descansaban directamente sobre la nieve. El armazón de hierro para gimnasia formaba una caverna de hielo guardada por los goteantes dientes de los carámbanos. Sólo las chimeneas del «Overlook» de juguete asomaban por encima de la nieve (ojalá el otro estuviera tan sepultado como éste pero nosotros no estuviéramos adentro) y la parte alta de los tubos de cemento asomaba, en dos lugares, como los iglús de los

esquimales. Danny fue hacia allí y, poniéndose en cuclillas, empezó a cavar. No tardó mucho en dejar al descubierto la oscura boca de uno de ellos y en deslizarse al interior del frío túnel. En su imaginación era Patrick McGoohan, el agente secreto (por el canal de TV de Burlington habían vuelto a pasar episodios de ese programa en dos ocasiones, y su papá nunca se los perdía; era capaz de no ir a una fiesta por quedarse en casa a ver el *Agente secreto* o *Los vengadores*, y Danny siempre había visto esas series con él), persiguiendo a los agentes de la KGB por las montañas de Suiza. Se habían producido aludes en la zona, y Slobbo, el conspicuo agente de la KGB, había matado a su novia con un dardo envenenado, pero la máquina antigravitatoria rusa debía de estar por las inmediaciones. Tal vez al final de ese mismo túnel. Sacó la automática y empezó a recorrer el túnel de cemento, con los ojos muy abiertos, alerta, respirando lentamente.

El otro extremo del tubo de cemento estaba totalmente bloqueado por la nieve. Trató de cavar para atravesarla y se quedó atónito (y un poco inquieto) al ver qué dura estaba, casi totalmente congelada por el frío y endurecida por el peso de la nieve que tenía encima.

De pronto, la ficción del juego se desplomó sobre él y súbitamente cobró conciencia de que se sentía encerrado y sumamente nervioso en el estrecho tubo de cemento. Oía el murmullo de su respiración, húmeda, rápida y hueca. Estaba bajo la nieve, y por el agujero que había excavado para llegar hasta allí apenas si se filtraba la luz. De pronto deseó, más que ninguna otra cosa, estar a la luz del sol, recordó súbitamente que su mamá y su papá dormían y no sabían dónde estaba él, que si el agujero que había excavado se desmoronaba, él quedaría atrapado, y que el «Overlook» era su enemigo.

Danny se dio la vuelta con cierta dificultad y se arrastró de vuelta a lo largo del tubo de cemento, oyendo cómo las raquetas para la nieve traqueteaban a sus espaldas con un ruido de madera, hundiendo las manos en las hojas secas que quedaban del otoño. Acababa de llegar al

extremo del túnel y a la fría luz que entraba inciertamente desde arriba, cuando la nieve efectivamente se desmoronó, no en mucha cantidad, pero la suficiente para espolvorearle la cara y tapar la abertura por la que había entrado y dejarlo en la oscuridad.

Durante un momento, el pánico más absoluto le heló el cerebro y lo dejó incapaz de pensar. Después, como si viniera desdemuy lejos, oyó la voz de su papá, diciéndole que nunca debía jugar en el vertedero de basura de Stovington, porque a veces había gente estúpida que llevaba allí frigoríficos viejos sin haberles quitado la puerta, y si un niño llegaba a meterse dentro de uno de ellos y la puerta se cerraba, no había manera de salir. Y uno se moría en la oscuridad.

(Y tú no querrás que te pase una cosa así, ¿no es cierto, doc?) (No, papá.)

Y sin embargo le *había* pasado, le dijo su cerebro aterrorizado, ahora estaba en la oscuridad, estaba encerrado y hacía tanto frío como en un frigorífico. Y... *(aquí dentro hay algo conmigo.)*

La respiración se le cortó bruscamente. Un terror que era casi una somnolencia se le infiltró en las venas. Sí, sí. Había algo allí dentro con él, algo espantoso que el «Overlook» tenía reservado precisamente para un momento como ése. Tal vez alguna araña enorme que se hubiera escondido bajo las hojas, o una rata...o quizás el cadáver de algún niñito que hubiera muerto allí, en la zona infantil. ¿Había ocurrido eso alguna vez? Sí, Danny pensaba que sí. Pensó en la mujer de la bañera. En la sangre y los sesos sobre la pared de la *suite* presidencial. O en algún niñito que se hubiera partido el cráneo al caerse de las barras o de un columpio y que ahora se arrastrara tras él en la oscuridad, con una mueca horrible, en busca de un último compañero para sus juegos interminables. Eternos. En un momento lo oiría acercarse.

Enel extremo opuesto del tubo de cemento, Danny oyó los crujidos furtivos de las hojas muertas, mientras algo se

acercaba a él lentamente, a gatas. En cualquier momento sentiría sobre el tobillo una mano helada...

Esa idea lo arrancó de su parálisis. Empezó a excavar la nieve suelta que se había desmoronado y obstruía la salida del tubo de cemento, arrojándola hacia atrás por entre las piernas, en polvorientos montones, como un perro que intenta desenterrar un hueso. Una luz azul se filtraba desde arriba y hacia ella se dirigió Danny, como un buceador que emerge desde aguas profundas. Se raspó la espalda en el borde del tubo. Una de las raquetas para la nieve se le enredó en la otra. La nieve se le metía dentro del pasamontañas y por debajo del cuello del anorak. Con las manos convertidas en garras, siguió excavando la nieve, que parecía empeñada en retenerlo, en absorberlo hacia abajo, hacia el tubo de cemento por donde andaba *eso*, todavía no visto, que hacía crujir las hojas, y en dejarlo allí. Para siempre.

Después consiguió salir, su rostro se volvió hacia el sol, y se encontró arrastrándose por la nieve, arrastrándose para alejarse del tubo de cemento semienterrado, jadeando ásperamente, con la cara casi cómicamente blanqueada por la nieve en polvo... una máscara viviente de terror. Llegó como pudo hasta las barras gimnásticas y allí se detuvo a ajustarse mejor las raquetas para la nieve y recuperar el aliento. Mientras se enderezaba las raquetas y volvía a ajustarles las correas, no separó un momento los ojos del agujero del extremo del tubo, esperando a ver si algo salía de allí. No salió nada y, pasados tres o cuatro minutos, a Danny empezó a regularizársele la respiración. Fuera lo que fuere, era algo que no podía soportar la luz del sol.

Algo que estaba recluido allá abajo, que tal vez sólo pudiera salir cuando oscurecía... o cuando los dos extremos de su prisión circular estaban taponados por la nieve.

(pero estoy a salvo ahora estoy a salvo y me volveré porque ahora estoy...) Tras él se oyó un golpe, suave, de algo que caía.

Danny se dio la vuelta a mirar, en dirección del hotel. Pero ya antes de mirar

(¿Puedes ver los indios que hay en esta figura?) sabía lo que iba a ver, porque sabía lo que había sido ese ruido suave de algo que se desmoronaba. Era el ruido de un gran montón de nieve al caerse, el mismo ruido que hacía cuando se deslizaba del tejado del hotel y caía al suelo. *(¿Puedes ver...?)* Sí. Sí que podía. Al perro del seto se le había caído toda la nieve.

Cuando él se acercó, el perro no era más que un inofensivo montón de nieve, fuera de la zona infantil. Ahora se lo veía perfectamente, como una incongruente mancha verde en mitad de esa blancura que hacía llorar los ojos. Estaba sentado, como si pidiera que le dieran un dulce o sobras de comida.

Pero ahora Danny no se enloquecería, no perdería la calma. Porque por lo menos ahora no estaba atrapado en un viejo agujero oscuro. Estaba a la luz del sol. Y eso no era más que un perro. Hoy hace bastante calor afuera, pensó esperanzado. Tal vez el sol derritió tanto la nieve que toda la que cubría al perro se cayó en un montón. Quizá sea eso y nada más. *(No te acerques a ese lugar... manténte alejado.)* Las correas de las raquetas para la nieve estaban tan tirantes como debían estar. Danny se levantó y miró hacia atrás, hacia el tubo de cemento, casi completamente cubierto por la nieve, y lo que vio en el extremo por donde había salido le heló el corazón. En ese extremo había una mancha redonda oscura, un pliegue de sombra que señalaba el agujero que él había excavado para meterse dentro. Ahora, pese al deslumbramiento de la nieve, le pareció que veía algo allí. Algo que se movía. Una mano. La mano aleteante de un niño desesperadamente desdichado, una mano aleteante, suplicante, que se ahogaba.

(Sálvame oh por favor sálvame y si no puedes salvarme por lo menos ven a jugar conmigo. Por siempre. Por siempre. Por Siempre Jamás.)

—No —susurró roncamente Danny. La palabra le salió como algo áspero y desnudo de la boca, que se le había secado por completo. Sintió que su mente estaba a punto de perderse en la inconsciencia, de desaparecer como había

desaparecido cuando aquella mujerde la habitación había... no, mejorera no pensar en eso.

Él se agarró a los aspectos de la realidad y los sujetó con firmeza.

Tenía que salir de allí. Concéntrate en eso. No pierdas la calma. Pórtate como un agente secreto. ¿Acaso Patrick McGoohan estaría llorando y mojándose los pantalones como si fuera un bebé?

¿O su papá?

Al pensar eso se calmó un tanto.

Desde atrás llegó de nuevo el mismo ruido,el *flamp* de la nieve al caer. Se dio la vuelta y vio que ahora la cabeza de uno de los leones se alzaba sobre la nieve, mostrándole los dientes. Y estaba más cerca de lo que debería haberestado, casi junto al portón de la zona infantil.

El terrorintentó resurgir y él lo dominó. Era el Agente Secreto, y se *escaparía.*

Empezó a andarpara salir de la zona infantil, dando el mismo rodeoque había dado su padreel día de la primera nevada. Se concentró en la forma de andarcon raquetas. Pasos lentos y llanos. No levantar demasiado el pie, para no perder el equilibrio. Girar el tobillo para hacer que la nieve caiga de las correas. Qué *lento* parecía. Llegó a la esquina de la zona, donde la nieve formaba un ventisquero alto, que le permitió pasar por encima de la cerca. Ya estaba a mitad de camino cuando estuvo a puntode caerse, cuando la raqueta del pie que quedaba atrás se le enredó en uno de los postes de la cerca. Se inclinó en un ángulo inverosímil, extendiendo los brazos, recordando lo difícil que era volver a levantarse cuando uno se caía.

Desde su derecha le llegó el mismo ruido sordo de desmoronamiento de nieve. Al mirar vio que los otros dos leones, despejados de nieve hasta las garras delanteras, estaban uno junto al otro, a unos sesenta pasos de distancia. Las muescas verdes que señalaban los ojos estaban fijas en él.

El perro había vuelto la cabeza. *(Eso sólo sucede cuando no estás mirando.)* —¡OH! Ay...

Las raquetas para la nieve se le habían cruzado y Danny cayó boca abajo en la nieve, extendiendo inútilmente los brazos. La nieve se le metió por la capucha y por el cuelloy dentro de los bordes de las botas. Se esforzó por enderezarse y salir, procurando volver a pisar sobre las raquetas, sintiendo cómo el corazón ya le latía enloquecido *(El Agente Secreto recuerda que eres el Agente Secreto)* y volvió a perder el equilibrio, esta vez hacia atrás. Durante un momento se quedó tendido mirando al cielo, pensando que lo más sencillo era entregarse.

Después pensó en eso que había en el tubo de cemento y se dio cuenta de que no podía. Volvió a ponerse de pie, y se dio la vuelta a mirar el jardín ornamental. Ahora los tres leones estaban juntos, tal vez a unos doce metros de distancia. El perro se había desplazado a la izquierda de ellos, como para bloquearle la retirada a Danny. No tenia nada de nieve, salvo un collarín polvoriento en torno del cuelloy del hocico. Y todos estaban mirándolo.

La respiración había vuelto a acelerársele, y detrás de la frente sentía el pánico como una rata que lo roía desdedentro, retorciéndose. Peleó con el pánico, peleó con las raquetas para la nieve.

(La voz de papá: no, no pelees con ellas, doc. Camina sobre ellas como si fueran tus propios pies. Camina con ellas.)

(Si, papa.)

Empezó de nuevo a caminar, intentando recuperar el ritmo fácil que había practicado con su papá. Poco a poco empezó a encontrarlo, pero con el ritmo vino el darse cuenta de lo cansado que estaba, de hasta que puntoel miedo lo había extenuado. Sentía los tendones de las piernas ardientes y temblorosos. Hacia delante se distinguía el «Overlook», burlescamente distante, que daba la impresión de estar mirándolo con sus múltiples ventanas, como si todo no fuera más que una especie de competición en la que apenas estaba interesado.

Danny volvió a mirar por encima del hombro y la respiración presurosa se le cortó durante un momento antes de reanudarse, más entrecortada aún.

El león más próximo no estaría ahora a más de seis metros a sus espaldas, abriéndose paso en la nieve como un perro que nadara en un estanque. Los otros dos, a derecha e izquierda lo seguían. Eran como un pelotón del ejército en misión de patrulla; el perro, que seguía un poco a la izquierda, guardándoles el flanco. El león más próximo tenía la cabeza baja; los músculos de las paletillas se le perfilaban poderosamente por encima del cuello. Tenia la cola levantada, como si en el instante antes de que Danny se volviera a mirarlo hubiera estado agitándola inquietamente. El chico pensó que parecía un gato común, pero grande, que se divirtiera en jugar con un ratón antes de matarlo.

(...caerse...)

No, si se caía estaba perdido. Jamás lo dejarían que se levantara. Le saltarían encima. Extendió desesperadamente los brazos y se precipitó hacia delante; el centro de gravedad se le desplazó fuera del cuerpo. Danny lo atrapó y siguió adelante, sin dejar de mirar por encima del hombro. El aire le silbaba al entrar y salir de la garganta, seca como un vidrio.

El mundo se había reducido a la nieve cegadora, el verde de los setos y el murmullo susurrante de las raquetas para la nieve. Y algo más. Un ruido suave, ahogado, acolchado. Trató de apresurarse más, pero no podía. En ese momento iba andando por la senda sepultada bajo la nieve, con su carita de niño casi hundida en la capucha del anorak, en la tarde calma y luminosa.

Cuando volvió a mirar hacia atrás, el león delantero estaba apenas a un metro y medio de él. Con una mueca. La boca abierta, las grupas tensas como la cuerda de un reloj. Por detrás de él y de los otros leones alcanzó a ver al conejo, que ahora también asomaba fuera de la nieve la cabeza, de un verde brillante, como si se hubiera despojado de su horrenda máscara inexpresiva para ver el final de la cacería.

Ahora, ya sobre el césped del jardín delantero del «Overlook» entre la calzada circular para coches y la terraza, Danny se dejó ganar por el pánico y empezó a correr torpemente con sus raquetas para la nieve, ya sin atreverse a mirar hacia atrás, cada vez más inclinado hacia delante, con los brazos extendidos ante él como un ciego que tanteara los obstáculos. La capucha se le había caído y dejaba al descubierto la cara de un blanco enfermizo, pastoso, que en las mejillas dejaba lugar a rojas manchas afiebradas, los ojos desorbitados por el terror. Ahora ya estaba muy cerca de la terraza.

Tras él oyó de pronto el crujido áspero de la nieve, en el momento en que algo saltaba.

Cayó sobre los escalones de la terraza, gritando sin emitirruido alguno, y trepó a gatas, mientras las raquetas se sacudían ruidosamente tras él. En el aire resonó un ruido sibilante y Danny sintió un repentino dolor en la pierna. Ruido de tela que se desgarra. Algo más que tal vez estuviera —que *tenia* que estar— únicamente en su mente.

Un bramido, un rugido colérico.

Olor de sangre y de arbustos.

Cayó en la terraza cuan largo era, sollozando roncamente, sintiendo en la boca, rico, metálico, un sabor a cobre. El corazón le golpeaba como un trueno en el pecho. De la nariz se le escurría un hilillo de sangre.

No tenía idea de cuánto tiempo llevaba allí tendido cuando se abrieron las puertas del vestíbulo y Jack salió corriendo, sin más ropa que los tejanos y un par de zapatillas. Tras él venia Wendy.

—*¡Danny!*

—¡Doc! ¡Danny, por Dios! ¿Qué te pasa? ¿Qué sucedió?

Papá lo ayudaba a levantarse. Por debajo de la rodilla, Danny tenía los pantalones desgarrados. Además, el calcetín de lana de esquiar también estaba desgarrado, y en la pantorrilla se le veía un raspón superficial... como si hubiera intentado abrirse paso a través de un seto verde muy vivo muy tupido y las ramas lo hubieran rasguñado.

El chico miró por encima del hombro. Allá lejos en el parque, pasando el campo de golf, se veían varias formas imprecisas, cubiertas de nieve. Los animales del seto. Entre ellos y la zona infantil. Entre ellos y el camino.

Las piernas se le aflojaron. Jack lo recogió, y Danny empezó a llorar.

35. EL VESTÍBULO

Danny les había contado todo, salvo lo que le sucedió cuando la nieve le dejó bloqueada la entrada del tubo de cemento. Eso, no pudo obligarse a relatarlo. Tampoco sabía con qué palabras expresar la insidiosa, lánguida sensación de terror que lo había invadido cuando oyó que las hojas secas empezaban a crujir, furtivamente, en la fría oscuridad. Pero sí les habló de ese ruido suave que hacía la nieve al desmoronarse. Del león, con la cabeza inclinada y las paletillas tensas por el esfuerzo de salir de la nieve para perseguirlo. Hasta les contó que, hacia el final, el conejo había vuelto la cabeza para vigilarlo.

Estaban los tres en el vestíbulo. Jack había encendido un rugiente fuego en la chimenea. Danny, envuelto en una manta, estaba acurrucado en el sofá donde, hacía como un millón de años, se habían sentado las tres monjas, riéndose como chiquillas mientras esperaban a que disminuyera la cola formada frente al mostrador. Tenía en las manos un jarro con sopa de fideos y, sentada junto a él, Wendy le acariciaba el pelo. Jack se había sentado en el suelo; parecía que sus rasgos hubieran ido cobrando una expresión cada vez más impasible, cada vez más rígida a medida que Danny contaba su historia. En dos ocasiones sacó el pañuelo del bolsillo de atrás del pantalón y se lo pasó por los labios irritados.

—Y entonces me persiguieron —concluyó Danny. Jack se levantó y fue hacia la ventana, donde se quedó dándoles la espalda. El chico miró a su madre—. Me persiguieron todo el camino hasta llegar a la terraza.

Danny se esforzaba en mantener tranquila la voz porque si conseguía mantener la calma, era posible que le creyeran.

El señor Stenger no había mantenido la calma; había empezado a llorar sin poder contenerse, de manera que LOS HOMBBRES DE BATA BLANCA habían venido a llevárselo porque si uno no podía dejar de llorar eso significaba que se le habían AFLOJADO LOS TORNILLOS y entonces, ¿cuándo volvería? NADIE LO SABE. El anorak, los pantalones para la nieve y las raquetas estaban sobre el felpudo que había del lado de adentro de la doble puerta.

(No quiero llorar no me dejaré llorar)

Tal vez eso podría, pensó; lo que no podía era dejar de temblar. Se quedó mirando al fuego, esperando a que su papá dijera algo. Las largas llamas amarillas danzaban en el hueco de piedra del hogar. Una piña estalló ruidosamente y las chispas subieron por la chimenea.

—Danny, ven aquí —Jack se dio la vuelta. Su rostro seguía teniendo esa expresión mortalmente atormentada, que a Danny no le gustó al mirarla.

—Jack...

—Quiero que el chico venga un momento aquí, nada más.

Danny se bajó del sofá y se acercó a su padre.

—¡Buen chico! Ahora, dime qué ves.

Antes de haber llegado a la ventana, Danny ya sabía lo que iba a ver.

Más allá de la maraña de huellas de botas, trineo y raquetas para la nieve que señalaba la zona donde solían salir a jugar, la nieve que cubría el parque del «Overlook» descendía lentamente hacia el jardín ornamental y la zona infantil. En su blancura no había más que dos series de pisadas, una que iba en línea recta desde la terraza hasta la zona infantil, la otra, una larga línea sinuosa que regresaba.

—Nada más que mis huellas, papito. Pero...

—Y con los setos, ¿qué pasa, Danny?

A Danny empezaron a temblarle los labios. Estaba a punto de llorar.

¿Y si no podía contenerse...?

(no lloraré No Lloraré NO NO LLORARÉ)

—Están todos cubiertos de nieve —susurró el chico—. Pero, papito...

—¿Qué? No alcancé a oírte.

—Jack, ¿qué haces? ¿Estás haciéndole un examen? ¿No ves que no se siente bien, que está...

—¡Cállate! ¿A ver, Danny?

—Pero me rasguñaron, papá. En la pierna...

—Ese raspón en la pierna debesde habértelo hecho con la nieve congelada.

Con el rostro pálido y colérico, Wendy se interpuso entre ellos.

—¿Qué quieres obligarle a hacer? —preguntó—. ¿A confesar un asesinato? *¿Qué demonios te pasa?*

Pareció que algo quebrara la extraña mirada fija de los ojos de Jack.

—Quiero ayudarle a encontrar la diferencia entre algo real y algo que es solamente una alucinación, nada más —se puso en cuclillas junto al chico para mirarlo desdesu altura, y lo abrazó con fuerza—. Danny, eso no sucedió en realidad. ¿Entiendes? Fue como uno de esos trances que tienes a veces, y nada más. —Pero, papito...

—¿Qué, Dan?

—Yo no me corté la pierna con la nieve. La nieve no tiene costra, es toda nieve en polvo. Si ni siquiera se pega lo suficiente para hacer bolas.¿Te acuerdas de que cuando quisimos hacer bolas de nieve no pudimos?

Sintió que su padre volvía a ponerse tenso, a la defensiva.

—Entonces, en los escalones de la terraza.

Danny se apartó de él. Súbitamente, entendía. Todo se le había aclarado mentalmente en un relámpago, como se le revelaban a veces las cosas, como le había sucedido con la mujeraquella que quería estar en los pantalones del hombre gris.

Miró a su padre con ojos muy abiertos.

—Tú sabes que digo la verdad —balbuceó, horrorizado.

—Danny... —la cara de Jack se crispó.

—Tú lo sabes porque viste...

El ruido de la palma de Jack al abofetear la mejilla del chico fue sordo, nada espectacular. Mientras la cabeza de Danny rebotaba hacia atrás, la huella de los dedos ya empezaba a enrojecerse, como una marca de ganado.

Wendy dejó escapar un gemido.

Durante un momento, los tres se quedaron inmóviles, y después Jack tomó del brazo a su hijo.

—Danny, discúlpame, ¿estás bien, doc?

—¡Le pegaste, bestia! —gritó Wendy—. ¡Oh, qué bestia repugnante eres!

Le cogió el otro brazo, y durante un momento Danny se debatió entre los dos.

—*¡Por favor, dejad de tironearme!* —clamó el chico, y era tal la angustia de su voz que los dos lo soltaron, y entonces las lágrimas lo inundaron y Danny se desplomó, llorando, entre el sofá y la ventana, mientras sus padres lo miraban impotentes, como dos niños podrían mirar el juguete que han roto mientras discutían furiosamente a quién pertenecía.

En el hogar estalló otra piña, como una granada de mano, sobresaltándolos a todos.

Wendy le dio aspirina para niños y Jack lo deslizó, sin que el chico protestara, entre las sábanas de su catre. En un abrir y cerrar de ojos, Danny se quedó dormido, con el pulgar en la boca.

—Eso no me gusta —observó Wendy—. Es una regresión.

Jack no le contestó.

Ella lo miraba serenamente, sin enojo, sin sonreír tampoco.

—¿Quieres que me disculpe por haberte llamado bestia? Está bien, discúlpame.
Lo siento. Pero de todas maneras, no deberías haberle pegado.

—Ya lo sé —mascculló Jack—. Bien que lo sé. No sé qué demonios me pasó.

—Pero prometiste que nunca volverías a pegarle.

Él la miró con furia, y después la furia también se desmoronó. De pronto, con horror y compasión, Wendy vio cómo sería Jack cuando fuera viejo. Nunca lo había visto con ese aspecto.

(¿con qué aspecto?)

Derrotado, se respondió ella misma. *Parece derrotado.*

—Siempre pensé que era capaz de cumplir una promesa —murmuró Jack.

Wendy se le acercó y le apoyó la mano en el brazo.

—Bueno, ya pasó. Pero cuando venga el guardabosques a buscarnos, le diremos que queremos bajar todos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —asintió Jack y en ese momento, por lo menos, lo sentía así. Como siempre lo había sentido así las mañanas siguientes al mirar en el espejo del cuarto de baño su cara pálida y ojerosa. *Voy a terminar con esto, lo voy a cortar de una vez por todas*. Pero a la mañana le seguía la tarde, y por las tardes se sentía un poco mejor. Y a la tarde seguía la noche. Como había dicho algún gran pensador del siglo XX, la noche debe caer.

Jack se encontró deseando que Wendy le preguntara por los animales del seto, que le preguntara a qué se refería Danny al decir *Tú lo sabes porque viste...* Si se lo preguntaba, se lo contaría todo. Todo. Lo de los animales, lo de la mujer en la habitación, incluso lo de la manguera para incendios que le había parecido ver cambiada de posición. Pero, ¿dónde debía detenerse la confesión? ¿Podía contarle a Wendy que había tirado la magneto y que si no hubiera sido por eso ya podrían estar todos en Sidewinder?

Pero lo que le preguntó ella fue:

—¿Quieres una taza de té?

—Sí. Una taza de té me vendría bien.

Wendy fue hacia la puerta y allí se detuvo, frotándose los antebrazos por encima del suéter.

—La culpa es tanto mía como tuya —comentó—. ¿Qué estábamos haciendo mientras él tenía semejante... sueño, o lo que fuera?

—Wendy...

—Estábamos durmiendo —continuó ella—. Dormidos como una pareja de adolescentes que acaban de rascarse a gusto.

—Déjalo —protestó Jack—. Ya pasó.

—No, no pasó —respondió Wendy, mirándolo con una sonrisa extraña, excitante.

Salió para preparar el té, dejando a Jack a cargo del hijo de ambos.

36. EL ASCENSOR

Jack se despertó de un sueño superficial e inquieto en el que formas enormes e imprecisas lo perseguían a través de interminables campos cubiertos de nieve hacia algo que, primero, le pareció otro sueño: una oscuridad llena de un súbito estrépito de ruidos mecánicos... golpeteos, chirridos, murmullos, tintineos y crujidos.

Sólo cuando Wendy, junto a él, se sentó en la cama,comprendió que no era un sueño.

—¿Qué es eso? —fría como de mármol, la mano de ella le cogió la muñeca. Jack dominó el impulso de quitársela de encima... ¿cómo diablos iba a saber él qué era? El reloj luminoso que tenían sobre la mesita de noche marcaba las doce menos cinco.

Otra vez el murmullo, sonoro y continuo, casi sin variación. Seguido por un choque metálico al cesar el murmullo. Un ruido seco. Un golpe sordo.

Después volvióa empezar el murmullo.

Era el ascensor.

Danny también se había sentado.

—¡Papá! *¿Papito?* —la voz, soñolienta y asustada.

—Estoy aquí, doc —respondió Jack—. Ventea nuestra cama.Mami también está despierta.

Las sábanas crujieron mientras el chico se metía en la cama,entre ellos.

—Es el ascensor —susurró.

—Eso mismo —asintió Jack—. No es más que el ascensor.

—¿Qué quieres decir con *no es más*? —lo apremió Wendy, con un gélido filo de histeria en la voz—. Es medianoche. *¿Quién lo puso* en marcha?

Hummm. Click/clak. Ahora se oía por encima de ellos. El traqueteo de la puerta al correrse, el golpe de las puertas que se abrían y se cerraban.

Después de nuevo, el murmullo del motor y de los cables.

Danny empezó a lloriquear.

Jack sacó los pies de la cama,los apoyó en el suelo.

—Probablemente sea un cortocircuito. Lo comprobaré.

—Jack, ¡no salgasde esta habitación!

—No seas estúpida, que es mi trabajo —Jack se enfundó en la bata.

Un momento después, Wendy también salía de la cama,con Danny en brazos. —Nosotros también vamos.

—Wendy...

—¿Qué pasa? —preguntó sombríamente Danny—. ¿Qué pasa, papá?

Envez de contestar, Jack se dio la vuelta para ocultar su expresión tensa y colérica. Parado en la puerta, se ató el cinturón de la bata. Después abrió la puerta y salió a la oscuridad del pasillo.

Wendy vacilóun momento, y en realidad fue Danny quien empezó a moverse. Rápidamente, ella lo alcanzó y los dos salieron juntos.

Jack no se había preocupado en encender las luces. Wendy buscóa tientas la llave que accionaba las cuatro luces colocadas en el techo del pasillo que conducía al corredor principal. Delante de ellos, Jack daba ya la vuelta hacia el corredor. Esta vez fue Danny el que encontró la llave y encendió las luces. El pasillo que conducía a la escalera y al hueco del ascensor se iluminó.

Jack estaba parado, inmóvil, frente a la puerta cerrada del ascensor.

Con el desteñido albornoz escocés y las chinelas de piel marrón con el tacón gastado, el pelo todo enredado por la almohada y sus mechones pajizos, parecía un absurdo Hamlet del siglo veinte, una figura indecisa tan hipnotizada por el precipitarse de la tragedia que era incapaz de desviar su curso o alterarlo de ninguna manera.

(jesús basta de pensar semejantes locuras...) En su mano, la mano de Danny se había crispado dolorosamente. El niño la miraba con atención, con expresión tensa y angustiada. Wendy comprendió que había estado siguiendo el hilo de sus pensamientos.

Imposible era decir cuánto era lo que había entendido, pero Wendy se ruborizó, casi como si su hijo la hubiera sorprendido masturbándose.

—Vamos —le dijo, y los dos fueron por el pasillo hacia donde estaba Jack.

Allí los murmullos, crujidos y golpes metálicos eran más fuertes, aterradores en una forma inconexa, aturdidora. Jack estaba mirando con afiebrada intensidad la puerta cerrada. A través de la ventanilla en forma de rombo que se abría en la puerta del ascensor a Wendy le pareció ver los cables, que vibraban levemente. Estrepitosamente, el ascensor se detuvo debajo de ellos, en la planta baja. Oyeron el ruido de las puertas al abrirse. Y...

(fiesta)

¿Por qué había pensado en una fiesta? La palabra le había aparecido simplemente en la cabeza, sin razón alguna. En el «Overlook» el silencio era total e intenso, salvo por los ruidos escalofriantes que les llegaban por el hueco del ascensor.

(vaya fiesta que debe de haber sido)

(¿¿¿QUÉ FIESTA???)

Durante un momento apenas, una imagen tan real que parecía un recuerdo invadió la mente de Wendy. No un recuerdo cualquiera, sino uno de esos que uno atesora, que guarda para ocasiones muy especiales y al que muy rara vez se alude en voz alta. Luces... centenares, tal vez millares de ellas. Luces

y colores, el ruido de los corchos de champaña, una orquesta de cuarenta instrumentos tocando *In the Mood*, de Glenn Miller. Pero Glenn Miller había pasado de moda antes de que ella hubiera nacido... ¿cómo podía, pues, tener un recuerdo de Glenn Miller?

Miró a Danny y lo vio con la cabeza inclinada hacia un lado, como si oyera algo que ella no alcanzaba a oír. El chico estaba muy pálido.

Zump.

Allá abajo, las puertas se habían cerrado con un golpe sordo. Se oyó un murmullo quejoso, mientras el ascensor empezaba a subir. Wendy vio a través de la ventanilla en forma de rombo, primero el motor alojado en la parte alta de la caja del ascensor, después, a través de los rombos adicionales que dibujaba el bronce de las puertas corredizas, el interior de la caja. De la parte alta del ascensor salía una luz amarilla. Venía vacía. La caja venía vacía, estaba vacía, pero

(lanoche de la fiesta debían de haberse metido allí por docenas, amontonándose allí dentro sobrepasando el límite de seguridad pero claro que entonces era nuevo y todos llevaban máscaras) *(¿¿¿QUÉ MASCARAS???)*

La caja se detuvo encima de ellos, en la tercera planta. Wendy miró a Danny. La cara del chico no parecía tener más que ojos. Los labios, apretados hasta quedar exangües, eran una línea de terror. Sobre ellos, volvieron a resonar las puertas de bronce. Se oyó cómo se abría la puerta del ascensor, se abría porque era la hora, había llegado el momento, era el momento de decir *(Buenas noches... buenas noches... sí, estuvo encantador... no, realmente no puedo quedarme para el desenmascaramiento... acostarse pronto, levantarse temprano... ah, ¿sabe, ésa era Sheila?... ¿el monje?... ¿No es gracioso que Sheila vistiera de monje?... sí, buenas noches... buenas) Zump.*

Ruido de engranajes. El motor que arrancaba. Gimiendo, la caja empezó a descender.

—Jack —susurró Wendy—. ¿Qué es esto? ¿Qué le pasa?

—Un cortocircuito —reiteró él. Su rostro parecía de madera—. Ya te dije que era un cortocircuito.

—¡Pero yo oigo como si tuviera voces dentro de la cabeza! —gimió Wendy—. ¿Qué es lo que pasa? ¿Qué es todo esto? ¡Siento que voy a volverme loca!

—¿Qué voces? —Jack la miró con una dulzura siniestra. Wendy se volvió hacia Danny.

—¿Tú oíste?

—Sí —el chico asintió lentamente con la cabeza—. Y música. Como si fuera desde hace mucho tiempo, dentro de mi cabeza.

La caja del ascensor volvió a detenerse. El hotel seguía silencioso, lleno de crujidos, desierto. Afuera, el viento gemía en los aleros, en la oscuridad.

—Creo que vosotros dos estáis chiflados —declaró con toda naturalidad Jack—. Yo no oigo nada, maldita sea, a no ser ese ascensor que está con un ataque de hipo eléctrico. Si queréis tener un ataque de histeria a dúo, daos el gusto, pero no contéis conmigo.

El ascensor volvía a descender.

Jack dio un paso hacia la derecha, donde una caja con el frente de cristal pendía de la pared, a la altura del pecho. Asestó un puñetazo al vidrio, que cayó tintineando hacia dentro. De los nudillos empezó a brotarle sangre. Jack metió la mano en la caja y sacó de ella una llave larga y pulida.

—Jack, no, por favor.

—Estoy aquí para hacer mi trabajo. Déjame en paz, Wendy.

Cuando ella trató de aferrarlo del brazo, Jack la apartó bruscamente.

Enredados los pies en el borde del salto de cama, Wendy cayó pesadamente sobre la alfombra. Con un grito agudo, Danny se arrojó de rodillas junto a ella. Jack se volvió hacia el ascensor y metió la llave en su lugar correspondiente.

En la ventanilla rombal, desaparecieron los cables y se hizo visible el piso de la caja. Un segundo después, Jack hacía girar con fuerza la llave. Se oyó un ruido áspero y chirriante al detenerse instantáneamente la caja del ascensor.

Durante un momento, en el sótano, el motor desconectado se quejó con más fuerza aún, hasta que el interruptor lo apagó y en el «Overlook» se instaló un silencio sobrenatural. Afuera, en comparación, el viento nocturno sonaba muy fuerte. Jack estaba mirando estúpidamente la puerta gris del ascensor. Bajo el agujero de la llave había tres salpicaduras de sangre, de sus nudillos heridos.

Durante un momento se volvió hacia Danny y Wendy. Ella estaba levantándose, mientras el chico la rodeaba con un brazo. Los dos lo miraban con cautelosa fijeza, como si él fuera un extraño que jamás hubieran visto antes, posiblemente peligroso. Abrió la boca, sin saber bien qué era lo que iba a salir de ella.

—Es... Wendy, es mi trabajo.

—A la mierda con tu trabajo —respondió ella.

Jack se volvió otra vez hacia el ascensor, metió los dedos por la rendija que quedaba al lado derecho de la puerta y consiguió abrirla un poquito.

Después pudo echar contra ella todo el peso de su cuerpo, hasta que se abrió del todo.

La caja se había detenido a medio camino, y el piso quedaba a la altura del pecho de Jack. De su interior salía una luz cálida que contrastaba con la oscuridad aceitosa del hueco que quedaba abajo.

Durante un tiempo que pareció muy largo, Jack se quedó mirando dentro. —Está vacío —declaró después—. Es un cortocircuito, lo que yo dije — introdujo los dedos en la rendija que había detrás de la puerta para correrla y empezó a tirar de ella... pero, con fuerza sorprendente, la mano de Wendy lo sujetó por el hombro, para apartarlo.

—¡Wendy! —gritó él, pero su mujer ya se había afirmado en el borde del piso, subiéndose lo bastante como para poder mirar hacia dentro.

Después, con un esfuerzo convulsivo de los músculos del hombro y del vientre, trató de entrar en la caja. Durante un momento pareció que no lo conseguiría; sus pies aletearon sobre la negrura del hueco. Una chinela

rosada se le cayó y se perdió de vista en la oscuridad.

—*¡Mami!* —chilló Danny.

Después, Wendy estuvo arriba, con las mejillas arrebatadas, la frente pálida y brillante como una lámpara de alcohol.

—¿Y esto, Jack? ¿Es esto un cortocircuito? —arrojó algo, y súbitamente el corredor se llenó de confeti rojo, blanco, amarillo, azul—. ¿Y esto? —un gallardete de papel verde, descolorido por el tiempo hasta quedar de color pastel.

—¿Y esto?

Su mano arrojó hacia fuera algo que quedó inmóvil sobre la jungla azul y negra de la alfombra: un antifaz de seda negra, espolvoreado de lentejuelas en las sienes.

—*¿A ti eso te parece un cortocircuito, Jack?* —la voz de Wendy era un alarido.

Jack se apartó con paso lento, sacudiendo lentamente la cabeza.

Desde la alfombra salpicada de confeti, el antifaz miraba inexpresivamente hacia el techo.

37. EL SALÓN DE BAILE

Era el primero de diciembre.

Danny estaba en el salón de baile del ala este, y se había subido a un alto sillón tapizado, de respaldo de orejas, para mirar el reloj que, protegido por un fanal de cristal, ocupaba el lugar de honor en la ornamentada repisa de la chimenea, flanqueado por dos grandes elefantes de marfil. El niño esperaba casi que los elefantes empezaran a moverse e intentaran ensartarlo con los colmillos, pero siguieron inmóviles. Los elefantes eran «seguros».

Desde la noche que había sucedido lo del ascensor, Danny había dividido todas las cosas del «Overlook» en dos categorías. El ascensor, el sótano, la zona infantil, la habitación 217 y la *suite* presidencial eran lugares «peligrosos». Los cuartos de ellos, el vestíbulo y la terraza eran «seguros».

Aparentemente, el salón de baile también.

(Los elefantes sí, en todo caso.)

De otros lugares Danny no tenía la certeza, de manera que, por principio, los evitaba.

Miró el reloj cobijado bajo el fanal. Lo tenían bajo vidrio porque tenía todas las ruedecillas, engranajes y resortes al descubierto. Alrededor del mecanismo, exteriormente, corría una especie de raíl cromado o de acero, y directamente bajo la esfera del reloj había un pequeño eje con un engranaje en cada extremo. Las manecillas del reloj estaban detenidas a las XI y cuarto, y aunque no sabía los números romanos, por la posición de las agujas Danny podía adivinar a qué hora se había parado el reloj, situado sobre su base de terciopelo. Delante y ligeramente deformada por la curva del fanal, había una llavecita de plata bellamente labrada.

El chico se imaginaba que el reloj sería una de las cosas que él no debía tocar, lo mismo que el juego de atizadores de bronce que se guardaban junto a la chimenea del vestíbulo o el enorme armario para la porcelana, al fondo del comedor.

Dentro de él se elevó de pronto una sensación de injusticia, lo invadió un impulso de colérica rebelión y *(qué me importa lo que no tengo que tocar, no me importa nada, ¿acaso no me tocaron? ¿no jugaron conmigo?)* Claro que *sí*. Y sin haber puesto ningún cuidado especial en no romperlo, tampoco.

Danny tendió las manos, cogió el fanal de cristal, lo levantó y lo puso a un lado. Durante un momento dejó que un dedo se paseara por el mecanismo; la yema del índice se detuvo, en los dientes de los engranajes, acarició las ruedecillas. Cogió la llavecita de plata, que habría sido incómoda, por lo pequeña, para la mano de un adulto, pero que se adaptaba perfectamente a sus dedos. La insertó en el agujero que había en el centro de la esfera. La llave quedó encajada con un pequeño clic, más bien una sensación táctil que sonora. Se le daba cuerda hacia la derecha, naturalmente: en el sentido de las agujas del reloj.

Danny hizo girar la llavecita hasta que encontró resistencia, y después la retiró. El reloj empezó a latir. Las ruedecillas giraron. Una gran rueda catalina se movía en semicírculos, hacia delante y hacia atrás. Las manecillas avanzaban. Si uno mantenía la cabeza perfectamente inmóvil y los ojos bien abiertos, se veía cómo el minutero marchaba con su acostumbrada lentitud hacia la próxima reunión de ambas agujas, dentro de cuarenta y cinco minutos, en el XII.

(Y la Muerte Roja imperaba sobre todos.)

Danny frunció el ceño, y sacudió la cabeza para librarse de la idea, que para él no tenía significado ni connotación alguna.

Volvió a extender el índice y empujó el minutero hasta hacerlo llegar a la hora, con curiosidad por ver lo que sucedería. Evidentemente, no era un reloj de cuco, pero ese raíl de acero tenía que servir para algo.

Resonó una breve serie de clics metálicos, y después el reloj empezó a entonar, en un campanilleo, el vals del *Danubio azul*, de Strauss. Empezó a desenvolverse un prieto rollo de tela de no más de cuatro centímetros de ancho, mientras una serie de martillos diminutos se levantaban y caían

rítmicamente. Desde atrás de la esfera del reloj aparecierondos figurillas deslizándose por el raíl de acero, dos danzarines de ballet, a la izquierda una muchacha de falda vaporosa y medias blancas, a la derecha un muchacho con ajustada malla de baile negra y zapatillas de ballet. Con las manos formaban un arco por encima de la cabeza.

Los dos se reunieron en el centro, frente al número VI.

Danny advirtió que en los costados, debajo de las axilas, los muñequitostenían unos surcos muy pequeños. En esos surcos se insertó el pequeño eje y volvióa percibirse un clic. Los engranajes que había en los extremos del eje empezaron a girar, mientras seguía tintineando el *Danubio azul*. Los dos bailarines se abrazaron. El muchacho levantó a la chica y después resbaló sobre el eje hasta que los dos quedaron tendidos, la cabeza del chico oculta bajo la breve falda de la bailarina, el rostro de ella oprimido contra el centro del leotardo de él, sacudiéndose ambos con mecánico frenesí.

Danny arrugó la nariz. Se estaban besando los pipís; eso le pareció asqueroso.

Un momento más, y la secuencia empezó a repetirse al revés. El muchacho se enderezó sobre el eje y dejó a la chica en posición vertical.

Danny tuvo la impresión de que se cruzaban una mirada de entendimiento mientras volvían a ponerlos brazos en arco sobre la cabeza. Después los dos se retiraron por donde habían venido, y desaparecieron en el momento en que terminaba el *Danubio azul*. El reloj empezó a desgranar lentamente una hilera de gorjeos argentinos.

(¡La medianoche! ¡El toque de medianoche!) (¡Vivan las máscaras!)

Bruscamente, Danny giró sobre el sillón, y estuvo a puntode caerse. El salón de baile estaba vacío. Por la enorme ventana doble, que parecía la de una catedral, se veía que de nuevo estaba empezando a nevar. La enorme alfombra del salón de baile (naturalmente, arrollada para poderbailar), ricamente entretejida de dibujos en rojo y oro,

descansaba tranquilamente en el suelo. Alrededor se agrupaban mesitas para la intimidad de dos, y sobre ellas, con las patas apuntadas al techo, las livianas sillas que las acompañaban.

El lugar estaba completamente vacío.

Pero, en realidad, no lo estaba, porque allí, en el «Overlook», las cosas seguían y seguían. Allí, en el «Overlook», todos los momentos eran un momento. Había una interminable noche de agosto de 1946, llena de risas y bebidas, en que unos pocos elegidos —que esplendían— se paseaban subiendo y bajando en el ascensor, mientras bebían copa tras copa de champaña y se prodigaban unos a otros cortesanas atenciones. También había una hora, antes del amanecer, en una mañana de junio de veinte años después, en que los asesinos a sueldo de la Organización disparaban interminablemente sus armas sobre los cuerpos retorcidos y sangrantes de tres hombres cuya agonía se prolongaba interminablemente. En una habitación de la segunda planta, flotando en la bañera, una mujer esperaba a sus visitantes.

Enel «Overlook», todas las cosas tenían una especie de vida. Era como si a todo el lugar le hubieran dado cuerda con una llave de plata. El reloj estaba en marcha.

El reloj estaba andando.

Él era esa llave, pensó tristemente Danny. Tony se lo había advertido, y él había dejado que las cosas siguieran su curso. *(¡Si no tengo más que cinco años!)* protestó ante alguna presencia que sentía inciertamente en la habitación.

(¿Acaso no significa nada que no tenga más que cinco años?)

No hubo respuesta.

De mala gana, el chico volvió a mirar el reloj.

Había estado demorándolo, en la esperanza de que sucediera algo que le hubiera permitido no volver a intentar llamar a Tony; que apareciera un guardabosques, o un helicóptero, o un equipo de rescate; como pasaba siempre en los programas de TV, que llegaban a tiempo y salvaban a la gente. En la TV los guardabosques y las patrullas de rescate y los médicos paracaidistas eran

un ejército blanco y amistoso que contrapesaba las confusas fuerzas del mal que Danny percibía en el mundo. Cuando la gente tenía dificultades, la ayudaban a salir de ellas, le arreglaban las cosas. Nadie tenía que salir solo de un embrollo.

(¿Por favor?)

No había respuesta.

No había respuesta y, si Tony venía, ¿no sería la misma pesadilla? ¿Los ruidos retumbantes, la voz áspera e impaciente, la alfombra azul y negra que parecía hecha de serpientes? ¿Y *redrum?*

Pero, ¿qué más?

(Por favor oh por favor) Sin respuesta.

Con un tembloroso suspiro, el niño miró la esfera del reloj. Los engranajes giraban y se articulaban con otros engranajes. La rueda catalina se mecía hipnóticamente, adelante, atrás. Y si uno mantenía la cabeza perfectamente inmóvil, podía ver el minutero arrastrándose inexorablemente de XII a I. Si uno mantenía la cabeza perfectamente inmóvil podía ver que... La esfera del reloj desapareció. En su lugar se instaló un redondo agujero negro que se hundía por siempre hacia abajo. Empezó a hincharse.

El reloj desapareció. Tras él, la habitación. Danny vaciló y se precipitó en la oscuridad que durante todo el tiempo se había ocultado tras la esfera del reloj.

El pequeño que estaba en el sillón se desplomó y quedó tendido en un ángulo deforme, antinatural, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos clavados, sin ver, en el techo del salón de baile.

Abajo y abajo y más y más abajo hasta...

...el corredor, agazapado en el corredor, y se había equivocado de dirección, queriendo volver a la escalera se había equivocado de dirección Y AHORA...

... vio que estaba en el breve corredor sin salida que no conducía más que a la *suite* presidencial y los ruidos

retumbantes se acercaban, el mazo de roque silbaba de manera salvaje a través del aire, y *a* cada golpe la cabeza se incrustaba en la pared, destrozando el empapelado, levantando nubecillas de polvo de yeso.

(¡Ven aquí, carajo! A tomar tu...)

Pero en el pasillo había otra figura. Recostada negligentemente contra la pared, a espaldas de él. Como un fantasma.

No, un fantasma no era, pero estaba todo vestido de blanco. Todo de blanco.

(¡Ya te encontraré, maldito ENANO alcahuete!) Danny se encogió, aterrorizado por los ruidos. Que ahora venían por el corredor principal de la tercera planta. El dueño de esa voz no tardaría en aparecer en el pasillo.

(¡Ven aquí! ¡Ven aquí, mocoso de mierda!) La figura vestida de blanco se enderezó un poco, se quitó un cigarrillo de la comisura de los labios y escupió una hebra de tabaco que le había quedado en el carnoso labio inferior. Danny vio que era Hallorann, vestido con su traje blanco de cocinero, no con el azul que él le había visto el último día de la temporada.

—Si *estás* en dificultades —dijo Hallorann—, entonces llámame. Con un grito bien fuerte, como el que diste hace unos minutos y me atontó.

Aunque yo esté en Florida, es posible que te oiga. Y si te oigo, vendré corriendo. Vendré corriendo. Vendré...

(¡Ven ahora, entonces! ¡Ven ahora, AHORA! Oh Dick te necesito todos te necesitamos)

—...corriendo. Lo siento, pero tengo que irme corriendo. Perdona, Danny, muchacho, perdona doc, pero tengo que irme corriendo. Fue muy agradable, hijo de tu madre, pero tengo que darme prisa, tengo que irme corriendo.

(¡No!)

Pero mientras él lo miraba, Dick Hallorann se dio la vuelta, se puso de nuevo el cigarrillo en la comisura de los labios y pasó negligentemente a través de la pared.

Dejándolo solo.

Y fue en ese momento cuando la figura sombría apareció en el pasillo, enorme en la penumbra del pasillo, sin más claridad que el rojo que se reflejaba en sus ojos. (¡Ahí estás! ¡Ahora te alcancé, jodido! ¡Ahora te enseñaré!)

Se precipitó sobre él con horribles pasos vacilantes, blandiendo cada vez más alto el mazo de roque. A tientas, Danny retrocedía, chillando, hasta que de pronto estuvo cayendo, del otro lado de la pared, cayendo y dando tumbos por el agujero abajo, por la conejera que llevaba a un país de maravillas dementes.

Muy por debajo de él, Tony también caía.

(Ya no puedo venir más, Danny... él no me deja acercarme a ti... ninguno de ellos me dejará que me acerque a ti... llama a Dick... llama a Dick...) —*¡Tony!* —vociferó el chico.

Pero Tony había desaparecido y de pronto él se encontró en una habitación a oscuras. Pero no estaba completamente a oscuras. De alguna parte llegaba una luz amortiguada. Era el dormitorio de mami y de papito; podía ver el escritorio de papá. Pero el cuarto era un desorden espantoso.

Danny ya había estado en ese cuarto. El tocadiscos de mami volcado en el suelo. Sus discos desparramados por la alfombra. El colchón caído a medias de la cama. Los cuadros arrancados de las paredes. Su catre volcado sobre un costado como un perro muerto, el «Volkswagen» Violeta Violento reducido a fragmentos de plástico.

La luz venía de la puerta del cuarto de baño, que estaba entreabierta.

Un poco más allá una mano pendía, inerte, goteando sangre las puntas de los dedos. Y en el espejo del botiquín se encendía y se apagaba la palabra: REDRUM.

De pronto, frente al espejo se materializó un enorme reloj metido en un fanal de vidrio. La esfera no tenía cifras ni manecillas, nada más que una fecha, escrita en rojo: DICIEMBRE 2. Después, con los ojos agrandados de horror,

Danny vio que en el fanal de cristal se reflejaba inciertamente la palabra REDRUM; y al verla así, doblemente reflejada, pudo deletrear: MURDER[5].

Danny Torrance dejó escapar un alarido de terror desesperado. La fecha había desaparecido de la esfera del reloj, y la esfera también había desaparecido, devorada por un agujero negro circular que iba ensanchándose y ensanchándose como un iris que se dilata, hasta que lo cubrió todo y Danny cayó hacia delante y empezó a caer y a caer.

Estaba...

... cayéndose de la silla.

Durante un momento quedó tendido en el suelo del salón de baile, respirando con dificultad.

REDRUM.

MURDER.

REDRUM.

MURDER.

(Sobre todos ellos imperaba la Muerte Roja.)

(¡Quitaos las máscaras! ¡Quitaos las máscaras!)

Y debajo de cada máscara —rutilante, encantadora— que caía, el rostro todavía ignorado de la forma que lo perseguía por eso pasillos a oscuras, muy abiertos los ojos enrojecidos, inexpresivos y homicidas.

Oh, tenía miedo de qué cara aparecería a la luz cuando llegara finalmente el momento de quitarse las máscaras.

(¡DICK!)

Gritó con todas sus fuerzas, con una intensidad tal que le pareció que la cabeza le estallaba.

(¡¡¡OH DICK POR FAVOR POR
FAVOR OH POR FAVOR VEN!!!)

Por encima de él, el reloj al que había dado cuerda con la llave de plata seguía marcando los segundos, los minutos, las horas.

Quinta Parte

CUESTIÓN DE VIDA O MUERTE

38. FLORIDA

Dick, el tercer hijo de la señora Hallorann, con su ropa blanca de cocinero y un «Lucky Strike» aparcado en un ángulo de la boca, hizo retroceder su recuperado «Cadillac» para sacarlo del aparcamiento que había al fondo del Mercado Mayorista de Verduras y dio lentamente la vuelta al edificio. Masterton, que pese a ser uno de los dueños seguía andando con el paso cansado que había adoptado desde antes de la Segunda Guerra Mundial, estaba entrando un cajón de lechugas en el edificio alto y oscuro.

Hallorann oprimió el botón que bajaba la ventanilla del acompañante.

—¡Esos aguacates están demasiado caros, tacaño! —vociferó.

Masterton lo miró por encima del hombro, dilató su sonrisa hasta dejar ver los tres dientes de oro y gritó a su vez:

—¡Y te puedo decir exactamente dónde puedes metértelos, compañero!

—Comentarios como ése son dignos de atención, hermano.

Masterton le mostró el dedo del medio. Hallorann le devolvió la cortesía. —¿Encontraste los pepinillos en vinagre, sí? —preguntó Masterton.

—Sí.

—Ven mañana por la mañana, que te daré las mejores patatas nuevas que hayas visto en tu vida.

—Te enviaré al chico —respondió Hallorann—. ¿Vienes esta noche?

—¿Tú pones las bebidas, hermano?

—Ya las tengo compradas.

—Cuenta conmigo. Y no pises a fondo cuando vuelvas, ¿me oyes?

Desde aquí hasta St. Pete todos los polis se saben tu nombre.

—Qué enterado estás, ¿no? —comentó Hallorann, burlón.

—Más de lo que estarás tú en tu vida, hombre.

—Pero escuchen qué negro impertinente. ¿Qué te crees?

—Vamos, vete de una vez si no quieres que empiece a tirarte las lechugas.

—Pues si me las tiras gratis, ya puedes empezar.

Masterton hizo ademán de tirarle una. Hallorann la esquivó, volvióa subir la ventanilla y se alejó. Se sentía estupendamente. Hacía más o menos media hora que venía sintiendo olor a naranjas, pero no le parecía extraño.

Se había pasado la última media hora en un mercado de frutas y verduras.

Eran las cuatro y media de la tarde, hora del Este, del primero de diciembre, y el perro invierno estaría asestando su trasero helado sobre la mayor parte del país, pero aquí los hombres andaban con camisas de manga corta y cuello abierto, y las mujeres usaban vestidos de verano y *shorts*. En lo alto del edificio del «First Bank» de Florida, un termómetro numérico adornado con enormes pomelos anunciaba obstinadamente 29 grados.

Gracias te sean dadas, oh Dios, por Florida, pensó Hallorann. Con mosquitos y todo.

En la parte de atrás del coche llevaba dos docenas de aguacates, un cajón de pepinos, otro tanto de naranjas y de pomelos. Tres sacos llenos de cebollas de Bermudas, la mejor hortaliza que pueda habérsele ocurrido a un Dios bondadoso, algunos guisantes estupendos que serían servidos como entrada y que en nueve casos de cada diez volverían a la cocina intactos, y una magnífica calabaza que era estrictamente para su consumo personal.

Hallorann se detuvo en el carril de salida ante el semáforo de Vermont Street y cuando la flecha verde le dio paso tomó por la carretera estatal 219, subió la velocidad a 65 y allí se mantuvo hasta que la ciudad empezó a diluirse en la sucesión suburbana de gasolineras y cafeterías. La compra del día no era grande y podría haber encargado a Baedecker que la hiciera, pero Baedecker había estado fastidiando para que lo enviaran a comprar la carne y, además, Hallorann no se perdía la oportunidad de una alegre discusión con Frank Masterton si no era un caso de fuerza mayor. Tal vez esa noche Masterton se apareciera a ver un rato de televisión y tomar algunas copas con él, y tal vez no. De cualquier manera estaría bien. Lo

que importaba era haberlo visto. Y ahora cada vez importaba, porque ya habían dejado de ser jóvenes. En los últimos días, Dick tenía la impresión de estar pensando mucho en eso. Ya no era tan joven, y cuando uno se acercaba a los sesenta (o cuando los pasaba, más bien; para qué mentir) tenía que empezar a pensar en la salida de escena, que podía ser en cualquier momento. Era en eso en lo que había estado pensando esa semana, aunque no era una obsesión: era un hecho. Morir era una parte de la vida, y para ser una persona entera había que reconocer ese hecho. Y por más difícil de entender que pudiera ser el hecho de la propia muerte, por lo menos no era imposible de aceptar.

Hallorann no podría haber dicho por qué se le ocurrían todas esas cosas, pero la otra razón que tenia para hacer personalmente esa pequeña compra era que así podría llegarse hasta la pequeña oficina que había sobre el «Bar-Parrilla» de Frank. Allí había instalado su despacho un abogado (ya que aparentemente el dentista que estuvo el año anterior había quebrado), un joven negro de apellido McIver. Hallorann había subido a decirle al tal McIver que quería hacer testamento y a preguntarle si él podría ayudarle.

Bueno, preguntó McIver, ¿para cuándo lo quiere? Para ayer, contestó Hallorann y se echo a reír, echando la cabeza hacia atrás. La pregunta siguiente de McIver fue si la idea que tema Hallorann era muy complicada.

Pues no. Tenía su «Cadillac», su cuenta de ahorros —unos nueve mil dólares—, una exigua cuenta corriente y un poco de ropa. Y quería que todo fuera para su hermana. ¿Y si su hermana muriera antes que usted?, preguntó McIver. No se preocupe, contestó Hallorann, que en ese caso haré un nuevo testamento. El documento había quedado redactado y firmado en menos de tres horas —rápido para ser un abogadillo—, y se alojaba ahora en el bolsillo del pecho de Hallorann, protegido por un rígido sobre azul en el que se leía la palabra TESTAMENTO en pulcras mayúsculas.

Hallorann no habría podido decir por qué había elegido ese día cálido y soleado en que se sentía tan bien para hacer algo que venía posponiendo desde hacía años, pero se había sentido acometido por el impulso y no se había negado a seguirlo. Hallorann estaba acostumbrado a seguir sus corazonadas.

Ahora ya estaba bastante alejado de la ciudad. Llevó el automóvil a cien —más de lo permitido— y lo dejó rodar por el carril de la izquierda, mientras iba pasando a la mayoría de los coches. Sabía por experiencia que incluso a ciento cuarenta el «Cadillac» seguiría aferrándose al cemento, y que a ciento ochenta apenas si parecería perder estabilidad. Pero hacia tiempo que había dejado atrás esas locuras. La idea de poner el coche a ciento ochenta en una recta no le despertaba más emoción que el miedo. Se estaba haciendo viejo.

(Dios, qué olor fuerte tienen esas naranjas. ¿No estarán pasadas?) Las mariposas se aplastaban contra el parabrisas. Sintonizó en la radio una estación de negros de Miami y le llegó la voz suave y gemebunda de Al Green.

Qué hermoso rato hemos pasado juntos. Ahora se
está haciendo tarde y tenemos que despedirnos...

Volvió a bajar un poco la ventanilla para arrojar fuera la colilla del cigarrillo, y después siguió bajándola para que se fuera el olor a naranjas.

Mientras tamborileaba con los dedos sobre el volante, empezó a tararear para sus adentros. Colgada sobre el espejo retrovisor, la medalla de San Cristóbal se mecía suavemente hacia delante y hacia atrás.

Y de pronto, el olor a naranjas se intensificó y Hallorann comprendió que venía, que algo venía hacia él. Se vio los ojos en el espejo retrovisor, agrandados por la sorpresa. Después todo se le vino encima, como una enorme explosión que echara fuera todo lo demás: la música, el camino, la vaga conciencia que tenía de sí mismo como criatura humana, única. Era como si alguien le hubiera apoyado en la cabeza un revólver psíquico y le hubiera disparado un grito de calibre 45.

(¡¡¡OH DICK POR FAVOR POR FAVOR OH POR FAVOR VEN!!!)

El «Cadillac» acababa de ponerse a la par de una camioneta «Pinto», conducida por un hombre con mono de obrero. El obrero vio que el coche serpenteaba por su carril y se apoyó sobre la bocina. Como el «Cadillac» seguía su trayectoria irregular, el hombre miró rápidamente al conductor y vio a un negro grande, sentado muy erguido al volante, con los ojos dirigidos vagamente hacia arriba. Más tarde, le contó a su mujer que seguramente debía ser uno de esos peinados afro que llevaba todo el mundo hoy en día, pero que en ese momento había tenido la impresión de que el maldito negro idiota tuviera todos los pelos de punta. Hasta pensó que el negro estaría sufriendo un ataque al corazón.

El obrero clavó los frenos y aprovechó un espacio vacío que quedaba afortunadamente tras él. La parte de atrás del «Cadillac» lo pasó, sin dejar de cerrarse sobre él, y el obrero vio con atónito horror cómo las largas luces de cola en forma de cohete pasaban a no más de medio centímetro de su parachoques delantero.

Sin dejar de apoyarse sobre la bocina, el hombre se apartó a la izquierda y pasó vociferando junto al coche cuyo conductor parecía borracho, invitándolo a que cometiera actos sexuales solitarios, penados por la ley; a que incurriera en sodomía con diversas aves y roedores. De paso verbalizó su convicción de que todas las personas de sangre negra deberían volverse a su continente; expresó su sincera opinión sobre el lugar que le correspondería en la otra vida al alma del otro conductor y terminó diciéndole que le parecía haber conocido a su madre en un prostíbulo de Nueva Orleáns.

Cuando hubo terminado de pasarlo y se vio fuera de peligro, se dio cuenta repentinamente de que tenía mojados los pantalones.

En la mente de Hallorann seguía repitiéndose la misma idea

(VEN DICK POR FAVOR VEN DICK POR FAVOR)

pero empezó a perderse, de la misma manera que se pierde una estación de radio cuando uno se acerca a los límites de su alcance de emisión. Nebulosamente, se dio cuenta de que su coche rodaba sobre el arcén a más de ochenta kilómetros por hora, y lo volvió a la carretera, sintiendo cómo coleaba durante un momento antes de volver a afirmarse sobre el asfalto.

A poca distancia, delante de él, había un puesto de cerveza. Hallorann indicó la maniobra y se detuvo, con el corazón todavía latiéndole dolorosamente en el pecho, la cara de un color gris enfermizo. Se dirigió al lugar de aparcamiento, sacó el pañuelo del bolsillo y se enjugó la frente.

(¡Santo Dios!)

—¿En qué puedo servirle?

La voz lo sobresaltó, aunque no fuera la voz de Dios, sino la de una camarera muy mona que se había acercado al coche con un anotador en la mano.

—Sí, nena, un vaso grande de cerveza y dos paquetes de patatas, ¿eh?

—Sí, señor. —La chica se alejó, haciendo oscilar agradablemente las caderas bajo el uniforme de nylon rojo.

Hallorann se recostó contra el asiento de cuero y cerró los ojos. La transmisión había terminado; había acabado de disiparse mientras él detenía el coche y hacía el pedido a la camarera. Lo único que le quedaba era un dolor de cabeza atroz, palpitante, como si le hubieran retorcido el cerebro para escurrírselo y colgarlo a secar. Como el dolor de cabeza que le había quedado cuando se expuso al esplendor de ese chico, Danny, allá en el Manicomio de Ullman.

Pero esta vez había sido mucho más intenso. Entonces el chico lo había hecho como un juego nada más. Ahora había sido el pánico en estado puro, cada palabra un grito de terror en su cabeza.

Se miró los brazos, que a pesar de la cálida caricia del sol seguían mostrando la carne de gallina. Él le había dicho

al chico que lo llamara si necesitaba ayuda, recordó Hallorann. Y ahora, el chico lo estaba llamando.

De pronto, se preguntó cómo era posible que hubiera permitido que ese niño se quedara allá, con semejante manera de esplendor. Era inevitable que hubiera problemas, y graves tal vez.

Sin esperar más, volvióa hacer girar la llave del coche, le dio marcha atrás y se lanzó a la carretera con un chirrido de neumáticos que dejó a la camarera de caderas oscilantes paralizada en la entrada del puesto, con la bandeja y el vaso de cerveza en las manos.

—Pero, ¿qué le pasa a usted, hay un fuego? —gritó la chica, pero Hallorann ya no estaba.

El apellido del gerente era Queems, y cuando Hallorann llegó, Queems estaba hablando por teléfono con su corredor de apuestas. Quería apostar a cuatro caballos en Rockaway. No, nada de apuesta triple ni de quiniela ni ninguna otra sutileza. Lo más sencillo, a cuatro caballos, seiscientos dólares por cabeza. Y a los Jets el domingo. ¿Cómo, que él no sabía con quién jugaban los Jets? Jugaban con los Bills, por eso apostaba.

Quinientos, sí, como siempre. Cuando Queems colgó, con aire fastidiado, Hallorann comprendió cómo era que un hombre podía sacar cincuenta mil por año con un pequeño balneario y, así y todo, seguir teniendo brillantes los fondillos de los pantalones. El gerente miró a Hallorann con ojos todavía irritados de tanto haber mirado anoche la botella de whisky.

—¿Algún problema, Dick?

—Sí, señor Queems, creo que sí. Necesito tres días de permiso.

Enel bolsillo del pecho de la camisa amarilla de Queems había un paquete de «Kent». Sin sacárselo del bolsillo, extrajo un cigarrillo del paquete, entre dos dedos, y mordisqueócon mal humor el filtro patentado.

Después, lo encendió con un encendedor de mesa.

—Yo también —declaró—. Pero, ¿cómo se le ocurre?

—Necesito tres días —repitió Hallorann—. Es por mi hijo.

Los ojos de Queems bajaron a la mano izquierda de Hallorann que no llevaba anillo.

—Estoy divorciado desde 1964 —explicó pacientemente Hallorann.

—Dick, usted sabe cómo son las cosas el fin de semana. Todo lleno.

Hasta los bordes. El domingo por la noche, hasta el «Florida Room» se llena, los lugares más baratos. Así que pídame el reloj, la billetera, la cuota de la pensión. Vaya, hasta mi mujer se la doy si la aguanta. Pero por favor no me pida días de permiso. ¿Qué le pasa, está enfermo?

—Sí, señor —asintió Hallorann, tratando de verse a sí mismo mientras daba vueltas al sombrero en la mano y ponía los ojos en blanco—. Le dispararon.

—¡Le dispararon! —Se espantó Queems, y dejó el «Kent» en un cenicero con el emblema de la escuela de administración de empresas donde había estudiado.

—Sí, señor —volvió a asentir sombríamente Hallorann.

—¿En un accidente de caza?

—No, señor —respondió Hallorann, haciendo que su voz sonara aún más grave y ronca—. Jana está viviendo con un camionero. Blanco. Él le disparó al muchacho. Está en un hospital en Denver, Colorado. Muy grave.

—¿Y usted cómo demonios lo supo? Creí que había ido a comprar la verdura.

—Sí, señor, eso es.

Antes de volver, Hallorann había pasado por la oficina de la «Western Union» para reservar un coche de la «Agencia Avis» en el aeropuerto de Stapleton. Al salir, sin saber por qué, había tomado un formulario. Ahora lo sacó, doblado y arrugado, del bolsillo y lo pasó rápidamente ante los ojos inyectados en sangre de Queems. Se lo volvió a meter en el bolsillo y, bajando todavía más la voz explicó:

—Lo mandó Jana. Estaba en mi buzón, ahora cuando regresé.

—Cristo. Cristo santo —farfulló Queems, con una peculiar expresión preocupada y tensa en la cara, una expresión que Hallorann conocía bien: era lo que más se aproximaba a una expresión de simpatía que podía conseguir un blanco que se

consideraba «bueno con la gente de color», cuando el objeto de su compasión era un negro o su mítico hijo.

—Sí, está bien, váyase —concluyó—. Me imagino que durante tres días, Baedecker puede arreglárselas. Y el lavaplatos puede ayudarle.

Hallorann hizo un gesto afirmativo y puso una cara más larga todavía, pero la idea de que el lavaplatos ayudara a Baedecker le provocó internamente una sonrisa. Ni siquiera estando en uno de sus mejores días, pensaba Hallorann, el lavaplatos sería capaz de acertarlo al orinal al primer chorro.

—Y quisiera adelantada la paga de la semana —continuó Hallorann—.

Completa. Ya sé que lo estoy poniendo a usted en un lío, señor Queems.

La expresión del otro se hacía cada vez más rígida, como si tuviera una espina de pescado atravesada en la garganta.

—Ya hablaremos de eso. Vaya a hacer su equipaje, que yo hablare con Baedecker. ¿Quiere que le haga la reserva para el avión?

—No, señor, la haré yo mismo.

—De acuerdo. —Queems se levantó, se inclinó con aire de sinceridad hacia delante y al hacerlo inhaló el humo que subía de su cigarrillo, se ahogo y tosió violentamente, mientras el delgado rostro blanco se le enrojecía.

Hallorann se esforzó por mantener su expresión sombría—. Espero que todo salga bien. Dick. Llámeme cuando sepa algo.

—Lo haré, seguro.

Por encima de la mesa se estrecharon la mano.

Hallorann se obligó a llegar a la planta baja y a las dependencias del personal antes de estallar en sonoras carcajadas. Todavía estaba riéndose y enjugándose los ojos con el pañuelo cuando reapareció el olor a naranjas, denso y repugnante, seguido por el golpe, en plena cabeza, que lo hizo retroceder tambaleando como un borracho contra la pared estucada de color rosado.

(¡¡¡POR FAVOR VEN DICK POR FAVOR DICK VEN PRONTO!!!)

Se recuperó poco a poco hasta que por fin se sintió capaz de subir la escalera que llevaba a su apartamento. Siempre guardaba la llave bajo el felpudo y cuando se inclinó a recogerla algo se le cayó del bolsillo del pecho y aterrizó en el suelo con un ruido leve y sordo. Hallorann seguía oyendo tan intensamente la voz que le había sacudido la cabeza que durante un momento no hizo más que mirar el sobre azul sin entender, sin darse cuenta de que era.

Después le dio la vuelta y la palabra TESTAMENTO saltó ante sus ojos, en negras letras ornamentales.

(Oh Dios mío, ¿conque era esto?)

Aunque en realidad no lo sabía, era posible. Durante toda la semana la idea de su propio fin le había rondado la cabeza como una bueno, como una

(Adelante, dilo)

como una

premonición.

¿La muerte? Durante un momento le pareció que su vida entera se mostraba ante él, no en un sentido histórico, no como una topografía de los altibajos que había vivido Dick, el tercer hijo de la señora Hallorann, sino su vida tal como era en ese momento. Poco antes de que una bala lo convirtiera en mártir, Martin Luther King les había dicho que había llegado a la montaña. Dick no podía pretender tanto pero, sin ser una montaña, había llegado a una soleada meseta tras años de lucha. Tenía buenos amigos.

Tenía todas las referencias que pudiera necesitar para conseguir trabajo en cualquier parte. Si lo que quería era sexo, encontraba amigas que no hicieran preguntas ni se empeñaran en buscarle significados ocultos. Había llegado a aceptar, y a aceptar bien, su condición de negro. Pasaba ya de los sesenta y, a Dios gracias, iba tirando.

¿Iba a correr el riesgo de terminar con todo eso —de terminar *consigo* mismo— por tres blancos a los que no conocía siquiera?

Pero eso era mentira, ¿o no?

Hallorann conocía al chico. Los dos tenían en común algo que suele ser difícil incluso después de cuarenta años de amistad. Él conocía al chico y el chico lo conocía, porque los dos llevaban en la cabeza una especie de foco, algo que no habían pedido tener, algo que les había sido conferido *(No, tú tienesuna linterna, el que tiene un foco es él.)* Y había veces que esa luz, ese esplendor, parecía algo bastante grato.

Uno podía acertar con el caballo o, como había dicho el chico, podía decirle a su papá dónde estaba el baúl que faltaba. Pero eso no era más que el condimento, el aderezo para la ensalada, de una ensalada en la que había tanto el amargo de la arveja como la frescura del pepino. Uno podía saborear el dolor, la muerte, las lágrimas. Y ahora que el chico estaba encerrado allá, él tenía que ir. Por el chico. Porque, hablando con él, sólo habían sido de colores diferentes cuando abrían la boca. Por eso iría para hacer lo que pudiera, porque si no lo hacía, el chico iba a morírsele ahí, dentro de la cabeza.

Pero era humano, y no pudo dejar de desear amargamente que hubieran apartado de él ese cáliz.

(Ella había empezado a salir y a perseguirlo.) Estaba metiendo una muda de ropa en una bolsa de viaje cuando se le apareció la idea, inmovilizándolo con todo el poder del recuerdo, como le sucedía siempre que pensaba en eso. Por eso trataba de pensar en ello lo menos posible.

La camarera, Delores Vickery se llamaba, se había puesto histérica. Les había contado algo a las otras camareras y, lo que era peor, a algunos de los huéspedes. Cuando Ullman llegó a enterarse, como la muy tonta debería saber que sucedería, la había despedido sin más trámites. Ella había ido a ver a Hallorann deshecha en llanto, no porque la despidiera, sino por lo que había visto en esa habitación de la segunda planta. Había entrado en el 217 para cambiar las toallas, dijo, y allí estaba la señora Massey muerta en la bañera. Claro que eso era imposible. El cuerpo de la señora Massey había sido discretamente retirado el día anterior, y en ese momento estaría en camino a Nueva York, no en un vagónde primera como solía viajar ella, sino en el furgón.

Aunque a Hallorann no le gustaba mucho Delores, esa noche había subido a ver qué pasaba. La camarera era una chica de veintitrés años, de cutis oliváceo, que servía las mesas al final de la temporada cuando ya había menos ajetreo. En opinión de Hallorann, tenia cierto esplendor, no más que una chispa en realidad; por ejemplo, para la cena llegaba un hombre de aspecto arratonado, con una mujer vestida de algodón desteñido, y Delores hacía un cambio con una de sus compañeras para atender esa mesa. El hombrecillo de aspecto arratonado dejaría bajo el plato un billete de diez dólares, y eso ya era bastante malo para la chica que había aceptado el trato; pero lo peor era que Delores se jactaría de ello. Era haragana, una necia en un lugar dirigido por un hombre que no permitía necedades. Se escondía en los armarios de la ropa blanca a leer revistas sentimentales y a fumar, pero cada vez que Ullman hacía una de sus imprevistas rondas (y pobre de la muchacha a quien encontrara con las manos cruzadas), a ella la encontraba trabajando afanosamente, tras haber escondido la revista en algún estante, bajo las sábanas, y con el cenicero bien metido en el bolsillo del uniforme. Sí, Hallorann pensaba que había sido una necia y una vaga, y que las otras chicas no la querían, pero Delores tenia su chispita de esplendor, que hasta entonces siempre le había facilitado las cosas. Pero lo que había visto en la habitación 217 la había asustado lo suficiente para que se alegrara, y mucho, de aceptar la nada amable invitación de Ullman para que se fuera de paseo.

Pero, ¿por qué había ido a verlo a él? Un negro sabe quién esplende, pensó Hallorann, divertido por el retruécano[6].

De manera que esa misma noche había subido a ver qué pasaba en la habitación, que volvería a quedar ocupada al día siguiente. Para entrar se valió de la llave maestra del despacho, a sabiendas de que, si Ullman lo descubría con esa llave, se habría unido a Delores Vickery en el camino del desempleo.

Entorno de la bañera, la cortina de la ducha estaba corrida. Hallorann había vuelto a abrirla, pero antes

de haberlo hecho tuvo la premonición de lo que iba a ver. La señora Massey, hinchada y purpúrea, yacía mojada en la bañera, llena de agua hasta la mitad.

Hallorann se había quedado paralizado mirándola, mientras una vena le latía sordamente en la garganta. En el «Overlook» había habido otras cosas: un mal sueño que se repetía a intervalos irregulares (una especie de baile de disfraces durante el cual él atendía el salón del «Overlook» y en el que, cuando se daba la voz de quitarse las máscaras, todos los presentes mostraban repugnantes rostros de insectos), y también estaban los animales del seto. En dos ocasiones, tres tal vez, Hallorann había visto (o le parecía haber visto) que se movían, casi imperceptiblemente. El perro daba la impresión de haber aflojado un poco su postura erguida, y parecía que los leones avanzaran un poco, como si quisieran amenazar a los chiquillos de la zona infantil. Y el año pasado, en mayo, Ullman le había encargado que fuera al desván a buscar el juego de atizadores de bronce que adornaban ahora la chimenea del vestíbulo. Mientras estaba allá arriba, se habían apagado de prontos las tres bombillas que pendían del techo, y Hallorann se había desorientado, sin poder regresar a la trampilla.

Cada vez más próximo al pánico, había andado a tientas en la oscuridad durante un tiempo que no podía precisar, hiriéndose las espinillas contra cajones y golpeándose contra las cosas, sintiendo con creciente intensidad que algo lo acechaba desde las tinieblas. Alguna criatura enorme, aterradora, que había rezumado entre el maderamen al apagarse las luces.

Y cuando tropezó —literalmente— con el pasador de la trampilla se apresuró a bajar a todo lo que le daban las piernas, dejando la puerta sin cerrar, sucio de polvo y desaliñado, con la sensación de haber escapado del desastre por un pelo. Después, Ullman había ido personalmente a la cocina a informarle que había dejado la puerta del ático abierta y las luces encendidas. ¿Acaso pensaba que los huéspedes querrían subir allí a jugar a la caza del tesoro? ¿Y se creía que la electricidad era gratuita?

Además, Hallorann sospechaba —bueno, estaba casi seguro— que también algunos huéspedes habían visto cosas, o las habían oído. En los tres años que llevaba allí, la *suite* presidencial había sido ocupada diecinueve veces. Seis de los huéspedes que la habían ocupado se fueron del hotel antes de lo previsto, y algunos de ellos con bastante mal aspecto. En forma igualmente imprevista se habían ido otros huéspedes de otras habitaciones.

Una noche de agosto de 1974, al anochecer, un hombre que había ganado en Corea la Estrella de Bronce y la Estrella de Plata (que en la actualidad formaba parte de la directiva de tres importantes empresas, y de quien se decía que había despedido personalmente a un conocido locutor de TV) tuvo un inexplicable ataque de histeria mientras estaba en la cancha de golf. Y durante el tiempo que Hallorann llevaba en el «Overlook», había habido docenas de chicos que se negaban, lisa y llanamente, a ir a la zona infantil.

Un niño había sufrido convulsiones mientras jugaba en los tubos de cemento, pero Hallorann no sabía si atribuírselo al letal canto de sirena del «Overlook» o no, ya que entre el personal de servicio del hotel se había difundido el rumor de que la criatura, hija única de un apuesto actor de cine, y que estaba bajo vigilancia médica por su condición de epiléptica, simplemente se había olvidado ese día de tomar su medicamento.

Pues bien, al mirar el cadáver de la señora Massey, Hallorann se había asustado, pero sin llegar a aterrorizarse. La cosa no era del todo inesperada.

El terror se apoderó de el cuando ella abrió los ojos, dejando ver las plateadas pupilas inexpresivas, y le dirigió una mueca. Y se convirtió en horror cuando *(ella había empezado a salir y a perseguirlo.)* Entonces huyó, con el corazón palpitante, y no se sintió seguro ni siquiera después de cerrar la puerta tras él y volver a echarle la llave. En realidad, admitió ahora mientras cerraba su bolsa de vuelo, nunca más había vuelto a sentirse seguro en el «Overlook».

Y ahora, ese chico., clamando por él, pidiendo socorro.

Miró su reloj. Eran las cinco y media de la tarde. Cuando iba hacia la puerta del apartamento, recordó que en Colorado estaban en pleno invierno, especialmente arriba en las montañas, y volvióa su guardarropas.

Sacó de la bolsa de la tintorería su abrigo largo, forrado en piel de oveja, y se lo colgó del brazo; era la única prenda de invierno que tenía. Apagó todas las luces y miró a su alrededor. ¿Se olvidaba de algo? Sí, de una cosa. Sacó del bolsillo su testamento y lo encajó en el marco del espejo de la cómoda. Si tenía suerte, ya volvería para sacarlo.

Si tenía suerte.

Salió del apartamento, echó llave a la puerta, dejó la llave, bajó el felpudo, bajó la escalera y subió a su coche.

Mientras se dirigía al aeropuerto internacional de Miami a distancia segura del conmutador donde, bien lo sabia, Queems o alguno de sus adulones podía estar escuchando, Hallorann se detuvo en una lavandería automática para llamar a «United Airlines». Preguntó por los vuelos a Denver.

Había uno que salía a las 6:36. ¿El señor podría alcanzarlo?

Hallorann miro el reloj, que marcaba las 6:02, y contestó que podría.

¿Habría plazas para ese vuelo?

Un momento, lo comprobaré.

El auricular hizo un ruido metálico, seguido por el azucarado «Mantovani»; debían suponer —erróneamente— que así la espera era más agradable. Hallorann empezó a pasar el peso de un pie a otro, mientras miraba alternativamente su reloj y a una muchacha que llevaba colgado a la espalda un bebé dormido, y sacaba ropa de una de las lavadoras. La joven temía llegar a su casa más tarde de lo que había planeado; pensaba que se le quemaría el asadoy que su marido (¿Mark? ¿Mike? ¿Matt?) se enfadaría.

Pasó un minuto. Dos. En el momento en que se decidía a seguir viaje y correr el riesgo, volvióa resonar en el auricular la voz metálica de la empleada

de reservas de vuelo. Había un asiento vacante en ese vuelo, una cancelación. Pero era primera clase. ¿Tendría él inconveniente?

No, lo reserva.

¿A pagar en efectivo o a crédito?

En efectivo, nena. Lo que necesito es volar.

¿Ysu apellido era...?

Hallorann, con dos eles y dos enes. Hasta luego.

Colgó y se apresuró a salir. Parecía que la sencilla obsesión de la chica, su preocupación por el asado, lo acosarían hasta enloquecerlo. A veces las cosas eran así, sin motivo alguno se recibía una idea así, completamente aislada, completamente pura y clara y por lo general, completamente inútil.

Casi lo alcanzó.

Iba casi a ciento treinta y estaba ya a la vista del aeropuerto,cuando uno de los patrulleros de Florida lo detuvo.

Hallorann bajó la ventanilla eléctrica y abrió la boca para explicarle al policía, que pasaba las páginas de su libreta.

—Ya sé —le dijo el otro, en tono comprensivo—. Es en Cleveland, el funeral de su padre. Es que se casa su hermana en Seattle. En San José hubo un incendio que destruyó la tienda de caramelos de su abuelito. O una pelirroja estupenda que está esperándolo en la consigna de equipajes de Nueva York. Me encanta esta parte del camino, llegando al aeropuerto.Ya de pequeño, en la escuela, la hora de contar cuentos era mi favorita.

—Escuche, oficial, mi hijo está...

—La única parte del cuento que nunca llego a saber de antemano — continuó el policía, que ya había encontrado la hoja que buscaba—, es el número de carnet de conductor del automovilista/narrador en falta y la matrícula correspondiente. Sea buen chico y déjeme verlos.

Hallorann miró los tranquilos ojos azules del policía, pensó si valdría la pena insistir con el cuento de

que su hijo estaba muy grave y comprendió que con eso no haría más que empeorar las cosas. Ese tipo no era Queems.

Sacó la billetera.

—Estupendo —asintió el policía—. Hágame el favor de sacar los papeles, así puedo ver el final de la historia.

Silenciosamente, Hallorann sacó su carnet de conductor y el recibo de matrícula de Florida y se lo entregó.

—Muy bien. Tan bien que se merece un premio.

—¿Qué? —preguntó Hallorann, esperanzado.

—Cuando termine de anotar estos números, le voy a dejar que me hinche un globito.

—¡Oh, por Dios! —gimió Hallorann—. Agente, mi vuelo...

—Calladito —le aconsejó el policía—. No se haga el malo.

Hallorann cerró los ojos.

Llegó al mostrador de «United Airlines» a las 6.49, esperando contra toda esperanza que el vuelo se hubiera demorado. Ni siquiera tuvo que preguntar: el monitor de partidas, encendido sobre la puerta de entrada de los pasajeros, le informó que el vuelo 901, para Denver, de las 6:36. hora del Este, había salido a las 6.40.

Hacía nueve minutos.

—Mierda —mascullo Dick Hallorann.

Repentinamente, denso y pegajoso, el olor a naranjas. Apenas si le dio tiempo para llegar al lavabo de nombres antes de recibir el mensaje, aterrado, ensordecedor:

(¡¡¡VEN DICK POR FAVOR POR FAVOR VEN!!!)

39. EN LAS ESCALERAS

Unas de las cosas que habían vendido para salir un poco del paso mientras estaban en Vermont, poco antes de mudarse a Colorado, fue la colección de antiguos álbumes de *rock and roll* y de *rythme and blues* que tenia Jack, y que fueron a parar a la subasta a un dólar por disco. Uno de esos álbumes, el favorito de Danny, era una colección de discos dobles de Eddie Cochran con cuatro páginas en la cubierta con notas de Lenny Kaye.

Muchas veces, a Wendy la había sorprendido la fascinación de Danny por ese determinado álbum de un hombre-niño que vivió deprisa y muriójoven... que había muerto cuando ella sólo tenía 10 años.

Ahora, a las siete y cuarto (hora de las montañas), en el momento en que Dick Hallorann le contaba a Queems la historia del amante blanco de su ex mujer, Wendy se encontró a Danny sentado en mitad de la escalera que iba del vestíbulo a la primera planta, pasándose de una mano a otra una pelota roja de goma y cantando con voz baja y monocorde una de las canciones de ese álbum:

So /climb one-two flight three flight four, five flight six flight seven flight more... when I get to the top, I'm too tired to rock...[7]

Wendy se le acercó, se sentó en uno de los escalones y vio que el niño tenía el labio inferior hinchado al doble de su tamaño, y rastros de sangre seca en el mentón. Aunque el corazón le dio un salto de terroren el pecho, se las arregló para hablar con voz neutra.

—¿Qué sucedió, doc? —le preguntó, aunque estaba segura de saberlo.

Jack le había pegado, seguro. Era lo mas probable, ¿no? Eso tenía que suceder. Las ruedas del progreso, que tarde o temprano lo llevaban a uno al puntode partida.

—Llamé a Tony —explicó Danny—. Estaba en el salón de baile; y creo que me caí del sillón. Pero ya no me duele; sólo noto... que el labio es demasiado gordo.

—¿Fue eso lo que sucedió de verdad? —insistió su madre, mirándolo preocupada. —Papito no fue —le aseguró el chico—. Hoy no.

Wendy lo miró, atemorizada. La pelota seguía pasando de una mano a otra. Danny le había leído el pensamiento. Su hijo le había leído el pensamiento.

—¿Qué... qué fue lo que te dijo Tony, Danny?

—No importa. —El rostro estaba tranquilo, la voz de una indiferencia helada.

—*Danny...* —Wendy lo cogió del hombro, con más fuerza de la que se proponía, pero el chico no se encogió ni trató de apartarse.

(Dios estamos destruyendo a este chico. No es solamente Jack, soy yo también, y quizá no seamos solamente los dos, también el padre de Jack, mi madre, ¿no estarán ellos aquí también? Seguro, ¿por qué no? Si de todas maneras el lugar bulle de fantasmas, por qué no ha de haber un par más? Oh Dios del cielo si es como una de esas maletas que muestran por la TV, aplastadas, arrojadas desde los aviones, pasadas por trituradoras. O como un reloj de cuerda automática. Lo maltratan y siguen funcionando. Oh, Danny, lo siento tanto.)

—No importa —repitió el chico. La pelota pasó de una mano a la otra—. Tony no puede venir más, porque no lo dejan. Lo vencieron.

—¿Quién no lo deja?

—La gente que hay en el hotel. —Por fin Danny la miró, y en sus ojos no había indiferencia alguna; había miedo, profundo miedo—. Y las... las cosas que hay en el hotel. Cosas de todas clases. El hotel está *lleno* de ellas.

—Tú puedes ver...

—Yo no quiero verlas —dijo el chico en voz baja, y volvió a mirar la pelota, que seguía pasando de mano en mano—. Pero a veces las oigo, por la noche muy tarde. Son como el viento, suspirando todas juntas. En el desván, en el

sótano, en las habitaciones En todas partes. Yo pensé que la culpa era mía, por ser como soy. La llave. La llavecita de plata.

—Danny, no te… no te alteres de esta manera.

—Pero es por *él* también —continuó Danny—. Por papá. Y por ti. Nos quiere a todos. Lo tiene atrapado a papá, lo está engañando, tratando de hacerle creer que es a él a quien más necesita. A quien más necesita es a mí, pero nos atrapará a todos.

—Si el vehículo para la nieve...

—Ellos no lo dejaron —siguió explicando Danny, con la misma voz.

monocorde y sombría—. Fueron ellos los que le hicieron arrojar a la nieve una pieza del vehículo. Bien lejos. Yo lo soñé. Y él sabe que esa mujer está realmente en el 217. —Miró a su madre con los oscuros ojos asustados—. No tiene importancia que tú me creas o no.

Wendy lo rodeó con el brazo.

—Te creo. Danny, dime la verdad. Jack...¿intentará hacernos daño?

—Ellos tratarán de obligarlo —explicó Danny—. Yo estuve llamando al señor Hallorann, que me dijo que si alguna vez lo necesitaba, lo llamara. Y lo hice. Pero es muy difícil y me deja muy cansado. Y lo peor es que no sé si él me oye o no. No creo que él pueda contestarme, porque es demasiado lejos para él. Y no sé si para mí es también demasiado lejos. Mañana .

—¿Qué pasa con mañana?

El chico movió la cabeza.

—Nada.

—¿Dónde está ahora? —pregunto Wendy—. ¿Tu papá?

—Está en el sótano. No creo que esta noche suba.

Súbitamente, Wendy se puso de pie.

—Espérame aquí, solo cinco minutos.

Bajo los tubos de luz fluorescente, la cocina estaba helada y desierta. Wendy fue al estante donde los cuchillos de trinchar pendían de su soporte imantado. Tomó

el más largo y más afilado, lo envolvió en un paño de cocina y salió sin olvidarse de apagar las luces antes.

Danny seguía sentado en las escaleras, siguiendo con los ojos el ir y venir de la pelota entre una y otra mano, cantando.

—*She lives on the twentieth floor uptown, the elevator is broken down. So I walk one-two flighl three flight four...*[8]

(Lou, Lou, salta sobre mí, Lou...)

Danny interrumpió su propia canción, para escuchar *(Salta sobre mí, Lou...)* la voz que hablaba dentro de su cabeza, a tal puntoparte de él, tan aterradoramente próxima, que podría habersido parte de sus propios pensamientos. Suavee infinitamente insidiosa. Comosi se burlara de él.

Como si le dijera:

(Oh sí, sí que te gustará estar aquí. Prueba, que te gustará. Prueba, que te gustaaa....)

Ahora que los oídos se le habían abierto podía oírlos de nuevo: la reunión de fantasmas o espíritus, o tal vez fuera el hotel mismo, un espantoso laberinto de espejos donde todos los espectáculos terminaban en la muerte, donde todos los espantajos pintados estaban realmente vivos, donde los setos se movían, donde una llavecita de plata podía desencadenar la obscenidad. Suspirando suavemente, susurrando, cuchicheando como el interminable viento invernal que de noche jugueteaba bajo los aleros, entonando esa mortífera canción de cuna que los huéspedes del verano ignoraban. Era como el zumbido soñoliento de las avispas que, adormecidas desdeel verano en un avispero subterráneo, empezaran a despertarse. Y estaban a tres mil metros de altura.

(¿En qué se parece un cuervo a un escritorio? ¡Cuanto más arriba menos seguro! ¿No quieres otra taza de té?) Eran ruidos vivientes, pero no voces, ni respiración. Alguien en vena filosófica podría haberhablado del eco de las almas. La abuela de Dick Hallorann, que había crecido allá en el Sur a fines del siglo pasado, habría hablado de

aparecidos. Un psicólogo le habría dado algún nombre largo: resonancia psíquica, psicocinesis, juego telésmico. Pero para Danny no era más que la voz del hotel, del viejo monstruo que crujía incesantemente en torno de ellos, cada vez más cerca: pasillos que ahora se extendían no sólo por el espacio, también por el tiempo, sombras ávidas, huéspedes inquietos que no conseguían descansar.

Enel salón de baile a oscuras, el reloj protegido por el fanal de vidrio anunció las siete y media con una sola nota, melodiosa.

Una voz ronca, que el alcohol hacía brutal, vocifero:

—*¡Quitaos las máscara y todo el mundo a joder!*

Wendy, que regresaba de la cocina, se detuvo bruscamente paralizada.

Miró a Danny, que seguía en la escalera, pasándose la pelota de una a otra mano.

—¿Tú oíste algo?

El chico no hizo más que mirarla y seguir jugando con la pelota.

Poco podrían dormir esa noche, por más que se encerraran juntos bajo llave.

En la oscuridad, con los ojos abiertos, Danny pensaba: *(Lo que quiere es ser uno de ellos y vivir para siempre. Eso es lo que quiere.)*

(Si es necesario, lo llevaré más arriba. Si tenemos que morir, prefiero que sea en la montaña), pensaba Wendy.

Había puesto el cuchillo de trinchar, todavía envuelto en el paño de cocina, debajo de la cama, para tenerlo bien a mano. Madre e hijo dormitaron intermitentemente. El hotel seguía crujiendo en torno de ellos.

Afuera, desdeun cielo que parecía de plomo, había empezado de nuevo a caer la nieve.

40. EN EL SÓTANO

(¡¡¡LA CALDERA LA MALDITA CALDERA!!!)

La idea apareció de pronto en la mente de Jack Torrance, grabada a fuego en brillantes letras rojas. Tras ella, la voz de Watson: *(Si se olvida irá subiendo y subiendo y lo más probable es que usted y toda su familia se despierten en la maldita luna... está regulada para dos cincuenta pero mucho antes de llegar a eso habrá volado... a mí me daría miedo acercarme a ella si está marcando ciento ochenta.)* Jack se había pasado allí toda la noche, recorriendo las cajas de papeles viejos, poseído por la frenética sensación de que el tiempo se acortaba y de que tenía que darse prisa. Y los indicios vitales, las claves que le darían sentido a todo, seguían escapándosele. Tenía los dedos amarillentos y pegajosos de tanto hojear papeles viejos. Y se había dejado absorber tanto que no había vigilado la caldera ni siquiera una vez... La había bajado la noche anterior, a eso de las seis de la tarde, cuando bajó al sótano. Y ahora eran...

Miró su reloj y dio un salto, derribando una pila de recibos viejos.

Cristo, eran las cinco menos cuarto de la madrugada.

A sus espaldas, el horno se sacudía. La caldera emitía una especie de gruñido sibilante.

Corriendo, fue hacia ella. Con lo que había adelgazado en el último mes, y la cara cubierta de una barba de dos días, tenía el aire ausente de un prisionero de campo de concentración.

El manómetro de la caldera señalaba doscientas diez libras por pulgada cuadrada. Jack se imaginó que hasta se veía cómo las viejas paredes de la caldera, soldadas y parcheadas, cedían bajo la fuerza mortífera de la presión.

(Se sube... a mí me daría miedo acercarme a ella si está marcando ciento ochenta...)

De pronto, le habló una voz interior, tentándolo fríamente.

(Déjala que estalle. Vete a buscar a Wendy y a Danny, y largaos de aquí. Déjala que vuele hasta el cielo.)

Podía imaginarse la explosión, como un doble trueno que primero haría pedazos el corazón de ese lugar, después su alma. La caldera volaría con un relámpago anaranjado y violáceo que derramaría sobre todo el sótano una lluvia de esquirlas ardientes. Mentalmente, Jack se imaginó trozos de metal al rojo, rebotando por el suelo, las paredes y el techo como extrañas bolas de billar, atravesando el aire con mortífero silbido. Algunos, naturalmente, atravesarían volando el arco de piedra para ir a caer sobre los viejos papeles que había del otro lado, para convertirlos en un alegre infierno. A destruir los secretos, a quemar las claves; un misterio que ningún ser viviente resolverá jamás. Después vendría la explosión del gas, un gran estallido de llamas restallantes, una gigantesca llama piloto que convertiría en una parrilla la parte central del hotel; escaleras, pasillos, techos y habitaciones, todo en llamas como en el último carrete de una película de Frankenstein. Las lenguas de luego extendiéndose por las alas del hotel, devorando las alfombras entretejidas de azul y negro como huéspedes voraces. El empapelado sedoso achicharrándose, retorciéndose. No había rociadores automáticos; sólo esas anticuadas mangueras, y nadie que las utilizara. Y no había coche de bomberos en el mundo que pudiera llegar hasta allí antes de fines de marzo. Quémate, pequeño, quémate. En doce horas apenas si quedaría el esqueleto.

La aguja del manómetro había llegado a doscientos doce. La caldera crujía y gemía como una vieja que trata de levantarse de la cama. Sibilantes chorros de vapor habían empezado a juguetear en los bordes de los antiguos parches, que goteaban lentamente material de soldar.

Jack no veía ni oía nada. Paralizado con la mano sobre la válvula que podía bajar la presión y amortiguar el fuego, sus ojos resplandecían como zafiros dentro de las órbitas.

(Es mi última oportunidad.)

Lo único que todavía no habían convertido en efectivo era la póliza de seguro de vida que había sacado, él y Wendy, durante el primer verano que estuvieron en

Stovington. Cuarenta mil dólares en caso de muerte, doble indemnización si él o ella morían en un accidente ferroviario o de aviación, o en un incendio.

(Un incendio… ochenta mil dólares.)

Todavía tendrían tiempo de salir. Aunque su mujery su hijo estuvieran durmiendo, tendrían tiempo de salir, creía Jack. Y seguramente, ni los animales del seto ni nada más trataría de retenerlos, si el hotel estaba en llamas.

(Llamas.)

Dentro del dial grasiento, casi opaco, la aguja había llegado a doscientas quince libras por pulgada cuadrada.

Otro recuerdo acudió a él, un recuerdo de su niñez.Detrás de la casa, en las ramas bajas del manzano, había un avispero. Las avispas habían picado a uno de sus hermanos mayores —Jack no podía recordar a cuál, en ese momento—, mientras se columpiaba en el neumático viejo que había colgado su padre de una de las ramas bajas. Había sucedido a fines del verano, cuando las avispas se ponen peores.

Supadre, que acababa de volver del trabajo, vestido de blanco, rodeada la cara por la fina niebla del olor a cerveza, había llamado a los tres varones, Brett, Mike y el pequeño Jacky, para decirles que se iba a deshacer de las avispas.

—Ahora fijaos —les había dicho, sonriente y tambaleándose un poco (por aquel entonces no usaba el bastón, para el choque con el camión lechero faltaban años todavía)—. Tal vez aprendáis algo; esto me lo enseñó mi padre.

Había amontonado con el rastrillo una gran pila de hojas mojadas por la lluvia, bajo la rama donde estaba el avispero, un fruto más letal que las manzanas, arrugadas pero sabrosas, que les ofrecía el árbol para fines de setiembre, pero para eso todavía faltaba un mes. Su padre puso fuego a las hojas. El día era despejado y sin viento. Las hojas se convirtieron en brasas, sin llegar a hacer fuego, y daban un olor —una fragancia— que despertaba resonancias en Jack siempre que, para el otoño, veía a un hombre con la ropa de! fin de semana, rastrillando hojas para quemarlas después. Un

olor dulce pero con un dejo amargo, denso y evocativo. Al arder, las hojas despedían grandes rachas de humo que subían a envolver el avispero.

Durante toda la tarde el padre había dejado que las hojas ardieran lentamente, mientras bebía cerveza en el porche e iba arrojando las latas vacías en el cubo de plástico de su mujer, mientras los dos hijos mayores lo acompañaban y el pequeño Jacky, sentado en los escalones, a sus pies, jugaba absorto, entonando interminablemente, con monotonía, la misma canción: «Tu engañoso corazón., te hará llorar, tu engañoso corazón te lo va a decir.»

A las seis menos cuarto, antes de la cena, papá había vuelto a acercarse al manzano, cuidadosamente seguido por los tres hijos. En una mano llevaba un escardillo, con el que apartó las hojas, dejando montoncitos encendidos que seguían ardiendo un poco antes de extinguirse. Después, con el mango del escardillo hacia arriba, tanteando y parpadeando, en dos o tres golpes consiguió derribar el avispero.

Los chicos corrieron en busca de la protección del porche, pero su papá se quedó junto al avispero, tambaleándose y mirándolo, parpadeante.

Jack volvióa acercarse para ver. Algunas avispas se paseaban torpemente sobre la superficie de su propiedad, pero sin hacer el menor intento de volar.

Desde el interior del avispero, de ese lugar negro y ajeno, llegaba un ruido que Jack jamás habría de olvidar: un zumbido bajo, soñoliento, como el de los cables de alta tensión.

—¿Por qué no tratan de picarte, papi? —había preguntado Jacky.

—Porque el humo las emborracha, Jacky. Ve a buscarme la lata de gasolina.

Jacky corrióa buscarla y papá roció el avispero con la gasolina.

—Ahora apártate, Jacky, si no quieres quedarte sin pestañas.

Jacky se había apartado, mirando cómo, desde algún rincón de los pliegues de su voluminosa blusa blanca, papá sacaba un fósforo de madera, que encendió contra la uña del

pulgar y arrojó sobre el avispero. Había habido una explosión de color blanco y anaranjado, insonora casi en su ferocidad. Con una risa cascada, papá se había alejado del fuego. El avispero desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

—El fuego —había explicado su padre, volviéndose a Jacky con una sonrisa—, el fuego mata cualquier cosa.

Después de la cena, los chicos habían salido para ver, a la última luz del día, el avispero chamuscado y ennegrecido, todos de pie alrededor de él.

Desde el interior, ardiente, salía el ruido de los cuerpos de las avispas, como copos de cereal tostados.

El manómetro marcaba doscientas veinte libras. De las entrañas de la caldera se elevaba un gemido bajo, férreo. Como las espinas de un puercoespín, de su mole se elevaban, rígidos, cien chorros de vapor.

(El fuego mata cualquier cosa.)

Súbitamente, Jack se sobresaltó. Había estado dormitando y su dormitar lo había llevado al borde del juicio final. En nombre de Dios, ¿en qué había estaba pensando? Cuidar del hotel era su trabajo. Él era el vigilante.

El terror le inundó de sudor las manos, de tal manera que en el primer momento no pudo afirmarlas sobre la válvula. Después cerró los dedos en torno a los radios y le hizo dar una vuelta, dos, tres. Se produjo un gigantesco silbido de vapor, como el aliento de un dragón. Una ardiente bruma tropical se elevó desde abajo de la caldera, hasta envolverlo. Durante un momento, sin poder ver el dial, pensó que ya había esperado demasiado; los gimientes retumbos iban en aumento en el interior de la caldera, seguidos por una serie de ruidos entrecortados y por el chirrido del metal al retorcerse.

Cuando el vapor se disipo parcialmente, Jack vio que el manómetro había descendido a doscientas libras y que seguía bajando. Los chorros de vapor que se escapaban alrededor de los parches soldados empezaron a perder fuerza. Los ruidos internos empezaron a disminuir.

Ciento noventa... ciento ochenta ciento setenta y cinco... *(Iba descendiendo la pendiente a ciento cuarenta kilómetros por hora cuando el silbato prorrumpió en un alarido.)* Pero, seguramente, ya no iba a estallar. La presión había bajado a ciento sesenta.

(... y lo encontraron entre los restos, con la mano en el regulador, todo quemado por el vapor de agua.)

Tembloroso, respirando con dificultad, se apartó de la caldera. Se miró las manos y vio las ampollas que va empezaban a formársele en las palmas.

Al demonio con las ampollas, pensó, con una risa estremecida. Había estado a punto de morir con la mano en el regulador, como el mecánico Casey en la novela aquella. Y lo peor era que había estado a puntode matar al «Overlook». Su último fracaso, el decisivo. Había fracasado como maestro, como escritor, como marido y como padre. Hasta como borracho era un fracaso. Pero en la vieja categoría de los fracasados, no se podía ir mucho mas lejos que dejar volar el edificio que —se suponía— uno tenia que cuidar.

Y este no era un edificio cualquiera.

De ningún modo.

¡Cristo!, que falta le hacia un trago.

La presión había descendido a ochenta. Cautelosamente, contraído el rostro por el dolor de las manos, volvióa cerrar la válvula. De ahora en adelante, con la caldera habría que tener más cuidado que nunca. Tal vez hubiera quedado resentida. Durante el resto del invierno, no la dejaría subir a más de cien libras. Y si pasaban un poco de frío, sería cuestión de aguantárselo con buen humor.

Dos de las ampollas se le habían reventado, y las manos le latían como dientes infectados.

Un trago. Una copa era lo que le vendría bien, y en todo el maldito hotel no había más que jerez para cocinar. En ese momento, un poco de alcohol sería curativo. Eso, exactamente, por Dios. Un anestésico. Acababa de cumplir con su debery lo que necesitaba era un poco de anestesia... algo más fuerte que la «Excedrina». Pero no había nada.

Recordólas botellas que destellaban en las sombras.

Acababa de salvar al hotel, y el hotel lo recompensaría; de eso estaba seguro. Sacó el pañuelo del bolsillo de atrás del pantalón y se dirigió a la escalera. Se frotó la boca. Una copita, una sola, para calmar el dolor.

Jack había respondido a la confianza del «Overlook», y ahora el «Overlook» respondería a la suya, qué duda cabía. En los peldaños de la escalera, sus pies eran rápidos y ágiles; los pasos presurosos de un hombre que regresa de una guerra larga y cruel. Eran las cinco y veinte de la mañana, hora de las montañas.

41. A LA LUZ DEL DÍA

Con un grito ahogado, Danny se despertó de una pesadilla terrible.

Había habido una explosión. Un incendio. El «Overlook» se quemaba. Él y su mamá lo miraban desde el césped del frente.

—Mira, Danny, mira los setos —le decía mami.

Cuando él miraba, los setos estaban muertos. Las hojas se les habían puesto de color marrón oscuro. Las ramas, prietas, se veían entre el follaje quemado como el esqueleto de un cuerpo semidescompuesto. Y después su papá había irrumpido por entre las dobles puertas del frente del «Overlook», ardiendo como una tea. Tenía la ropa en llamas, la piel de un color oscuro y siniestro que se ennegrecía más por momentos, el pelo una zarza ardiendo.

En ese momento se despertó, con la garganta cerrada por el terror, las manos contraídas sobre la sábana y las mantas. ¿Habría gritado? Miró a su madre. Wendy estaba tendida de costado, cubierta hasta la barbilla, con un mechón de pelo color de lino caído sobre las mejillas.

Ella misma parecía una niña. No, no había gritado.

De espaldas en la cama, mirando hacia arriba, sintió como la pesadilla comenzaba a disiparse. Tenía la curiosa sensación de que habían escapado por un pelo de algo

(¿un incendio? ¿una explosión?) espantoso. Dejó vagar la mente, en busca de su padre, y lo encontró abajo, en el vestíbulo. Danny se esforzó un poco más, intentando penetrar en su mente. Le hizo daño, porque papá estaba pensando en Algo Malo.

Estaba pensando qué *(bien me vendrían uno o dos qué importa si el maldito sol se pone en algún lugar del mundo ¿recuerdas al que solíamos decir eso? un gin y tonic aguardiente con apenas una gota de bitter whisky con soda ron y alguna cola tweedledum y tweedledee un trago para mí y otro para ti los marcianos habrían aterrizado en algún lugar del mundo princeton o houston o stokely sobre carmichael en algún podrido lugar al fin y al cabo es temporada y ninguno de nosotros está)*

(¡SAL DE SU CABEZA, MOCOSO DE MIERDA!)

El chico se encogió, aterrorizado por esa voz que le habló desdedentro, con los ojos muy abiertos, las manos convertidas en garras sobre el cobertor. No había sido la voz de su padre, sino una imitación, muy hábil.

Una voz que él conocía. Áspera y brutal, pero matizada por una especie de humor fatuo.

¿Estaba tan próximo, entonces?

Retiró las mantas para apoyar los pies en el suelo. Tanteó con los pies las zapatillas que estaban debajo de la cama y se las calzó. Fue hacia la puerta, la abrió y se dirigió presurosamente al corredor principal. Sus pies susurraron sobre la felpa de la alfombra del pasillo. Danny dobló la esquina.

En mitad del corredor, entre él y la escalera, había un hombre en cuatro patas.

Danny se quedó helado.

El hombre levantó los ojos, pequeños y enrojecidos, para mirarlo.

Llevaba una vestimenta plateada, como con lentejuelas. El chico se dio cuenta de que iba vestido de perro. Del trasero de la extraña vestidura salía una cola, larga y floja, terminada en una borla. El traje estaba cerrado por una cremallera que

corría por el lomo hasta el cuello. A la izquierda del hombre había una cabeza de perro o de lobo, con las órbitas vacías sobre el hocico, la boca abierta en un gesto ociosamente amenazador que, por entre los colmillos que parecían de cartón piedra, dejaban ver el dibujo azul y negro de la alfombra.

El hombre tenia la boca, el mentón y las mejillas manchados de sangre.

Empezó a gruñir a Danny. Aunque sonreía, el gruñido era real, venía desde lo más hondo de la garganta, era un ruido escalofriante, primitivo.

Después se puso a ladrar; los dientes también estaban manchados de sangre.

Empezó a avanzar a rastras hacia Danny, arrastrando detrás de sí esa cola invertebrada. La cabeza de perro del traje seguía tirada en la alfombra sin que nadie le hiciera caso, mirando inexpresivamente por encima de Danny.

—Déjame pasar —dijo Danny.

—Voy a comerte, muchachito —anunció el hombre-perro, y de pronto su boca sonriente dejó escapar una serie de ladridos. Por más que fueran una imitación humana, la ferocidad de los ladridos era real. El hombre tenía el pelo oscuro, aceitoso por el sudor que le hacía brotar el traje ajustado. Su aliento olía a whisky escocés y a champaña, mezclados.

Danny retrocedió, pero no huyó.

—Déjame pasar.

—Ni se te ocu-u-rrra —contesto el hombre-perro, con los ojillos enrojecidos fijos atentamente en el rostro de Danny, sin dejar de sonreír—.

Pienso comerte, amiguito. Y creo que voy a empezar por la *pilila*.

Empezó a avanzar con movimientos retozones, a saltitos y mostrando los dientes.

El chico perdió el aplomo y huyó hacia el corto pasillo que conducía al apartamento de ellos, mirando por encima del hombro. Lo siguió una serie de ladridos, aullidos y gruñidos, entrecortados por risitas y balbuceos estropajosos.

Danny se quedó en el pasillo, temblando.

—¡Levántala! —gritaba el hombre-perro, borracho, desdeel corredor principal, con voz violenta a la vez, que desesperada—. ¡Levántala, Harry hijo de puta! ¡No me importa cuantos casinos y líneas aéreas y compañías cinematográficas tengas! ¡Yo se lo que a ti te gusta en la intimidad!

¡Levántala, que yo *resoplaré... y chupare...* hasta que todo lo de Harry Derwent *caiga derribado*.

La diatriba terminó con un aullido largo y estremecedor que pareció convertirse en un alarido de dolor y de cólera antes de extinguirse.

Temeroso, Danny se volvióhacia la puerta cerrada del dormitorio, al extremo del pasillo, y se acerco silenciosamente a ella. La abrió y asomó la cabeza. Su madre seguía durmiendo, exactamente en la misma posición.

Todo eso no lo oía nadie mas que él.

Cerró suavemente la puerta y volvióa la intersección del pasillo con el corredor principal, en la esperanza de que el hombre-perro se hubiera ido, como se había ido también la sangre que Danny había visto en las paredes de la *suite* presidencial. Cautelosamente, espió por el corredor.

El hombre vestido de perro seguía allí. Había vuelto a colocarse la cabeza del disfraz y en ese momento retozaba a cuatro patas junto a la escalera, persiguiéndose la cola. A veces, con un salto se elevaba de la alfombra y volvía a caer sobre ella, con sordos gruñidos.

—¡Guau! ¡Guau! *¡Grrrrr!*

Los ruidos salían con una resonancia hueca de la máscara que imitaba una estilizada mueca amenazante, mezclados con otros ruidos que tanto podrían haber sitio carcajadas como sollozos.

Danny volvióal dormitorio y se sentó sobre su cuna, cubriéndose los ojos con las manos. Ahora, el hotel estaba en pleno despliegue. Tal vez al principio las cosas que habían sucedido no hubieran sido más que accidentes.

Tal vez al principio las cosas que él había visto sólo *fueran*, realmente, imágenes que le daban miedo, pero que

no podían hacerle daño. Pero ahora, esas cosas las controlaba el hotel y eran cosas que *podían* hacer daño.

El «Overlook» no había querido que él viera a su padre, porque con eso podría estropeársele toda la diversión. Por eso había interpuesto en su camino al hombreperro, de la misma manera que había interpuesto, entre ellos y la carretera, los animales del seto.

Pero su papá podría venir hacia él. Y vendría, tarde o temprano.

Danny empezó a llorar. Las lágrimas le rebosaban silenciosamente por las mejillas: era demasiado tarde. Iban a morir allí, los tres, y a la primavera siguiente, cuando el «Overlook» se abriera, ellos seguirían allí para saludar a los turistas, junto con el resto de los aparecidos. La mujer en la bañera. El hombre-perro. Esa cosa horrible y oscura que había en el túnel de cemento.

Estarían... *(¡Basta! ¡Termina con eso!)*

Furiosamente, el chico se enjugó las lágrimas. Él haría todo lo posible para evitar que eso sucediera. A él no tenía que sucederle, ni a su mamá ni a su papá.

Lointentaría con todas sus fuerzas.

Cerró los ojos y concentró su fuerza mental en una dura flecha cristalina.

(¡¡¡DICK VEN PRONTO ESTAMOS EN PELIGRO DICK NECESITAMOS)

Y de pronto, en la oscuridad, detrás de sus párpados, eso que lo perseguía en sus sueños a través de los oscuros pasillos del «Overlook» apareció, estaba *allí, allí* mismo, una enorme criatura vestida de blanco con el garrote prehistórico levantado por encima de la cabeza:

—*¡Ya te haré yo que termines! ¡Cachorro maldito! ¡Ya te haré terminar con eso, porque yo soy tu PADRE!*

—*¡No!* —con un sobresalto, el chico volvióa la realidad del dormitorio, con los ojos muy abiertos en la oscuridad, mientras los gritos salían irrefrenablemente de su boca, ante el espanto de su madre, súbitamente despierta, apretándose contra el pecho la ropa de cama.

—*No, papito, no, no, no...*

Y los dos oyeron el silbido maligno, angustiante, del garrote invisible al descender por los aires, muy cerca, para después desvanecerse en el silencio mientras Danny corría a abrazarse a su madre, como un conejo en una trampa.

El «Overlook» no lo dejaría llamar a Dick. Con eso también se le podía estropear la diversión.

Estaban solos.

Afuera, la nieve caía con más fuerza, aislándolos más del mundo exterior.

42. EN VUELO

A las 6:45 de la mañana, hora del Este, llamaron a los pasajeros para el vuelo de Dick Hallorann, pero a él lo retuvieron en la puerta de embarque, pasándose nerviosamente la bolsa de vuelo de una mano a otra, hasta la última llamada, a las 6:55. Estaban esperando a Carlton Vecker, el único pasajero del vuelo 196 de la «TWA», de Miami a Denver, que no se había presentado.

—Muy bien, tuvo suerte —declaró el empleado mientras entregaba a Hallorann el billete azul de primera clase—. Puede embarcar, señor.

Hallorann subió presuroso por la escalerilla y dejó que, con una sonrisa mecánica, la azafata le cortara el pase, y le devolviera el resto.

—Serviremos el desayuno durante el vuelo —anunció la azafata—. Si quiere usted...

—Café, nada más, niña —respondió Hallorann y se encaminó por el pasillo en busca de un asiento en la sección de fumar, temeroso de que a último momento el demorado Vecker hiciera su aparición como un muñeco sorpresa. La mujer que ocupaba el asiento junto a la ventanilla estaba leyendo *Sea usted su mejor amigo*, con una ácida expresión de incredulidad.

Hallorann se abrochó el cinturón de seguridad y afirmó sus negras manazas sobre los brazos del asiento, mientras para sus adentros prometía al ausente Carlton

Vecker que para sacarlo de allí necesitaría la ayuda de cinco robustos empleados de la «TWA».

No quitaba los ojos del reloj, que se arrastraba con desesperante lentitud hasta las 7.00, la hora fijada para la partida.

A las 7.05, la azafata les informó que habría una pequeña demora mientras el personal de tierra revisaba una de las cerraduras de la puerta de carga.

—Tienen mierda en vez de sesos —masculló Dick Hallorann.

La mujer de rasgos afilados volvió hacia él su expresión de ácida incredulidad y volvió a su libro.

Hallorann se había pasado la noche en el aeropuerto, corriendo de un mostrador a otro, acosando a los empleados que expedían los billetes en

«United», en «American», en «TWA», en «Continental», en «Braniff»... en algún momento, pasada la medianoche, mientras se tomaba el octavo o noveno café en el bar, reconoció que era una estupidez haberse hecho cargo, él solo, de semejante asunto. Para eso estaban las autoridades.

Entonces fue al grupo de cabinas telefónicas más próximo y, después de haber hablado con tres telefonistas diferentes, consiguió el número de urgencia del Parque Nacional de las Montañas Rocosas.

El hombre que contestó al teléfono daba la impresión de estar a punto de morirse de cansancio. Hallorann le había dado un nombre falso, tras lo cual le informó que había problemas en el «Overlook Hotel», al oeste de Sidewinder.

Problemas graves.

Le dijeron que esperara.

Después de unos cinco minutos, el guardabosques (Hallorann supuso que era un guardabosques) regresó.

—Allá tienen un radiotransmisor-receptor —le informó.

—Ya sé que lo tienen —contestó Hallorann.

—Y no hemos tenido ninguna llamada de ellos.

—Hombre, eso qué importa. Están...

—¿Cuál es exactamente el problema que tienen, señor Hall?

—Bueno, hay una familia allí. El vigilante y su familia. Creo que quizá él no esté muy bien de la cabeza ¿sabe? Es posible que llegue a atacar a su mujer y a su hijito.

—¿Puedo preguntarle cómo es que tiene usted esa información, señor?

Hallorann cerró los ojos.

—¿Cómo se llama usted, amigo?

—Tom Staunton, señor.

—Pues bien, Tom, *lo sé*. Le diré las cosas en la forma más sencilla que pueda. Allá arriba hay problemas graves. Posiblemente algo mortal, ¿se da cuenta de lo que estoy diciendo?

—Señor Hall, realmente necesito saber de qué manera...

—Escuche —había insistido Hallorann—, le digo que *lo sé*. Hace unos años, allí hubo otro tipo, de apellido Grady, que mató a su mujer y a sus dos hijas y después se ahorcó. ¡Le digo que va a suceder lo mismo si no se dan ustedes prisa para evitarlo!

—Señor Hall, usted no está hablando desde Colorado.

—No, pero no veo que importancia...

—Si no esta en Colorado, no le llega la frecuencia de la radio del hotel. Y si no está en esa frecuencia, no tiene manera de haberse puesto en contacto con la, a ver — débil ruido de papeles—. Con la familia Torrance.

Mientras esperaba usted, intenté telefonearles, pero la línea está cortada, lo que no es nada raro. Todavía hay cuarenta kilómetros de líneas telefónicas aéreas entre el hotel y la central telefónica de Sidewinder. Mi conclusión es que debe ser usted algún bromista chillado.

—Oh, que estupidez... —la desesperación de Hallorann no le dejó terminar la frase. Súbitamente, se iluminó—. ¡Llámelos! —gritó.

—*¿Cómo?*

—Usted tiene el radiotransmisor en la misma frecuencia que ellos.

¡Llámelos, entonces! ¡Llámelos y pregúnteles qué pasa!

Se hizo un breve silencio, y Hallorann oyó el zumbido de los cables.

—Ah, ¿ya lo intentó también, entonces? —preguntó—. Por eso me tuvo esperando tanto tiempo. Probó con el teléfono y después con la radio, sin conseguir *nada*, pero de todas maneras no piensa que nada ande mal ¿para que están ustedes allí arriba? ¿Para estar sentados en sus traseros jugando a las cartas?

—No, para eso no —contesto Staunton, enojado. Hallorann se sintió aliviado al percibir emoción en la voz. Por primera vez, tenía la sensación de estar hablando con un hombre, no con una grabación—. Aquí no hay nadie más que yo, señor, todos los demás guardabosques del parque, *más* los guardas del coto, *más* un grupo de voluntarios, están en Hasty Notch, arriesgando la vida porque a tres idiotas con seis meses de experiencia en montañismo se les ocurrió escalar la ladera norte del King's Ram. Se quedaron atascados a mitad de camino y tal vez puedan bajar y tal vez no.

Hemos mandado allá dos helicópteros, y los hombres que los pilotan también se están jugando la vida, porque aquí es de noche y está empezando a nevar. Así que si a usted todavía le cuesta entenderlo, le echaré una mano. Primero, no tengo a nadie a quien mandar al «Overlook».

Segundo, aquí la prioridad no le corresponde al «Overlook»; le corresponde a lo que suceda en el parque. Tercero, para cuando amanezca ninguno de los helicópteros podrá volar, porque el Servicio Meteorológico Nacional anuncia una nevada de mil demonios. ¿Entiende usted la situación?

—Sí, la entiendo —había dicho Hallorann, en voz baja.

—Además, la explicación que se me ocurre de por que no puedo comunicar por radio con ellos es muy sencilla. No sé qué hora será donde está usted, pero aquí son las nueve y media. Me imagino que la desconectaron y se fueron a dormir. Ahora, si quiere...

—Buena suerte para sus montañeros, hombre —le deseó Hallorann—.

Pero créame que no son los únicos que se quedaron atascados allá arriba por no haber sabido en qué se metían.

Después cortó la comunicación.

A las 7:20 de la mañana, el «747» de «TWA» empezó lentamente a rodar hacia la pista de despegue. Halloran dejó escapar, silenciosamente, un largo suspiro, Carlton Vecker, seas quien fueres, perdiste.

El vuelo 196 despegó a las 7:28, y a las 7:31, mientras el aparato iba ganando altura, la pistola mental volvióa dispararse dentro de la cabeza de Hallorann. Se encogió inútilmente para escapar del olor a naranjas y después se estremeció, impotente, con la frente contraída, la boca tensa en un gesto de dolor.

(¡¡¡DICK. VEN PRONTO ESTAMOS EN PELIGRO. DICK TE NECESITAMOS!!!)

Y eso fue todo. Un corte repentino. Esta vez no fue esfumándose gradualmente. La comunicación quedó limpiamente cortada, como de una cuchillada. Hallorann se asustó. Las manos, que seguían aferradas a los brazos del asiento, se le habían puesto casi blancas. Tenía la boca seca. Algo le había sucedido al chico, estaba completamente seguro. Si alguien había hecho daño a esa criatura...

—¿Siempre tiene usted una reacción tan violenta ante el despegue?

Se dio la vuelta. Era la mujerde gafas.

—No fue eso —respondió Hallorann—. Es que tengouna plancha de acero en la cabeza, de cuando estuve en Corea. De vez en cuando, las vibraciones me molestan, es como si me diera una sacudida.

—¿De veras?

—Sí, señora.

—Siempre es el soldado raso el que en última instancia paga nuestro intervencionismo en el extranjero —declaró hoscamente la mujer.

—¿Le parece?

—Seguro. Este país no debería seguir con esas pequeñas guerras sucias. La CIA ha estado en la base de todas las pequeñas guerras suciasen que se han metido los Estados Unidos en lo que va del siglo. La CIA y la diplomacia del dólar.

Abrió su libro y empezó a leer. La señal de NO FUMAR se apagó.

Hallorann miró alejarse la tierra y pensó si el chico estaría bien. Le había tomado cariño a ese chico, aunque los padres no le habían parecido gran cosa.

Ojalá estén cuidándolo como Dios manda, pensó.

43. INVITALA CASA

Jack estaba en el comedor, sin haber pasado todavía las puertas dobles que daban al Salón Colorado, con la cabeza inclinada, escuchando, con una débil sonrisa.

En torno a él, podía sentir cómo el «Overlook Hotel» cobraba vida.

Era difícil decir exactamente cómo lo sabía, pero se daba cuenta de que lo que le sucedía no era muy diferente de las percepciones que tenía Danny de tiempo en tiempo... de tal padre, tal hijo. ¿No era así como se decía popularmente?

No era una percepción visual ni sonora, aunque se aproximara mucho a ellas, ya que lo que la separaba de tales sentidos no era más que una levísima cortina perceptiva. Era como si a escasos centímetros de este «Overlook» hubiera otro, separado del mundo real (si es que hay algo a lo que se pueda llamar el «mundo real», pensó Jack), pero que gradualmente iba equilibrándose con él. Se acordó de los filmes tridimensionales que había visto de niño. Si uno miraba la pantalla sin las gafas especiales, se veía una doble imagen... algo un poco parecido a lo que sentía en ese momento. Pero cuando se ponía uno las gafas todo tenía sentido.

Enese momento, todas las épocas del hotel estaban justas, todas salvo la actual, la Era de Torrance... que tampoco tardaría

mucho en reunirse con las demás. Qué bien estaba eso. Muy bien.

Casi alcanzaba a oír el arrogante *¡ding!¡ding!*de la campanilla plateada del mostrador de recepción, que iba llamando a los botones para que atendieran a clientes vestidos con los trajes de franela que imponía a los elegantes la década de 1920, y con las americanas cruzadas y a rayas de la de 1940, que iban y venía.Frente a la chimenea había tres monjas sentadas en el sofá, esperando a que la cola disminuyera, y tras ellas, garbosamente vestidos con alfileres de diamante en las corbatas estampadas en azul y blanco, Charles Gordin y Vito Gienelli hablaban de ganancias y pérdidas, de vidas y muertes. En el patio de atrás, una docena de camiones descargaban mercaderías, algunos superpuestos uno encima de otro como en una foto con doble exposición. En el salón de baile del ala este, se realizaban al mismo tiempo una docena de convenciones de negocios diferentes, a centímetros de distancia temporal una de otra. Se celebraba un baile de disfraces. Había veladas, fiestas de bodas, cumpleaños y reuniones de aniversario. Hombres que hablaban de Neville Chamberlain y del archiduque de Austria. Música. Risas. Borrachera. Histeria. No había mucho amor aquí, pero sí una constante corriente soterrada de sensualidad. Una corriente que Jack casi podía oír, recorriendo todo el hotel en una graciosa cacofonía. En el comedor donde él estaba se servían simultáneamente a sus espaldas los desayunos, almuerzos y cenas de setenta años. Casi se los podía... no, borremos el *casi*. Se los *podía* oír, débilmente todavía, pero con claridad, como oye, uno el trueno a kilómetros de distancia en un ardiente día de verano. Se los podía oír a todos aquellos hermosos extranjeros.Jack empezaba a percibir la existencia de ellos como ellos debían de haber percibido, desde el primer día, la existencia de él.

Esa mañana, todas las habitaciones del «Overlook» estaban ocupadas.

La casa llena.

Y del otro lado de las dobles puertas de vaivén llegaba el bajo murmullo de las conversaciones y se

elevaban como volutas ociosas de humo de tabaco. Todo más sofisticado, más íntimo. Risas graves y guturales de mujeres, de esas risas que parecen formar un anillo mágico de vibraciones en torno a las vísceras y a los genitales. El ruido de una caja registradora, la ventanilla débilmente iluminada en la cálida oscuridad, mientras iba marcando el precio de un gin tonic, un Manhattan, un Depression Bomber, un gin fizz, un zombie. El tocadiscos de monedas, que vertía suavemente sus melodías para los bebedores, superpuestas todas una con otra en el tiempo...

Jack empujó las puertas de vaivén y pasó a través de ellas.

—Hola, muchachos —saludó suavemente Jack Torrance—. Aquí me tenéis de vuelta.

—Buenas noches, señor Torrance —le respondió Lloyd, muy complacido—. Encantado de verlo.

—Y yo encantado de volver, Lloyd —dijo gravemente Jack, mientras apoyaba una nalga sobre un taburete, entre un hombre trajeado de azul brillante y una mujer de ojos legañosos de negro que clavaba la vista en las profundidades de un vaso de Singapur.

—¿Qué va a ser, señor Torrance?

—Martini —respondió Jack, encantado. Miró hacia el fondo del bar, con sus hileras de botellas que relucían en la penumbra, con sus pequeños tapones que eran sifones plateados. Jim Beam. Wild Turkey. Gilby's. Sharrod's Private Label. Todo. Seagrams's. Por fin de vuelta.

—Un Marciano grande, por favor —pidió—. En algún lugar del mundo ya han aterrizado, Lloyd —sacó la cartera y cuidadosamente extendió sobre el mostrador un billete de veinte dólares.

Mientras Lloyd le preparaba la bebida, Jack miró por encima del hombro. Todos los reservados estaban ocupados, y algunos de sus ocupantes vestían... una mujer con pantalones orientales de gasa y el corpiño salpicado de diamantes de imitación, un hombre con una cabeza de zorro que asomaba astutamente de la camisa almidonada, otro con un disfraz de perro, lleno de lentejuelas, que para regocijo general hacía

cosquillas con la borla que tenía en la punta de la cola en la nariz de una mujer envuelta en un sarong.

—A usted no se le cobra, señor Torrance —le informo Lloyd, mientras dejaba la copa sobre los veinte dólares de Jack—. Su dinero no se acepta aquí, por orden del director.

—¿Del director?

Aunque súbitamente se sintió un poco inquieto, Jack levantó la copa con el martini y la hizo girar, mirando como se mecía levemente la aceituna en las heladas profundidades de la bebida.

—Claro, del director —la sonrisa de Lloyd se hizo más amplia, pero sus ojos se perdían en la sombra y tenía la piel de un blanco horrible, como si fuera un cadáver —. Y después espera ocuparse personalmente del bienestar de su hijo. Está muy interesado por su hijo, Danny es un chico inteligente.

Los vapores de la ginebra le daban un mareo placentero, pero también parecía que estuvieran obnubilándole la razón. ¿Danny? ¿A que venía todo eso sobre Danny? ¿Y qué hacia él en un bar, con una copa en la mano?

Había jurado ABSTENERSE, se había SUBIDO AL FURGÓN y había ROTO su juramento.

¿Para qué podían querer a su hijo? ¿Para que podían querer a Danny?

Wendy y Danny no tenían nada que ver en todo eso. Jack intentó leer algo en los oscuros ojos de Lloyd, pero eran demasiado oscuros, demasiado; era como tratar de hallar emociones en las órbitas vacías de una calavera.

(Es a mí quien quieren... ¿no es verdad? Soy el único. No a Danny, ni a Wendy. Es a mí a quien le encanta estar aquí. Ellos querían irse. Soy yo quien se ocupo del vehículo para la nieve... quien recorrió los viejos archivos... yo bajé la presión de la caldera ... yo mentí... vendí el alma, prácticamente; ¿para que puede interesarles Danny?)

—¿Dónde está el director? —intentó hacer la pregunta con aire casual, pero parecía que las palabras le brotaran de

los labios ya empastadas por el primer trago; eran las palabras de una pesadilla, más bien que de un sueño.

Lloyd sólo sonrió.

—¿Que quieren ustedes con mi hijo? Danny no tiene nada que ver en... ¿verdad? —le impresionó la angustiosa súplica de su propia voz La cara de Lloyd daba la impresión de estar desmoronándose, cambiando, convirtiéndose en algo pestilente. La piel blanca se resquebrajaba, se ponía de un amarillo hepático; en ella se abrían llagas rojas de las que rezumaba un liquido de olor inmundo. Como un sudor rojo, en la frente de Lloyd aparecieron gotitas de sangre, mientras en alguna parte, con un sonido argentino, un carillón marcaba el cuarto de hora.

(¡A quitarse las máscaras, a quitarse las máscaras!)

—Beba usted su martini, señor Torrance —aconsejó suavemente Lloyd—, que lo demás no es asunto que a usted le concierna, a esta altura.

Jack volvió a levantar la copa y se la llevo a los labios, pero titubeó. De pronto oyó el chasquido áspero, horrible, del hueso de Danny al romperse.

Vio la bicicleta que volaba por encima de la cubierta del motor del coche de Al y se estrellaba contra el parabrisas. Vio una sola rueda tendida en la carretera con los radios retorcidos apuntando al cielo como las destrozadas cuerdas de un piano.

De pronto, se dio cuenta de que todas las conversaciones se habían interrumpido.

Volvió a mirar por encima del hombro: todos estaban mirándolo expectantes, en silencio. El hombre que jugaba junto a la mujer del sarong se había quitado la cabeza de zorro y Jack vio que era Horace Derwent, con el pelo de un color rubio pálido caído sobre la frente. Todos los que estaban en el bar también lo miraban. La mujer que tenía a su lado lo observaba atentamente, como intentando ponerlo en foco. El vestido se le había resbalado del hombro y al mirar hacia abajo Jack distinguía el pezón arrugado que remataba un pecho caído. Cuando volvió a mirarla en la cara, empezó a pensar que esa podría ser la mujer de la habitación

217, la que había intentado estrangular a Danny. Al otro lado de él, el hombre de traje azul había sacado del bolsillo de la americana un pequeño revolver de calibre 32, con cachas de nácar, y lo hacia girar ociosamente sobre el mostrador, como si estuviera pensando en una ruletarusa.

(Quiero...)

Al darse cuenta de que las palabras no salían de sus cuerdas vocales, paralizadas, volvió a empezar.

—Quiero ver al director. No... no creo que él entienda que mi hijo nada tiene que ver con esto. Es...

—Señor Torrance —la voz de Lloyd, de aborrecible cortesía, le llegaba desdeun rostro asolado por las llagas—, ya verá usted al director a su debido tiempo, puesto que, de hecho, ha decidido que sea usted su representante en este asunto. Ahora bébase esa copa.

—Bébase esa copa —le hicieron eco los demás.

Jack la levanto, con una mano que temblaba incontrolablemente. Era gin puro. Miró dentro de la copa y sintió que se ahogaba.

—Traed... el barril... grande... y., nos reiremos... en grande... —empezó a cantar la mujer que estaba a su lado, con voz muerta y sin inflexiones.

Lloyd se unió a la canción, y lo mismo hizo el hombre de traje azul.

También el hombre-perro se les unió, marcando el compás con una pata sobre la mesa.

—¡Es el momento de traer el barril...

La voz de Derwent se sumo a las de los demás. Tenia un cigarrillo en un ángulo de la boca, con aire jactancioso. Con el brazo derecho rodeaba los hombros de la mujer del sarong, mientras la mano, suavemente y con aire ausente, le acariciaba un pecho. AI mismo tiempo que cantaba miraba, con divertido desprecio al hombreperro.

—...ahora que estamos todos aquí!

Jack se llevó el vaso a la boca y en tres largos tragos apuróla bebida.

El gin le pasó por la garganta como un camión por un túnel, le estalló en el estomago y de un salto rebotó al cerebro, donde se apoderó finalmente de él con un estremecimiento convulsivo.

Una vez pasado el choque, se sintió estupendamente.

—Otro, por favor —pidió, empujando hacia Lloyd la copa.

—Sí, señor —asintió el barman cogiendo el vaso. Lloyd parecía otra vez perfectamente normal. El hombre de cutis oliváceo había vuelto a guardar su 32. A su derecha, la mujertenía de nuevo los ojos clavados en su Singapur, ahora con un pecho totalmente al descubierto, descansando sobre el bordede cuero de la barra. De la boca entreabierta salía una especie de arrullo vacío. El murmullo de las conversaciones se había reiniciado, y otra vez iba y venía, como una lanzadera.

Frente a él se materializó la copa pedida.

—*Muchas gracias*[9], Lloyd —dijomientras la alzaba.

—Siempre encantado de servirlo, señor Torrance —le sonrió Lloyd.

—Fue usted siempre el mejorde todos, Lloyd.

—Muy amable de su parte, señor.

Esta vez, Jack bebió lentamente, dejando que el licor se le escurriera por la garganta, acompañado en su caída por algunos cacahuetes, que siempre daban suerte.

Enun abrir y cerrar de ojos el gin había desaparecido, y Jack pidió otro. Señor Presidente, después de mi entrevista con los marcianos tengo la satisfacción de informarle que su actitud es amistosa. Mientras Lloyd le preparaba la bebida, Jack empezó a buscar en los bolsillos una moneda para echar en el tocadiscos. Volvió a pensar en Danny, pero ahora la cara de su hijo se le presentaba placenteramente borrosa, indescriptible. Una vez le había hecho daño, pero eso fue antes de que aprendiera a manejarse con la bebida. En una época que había quedado atrás. Jamás volvería a hacer daño a su hijo.

Por nada del mundo.

44. CONVERSACIONES EN LA FIESTA

Ahoraestaba bailando con una hermosa mujer.

No tenía idea de la hora que era, del tiempo que había pasado en el Salón Colorado ni de cuánto hacía que estaba allí, en el salón de baile. El tiempo ya no importaba.

Tenía vagos recuerdos: el de haber escuchado a un hombre que había triunfado como cómico en la radio, y después, un artista de variedades, en los primeros tiempos de la TV, contando una historia larguísima y muy divertida sobre incesto entre hermanos siameses; el de haber visto a la mujer con pantalones de odalisca y corpiño de lentejuelas haciendo un *striptease* lento y sinuoso, al ritmo obsesivo y retumbante de una música del tocadiscos (que le había parecido el tema musical de David Rose para *The Stripper*); haber atravesado el vestíbulo en medio de otros dos hombres, vestidos ambos con un traje de etiqueta anterior a la década del 20, cantando los tres algo sobre una mancha seca que había en los calzones de Rosie O'Grandy. Le parecía recordar que al mirar el parque había visto linternas japonesas colgadas en graciosos arcos que se curvaban siguiendo la dirección de la entrada para coches, que resplandecían en suaves tonos pastel como sombrías joyas. El gran globo de cristal que pendía del cielo raso de la terraza estaba encendido, y los insectos nocturnos chocaban contra él y se metían dentro, y una parte de él, tal vez la última chispa, diminuta, de sobriedad, intentaba decirle que eran las seis de una mañana de diciembre.

Pero el tiempo había quedado anulado.

(Los argumentos contra la locura caen con un leve sonido ahogado capa sobre capa..)

¿De quién era eso? ¿De algún poeta que había leído mientras era estudiante? ¿De algún estudiante poeta que ahora estaría vendiendo lavadoras en Wausau o pólizas de seguros en Indianápolis? ¿O tal vez algo original de él mismo? Qué importaba.

(La vaca es un animal/todo forrado de cuero/tiene las patas tan largas/que le llegan hasta el suelo...)

Se rió, sin poderevitarlo.

—¿De qué te ríes, cariño?

De nuevo se encontró ahí, en el salón de baile. La araña estaba encendida y las parejas daban vueltas en torno de ellos, algunos disfrazados y otros no, al sonido terso de alguna banda de posguerra...pero, ¿de qué guerra? ¿Podía acaso estar seguro?

No, claro que no. Sólo estaba seguro de una cosa: de que estaba bailando con una mujer bella.

Era alta, de pelo castaño, se envolvía en una adherente túnica de satén blanco, y bailaba muy cerca de él, con los pechos suave y deliciosamente oprimidos contra su pecho. Una mano blanca se entrelazaba a la suya. El rostro estaba semicubierto por un pequeño antifaz con lentejuelas, y el pelo, cepillado a un lado, caía en una cascada suave y brillante que parecía remansarse en el valle formado por los hombros de ambos al tocarse. La falda del vestido era larga, pero Jack sentía los muslos de ella contra las piernas, de vez en cuando, y cada vez estaba más seguro de que su compañera estaba lisa y llanamente desnuda bajo la túnica *(es lo mejor para sentir tu erección, cariño mío)* y él se sentía más bien al rojo vivo. Si a ella le molestaba, lo disimulaba muy bien; cada vez se arrimaba más a él.

—De nada, tesoro —contestó, y volvióa reírse.

—Tú me gustas —susurró ella, y Jack pensó que su perfume era como el de los lirios, una fragancia secreta que emanaba de grietas revestidas de musgo verde, de lugares donde el sol es breve y las sombras largas.

—Tú también me gustas.

—Podríamos subir, si quieres. Se supone que estoy con Harry, pero ni se dará cuenta. Está demasiado ocupado en fastidiar al pobreRoger.

La pieza terminó. Hubo una ráfaga de aplausos y, casi sin dar un respiro, la orquesta atacó *Mood Indigo.*

Al mirar por encima del desnudo hombro de ella, Jack vio a Derwent, de pie junto a la mesa, acompañado por la muchacha del sarong. El mantel blanco que cubría la mesa estaba lleno de botellas de champaña en sus correspondientes cubos de hielo, y Derwent tenía en la mano una botella recién abierta. A su alrededor se había formado un grupo que reía a carcajadas. Frente a él y a la chica envuelta en el sarong, Roger hacía grotescas piruetas, a cuatro patas, arrastrando lentamente la cola. En ese momento estaba ladrando.

—¡Habla, muchacho, habla! —le ordenó Harry Derwent.

—¡Guau, guau! —respondió Roger y todos aplaudieron; algunos hombres silbaron.

—Ahora, siéntate. ¡Siéntate, perrito!

Roger se enderezó, en cuclillas. El hocico de la máscara seguía inmovilizado en su eterno mostrar los dientes. Por los agujeros de los ojos, los ojos de Roger brillaban con frenética y sudorosa hilaridad. Al enderezarse, extendió los brazos, dejando colgar las manos.

—¡Guau, guau!

Derwent volcó la botella de champaña, derramando un Niágara de espuma sobre la máscara que lo miraba. Roger hizo unos ruidos frenéticos, chapoteantes, entre los aplausos de todos. Algunas mujeres chillaban de risa.

—¿No es gracioso este Harry? —preguntó la compañera de Jack, volviendo a oprimirse contra él—. Todo el mundo lo dice. Transmite y recibe en dos bandas, sabes... y el pobre Roger, solamente en una. Una vez... pero de esto hace *meses*, ¿eh?, se pasó un fin de semana con Harry en Cuba, y ahora lo sigue por todas partes, meneando el rabito tras él.

Se rió, y la fragancia de los lirios subió de ella en una oleada.

—Pero claro, Harry no quiere saber nada de segundas partes en esa banda, por lo menos... y Roger está *enloquecido*. Harry le dijo que si venía al baile de máscaras disfrazado de perrito, pero de perrito *listo*, tal vez lo volvería a pensar, y Roger es *tan* estúpido que...

La pieza terminó. Hubo más aplausos, y los músicos empezaron a bajar del estrado para tomarse un descanso.

—Discúlpame, encanto —dijo ella de pronto—. Hay alguien a quien *tengo* que... ¡Darla! Darla, *queridísima*, ¿dónde te habías *metido*?

Se le escapo entre la muchedumbre que comía y bebía, mientras Jack la seguía estúpidamente con la mirada, preguntándose como era que había llegado a bailar con ella, para empezar. No podía recordarlo. Parecía que los incidentes se hubieran sucedido sin relación alguna. Primero aquí, después allá, en todas partes. La cabeza le daba vueltas; sentía olor a lirios y a bayas de enebro. Junto a la mesa cubierta de bebidas y de comestibles, Derwent sostenía ahora un diminuto sandwich triangular sobre la cabeza de Roger, mientras lo instaba, para general regocijo de los espectadores, a que diera un salto mortal. La máscara de perro miraba hacia arriba; los costados subían y bajaban como fuelles. De pronto, Roger dio un salto, bajando la cabeza y procurando dar la vuelta en el aire. Saltó demasiado bajo, y estaba demasiado exhausto; aterrizó torpemente de espaldas, golpeándose la cabeza contra las baldosas. De la máscara de perro salió un áspero gruñido.

Derwent inició los aplausos.

—¡De nuevo, perrito! ¡De nuevo!

Inmediatamente, los espectadores empezaron la melopea —*de nuevo, de nuevo* —, mientras Jack, sintiéndose vagamente asqueado, buscaba tambaleante la salida.

Estuvo a punto de caerse sobre el carrito de las bebidas, que transportaba un hombre ceñudo, de chaquetilla blanca. Al golpear con el pie contra el estante inferior del carrito, las botellas y sifones entonaron una azarosa melodía.

—Disculpe —farfulló Jack, que de pronto se sentía encerrado y claustrofóbico; quería salir. Quería que el «Overlook» volviera a ser como había sido, que quedara libre de esos huéspedes indeseables. A él no le demostraban el respeto debido como verdadero iniciador del camino; no era

sino un extra más entre diez mil, un perrito que se hacía el muerto o se sentaba según lo que le ordenaran.

—No tiene importancia —contestó el hombre de la chaquetilla blanca, y a Jack le sonó a surrealista el inglés tajante y pulido viniendo de esa cara de facineroso—. ¿Una copa?

—Un martini.

A espaldas de él volvieron a estallar las risas: Roger estaba aullando la melodía de *Home on the Range*. Alguien lo acompañaba en el piano «Steinway».

—Sírvase usted.

Sintió que le ponían en la mano el vaso helado y bebió con agradecimiento; el gin volvía a atacar y desmoronar los primeros atisbos de sobriedad.

—¿Está bien, señor?

—Perfecto.

—Gracias, señor.

El carrito echó a rodar de nuevo.

De pronto, Jack tendió la mano para tocar al camarero en el hombro.

—¿Sí, señor?

—Perdón, pero... ¿cómo se llama usted?

El otro no pareció sorprendido.

—Grady, señor. Delbert Grady.

—Pero usted... Quiero decir que…

El camarero lo miraba cortésmente. Jack volvióa hacer el intento, aunque sentía la boca empastada por el gin y una sensación de irrealidad; cada palabra le parecía tan grande como un cubo de hielo.

—¿No trabajó usted aquí como vigilante una vez? Cuando... Fue cuando usted...

—pero no pudo terminar. Le resultaba imposible decirlo.

—Pero no, señor. No lo creo.

—Pero su mujer... y sus hijas...

—Mi mujer trabaja como ayudante de cocina, señor. Y las niñas ya están dormidas, por cierto. Es demasiado tarde para ellas.

—Pero usted fue el vigilante. Usted... —*¡Demonios, dilo!*—. Usted las mató.

En el rostro de Grady no se leía más que inexpresiva cortesía.

—Yo no recuerdo absolutamente nada de todo eso, señor.

El vaso estaba vacío. Grady se lo quitó de los dedos, sin que Jack se resistiera, y empezó a prepararle otra copa. En el carrito traía un pequeño cubo de plástico blanco, lleno de aceitunas, que por alguna razón le hicieron pensar a Jack en cabezas cortadas. Hábilmente, Grady ensartó una, la dejó caer dentro del vaso y se lo entregó.

—Pero usted...

—El vigilante es *usted*, señor —articuló suavemente Grady—. *Siempre* ha sido usted el vigilante. Estoy seguro, señor, porque yo siempre he estado aquí. El mismo director nos contrató a los dos, al mismo tiempo. ¿Está bien así, señor?

Jack se bebió de golpe el martini, sintiendo que la cabeza le daba vueltas.

—El señor Ullman...

—No conozco a nadie de ese nombre, señor.

—Pero es que él...

—El director —dijo Grady—, es el *hotel*, señor. Supongo que se da usted cuenta de quien lo contrato a usted, señor.

—No —dijo dificultosamente Jack—. No, yo…

—Creo que debe usted hablarlo más con su hijo, señor Torrance. Él lo comprende todo, por más que no se lo haya explicado a usted. Muy criticable de su parte, señor, si me permite el atrevimiento de decirlo. En realidad, lo ha contrariado a usted casi constantemente, ¿no es verdad? Y no tiene todavía seis años.

—Sí, eso es —asintió Jack. Desde atrás de ellos llegó otra ráfaga de risas.

—Es necesario que lo corrija usted, si no le molesta a usted que se lo diga. Es necesario que hable un poco con él, y tal vez algo más. A mis hijas, señor, al

principio no les importaba el «Overlook». Una de ellas llegó incluso a sustraerme una caja de cerillas e intentó pegarle fuego. Pero yo las corregí; las corregí con toda severidad. Y cuando mi mujer intentó impedirme que cumpliera con mi deber, la corregí a ella también —miró a Jack con una floja sonrisa inexpresiva—. En mi opinión, es un hecho, triste pero cierto, que las mujeres rara vez entienden la responsabilidad de un padre hacia sus hijos.

Maridos y padres tienen cierta responsabilidades, ¿no es así, señor?

—Si —coincidió Jack.

—Ellas no querían al «Overlook» como yo lo quería —siguió evocando Grady, mientras empezaba a preparar otra copa. En la botella de gin, invertida, se elevaron plateadas burbujas—. Como tampoco lo quieren su mujer y su hijo... por el momento, en todo caso. Pero ya llegarán a quererlo. Debe usted mostrarles el error en que se encuentran, señor Torrance. ¿No le parece?

—Sí. Claro que sí.

Bien que lo veía. Había sido demasiado blando con ellos. Maridos y padres, tenían ciertas responsabilidades. Papá lo sabe mejor. Ellos no comprendían. Y en realidad, eso no era ningún pecado, pero es que *a propósito* no entendían. En general, Jack no era hombre duro. Pero creía en el castigo, eso sí. Y si su mujer y su hijo se ponían a propósito en contra de sus deseos, *en contra de las cosas que el sabía que eran lo mejor para ellos*, entonces, ¿no tenía hasta cierto punto el deber...?

—Un hijo desagradecido es peor que la mordedura de una serpiente

—dijo Grady mientras le entregaba la bebida—. Realmente, creo que el director podría poner en línea a su hijo. Y a su mujer también. ¿No cree usted, señor?

De pronto, Jack dudó.

—Yo... es que... tal vez ellos podrían irse, quiero decir que, después de todo, a quien quiere el director es a mí, ¿no es eso? Tiene que ser, porque...

Porque ¿qué? Jack sentía que debería saberlo, pero no. Su pobrecerebro se sumergía.

—¡Perromalo! —decía Derwent en alta voz, entre un contrapunto de risas—. Perro malo, que te haces pis en la alfombra.

—Naturalmente —Grady se inclinó sobre el carrito para hablarle en tono confidencial—, usted sabe que su hijo intenta introducir en todo esto a un extraño. Su hijo tiene un talento muy grande, que el director podría emplear para introducir mejoras en el «Overlook», para, enriquecerlo, digamos. Pero su hijo está empeñado en emplear ese verdadero talento contra nosotros Es testarudo, señor Torrance. Muy testarudo.

—¿A un extraño? —pregunto Jack, estúpidamente.

Grady asintió, sin hablar.

—¿Quién?

—Un negro —respondió Grady—. Un cocinero negro.

—¿Hallorann?

—Creo que ése es su nombre, señor, sí.

Un nuevo estallido de risas detrás de ellos fue seguido por la voz de Roger que decía algo en quejoso tono de protesta.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —empezó a salmodiar Derwent. Los que lo rodeaban le hicieron eco, pero antes de que Jack alcanzara a oír qué era lo que querían ahora que hiciera Roger, la orquesta empezó a tocar de nuevo, esta vez *Tuxedo Junction*, con mucho saxo dulzón, pero con poca alma.

(¿Alma? Todavía nadie ha inventado el alma. ¿O no es así?)

(Un negro... un cocinero negro.)

Jack abrió la boca para hablar, sin saber lo que podría salirle. Lo que le salió fue:

—Me dijeron que usted no había terminado la escuela secundaria, pero su manera de hablar no es la de un hombre inculto.

—Es verdad que dejé muy temprano mi educación formal, señor. Pero el director se ocupa de su personal. Considera

que eso le rinde. La educación siempre rinde, ¿no cree usted, señor?

—Sí —asintió Jack, aturdido.

—Por ejemplo, usted demuestra gran interés en saber más sobre el «Overlook Hotel». Muy sensato por su parte, señor. Muy noble. En el sótano fue dejado cierto álbum de recortes para que lo encontrara usted...

—¿Quién lo dejó? —preguntó ansiosamente Jack.

—El director, por supuesto. Si lo deseara usted, también se podría ponera su disposición otros materiales...

—Sí, naturalmente que sí —Jack intentó controlar la ansiedad de su voz, sin conseguirlo.

—Es usted un verdadero estudioso —dijoGrady—. Sigue hasta el final con el tema. Agota todas las fuentes —bajó la poco inteligente cabeza, se miró la solapa de su chaquetilla blanca y le sacudió con los nudillos, con pulcritud, una mota de polvo que Jack no alcanzaba a ver.

—Y el director no pone límites a su generosidad —prosiguió—. Ningún límite. Míreme a mí, con poco más que la escuela primaria, e imagínese hasta dónde podría llegar usted en la estructura organizativa del «Overlook». Tal vez a su tiempo hasta lo más alto...

—¿De veras? —susurró Jack.

—Pero eso, en realidad, queda librado a la decisión de su hijo, ¿no es verdad? — le pregunto Grady, levantando las cejas abundantes y enmarañadas.

—¿De Danny? —Jack lo miró, frunciendo el ceño—. No, claro que no. Yono permitiría que mi hijo tomara decisiones referentes a mi carrera. De ningún modo. ¿Por quien me toma usted?

—Por un estudioso —le aseguró cordialmente Grady—. Tal vez yo me haya expresado mal, señor. Digamos que el futuro de usted aquí depende de la forma en que decida usted enfrentar la indocilidad de su hijo.

—Yo tomo mis propias decisiones —susurro Jack.

—Pero debe usted ocuparse de él.

—Así lo haré.

—Y con firmeza.

—Naturalmente.

—Un hombre que no es capaz de controlar a su familia ofrece muy poco interés a nuestro director. De un hombre que no puede encarrilar a su mujery a su hijo, mal puede esperarse que a su vez se encarrile, y menos aún que asuma un cargo de responsabilidad en una operación de esta magnitud.

Si...

—*¡Ya dije que me ocupare de él!* —gritó súbitamente Jack, furioso.

Tuxedo Junction había terminado y la orquesta no había empezado aún otra pieza. El grito se había oído perfectamente en el intermedio, y las conversaciones se extinguieron de pronto a sus espaldas. Súbitamente sintió como un fuego en toda la piel, y tuvo la absoluta seguridad de que todo el mundo lo miraba. Habían acabado con Rogery podrían empezar ahora con él. Échate. Siéntate. Hazte el muerto. Si juegas con nosotros, nosotros jugaremos contigo. Cargo de responsabilidad. Lo que quería era que sacrificara a su hijo.

(...Ahora sigue a Harry por todas partes, meneando el rabito tras él...)(Échate. Hazte el muerto. Castiga a tu hijo.)

—Por aquí, señor —le decía en ese momento Grady—, hay algo que puede interesarle.

Las conversaciones habían vuelto a empezar, subían y bajaban de tono según su propio ritmo, entretejiéndose con la música de la orquesta, que ahora tocaba una versión en *swing* de *Ticket to Ride*, de Lennon y McCartney.

(Lo he oído mejor por los altavoces de los supermercados.) Se rió estúpidamente, vio que en la mano izquierda tenia de nuevo una copa mediada y la vació de un trago.

Ahora estaba de pie ante la repisa de la chimenea y el calor del restallante fuego que ardía en el hogar le calentaba las piernas.

(¿fuego?., ¿en agosto?... sí... y no... todos los tiempos son uno) Había un reloj bajo un fanal de cristal, flanqueado por dos

elefantes tallados en marfil. Las manecillas marcaban la medianoche menos un minuto. Jack lo miró con ojos ofuscados. ¿Era eso lo que Gradyquería que viera? Se volvió para preguntárselo, pero Gradyhabía desaparecido.

En mitad de *Ticketto Ride*, la orquesta prorrumpió en un estruendo de bronces.

—¡La hora se acerca! —proclamó Horace Derwent—. ¡Medianoche! ¡A desenmascararse! ¡A desenmascararse!

De nuevo, Jack intentó darse la vuelta para ver que rostros famosos se ocultaban bajo lentejuelas, pinturas y máscaras, pero se encontró paralizado, incapaz de apartar los ojos del reloj, cuyas manecillas habían llegado a juntarse y apuntaban directamente hacia arriba.

—¡A desenmascararse! ¡A desenmascararse! —continuaba el sonsonete.

El reloj empezó a sonar delicadamente. Por el raíl de acero que corría bajo la esfera del reloj, de izquierda a derecha, avanzaron dos figuras. Jack las observaba, fascinado, olvidando que era la hora de quitarse las máscaras.

El mecanismo del reloj chirrió, las ruedecillas de los engranajes giraron y se articularon con un cálidoresplandor de bronce. La rueda catalina se movía hacia delante y hacia atrás con precisión.

Una de las figuras era un hombre alzado en las puntas de los pies, que llevaba en las manos algo semejante a un garrote en miniatura. El otro personaje era un niño pequeño que llevaba puesto un capirote. Las dos figuras resplandecían con una fantástica precisión. En el frente del capirote del niño se leía la palabra TONTO.

Los dos personajes se deslizaron hacia los extremos opuestos de un eje de acero. Desde alguna parte llegaban, en débil e incesante tintineo, los acordes de un vals de Strauss, que en la mente de Jack movilizaron con su melodía un insano estribillo comercial: *Tenga a su perro contento con Guau,tenga a su perro contento con Guau...*

El mazo de acero que tenía en las manos el papá mecánico descendió sobre la cabeza del niño. El niño mecánico se desplomó hacia delante. El mazo se elevaba y caía, se elevaba y

caía. Las manos del niño, elevadas en súplica y protesta, empezaron a vacilar. Estaba acurrucado y su cuerpo resbaló hasta quedar tendido boca abajo. El martillo se elevaba y seguía cayendo al ritmo leve y tintineante de la melodía de Strauss, y a Jack le pareció que podía ver la cara del hombre, tensa y concentrada, como hecha nudos, que alcanzaba a ver cómo la boca del papá de relojería se abría y se cerraba mientras ponía como nuevo a su hijo, inconsciente y vapuleado.

Una gota roja se elevó contra el interior del fanal de cristal.

Otra la siguió, y dos más se estrellaron junto a ella.

Pronto el líquido rojo se empezó a elevar como un surtidor obsceno que daba contra la pared de cristal del fanal y se escurría hacia bajo, velando lo que sucedía en el interior, y con el líquido escarlata venían minúsculos fragmentos de tela, de hueso, de sesos. Y Jack seguía viendo el martillo que se alzaba y caía mientras el mecanismo de relojería seguía andando y las ruedecillas de los engranajes giraban sin cesar para mantener en movimiento el diabólico mecanismo.

—*¡A desenmascararse! ¡A desenmascararse!* —gritaba Derwent a sus espaldas, y por alguna parte un perro gañía con tonos humanos.

(Pero una maquinaria de reloj no sangra una maquinaria de reloj no sangra)

Todo el fanal estaba salpicado de sangre y Jack veía coágulos y mechones de pelo pero nada más. A Dios gracias, no podía ver nada más, y sin embargo pensaba que iba a ponerse enfermo porque seguía oyendo caer los golpes, los oía caer a través del vidrio con tanta claridad como oía la melodía del *Danubio azul*. Pero el ruido ya no era el tintineo mecánico de un martillo mecánico que se desploma sobre una cabeza mecánica, era el retumbo sordo y ahogado de un mazo de verdad que baja a estrellarse sobre una ruina blanda, esponjosa. Una ruina que había sido antes...

—¡A DESENMASCARARSE!

(…¡sobre todos ellos imperaba la Muerte Roja!) Con un horrible grito de angustia. Jack se apartó del reloj, con las manos extendidas, y se dio la vuelta enredándose en sus propios pies, como si fueran bloques de madera, para pedirles a todos que se detuvieran, que se lo llevaran a él, a Danny, a Wendy, al mundo entero si querían, pero que por favor se detuvieran y le dejaran un poquito de cordura, un poquito de luz.

El salón de baile estaba vacío.

Las sillas estaban puestas patas arriba sobre las mesas cubiertas de manteles de plástico. La alfombra roja, con sus dibujos en oro estaba de forma extendida sobre la pista, protegiendo la lustrada superficie de roble. El estrado para la orquesta estaba vacío, salvo un micrófono sin conectar y una guitarra, polvorienta y sin cuerdas, apoyada contra la pared. Una fría luz matinal, de mañana de invierno, se filtraba lánguidamente por las altas ventanas.

A Jack la cabeza le daba aún vueltas, todavía se sentía borracho, pero cuando volvió a mirar hacia la repisa de la chimenea, la borrachera se le disipó. Allí no estaban más que los elefantes de marfil... y el reloj.

Tambaleándose, atravesó el vestíbulo frío y oscuro, y después el comedor. Se enganchó el pie en la pata de una mesa y cayó cuan largo era, derribando estrepitosamente la mesa. Se golpeó contra el suelo, y le empezó a sangrar la nariz. Se levantó, aspirando sangre al tiempo que se enjugaba con el dorso de la mano.

Fue hacia el Salón Colorado y apartó violentamente las puertas de vaivén, haciéndolas chocar contra las paredes.

El lugar estaba vacío... pero los estantes del bar bien provistos.

¡Alabado sea Dios! El vidrio y los bordes plateados de las etiquetas relucían cálidamente en la penumbra.

Una vez, recordó Jack, hacía muchísimo tiempo, se había enojado al ver que no había espejo al fondo del bar. Ahora se alegraba. De haberlo habido, no habría visto en él más que a otro borracho que acababa de quebrantar su propósito de abstinencia: la nariz ensangrentada, la camisa

fuera de los pantalones, el pelo en desorden, la barba de dos días *(Así queda uno cuando mete la mano entera en el avispero.)* Repentinamente, la soledad lo invadió por completo. Jack gimió con súbita desdicha, deseando con toda sinceridad estar muerto. Su mujer y su hijo estaban arriba, y habían echado llave a la puerta para protegerse de él.

Los demás, se habían ido todos. La fiesta había terminado.

Se precipitó hacia delante, hacia el bar.

—Lloyd, ¿dónde carajo estás? —vociferó.

No hubo respuesta. En esa habitación *(celda)* de revestimiento acolchado, ni siquiera el eco de sus propias palabras le daba una mínima ilusión de compañía.

—*¡Grady!*

Silencio. Sólo las botellas, rígidamente dispuestas en posición de firmes. *(Échate. Hazte el muerto. Busca. Hazte el muerto. Siéntate. Hazte el muerto.)* —No importa, ya me las arreglaré solo, maldita sea.

Mientras se acercaba al bar perdió el equilibrio y cayó hacia delante, golpeándose la cabeza contra el suelo. Se levantó hasta quedar en cuatro patas, con los ojos desorbitados, bizcos, farfullando ruidos sin sentido.

Después se desplomó, con la cabeza de lado, respirando con sonoros ronquidos.

Afuera, el viento aullaba cada vez, con más fuerza, empujando delante de sí la nieve incesante. Eran las ocho y media de la mañana.

45. AEROPUERTO DE STAPLETON, DENVER

A las 8:31 de la mañana, hora de las montañas, una mujer que viajaba en el vuelto 196 de la «TWA» estalló en lágrimas y empezó a anunciar su opinión personal, tal vez no del todo ajena para algunos otros pasajeros (incluso para algún miembro de la tripulación), de que el avión iba a estrellarse.

La mujer de rasgos afilados que iba sentada junto a Hallorann levantó la cabeza de su libro.

—Papanatas —declaró, y tras ese breve análisis del carácter volvióa sumergirse en la lectura. Durante el vuelo se había bebido dos vodkas con zumo de naranja, que no parecían haberla descongelado en absoluto.

—¡Nos vamos a estrellar! —gritaba histéricamente la mujer—. ¡Oh, estoy segura!

Una de las azafatas se le acercó, presurosa, y se puso en cuclillas junto a su asiento. Hallorann pensó para sus adentros que solamente las azafatas y las amas de casa muy jóvenes parecían capaces de ponerse en esa posición con cierta gracia; lo cual es un talento raro y admirable. Siguió pensando lo mismo mientras la azafata conversaba en voz baja, sedante, con la pasajera, tranquilizándola poco a poco.

Hallorann no sabía qué les pasaba a sus restantes compañeros de viaje, pero él personalmente estaba poco menos que muerto de miedo. Por la ventanilla no se veía otra cosa que una densa cortina blanca. El avión se balanceaba de un lado a otro en forma impresionante, acosado por rachas que lo atacaban desdetodos lados. Los motores tenían su funcionamiento ajustado para compensar parcialmente el movimiento y, como resultado, el suelo vibraba bajo los pies de los viajeros. En la clase turista, a espaldas de ellos, varias personas gemían, una azafata acababa de pasar con una nueva provisión de bolsitas de papel y, tres asientos delante, un hombre acababa de vomitar sobre el *National Observer* y miraba con aire avergonzado a la azafata que lo ayudaba a limpiarse.

—No se preocupe —lo consoló la muchacha—. Es lo mismo que me pasa a mí con el *Reader's Digest.*

Hallorann tenía la experiencia de vuelo suficiente para conjeturar lo que había sucedido. Durante la mayor parte del viaje habían volado con el viento de frente y de pronto, sobre Denver, el tiempo había empeorado inesperadamente, de modo que era demasiado tarde para un cambio de ruta que les permitiera entrar con un tiempo más favorable. Patitas para

qué os quiero. *(Amigo mío, si esto parece una jodida carga de caballería.)* Aparentemente, la azafata había conseguido calmar bastante la histeria de la mujer, que seguía lloriqueando y sonándose con un pañuelo de encajes, pero, por lo menos, había dejado de proclamar públicamente su opinión sobre la posible terminación del viaje. Dándole una última palmadita en el hombro, la azafata se incorporó, en el preciso instante en que el 747 daba su peor bandazo. La joven retrocedió, tambaleante, y fue a aterrizar en las rodillas del hombre que había vomitado en el periódico, exhibiendo un delicioso trozo de pierna enfundada en nylon. El hombre parpadeó y le palmeó bondadosamente el hombro. Aunque la chica le devolvió la sonrisa, Hallorann pensó que se la notaba tensa. Esa mañana había tenido un vuelo de mil demonios.

Se produjo un pequeño sobresalto cuando se entendió el anuncio de NO FUMAR.

—Habla el capitán —informó una voz suave, de acento levemente sureño—. Estamos a puntode empezar nuestro descenso en el aeropuerto internacional de Stapleton. Hemos tenido un vuelo difícil y les pido disculpas. Es posible que el aterrizaje también sea un poco difícil,pero no tenemos previsto ningún problema grave. Les ruego que observen la indicación de abrocharse el cinturón y de no fumar, y esperamos que disfruten ustedes de su estancia en la ciudad de Denver. Esperamos también...

El avión dio otra violenta sacudida y volvióa caer en otra bolsa de aire. Hallorann sintió que se le revolvía el estómago. Varias personas (no todas mujeres) gritaron.

—... tener el placer de volver a verlespronto en otro vuelo de «TWA».

—Espérame sentado —mascculló alguien, detrás de Hallorann.

—Qué tontería —comentó la mujerde facciones afiladas, mientras marcaba con una carterilla de cerillas vacía su libro y lo cerraba al ver que el avión empezaba su descenso—. Cuando uno ha visto los horrores de una pequeña guerra sucia... como usted o captado la degradante inmoralidad de la política de intervención diplomática en el dólar que

practica la «CIA»... como yo... un aterrizaje difícil se *reduce a* una *insignificancia*. ¿No tengo razón, señor Hallorann?

—Indudablemente, señora —asintió Hallorann, y siguió mirando la nieve que se arremolinaba afuera.

—¿Puedo preguntarle cómo reacciona ante todo esto su plancha de acero?

—Oh, con la cabeza no tengo problemas —le aseguró Hallorann—, pero tengo el estomago un poco revuelto.

—Qué pena —y volvióa abrir su libro.

Mientras descendían por entre las impenetrables nubes de nieve, Hallorann pensaba en un accidente aéreo que se había producido algunos años atrás en el aeropuerto Logan, de Boston. Las condiciones eran similares, sólo que lo que había reducido la visibilidad a cero era la niebla, no la nieve.

El tren de aterrizaje del avión había chocado con un muro de retención próximo al final de la pista de aterrizaje. Lo que había quedado de los ochenta y nueve pasajeros y tripulantes no era muy diferente a un estofado.

Hallorann pensaba que no le importaría tanto si sólo se tratara de él.

Ahora ya estaba poco menos que solo en el mundo, y a su funeral irían sobre todo los que alguna vez habían trabajado con él, y el viejo renegado de Masterton, que por lo menos se bebería una copa en su nombre. Pero el chico... el chico confiaba en él. Talvez no hubiera otra ayuda que ese niño pudiera esperar, y a Hallorann no le gustaba la manera en que se había interrumpido la ultima llamada. No dejaba de recordar la forma en que le había parecido ver moverse a esos animales del seto...

Una delgada mano blanca se posó sobre la suya.

La mujer de cara afilada se había quitado las gafas, sin las cuales sus facciones se suavizaban muchísimo.

—Todo saldrá bien —le dijo.

Hallorann le sonrió e hizo un gesto afirmativo.

Tal como les habían prevenido, el aterrizaje fue accidentado; el avión tomó contacto con tierra con la brusquedad suficiente para derribar casi todas las revistas del estante

del frente y para provocar en la cocina una cascada de bandejas de plástico que cayeron como enormes naipes. Aunque nadie gritó, Hallorann oyó castañetear incontrolablemente más de una dentadura.

Después se oyó el rugido de las turbinas al frenar el avión, y a medida que aquél perdía volumen volvió a oírse por el intercomunicador la voz sureña del piloto, suave aunque tal vez no del todo firme.

—Señoras y señores, acabamos de aterrizar en el aeropuerto de Stapleton. Permanezcan, por favor, en sus asientos hasta que el avión se haya detenido por completo en la terminal. Gracias.

La mujer sentada junto a Hallorann cerró el libro y exhaló un largo suspiro.

—Señor Hallorann, nos espera aún otro día de lucha.

—Todavía no hemos terminado con éste, señora.

—Sí, es cierto. Muy cierto. ¿Le importaría a usted beber algo conmigo en el bar?

—Me gustaría, pero tengo que acudir a una cita.

—¿Urgente?

—Muy urgente —afirmó con seriedad Hallorann.

—Algo que en su pequeña medida mejorará la situación general, espero.

—También yo lo espero —asintió Hallorann, sonriendo. Ella le sonrió a su vez y mientras lo hacía, diez años se le resbalaron silenciosamente de la cara.

Como su único equipaje era la bolsa de vuelo, Hallorann fue el primero en llegar al mostrador de «Hertz» en la planta baja. A través de los vidrios ahumados de las ventanas se alcanzaba a ver que la nieve seguía cayendo sin pausa. Las rachas de viento la arrastraban de un lado a otro, formando nubes blancas, y la gente que atravesaba el aparcamiento se defendía de ellas como podía. Un hombre perdió el sombrero, y Hallorann se condolió con él al verlo elevarse gallardamente en el aire.

El hombre se lo quedó mirando, mientras Hallorann pensaba:

(Vaya, olvídate de él, hombre, que no creo que aterrice hasta llegar a Arizona.) Inmediatamente se le ocurrió:

(Si en Denver hace tan mal tiempo, ¿cómo estará al oeste de Boulder?) Tal vez fuera mejor no pensar en eso.

—¿Puedo servirle en algo, señor? —le pregunto la chica con el uniforme amarillo de «Hertz».

—Puede usted servirme, si tiene un coche —le sonrió Hallorann.

Por un poco más del precio medio pudo conseguir un coche algo más pesado que los comunes, un «Buick Electra», negro y plata. Pero en lo que pensaba Hallorann no era tanto en el estilo como en los serpenteantes caminos de montaña; en algún lugar del camino tendría que detenerse para que le pusieran cadenas, porque sin ellas no podría ir muy lejos.

—¿Qué tal está el tiempo? —preguntó mientras la chica le entregaba el formulario para firmar.

—Dicen que es la peor tormenta que ha habido desde 1969 —contestó ella, alegremente—. ¿Va usted muy lejos, señor?

—Más de lo que quisiera.

—Si quiere usted, señor, puedo telefonear a la estación de Texaco, en el cruce con la 270, para que le pongan cadenas cuando llegue.

—Sería una verdadera bendición, se lo aseguro.

La chica levantó el teléfono e hizo la llamada.

—Estarán esperándole.

—Muchas gracias.

Cuando se apartó del mostrador, vio a la mujer de facciones afiladas en una de las colas que se habían formado frente a la cinta de equipajes.

Todavía estaba leyendo su libro. Hallorann le hizo un guiño al pasar. Ella levantó los ojos, le sonrió y le hizo el signo de la paz.

(esplende)

Todavía sonriendo, se levantó el cuello del abrigo y se cambio de mano la bolsa de vuelo. Aunque no era más que un poquito, eso le hizo sentirse mejor. Lamentaba haberle contado ese cuento de que tenia una plancha de acero en la cabeza. Mentalmente le deseó el bien y, mientras salía al aullido del viento y de la nieve, sintió que ella le deseaba lo mismo.

En la estación de servicio no cobraban mucho por colocar las cadenas, pero Hallorann deslizó furtivamente un billete de diez dólares en la mano del hombre que lo atendió, para conseguir que lo adelantaran un poco en la lista de espera. Así y todo, eran las diez. menos cuarto cuando realmente se puso en camino, acompañado rítmicamente por el ruido de los limpiaparabrisas y el traqueteo metálico y monocorde de las cadenas sobre las grandes ruedas del «Buick».

La autopista era un desastre. Ni siquiera con cadenas se podía ir a más de cincuenta. Los coches se salían de la ruta en los ángulos más inverosímiles, y en algunas pendientes el tráfico estaba atascado: los neumáticos de verano, sin cadenas, patinaban irremisiblemente en el polvo de nieve. Era la primera tormenta importante del invierno allí, en las tierras bajas (si es que se podía llamar «bajo» a mil seiscientos metros sobre el nivel del mar). A muchos los había tomado desprevenidos, y era natural, pero así y todo Hallorann no podía dejar de maldecirlos mientras avanzaba por entre ellos, centímetro a centímetro, tratando de ver en el retrovisor exterior, rodeado de nieve, para asegurarse de que *(Se le abalanzaba entre la nieve...)* no se le acercaba nadie por el carril de la izquierda.

La mala suerte seguía esperándolo en la rampa de acceso a la ruta número 36. Esa ruta, la autopista de peaje que lleva de Denver a Boulder, va también hacia el Oeste, hasta Estes Park, donde se une a la ruta 7 por un camino conocido también como Carretera de las Tierras

Altas, que atraviesa Sidewinder, pasa por el «Overlook Hotel» y finalmente desciende por la planicie occidental hasta llegar a Utah.

La rampa de acceso estaba bloqueada por un camión volcado, alrededor del cual ardían las balizas como las velitas en el bizcocho de cumpleaños de algún niño idiota.

Hallorann detuvo el coche y bajó la ventanilla. Un policía encasquetado hasta las orejas con un gorro cosaco de piel le indicó con una mano enguantada que se uniera a la caravana de vehículos que iban hacia el Norte por la I-25.

—¡Por aquí no se puede pasar! —gritó entre el aullido del viento—.

¡Pase dos entradas más, tome la 91 y entre por la 36 en Broomfield!

—¡Creo que puedo darle la vuelta por la izquierda! —gritó a su vez Hallorann—. ¡Lo que usted me dice es un rodeode más de treinta kilómetros!

—¡Lo que yo le digo, usted lo hace! —volvió a gritar el policía—. ¡Este acceso está cerrado!

Hallorann dio marcha atrás, esperó a encontrar por dónde meterse y se incorporo al tráfico de la ruta 25. Los letreros le informaron que estaba apenas a ciento sesenta kilómetros de Cheyenne, Wyoming. Si no alcanzaba a ver la rampa de salida, iría a terminar allí.

Llevó la velocidad a cerca de sesenta, pero sin atreverse a más. La nieve amenazaba ya con atascarle los limpiaparabrisas, y el tráfico estaba verdaderamente enloquecido. Un rodeode más de treinta kilómetros.

Maldijo por lo bajo, mientras surgía otra vez en él, con urgencia casi sofocante, la sensación de que el chico tenía cada vez, menos tiempo. Y además, le invadía la convicción fatalista de que de ese viaje no volvería.

Encendió la radio y fue pasando anuncios navideños hasta dar con un pronóstico meteorológico.

—... ya quince centímetros, y se espera que esta noche caigan unos treinta centímetros más en el área metropolitana de Denver. La Policía Municipal y la del Estado ruegan que nadie saquesu cochea menos que sea absolutamente necesario, y advierten al público que la mayoría

de los pasos de montaña se encuentran ya cerrados. De manera, estimados oyentes, que a quedarse en casita y a sintonizar...

—Gracias, señora —gruñó Hallorann, y cortó furiosamente la radio.

46. WENDY

A mediodía, en un momento en que Danny había ido al cuarto de baño, Wendy sacó de bajo la almohada el cuchillo envuelto en el paño de cocina, se lo puso en el bolsillo de la bata y fue hacia la puerta del baño.

—¿Danny?

—¿Qué?

—Voy abajo a preparar algo para el almuerzo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. ¿Quieres que baje contigo?

—No, yo lo subiré. ¿Qué te parece una tortilla de queso y un plato de sopa?

—Perfecto.

Ante la puerta cerrada, Wendy titubeó un momento más.

—Danny, ¿está bien así? ¿Seguro?

—Sí —respondió la voz del chico—. Pero ten cuidado.

—¿Dónde está papá? ¿Tú sabes?

—No. Pero ve tranquila. —La voz era extrañamente calmada.

Wendy sofocó la necesidad de seguir preguntando, de seguir picoteando los bordes de la cosa. La cosa estaba ahí, los dos sabían de qué se trataba, y seguir insistiendo sólo serviría para asustar más a Danny... y a ella.

Jack había perdido el juicio. Alrededor de las ocho de la mañana, mientras la tormenta volvía a cobrar nuevo impulso, Wendy y su hijo, sentados en la cuna, lo habían oído pasearse por la planta baja, entre bramidos y tropezones. Casi siempre, los ruidos parecían llegar del salón de baile. Jack cantaba desafinadamente fragmentos de canciones, daba expresión a una de las partes de una discusión, en un momento dado había gritado con todas sus fuerzas, helándoles la sangre a ambos, mientras se miraban sin hablar. Finalmente, lo habían oído atravesar de nuevo el vestíbulo, tambaleante, y Wendy tenía la impresión de haber escuchado un gran golpe sordo, como si se hubiera caído o hubiera abierto violentamente una puerta. Desde las ocho y media más

o menos, hacia ya tres horas y media, sólo había habido silencio.

Wendy tomó por el corto pasillo, siguió por el corredor principal de la primera planta y fue hacia la escalera. En el descansillo de la primera planta se detuvo a mirar hacia el vestíbulo. Parecía desierto, pero el día gris y de nieve dejaba gran parte del largo salón en las sombras. Danny podía equivocarse. Jack podía estar escondido detrás de un sillón o de un sofá, tal vez detrás del mostrador de recepción . esperando a que ella bajara...

Wendy se humedeció los labios.

—¿Jack?

No hubo respuesta.

Con la mano sobre el mango del cuchillo, siguió bajando. Wendy se había imaginado muchas veces el final de su matrimonio: el divorcio, la muerte de Jack en un accidente, por conducir bebido (la visión más habitual en la oscuridad de las madrugadas de espera cuando vivían en Stovington) y alguna vez había fantaseado que llegaría otro hombre, un héroe de novela de aventuras que se la llevaría, junto con Danny, en la silla de su corcel blanco como la nieve. Pero jamás se había representado a sí misma merodeando por pasillos y escaleras como un ladrón, con la mano cerrada firmemente sobre un cuchillo para defenderse de Jack.

Al pensarlo la invadió una oleada de desesperación, y tuvo que detenerse en mitad de la escalera, aferrándose al pasamanos, temerosa de que las rodillas se le doblaran.

(Admítelo. No es solamente Jack. Jack no es más que la única cosa sólida, en medio de todo esto, a la que puedes colgarle todas las demás, las cosas que no puedes creer y que sin embargo te ves obligada a creer, esa historia de los setos, el grupo de la fiesta en el ascensor, ese antifaz.) Intentó detener el pensamiento, pero era demasiado tarde.

(Y las voces.)

Porque, de vez en cuando, la impresión no había sido la de que ahí abajo hubiera un loco solitario, conversando con los

fantasmas de su propia mente alterada, gritándoles. Algunas veces, como una onda de radio que se pierde y que vuelve alternativamente, Wendy había oído —o le había parecido oír— otras voces, y música, y risas. En un momento había oído que Jack mantenía una conversación con alguien que se llamaba Grady(y el nombre le parecía vagamente conocido, pero no podía identificarlo), dirigiendo afirmaciones y haciendo preguntas al silencio, pero hablando en voz alta, como si tuviera que hacerse oír por encima de un constante bullicio de fondo. Y después, escalofriantes, se oían otros ruidos que parecían completar el rompecabezas: la música de una orquesta, gente aplaudiendo, un hombre que con voz divertida, pero autoritaria, intentaba persuadir a alguien de que pronunciara un discurso. Durante treinta segundos a un minuto, Wendy oía esas cosas y se sentía a puntode desmayarsede terror; después, todo volvía a esfumarse y sólo quedaba la voz de Jack, hablando en ese tono de mando, aunque ligeramente pastoso, que ella recordaba como su hablar de borracho. Pero en el hotel no había nada para beber, salvo el jerez de la cocina. ¿O no era así? Sí, pero... si ella se podía imaginar que el hotel estaba lleno de voces y de música, ¿acaso no podía Jack imaginarse que estaba borracho?

La idea no le gustaba. No le gustaba nada.

Al llegar al vestíbulo, miró a su alrededor. El cordón de terciopelo que cerraba simbólicamente el salón de baile estaba en el suelo,y el poste de acero que lo sostenía había sido derribado, como si alguien hubiera chocado con él al pasar. Una descolorida luz blanca, proveniente de las ventanas altas y estrechas del salón de baile, atravesaba la puerta abierta e iba a dar sobre la alfombra del vestíbulo. Con el corazón palpitante, Wendy fue hasta las puertas abiertas del salón de baile para mirar hacia adentro. Estaba vacío y silencioso, y no se oía mas que esa extraña especie de eco que parece perdurar en todos los ámbitos muy grandes, desdeuna imponente catedral hasta un modesto salón de bingo pueblerino.

Wendy volvióal mostrador y allí se quedó un momento indecisa, escuchando cómo vociferaba el viento afuera. Era

la peor tormenta que habían tenido hasta entonces, y su fuerza todavía seguía en aumento. En algún lugar del ala Oeste se había roto la cerradura de un postigo, y la hoja se sacudía incesantemente con un ruido seco y crujiente, como si fuera un tiro al blanco con un solo cliente.

(Jack, realmente tendrías que ocuparte de eso. Antes de que entre algo.)

Wendy se preguntó qué haría si él se le apareciera en ese momento. Si surgiera detrás del oscuro escritorio barnizado, con su pila de formularios por triplicado y su campanilla plateada, como uno de esos muñecos que saltan por sorpresa de una caja, pero un muñeco asesino, sonriente, con una maza en una mano y ninguna expresión humana en los ojos. ¿Se quedaría helada de terror, o le quedaría el instinto maternal necesario para luchar con él por el hijo de ambos, hasta que uno de los dos muriera? Wendy no lo sabía, y de sólo pensarlo se sentía enferma, sentía que toda su vida había sido un sueño largo y fácil que de ninguna manera la había preparado para esta pesadilla despierta. Wendy no estaba endurecida. Cuando tenía un problema, dormía. Su pasado no tenía nada notable. Jamás se había visto sometida a una prueba de fuego, y ésta a la que se veía sometida no era de fuego, era de hielo, y no podía pasarla durmiendo. Su hijo estaba arriba y la esperaba.

Aferró con más fuerza el mango del cuchillo y miró por encima del mostrador.

No había nada.

El alivio se canalizó en un largo suspiro.

Wendy apartó la puerta y pasó, no sin hacer una pausa para mirar en el interior del despacho antes de entrar. Buscó a tientas, antes de atravesar la puerta siguiente, las llaves de la luz de la cocina, esperando que en cualquier momento una mano se cerrara sobre la suya. Después las luces fluorescentes se encendieron, zumbando y titilando, y Wendy vio la cocina del señor Hallorann... su cocina, ahora, para bien o para mal: azulejos verde pálido, fórmica reluciente, esmaltes inmaculados, resplandecientes bordes cromados. Le había prometido que le conservaría la cocina limpia, y lo había

cumplido. Sentía como si fuera uno de los «lugares seguros» de Danny. Era como si allí la presencia de Dick Hallorann la rodeara y la consolara. Danny había llamado al señor Hallorann y allá arriba, sentada junto a su hijo, aterrorizados ambos mientras su marido deliraba y desvariaba abajo, a Wendy eso le había parecido la más débil de todas las esperanzas. Pero ahora que estaba allí, en el lugar del señor Hallorann, le parecía casi posible.

Tal vez Hallorann estuviera ya en camino, empeñado en llegar hasta ellos pese a la tormenta. Tal vez.

Fue hacia la despensa, descorrió el cerrojo y entró. Buscóuna lata de sopa de tomates,volvióa cerrar la puerta y a correr el cerrojo. La puerta cerraba muy bien contra el suelo y, si uno la mantenía con cerrojo, no tenía que preocuparse de que ratas o ratones fueran a ensuciar el arroz, la harina o el azúcar.

Abrió la lata y dejó caer el contenido, con su consistencia gelatinosa, en una cacerola donde resonó con un *plop*. Fue a la nevera en busca de leche y huevos para la tortilla. Después a la cámara frigorífica a buscar el queso. Todasesas acciones, tan comunes, tan parle de su vida antes de que el «Overlook» se convirtiera en parte de su vida, la ayudaron a calmarse.

Wendy derritió la mantequillaen la sartén, diluyó la sopa con leche,vertióen la sartén los huevos batidos.

Súbitamente tuvo la sensación de que alguien estaba de pie detrás de ella, pronto a estrangularla.

Giró en redondo, mientras aferraba el cuchillo. No había nadie.

(¡A ver si te dominas, muchacha!)

Ralló la cantidad necesaria de queso, se lo agregó a la tortilla, la removió y bajó el gas hasta dejarlo reducido a un anillo de tenuellama azul.

La sopa ya estaba caliente. Puso la sopera sobre una bandeja grande, junto con los cubiertos, dos tazones, dos plalos, el salero y el pimentero. Cuando la tortilla estuvo hinchada y dorada, Wendy la deslizó sobre uno de los platos y la tapó.

(Ahora, a volverfe por donde viniste. Apaga las luces de la cocina.

Atraviesa el despacho, después la puerta del mostrador, recoge doscientos dólares.)

Se detuvo en el costado del mostrador hacia el vestíbulo y dejó la bandeja junto a la campanilla plateada. La irrealidad no daba más que hasta cierto punto; todo eso era una especie de surrealista juego del escondite.

Con el ceño fruncido. Wendy se detuvo en la penumbra del vestíbulo.

(Esta vez, no fuerces los hechos, muchacha. Hay ciertas realidades, por lunática que pueda parecerte la situación. Una de ellas es que tal vez tú seas la única persona responsable que queda en medio de este grotesco montón.)

Tienes a tu cuidado un hijo de cinco años, que va para seis. Y tu marido, sea lo que fuere lo que le ha sucedido y por más peligroso que pueda ser... quizá también sea parte de tu responsabilidad. Y aunque no lo fuera, piensa una cosa: hoy es dos de diciembre. Si no aparece algún guardabosques, todavía puedes pasarte cuatro meses aquí encerrada. Aunque empezarán a extrañarse de que nadie haya recibido una llamada nuestra por la radio, nadie va a venir hoy... ni mañana... ni en varias semanas tal vez. ¿Te vas a pasar aquí un mes bajando furtivamente a buscar la comida con un cuchillo en el bolsillo, y sobresaltándole al menor ruido? ¿Realmente crees que puedes eludir a Jack durante un mes? ¿O piensas que puedes impedirle que suba si a él se le ocurre entrar? Él tiene la llave maestra, y de una patada puede hacer saltar el cerrojo.)

Dejando la bandeja sobre el mostrador, Wendy avanzó lentamente hacia el comedor y miró hacia adentro. Estaba desierto. Había una sola mesa con las sillas dispuestas a su alrededor: la que ellos habían intentado usar para comer, hasta que la vacía soledad del comedor los ahuyentó.

—¿Jack? —llamó con vacilación.

En ese momento se elevó una ráfaga de viento que arremolinó la nieve contra los postigos, pero a Wendy le pareció que había oído algo más.

Una especie de gruñido ahogado.

—*¿Jack?*

Esa vez no alcanzó a oír nada, pero en cambio sus ojos se posaron sobre algo que estaba bajo las dobles puertas de vaivén del Salón Colorado, algo que brillaba débilmente en la luz mortecina. El encendedor de Jack.

Reunió todo su valor para atravesar las puertas de vaivén, abriéndolas de par en par. El olor del gin era tan fuerte que el aliento se le atravesó en la garganta. Ni siquiera se le podía llamar olor; era un tufo, realmente. Pero los estantes estaban vacíos. ¿Dónde podía haberlo encontrado, por Dios? ¿Una botella escondida en alguno de los armarios? *¿Dónde?*

Se oyó otro gruñido, bajo e impreciso, pero perfectamente audible esta vez. Wendy avanzó lentamente hacia el bar.

—¿Jack? —Nadie respondía.

Wendy miró por encima del bar y ahí lo encontró, despatarrado en el suelo, sumido en el estupor. Borracho como un *lord*, por el olor. Debía de haber intentado pasar por encima del mostrador y perdió el equilibrio.

Increíble que no se hubiera roto el pescuezo. Un viejo proverbio acudió a su memoria: De los borrachos y de los niños se cuida Dios. Amén.

Sin embargo, Wendy no estaba enfadada con él; al mirarlo, pensó que parecía un chiquillo horriblemente cansado que se hubiera esforzado demasiado, hasta quedarse dormido en mitad del suelo del cuarto de estar.

Jack había dejado de beber, pero no era él quien había tomado la decisión de volver a empezar; en el edificio no había bebidas para comenzar ...

entonces, ¿de dónde habían venido?

A lo largo de la barra en forma de herradura, separadas por distancia de un metro aproximadamente, había botellas de vino con envoltura de paja, cada una con una vela en la boca. Deben creer que eso parece bohemio, pensó Wendy. Levantó una y la sacudió, esperando casi oír el ruido del gin

en su interior *(vino nuevo en botellas viejas)* pero no había nada, y la volvió a dejar.

Jack empezaba a moverse. Wendy dio la vuelta a la barra, encontró la puerta de entrada y pasó al interior, donde estaba tendido Jack, sin detenerse más que para mirar los relucientes grifos cromados. Estaban completamente secos, pero al pasar cerca de ellos sintió olor a cerveza, un olor húmedo y nuevo, como una fina niebla.

Iba llegando donde él estaba cuando Jack se dio la vuelta, abrió los ojos y la miró. Durante un momento su mirada fue completamente inexpresiva; después se aclaró.

—¿Wendy? —preguntó—. ¿Eres tú?

—Sí. ¿Crees que puedes subir si te ayudo? ¿Si te apoyas en mí? Jack, ¿dónde te...?

La mano de él se le cerró brutalmente en torno al tobillo.

—¡Jack! ¿Qué es lo que…?

—¡Te tengo! —exclamó él, con una mueca de triunfo. De él emanaba un olor rancio, a gin y a aceitunas, que desencadenó en Wendy un antiguo terror, un terror más intenso que ninguno de los que pudieran provenir del hotel. Una parte distante de sí misma pensaba que lo peor era que todo hubiera quedado nuevamente reducido a eso: ella y su marido borracho.

—Jack, quiero ayudarte.

—Ah, claro. Lo único que queréis tú y Danny es *ayudar*. —La presión de la mano en el tobillo se hacía aplastante. Sin dejar de sujetarla, Jack iba poniéndose temblorosamente de rodillas—. Tu quisiste ayudar a que nos fuéramos todos de aquí. Pero... ahora... *¡te tengo!*

—Jack, me haces daño en el tobillo.

—Ya te haré daño en algo más que en el tobillo, *perra.*

El insulto la dejó tan aturdida que Wendy no intentó siquiera moverse cuando Jack le soltó el tobillo para

ponerse de pie, tambaleante, y quedarse inciertamente parado frente a ella.

—Tú nunca me amaste —se quejó—. Tú quieres que nos vayamos porque sabes que de ese modo terminarás conmigo. ¿Pensaste alguna vez en mis res... res... responsabilidades? No, no pensaste un carajo. En lo único en que tú piensas es en la forma de hundirme. Eres lo mismo que mi madre, ¡perra de *mierda*!.

—Oh, basta —pidió Wendy, llorando—. No sabes lo que dices. Estás borracho. No sé como, pero estás borracho.

—Oh, yo si lo sé. Bien lo sé ahora. Tú y él. Ese maldito cachorro de arriba.

Vosotros dos, haciendo planes juntos., ¿no es eso?

—¡No. no! ¡Jamás hemos planeado nada! ¿Qué es lo que...?

—*¡Mentirosa!* —aulló Jack—. ¡Si yo sé cómo hacéis! ¡Vaya si lo se!

Cuando yo digo que vamos a quedarnos aquí y que yo voy a hacer mi trabajo, tu dices: «Sí, cariño», y él dice: «Sí, papito», y después os ponéis los dos a hacer planes. Vosotros planeasteis usar el vehículo para la nieve; fuisteis vosotros. Pero yo lo sabía; yo me di cuenta. *¿O creísteis que no me daría cuenta? ¿Pensasteis que era un estúpido?*

Wendy lo miraba atónita, incapaz ya de hablar. Jack la mataría, primero ella y después a Danny. Entonces, tal vez el hotel se diera por satisfecho y le permitiera suicidarse. Como aquel otro vigilante, como *(Grady.)*

Con un horror que la llevó al borde del desmayo, Wendy se dio cuenta por fin de quién era el personaje con quien Jack había estado conversando en el salón de baile.

—Y tú pusiste a mi hijo en mi contra. Eso fue lo peor. —La compasión de sí mismo le desfiguraba el rostro—. Mi hijito, que ahora también me odia.

Tú te encargaste de eso. Ése fue tu plan, desde el principio, ¿no es verdad?

Túsiempre estuviste celosa, ¿no es eso? Lo mismo que tu madre. No podías estar satisfecha a menos que le comieras todo el pastel, ¿verdad? *¡Contenta!*

Wendy no podía decir palabra.

—Bueno, pues ya te arreglaré —declaró Jack, e intentó rodearle la garganta con las manos.

Wendy retrocedió un paso, después otro, y entonces Jack cayó sobre ella. Recordó que tenía el cuchillo en el bolsillo de la bata e intentó buscarlo, pero el brazo izquierdo de él ya la había rodeado y la tenía inmovilizada.

Wendy lo sentía muy cerca,oliendo a sudor y a gin.

—Necesitas un castigo —gruñía Jack—. Un correctivo...Un correctivo bien fuerte...

Con la mano derecha le encontró la garganta. Al no poderrespirar, Wendy se sintió presa del pánico. Jack había unido la mano izquierda a la derecha, y ahora Wendy quedaba en libertad de usar el cuchillo, pero se había olvidado de él. Sus dos manos subieron en el intento desesperado de apartar las de Jack, más grandes, más fuertes.

— *¡Mami!* —se oyó desdealguna parte el grito de Danny—. *¡Papito, basta! ¡Le estás haciendo daño a mami!* —gritó con voz penetrante,con un sonido agudo y cristalino que Wendy oyó como si le llegara de muy lejos.

Frente a sus ojos, como danzarines de ballet, pasaban relámpagos de luz roja. La habitación se oscureció. Wendy vio que su hijo trepaba al mostrador y se arrojaba sobre los hombros de Jack. Repentinamente, una de las manos que le apretaban la garganta desapareció: de un golpe, Jack se había quitado de encima a Danny. El chico cayó contra los estantes vacíos y rodó al suelo,aturdido. La mano volvióa la garganta de Wendy. Los relámpagos rojos empezaron a volverse negros.

Danny lloraba débilmente. Wendy sentía como si tuviera fuego en el pecho. Muy cerca de ella, Jack vociferaba:

—¡Ya te arreglaré! ¡Maldita sea, yo te enseñaré quién es el que manda aquí! ¡Te mostraré...!

Pero todos los ruidos empezaban a desvanecerse por un largo corredor oscuro. La defensa de Wendy empezó a

debilitarse. Una de sus manos soltó la de Jack y cayó lentamente hasta que el brazo quedó extendido en ángulo recto con el cuerpo, la mano flojamente pendiente de la muñeca como la mano de alguien que se ahoga.

La mano tocó una botella: una de las botellas de vino envueltas en paja que servían como decorativos candeleros.

Sin poderverla, con el último resto de sus fuerzas, Wendy tanteó en busca del cuello de la botella hasta encontrarlo, palpando las grasientas chorreaduras de cera.

(oh dios si se me escapa de la mano)

La levantó y la dejó caer, rogando que el golpe fuera certero, sabiendo que si solamente llegaba a acertarle en el hombro o en el brazo podía darse por muerta.

Pero la botella cayó directamente sobre la cabeza de Jack Torrance, y el vidrio se hizo pedazos, violentamente, dentro de la envoltura de paja. La botella tenía la base gruesa y pesada, y al chocar contra el cráneo de Jack produjo un ruido sordo como el de una gran pelota blanda que se hace rebotar sobre un suelo de madera dura. Jack giró hacia atrás sobre los talones, mientras los ojos le quedaban en blanco. La presión en la garganta de Wendy empezó a ceder y después se aflojó por completo. Jack abrió las manos, como en un intento de recuperar el equilibrio, y después se desplomó de espaldas.

Wendy inhaló el aire con un gemido largo y sollozante. Ella también se sentía a punto de caer; se aferró al bordedel mostrador y consiguió mantenerse en pie. La consciencia era como una ola que iba y venía.

Alcanzaba a oír llorar a Danny, pero no tenía la menor idea de dónde estaba el niño. El llanto le llegaba como un eco en una cámara acústica.

Turbiamente, vio que grandes gotas de sangre caían sobre la superficie del mostrador, y se imaginó que debían salirlede la nariz. Se aclaró la garganta y escupió en el suelo.Toser le produjo un dolor intolerable en la columna, a la altura del cuello, un dolor que se fue reduciendo luego a una sensación dolorida, constante, pero soportable.

Poco a poco, consiguió ir recuperando el dominio de sí misma.

Dejó de apoyarse en el bar, se dio la vuelta y vio a Jack, tendido cuan largo era, junto a la botella hecha pedazos. Parecía un gigante caído. Danny estaba en cuclillas bajo la caja registradora del bar, con las dos manos en la boca, mirando fijamente a su padre inconsciente.

Con paso inseguro, Wendy fue hacia él y lo tocó en el hombro. El chico se apartó de ella.

—Danny, escúchame...

—No, no —farfulló el chiquillo con una ronca voz de viejo—. Papito te hizo daño... tú le hiciste daño a papito... papito te hizo daño... Quiero irme a dormir. Danny quiere irse a dormir.

—Danny...

—Dormir, dormir. Toda la noche.

—*¡No!*

El dolor volvió a atenazarle la garganta. Wendy dio un respingo, pero Danny había abierto los ojos, que la miraban cautelosamente desde las órbitas hundidas, rodeadas de sombras azules.

Sin apartar los ojos de los de él, Wendy se obligó a hablar con calma, con voz ronca y baja que era apenas más que un susurro. Hablar le hacía daño.

—Escúchame, Danny. No fue tu papá el que intentó hacerme daño. Ni yo quise hacerle daño a él. El hotel se ha metido dentro de él, Danny. *El «Overlook» se ha metido dentro de tu papá*. ¿Puedes entenderme?

Lentamente, cierta expresión de inteligencia volvió a los ojos de Danny.

—Le dio Algo Malo —murmuró—. Pero antes no había nada de eso aquí, ¿no es verdad?

—No, lo puso el hotel. El... —la acometió un ataque de tos, y Wendy volvió a escupir sangre. Sentía la garganta hinchada, como si tuviera el doble de su tamaño—.

El hotel lo obligó a beber. Esta mañana, ¿oíste tú que él estaba hablando con gente?

—Sí... con la gente del hotel...

—Yo también los oí. Y eso significa que el hotel se está haciendo más fuerte. Quiere hacernos daño a todos. Pero yo creo... espero... que únicamente puede conseguirlo a través de papito. Él fue el único de quien pudo adueñarse. ¿Comprendes lo que te digo, Danny? Es tremendamente importante que me comprendas.

—El hotel se adueñó de papito —con un gemido de impotencia, el chico miró a Jack.

—Yo sé que tú quieres a papá. Y yo también. Tenemos que recordar que el hotel trata de hacerle daño a él tanto como a nosotros.

Wendy estaba convencida de que lo que decía era verdad. Más aún: pensaba que tal vez fuera a Danny a quien realmente quería el hotel, que el chico podía ser la razón de que estuviera yendo tan lejos... tal vez, incluso, la razón de que *pudiera* ir tan lejos. Hasta podría ser que, de alguna manera desconocida, el esplendor de Danny estuviera abasteciendo de energía al hotel, como lo hace una batería con el sistema eléctrico de un automóvil...

así como es la batería lo que hace arrancar el coche. Si conseguían salir de allí, tal

vez el «Overlook» volviera a asumirse en su viejo estado de semiconsciencia, no volviera a ser capaz de otra cosa que de ofrecer diapositivas de horror barato a los clientes más dotados de percepción psíquica que entraran en él. Sin Danny, no era mucho más que la casa encantada de un parque de atracciones, donde tal vez uno o dos huéspedes podrían oír golpecitos, o escuchar los ruidos fantasmagóricos de una fiesta de disfraces, o ver ocasionalmente algo que los inquietara. Pero si el hotel absorbía a Danny... el esplendor de Danny o su fuerza vital o su espíritu...

como quiera que se llame... y se adueñara de él... entonces, ¿qué sucedería?

La sola idea le hizo sentir frío.

—Ojalá papito estuviera mejor—suspiró Danny, y las lágrimas volvieron a correrle por la cara.

—Yo también lo quisiera —asintió Wendy, mientras lo abrazaba estrechamente —. Por eso, tesoro, tienes que ayudarme a ponera papá en alguna parte,en algún lugar donde el hotel no pueda obligarlo a que nos haga daño, y donde no pueda dañarse él tampoco. Después... si viene tu amigo Dick, o un guarda del parque podremos llevárnoslo, y tal vez podría volver a ponerse bien. Todos podríamos ponernos bien. Creo que todavía podemos tener una oportunidad, si somos fuertes y valientes, como lo fuiste tú cuando le saltaste sobre la espalda. ¿Me entiendes?

Al mirarlo con un gesto de súplica, Wendy pensó qué extraño era todo; jamás había visto cuánto se parecía Danny a Jack.

—Sí —dijoel chico, e hizo un gesto de asentimiento—. Creo que... si podemos sacarlo de aquí... todo volverá a ser como era. ¿Dónde podríamos ponerlo?

—En la despensa. Allí tiene comida, y se la puede cerrar desdeafuera con un buen cerrojo. Y es abrigado. Y nosotros comer lo que tenemos en la nevera y en el congelador. Habrá suficiente para los tres, hasta que nos llegue alguna ayuda.

—¿Lo hacemos ahora mismo?

—Sí, ahora mismo, antes de que se despierte.

Danny abrió la puerta del mostrador del bar mientras Wendy le cruzaba a Jack las manos sobre el pecho, deteniéndose un instante para oírlo respirar, con ritmo lento, pero regular. Por el olor que emanaba de él se dio cuenta de que debía haber bebido mucho... y ya no estaba habituado.

Wendy pensó que lo que lo había dejado fuera de combate podía haber sido tanto el licor como el golpe en la cabeza.

Levantándole las piernas, empezó a arrastrarlo por el suelo. Hacía casi siete años que estaba casada con él y muchísimas veces —miles— el cuerpo de Jack había estado sobre el de ella, pero Wendy jamás se había dado cuenta de lo pesado que era. El aliento silbaba dolorosamente al entrar y

salir de su garganta magullada. Sin embargo Wendy se sentía mejor de lo que se había sentido en muchos días. Estaba viva. Después de haber estado tan al borde de la muerte, eso era inapreciable. Y Jack también estaba vivo.

De pura suerte, más bien que por haberlo planeado, habían encontrado quizá la única manera que podía sacarlos a todos del atolladero.

Jadeante, se detuvo un momento, sosteniendo contra las caderas los pies de Jack. La situación le hacía recordar el grito del viejo capitán en *La isla del tesoro* cuando el viejo ciego Pew le entregó la Señal Negra: *¡Esto ya está!*

Pero entonces recordó, con inquietud, que el viejo lobo de mar había caído muerto apenas unos pocos segundos después.

—¿Está bien, mamá? ¿No es... no es demasiado pesado?

—Me las arreglo —Wendy empezó de nuevo a arrastrar a Jack. Danny estaba junto a su padre. Una de las manos se le había deslizado del pecho, y el chico volvió a plegársela suavemente, con amor.

—¿Estás segura, mamá?

—Sí, Danny, es lo mejor.

—Es como ponerlo en la cárcel.

—Sólo será por un tiempo.

—Bueno, está bien. ¿Estas segura de que puedes hacerlo?

—Sí.

Pero la cosa no sería tan fácil. Al pasar los umbrales, Danny había sostenido con ambas manos la cabeza de su padre, pero al entrar en la cocina se le resbalaron en el pelo grasiento de Jack, y la cabeza de éste fue a golpear contra las baldosas. Jack empezó a gemir y a moverse.

—Tenéis que usar humo —farfulló con voz. pastosa—. Ahora corred a traerme esa lata de gasolina.

Wendy y Danny intercambiaron una tensa mirada de alarma —Ayúdame —pidió ella, en voz baja.

Durante un momento pareció que Danny se quedara paralizado junto al rostro de su padre. Después, con

movimientos espasmódicos, se puso junto a Wendy y la ayudó a sostenerle la pierna izquierda. Entre los dos lo arrastraron por el suelo de la cocina en una especie de pesadilla que parecía filmada a cámara lenta y en la que no había más ruido que el débil zumbido de insecto de las luces fluorescentes y el ritmo trabajoso de su propia respiración.

Cuando llegaron a la despensa, Wendy dejó en el suelo los pies de Jack y empezó a manipular el cerrojo. Danny miraba a su padre, que de nuevo yacía flojo y relajado. La parte de atrás de la camisa se le había salido de los pantalones mientras lo arrastraban hasta allí, y Danny no sabia si su padre estaría demasiado borracho para sentir frío. Le parecía mal encerrarlo en la despensa como si fuera un animal salvaje, pero ya había visto lo que intentó hacerle a su madre. Mientras aun estaba arriba, ya había percibido lo que su papá iba a hacer. Los había oído discutir dentro de su cabeza.

(Sipudiéramos estar todos fuera de aquí. O si esto no fuera más que un sueño que tengo, mientras estamos allá en Stovington. Si...) El cerrojo estaba atascado.

Wendy tiraba de él con todas sus fuerzas, sin conseguir moverlo. No podía correr el maldito cerrojo. Qué estupidez, qué cosa injusta, si cuando entró en la despensa a buscar la lata de sopa lo había abierto sin ninguna dificultad. Pero ahora no quería moverse, ¿y qué podían hacer entonces? No podían ponerlo dentro del cuarto refrigerado; allí se congelaría y moriría.

Pero si lo dejaban suelto, cuando se despertara...

En el suelo,Jack volvióa moverse.

—Ya me ocuparé yo de eso —murmuró—. Ya entiendo.

—¡Se está despertando, mamá! —advirtió Danny.

Sollozando ya, Wendy tiró del cerrojo con ambas manos.

—¿Danny? —aunque todavía borroso, en la voz de Jack había un matiz suavemente amenazante—. ¿Eres tú, doc?

—Tú sigue durmiendo, papá —respondió nerviosamente el chico—. Es hora de dormir, ya sabes.

Levantó los ojos hacia su madre, que seguía luchando con el cerrojo, e inmediatamente vio lo que pasaba. Wendy se había olvidado de hacer girar el cerrojo antes de empujarlo hacia atrás, de manera que la pequeña traba estaba atascada en su muesca.

—Déjame —dijo Danny en voz baja, y apartó las manos temblorosas de su madre con las suyas, no mucho más firmes. Con el borde de la mano aflojó la traba y el cerrojo retrocedió sin resistencia.

—Date prisa —urgió Danny. Al mirar hacia bajo vio que los ojos de Jack habían vuelto a abrirse y que esa vez su papá lo miraba directamente a él con una extraña mirada vacía y calculadora.

—Tú la copiaste —le dijo papá—. Sé que la copiaste. Pero está por aquí, en alguna parte, y yo la encontraré. Te aseguro que la encontraré... — las palabras volvieron a hacérsele inciertas.

Con la rodilla, Wendy empujó la puerta de la despensa para abrirla, sin advertir casi el penetrante olor de frutas secas que salió del interior. Volvió a levantar los pies de Jack y lo arrastro hacia adentro, jadeando ya penosamente, en el límite de sus fuerzas. En el momento en que Wendy tiraba del cordón para encender la luz, Jack volvió a abrir los ojos.

—¿Qué es lo que estas haciendo? Wendy, ¿que es lo que estás haciendo?

Cuando ella dio un paso para pasar por encima de él, Jack se movió con rapidez; con una rapidez pasmosa. Una mano se lanzó hacia ella como un látigo, y Wendy tuvo que dar el paso de costado y estuvo a punto de caerse, para evitar que la agarrara. Así y todo, Jack había conseguido cogerla por el dobladillo de la bata, y se oyó el crujido de la costura al desgarrarse Ahora, Jack ya estaba en cuatro patas, con el pelo caído sobre los ojos, como algún animal enorme. Un perro grande o un león.

—A la mierda con vosotros dos. Ya se lo que queréis. Pero no lo vais a conseguir.

Este hotel... es mío. Es a mí a quien quieren. ¡A mí, a mí!

—¡La puerta, Danny, *cierra la puerta*! —vociferó Wendy.

Con un fuerte golpe, el chico cerró tras ellos la pesada puerta de madera, en el momento en que Jack saltaba. El picaporte se cerró y Jack se estrelló inútilmente contra la puerta.

Las manecitas de Danny se tendieron hacia el cerrojo. Wendy estaba demasiado lejos para ayudarlo; la cuestión del aprisionamiento o de la libertad de Jack quedaría resuelta en un par de segundos. A Danny se le escapó el cerrojo, lo volvióa coger y consiguió correrlo en el preciso instante en que el picaporte, unos centímetros más abajo, empezaba a sacudirse furiosamente. Después se inmovilizó de nuevo, pero entonces vino una serie de golpes sordos, que daba Jack con el hombro contra la puerta. El cerrojo, una barra de acero de casi un centímetro de diámetro, no dio señales de aflojarse. Wendy dejó escapar su aliento lentamente.

—¡Dejadme salir de aquí! —gritaba furiosamente Jack—. ¡Dejadme salir! Danny, ¡maldita sea, que soy tu padre y quiero salir! *¡A ver si haces lo que te digo!*

Automáticamente, la mano del niño se levantó hacia el cerrojo.

Wendy se la detuvo, apretándosela contra su pecho.

—¡Obedece a tu padre, Danny! ¡Haz lo que te digo! Mira que si no lo haces, te daré una paliza que no olvidarás en tu vida. *¡Abre esta puerta si no quieres que te aplaste los sesos!*

Pálido como el papel, Danny miraba a su madre.

Los dos oían la respiración entrecortada de Jack, detrás de centímetro y medio de sólido roble.

—¡Wendy! ¡Déjame salir! ¡Déjame ahora mismo! ¡Puta frígida y barata! ¡Déjame salir! ¡Lo digo en serio! ¡Dejadme salir de aquí y os perdonaré! ¡Si no, os haré picadillo! ¡Lo digo en serio! ¡Os haré pedazos de tal manera que ni vuestra madre os reconozca! *¡Abrid la puerta, ahora!*

Danny gemía y, al mirarle, Wendy se dio cuenta de que el chico estaba a puntode desmayarse.

—Vamos, doc —le dijo, y ella misma se sorprendió de la calmade su voz—.

Recuerda que el que habla no es tu papá; es el hotel.

—*¡Volved aquí y dejadme salir AHORA mismo!* —vociferaba Jack.

Despuésse oyó un ruido áspero, reiterado, el de las uñas al empezar a rascar el interior de la puerta.

—Es el hotel —repitió Danny—. Es el hotel, ya recuerdo.

Pero al mirar por encima del hombro, su carita estaba contraída, aterrorizada.

47. DANNY

Eran las tres de la tarde de un día largo, muy largo.

Wendy y Danny estaban sentados en la cama grande, en sus habitaciones. Compulsivamente, Danny daba vueltas en las manos al «Volkswagen» en miniatura, color púrpura, con su monstruo asomándose por el techo corredizo.

Mientras atravesaban el vestíbulo habían oído todo el tiempo los golpes que daba su papá, los golpes y la voz, ronca y colérica, jactanciosa como si fuera la de un rey destronado,vomitando promesas de castigo, blasfemias, prometiéndoles a ambos que en la vida dejarían de lamentar haberlo traicionado,después de los años que Jack se había pasado sacrificándose por ellos.

Danny había pensado que desdearribaya no llegarían a oírlo, pero los alaridos de furia les llegaban perfectamente por el hueco del montacargas. Mami estaba pálida, y tenía unas marcas horribles en el cuello, donde papito había tratado de...

Danny seguía dando vueltas y vueltas en las manos al «Volkswagen», el premio que le había dado papá por haberestudiado tan bien sus lecturas.

(... donde papá había tratado de abrazarla con demasiada fuerza.) Mamá puso música en el pequeño tocadiscos, un disco rayado, lleno de corno y flauta, y le sonrió con aire

de cansancio. Danny intentó devolverle la sonrisa, pero no pudo. Hasta con el máximo de volumen, le parecía que seguía oyendo a su papá que vociferaba y sacudía la puerta de la despensa como un animal enjaulado. ¿Y si tenía que ir al cuarto de baño? Entonces, ¿qué haría?

Danny se puso a llorar.

Wendy bajó inmediatamente el volumen del tocadiscos, lo abrazó, empezó a mecerlo en el regazo.

—Danny, amor, todo saldrá bien, ya verás. Si el señor Hallorann no recibió tu mensaje, alguien lo recibirá. Tan pronto como pase la tormenta.

De todas maneras, antes de que pare nadie puede llegar hasta aquí arriba, ni el señor Hallorann ni nadie. Pero cuando la tormenta termine todo se arreglará. Nos iremos de aquí, y, ¿sabes lo que haremos para la próxima primavera? ¿Los tres?

Con la cabeza apoyada en el pecho de ella, Danny hizo un gesto negativo. No, no sabía. Le parecía que jamás volvería a haber una primavera.

—Saldremos a pescar. Alquilaremos un bote y saldremos a pescar, como hicimos el año pasado en el lago Chatterton. Tú y yo, y papito. Y tal vez saques una lubina para la cena... y tal vez no saques nada, pero ¿te imaginas lo que nos divertiremos?

—Te quiero, mami —respondió el chico, abrazándose a ella.

—Oh, Danny... yo también te quiero.

Fuera, seguían los latigazos y los aullidos del viento.

Alrededor de las cuatro y media, cuando la luz del día empezaba a amortiguarse,

los gritos cesaron.

Los dos estaban sumidos en una inquieta modorra, Wendy con Danny todavía en sus brazos, y ella no se despertó. Pero el chico sí. De alguna manera, el silencio era peor, más amenazador que los gritos y los golpes contra la recia puerta en la despensa. ¿Papito se habría dormido? ¿O se habría muerto? ¿O qué?

(¿Se habría escapado?)

Quince minutos más tarde, el silencio era quebrado por un traqueteo áspero, duro, metálico. Primero un chirrido, después un zumbido mecánico.

Con un grito, Wendy se despertó.

El ascensor estaba de nuevo funcionando.

Los dos se quedaron escuchándolo, con los ojos muy abiertos, abrazándose. Iba de una planta a otra, se oía el golpe de la puerta, al cerrarse y al abrirse. Se oían risas, gritos de borrachos, de vez en cuando alaridos y el ruido de algo que se rompía.

En torno de ellos, el «Overlook» cobraba vida nuevamente.

48. JACK

Sentado en el suelo de la despensa con las piernas abiertas, con un paquete de galletas entre ellas, Jack miraba hacia la puerta mientras iba comiéndose las galletas una por una, sin saborearlas, comiéndoselas simplemente, porque tenía que comer algo. Cuando saliera de allí necesitaría de todas sus fuerzas. De todas.

Enese preciso instante pensaba que jamás en toda su vida se había sentido tan desdichado. La mente y el cuerpo no eran más que un largo escrito de dolor. La cabeza lo atormentaba, con el latido enfermizo de una resaca. Y estaban también todos los demás síntomas: el mal sabor en la boca, como si le hubieran pasado un rastrillo después de haber recogido estiércol, el zumbido en los oídos, la densa palpitación del corazón, que parecía un tam-tam. Además, le dolían muchísimo los hombros de tanto golpearlos contra la puerta, y tenía la garganta irritada de tanto gritar inútilmente. Y se había hecho un corte en la mano derecha, con el picaporte.

Y cuando saliera de allí, vaya si iba a repartir unas cuantas patadas.

Fue masticando una por una las galletitas, negándose a darle el gusto al estómago, que quería vomitarlo todo. Recordó que en el bolsillo tenía

«Excedrina», pero decidió esperar a tener un poco mejor el estómago. No tenía ningún sentido engullirse un analgésico para vomitarlo a las primeras de cambio. Era cuestión de usar el cerebro, el celebrado cerebro de Jack Torrance. ¿No es usted el tipo que pensaba vivir de su ingenio? Jack Torrance, autor de *bestsellers*. John Torrance, aplaudido dramaturgo y ganador del Premio de los Críticos, en Nueva York, John Stephen Torrance, hombre de letras, pensador de valía, ganador del premio Pulitzer a los setenta, por su conmovedor libro de memorias, *Mi vida en el siglo veinte*. Y toda esa mierda se reducía a una sola cosa: vivir de su ingenio.

Vivir del propio ingenio es saber siempre dónde están las avispas.

Se puso otra galletita en la boca y la masticó.

Y a lo que todo se reducía en realidad, supuso Jack, era a que no confiaban en él. A que no podían convencerse de que él sabía qué era lo mejor para ellos y como conseguirlo. Su mujer había intentado usurpar su lugar, primero valiéndose de un juego limpio (bueno, más o menos), después, sucio. Cuando sus insinuaciones mezquinas, sus gimoteantes objeciones, no habían podido resistir el peso de los sólidos y meditados argumentos de él, Wendy había puesto en contra de él a su hijo, había intentado matarle con una botella, y después le había encerrado, y nada menos que en la maldita *despensa*, entre todos los lugares posibles.

Con todo, una vocecilla interior seguía hostigándolo.

(Sípero, ¿de dónde vino ese alcohol? ¿En realidad no es ese el puntocentral? Tú ya sabes lo que te sucede cuando bebes, bien que lo sabes poramarga experiencia. Cuando bebes, pierdes los estribos.) Lanzó la caja de galletas a través de la pequeña habitación. Fue a chocar contra un estante de latas de conserva y después cayó al suelo. Jack miró la caja, se enjugó los labios con el dorso de la mano, después miró el reloj. Eran casi las seis y media. Hacia horas que estaba allí dentro. Su mujer lo había encerrado, y estaba allí desdehacia *horas.*

Sentía que ahora empezaba a entender a su padre.

Lo que él jamas se había preguntado, Jack se daba cuenta ahora, era qué fue, exactamente, lo que por primera vez impulsó a su padre hacia la bebida. Y realmente... si se decidía uno a ir en forma directa a lo que sus antiguos alumnos habrían llamado el quid de la cuestión ¿no había sido la mujer con quien se había casado? Semejante esponja estúpida, siempre arrastrándose silenciosamente por toda la casa con esa expresión de mártir resignada. ¿No había sido una bola de hierro encadenada al tobillo de su padre? No, nada de bola de hierro y cadena. Ella jamas habíatratado activamente de convertir a papá en un prisionero, como había

hecho Wendy con él. Para el padre de Jack. su destino debía de haberse parecido más al de McTeague, el dentista que al final de la gran novela de Frank Norris se encuentra esposado a un cadáver, en medio del páramo. Sí, esa imagen era mejor. Mental y espiritualmente muerta, su madre había estado esposada al padre por el matrimonio. Y así y todo, su padre había intentado seguir el camino recto mientras arrastraba por la vida ese cadáver en putrefacción.

Había intentado criar a sus cuatro hijos de manera que distinguieran el bien y el mal, que entendieran lo que era la disciplina y, sobre todo, que respetaran a su padre.

Pues bien, todos ellos habían sido unos ingratos, él el primero. Y ahora estaba pagando el precio: su propio hijo también le resultaba un ingrato. Pero aún tenía esperanzas. De alguna manera conseguiría salir de allí, y les impondría un correctivo a los dos, bien severo. Para que le sirviera de ejemplo a Danny, para que llegara el día en que, ya hombre, Danny supiera mejor que su padre qué era lo que tenía que hacer.

Recordaba aquella cena del domingo, cuando su padre le había dado de bastonazos a su madre, en la mesa... lo horrorizados que se habían quedado él y sus hermanos. Pero ahora Jack advertía lo necesario que había sido aquello; comprendía que su padre no había hecho más que fingir ebriedad, que su ingenio se había mantenido despierto y alerta, atento al más leve signo de falta de respeto.

Jack se arrastró hacia donde habían caído las galletas y de nuevo empezó a comérselas, sentado junto a la puerta que Wendy había atrancado de manera tan traidora. Se preguntaba qué sería exactamente lo que había visto su padre, cómo era que la había descubierto en su comedia. ¿Habría ocultado ella con la mano algún gesto despectivo? ¿La habría visto sacándole la lengua? ¿Haciéndole algún gesto obsceno con los dedos? ¿O simplemente lo habría mirado insolentemente, con arrogancia, convencida de que él estaba demasiado idiotizado por la bebida para verla? Fuera lo que fuese, él la había sorprendido mientras lo hacía, y

la había castigado severamente. Y ahora, veinte años más tarde, Jacky comprendía finalmente la sabiduría de su padre.

Claro que siempre se podía decir que éste había sido un tonto al casarse con una mujer así, al dejarse unir a semejante cadáver, para empezar... y para colmo, a un cadáver irrespetuoso. Pero cuando los jóvenes se casan deprisa, tienen mucho tiempo para arrepentirse, y tal vez su abuelo se hubiera casado con una mujer del mismo tipo, de modo que inconscientemente su padre lo había imitado, como le había sucedido también a él mismo. Salvo que *su* mujer, en vez de conformarse con el papel pasivo (había arruinado una carrera y obstaculizado otra), había optado por la actitud —ponzoñosamente activa— de intentar destruir su última y mejor oportunidad: llegar a ser miembro del personal del «Overlook» y ascender quizás... hasta lo más alto, hasta el cargo de director con el tiempo. Wendy trataba de arrebatarle a Danny, y Danny era el precio de que a él lo aceptaran. Era una estupidez, claro, ya que no se entendía por qué querían al hijo cuando podían tener al padre... pero era muy común que a los patrones se les ocurrieran tonterías así, y la condición estipulada era esa.

Naturalmente, Jack advertía ahora que con ella no podría razonar.

Había procurado hacerla entrar en razones en el Salón Colorado, pero Wendy no sólo se había negado a escucharlo: le había asestado un botellazo en la cabeza. Pero ya habría otra oportunidad, y pronto. Ya conseguiría salir de allí.

De pronto, contuvo el aliento e inclinó la cabeza. De alguna manera le llegaba la música de un piano que tocaba un *boogie-woogie*, y se oían ecos de risas y aplausos. Los ruidos llegaban amortiguados por la puerta de madera, pero se oían. La canción era *En la ciudad vieja se armará lío esta noche.*

Cerró los puños desesperanzado; y se contuvo para no volver a emprenderla a puñetazos con la puerta. La fiesta empezaba nuevamente, y habría de todo para beber. En alguna parte, bailando con algún otro, estaría la muchacha que

él había sentido tan enloquecedoramente desnuda bajo la túnica de satén blanco.

—¡Ya me las pagaréis! —volvió a aullar—. ¡Ya me las pagaréis los dos, malditos!

¡Os prometo que os haré tomar vuestra medicina por esto, seguro!

¡Os...!

—Tranquilo, tranquilo, vamos —se oyó decir a una voz, calma, del otro lado de la puerta—. No hace falta gritar, amigo. Lo oigo perfectamente bien.

De un salto, Jack se puso de pie.

—¿Grady? ¿Es usted?

—Sí, señor. Claro que sí. Parece que lo han encerrado a usted.

—Déjeme salir, Grady. Pronto.

—Por lo que veo, mal podría usted haberse ocupado del asunto que hablamos, señor. De encarrilar a su mujery a su hijo.

—Son ellos quienes me han encerrado aquí. ¡Quite el cerrojo, por amor de Dios!

—¿Y dejó usted que lo encerraran? —en la voz de Gradyse traslucía una cortés sorpresa—. Vaya vaya. Una mujerque es la mitad de usted y un niño pequeño. No es como para pensar que tenga usted madera de directivo, ¿no le parece?

Acompasadamente, en la sien derecha de Jack empezó a latir una vena.

—Déjeme salir, Grady, que yo me ocuparé de ellos.

—¿Lo hará, realmente, señor? Lo dudo —la cortés sorpresa había cedido el paso a una cortés preocupación—. Me duele decir que lo dudo.

Hemos llegado... yo y los otros... hemos llegado a creer realmente que usted no se toma todo esto muy a pecho. Y que no tiene las... las agallas necesarias.

—*¡Sí que las tengo!* —gritó Jack—. *¡Las tengo, lo juro!*

—¿Y nos traerá usted a su hijo?

—¡Sí! ¡Sí!

—Su mujerse opondrá enérgicamente a eso, señor Torrance. Y aparentemente tiene... algo más de fuerza de lo que nos habíamos imaginado. Y más recursos. *A usted*, indudablemente, parece que le ganó.

Jack oyó una risita.

—Tal vez, señor Torrance, deberíamos haber empezado desde el primer momento a tratar con ella.

—Yo se los entregaré, lo juro —aseguró Jack, con la cara apoyada contra la puerta, transpirando—. Y ella no se opondrá. Le juro que no. No podrá.

—Me temo que tenga usted que matarla —dijo fríamente Grady.

—Haré lo que tenga que hacer. Usted *déjeme salir.*

—¿Me da usted su palabra, señor? —insistió Grady.

—Mi palabra, mi promesa, mi voto sagrado, lo que quiera, demonios.

Si...

Se produjo un chasquido al correrse hacia atrás el cerrojo. Lentamente, la puerta se entreabrió. Jack dejó de hablar, de respirar. Durante un momento tuvo la sensación de que la muerte misma estaba del otro lado de esa puerta. La sensación pasó.

—Gracias, Grady—susurró Jack—. Le juro que no lo lamentarán. Le juro que no.

No hubo respuesta; Jack cobró conciencia de que todos los ruidos se habían detenido, salvo el frío ulular del viento, afuera. Empujó la puerta, y las bisagras cedieron con un débil chirrido. La cocina estaba vacía. Grady había desaparecido. Todo estaba en silencio, congelado bajo el frío resplandor blanco de los tubos fluorescentes. Los ojos de Jack se posaron sobre la enorme tabla de picar carne que los tres solían usar como mesa para las comidas. Sobre ella había un vaso para martini, casi un litro de gin y un platillo de plástico lleno de aceitunas. Apoyado contra la mesa, estaba uno de los mazos de roque que se guardaban en el cobertizo. Jack estuvo largo rato mirándolo. Después una voz, mucho más profunda, y más potente que la voz de Grady, le habló desde alguna parte, desde todas partes... desde dentro de sí mismo.

(Mantenga usted su promesa, señor Torrance.)

—Sí, lo haré —asintió, y él mismo percibió el bajo servilismo de su voz, pero no era capaz de evitarlo—. Lo haré.

Fue hasta la mesa y apoyó la mano en el mango del mazo.

Lolevantó.

Loblandió.

El mazo silbó malignamente en el aire.

Jack Torrance empezó a sonreír.

49. EL VIAJE DE HALLORANN

Eran las dos menos cuarto de la tarde, y según decían las señales de carretera cubiertas de nieve y el cuentakilómetros del coche, Hallorann ya debía estar a menos de cinco kilómetros de Estes Park cuando finalmente se salió del camino.

En la sierra, la nieve caía más cerrada y más furiosa de lo que Hallorann hubiera visto en su vida (lo que probablemente no era mucho decir, ya que se las había arreglado siempre para ver tan poca nieve como le fuera posible), y el viento soplaba en caprichosas rachas, que tan pronto venían del Oeste como daban la vuelta para acosarlo desde el Norte, oscureciéndole el campo visual con nubes de nieve polvorienta que lo obligaban a tener continuamente presente que, si no acertaba bien con una curva, podía despeñarse sesenta metros hacia abajo, dando vueltas interminablemente dentro del «Buick». Lo peor era su inexperiencia como conductor de invierno.

Le daba miedo que la raya amarilla del centro estuviera enterrada bajo remolinos de nieve y le daba miedo que las rachas de viento pasaran libremente entre los picachos haciendo que el «Buick» se tambaleara. Le daba miedo ver que las señales de información estuvieran cubiertas de nieve en su mayor parte, de manera que lo mismo daba arrojar al aire una moneda para saber si el camino doblaría a la derecha o a la izquierda en la enorme pantalla blanca de autocine a través de la cual le parecía estar aventurándose continuamente. Tenía miedo, y cómo no. Desde que empezó a trepar la sierra, al oeste de Boulder y de Lyons, venía conduciendo bañado en sudor frío, manejando el acelerador y el freno como si fueran vasos de la época «Ming». En la radio, en los intervalos de música de rock and roll, el locutor aconsejaba continuamente a los automovilistas que se mantuvieran lejos de las carreteras principales y que por ninguna circunstancia se acercaran a las montañas, ya que muchos caminos estaban

totalmente bloqueados, y todos eran peligrosos. Había información de multitud de pequeños accidentes, pero también había habido dos graves: un grupo de esquiadores en un microbús «Volkswagen», y una familia que se dirigía a Albuquerque atravesando las montañas. Sangre de Cristo. Entre los dos arrojaban un saldo de cuatro muertos y cinco heridos.

—De manera que ni acercarse a esos caminos, y a quedarse escuchando buena música por nuestra emisora —concluyó alegremente el locutor, y terminó de rematar la desdicha de Hallorann anunciando que tocarían *Temporada al sol*—. Nos divertimos, nos regocijamos, nos... —siguió parloteando alegremente, pero Hallorann apagó con furia la radio, por más que supiera que a los cinco minutos la volvería a encender. Por malos que fueran los programas, era mejor que seguir andando a solas a través de esa blancura enloquecedora.

(Admítelo. Este negrito por lo menos tiene un miedo de todos los demonios, que le corre de arriba abajo por toda la espalda.) La cosa no tenía ninguna gracia, y Hallorann habría dado marcha atrás antes de salir de Boulder, si no hubiera sido por su sensación compulsiva de que el chico estaba en un peligro terrible. Todavía ahora, una vocecita seguía diciéndole en el fondo de la cabeza (y Hallorann pensaba que era más bien la voz de la razón que la de la cobardía) que se metiera a pasar la noche en un motel de Estes Park y esperara, por lo menos, a que las máquinas quitanieves volvieran a despejar el camino, dejando visible la raya del centro.

La misma voz seguía recordándole el accidentado aterrizaje del reactor en Stapleton, y la sensación abrumadora de que el aparato aterrizaría de morro y dejaría a sus pasajeros más bien en las puertas del infierno que en la puerta 39 del aeropuerto.

Pero la razón no podía prevalecer sobre la compulsión. Tenía que ser hoy. La tormenta de nieve era cuestión de su propia mala suerte, y tenía que hacerle frente. Hallorann temía que, de no hacerlo, le tocara enfrentar algo mucho peor en sus sueños.

El viento volvióa acometerlo, esta vez desdeel Noroeste, como dando efecto a una bola de billar y, Hallorann se encontró de nuevo aislado de las vagas formas de las montañas, e incluso de los muros de contención que flaqueaban el camino. Iba conduciendo a través de una nada blanca.

De pronto, de esa especie de sopa blanca emergieron las luces de sodio de una máquina quitanieves, y Hallorann comprobó con horror que, en vez de estar a un costado, el morro del «Buik» apuntaba directamente en medio de las dos luces. La máquina quitanieves no había sido demasiado escrupulosa en cuanto a respetar su lado del camino y Hallorann había dejado que el «Buik» se desviara.

El rugido chirriante del motor dieselde la quitanieves se entremetió con el bramido del viento, y después se oyó el sonido de la bocina, largo, clamoroso, ensordecedor casi.

A Hallorann los testículos se le transformaron en dos pequeños sacos arrugados, llenos de hielo picado, y tuvo la sensación de que las tripas se le habían convertido en una masa informe.

Enla blancura empezaba ahoraa materializarse un color, un naranja moteado de nieve. Hallorann distinguió la cabina, alta, e incluso la figuragesticulante del conductor, detrás del largo limpiaparabrisas. Distinguió también la forma de V de las palas de la máquina, que venían arrojando nieve sobre el terraplén izquierdo del camino, en pálidas nubes humeantes.

¡UAAAAA! La bocina bramaba, indignada.

Hallorann apretó el acelerador como si fuera el pecho de una mujeramada, y el «Buick» se lanzó hacia delante y hacia la derecha. De ese lado no había terraplén, y las palas de la quitanieves no tenían más que empujar la nieve directamente pendiente abajo. *(Pendiente abajo, ah sí, pendiente abajo...)* A la izquierda de Hallorann, las palas quitanieves, un metro más largasque el techo del «Electra», pasaron raspando, con no más de cuatro o cinco centímetros de holgura.

Hasta que la máquina no terminó de pasar junto a él, Hallorann pensó en todo momento que el choque era

inevitable. En su mente se agitaba, como un harapo, una plegaria que era a medias una disculpa inarticulada, dirigida al chico.

Finalmente, la quitanieves pasó, y Hallorann vio destellar en el espejo retrovisor las parpadeantes luces giratorias azules.

Volvió a girar el volante del «Buick» hacia la izquierda, pero no pasó nada. No pudo detener el avance porque ahora el coche patinaba, flotando soñolientamente hacia el bordede la pendiente, haciendo volar la nieve con los guardabarros.

Hizo girar el volante en el otro sentido, en la dirección de la patinada, y el coche empezó a colear. Presa ya del pánico, Hallorann clavó los frenos y sintió que chocaba con algo. Frente a él, el camino había desaparecido, y se encontró mirando dentro de un abismo insondable de nieve arremolinada y vagas formas grisverdosas: pinos que se extendían muy lejos, muy abajo. *(me voy santa madre de Dios me voy abajo)* Y ahí fue donde se detuvo el coche, suspendido en un ángulo de casi treinta grados, con el guardabarros izquierdo estrujado contra la barandilla de protección, las ruedas traseras casi levantadas del suelo.

Cuando Hallorann intentó dar marcha atrás, no hicieron más que girar en el vacío. Sentía el corazón como si fuera un solo de batería de Gene Krupa.

Se bajó —muy cuidadosamente, por cierto—, y dio la vuelta hacia la parte de atrás del «Buick».

Cuando estaba ahí parado, mirando con un sentimiento de impotencia las ruedas traseras, oyó a sus espaldas una voz alegre.

—Hola, amigo. Usted debe estar completamente chiflado.

Al darse la vuelta vio que la quitanieves se había detenido unos cuarenta metros más allá, y casi desaparecía en la nube de nieve, a no ser por la columna de humo oscuro que salía del tubo de escape y por las luces giratorias azules que llevaba sobre la cabina.

El conductor, envuelto en un largo abrigo de oveja, sobre el cual llevaba un holgado impermeable, estaba de pie detrás de él. Encasquetada en la cabeza llevaba una gorra

de mecánico, a rayas azules y blancas; a Hallorann le parecía casi increíble que se le quedara allí, con semejante viento. *(Con cola. Seguramente la tiene pegada con cola.)*

—Hola —lo saludó—. ¿Puede usted volverme al camino?

—Oh, me imagino que sí —asintió el otro—. Pero, ¿qué demonios anda haciendo por aquí? Es una buena manera de romperse la crisma.

—Tengo un asunto urgente.

—No hay nada tan urgente —precisó el conductor de la quitanieves hablando lentamente y con paciencia, como si se dirigiera a un retrasado mental—. Si hubiera dado usted contra ese poste con un poquito más de fuerza, nadie lo habría sacado de allíabajo hasta la primavera. Usted no es de la zona, ¿no?

—No. Ni estaría aquí si no fuera porque el asunto es tan urgente como le digo.

—¿De veras? —el hombre se acomodó para seguir hablando, tan tranquilamente como si estuvieran conversando de vuelta a casa, en vez de encontrarse en mitad de una tormenta de nieve entre el purgatorio y el infierno, con el coche de Hallorann haciendo equilibrio a cien metros de un bosque de pinos.

—¿Hacia dónde se dirige? ¿A Estes?

—No, a un lugar que se llama el «Overlook Hotel» —explicó Hallorann—. Queda un poco más allá de Sidewinder...

Pero su interlocutor sacudía la cabeza con aire dolorido.

—Oh, yo sé perfectamente dónde queda eso —asintió—. Amigo, jamás conseguirá llegar hasta el «Overlook». Los caminos entre Estes Park y Sidewinder son un maldito infierno. Los ventisqueros se vuelven a formar allí tan pronto como los sacamos. Hace unos cuantos kilómetros tuve que atravesar ventisqueros que en el medio tenían una profundidad de casi un metro ochenta. Y aunque consiguiera llegar a Sidewinder, vaya, si el camino está cerrado completamente desde allí hasta Buckland, Utah. No, no —sacudió la cabeza—. Jamás podrállegar, amigo. De ninguna manera.

—Tengo que intentarlo —insistió Hallorann, que ya recurría a sus últimas reservas de paciencia para hablar con voz normal—. Allá arriba hay un niño...

—¿Un *niño*? No. El «Overlook» se cierra a fines de setiembre. No les rinde tenerlo abierto más tiempo. Hay demasiadas tormentas de mierda, al estilo de ésta. —Es el hijo del vigilante, y está en dificultades.

—Y usted, ¿cómo lo sabe?

La paciencia de Hallorann se acabó.

—¡Por el amor de Dios! ¿Piensa pasarse ahí todo el día haciéndome preguntas? *¡Lo sé y basta!* Ahora, ¿me va a volver de una vez al camino, o no?

—Vaya cabezota que es usted, ¿no? —comentó el hombre, sin alterarse demasiado—. Seguro. Súbase ahí, que debajo del asiento tengo una cadena.

Hallorann volvió a sentarse al volante, y sintió que temblaba todo entero, con retrasada reacción emotiva. Además, tenía las manos tan entumecidas que casi no las sentía. Se había olvidado de ponerse guantes.

La quitanieves retrocedió hasta la parte posterior del «Buick», y Hallorann vio que el conductor se bajaba con un largo rollo de cadena.

—¿Puedo ayudarlo en algo? —se ofreció, abriendo la puerta.

—Con que no moleste, basta —le gritó el otro, a su vez—. Esto estará en un abrir y cerrar de ojos.

Y así fue. El armazón del «Buick» se estremeció en el momento en que la cadena se puso tensa, y un segundo después estaba de nuevo en el camino, apuntando más o menos en dirección de Estes Park. El conductor de la quitanieves se acercó a la ventanilla y golpeó el cristal. Hallorann lo bajó.

—Gracias —le dijo—. Y disculpe que le haya gritado.

—No es la primera vez que me gritan —le informó el hombre, con una sonrisa—. Parece que anda un poco tenso, usted. Tome, llévese esto —un par de gruesos mitones azules cayeron sobre las rodillas de Hallorann—. Me

parece que cuando tenga que volver a bajarse los va a necesitar. Afuera hace frío. Póngaselos si no quiere terminar sus días usando una aguja de ganchillo cada vez que quiera hurgarse la nariz. Y después me los manda de vuelta.

Me los tejió mi mujer y les tengo cariño. En el forro está cosido el nombre y la dirección. Me llamo Howard Cotlrell, de paso. Mándemelos cuando ya no los necesite, y ojo, que no quiero tener que pagar contrareembolso.

—De acuerdo —asintió Hallorann—. Y gracias. Muchas gracias.

—Ande con cuidado. Yo lo llevaría, pero con el trabajo que tengo en este momento, no puedo.

—No se preocupe. Gracias de nuevo.

Empezó a levantar la ventanilla, pero Cottrell lo detuvo.

—Cuando llegue a Sidewinder... sí es que llega a Sidewinder... váyase a la estación de servicio Conoco, de Durkin. Está junto a la biblioteca, no puede equivocarse. Pregunte por Larry Durkin y dígale que le manda Howie Cottrell y que quiere alquilarle uno de sus vehículos para la nieve. Dígale mi nombre y muéstrele estos mitones, que le hará precio especial.

—Gracias otra vez —repitió Hallorann.

Cottrell hizo un gesto afirmativo.

—Es gracioso. No hay manera de que usted pueda saber que alguien está en peligro allá arriba, en el «Overlook»... el teléfono está cortado, seguro. Pero yo le creo; a veces tengo una sensación.

—Sí. Yo también, a veces —asintió Hallorann.

—Claro. Ya lo sé. Pero cuídese.

—Me cuidaré.

Cottrell desapareció entre los remolinos de nieve con un último saludo, con la gorra de mecánico gallardamente calada en la cabeza.

Hallorann volvió a ponerse en marcha, y las cadenas se hundieron en la nieve del camino, encontrando por fin la resistencia para poner en marcha el

«Buick». A sus espaldas, Howard Cottrell lo saludó con un último bocinazo, deseándole buena suerte, aunque en realidad no era necesario: Hallorann percibía directamente sus deseos.

Encontrar dos de los míos en un día, pensó, debería ser una especie de buen augurio. Pero Hallorann desconfiaba de los augurios, buenos o malos.

Y tal vez encontrarse en un solo día con dos personas que tenían esplendor (cuando por lo general en el transcurso de un año no solía encontrarse con más de cuatro o cinco) no significara nada. Esa sensación de cosa definitiva, esa sensación *(como de que el paquete ya está todo envuelto)* que no podía definir del todo, seguía acompañándolo. Era... El «Buick» se empeñaba en patinar en una curva cerrada, y Hallorann lo enderezó cuidadosamente, atreviéndose apenas a respirar. Encendió de nuevo la radio: Aretha. Aretha estaba estupenda. El no tendría inconveniente en llevarla en su coche, cuando ella quisiera.

Otra ráfaga de viento azotó el coche y lo sacudió. Con una maldición, Hallorann es inclinó más aun sobre el volante. Aretha terminó de cantar y apareció de nuevo el locutor, recordándole que conducir un automóvil con semejante día era una excelente manera de matarse.

Bruscamente, Hallorann apagó la radio.

Finalmente llegó a Sidewinder, aunque en el trayecto desdeEstes Park hasta allí tardó cuatro horas y media. Para cuando llegó a la Carretera de las Tierras Altas ya había oscurecido del todo, pero la tormenta de nieve no daba señales de menguar. En dos ocasiones, Hallorann tuvo que detenerse ante ventisqueros tan altos como la tapa del motor del coche, y esperar a que vinieran las quitanieves para abrirle paso.

Enuno de los ventisqueros, la quitanieves venía de contramano y de nuevo había estado a puntode producirse un choque. El conductor se había limitado a pasar junto a su coche sin bajarse a discutir, pero no dejó de hacerle uno de los dos gestos con los dedos que todos los norteamericanos mayores de diez años reconocen, y no era el signo de la paz.

Hallorann tenía la impresión de que a medida que se aproximaba al «Overlook», su necesidad de apresurarse se hacia cada vez más apremiante.

Casi constantemente se encontraba mirando el reloj, y cada vez le parecía que las manecillas volaran.

Diez minutos después de haber entrado en la carretera, pasó dos señales, despejadas las dos de nieve por el azote del viento, de manera que pudo leerlas, SIDEWINDER 16. Anunciaba la primera.

Enla segunda se leía: 20 KM HACIA DELANTE, CAMINO CERRADO ;DURANTE MESES DE INVIERNO.

—Larry Durkin —murmuró Hallorann, para sí mismo, contraído y tenso el rostro oscuro al débil resplandor verde del tablero de instrumentos. Eran las seis y diez—. En Conoco, junto a la biblioteca. Larry...

En ese momento se abatió sobre él, súbitamente, con todas sus tuerzas, el olor a naranjas y el impacto mental, denso y maligno, asesino: *(NO TE METAS EN ESTO NEGRO SUCIO QUE NO ES ASUNTO TUYO VUÉLVETE NEGRO PORQUE SI NO TE VUELVES TE MATAREMOS TE COLGAREMOS DE UN ÁRBOL JODIDO CONEJO NEGRO DE LA SELVA Y DESPUÉS QUEMAREMOS TU CADÁVER PORQUE ESO ES LO QUE HACEMOS CON LOS NEGROS DE MANERA QUE VUÉLVETE AHORA MISMO.)* En el mínimo espacio del coche, Hallorann exhaló un grito. El mensaje no le había llegado en palabras, sino en una serie como de imágenes en jeroglífico que se le metían en la cabeza con una fuerza tremenda. Apartó las manos del volante y se las llevó a los ojos, como para borrar las imágenes.

Enese momento el coche se estrelló contra uno de los terraplenes, rebotó, giró sobre sí mismo y finalmente se detuvo, mientras las ruedas seguían girando inútilmente.

Hallorann puso el motor en puntomuerto y se cubrió la cara con las manos. Aunque no lloraba, precisamente, de su pecho jadeante se escapaba un gemido entrecortado. Sabía que si le hubieran asestado semejante golpe en un tramo del camino que hubiera tenido un

precipicio hacia cualquiera de los dos lados, en ese momento bien podría estar muerto. Y tal vez esa hubiera sido la intención. Además, el golpe podía volver, en cualquier momento, y de alguna manera tenía que protegerse contra él. Estaba rodeado por una fuerza roja, de un poder enorme, que tal vez fuera la memoria de la raza. Se sentía ahogar en el instinto.

Se quitó las manos de la cara y abrió cautelosamente los ojos. Nada. Si algo intentaba nuevamente asustarlo, a él no le llegaba. Estaba cerrado.

¿Le había sucedido eso al chico? Dios santo, ¿le había sucedido eso al pequeño?

Entre todas las imágenes, la que más lo inquietaba era ese ruido sordo, opaco, como el de un martillo que se estrella contra un queso. ¿Qué significa eso? *(Jesús, a ese niñito no. Jesús, por favor.)* Volvió a embragar y apretó el pedal para que la gasolina volviera a entrar poco a poco al motor. Las ruedas giraron, se afirmaron, siguieron girando, se afirmaron más. El «Buick» empezó a moverse, los faros se abrieron paso entre los remolinos de nieve. Hallorann miró su reloj: las seis y media casi. Empezaba a tener la sensación de que era demasiado tarde.

50. REDRUM

Wendy Torrance estaba de pie, indecisa, en mitad del dormitorio, mirando a su hijo que se había quedado dormido.

Hacía media hora que los ruidos habían cesado, todos juntos, al mismo tiempo. El ascensor, la fiesta, el ruido de las puertas de las habitaciones al abrirse y cerrarse. En vez de calmarla, eso hacía que la tensión mental de Wendy se intensificara; era como un susurro maléfico antes del último estallido brutal de la tormenta. Pero Danny se había dormido casi de inmediato, cayendo primero en un sueño superficial e inquieto, que en los diez últimos minutos se había hecho más profundo. Incluso si lo miraba directamente, Wendy apenas si veía en su pecho el lento movimiento de la respiración.

Se preguntó cuánto tiempo haría que el niño no dormía una noche entera, una noche sin sueños que lo atormentaran, sin largos períodos desvelado, a oscuras, escuchando algazaras que para ella sólo se habían vuelto audibles —y visibles— en los dos o tres últimos días, a medida que se intensificaba la influencia del «Overlook» sobre ellos tres.

(¿Auténticos fenómenos parapsicológicos o hipnosis de grupo?) Wendy no lo sabía, ni creía que eso tuviera importancia. Lo que había venido sucediendo era igualmente horrible. Miró a Danny y pensó *(Quiera Dios que siga durmiendo)* que tal vez si nada se interponía podría dormir toda la noche. Por más poderes que tuviera, seguía siendo un niño y necesitaba descanso.

El que había empezado a preocupar a Wendy era Jack.

Con un repentino gesto de dolor se sacó la mano de la boca y vio que se había arrancado una uña al mordérsela. Y las uñas eran una cosa que ella se había cuidado siempre. Aunque no las llevaba muy largas, las tenía bien cuidadas y *(y en definitiva, ¿qué te importa ahora las uñas?)* la idea la hizo reír, pero con una risa temblorosa, como encogida.

Primero, Jack había dejado de vociferar y de sacudir la puerta.

Después había vuelto a empezar la fiesta *(¿o tal vez nunca se interrumpía? ¿tal vez a veces cuando no querían que los oyeran se deslizaban apenas en un ángulo temporal levemente diferente?)* en medio del contrapunto de los ruidos del ascensor. Después eso se había interrumpido. En ese nuevo silencio, mientras Danny iba durmiéndose, a Wendy le había parecido oír voces bajas que hablaban en tono de conspiración en la cocina, casi debajo de donde ellos estaban. Al principio les había restado importancia, pensando que era el viento, que podía imitar tantos sonidos vocales humanos, desde el cascado susurro en el lecho de muerte, en los marcos de puertas y ventanas, hasta un escalofriante alarido en los aleros... el grito de una mujer que huye de un asesino en un melodrama barato. Y sin embargo, ahí sentada junto a Danny, la idea de que

se trataba en realidad de voces le parecía cada vez más convincente.

Jack y alguien más, hablando de las condiciones para que él escapara de la despensa.

Hablando del asesinato de su mujer y de su hijo.

Que no sería ninguna novedad entre esas paredes; ya antes habían cobijado asesinatos.

Wendy había ido hacia el tubo de calefacción para apoyar contra él el oído, pero precisamente en ese momento había empezado a funcionar el horno, y todos los demás ruidos se perdieron en la oleada de aire caliente que subía desde el sótano. Cuando el horno se había apagado, cinco minutos antes, el lugar estaba en completo silencio a no ser por el viento, por el constante azote de la nieve contra el edificio y el ocasional crujido de alguna tabla.

Wendy se miró la uña partida y vio que por debajo le salían algunas gotitas de sangre.

(Jack se escapó.)

(No digas tonterías.)

(Sí, se escapó. Y tiene un cuchillo de la cocina, o tal vez la cuchilla de picar carne. En este momento viene subiendo hacia aquí, pisando los bordes de los escalones para que la escalera no cruja.) (¡Estás loca!)

Los labios le temblaban, y durante un momento le pareció que debía haberlo dicho en voz alta, pero el silencio se mantuvo.

Wendy se sentía vigilada.

Giró en redondo y al mirar a la ventana oscurecida por la noche vio un horrible rostro blanco que no tenia por ojos más que círculos oscuros y que le hacía muecas burlonas, la cara de un lunático monstruoso que durante todo el tiempo se había ocultado en esas paredes y...

Era un dibujo que formaba la nieve en el exterior del vidrio.

Wendy dejó escapar el aire en un largo susurro de miedo y le pareció que oía, con toda claridad esta vez un murmullo de risitas divertidas.

(Te estás asustando de las sombras. Ya bastante mala está la situación sin eso. Para mañana por la mañana estarás lisia para el cuarto acolchado.) No había más que una manera de aplacar esos miedos, y Wendy sabía cuál era.

Tendría que bajar a asegurarse de que Jack seguía encerrado en la despensa.

Muy sencillo. Vas abajo. Te fijas. Vuelves. Ah, y de paso vas a buscar la bandeja que dejaste sobre el mostrador de recepción. La tortilla estará estropeada, pero la sopa se puede recalentar en el calientaplatos que tiene Jack junto a la máquina de escribir.

(Claro, y si él anda allá abajo con un cuchillo, no le dejes matar.) Wendy fue hacia la cómoda, tratando de sacudirse de encima el miedo que la oprimía. Sobre la cómoda había una pila de monedas, algunos vales de gasolina para la furgoneta del hotel, las dos pipas que Jack llevaba consigo a todas partes, aunque rara vez las fumara... y su llavero.

Wendy lo levantó, lo tuvo un momento en la mano y volvióa dejarlo.

Acababa de ocurrírsele la idea de echar llave a la puerta del dormitorio, pero no le gustaba del todo. Danny estaba dormido. Pensó vagamente en la posibilidad de un incendio y sintió que algo más quería acudir a su mente, pero no le prestó atención.

Atravesó la habitación, se detuvo un momento indecisa junto a la puerta, y después sacó el cuchillo del bolsillo de la bata y apretó con la mano derecha el mango de madera.

Lentamente, abrió la puerta.

El corto pasillo que llevaba a las habitaciones de ellos estaba desierto.

Todos los apliques eléctricos de la pared estaban encendidos, a intervalos regulares, destacando el fondo azul de la alfombra, con su sinuoso y ondulante dibujo negro.

(¿Ves que no hay ningún espantajo?)

(No, claro que no. Si lo que quieren es que salgas. Quieren que hagas alguna cosa tonta y femenina, que es precisamente lo que estás haciendo.) Wendy volvió a vacilar, lamentablemente indecisa, sin ganas de alejarse de Danny y de la seguridad del apartamento y, al mismo tiempo, ansiosa de asegurarse de que Jack todavía *estaba...* recluido en la seguridad de la despensa.

(Claro que está.)

(Pero y las voces.)

(Eso no eran voces. Era tu imaginación. Era el viento.) —No era el viento.

El sonido de su propia voz la sobresaltó, pero en ese sonido había una letal certidumbre que la impulsó a seguir. Al costado de su cuerpo, el cuchillo reflejaba la luz sobre el material sedoso del empapelado. Sobre la fibra de la alfombra, las chinelas susurraban. Wendy tenía los nervios tensos como alambres.

Llegó a la esquina del corredor principal y se detuvo para atisbar, alerta a cualquier cosa que pudiera ver allí.

No había nada.

Tras un momento de vacilación, siguió andando, ahora ya por el corredor principal. Con cada paso que daba hacia las sombras de la escalera, su terror iba en aumento y Wendy tenía cada vez más clara conciencia de que había dejado tras de sí a su hijo dormido, solo e indefenso. En sus oídos, el murmullo de las chinelas sobre la alfombra sonaba a cada momento más fuerte; en dos ocasiones se dio la vuelta a mirar por encima del hombro, para convencerse de que nadie la seguía.

Al llegar a la escalera, apoyó la mano sobre la frialdad del remate que daba comienzo al pasamanos. Hasta el vestíbulo había diecinueve escalones.

Wendy los había contado demasiadas veces y lo sabía. Diecinueve peldaños alfombrados, y ni un solo Jack agazapado en ninguno de ellos. Claro que no.

Jack estaba encerrado en la despensa, tras una gruesa puerta de madera y un recio cerrojo de acero.

Pero el vestíbulo estaba a oscuras y ¡lleno de sombras!

Wendy sentía el pulso, retumbante y profundo, en la garganta.

Hacia delante, un poco hacia la izquierda, la boca broncínea del ascensor se abría con un gesto de burla, como si la invitara a subir en él para un último viaje.

(No gracias.)

En el interior de la caja había colgaduras de papel crepé, rosadas y blancas. El confeti se había derramado de dos paquetes cilíndricos y en el rincón de la izquierda había una botella de champaña, vacía.

Wendy tuvo la sensación de que algo se movía por encima de ella y giró sobre sí misma para mirar hacia los diecinueve escalones que llevaban al descansillo de la segunda planta y no vio nada; sin embargo con el rabillo del ojo seguía teniendo la sensación inquietante de que había cosas *(cosas)* que, antes de que sus ojos alcanzaran a percibirlas, se habían ocultado rápidamente en la oscuridad del pasillo.

Volvió a mirar hacia la escalera.

La mano derecha le sudaba contra el mango de madera del cuchillo; Wendy se lo pasó a la izquierda, se enjugó la palma derecha contra la tela rosada del albornoz y volvió a aferrar con esa mano el cuchillo. Casi sin darse cuenta de que su mente había dado al cuerpo orden de avanzar, empezó a bajar la escalera, primero el pie izquierdo, después el derecho, izquierdo, derecho, con la mano libre apoyada levemente sobre el pasamanos.

(¿Dónde está la fiesta? ¡A ver si os dejáis asustar por mí, fantasmas enmohecidos! ¡Por una mujer aterrorizada, con un cuchillo! ¡A ver si hay un poco de música por aquí! ¡A ver si hay un poco de vida!) Diez escalones, once, doce, trece.

La luz que llegaba desde el pasillo de la primera planta se filtraba hasta allí como un opaco resplandor amarillento, y Wendy recordó que tendría que encender las luces del vestíbulo, ya fuera las que estaban junto a la

puerta de entrada del comedor o las del interior del despacho del director.

Y sin embargo, de alguna otra parte llegaba una pálida luz blanca.

De la cocina, por supuesto. Los tubos fluorescentes.

Enel decimotercer escalón se detuvo, tratando de recordar si las había apagado o las había dejado encendidas cuando ella y Danny salieron de allí.

Imposible, no se acordaba.

Abajo, en el vestíbulo, las sillas de respaldo alto se amontonaban en reductos de sombra. Los vidrios de las puertas estaban revestidos por la manta blanca, uniforme de nieve acumulada. En los almohadones del sofá, los botones de bronce resplandecían débilmente, como ojos de gatos. Había cien lugares para esconderse.

Con las piernas temblorosas de miedo. Wendy siguió bajando.

Diecisiete, dieciocho... diecinueve.

(Elvestíbulo, señora. Baje con cuidado.) Las puertas del salón de baile estaban abiertas de par en par: dentro no había mas que tinieblas. De alguna parte le llegaba un tictac constante, como el de una bomba. Wendy se puso rígida. Después recordó el reloj que estaba sobre la repisa de la chimenea, bajo un fanal de vidrio. Seguramente, Jack o Danny le habrían dado cuerda... o tal vez se hubiera dado cuerda solo, como todo lo que había en el «Overlook».

Se volvió hacia el mostrador de recepción, con la intención de pasar por allí y atravesar el despacho del director para ir a la cocina. Con un opaco resplandor de plata, la bandeja seguía allí, con su frustrado almuerzo.

En ese momento, con claras notas tintineantes, el reloj empezó a dar la hora.

Wendy se inmovilizó, con la lengua contra el paladar. Después se relajó. Estaba dando las ocho, nada más. Las ocho.

... cinco, seis, siete...

Fue contando las campanadas; de pronto, le parecía mal moverse mientras el reloj no se hubiera silenciado.

... ocho, nueve...

(¿¿nueve??)

... diez., once...

De pronto, demasiado tarde, Wendy comprendió. Torpemente, se volvió una vez más hacia la escalera, sabiendo ya que era demasiado tarde.

Pero, ¿cómo podía haberlo sabido?

Doce.

Todas las luces del salón de baile se encendieron. Estridente, resonó un estrépito de bronces. Wendy dejó escapar un grito, pero el grito sonó insignificante contra el estruendo que brotaba de esos pulmones broncíneos.

—¡A desenmascararse! —clamaban los ecos—. ¡A desenmascararse, a desenmascararse!

Después se eclipsaron, como si se perdieran en un largo corredor del tiempo, dejándola nuevamente sola.

No, sola no.

Al darse vuelta lo vio venir hacia ella.

Era Jack, pero no era Jack. En sus ojos brillaba un resplandor vacío y asesino; en la boca familiar había ahora una mueca temblorosa, sin alegría.

En una mano traía el mazo de roque.

—¿Pensaste que me habías encerrado? ¿Fue eso lo que te creíste?

Él mazo bajó silbando por el aire. Wendy retrocedió, tropezó con una banqueta, cayó sobre la alfombra del vestíbulo.

—Jack...

—Perra, bien que te conozco —masculló Jack.

El mazo volvió a bajar con mortífera, sibilante celeridad, y se le hundió en el vientre. Wendy gritó, súbitamente hundida en un océano de dolor.

Turbiamente vio que el mazo volvía a subir. Como de una abrumadora realidad, tomó conciencia de que Jack tenía la intención de matarla a golpes con el mazo que sostenía en las manos.

Wendy quiso gritar nuevamente, rogarle a Jack que se detuviera, por Danny, por su hijo, pero se había quedado sin

aliento. Lo único que pudo emitir fue un débil gimoteo, poco menos que inaudible.

—Ahora. Ahora, por Cristo —dijo Jack con sonrisa siniestra, mientras de una patada apartaba del camino la banqueta—. Ahora sí que te tomarás tu medicina.

El mazo descendió velozmente y Wendy rodó de costado, hacia la izquierda, enredándose en la bata. La presión de las manos de Jack sobre el mazo se aflojó cuando éste fue a estrellarse contra el suelo. Tuvo que inclinarse a recogerlo y entretanto Wendy consiguió levantarse y correr hacia la escalera, recuperando por fin el aliento en una tempestad de sollozos. Un dolor sordo y palpitante le atenazaba el vientre.

—Perra —masculló él, con la misma mueca, mientras volvía a acercársele—. Perra hedionda, me imagino que ya ves qué es lo que te espera.

Wendy oyó el silbido del mazo al bajar por el aire y después el dolor le desgarró el costado derecho cuando la cabeza del mazo se le estrelló encima de la cintura, rompiéndole dos costillas. Cayó hacia delante sobre los escalones, y el dolor se intensificó: había vuelto a golpearse el costado herido. Pero el instinto la llevó a rodar sobre sí misma, alejándose, y el mazo le pasó zumbando junto a la cara, errando por un par de centímetros apenas, y fue a dar con un ruido ahogado contra la gruesa alfombra que recubría la escalera. En ese momento, Wendy vio el cuchillo, que se le había escapado de la mano en su caída, y que brillaba inmóvil sobre el cuarto escalón.

—Perra —repetía Jack. El mazo volvió a bajar. Ella consiguió subir un escalón y recibió el golpe bajo la rodilla. Sintió que la pierna se le incendiaba y vio que la sangre empezaba a correrle por la pantorrilla. Cuando vio que el mazo volvía a descender, apartó desesperadamente la cabeza. Esta vez se estrelló en un peldaño, en el hueco entre el cuello y el hombro de Wendy, raspándole el lóbulo de la oreja.

Cuando él volvió a levantar el arma, Wendy se arrojó hacia Jack, escaleras abajo, por dentro del arco que describía el mazo al bajar. Un grito se le escapó al volver a golpearse las costillas laceradas, pero al dar con todo su cuerpo

contra las piernas de él consiguió hacerle perder el equilibrio. Jack cayó de espaldas, con un aullido de furia y de sorpresa, procurando inútilmente volver a hacer pie en los escalones hasta que finalmente se desplomó, mientras el mazo se le escapaba de las manos. Después se sentó, y durante un momento se quedó mirándola con ojos horrorizados.

—Te mataré por eso —farfulló.

Mientras él rodaba y se estiraba para alcanzar de nuevo el mazo, Wendy luchó por ponerse de pie. La pierna izquierda era una sucesión de relámpagos de dolor que la recorrían hasta la cadera. Aunque mostraba una palidez de ceniza, la expresión de su rostro era resuelta. En el momento en que la mano de él se cerraba de nuevo sobre el mango del mazo de roque, Wendy le saltó sobre la espalda.

—*¡Oh, santo Dios!* —clamó en el sombrío vestíbulo del «Overlook», y le hundió el cuchillo de cocina, hasta las cachas, en la espalda.

Bajo el impacto, él se puso rígido y exhaló un alarido. Wendy jamás había oído nada tan espantoso en su vida; era como si todo el hotel hubiera gritado, las puertas, las ventanas, hasta las tablas, un grito que parecía seguir prolongándose y prolongándose mientras Jack seguía inmóvil, rígido bajo su peso. Parecía que los dos estuvieran haciendo algún juego de prendas, como caballo y jinete. Pero la espalda de la camisa de franela a cuadros blancos y negros iba oscureciéndose y humedeciéndose de sangre.

Después, Jack se desplomó boca abajo, y al caer hizo rodar a Wendy sobre el costado herido, arrancándole un grito ahogado.

Durante un rato, ella se quedó inmóvil, respirando trabajosamente.

De pies a cabeza, toda ella no era más que una palpitación de dolor. Cada vez que respiraba, algo la apuñalaba cruelmente en el costado, y por el cuello le corría la sangre de la oreja lastimada.

No se oía más que el ruido áspero de su respiración, el del viento y el tictac del reloj en el salón de baile.

Finalmente, Wendy consiguió ponerse de pie y se dirigió, tambaleante, hacia la escalera. Cuando llegó a los peldaños se aferró al remate del pasamanos, con la cabeza baja, sintiéndose a punto de desmayarse. Cuando la sensación se le pasó un poco, empezó a subir, apoyándose en la pierna sana y haciendo fuerza con los brazos sobre el pasamanos para izarse. En un momento miró hacia arriba, pensando que vería a Danny, pero en la escalera no había nadie.

(Gracias a Dios siguió durmiendo gracias gracias a Dios) En el sexto escalón tuvo que detenerse a descansar, con la cabeza baja, el pelo rubio cayéndole sobre el pasamanos. El aire silbaba dolorosamente al pasarle por la garganta, como si fueran púas, y sentía el costado derecho como una masa ardiente, hinchada y dolorida. *(Vamos Wendy vamos muchacha cuando consigas interponer una puerta con llave entre los dos puedes ver lo que te hizo. Faltan trece que no es tanto. Y cuando llegues al corredor de arriba puedes seguir arrastrándote. Te doy permiso.)*

Respiró lo más profundamente que le permitían las costillas rotas y subió como pudo un escalón más. Y después otro.

Cuando estaba en el noveno, casi a mitad de camino, oyó la voz de Jack desde abajo, a sus espaldas.

—Perra infame, me mataste —masculló.

Sobrecogida por un terror tan negro como la medianoche, Wendy vio por encima del hombro que él se ponía lentamente de pie.

Tenía la espalda encorvada y de ella se veía sobresalir el mango del cuchillo de cocina. Parecía que los ojos se le hubieran achicado hasta perderse casi en los flojos pliegues de piel que los rodeaban. En la mano izquierda seguía sosteniendo el mazo de roque, con el extremo teñido de sangre. Un trozo de la bata rosada de Wendy estaba pegoteando en el centro.

—Ya te daré tu medicina —tartamudeó, y empegó a avanzar, tambaleante, hacia la escalera.

Gimiendo de terror, Wendy empezó otra vez a subir penosamente.

Diez peldaños, once, doce, trece, pero todavía el pasillo de la primera planta le parecía tan lejano como un inaccesible pico de montaña. Su respiración era jadeante, el dolor del costado la traspasaba. Frente a sus ojos, el pelo se le sacudía de un lado a otro. El sudor no la dejaba ver. El ruido acompasado del reloj oculto bajo su fanal en el salón de baile le llenaba los oídos, sin más contrapunto que la respiración entrecortada, dolorosa, de Jack que empezaba a subir por la escalera.

51. LA LLEGADA DE HALLORANN

Larry Durkin era un hombre alto y flaco, de cara adusta, coronada por una abundante mata de pelo rojo. Hallorann lo encontró en el momento mismo en que salía de la estación de servicio «Conoco» con el rostro adusto hundido en la capucha de un chaquetón militar. Con ese día tan tormentoso ya no tenía ganas de hacer más negocios, por más que Hallorann viniera desde muy lejos, y menos ganas todavía de alquilarle uno de sus vehículos para la nieve a ese negro de ojos enloquecidos que insistía en que tenía que subir hasta el viejo «Overlook». Entre la gente que había vivido casi toda su vida en el pueblo de Sidewinder, el hotel tenía una reputación malísima. Allá arriba había habido asesinatos. Durante un tiempo, un grupo de mafiosos había dirigido el lugar, y también lo habían administrado hombres de negocios despiadados. Y en el «Overlook» habían pasado cosas de las que jamás llegan a los periódicos, porque el dinero tiene su propio idioma. Pero la gente de Sidewinder tenía una idea bastante aproximada. La mayoría de las camareras del hotel procedían de allí, y ya se sabe que las camareras ven muchas cosas.

Pero, cuando Hallorann mencionó el nombre de Howard Cottrell y le mostró a Durkin la etiqueta cosida en el interior de los mitones azules, el propietario de la gasolinera se ablandó.

—¿Conque fue él quien lo envió, eh? —le preguntó, mientras abría una de las puertas del garaje e invitaba a entrar a Hallorann—. Pues me alegro de saber que a ese viejo libertino todavía le quedan sesos. Creí que ya los había perdido del todo — dio un golpecito a una llave, y un artefacto con luces fluorescentes, muy vieja y muy sucias, empezó a zumbar fatigosamente hasta encenderse—. Pero, ¿qué puede haber en el mundo que lo lleve a usted a semejante lugar, amigo?

Los nervios de Hallorann habían empezado a fallar. Los últimos kilómetros de recorrido hasta Sidewinder habían sido malísimos. Hubo un momento en que una racha de viento que andaba jugando por ahí a casi cien kilómetros por hora hizo dar al «Buick» un giro de 360 grados. Y todavía le fallaban kilómetros por recorrer y sólo Dios sabía con que se encontraría al final. Hallorann estaba aterrorizado por el chico. Ahoraeran casi las siete menos diez, y tenía que pasar de nuevo por el mismo baile.

—Allá arribahay alguien que esta en dificultades —explicó muy cuidadosamente —. El hijo del vigilante.

—¿Quién, el chico de Torrance? No veo en qué tipo de dificultades puede estar.

—No lo sé —mascculló Hallorann, a quien le ponía enfermo el tiempo que le estaba llevando todo el trámite. Estaba hablando con un campesino, y él sabia que todos los campesinos tienen la misma necesidad de acercarse oblicuamente a un tema, de olfatearlo por los costados y por las puntas antes de entrar en él de lleno. Pero esta vez no había tiempo, porque él sentía que no era más que un negro asustado, y si las cosas se prolongaban mucho terminaría por abandonarlo todo para escapar.

—Mire, por favor —le dijo—. Necesito subir hasta allá, y para llegar tengo que tener un vehículo para la nieve. Le pagaré lo que me pida, pero por favor, ¡déjeme que me ocupe solo de mis cosas!

—Está bien —respondió Durkin, sin alterarse—. Si Howard lo mandó, para mí es bastante. Llévese este «ArticCal». Le

pondré una lata de veinte litros de gasolina. El deposito está lleno, y con eso le alcanzará para ir y volver.

—Gracias —respondió Hallorann, todavía no muy convencido.

—Le cobraré veinte dólares, incluyendo el combustible.

Hallorann buscó en su cartera un billete de veinte dólares y se lo entregó. Casi sin mirarlo, Durkin se lo metió en uno de los bolsillos de la camisa.

—Tal vez sea mejor que cambiemos también los abrigos —dijo Durkin mientras se quitaba el chaquetón—. El abrigo que usted tiene no le va a servir de nada esta noche. Los volveremos a cambiar cuando me traiga de vuelta el vehículo.

—Oh, pero es que no puedo...

—No me discuta —lo interrumpió Durkin sin perder la calma—. No pienso dejarlo que se congele. Yo solo tengo que andar dos manzanas y estoy en mi casa. Vamos, démelo.

Un poco aturdido, Hallorann cambió su abrigo por el chaquetón forrado en piel que le ofrecían. Por encima de ellos, las luces fluorescentes que zumbaban le hicieron pensar en las luces de la cocina del «Overlook».

—El chico de Torrance —caviló Durkin, sacudiendo la cabeza—. Un chico muy despierto, ¿no? Él y su papá estuvieron aquí bastante antes de que empezara a nevar en serio. Casi siempre venían en la furgoneta del hotel. Me pareció que los dos estaban muy unidos. Es un chico que quiere mucho a su papá. Espero que esté bien.

—Lo mismo espero yo —Hallorann se subió la cremallera del chaquetón y se puso la capucha.

—A ver, que yo lo ayudaré a sacarlo —se ofreció Durkin, y entre los dos llevaron el vehículo sobre el engrasado piso de cemento, hasta la entrada del garaje—. ¿Alguna vez condujo uno de éstos?

—No.

—Bueno, no tiene ningún secreto. Las instrucciones están pegadas en el tablero, pero en realidad todo es muy fácil, frenar y marchar. Aquí tiene el acelerador; es lo mismo que el de una motocicleta. El freno al otro lado.

Acuérdese de él en las curvas. En terreno firme puede dar más de ciento diez, pero con esta nieve en polvo no podráir a más de ochenta, cuando mucho.

Estaban ya en el aparcamiento, cubierto por la nieve, de la estación de servicio, y Durkin había elevado la voz para hacerse oír por encima del estrépito del viento. —¡No se salga del camino! —gritó en el oído de Hallorann—. No pierda de vista la barandilla de seguridad ni las señales de carretera, y espero que no tenga problemas. Si se sale del camino, es hombre muerto.

¿Entendido?

Hallorann le aseguró que sí.

—¡Espere un momento! —lo detuvo Durkin, y volvióa entrar en el garaje.

Mientras lo esperaba, Hallorann hizo girar la llave del motor y apretó un poco el acelerador. El vehículo para la nieve cobróvida inmediatamente, rezongando.

Durkin volviócon un pasamontañas, rojo y negro.

—¡Póngaselo debajo de la capucha! —le gritó.

Hallorann se lo puso. Le iba un poco justo, pero le protegía la cara del azote despiadado del viento.

Durkin se le acercó más, para hacerse oír.

—Me imagino que usted debe enterarse de las cosas de la misma forma que se entera a veces Howie —conjeturó—. Está bien, salvo que por aquí ese lugar tiene una reputación pésima. Si quiere, le daré un rifle.

—No creo que me sirva de nada —gritó a su vez Hallorann.

—Usted manda. Pero si trae al chico, llévelo al numero dieciséis de Peach Lane.

Mi mujersiempre tiene sopa lista.

—De acuerdo. Gracias por todo.

—¡Cuidado! —volvió a gritarle Durkin—. ¡No se salga del camino!

Con un gesto de asentimiento, Hallorann hizo girar lentamente el acelerador. El vehículo avanzó, ronroneando, mientras el faro recortaba un límpido cono de luz en la nieve que caía

densamente. Al ver en el espejo retrovisor que Durkin lo saludaba, levantando la mano, Hallorann lo saludó a su vez. Viró el manillar hacia la izquierda y se encontró recorriendo la calle principal. El vehículo para la nieve avanzaba sin dificultad bajo la blanca luz que arrojaban las farolas de la calle. El velocímetro marcaba cincuenta kilómetros por hora. Eran las siete y diez. En el «Overlook», Wendy y Danny dormían mientras Jack Torrance discutía cuestiones de vida o muerte con el anterior vigilante.

Después de recorrer unas cinco manzanas por la calle principal, las farolas se acabaron. Durante casi un kilómetro siguió habiendo casitas, todas firmemente cerradas contra la tormenta; después no quedó mas que la oscuridad llena del aullido del viento. De nuevo en las tinieblas, sin más luz.

que la delgada lanza que arrojaba el faro del vehículo, el terror volvió a cerrarse
sobre él, un miedo infantil, irracional, que lo descorazonaba.

Hallorann jamás se había sentido tan solo. Durante algunos minutos, mientras las escasas luces de Sidewinder iban desapareciendo en el retrovisor, luchó contra un impulso casi insuperable de dar la vuelta y regresar. Pensó que, con toda su preocupación por el hijo de Jack Torrance.

Durkin no se había ofrecido a acompañarlo en otro vehículo.

(Por aquí ese lugar tiene una reputación pésima.) Con los dientes apretados, hizo girar más el acelerador, observando cómo la aguja del velocímetro subía a sesenta y cinco y se estabilizaba en setenta. Le parecía que iba a una velocidad espantosa, y sin embargo temía que no fuera suficiente. A esa velocidad, necesitaría casi una hora para llegar al «Overlook». Pero si iba más rápido tal vez no llegara, simplemente.

No apartaba los ojos de las barandillas que iba pasando y de los diminutos reflectantes montados sobre ellas. Muchos de ellos estaban cubiertos por la nieve. En dos ocasiones vio la indicación de una curva peligrosamente tarde,y sintió que los patines del vehículo empezaban a trepar el ventisquero tras el cual se ocultaba el precipicio antes de virar hacia donde, en el verano, estaba el camino. El cuentakilómetros

avanzaba con una lentitud enloquecedora... cinco, diez, quince por fin. Incluso con el pasamontañas de lana sentía rigidez en la cara, y en cuanto a las piernas, se le estaban entumeciendo.

(Creo que daría cien dólares por un par de pantalones de esquiar.) A medida que pasaban los kilómetros, su terror aumentaba, como si el lugar tuviera una atmósfera ponzoñosa que se hacía más densaa medida que uno se acercaba. ¿Le había sucedido lo mismo antes? Verdad que nunca le había gustado el «Overlook», y que otros compartían con él la misma sensación, pero nunca le había pasado algo así.

Otra vez sentía que la voz que había estado a puntode destruirlo en las afueras de Sidewinder trataba de adueñarse de él, de penetrar sus defensas para llegar a la vulnerabilidad interior. Si cuarenta kilómetros más atrás había sido tan fuerte, ¿qué intensidad podría alcanzar ahora? No podía excluirla completamente. Algo de ella se le infiltraba sin cesar, inundándole el cerebro de siniestras imágenes subliminales. Y cada vez con más fuerza se le aparecía la imagen de una mujermalherida, en un cuarto de baño, levantando desesperadamente las manos para parar un golpe, y tenía la creciente sensación de que esa mujerdebía ser... *(¡Cuidado, por Dios!)*

Desde adelante, el terraplén se le venía encima como un tren de carga. Perdido en sus pensamientos, había pasado por alto una señal de curva. Giró bruscamente hacia la derecha y el vehículo para la nieve dio una vuelta sobre sí mismo, amenazando volcarse. Desde abajo le llegó el ruido áspero del patín al raspar contra la roca. Hallorann creyó que la brusquedadde la maniobra lo arrojaría fuera del vehículo, que efectivamente estuvo durante un momento al bordede perder la estabilidad, hasta que trabajosamente volvióa la superficie, más o menos horizontal, del camino cubierto de nieve. Después se encontró de pronto frente al precipicio, y la luz frontal le mostró el brusco final del manto de nieve y la oscuridad que se extendía más allá. Con la sensación de que el corazón se le había subido a la garganta, giro el vehículo hacia el otro lado.

(Dicky viejo amigo no te salgas del camino.) Hizo girar un poco más el acelerador, con esfuerzo, hasta que la aguja del velocímetro se acercó a los ochenta. El viento aullaba y rugía. El faro perforaba la oscuridad.

No sabía cuánto tiempo después, al doblar una curva flanqueada por ventisqueros, alcanzó a ver, hacia delante, un destello de luz. No fue más que un resplandor que desapareció tras una elevación del terreno. La visión fue tan fugaz, que Hallorann trataba de persuadirse de que no había sido más que una proyección de su deseo cuando en otra curva volvió a ver la luz, esta vez un poco más cerca, durante algunos segundos. Ahora, su realidad era ya incuestionable; eran muchas las veces que, antes, lo había visto desde ese mismo lugar. Era el «Overlook», y parecía que hubiera luces encendidas en el vestíbulo y en la primera planta.

Parte de su terror—la parte que se refería a salirse del camino o a estropear el vehículo al tomar una curva que no hubiera visto— se desvaneció por completo. Comenzó a recorrer con una sensación de seguridad la primera mitad de una curva en S que ahora recordaba perfectamente, palmo a palmo, y fue entonces cuando el faro enfocó lo *(oh dios jesús mío qué es eso)* que se alzaba frente a él en el camino. Delineado en blanco y negro, sin matices, Hallorann creyó al principio que se trataba de algún enorme lobo gris que la tormenta había hecho descender de las alturas. Después, al acercarse más y reconocer lo que era, el horror le cerró la garganta.

No era un lobo, sino un león. Uno de los leones del seto.

La cara era una máscara de sombras negras y nieve en polvo, tensos los músculos en la preparación del salto. Y saltó, por cierto, mientras la nieve se elevaba, movilizada por el resorte de las patas traseras, en un silencioso estallido de destellos de cristal.

Dejando escapar un grito, Hallorann giró hacia la derecha el manillar, inclinándose al mismo tiempo. Un dolor lacerante, desgarrador, se le extendió por la cara, el cuello, los hombros. El impacto le rasgó el pasamontañas por atrás y

a él lo arrojó del vehículo. Cayó sobre la nieve, hundiéndose y rodando sobre ella.

Sintió cómo se le acercaba el león. De sus narices emanaba un olor áspero, de hojas verdes y de acebo. Una enorme garra lo golpeó en la espalda y Hallorann voló por el aire a tres metros de altura y volvió a caer, despatarrado como una muñeca de trapo. Vio cómo el vehículo, sin conductor, iba a chocar contra el terraplén, rebotaba, recorriendo el cielo con el faro, y se quedaba inmóvil después de desplomarse con un ruido sordo.

Un segundo después el león estaba sobre él. Con un ruido susurrante, como el de algo que se desgarra, algo que le rasguñó delante del chaquetón. Tal vez hubieran podido ser ramitas, pero Hallorann sabía que eran garras.

—¡Tú no estás ahí! —gritó Hallorann al león que se le volvía a acercar gruñendo, describiendo círculos—. *¡Tú no existes!*

Con un esfuerzo se puso de pie y consiguió empezar a acercarse al vehículo para la nieve antes de que el león se le abalanzara, cruzándole la cabeza con una garra que parecía rematada por agujas. Hallorann vio un estallido de luces, silenciosas.

—No existes —repitió con voz que era apenas un murmullo. Las rodillas se le aflojaron y lo dejaron caer en la nieve. Hallorann se arrastró hacia el vehículo, sintiendo cómo le corría la sangre por el lado derecho de la cara. El león volvió a atacarlo haciéndole quedar de espaldas, como una tortuga. Rugía gozoso.

Hallorann se esforzó por llegar al vehículo. Lo que necesitaba estaba allí. Mientras, el león volvía a acercársele, desgarrando y arañando.

52. WENDY Y JACK

Wendy se arriesgó a volver a mirar por encima del hombro. Jack estaba en el sexto escalón, ayudándose no menos que ella con el pasamanos.

Seguía con su espantosa sonrisa, y entre los dientes le rezumaba, lenta y oscura, un poco de sangre que descendía por el cuello. Iba enseñándole los dientes.

—Te voy a aplastar los sesos, aplastártelos y joderlos —consiguió subir otro peldaño.

Azuzada por el pánico, Wendy tuvo la sensación de que el costado le dolía un poco menos. Sin hacer caso del dolor, se aferró con toda la fuerza que podía al pasamanos, convulsivamente, para seguir subiendo. Cuando llegó arriba, volvió a mirar hacia atrás.

Aparentemente, en vez de perder fuerzas, las de Jack se multiplicaban. Ya estaba apenas a cuatro escalones del descansillo y, mientras se ayudaba para subir con la mano derecha, medía la distancia con el mazo de roqueque traía en la izquierda.

—Te vengo alcanzando —articuló, jadeante, como si le leyera el pensamiento—. Te vengo alcanzando ya, perra. Y traigo tu medicina.

Tambaleándose, Wendy huyó por el corredor principal, apretándose el costado con ambas manos.

Bruscamente, se abrió la puerta de una de las habitaciones y por ella se asomó un hombre con una máscara verde de vampiro.

— Estupenda fiesta, ¿no? —le gritó en la cara, mientras tiraba de la cuerdecilla encerada de un artículo de cotillón. Con un estampido, el juguete se abrió y de pronto Wendy se vio envuelta en una nube de serpentinas. El hombre con la máscara de vampiro dejó escapar una risita y se metióen su habitación, con un portazo. Wendy cayó boca abajo sobre la alfombra, traspasada por el dolor del costado derecho, luchando desesperadamente por no dejarse invadir por la inconsciencia. Oyó como desde muy lejos que el ascensor volvía

a ponerse en movimiento y, bajo sus dedos extendidos, vio que los dibujos de la alfombra se movían, retorciéndose en sinuosas ondulaciones.

El mazo de roqueresonó tras ella y Wendy se arrastró hacia delante, sollozando. Por encima del hombro vio que Jack tropezaba, perdía el equilibrio y conseguía bajar el mazo antes de desplomarse sobre la alfombra, dejando sobre ella una brillante mancha de sangre.

La cabeza del mazo fue a dar directamente entre los omoplatos de Wendy, y por un momento el dolor que la atravesó fue tal que lo único que pudo hacer fue retorcerse, sintiendo cómo las manos se le abrían y se le cerraban solas. Se le había roto algo, Wendy lo había oído con toda claridad, y durante unos instantes su conciencia se redujo a algo amortiguado, atenuado, como si ella no fuera más que una simple espectadora de lo que sucedía, como si estuviera viendo todo a través de una nebulosa envoltura de gasa.

Después la conciencia volvió, plenamente, y con ella el dolor y el espanto.

Jack estaba intentando levantarse para ponerfin a su trabajo.

Wendy quiso levantarse y se encontró con que no podía. Parecía que el esfuerzo le hiciera correr descargas eléctricas a lo largo de toda la espalda.

Empezó a arrastrarse de costado, como si nadara. Jack, a su vez, se arrastraba tras ella, apoyándose en el mazo de roquecomo si fuera un bastón o una muleta.

Cuando llegó al cruce de los pasillos, Wendy se aferró con ambas manos a la esquina para dar la vuelta. Su terrorse hizo más grande... jamáslo habría creído posible, pero lo era. Era cien veces peor no poderverlo, no saber a qué distancia estaba. Arrancando puñados de fibra de la alfombra al afirmarse en ella, siguió avanzando, y cuando estaba por la mitad del pasillo advirtió que la puerta del dormitorio estaba abierta.

(¡Danny! ¡Oh Dios santo!)

Se esforzó en ponerse de rodillas y después, las manos convertidas en garras que se le resbalaban sobre el empapelado, arrancándole pedazos con las uñas, consiguió afirmarse sobre los pies. Sin hacer caso del dolor, entre caminando y arrastrándose, atravesó la puerta en el momento en que Jack aparecía en el pasillo y empezaba a avanzar por él hacia la puerta abierta, apoyándose en el mazo de roque.

Wendy se cogió del borde de la cómoda, se recostó contra ella y aferró el batiente de la puerta.

—¡No cierres esa puerta, maldita seas, no te *atrevas* a cerrarla! —le gritó Jack.

Wendy la cerró de un golpe y corrió el cerrojo. Con la mano izquierda tanteó desesperadamente entre las chucherías que había sobre la cómoda, arrojando las monedas sueltas al suelo, por donde se desparramaron en todas direcciones. Por último la mano encontró el llavero, en el momento mismo en que el mazo silbaba contra la puerta, haciéndola estremecer en el marco. Al segundo intento, Wendy consiguió meter la llave en la cerradura y girarla hacia la derecha. Al oír la cerradura, Jack dio un aullido. El mazo empezó a caer contra la puerta en una serie de golpes atronadores que la hicieron retroceder atemorizada. ¿Cómo era posible que hiciera algo así, con un cuchillo clavado en la espalda? ¿De dónde sacaba las fuerzas? Wendy sintió el impulso de gritar *¿Cómo no estás muerto?* a la puerta cerrada.

En vez de hacerlo, giró sobre sí misma. Ella y Danny tendrían que refugiarse en el cuarto de baño contiguo y cerrar también esa puerta con llave, por si Jack conseguía realmente forzar la del dormitorio. En un momento de desvarío, le pasó por la cabeza la idea de escapar por el hueco del montacargas, pero la desechó. Danny era lo bastante menudo como para pasar por allí, pero a ella le faltarían fuerzas para aguantar su peso, y el chico terminaría por estrellarse en el fondo.

Tendrían que encerrarse en el cuarto de baño. Y si Jack también conseguía entrar ahí...

No quiso detenerse a pensarlo.

Danny, tesoro tienes que despertarte y...

La cama estaba vacía.

Cuando el niño terminó por quedarse dormido, Wendy le había echado encima las mantas y uno de los edredones. Ahora la cama estaba abierta, vacía.

—¡Ya os alcanzaré! —vociferaba Jack—. ¡Ya os alcanzaré a los dos!

Repetidos golpes del mazo iban subrayando las palabras, pero Wendy, concentrada únicamente en la cama vacía, no les prestaba atención.

—¡Salid de una vez! ¡Abrid esa maldita puerta!

—¿Danny? —susurró Wendy.

Ahora entendía... Cuando Jack la atacó, Danny había percibido todo, como le sucedía siempre con las emociones violentas. Tal vez lo hubiera visto todo en una de sus pesadillas, y había corrido a esconderse.

Torpemente, Wendy se arrodilló, atormentada por el dolor de la pierna hinchada y sangrante, para mirar debajo de la cama. Allí no había nada más que polvo, y un par de zapatillas de Jack.

Sin dejar de vociferar su nombre, Jack seguía golpeando. Esta vez, al caer, el mazo hizo saltar una larga astilla de madera de la puerta, al tiempo que destrozaba el revestimiento de madera dura. El mazazo siguiente produjo un estrépito estremecedor, un ruido como el de la leña seca bajo los golpes de un hacha. La cabeza ensangrentada del mazo, ya deformada y astillada de tantos golpes, asomó por el agujero de la puerta, desapareció un momento y volvió a caer, inundando, prácticamente, toda la habitación de esquirlas de madera.

Apoyándose en los pies de la cama, Wendy volvió a levantarse y, cojeando, atravesó la habitación hasta el armario. Las costillas rotas se le clavaban al moverse, haciéndola gemir.

—¿Danny?

Frenéticamente, apartó la ropa colgada; algunas prendas resbalaron de las perchas y cayeron torpemente al piso. Danny no estaba en el armario.

Mientras se dirigía al cuarto de baño, Wendy volvió a mirar por encima del hombro, ya desdela puerta. El mazo seguía golpeando, agrandando el agujero; después, buscando a tientas el cerrojo, apareció una mano. Wendy vio con horror que había dejado en la cerradura el llavero de Jack.

La mano descorrió el cerrojo y, al hacerlo, tropezó con el manojo de llaves, que tintinearon alegremente. La mano las cogió con un gesto de triunfo.

Con un sollozo, Wendy entró en el cuarto de baño y cerró lentamente la puerta en el preciso instante en que la del dormitorio cedía, dejando pasar a Jack, vociferante.

Wendy corrióel cerrojo e hizo girar la llave, mirando desesperadamente a su alrededor. El cuarto de baño estaba vacío. Danny no estaba allí tampoco. Y cuando alcanzó a ver en el espejo del botiquín un rostro horrorizado y manchado de sangre, Wendy se alegró. Jamás había creído que los niños debieran ser testigos de las mezquinas disputas entre sus padres. Y tal vez eso que en ese momento se ensañaba en asolar el dormitorio, derribándolo y aplastándolo todo, terminaría por desplomarse exánime antes de poderir en persecución de su hijo. Tal vez, pensó Wendy, ella misma podría volver a herirlo, incluso... matarlo, quizás.

Sus ojos recorrieron rápidamente los artefactos del baño, en busca de cualquier cosa que se pudiera utilizar como un arma. Había una pastilla de jabón, pero Wendy no creía que, ni siquiera envolviéndola en una toalla, pudiera resultar bastante mortífero. Y todo lo demás estaba bajo llave. Dios, ¿no habría nada que pudiera hacer? Del otro lado de la puerta, los ruidos bestiales de la destrucción seguían sin pausa, acompañados de amenazas vociferadas con voz pastosa.

Que los dos «se tomarían su medicina» y «pagarían todo lo que le habían hecho». Que él «ya les enseñaría quién manda». Que eran unos «cachorros inútiles», los dos.

Se oyó un estrépito, el del tocadiscos derribado al suelo; el ruido hueco del tubo del televisor de segunda mano al estallar, el tintineo de los vidrios de la ventana, seguido

por una corriente de aire frío que se coló por debajo de la puerta del cuarto de baño. Los colchones de las camas gemelas donde habían dormido juntos, cadera con cadera, cayeron al suelo con un ruido sordo. Se oían los golpes indiscriminados del mazo contra las paredes.

Pero en esa voz aullante, aterradora, vociferante, no quedaba nada del verdadero Jack. Era una voz que tan pronto gimoteaba en un frenesí de autocompasión como se elevaba en chillidos espeluznantes; a Wendy le daba escalofríos, le recordaba las voces que resonaban a veces en el pabellón de geriatría del hospital donde ella había trabajado durante el verano, mientras estaba en la escuela secundaria. Demencia senil. El que estaba ahí fuera ya no era Jack. Lo que Wendy oía era la voz lunática y destructora del propio «Overlook».

El mazo se encarnizó ahora con la puerta del baño, arrancando un gran trozo del débil revestimiento. Una cara agotada, semienloquecida, la miró. La boca, las mejillas, la garganta, estaban cubiertas de sangre; lo único que Wendy alcanzaba a ver, minúsculo y brillante, era el ojo de un cerdo.

—No te queda dónde escapar, so puta. —La insultó, jadeante, con su monstruosa sonrisa. El mazo volvióa descender, y una lluvia de astillas cayó dentro de la bañera y fue a dar contra la superficie reflectante del botiquín... *(¡¡El botiquín!!)*

Un gemido desesperado empezó a salir de su garganta mientras Wendy, momentáneamente olvidada del dolor, giraba sobre sí misma para abrir violentamente la puerta del botiquín y empezaba a revolver en su contenido, mientras a sus espaldas la voz seguía bramando.

—¡Ya te alcanzo! ¡Ya te alcanzo, cerda!

Jack seguía demoliendo la puerta en un mecánico frenesí.

Frascos y botellas rodaban bajo los dedos desesperados de Wendy; jarabe para la tos, vaselina, champú, agua oxigenada, benzocaína, todo iba cayendo en el lavabo y haciéndose pedazos.

Enel momento en que oía de nuevo la mano que empezaba a tantear en busca del cerrojo y de la cerradura,

Wendy encontró el estuche de las hojas de afeitar de doble filo.

Con la respiración entrecortada, el pulso tembloroso, sacó torpemente una de las hojitas, cortándose al hacerlo la yema del pulgar. Giró de nuevo en redondo y asestó un tajo a la mano, que había dado la vuelta a la llave e intentaba ahora descorrer el cerrojo.

Jack dio un grito y la mano desapareció. Acechante, sosteniendo la cuchilla entre el pulgar y el índice, Wendy esperó un nuevo intento. Cuando se produjo, volvióa atacarlo; él volvióa gritar, tratando de cogerle la mano, pero Wendy siguió asestándole tajos. La hoja de afeitar le resbaló de la mano, volvióa cortarla y se le cayó al suelo,junto al inodoro.

Wendy sacó otra del estuche y esperó. Oyó movimientos en la habitación de al lado...

(¿¿él se iría??)

y un ruido que entraba por la ventana del dormitorio. Un motor. Un ruido agudo,
zumbante, como un insecto.

Un furioso rugido de Jack y después... sí, sí, Wendy estaba segura... lo oyó irse del apartamento del vigilante, caminar entre los despojos para salir al pasillo.

(¿¿Llegaba alguien, un guardabosques, Dick Hallorann??)

—Oh, Dios —susurró agotada Wendy, que sentía la boca como si la tuviera llena de serrín rancio—. Oh, Dios, por favor.

Ahora tenía que salir, tenía que ir en busca de su hijo para que los dos juntos pudieran hacer frente al resto de la pesadilla. Tendió la mano hacia el cerrojo, con la impresión de que el brazo tuviera kilómetros de largo, y finalmente consiguió descorrerlo. Lentamente abrió la puerta y salió; de pronto, la abrumó la horrible certidumbre de que Jack no se había ido, de que en realidad estaba esperándola, al acecho.

Wendy miró a su alrededor. El cuarto estaba vacío y el cuarto de estar también. Todo lleno de una maraña de cosas destrozadas. ¿El armario?

Vacío.

Entonces una marea de olas grises empezó a avanzar sobre ella y Wendy se desplomó casi inconsciente sobre el colchón que Jack había quitado de la cama

53. LA DERROTA DE HALLORANN

Hallorann llegó al vehículo volcado en el momento en que, a dos kilómetros y medio de distancia, Wendy conseguía dar la vuelta y empezar a recorrer el corto pasillo que llevaba al apartamento del vigilante.

Lo que le interesaba no era el vehículo como tal, sino la lata de gasolina sujeta a la parte de atrás por un par de bandas elásticas. Sus manos, enfundadas todavía en los mitones azules de Howard Cottrell, consiguieron coger la banda de arriba y soltarla en el momento en que el león del seto, con un estrépito que parecía estar más en su cabeza que en la realidad, rugía a sus espaldas. Sintió un golpe recio, ramoso en la pierna izquierda, y la rodilla le crujió de dolor, obligada a doblarse en un sentido que no era el suyo propio. Por entre los dientes apretados de Hallorann se escapó, sordamente, un gemido. Cuando se cansara de jugar con él, le tiraría a matar.

A tientas, cegado por la sangre que le corría por la cara, buscó la segunda banda.

(¡Roar! ¡Pías!)

Un segundo golpe le acertó en las nalgas y estuvo a punto de derribarlo de nuevo, alejándolo otra vez del vehículo para la nieve.

Hallorann se aferró a él —sin exageración— como a la vida.

Consiguió soltar la segunda banda. En el momento en que el león volvía a saltar, haciéndolo rodar de espaldas, se aferró a la lata de gasolina.

Siguió con los ojos la sombra que se movía en la oscuridad, entre la nieve, con el aspecto de pesadilla de una gárgola que se moviera. Mientras la sombra majestuosa se volvía a acercar a él, Hallorann destornilló la tapa de la lata; en el momento en que volvía a saltar, levantando

nubes de nieve, ya la tenía destapada y el olor acre de la gasolina lo invadió.

Hallorann se puso de rodillas y mientras el león se echaba sobre él de un salto bajo y de una rapidez increíble, lo salpicó con el combustible.

Se oyó un ruido sibilante, y el león retrocedió.

—¡Es gasolina! —anunció Hallorann con voz chillona—. ¡Ahora te quemaré, ya verás!

El león volvióa abalanzarse sobre él, furiosamente. Hallorann volvió a echarle gasolina, pero esa vez el león no se hizo atrás; siguió cargando. Más que verla, Hallorann sintió que con la cabeza le buscaba la cara y se arrojó hacia atrás, esquivándolo a medias. Así y todo, el león consiguió asestarle un fuerte golpe en lo alto de la caja torácica, y Hallorann sintió un relámpago de dolor. Con el golpe, la lata regurgitó un poco de gasolina que, con una frialdad de muerte, le cayó sobre el brazo derecho y la mano con que seguía sosteniéndola.

Ahora estaba tendido de espaldas en la nieve, a la derecha del vehículo para la nieve, a unos diez pasos de éste quizás. El león, sibilante, era una maciza presencia a su izquierda, que volvía a acercarse. Hallorann casi creía verle sacudir la cola.

Con los dientes se arrancó de la mano derecha el mitónde Cottrell, que sabía a lanahúmeda y a gasolina. Se levantó el bordedel chaquetón y metióla mano en el bolsillo de los pantalones. Allí, junto con las llaves y el cambio, llevaba siempre un viejísimoencendedor «Zippo», que había comprado en Alemania en 1954. Una vez que se le había roto el cierre lo devolvió a la fábrica, donde se lo repararon sin cargo, tal como anunciaban.

Enuna fracción de segundo, una pesadilla de ideas anegó su mente como una inundación.

(Estimado Zippo a mi encendedor se lo tragó un cocodrilo que dejó caer un avión perdido en el Pacífico me salvó de una bala alemana en la batalla de las Arderías pero estimado Zippo si este armatoste no funciona el león me arrancará la cabeza)

El encendedor no funcionó. Hallorann volvió a accionarlo. El león que se precipitaba sobre él con un gruñido como de tela que se desgarra, el dedo que frotaba desesperadamente la ruedecilla, la chispa, *la llama, (mi mano)* la mano empapada en gasolina súbitamente en llamas, llamas que trepaban por la manga del chaquetón, dolor no, todavía no había dolor, el león que se detenía ante la antorcha repentinamente encendida ante él, una odiosa escultura vegetal, vacilante, con ojos y boca, que retrocedía, demasiado tarde.

Con una mueca de dolor, Hallorann hundió el brazo en llamas en el costado, rígido y ramoso, del animal.

En un instante la monstruosa criatura estaba en llamas, era una pira que saltaba y se retorcía sobre la nieve, bramando de dolor y furia, doblándose como si quisiera morderse la cola mientras se alejaba, zigzagueante, de Hallorann.

Sin poder apartar ni un momento los ojos de la mortal agonía del león, Hallorann hundió profundamente el brazo en la nieve. La manga del chaquetón de Durkin estaba tiznada, pero no quemada, lo mismo que su mano. Treinta metros más abajo de donde él estaba, el león vegetal se había convertido en una bola de fuego, de la que se elevaba al cielo un surtidor de chispas que arrebataba violentamente el viento. Durante un momento las costillas y el cráneo se perfilaron como en un aguafuerte, dibujados por las llamas anaranjadas, y después pareció que todo se derrumbaba, se desintegraba y caía en varios montoncitos de brasas.

(No te ocupes más de él. Adelante)

Recogió la lata de gasolina y trabajosamente, volvió hacia el vehículo.

Parecía que la conciencia se le desenfocara continuamente, transmitiéndole retazos y fragmentos de una película, nunca las imágenes completas. En uno de ellos se dio cuenta de que había vuelto a enderezar el vehículo y de que se había subido en él, sin aliento e incapaz de hacer ningún otro movimiento. En otro estaba él volviendo a asegurar la lata de gasolina, todavía mediada. La cabeza le dolía

horriblemente, por el olor de la gasolina (y como reacción ante su batalla con el león, se imaginaba), y lo que vio en la nieve, junto a él, le hizo comprender que había vomitado, aunque no pudiera recordar cuándo.

El vehículo para la nieve, que todavía no se había enfriado, arrancó inmediatamente. Con pulso inseguro, hizo girar el acelerador y el aparato avanzó con una serie de sacudidas que le retumbaron espantosamente en la cabeza. Al principio, el vehículo serpenteaba de un lado a otro como si estuviera ebrio, pero enderezándose para asomar la cara por encima del parabrisas y recibir el penetrante aguijonazo del aire. Hallorann consiguió arrancarse parcialmente de su estupor. Giró más el acelerador.

(¿Dónde están los demás animales del seto?) No importaba dónde estuvieran; ya no lo sorprenderían desprevenido.

El «Overlook» se alzaba frente a él. Desde la primera planta las ventanas iluminadas arrojaban sobre la nieve largos rectángulos de luz amarilla. El portón de entrada estaba cerrado y Hallorann se bajó del vehículo mirando cautelosamente a su alrededor, rogando no haber perdido las llaves cuando sacó el encendedor del bolsillo... no, ahí estaban. Las recorrió, bajo la brillante luz del foco del vehículo, hasta encontrar la que necesitaba y abrir el candado, que dejó caer en la nieve. Al principio, le pareció que no podría mover el portón y se afirmó frenéticamente en la nieve que lo rodeaba, sin hacer caso del doloroso latido que le partía la cabeza, apartando deliberadamente la idea de que otro de los leones pudiera estar acercándose por detrás. Cuando consiguió apartarlo unos cuarenta centímetros del poste, se metió en la brecha para hacer fuerza con todo el cuerpo. Así pudo moverlo unos sesenta centímetros más, y cuando tuvo lugar suficiente para el vehículo, pasó con él por la abertura.

Se dio cuenta de que algo se movía delante de él, en la oscuridad. Los animales del seto estaban todos agrupados en la base de los escalones de la terraza, guardando la salida y la entrada. Los leones se paseaban, y el perro tenía las patas delanteras apoyadas en el primer escalón.

Hallorann dio el máximo de paso al acelerador, y el vehículo dio un salto hacia delante, levantando nieve tras él. En el apartamento del vigilante, al oír el zumbido como de avispa del motor que se aproximaba, Jack Torrance se había dado de vuelta con un sobresalto, y de pronto empezó a moverse con esfuerzo para regresar al pasillo. Esa perra ya no importaba. Esa perra podía esperar. Ahora le tocaba el turno a ese negro inmundo. Negro sucio y entrometido, que venía a meter las narices donde no le importaba. Primero él, y después su hijo. Ya les enseñaría. ¡Ya las enseñaría que... que él... que él tenía *madera de gerente*!

Afuera, el vehículo para la nieve cobraba velocidad, como un cohete.

Parecía que el hotel se precipitara hacia él. La nieve volaba contra el rostro de Hallorann. Al acercarse, el resplandor del faro destacó la cara del mastín vegetal, sus ojos inexpresivos, desorbitados.

El monstruo se apartó, dejando una abertura. Con toda la fuerza que le quedaba, Hallorann torcióel manillar e hizo describir al vehículo un brusco semicírculo, levantando nubes de nieve, amenazando de nuevo con volcarse. La parte de atrás golpeó contra la pared inferior de los escalones de la terraza y rebotó. En un abrir y cerrar de ojos, Hallorann se había bajado y subía corriendo los escalones. Tropezó, se cayó, se levantó. El perro gruñía —siempre dentro de su cabeza— a espaldas de él. Algo lo aferró por el hombro del chaquetón, pero de pronto se encontró ya en la terraza, de pie en el estrecho corredor que había abierto Jack en la nieve, ya a salvo. Eran demasiado grandes para pasar por allí.

Llegó a la gran doble puerta que se abría sobre el vestíbulo y volvióa buscar las llaves. Mientras las buscaba, probó de todas maneras el picaporte el cual cedió sin resistencia. Empujó la puerta y entró.

—*¡Danny!* —gritó roncamente—. *Danny, ¿dónde estás?*

El silencio le respondió.

Sus ojos recorrieron el vestíbulo, hasta el pie de la amplia escalera, y Hallorann dejó escapar un grito ahogado. La alfombra estaba salpicada de sangre. Sobre ella había un trozo de tela rosada. El rastro de sangre conducía a la escalera. En el pasamanos también se veían manchas de sangre.

—Oh, Dios —murmuró Hallorann, y volvió a levantar la voz—: *¡Danny!*

¡DANNY!

Parecía que el silencio del hotel se mofara de él con sus ecos, malignos, retorcidos.

(¿Danny? ¿Quién es Danny? ¿Hay alguien aquí que conozca a Danny? Danny, Danny, ¿quién tiene el Danny? ¿Alguien quiere jugar a busquemos el Danny? ¿A ponerle la cola al Danny? Vete de aquí, negro, que aquí nadie conoce a Danny desde Adán.) Jesús, ¿acaso habría pasado por todo eso para en definitiva llegar demasiado tarde? ¿Se había consumado ya todo?

Subió la escalera de dos en dos peldaños y se detuvo al llegar a la primera planta. El rastro de sangre conducía al apartamento del vigilante. El horror se le infiltró lentamente en las venas y en el cerebro, mientras empezaba a andar por el corto pasillo. Los animales del seto habían sido algo tremendo, pero esto era peor, íntimamente, sabía lo que iba a encontrar cuando llegara.

Y no le corría prisa verlo.

Jack se había ocultado en el ascensor mientras Hallorann subía la escalera. Ahora, iba subiendo tras la figura enfundada en su chaquetón cubierto de nieve, como un fantasma sucio de sangre y coágulos, con una sonrisa estereotipada en la cara. Traía el mazo de roque levantado hasta donde el dolor lacerante de la espalda

(¿¿esa perra me hirió no lo recuerdo??) se lo permitía.

—Ya te enseñaré a meter las narices donde no te importa, negrito —susurraba.

Hallorann oyó el murmullo y empezó a darse la vuelta, al tiempo que se agachaba, pero el mazo de

roquebajó silbando. La capucha del chaquetón amortiguó el golpe, pero no lo suficiente. Sintió como si en la cabeza le estallara un cohete, deshaciéndose en un rastrode estrellas... y después, nada.

Tambaleante, retrocedió contra la paredempapelada, y Jack volvióa golpearlo; esta vez, el mazo le acertó de costado y le hizo astillas el pómulo, al mismo tiempo que le rompía la mayor parte de los dientes del lado izquierdo de la mandíbula. Hallorann se desplomó, inerte.

—Ahora —murmuró Jack—. Ahora, por Cristo. —¿Dónde estaba Danny? Tenía un asunto con su hijo culpable.

Tres minutos más tarde,la puerta del ascensor se abría estrepitosamente en la penumbra de la tercera planta. Sólo Jack Torrance estaba en él. La caja se había detenido antes de llegar a la puerta, y Jack Torrance tuvo que izarse hasta el nivel del pasillo, retorciéndose penosamente de dolor.Tras él arrastraba el astillado mazo de roque. Afuera, en los aleros, el viento aullaba y rugía. Los ojos de Jack giraban salvajemente en las órbitas. Tenía el pelo sucio de sangre y confeti.

Allí arribaestaba su hijo, allí arribaen alguna parte.Jack lo percibía.

Sin nadie que lo controlara, sería capaz de cualquier cosa. De garrapatear con sus pastelesde colores el carísimo empapelado sedoso, de estropear los muebles, de romper las ventanas. Era un mentiroso, un falso, a quien había que castigar... severamente.

Jack Torrance se puso de pie, con esfuerzo.

—¿Danny? —llamó—. Danny, ven un minuto, ¿quieres? No te has portado bien, y quiero que vengas a tomar tu medicina, como un hombre.

¿Danny? *¡Danny!*

54. TONY

(DANNY...)

(Dannyyy...)

Oscuridad y pasillos. Danny andaba perdido por una oscuridad y unos pasillos que eran como los que había dentro del hotel, pero de algún modo diferentes. Las paredes, revestidas con su papel sedoso, se elevaban interminablemente sin que Danny, por más que estirara el cuello, alcanzara a ver el techo. Estaba perdido en la oscuridad. Todas las puertas tenían echada la llave, y también ellas se perdían en la oscuridad. Debajo de las mirillas (que en esas puertas gigantescas tenían el tamaño de miras de armas de fuego), en vez, de leerse el número de la habitación, en cada puerta había una minúscula calavera con las libias cruzadas.

Y desde alguna parte, Tony le llamaba.

(Dannyyy...)

Se oía un ruido retumbante, que él conocía bien, y gritos ásperos, amortiguados por la distancia. No lograba entender todas las palabras, pero a esa altura ya sabía bastante bien el texto: lo había oído muchas veces, en sueños y despierto.

Se detuvo, un niño que aún no hacía tres años había dejado los pañales, y ahí estaba, solo para intentar decidir dónde se encontraba, dónde podía estar. Le daba miedo, pero era un miedo que podía soportar. Ya hacía dos meses que vivía todos los días con miedo, con un miedo que variaba desde una inquietud sorda a un terror embrutecedor y directo. Eso se podía soportar. Pero quería saber por que había venido Tony, por qué estaba pronunciando quedamente su nombre en ese pasillo que no era parte de las cosas reales ni tampoco del país de los sueños donde a veces Tony le mostraba cosas. Por qué, dónde...

—Danny.

Muy lejos por el gigantesco pasillo, casi tan diminuta como el propio Danny, se perfilaba una silueta oscura. Tony.

—¿Dónde estoy? —le preguntó en voz baja Danny.

—Durmiendo —respondió Tony, y en su voz había tristeza—. Estás durmiendo en el dormitorio de tu mamá y de tu papá.

—Danny —prosiguió—, tu madre saldrá de esto malherida...muerta quizás. Y el señor Hallorann también.

—¡No!

El grito fue de un dolor distante, de un terror que parecía sofocado por ese melancólico entorno de sueño. Sobre él se abatieron imágenes de muerte: un sapo muerto, aplastado sobre la carretera como un siniestro sello; reloj de papá, roto, en lo alto de un cajón de basura para tirar; lápidas, y debajo de cada una de ellas un muerto; un grajo inerte junto a un poste telefónico; los restos de comida fríos que mami despegaba de los platos para arrojarlos en la oscura boca del triturador de basuras.

Pero Danny no podía establecer una ecuación entre esos simples símbolos y la compleja, cambiante realidad de su madre; ella satisfacía su definición infantil de la maternidad. Había existido cuando él no existía, y seguiría estando cuando Danny no estuviera. El chico podía aceptar la posibilidad de su propia muerte; era algo a lo que había hecho frente desde su encuentro en la habitación 217.

Pero la de ella no.

Ni la de papá.

Jamás.

Danny empezó a debatirse, y la oscuridad y el pasillo comenzaron a fluctuar. La imagen de Tony se hizo quimérica, confusa.

—¡No! —le advirtió Tony—. ¡No, Danny, no hagas eso!

—¡Ella no va a morirse *ella no*!

—Entonces, tienes que ayudarla. Danny... ahora estás en un lugar muy profundo de ti mismo. El lugar donde estoy yo. Yo soy una parte de ti, Danny.

—Tú eres *Tony*, no eres yo. Quiero a mi mamá... quiero a mi mamá...

—Yo no te traje aquí, Danny. Tú mismo te trajiste. Porque tú sabías.

—No...

—Siempre lo has sabido —continuó Tony, mientras empezaba a acercarse. Por primera vez, Tony empezaba a acercarse—. Ahora estás profundamente dentro de ti mismo, en un lugar donde nada puede entrar.

Por un rato, estamos aquí solos, Danny. En un «Overlook» donde nadie puede llegar jamás. Aquí no hay reloj que marche. No hay llave que les venga bien, y nadie puede darles cuerda. Las puertas jamás han sido abiertas y nadie ha entrado jamás en las habitaciones. Pero no es mucho lo que puedes quedarte aquí, porque ya viene...

—Ya viene... —repitió Danny en un susurro aterrado, y le pareció que esa resonancia de golpes sordos, irregulares, estaba más cerca, se oía con más fuerza. El terror, que un momento antes era algo frío y distante, se convirtió en una cosa inmediata. Ahora ya lograba entender las palabras, roncas, mezquinas, articuladas en una burda imitación de la voz de su padre, pero eso no era papá. Ahora Danny lo sabía. Sabia.

(Tú mismo te trajiste. Porque tú sabías.)

—Oh, Tony, ¿es ése mi papá? —vociferó Danny—. ¿Es mi papá el que viene para cogerme?

Tony no respondió, pero Danny no necesitaba respuesta: sabía. Donde estaba tenía lugar una larga mascarada de pesadilla, que se prolongaba desde hacía años. Poco a poco una fuerza se había acrecentado, secretamente, silenciosamente, como los intereses en una cuenta de ahorros.

Una fuerza, una presencia, una forma... todo eso no eran más que palabras, y ninguna de ellas importaba. Eso se ponía diversas máscaras, pero todas eran la misma. Ahora, desde alguna parte, venía hacia él. Se ocultaba tras el rostro de papá, imitaba la voz de papá, se vestía con la ropa de papá.

Pero no era su papá.

No era su papá.

—¡Tengo que ayudarlos! —gritó.

Ahora, Tony estaba directamente frente a él, y mirarlo era como mirar un espejo mágico que le mostrara lo que él sería dentro de diez años, los ojos bien separados y muy oscuros, el mentón firme, la boca bellamente modelada. El pelo era rubio claro, como el de su madre, y sin embargo los rasgos llevaban el sello de su padre, como si Tony —como si el Daniel Anthony Torrance que algún día llegaría a ser— fuera algo intermedio entre padre e hijo, un fantasma o

una fusión de los dos. —Tienes que tratar de ayudarlos —asintió Tony—. Pero tu padre...

ahora está con el hotel, Danny, y es allí donde quiere estar. Y el hotel te quiere a ti también, porque es muy voraz.

Tony pasó junto a él y empezó a perderse en las sombras.

—¡Espera! —gritó Danny—. ¿Qué puedo...?

—Ya está cerca —previno Tony, mientras seguía alejándose—. Tendrás que escapar... esconderte . apartarte de él. Apartarte.

—¡Tony, no puedo!

—Sí, ya has empezado —le aseguró Tony—. Tú recordarás lo que olvidó tu padre.

Desapareció.

Ya desdealguna parte,muy cerca,llegaba la voz de su padre, fríamente zalamera:

—¿Danny? Ya puedes salir, doc. Serán unos azotes, nada más. Pórtate como un hombre y terminaremos pronto. A ella no la necesitamos, doc. Tú y yo estaremos bien, ¿eh? Una vez que hayamos arreglado lo de esos... azotes, no estaremos más que tú y yo.

Danny huyó.

A sus espaldas, la furia de aquello que lo perseguía irrumpió a través de la vacilante charada de normalidad.

—*¡Ven aquí, mocoso de mierda! ¡Ahora mismo!*

Por un largo pasillo, jadeando, ahogándose. Doblando una esquina.

Subiendo un tramo de escalera. Mientras corría, las paredes que habían sido tan altas, tan remotas, empezaron a descender; la alfombra que no había sido más que un borrón bajo sus pies le mostró de nuevo el conocido dibujo sinuoso, entretejido en azul y negro; las puertas volvieron a tener números y tras ellas continuó el jolgorio múltiple que no era más que uno, constante, interminable, poblado por generaciones de huéspedes. Parecía que el aire rielara a su alrededor, mientras los golpes del mazo contra las paredes se repetían en mil ecos. Le parecía que estaba

atravesando una delgada membrana, útero o placenta, que separaba el sueño de el felpudo que había fuera de la *suite* presidencial, en la tercera planta; cerca de él, en un montón sangriento, yacían los cadáveres de dos hombres vestidos con traje y corbata estrecha. Derribados por el impacto de armas de fuego, ahora empezaron a moverse ante él, a levantarse.

Danny inspiró profundamente, a puntode gritar, pero no lo hizo.

(¡¡CARAS FALSAS!! ¡¡NO SON REALES!!)

Como fotografías viejas, se desvanecieron bajo su mirada y desaparecieron.

Pero por debajo de él continuaba, débilmente, el golpe sordo del mazo contra las paredes, elevándose por el hueco del ascensor y por la escalera. La fuerza que dominaba el «Overlook», y que tenía la forma de su padre, se paseaba ciegamente por la primera planta.

Con un débil chirrido, una puerta se abrió a sus espaldas.

Por ella salió una mujer que era una ruina, enfundada en una túnica de seda que se desintegraba con los dedos amarillentos cubiertos de anillos verdosos por el orín. Una multitud de avispas se le paseaba lentamente por la cara.

—Entra —le susurró, sonriéndole con sus labios negros—. Ven, que bailaremos un taaango...

—¡Cara falsa! —le siseó Danny—. ¡No eres real!

Ella retrocedió alarmada, y al retroceder se disipóy desapareció.

—¿Dónde estás? —gritaba aquello, pero la voz todavía no estaba más que en su cabeza. Danny seguía oyendo que aquello que usaba como máscara el rostro de Jack andaba por la primera planta... pero también oyó algo más.

El zumbido de un motor que se aproximaba.

El aliento se le detuvo en la garganta, con un suspiro entrecortado.

¿No sería más que otro rostro del hotel, otra ilusión? ¿O era Dick? El chico quería —quería desesperadamente— creer que *era* Dick, pero no se atrevía a correr el riesgo.

Retrocedió por el corredor principal y después tomó por uno de los laterales. Sus pies susurraban sobre la alfombra; las puertas cerradas lo miraban con ceño, como le había pasado en los sueños, en las visiones, pero ahora Danny estaba en el mundo de las cosas reales, donde el juego se jugaba para quedarse con ello.

Dobló hacia la derecha y se detuvo; el corazón le latía sordamente en el pecho. Una ráfaga de aire caliente le azotó los tobillos. Las cañerías de calefacción, claro. Debía ser el día que su papá daba calefacción al ala oeste, y *(Tú recordarás lo que olvidó tu padre.)*

¿Qué era? Danny casi lo sabía. ¿Algo que podía salvarlos, a él y a su madre? Pero Tony había dicho que tendría que hacerlo todo él solo. ¿Qué era?

Se apoyó contra la pared, tratando desesperadamente de pensar. Era tan difícil... con el hotel que seguía intentando metérsele en la cabeza... con la imagen de esa forma oscura, encorvada, que blandía el mazo a izquierda y derecha, destrozando el empapelado... haciendo volar bocanadas de polvo de yeso.

—Ayúdame —murmuró—. Tony, ayúdame.

Y de pronto tomó conciencia de que en el hotel reinaba un silencio de muerte. El zumbido del motor se había detenido *(no debía de haber sido real)* y los ruidos de la fiesta se habían detenido y no quedaba más que el viento, que gemía y aullaba interminablemente.

Con un chirrido repentino, el ascensor volvió a la vida. Estaba subiendo.

Y Danny sabía quién —*qué*— venía en él.

De un salto se enderezó, con los ojos desmesuradamente abiertos.

Como una garra, el pánico le oprimió el corazón. ¿Por qué lo había enviado Tony a la tercera planta? Había caído en una trampa. Allí todas las puertas estaban cerradas.

¡El desván!

Danny sabía que había un desván. Había subido hasta allí con papá, el día que puso las ratoneras, aunque su padre no lo había dejado entrar, por temor a las ratas. Tenía miedo de que lo mordieran. Pero el chico sabía que la trampilla que conducía al desván se abría en el techo del último corredor corto en esa ala. Allí había un palo apoyado contra la pared. Papá había empujado la trampilla con el palo y, con un chirrido de poleas, a medida que ésta se abría había ido descendiendo una escalera. Si pudiera llegar hasta allí y después de subir levantar la escalera...

Enalgún puntodel laberinto de corredores que el chico iba dejando tras de sí, el ascensor se detuvo. Se oyó un ruido metálico al correrse la puerta. Y después una voz, que ya no estaba en su cabeza, sino que era terriblemente real:

—¿Danny? Danny, ven aquí un minuto, ¿quieres? Te has portado mal y quiero que vengas y te tomes tu medicina como un hombre. ¿Danny? *¡Danny!*

La obediencia estaba tan profundamente arraigada en él que llegó a dar dos pasos, automáticamente, hacia donde lo llamaba la voz antes de detenerse. Junto al cuerpo, los puños se le tensaron con violencia.

(¡No eres real! ¡Cara falsa! ¡Ya sé lo que eres! ¡Quítate la máscara!)

—*¡Danny!* —se reiteró el rugido—. *¡Ven aquí, cachorro! ¡Ven aquí y tómatela como un hombre!*

Un retumbar profundo y hueco, el del mazo al abatirse contra la pared. Cuando la voz volvióa tronar su nombre, había cambiado de lugar: ahora estaba más cerca.En el mundo de las cosas reales, la cacería comenzaba.

Danny escapó. Sin hacer ruido sobre la espesa alfombra, pasó corriendo frente a las puertas cerradas, a lo largo del sedoso papel estampado, junto al extintor de incendios asegurado a la esquina de la pared. Tras una breve vacilación, echó a correr por el último pasillo. Al final no había nada más que una puerta cerrada; ya no quedaba por dónde escapar.

Pero el palo seguía allí, todavía apoyado contra la pared, donde lo había dejado papá.

Danny lo atrapó, lo levantó, estiró el cuello para mirar la trampilla. En el extremo del palo había un gancho que había que ensartar en una argolla fija en la trampilla. Y entonces...

De la trampilla pendía un candado «Yale», flamante. Era el que Jack Torrance había colocado en el cerrojo después de instalar las ratoneras para el caso de que a su hijo se le ocurriera algún día la idea de hacer una exploración por allí.

Un candado. El terror lo invadió.

Tras él, aquello venía, torpemente, tambaleándose, ya a la altura de la *suite* presidencial, haciendo silbar malignamente en el aire el mazo de roque.

Danny retrocedió contra la última puerta, infranqueable, y lo esperó.

55. LO QUE FUE OLVIDADO

Wendy volvióen sí poco a poco; el agotamiento gris se disipóy fue remplazándole el dolor: en la espalda, en la pierna, en el costado... no creyó que sería capaz de moverse. Hasta los dedos le dolían, y en el primer momento no sabía por qué. *(Por la hojita de afeitar, por eso.)*

El pelo rubio, ahora pegoteado y enredado, le caía sobre los ojos. Se lo apartó con la mano y sintió que las costillas rotas se le clavaban por dentro, haciéndola gemir. Empezó a ver el campo azul y blanco del colchón, manchado de sangre. De ella, o tal vez de Jack. En todo caso, era sangre fresca. No había estado mucho tiempo sin conocimiento, y eso era importante porque... *(¿Por qué?)* Porque...

Lo primero que recordó fue el zumbido, como de insecto, de un motor. Durante un momento se quedó estúpidamente detenida en el recuerdo y después, en una especie de picada vertiginosa y nauseabunda, su mente retrocedió y le hizo ver todo en una sola mirada.

Hallorann. Debía de haber sido Hallorann. ¿Por qué, si no, podría haberse ido Jack tan de improviso, sin haber terminado con... sin haber terminado con *ella*?

Porque ya no le quedaba tiempo. Tenía que encontrar rápidamente a Danny y... y hacer lo que tenía que hacer antes de que Hallorann pudiera detenerlo.

¿O tal vez ya habría sucedido?

Alcanzó a oír el chirrido del ascensor que subía por el hueco.

(No Dios por favor no la sangre la sangre todavía está fresca no permitas que ya haya sucedido.)

De alguna manera se las arregló para ponerse de pie, ir tambaleándose por el dormitorio y, a través de las ruinas del cuarto de estar, hasta la destrozada puerta del apartamento. La abrió de un empujón y salió al pasillo.

—*¡Danny!* —gritó, aunque el dolor en el pecho la hacía estremecer—.

¡Señor Hallorann! ¿Hay alguien ahí? ¿Hay *alguien?* El ascensor, que se había puesto otra vez en movimiento, se detuvo. Wendy oyó el choque metálico de la puerta plegable al correrse, y después le pareció oír una voz. Tal vez hubiera sido su imaginación. El ruido del viento era demasiado fuerte para estar segura, en realidad.

Recostándose contra la pared, se dirigió lentamente hacia la intersección con el pasillo corto. Cuando estaba a puntode llegar allí, la dejó helada el grito que subió por el hueco del ascensor y por el de la escalera:

—*¡Danny! ¡Ven aquí, cachorro! ¡Ven aquí y tómala como un hombre!*

Jack. En la segunda o en la tercera planta.

Buscando a Danny.

Al llegar a la esquina, Wendy tropezó y estuvo a puntode caerse. El aliento se le heló en la garganta. Había algo (¿alguien?) acurrucado contra la pared, no lejos del comienzo de la escalera.

Wendy empezó a darse más prisa, con un gesto de dolor cada vez que se apoyaba en la pierna herida. Ya veía que era un hombre, y al acercarse más entendió el significado del zumbido de aquel motor.

Era el señor Hallorann. Había venido, después de todo.

Cuidadosamente, Wendy se arrodilló junto a él, rogando en una incoherente plegaria que no estuviera muerto. Le sangraba la nariz, y de la boca le había salido un terrible coágulo de sangre. Un lado de la cara era un solo magullón hinchado y purpúreo. Pero respiraba, a Dios gracias. Eran bocanadas largasy difíciles que lo sacudían todo entero. Al mirarlo con más atención, los ojos de Wendy se ensancharon. Un brazo del chaquetón tenía un desgarrón en un costado. Tenía el pelo manchado de sangre, y un raspón, superficial pero de mal aspecto, en la base del cuello.

(Dios mío ¿qué es lo que le ha pasado?)

—*¡Danny!* —rugió desdearribala voz, impaciente—. *¡Sal de ahí, maldito!*

No quedaba tiempo para pensarlo. Wendy sacudió *a* Hallorann, con la cara contraída por el dolor de las costillas

rotas, que sentía en el costado como una masa ardiente, hinchada y magullada. *(¿Y si me desgarran el pulmón cada vez que me muevo?)* Tampoco eso había manera de evitarlo. Si Jack encontraba a Danny, lo mataría, lo golpearía con el mazo hasta matarlo, como había intentado hacer con ella.

Wendy sacudió a Hallorann y después empezó a darle con la mano suavemente al lado sano de la cara.

—Despiértese, señor Hallorann. Tiene que despertarse. Por favor... por favor...

Desde arriba, el retumbo incesante del mazo enunciaba que Jack Torrance seguía buscando a su hijo.

Danny se quedó de espaldas contra la puerta, mirando hacia la intersección donde los dos pasillos se cortaban en ángulo recto. El ruido constante, irregular, retumbante del mazo contra las paredes se oía cada vez, más. Aquello que lo perseguía aullaba, vociferaba y maldecía. Sueño y realidad se habían unido sin fisura alguna.

Ahora apareció ante sus ojos.

En cierto sentido, lo que sintió Danny fue alivio. Eso no era su padre.

La máscara del rostro y del cuerpo, desgarrada, hecha pedazos, era una triste parodia. Eso no era su papá, ese horror de los programas de televisión terroríficos del sábado por la noche, con los ojos en blanco, los hombros encorvados, la camisa empapada de sangre. No era su papá.

—Ahora, por Dios —jadeó aquello y se enjugó los labios con una mano temblorosa—. Ahora vas a ver quién es el que manda aquí. Ya verás.

No es a ti a quien quieren, es a mí. ¡A *mí,* a *mí*!

Asestó un golpe con el destrozado mazo, ya deformado y astillado después de innumerables impactos. El mazo fue a estrellarse contra la pared, arrancando un trozo del papel al tiempo que levantaba una nubecilla de yeso. Aquello esbozó una horrible sonrisa.

—A ver si me sales con alguno de tus trucos ahora —farfulló—. No nací ayer, ¿sabes? No acabode caerme de la higuera, por Dios. Y voy a cumplir mis deberes de padre contigo, muchachito.

—Tú no eres mi padre —declaró Danny.

Aquello se detuvo. Durante un momento pareció indeciso, como si en realidad no estuviera seguro de quién —o qué— era. Después empezó a andar de nuevo. El mazo descendió silbando y se estrelló contra una puerta, que respondió con un ruido hueco.

—Eres un mentiroso —respondió—. ¿Quién soy, si no? Tengo las dos marcas de nacimiento, el ombligo hundido y la *picha*,muchachito. Pregúntale a tu madre.

—Tú eres una máscara —insistió Danny—. Una cara falsa. La única razón que tiene el hotel para usarte es que no estás tan muerto como los otros. Pero cuando el hotel haya terminado contigo, no quedará nada de ti.

A mí no me asustas.

—¡Pues ya te asustaré! —fue un aullido. El mazo silbó ferozmente al descender y se estrelló sobre la alfombra, entre los pies de Danny. El chico no retrocedió—. ¡Tú me mentiste! ¡Te conchabaste con ella! ¡Conspirasteis contra mí! Además, ¡Hiciste trampa! ¡Copiaste el examen final! —bajo las cejas pobladas, los ojos lo miraban furiosamente con un resplandor de lunática astucia—. Pero ya lo encontraré, también. Está por ahí en alguna parte,en el sótano. Ya yo encontraré. Me prometieron que podía buscar todo lo que quisiera —el mazo volvióa alzarse en el aire.

—Claro que prometen —reconoció Danny—, pero mienten. En lo más alto de su recorrido, el mazo vaciló.

Hallorann había empezado a reaccionar, pero de pronto Wendy dejó de darle suaves golpes en la mejilla. Hacía un momento que por el hueco del ascensor, casi inaudibles entre el rugido del viento, habían llegado unas palabras:

—*¡Hiciste trampa! ¡Copiaste el examen final!*

Venían desdealgún lugar muy alejado del ala oeste. Wendy estaba casi convencida de que estaban en la tercera planta, y de que Jack—o aquello que había tomado posesión de Jack— había encontrado a Danny. Ni ella ni Hallorann podían hacer nada ahora.

—Oh, doc —murmuró, y las lágrimas le velaron los ojos.

—El hijo de puta me rompió la mandíbula —masculló turbiamente Hallorann—. Y la *cabeza...* —trabajosamente, se sentó.

El ojo derecho se le iba ennegreciendo rápidamente, al tiempo que la hinchazón se lo cerraba, pero de todas maneras, Hallorann alcanzó a ver a Wendy.

—Señora Torrance...

—Shh —lo silenció Wendy.

—¿Dónde está el niño, señora Torrance?

—En la tercera planta —respondió Wendy—. Con su padre.

—Mienten —repitió Danny. Con la rapidez relampagueante de un meteoro, demasiado rápido para echarle mano y detenerlo, algo le había pasado por la cabeza. No le quedaban más que algunas palabras de la idea. *(está por ahí en alguna parte en el sótano) (tú recordarás lo que olvidó tu padre)*

—No... no deberías hablarle de esa forma a tu padre —la voz era ronca, el mazo tembló y descendió lentamente—. Sólo haces empeorar las cosas para ti. El... el castigo. Peor.

Tambaleándose como si estuviera ebrio, aquello lo miraba con una llorosa conmiseración que empezaba a convertirse en odio. El mazo empezó a levantarse nuevamente.

—Tú no eres mi papá —volvió a decirle Danny—. Y si dentro de ti queda algún pedacito de mi papá, sabe que ellos mienten. Aquí todo es una mentira y un engaño. Como los dados cargados que mi papá me regaló la Navidad pasada, como los paquetes de regalo que ponen en los escaparates y que mi papá dice que no tienen nada

dentro, que no hay regalos, que no son más que las cajas vacías. Para vista, nada más, dice mi papá. *Eso* eres tú, no mi papá. Eres el hotel. Y cuando consigas lo que quieras, no le darás nada a mi papá, porque eres egoísta. Y mi papá lo sabe. Por eso tuviste que hacerle beber Algo Malo, porque era la única manera en que podías vencerlo, cara falsa y mentirosa.

—*¡Mentiroso! ¡Mentiroso!* —las palabras fueron un débil chillido y el mazo se elevó furiosamente en el aire.

—Adelante, pégame. Pero de mí jamás conseguirás lo que quieres.

El rostro que Danny tenía ante sí cambió, sin que el chico pudiera decir cómo; en los rasgos no hubo alteración alguna. El cuerpo se estremeció ligeramente y después las manos ensangrentadas se aflojaron, como garras exhaustas. El mazo cayó de ellas sobre la alfombra con un ruido sordo. Eso fue todo, pero de pronto su papá *estuvo* allí, mirándolo con una angustia de muerte, con un dolor tan grande que Danny sintió que el corazón se le consumía dentro del pecho. Los ángulos de la boca descendieron, temblorosos.

—Doc —dijo Jack Torrance—, huye. Escapa pronto. Y recuerda lo mucho que te quiero.

—No —susurró Danny.

—Oh, Danny por Dios...

—No —repitió Danny, mientras tomaba una de las manos ensangrentadas de su padre para besarla—. Todavía no ha terminado.

Con la espalda apoyada en la pared para ayudarse, Hallorann consiguió ponerse de pie. Él y Wendy se miraban como los únicos supervivientes de la pesadilla de un hospital bombardeado.

—Tenemos que subir —dijo Hallorann—. Tenemos que ayudarlo.

Perseguidos e impotentes, los ojos de Wendy lo miraron desde un rostro blanco como un papel.

—Es demasiado tarde. Ahora sólo él puede ayudarse.

Pasó un minuto, dos. Tres. Entonces lo oyeron gritar, allá arriba, no con un grito de triunfo ni de cólera, sino de un terror mortal.

—Dios santo —balbuceó Hallorann—. ¿Y ahora qué sucede?

—No lo sé —respondió Wendy.

—¿Lo habrá matado?

—No lo sé.

El ascensor empezó a moverse y después a descender, y encerrado dentro iba algo furioso y vociferante.

Danny se quedó inmóvil. No había ningún lugar donde pudiera escapar y donde el «Overlook» no estuviera. Lo comprendió de pronto, con total claridad, sin dolor. Por primera vez en su vida tuvo un pensamiento de adulto, sintió lo que siente un adulto, condensó en una dilatación penosa lo esencial de su experiencia en ese lugar funesto:

(Mamá y papá no pueden ayudarme y estoy solo)

—Vete —dijo al extraño ensangrentado que se alzaba frente a él—.

Vamos, vete de aquí.

Aquello se dobló y al hacerlo dejó ver el mango del cuchillo que tenía clavado en la espalda. Sus manos volvieron a cerrarse en torno de la empuñadura del mazo de roque, pero en vez de apuntar a Danny invirtió la dirección de éste, haciendo que el lado duro de la cabeza apuntara a su propio rostro.

Una oleada de comprensión inundó a Danny.

Después, el mazo empezó a elevarse y a descender, destruyendo lo último que quedaba de la imagen de Jack Torrance. Aquello que estaba con Danny en el pasillo danzaba una polca torpe, espeluznante, marcando el compás con el ritmo aborrecible de la cabeza del mazo que golpeaba y volvía a golpear. La sangre empezó a salpicar el empapelado. Los fragmentos de hueso volaban por el aire como las teclas rotas de un piano.

Imposible decir durante cuánto tiempo se prolongó aquello, pero cuando la figura volvió a dirigirse a Danny, su padre había desaparecido para siempre.

Lo que quedaba de la cara era una mezcla extraña y cambiante de muchas caras que se fundían imperfectamente en una. Danny reconoció a la mujer del 217, al hombre perro,

a esa cosa o muchacho hambriento que había encontrado en el tubo de cemento.

—A quitarse las máscaras, pues —susurró aquello—. Ya no más interrupciones.

El mazo se levantó por última vez. Un ruido como el de un reloj llenó los oídos de Danny.

—¿Quieres decir algo más? —preguntó aquello—. ¿Estás seguro de que no quisieras escapar? ¿O jugar al escondite, tal vez? El tiempo nos sobra, fíjate.
Tenemos una eternidad de *tiempo*. ¿O quieres que terminemos ya?

Para mí es lo mismo. Después de todo, nos estamos perdiendo la fiesta.

Mientras hablaba mostraba los dientes destrozados, en una mueca voraz.

Y de pronto Danny lo supo. Supo qué era lo que su padre había olvidado.

Una súbita expresión de triunfo se extendió por el rostro del chico; al verlo, aquello titubeó, sin entender.

—*¡La caldera!* —gritó Danny—. *¡Desde esta mañana, nadie le ha bajado la presión! ¡Está subiendo y va a estallar!*

Por los rasgos destrozados, grotescos de la cosa que había frente a él pasó una expresión de terror grotesco, de incipiente comprensión. El mazo rodó de las manos contraídas, rebotando inofensivamente sobre la alfombra azul y negra.

—¡La caldera! —gimió aquello—. ¡Oh, no! ¡Es imposible permitirlo!

¡No, de ningún modo! ¡Cachorro maldito! ¡De ningún modo! ¡Oh, oh, oh...!

—¡Pues así es! —volvió a gritarle Danny, desafiante, mostrando al mismo tiempo los puños cerrados a la ruina que tenía delante—. ¡En cualquier momento! ¡La caldera, papá se olvidó de la caldera! *¡Y tú también te olvidaste!*

—Oh, no, no, eso no puede ser, muchacho maldito, no puede ser, no debe, ya verás cómo te hago tomar tu medicina, hasta la última gota, oh no, no...

Repentinamente giró sus talones y empezó a alejarse torpemente.

Durante un momento, incierta y vacilante, su sombra cayó sobre la pared.

Después aquello desapareció, dejando tras de sí un cortejo de gritos, como ajados gallardetes de una fiesta.

Casi inmediatamente, el ascensor se puso en marcha.

De pronto como una aureola gloriosa y deslumbrante *(el señor Hallorann dick para mis amigos juntos vivos están vivos hay que salir de aquí esto va a volar va a volar hasta el cielo)* el esplendor lo anegó. Al echar a correr tropezó con el mazo de roque, destrozado, ensangrentado, sin advertirlo siquiera.

Llorando, corrió hacia la escalera.

Tenían que escapar.

56. LA EXPLOSIÓN

Hallorann jamás pudo reconstruir con certeza el desarrollo de las cosas que siguieron. Recordaba que, en su descenso, el ascensor había pasado junto a ellos sin detenerse, y que algo iba dentro. Pero Hallorann no hizo intento alguno de mirar por la ventanilla en forma de rombo, porque lo que iba dentro, no parecía humano. Un momento más tarde se oyeron pasos que descendían corriendo la escalera. Primero, Wendy Torrance retrocedió, buscando refugio en él; después echó a correr, tambaleándose, por el corredor principal hasta llegar a la escalera, con toda la rapidez que podía.

—¡Danny, Danny! ¡Oh, gracias a Dios! ¡Gracias a Dios!

Lo arrebató en un abrazo, con un gemido en que se volcaba tanto el júbilo como el dolor.

(Danny.)

Desde los brazos de su madre, Danny lo miró, y Hallorann advirtió cuánto había cambiado el chico. Tenía la cara pálida y acosada, oscuros e insondables los ojos. Daba la impresión de haber perdido peso. Al mirar ahora a los dos juntos, Hallorann pensó que era la madre la que parecía más joven, pese al terrible castigo que había sufrido.

(Dick... tenemos que... escapar... esto está a punto de...) Imagen del «Overlook». Lenguas de fuego que se elevaban del tejado.

Lluvia de ladrillos sobre la nieve. Repique de alarmas de incendio... aunque ningún coche de bomberos sería capaz de llegar hasta esos parajes hasta fines de marzo. Pero lo que más intensamente se transmitía en el mensaje del chico era una urgencia apremiante, la sensación de que aquello iba a suceder *en cualquier momento*.

—Está bien —asintió Hallorann, y empezó a acercarse a ellos, al principio con la sensación de estar nadando en aguas profundas. Su sentido del equilibrio estaba alterado y no podía enfocar bien el ojo derecho. Desde la mandíbula le irradiaban punzadas de un dolor palpitante que se le extendía hasta la sien y bajaba por el cuello, y tenía la sensación de la mejilla como algo del tamaño de una col. Pero el apremio del chico había conseguido ponerlo en movimiento e hizo que todo le resultara más fácil.

—¿Qué está bien? —preguntó Wendy, mirando alternativamente a Hallorann y a su hijo—. ¿Qué quiere decir con eso de que está bien?

—Que tenemos que irnos —explicó Hallorann.

—Pero yo no estoy vestida... mi ropa...

Como una flecha Danny se le escapó de los brazos y se fue corriendo por el pasillo. Wendy lo siguió con la vista y cuando el chico desapareció tras la esquina, se volvió a Hallorann.

—¿Qué hacemos si vuelve?

—¿Su marido?

—Ése no es Jack —murmuró Wendy—. Jack ha muerto... este lugar lo mató. *Este lugar maldito* —con el puño golpeó la pared, y el dolor de las cortaduras de los dedos la hizo gemir—. Es la caldera, ¿no es verdad?

—Sí, señora. Danny dice que va a estallar.

—Bueno —en su voz había una determinación mortal—. No sé si puedo volver a bajar esa escalera. Las costillas... él me rompió las costillas, y algo en la espalda, y me hace daño.

—Sí que podrá —le aseguró Hallorann—. Todos podremos.

De pronto, se acordó de los animales del seto y se preguntó qué harían en caso de que siguieran allí, en la entrada, montando guardia.

En ese momento volvía Danny, con las botas, el abrigo y los guantes de Wendy, y también con sus guantes y su chaquetón.

—Danny, tus botas —le advirtió Wendy.

—Es demasiado tarde —exclamó el chico, que los miraba con expresión de desesperada angustia. Cuando clavó los ojos en Dick, en la mente de éste se pintó de repente la imagen de un reloj bajo un fanal de cristal: el reloj del salón de baile, que un diplomático suizo había donado al hotel en 1949. Las manecillas del reloj marcaban que faltaba un minuto para medianoche.

—Oh, Dios mío —gimió Hallorann—. Ay, Dios santo.

Rodeó con un brazo a Wendy y la levantó, mientras con el otro alzaba a Danny, y echó a correr hacia la escalera.

Wendy gritó, dolorida, al sentir la presión sobre las costillas, al sentir una punzada de dolor en la espalda, pero Hallorann no se detuvo. Con los dos en sus brazos, se lanzó escaleras abajo. Un ojo desesperadamente abierto, el otro reducido a una rendija por la hinchazón, parecía un pirata tuerto que huye con los rehenes por los que más tarde ha de pedir rescate.

Inesperadamente, el esplendor le hizo comprender qué era lo que había querido decir Danny al declarar que era demasiado tarde. Percibió nítidamente la explosión a punto de desencadenarse desde las profundidades del sótano para desgarrar las entrañas de ese lugar de espanto.

Y corrió más de prisa, precipitándose a través del vestíbulo hacia las dobles puertas.

A toda prisa aquello atravesó el sótano y entró en el débil resplandor amarillento que irradiaba la única luz del cuarto donde ardía el horno. Iba sollozando de terror. Había estado tan, tan próximo a adueñarse del muchacho y de

su fantástico poder. Imposible perderlo ahora, eso no debía suceder. Primero bajaría la presión de la caldera, y después le aplicaría un correctivo al chico. Con severidad.

—¡No debe suceder! —gemía—. ¡Oh, no, eso no debe suceder!

A tropezones llegó hasta la caldera; de la larga masa tubular emanaba un sombrío resplandor rojizo. Como un monstruoso órgano de vapor, se estremecía, crujía y dejaba escapar en cien direcciones columnas y nubecillas de vapor. La aguja del manómetro estaba en el extremo mismo del dial.

—*¡No, imposible permitirlo!* —vociferó el vigilante/director.

Apoyó sobre la válvula las manos de Jack Torrance, sin preocuparse por el olor de carne quemada ni por el dolor, dejando que el volante al rojo se le hundiera despiadadamente en las palmas.

El volante cedió y, con un alarido de triunfo, aquello lo hizo girar hasta abrir completamente la válvula. Un rugido gigantesco de vapor que se escapa brotó de las profundidades de la caldera, como el bramido conjunto de una docena de dragones. Pero antes de que el vapor tornara invisible la aguja del manómetro, ya se advertía claramente que esta había empezado a retroceder.

—*¡GANÉ!* —aulló aquello mientras prorrumpía en obscenas piruetas en medio de la ardiente niebla que iba en aumento, elevando por encima de la cabeza las manos llameantes—. *¡NO ES DEMASIADO TARDE! ¡NO ES DEMASIADO TARDE! ¡NO...!*

Las palabras se disiparon en un alarido de triunfo, y el alarido se perdió, devorado por el estruendo ensordecedor de la explosión de la caldera del «Overlook».

Hallorann irrumpió a través de las dobles puertas y empezó a atravesar con su carga la trinchera excavada en el gran ventisquero de la terraza. Vio con toda claridad, con más claridad que antes, los animales del seto, y en el momento mismo en que comprendía que sus peores temores se habían realizado y que los monstruos se interponían entre

el porche y el vehículo para la nieve, el hotel estalló. Aunque más tarde comprendió que en realidad no podía haber sido así, en ese momento tuvo la impresión de que todo sucedía simultáneamente.

Hubo una explosión sorda, un ruido que parecía la prolongación de una sola nota grave que lo invadiera todo *(BUUUMMMM)* y después, a espaldas de ellos, una ráfaga de aire caliente que avanzaba, empujándolos con suavidad. Esa masa de aire arrojó de la terraza a los tres, y mientras volaban por el aire, una idea confusa *(así es como se sentiría supermán)* pasó rápidamente por la mente de Hallorann. Su carga se le escapó de los brazos y sintió que aterrizaba blandamente sobre la nieve. La sintió, fresca, bajo la camisa y metiéndose en la nariz, y tuvo la vaga sensación de algo grato y calmante sobre la mejilla herida.

Después, sin pensar por el momento en los animales del seto, ni en Wendy Torrance, ni siquiera en el chico, se dio la vuelta lentamente hasta quedar boca arriba, para ver la muerte del «Overlook».

Las ventanas del hotel se hicieron pedazos. En el salón de baile, el fanal de cristal que cubría el reloj sobre la chimenea se partió en dos pedazos y cayó al suelo. El reloj interrumpió su tictac: las ruedecillas y los engranajes y la rueda catalina se quedaron inmóviles. Se produjo un susurro grave y suspirante y una gran bocanada de polvo. En la habitación 217 la bañera se partió repentinamente en dos y dejó escapar un poco de agua, verdusca y hedionda. En la *suite* presidencial el empapelado estalló en una súbita llamarada. Las puertas de vaivén del Salón Colorado saltaron bruscamente de sus goznes y cayeron en el piso del comedor. Más allá del arco del sótano, las enormes pilas y montones de papeles viejos se convirtieron en otras tantas antorchas sibilantes, que no conseguía sofocar el agua hirviendo de la caldera al derramarse sobre ellas. Como las hojas de otoño que van quemándose bajo un avispero, fueron ennegreciéndose y retorciéndose. Al estallar, el horno

destrozó las vigas del techo del sótano, que se desplomaron como el esqueleto de un dinosaurio. Ya sin nada que lo obstruyera, el conducto de gas que había servido para alimentar el horno se elevó en un bramante pilar de fuego a través del abierto piso del vestíbulo.

Los alfombrados de las escaleras estallaron en llamas que subían a la carrera hacia la primera planta, como para proclamar la terrible buena nueva. Las explosiones lo iban destrozando todo como una descarga cerrada. La lámpara del comedor, un globo de cristalde ochenta kilos de peso, se desplomó con un tremendo estrépito, derribando mesas por todas partes. De las cinco chimeneas del «Overlook», enormes llamaradas se elevaban hacia el cielo.

(¡No! ¡No debe ser! ¡No debe ser, NO DEBE!) gritaba aquello y seguía gritando, pero ahora sin voz porque no era más que un pánico vociferante de condenación y espanto en sus propios oídos, algo que se disuelve, que pierde el pensamiento y la voluntad, la telaraña que se deshace, búsqueda a tientas, sin resultado, una salida, apertura, escapatoria, asomarse al vacío, a la inexistencia, desmoronarse. La fiesta había terminado.

57. LA SALIDA

El rugido de la explosión sacudió toda la fachada del hotel. Un vómito de vidrios rotos se derramó sobre la nieve y quedó allí destellando como diamantes tallados. El perro del seto, que en ese momento se aproximaba a Danny y a su madre, retrocedió, aplastando las verdes orejas, con el rabo entre las patas y encogiéndose abyectamente contra el suelo. Mentalmente, Hallorann lo oyó gañir aterrorizado, y en su cabeza se mezclaron al gemido del perro los rugidos de terrory desconcierto de los leones. Con esfuerzo, se puso de pie para ir en ayuda de los otros dos, y mientras lo hacía vio algo que le pareció más de pesadilla que todo lo demás: el conejo del seto, todavía cubierto de nieve, se lanzaba desesperadamente contra el enrejado de seguridad que separaba la zona infantil de la carretera, y

la malla de acero resonaba, tintineante, con una especie de música de pesadilla como la de una cítara espectral. Desde donde estaba, Hallorann alcanzaba a oír el ruido de las ramas y ramitas tupidamente entretejidas que formaban el cuerpo, al quebrarse con los golpes como si fueran huesos.

—¡Dick! ¡Dick! —gritó Danny, que intentaba ayudar a su madre para que Wendy pudiera subir al vehículo para la nieve. Las ropas que el chico había conseguido rescatar del hotel para ellos dos estaban dispersas sobre la nieve, tal como habían caído. De pronto, Hallorann cayó en la cuenta de que Wendy apenas si tenía puesta su ropa de dormir, Danny no tenía suficiente abrigo, y la temperatura debía estar en los doce grados bajo cero.

(dios mío si esta mujer está descalza)

Trabajosamente volvióatrás sobre la nieve para recoger el abrigo de ella, sus botas, el chaquetón de Danny, los guantes que pudo. Después volvióa la carrera hacia ellos, hundiéndose a veces hasta la cadera en la nieve, para volver a salir con fatigoso esfuerzo.

Wendy estaba horriblemente pálida, con un costado del cuellocubierto de sangre proveniente del lóbulo de la oreja herida; la sangre empezaba a congelársele.

—No puedo —balbuceó, ya casi inconsciente—. No... no puedo. Lo siento.

Danny miró a Hallorann con ojos suplicantes.

—Ya saldremos de ésta —le aseguró Hallorann, y volvióa alzar a Wendy—. Vamos.

Como pudieron, los tres llegaron hasta donde se había atascado el vehículo para la nieve. Hallorann dejó a Wendy en el asiento del acompañante y la abrigó con su ropa. Le levantó los pies, que estaban ya muy fríos, pero no mostraban síntomas de congelamiento, y se los frotó enérgicamente con el chaquetón de Danny antes de ponerle las botas. El rostro de Wendy tenía una palidez de alabastro y sus ojos, medio cerrados, tenían una clara expresión de aturdimiento, pero cuando la joven empezó a estremecerse, Hallorann pensó que eso era buena señal.

Tras ellos, una serie de tres explosiones sacudió el hotel. Las llamas iluminaron la nieve con un resplandor anaranjado.

Con la boca casi apoyada en el oído de Hallorann, Danny le gritó algo.

—¿Qué?

—Digo si necesitas eso.

El chico señalaba la lata de gasolina, a medias hundida en la nieve.

—Sí, creo que sí.

Hallorann la levantó y la sacudió. Aunque no pudiera decir cuánta, todavía le quedaba gasolina. Volvió a asegurarla en la parte de atrás del vehículo, tras varios intentos inútiles, ya que los dedos se le estaban entumeciendo. Sólo en ese momento se dio cuenta de que había perdido los mitones de Howard Cottrell. *(si salgo de ésta ya me ocuparé de que mi hermana te teja una docena de pares, howie)* —¡Vamos!—gritó, dirigiéndose al chico.

Danny titubeó.

—¡Nos vamos a helar!

—Primero pasaremos por el cobertizo. Allí encontraremos mantas... o algo parecido. ¡Ponte detrás de tu madre!

Danny subió al vehículo y Hallorann volvióla cabeza para asegurarse de que Wendy lo oyera.

—¡Señora Torrance! ¡Cójase a mí! ¿Me entiende? *¡Con todas sus fuerzas!*

Wendy lo rodeócon los brazos y apoyó la mejilla contra la espalda de Hallorann. Éste puso en marcha el vehículo, haciendo girar con delicadeza el acelerador para que arrancara sin sacudidas. Wendy apenas si tenía fuerzas para aferrarse a él, y si resbalaba hacia atrás, arrastraría con su peso a su hijo.

Cuando se pusieron en movimiento, Hallorann hizo describir un círculo al vehículo, para después dirigirse hacia el Oeste, en un sentido paralelo al del hotel, y finalmente acercarse más a éste para llegar al cobertizo de las herramientas.

Durante un momento vieron con toda claridad el vestíbulo del «Overlook». La llama de gas que se elevaba a

través del suelo destrozado parecía una gigantesca vela de cumpleaños, de un orgulloso amarillo en el centro y azul en los bordes oscilantes. En ese momento daba la impresión de que no hiciera más que iluminar, sin destruir. Alcanzaron a ver el mostrador de recepción con la campanilla de plata, las calcomanías de las tarjetas de crédito, la antigua caja registradora, las alfombras, las sillas de respaldo alto, los escabeles tapizados en tela de crin. Danny pudo distinguir el pequeño sofá junto a la chimenea, donde habían estado sentadas las tres monjas el día que ellos llegaron... el día del cierre. Pero el cierre, en realidad, era ahora.

Después, el ventisquero de la terraza no les dejó seguir viendo. Un momento después iban bordeando el lado oeste del hotel. Todavía había luz suficiente como para ver sin el faro delantero del vehículo para la nieve. Las dos plantas de arriba estaban en llamas, que se asomaban por las ventanas como ardientes gallardetes. La resplandeciente pintura blanca había empezando a ennegrecerse y descascararse. Los postigos que cerraban la ventana panorámica de la *suite* presidencial —los que Jack había asegurado escrupulosamente, ateniéndose a las instrucciones recibidas a mediados de octubre— pendían ahora como flameantes despojos, dejando al descubierto la profunda y desgarrada oscuridad de la habitación, como si fuera una boca desdentada que se abre en una última mueca, mortal y silenciosa.

Como Wendy había apoyado la cara contra la espalda de Hallorann para protegerse del viento, y a su vez Danny escondía la cara en la espalda de su madre, Hallorann fue el único que vio el final, aunque nunca habló de él. Le pareció ver que por la ventana de la *suite* presidencial salía una enorme forma oscura que por un momento oscureció la extensión de nieve que se dilataba detrás del hotel. Al principio asumió la forma de un pulpo, enorme y obsceno, y después pareció que el viento se apoderara de ella para desgarrarla y hacerla pedazos como papel viejo. Se fragmentó, quedó atrapada en un remolino de humo y un momento después había desaparecido tan completamente como si no hubiera existido nunca. Pero

en esos segundos en que se arremolinaba sombríamente en una danza que parecía de negativos de puntos de luz, Hallorann recordó algo de cuando era niño... de hacía cincuenta años, más tal vez. Él y su hermano habían encontrado un enorme avispero en la parte norte de su granja, metido en un hueco entre la tierra y el tronco de un viejo árbol abatido por el rayo. Su hermano llevaba, metido en la cinta del sombrero, un gran buscapiés que había guardado desde los festejos del cuatro de julio. Lo había encendido, lo había arrojado contra el avispero, y cuando estalló con gran estrépito, del nido destrozado se elevó un murmullo, un zumbido colérico que iba en aumento, casi como un alarido bajo y ronco. Los dos chicos habían escapado como si los demonios les pisaran los talones. Y en cierto modo, suponía Hallorann, debían haber sido demonios. Aquel día, al mirar por encima del hombro, como estaba haciendo ahora, había visto una gran nube oscura de insectos que se elevaban en el aire caliente, describiendo círculos juntos para después apartarse, en busca del enemigo que había hecho tal cosa con el hogar común, para poder, como una sola inteligencia grupal que eran, atacarlo a aguijonazos hasta darle muerte.

Después, eso que había en el cielo desapareció y tal vez no hubiera sido más que humo o un gran trozo de empapelado humeante que salió por la ventana, y no quedó más que el «Overlook»: una pira restallante en la rugiente garganta de la noche.

Aunque en su llavero tenía una llave para el candado del cobertizo, Hallorann vio que no tendría necesidad de usarla. La puerta estaba entornada, con el candado, abierto, pendiente del cerrojo.

—Yo no puedo entrar ahí —susurró Danny.

—De acuerdo. Quédate con tu madre. Allí solía haber una pila de viejas mantas para equitación, que probablemente estén todas apolilladas, pero siempre será mejor eso que morir congelados. Señora Torrance, ¿sigue usted estando con nosotros?

—No sé, creo que sí —respondió débilmente la voz de Wendy.

—Bueno. En un segundo vuelvo.

—Vuelve lo más pronto que puedas, por favor —le pidió Danny.

Hallorann hizo un gesto afirmativo. Había enfocado sobre la puerta el haz de luz del vehículo, y avanzó trabajosamente entre la nieve, arrojando ante sí una larga sombra. Abrió del todo la puerta del cobertizo y entró. Las mantas seguían en el mismo rincón, junto al juego de roque. Levantó cuatro mantas —que olían a humedad y a viejo, y con las cuales las polillas indudablemente se habían dado un buen banquete— y de pronto se detuvo.

Faltaba uno de los mazos de roque. *(¿Habrá sido con eso con lo que me golpeó?)* Bueno, ¿acaso tenía alguna importancia con qué lo hubieran golpeado? De todas maneras, sus dedos subieron hasta el costado de la cara y empezaron a tantear la hinchazón. Seiscientos dólares le había pagado al dentista por ese trabajo, deshecho ahora de un solo golpe. Y después de todo*(tal vez no me golpeó con uno de éstos. Tal vez uno se perdió, o lo robaron. O se lo llevaron de recuerdo. Después de todo)* en realidad no importaba. Nadie iba a andar por ahí jugando al roqueel verano próximo... ni en ningún otro, hasta donde se podía prever.

No, en realidad no importaba, pero de todas maneras el hecho de estar mirando el juego de mazos entre los cuales faltaba uno ejercía sobre él una especie de fascinación. Hallorann se encontró pensando en el ruido sordo de la cabeza de madera del mazo al golpear la bola de madera. Un ruido con gratas resonancias de verano. Como mirar la bola cuando iba saltando sobre la *(sangre, hueso)* grava. Algo que evocaba imágenes de *(sangre, hueso)*té helado, columpios y mecedoras, señoras con amplios sombreros de paja, el zumbido de los mosquitos y *(los niñitos rebeldes que no se atienen a las reglas del juego)* Todasesas cosas. Seguro. Bonito juego. Ya no tan de moda, ahora, pero... bonito.

—¿Dick? —la voz sonaba débil, asustada y, le pareció a Hallorann, francamente desagradable—. ¿Estás bien, Dick? Date prisa. *¡Por favor!*

(«Vamos date prisa negro que los señores te llaman.») La mano se le cerró sobre el mango de uno de los mazos, y Hallorann sintió que la sensación era grata. *(Porque te quiero te aporreo.)* En la vacilante oscuridad interrumpida solamente por el fuego, los ojos se le pusieron en blanco. En realidad, sería hacerles un favor a los dos. Ella estaba malherida... dolorida... y casi todo eso. *(todo eso)* era culpa del maldito chiquillo. Seguro. Si era él quien había dejado a su padre allá dentro, que se quemara. Cuando uno lo pensaba, era poco menos que un asesinato. Parricidio, le llamaban a eso. Una bajeza, vamos.

—¿Señor Hallorann? —ahora era la voz de la mujer, baja, débil, quejosa. A Hallorann no le gustó nada.

—*¡Dick!* —el chico prorrumpió en un sollozo aterrorizado.

Hallorann sacó el mazo de su soporte y se volvió hacia el torrente de luz blanca que vertía el faro del vehículo. Con incertidumbre, sus pies se movieron sobre las tablas del piso del cobertizo, como los pies de un juguete mecánico al que alguien ha dado cuerda y puesto en movimiento.

Repentinamente se detuvo, miró sin comprender el mazo que tenía en las manos y se preguntó con creciente horror qué era lo que había estado pensando hacer. ¿Asesinar? *¿Había estado pensando en asesinar?*

Durante un momento fue como si una voz colérica, débilmente jactanciosa, le llenara la cabeza:

(¡Hazlo! ¡Hazlo negro flojo y sin pelotas! ¡Mátalos! ¡MÁTALOS A LOS DOS!)

Con un grito ahogado, aterrorizado, Hallorann arrojó lejos de sí el mazo de roque, que cayó ruidosamente en el rincón donde habían estado las mantas, con una de las dos cabezas apuntada hacia él como en una invitación inexpresable.

Huyó.

Danny estaba sentado en el asiento del vehículo para la nieve y Wendy se abrazaba débilmente a él. El chico tenía

la cara brillante de lágrimas y se estremecía como si tuviera fiebre.

—¿Dónde estabas? —le preguntó, castañeteando los dientes—.

¡Estábamos *asustados*!

—Es que este lugar es como para asustarse —respondió lentamente Hallorann—. Y aunque se queme hasta los cimientos, a mí no conseguirán jamás hacerme acercar a doscientos kilómetros de aquí. Tome, señora Torrance, envuélvase usted con esto, que la abrigará. Y tú también Danny.

Póntelo, que parecerás un árabe.

Con dos de las mantas envolvió a Wendy, acomodándole una de ellas para formar una capucha que le cubriera la cabeza, y ayudó a Danny a envolverse en la suya de modo que no se le cayera.

—Ahora, a sosteneros con toda la fuerza que podáis —les dijo—. Nos espera un largo viaje, la peor parte ya la hemos dejado atrás.

Dio la vuelta alrededor del cobertizo y después volvió con el vehículo por donde había venido, rodeando el hotel. El «Overlook» parecía ahora una antorcha que se elevara hasta el cielo. En las paredes se habían abierto grandes agujeros, y el interior era un infierno al rojo vivo alzándose y amortiguándose. Por los canalones retorcidos, la nieve derretida se vertía en humeantes cascadas.

Al atravesar el jardín de la entrada, tenían el camino bien iluminado por el resplandor escarlata que bañaba las dunas de nieve.

—¡Mira!—grito Danny mientras Hallorann disminuía la marcha para atravesar el portón de entrada, señalando hacia la zona infantil.

Los animales del seto estaban todos en sus posiciones originarias, pero desnudos, ennegrecidos, chamuscados. Las ramas muertas eran una densared que se entrelazaba bajo el resplandor del fuego, las hojas estaban caídas a su alrededor sobre la nieve.

—¡Están muertos! —había una nota histérica en el grito triunfal de Danny—.

¡Muertos! ¡Están muertos!

—Shh —lo tranquilizó Wendy—. Está bien, tesoro. Está bien.

—Bueno, doc, vamos a buscar algún lugar abrigado —anuncio Hallorann—. ¿Estás dispuesto?

—Si —susurro Danny—. Hace tanto tiempo que lo estaba...

Hallorann volvióa atravesar la angosta brecha entre el portón y el poste, y un momento después estaban en el camino, de regreso a Sidewinder. El ruido del motor del vehículo para la nieve se estabilizó hasta perderse en el incesante rugido del viento, que sonaba entre las ramas desnudas de los animales del seto con un gemido bajo, palpitante, desolado.

El fuego se alzaba y se amortiguaba alternativamente. Un rato después de que hubiera dejado de oírse el zumbido del motor del vehículo, el tejado del «Overlook» se desplomó: primero el del ala oeste, después el del ala este, segundos más tarde la parte central. Una enorme espiral de chispas y despojos en llamas se elevó en la vociferante noche invernal.

Arrastrado por el viento, un tizón en llamas fue a meterse por la puerta abierta del cobertizo de las herramientas.

Un rato después, el cobertizo también empezó a arder.

Estaban todavía a más de treinta kilómetros de Sidewinder cuando Hallorann se detuvo para echar el resto de la gasolina en el depósito del vehículo. Se sentía muy preocupado por Wendy Torrance, que parecía cada vez más a puntode írseles. Y todavía faltaba un largo trecho por recorrer.

—*¡Dick!*—gritó Danny, que se había erguido en el asiento, señalando hacia adelante—. *¡Dick mira! ¡Mira allá!*

Había dejado de nevar, y una luna como una moneda de plata se asomaba a espiar entre las nubes deshilachadas. Por el camino, muy hacia abajo, pero viniendo hacia ellos, subiendo la larga serie de curvas en forma de S, venía una perlada hilera de luces. El viento se acalló

durante un momento, y Hallorann distinguió el zumbido lejano de los motores de varios vehículos para la nieve.

Hallorann, Danny y Wendy se encontraron con ellos quince minutos más tarde.

Les traían ropa de abrigo, brandy y al doctor Edmonds.

La larga oscuridad había terminado.

58. EPÍLOGO / VERANO

Tras revisar las ensaladas que había preparado su ayudante y probar las judías condimentadas que servirían esa semana entre los aperitivos, Hallorann se desató el delantal, lo colgó en su percha y salió por la puerta trasera. Le quedaban unos cuarenta y cinco minutos hasta el momento de ocuparse seriamente de la cena.

El lugar se llamaba la «Posada de la Flecha Roja» y era un rincón perdido en las montañas del oeste de Maine, a unos cincuenta kilómetros del pueblo de Rangely. En opinión de Hallorann, una buena solución.

El trabajo no era demasiado pesado, las propinas eran buenas y hasta ese momento nadie le había devuelto ni una sola comida. Lo cual no estaba nada mal, teniendo en cuenta que la temporada ya andaba por la mitad.

Lentamente recorrió el tramo entre el bar del exterior y la piscina (aunque él jamás entendería cómo podía nadie querer una piscina cuando tenían el lago tan a mano), atravesó un tramo de césped donde un grupo de cuatro personas jugaban al croquet entre grandes risas, y rebasó una pequeña elevación. Tras ella empezaban los pinos y entre ellos el viento suspiraba agradablemente, impregnado de un aroma de abetos y resina.

Al otro lado, discretamente distribuidas entre los árboles había varias cabañas con vistas sobre el lago. La última era la más bonita, y en el mes de abril —cuando había conseguido esa ganga—, Hallorann la había reservado para dos amigos suyos.

La mujer estaba sentada en el porche, en una mecedora, con un libro entre las manos. Hallorann fue hacia ella.

La causa era en parte esa forma de sentarse rígida, formal casi, a pesar de lo informal del ambiente... pero claro, eso se debía al corsé de escayola.

Además de las tres costillas rotas y algunas lesiones internas, la mujertenia una vértebra partida. Ésa era la lesión más lenta de curar y por la que seguía con la escayola... que le imponía *a* su vez tal postura. Pero el cambio era más profundo. Parecía mayor y su rostro había perdido en parte la expresión riente. Ahora, al verla sentada leyendo su libro, Hallorann advirtió una especie de grave belleza que había echado de menos en ella el primer día que la conoció, hacía ya nueve meses. Entonces había visto, sobre todo, una muchacha; ahora era una mujer, un ser humano a quien había llevado por fuerza al lado oscuro de la luna y que al volver había podido ¡untar otra vez sus trozos. Pero, pensaba, esos trozos jamás volverían a ensamblar exactamente de la misma manera. Nunca en la vida.

Al oír sus pasos, levantó la cabeza y cerró el libro.

—¡Hola, Dick! —hizo ademán de levantarse y una expresión de dolor le atravesó fugazmente la cara.

—No, nada de levantarse —la detuvo él—. Yo no ando con ceremonias, a no ser con corbata blanca y frac.

Ella le sonrió mientras él subía los escalones para ir a sentarse junto a ella en el porche.

—¿Qué tal van las cosas?

—Bastante bien —reconoció Hallorann—. Esta noche no deje de probar los camarones a la criolla. Le gustarán.

—Trato hecho.

—¿Dónde está Danny?

—Por ahí abajo.

Al mirar hacia donde ella señalaba, Hallorann vio una figurita sentada en el extremo del muelle. Danny llevaba los tejanos arremangados hasta las rodillas y una camisa a rayas rojas. Sobre las aguas tranquilas del lago flotaba una boya. De vez en cuando, el chico recogía el hilo para examinar la plomada y el anzuelo, y después volvía a arrojarlos al agua.

—Está poniéndose moreno —comentó Hallorann.

—Sí, muy moreno —Wendy lo miró con afecto.

Él sacó un cigarrillo, le dio unos golpecitos y después lo encendió. El humo se fue deshilachando perezosamente en la tarde soleada.

—¿Qué hay con esos sueños que venía teniendo?

—Eso va mejor —explicó Wendy—. Sólo uno esta semana. Al principio solían ser todas las noches, y a veces dos o tres por noche. Las explosiones, los setos. Y sobre todo... bueno, usted lo sabe.

—Sí. Al final se pondrá bien, Wendy.

Ella lo miró.

—¿Sí? Lo dudo.

Hallorann afirmó con un gesto.

—Tanto usted como él están de vuelta. Posiblemente algo diferentes, pero bien. Ninguno de los dos es lo que era, pero eso no es necesariamente malo.

Durante un rato permanecieron en silencio; Wendy hacía oscilar suavemente la mecedora y Hallorann, con los pies apoyados en la barandilla del porche, fumaba. Se levantó una leve brisa, que abría su camino secreto entre los pinos pero sin alborotar apenas el pelo de Wendy. Ella se lo había dejado muy corto.

—He decidido aceptar el ofrecimiento de Al... del señor Shockley — dijo ella.

Hallorann asintió con la cabeza.

—El trabajo parece bueno. Y además, algo que podría interesarle.

¿Cuándo empieza?

—El primer martes de setiembre, inmediatamente después del Día del Trabajo. Cuando Danny y yo salgamos de aquí, nos iremos directamente a Maryland a buscar vivienda. Fíjese que, en realidad, lo que me convenció fue ese folleto de la Cámara de Comercio. Parece una agradable ciudad para que crezca allí un chico. Y me gustaría estar ya trabajando antes de haber tenido que recurrir demasiado al dinero del seguro que nos dejó Jack. Todavía hay una reserva de más de cuarenta mil dólares. Es suficiente para enviar a Danny

a la Universidad y para que nos quede todavía algo con lo que pueda empezar a trabajar, si es que lo invertimos bien.

Hallorann volvió a hacer un gesto afirmativo.

—¿Y su madre? —preguntó después. Wendy lo miró y le sonrió, débilmente.

—Creo que Maryland ya es bastante lejos.

—No se olvidará usted de los viejos amigos, me imagino.

—¿Y Danny? Vaya usted a verlo, que se ha pasado todo el día esperándolo.

—Pues yo también —Hallorann se levantó y se estiró el uniforme blanco de cocinero—. Ya verá usted cómo los dos quedan perfectamente —repitió—. ¿No lo siente usted, acaso?

La joven levantó los ojos hacia él; esta vez, su sonrisa era más cálida.

—Sí —admitió; después le tomó una mano y se la besó—. A veces creo que sí.

—Los camarones a la criolla —le recordó Hallorann mientras empezaba a bajar los escalones—. No se olvide.

—No, no.

Descendió lentamente por la senda de grava que conducía al muelle y después corrió hasta el final las tablas pulidas por la intemperie, hasta llegar hasta donde estaba sentado Danny, con los pies sumergidos en el agua transparente. Más a lo lejos, el lago se extendía reflejando los pinos a lo largo de su margen. Allí, donde estaban, el terreno era montañoso, pero eran montañas viejas, suavizadas y domesticadas por el paso del tiempo. A Hallorann le parecían estupendas.

—¿Se pesca mucho? —preguntó, mientras se sentaba junto al chico. Se sacó un zapato, después el otro, y con un suspiro de alivio sumergió los pies en el agua fresca. —No. Pero hace un rato parecía que picaban.

—Mañana por la mañana saldremos en bote. Si quieres pescar algo que se pueda comer, hijo mío, hay que ir hasta el medio del lago. Allá es donde están los peces grandes.

—¿Cómo de grandes?

Hallorann se encogió de hombros.

—Bueno... tiburones, peces espada, ballenas... cosas así.

—¡Si aquí no hay ballenas!

—No, ballenas *azules* no. Claro que no. Las que hay por aquí no llegana medir más de veinticinco metros. Son ballenas rosadas.

—Y ¿cómo pudieron llegar aquí, desdeel océano?

Hallorann apoyó una mano en el pelo rubio rojizo del chico y se lo revolvió.

—Vienen nadando contra la corriente, hijo mío, y así llegan.

—¿De veras?

—De veras.

Durante un rato permanecieron en silencio, Hallorann pensativo, mirando a lo lejos sobre la quietud del lago. Cuando volvió a mirar a Danny, advirtió que al chico se le habían llenado los ojos de lágrimas.

—¿Qué pasa? —interrogó, mientras le pasaba un brazo por los hombros.

—Nada —susurró Danny.

—Echas de menos a tu papá, ¿no es eso?

Danny afirmó con la cabeza.

—Tú siempre lo sabes —unalágrima se le derramó por el ángulo del ojo derecho y le rodó lentamente por la mejilla.

—Efectivamente, no podemos tener secretos —admitió Hallorann—.

Así son las cosas.

Con los ojos clavados en la caña, Danny volvióa hablar.

—A veces quisiera que me hubiera tocado a mí. La culpa fue mía.

Todo culpa mía.

—No te gusta hablar de eso cuando está tu madre, ¿verdad? — preguntó Hallorann.

—No. Ella quiere olvidar todo lo que sucedió. Y yo también, pero...

—Pero no puedes.

—No.

—¿Necesitas llorar?

El chico intentó responder, pero las palabras desaparecieron en un sollozo. Con la cabeza apoyada en el hombro de Hallorann, Danny lloró, dejando ya que las lágrimas le inundaran todo el rostro. Hallorann lo abrazaba sin decir palabra. Bien sabía que el chico tendría que derramar una y otra vez sus lágrimas, y Danny tenía la suerte de ser aún lo bastante niño como para poderhacerlo. Las lágrimas que curan son también las lágrimas que queman y mortifican.

Cuando el niño se hubo calmado un poco, Hallorann dijo:

—Todo esto irás dejándolo atrás. Ahora no te parece posible, pero ya verás.Y con tu esplendor...

—¡Ojalá no lo tuviera! —gimió ahogadamente Danny, con la voz todavía alterada por el llanto—. ¡Ojaláno lo tuviera!

—Pero lo tienes —señaló Hallorann, en voz baja—. Para bien o para mal. Tú no tuviste ni voz ni voto, muchachito. Pero lo peor ya ha pasado.

Ahora puedes usarlo para hablar conmigo, cuando las cosas te resulten difíciles. Y si se ponen demasiado difíciles, pues me llamas, que yo acudiré.

—¿Aunque yo esté allá, en Maryland?

—Aunque estés allá.

Se quedaron en silencio, observando cómo la boya de Danny se alejaba varios metros desdeel extremo del desembarcadero. Después el chico volvióa hablar, en voz baja que era casi inaudible.

—¿Y tú serás mi amigo?

—Siempre que me necesites.

El niño se apretó contra él y Hallorann lo abrazó.

—¿Danny? Escúchame, que lo que voy a decirte te lo diré una vez y no te lo repetiré jamás. Hay cosas que no habría que decirle a ningún niño de seis años en el mundo, pero la forma en que deberían ser las cosas y la forma en que son rara vez coinciden. El mundo es un lugar difícil,Danny. Un lugar que se desentiende. No nos

odia, ni a ti ni a mí, pero tampoco nos ama. En el mundo suceden cosas terribles, y son cosas que nadie es capaz de explicar.

Hay gente buena que muere en alguna forma triste y dolorosa, y deja solos a quienes lo amaban. A veces, parecería que únicamente los malos gozaran de salud y prosperidad. El mundo no te quiere, pero tu mamá y yo sí te queremos. Tú eres un niño bueno, y estás dolido por tu padre, y cuando sientas que tienes necesidad de llorar por lo que le sucedió, ocúltate en un armario o cúbrete con las mantas, y llora hasta que todo se haya pasado. Eso es lo que tiene que hacer un buen hijo. Pero empéñate en salir adelante. Ésa es tu misión en este mundo difícil, mantener vivo tu amor y salir adelante, no importa lo que pase. Rehacerse y seguir, nada más.

—Está bien —susurró Danny—. El verano que viene vendré de nuevo a verte, si quieres... si no tienes inconveniente. El verano próximo ya tendré siete años. —Y yo sesenta y dos. Y te abrazaré con tanta fuerza que te aplastaré.

Pero vale más que terminemos un verano, antes de pensar en el próximo. —Está bien —asintió Danny, y miró a Hallorann—. ¿Dick?

—¿Qué?

—¿Tú no te morirás en mucho tiempo, ¿verdad?

—Te aseguro que no es en eso en lo que estoy pensando. ¿Y tú?

—No, *señor*, yo...

—Fíjate, que pican, hijito —señaló Hallorann. La boya roja y blanca se había hundido. Volvió a subir, húmeda y brillante, y se sumergió de nuevo.

—*¡Eh!* —se atragantó Danny.

—¿Qué es? —preguntó Wendy, que había venido por el muelle a reunirse con ellos, deteniéndose detrás de su hijo—. ¿Un sollo?

—No, señora. Creo que es una ballena rosada —le explicó Hallorann.

La punta de la caña se arqueó y, cuando Danny tiró hacia atrás, un pez largo e irisado describió en el aire una destellante parábola de colores y volvió a desaparecer.

Danny hacía girar frenéticamente el carrete.

—¡Ayúdame, Dick! ¡Ayúdame, que ya lo tengo!

—Lo estás haciendo estupendamente bien solo, hombrecito —sonrió Hallorann —. No sé si es una ballena rosada o una trucha, pero de todos modos está bien. Está muy bien.

Rodeó con el brazo los hombros de Danny mientras el chico iba sacando el pez, poco a poco. Wendy se sentó al otro lado de su hijo y los tres se quedaron sentados en el extremo del muelle, bajo el sol de la tarde.

FIN

NOTAS

[1] Abreviatura de doctor. Más adelante se explica por qué llaman así al niño. (N.de la T.)

[2] Esta palabra no tiene significado directo alguno. Aparecerá varias veces en los sueños de Danny. Más adelante se descubrirá su misterioso significado. (N. de la T.)

[3] Red: rojo; drum: tambor. (N. de la T.)

[4] Todo el parlamento que sigue debe entenderse en función de las siguientes expresiones del slang norteamericano: to beoff the (water) wagon = volver a beber tras un periodo de abstinencia. (N. de la T.)

[5] Asesinato. La primera vez que el niño leyó esa palabra, la vio reflejada en un espejo, por tanto, al revés.(N. de la T.)

[6] *A shine knows a shine*: como termino de slang. «shine» es «negro»; en el contexto de la novela, es alguien que «esplende». (N. de la T.)

[7] Entonces subo uno, dos pisos, tres pisos, cuatro/cinco pisos, seis pisos, siete pisos mas cuando llego arriba, estoy demasiado cansado para bailar *rock*...

[8] Ella vive en el centro, en el piso veinte, y el ascensor está roto. Entonces yo subo uno, dos pisos, tres pisos, cuatro...

[9] En español en el original (N. de la T.)